E. M. TORRES

Cuando el cielo se caiga



CUANDO EL CIELO SE CAIGA

E. M. Torres

COLECCIÓN milamores

Cuando el cielo se caiga

ISBN: 9788419941206
ISBN ebook: 9788419941817

Derechos reservados © 2024, por:

© del texto: E. M. Torres
© de esta edición: Colección Mil Amores.
Lantia Publishing SL CIF B91966879

MIL AMORES es una colección especializada en literatura romántica y libros sobre amor publicada por Lantia Publishing S.L. en colaboración con Mediaset España.

Producción editorial: Lantia Publishing S.L.
Plaza de la Magdalena, 9, 3ª Planta.
41001. Sevilla
info@lantia.com
www.lantia.com

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a info@lantia.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A mis padres, quienes jamás han dudado de mí.

Pero llega la vida, mostrando la realidad.
Las equivocaciones, la soberbia
y el rugido del cielo al caer sobre ti.
Y luego llega la calma,
mostrando el camino hacia tu destino.

Prefacio

Parecía como si el barco fuese a partirse en dos. Era el único varón en cubierta y me asía a aquella cuerda de tal manera que las fibras amenazaban con incrustarse en mis palmas. Poco faltaba para cumplir un año en alta mar casi sin descanso, con la salvedad de las pocas veces que tocábamos tierra para desembarcar mercancía y hacernos con nuevo género. Era la única vía en la que podía avanzar, dejarme llevar por la inercia del trabajo duro. Había adquirido aquel navío a los pocos días de haberme visto forzado a abandonar mi propio hogar. Aquellos momentos, no pocos por cierto, en los que echaba la vista atrás, me arrepentía de no haber prestado cara. Pero entonces, comprendía que no existía otra alternativa, que lo que había realizado era precisamente lo que debía hacer.

Y en mis pensamientos siempre estaba Anne. La señorita Anne Collingwood. Aquella que durante unos días ostentó el título de señora De Featherstone, esposa de Humphrey De Featherstone. Mi mujer.

Bah, para qué volver los ojos atrás; lo hecho, hecho estaba. Ella seguramente me odiaría por el resto de su vida. Había sido todo tan precipitado. Me habían manipulado de una manera tan vil, tan humillante.

Una nueva ola provocó que el barco produjera un fuerte crujido. Me había encontrado con tormentas en el mar otras veces, seguro que de esta saldríamos victoriosos. Aunque aún no habíamos llegado a su culmen; tendríamos que padecer un poco más.

La ferocidad del mar me tenía empapado, con el constante azote de la espuma marina en mis brazos y en el resto del cuerpo. Lo que para unos era terrorífico, para mí resultaba excitante. Esas experiencias eran las que me hacían sentir vivo; las que por unos momentos lograban distraerme de lo que ocurrió: de ella. De Anne. Un nuevo envite me hizo impactar contra la baranda, de tal manera que mi cabeza se asomó sobre ella, mostrándome de cerca la oscuridad de las aguas. Si no andaba con cuidado, esa refrescante oscuridad pasaría a ser mi sepultura. ¡Ja! Un grito de emoción brotó de mi garganta, acompañado de delirantes carcajadas:

—¡No podrás conmigo, perra! —clamé al viento y me aferré con más fuerza, enrollando la cuerda alrededor de mi antebrazo.

Los marineros, que ya debían de estar acostumbrados a tales excentricidades, seguían echándose las manos a la cabeza desde su resguardo y a murmurar la demencia que me llevaba a comportarme de esa manera tan sumamente irracional. Nadie estaba al tanto de mi reciente pasado, y así debía seguir siendo. Únicamente tenían constancia de mi retorno, el regreso a las travesías en las que, a diferencia del pasado, al principio había permanecido callado, sumido en mi propio mundo interior, y me había costado varios meses para casi recuperar la persona que una vez fui; casi.

La tripulación estaba compuesta de marineros expertos que había conocido durante mi juventud, gentes que me respetaban. Buenos hombres y mejores marineros que la única norma que habían puesto para servir a bordo, era la necesidad acuciante de ausencia de mujeres en el barco. Como buenos lobos de mar, eran bastante supersticiosos y por nada del mundo querían tentar a la suerte en esos largos viajes donde se jugaban algo más que su riqueza.

—¡Señor, el capitán requiere su presencia! —gritó uno de los oficiales que, como había podido, se había acercado hasta mi posición, después de haber apostado con otro sobre quién pondría en riesgo su pellejo.

—¡¿Ahora?! —coloqué de nuevo el pie para ganar firmeza—. ¡¿En mitad de la tormenta?!

—¡Sí, señor, al parecer ha surgido un problema!

Con el agua empapando mis ojos, observé cómo se alejaba el oficial con paso seguro, aferrándose aquí y allá para ponerse a resguardo lo antes posible. Me solté de la cuerda, avanzando rápidamente para agarrarme a otra; no era sensato andar como si nada bajo aquel clima endemoniado. La caída al vacío del barco hizo que me estampara contra el palo mayor; mi costillar se quejó de inmediato. En pocos minutos, el hematoma teñiría esa zona, pero ese tipo de naderías eran cuestiones menores, mientras no hubiese nada roto podía seguir disfrutando. Me repuse de inmediato y continué mi avance, con la imagen en mis pupilas de la nueva y enorme ola que se levantaba aproximándose, en un gesto desafiante. En cuestión de segundos, nos elevaría con sus brazos de espuma más cerca del cielo embotado de nubes negras. Una nueva carrera, en la que el viento y sus corrientes zarandearon mi cuerpo con violencia, me hizo llegar hasta la base de la escalera que conducía a la toldilla, pero no era ese mi rumbo. Me aferré con fuerza a la barandilla, aguardando la nueva caída. Así, el barco llegó a la cúspide de la ola y se inclinó para comenzar el descenso. Mis pies se alzaron levemente del suelo mientras el pasamanos se me clavaba en el bíceps con saña. Aquella tormenta estaba llegando a unos niveles hasta entonces desconocidos. El gusanillo del temor me dio un pequeño mordisco en las entrañas. Ya más firme en la bajada, apresuré mis pies hasta la puerta que daba acceso al improvisado puesto de mando, camarote del capitán y mío propio, dejando atrás el rugido que brotaba rabioso de las fauces del océano. Estaba, relativamente, a salvo.

El capitán, de no más edad que yo, se encontraba de pie junto a la mesa, concentrado en la carta náutica que tenía desplegada sobre ella, así como la brújula, el cuadrante y las reglas que tenía puestas en medio. Lo había contratado para que capitaneara el barco, pues, aunque gozaba de bastantes nociones de navegación, quería estar seguro de lo que me hacía, con la condición de no ser excluido de ninguna de las decisiones que se tomasen al gobernar el navío.

El capitán se dirigió a mí por el apodo por el que se me conocía durante la navegación. Uno que me gané simplemente por el color de mi chaqueta.

—Chief Blue Jacket, tenemos un problema. No me explico cómo; jamás me había encontrado con algo semejante, pero la brújula se ha vuelto loca. Mire —indicó el objeto—. La aguja gira en todas direcciones.

—Y no puede usted usar algún otro trasto —dije en tanto me masajeaba el bíceps dañado—. Sé que con este clima no es factible usar los que veo sobre la mesa. Pero quizá exista otro que yo

desconozca.

—No. Es imposible. Por culpa de las nubes no tenemos acceso a los astros, tan solo sé que es día y que debemos estar en alguna parte no muy lejos de las islas británicas.

—¿Entonces?

—No hay rumbo. —Puso ambas manos sobre la mesa—. Estamos a merced de la tormenta. Por ahora, lo único que podemos hacer es rogar al dios del mar para que este cascarón no se parta en dos y se nos traguen estas infernales aguas putrefactas. —El capitán levantó la mirada de la carta náutica haciendo una pausa para mirarme de manera penetrante, poniendo de manifiesto su honda preocupación—. Chief Blue Jacket, vamos a la deriva.

Sostuve la mirada del capitán Johnson un poco más. Aquello era un verdadero mazazo, pero no me rendía tan fácilmente. Por lo que decidí marchar afuera. La tormenta no se los llevaría sin antes prestar resistencia.

—No debe usted salir ahí. ¡Escuche! —Detuvo mi marcha agarrándome del brazo e hizo un gesto aguzando el oído—. La tormenta está en su máximo apogeo. Si tiene un mínimo de sensatez se quedará conmigo, aquí. Atento a los susurros que nos llegan de las olas. En el momento en que comience a amainar, saldremos a darlo todo. —Soltó su agarre y con dificultad, debido a la violencia con que se mecía el barco, se acercó hasta las ventanas—. No se preocupe. Tiene usted un buen barco. —Golpeó con orgullo las paredes del camarote—. Esta cáscara de nuez puede resistir las malas sañas de estas aguas. Conseguiremos sobrevivir. Ahora es el turno del navío para protegernos de este infierno.

Los bandazos del barco, los fuertes golpes al galopar las enormes olas me impresionaron, sobre todo porque nunca había vivido la tormenta a resguardo. Al menos afuera podía ver lo que el enemigo lanzaba contra nosotros.

Por largo rato nos mantuvimos callados, sentados como podíamos sobre unas sillas que estaban ancladas al suelo. El cuerpo se zarandeaba de un lado a otro. Por suerte, jamás había sufrido de náuseas, pero aquello era demasiado, a cada caída después de la ola, mi estómago quedaba suspendido en el aire para luego sobrevenir el golpetazo. Así estuvimos largos minutos, esperando, agudizando el oído hacia el exterior. Temiendo cada crujido. No me explicaba cómo los cristales del camarote todavía estaban intactos, ni cómo las maderas de los costados seguían en su sitio, o por qué la sirena del mascarón aún continuaba abrazando la proa.

De esa guisa, mi mente comenzó a retroceder a otros momentos. El semblante de la señorita Collingwood reclamó protagonismo en mi memoria. Recordé sus ojos cuando con aquellas palabras que, aunque no pretendían ser de despedida, sonaron al adiós que daba todo por zanjado. Un beso, la presión cómplice de nuestras manos. No podía despedirme, no quería y no lo hice; si bien, eso pudo llevar a confusión. Necesitaba tener la sensación de que quizá, solo quizá, volvería a verla alguna vez en la vida, en ese futuro incierto que en el presente me obligaba a estar lejos de mi propio hogar. Ese pasado en el que toda mi fe se había concentrado en que fuese a mi encuentro en el viejo cedro del camino sur. ¡Maldito Edmund! ¡Esa escoria! Si no fuesen hijos de la misma madre, mis insultos aumentarían de grado.

El muy canalla, al encararme con él y pedirle explicaciones por su pésimo proceder, me había

amenazado con matar a Anne si no me quitaba de en medio. Su único propósito era adquirir más riqueza y poder. Ese perro del infierno se merecía todo lo malo que pudiera sobrevenirle. Aún no entendía cómo había logrado descubrir la relación que existía entre la señorita Collingwood y yo. Habíamos sido discretos, habíamos ocultado nuestros sentimientos. ¿Cómo pudo descubrirnos? Ciertamente, no conocía todos los detalles, y era igualmente cierto que expuso que le daba exactamente igual si aún conservaba su virtud o no; su única intención era obtener las tierras de esa mina que lo harían de oro, consiguiendo a su vez un dominio de los alrededores aún mayor. Su ambición no tenía límites, el lema de su vida era «más, más y luego más también»; al igual que «yo, yo y, en última instancia, yo». Su forma de pensar era una aberración, pisaba la cabeza de cualquiera que se interpusiera en su camino o representara una amenaza para sus objetivos.

Lo más cruel de todo era que no amaba a Anne. Él mismo me confesó que, si se lo proponía, podía llegar a un acuerdo con el señor Frederick Collingwood para adquirir las parcelas de la futura mina. Sin embargo, el estado de salud del viejo dificultaba la tarea, pues estaba seguro de que no permitiría dejar a la niña sin una herencia completa, y no quería ser él el que malograra todavía más su salud y quedar mal ante los vecinos, unos que debían respetarlo. Su promesa se basó en la intimidación certera de que la mataría, en cualquier momento acabaría con su vida si no desaparecía. Y yo sabía muy bien que lo llevaría a cabo sin pestañear y sin remordimientos.

Luego estaba aquel otro añadido: lo que ocurrió con aquella maldita mujer. Esa bruja que me había metido en ese aprieto con la intención de comprometerme de cara a nuestras amistades. La señorita, si podía llamarse así, Jane Aldridge. Una víbora de mucho cuidado que me había usado, para luego desvelar su verdadero ser cuando descubrí su secreto. ¡Maldita fuera la hora en que se cruzó en mi camino!

Ante la consecución de los eventos, al ver cómo Edmund la amenazaba a punta de pistola sin que ella siquiera se diera cuenta, tomé la decisión de marcharme, pero no para siempre y no sin Anne. Que ni por un momento creyese Edmund que me escondería por el resto de mi vida. Quizá para los demás aquello que hicimos a la luz de las velas, al calor de la chimenea, escondidos en aquel paraíso, aquello no tendría ningún valor, pero para mí había sido real, tan real como para que ni siquiera se me pasara por la cabeza tomar a otra como esposa por el resto de mi vida. Nuestro compromiso tenía tanto valor como aquellos que se firmaban con tinta sobre un papel.

Así marché a mi dormitorio, con la intención de que las aguas volviesen a su cauce y, de ese modo, actuar con cautela y sigilo. Anne me conocía, seguro que ella entendía mi proceder.

Fue entonces cuando la señora Fletcher, preocupada por mi bienestar, hizo acto de presencia. En el fragor del momento le conté qué clase de persona era mi hermano. No ahondé más allá, temía que fuera con el cuento a Anne y que estropeara mis intenciones, pensando que hablaba desde el arrebato de la venganza. Le pedí que metiera en un petate un par de cambios de ropa y que, ante mi ausencia, hiciera todo lo posible para que nuestros huéspedes se sintieran cómodos durante el tiempo que aún les quedaba por estar allí, incluso si eso significaba alojar a Edmund.

Cuando el revuelo por lo acontecido sumió a los habitantes en sus dormitorios, salí de mi escondrijo; qué ironía sentirme como un ladrón en mi propia casa. Bajé hasta mi despacho privado y organicé unos documentos indispensables antes de mi marcha. Por supuesto, los dejé a

buen recaudo, junto con enseres y demás pertenencias de valor para evitar que Edmund metiera sus narices y manazas en mi vida; debía evitar fuera como fuese que se enterara de mi fortuna y vida secreta. No me podía permitir que supiera más de la cuenta.

Mary, la señora Fletcher, atendió todas mis peticiones, en ese momento me di cuenta de que gracias a esa mujer me mantuve cuerdo durante aquella vigilia angustiosa. Por supuesto, la dejé al mando de todo, daba lo mismo el tiempo que me viese obligado a estar ausente, ella junto con el capataz de la granja estaban capacitados para administrar mi hogar. Le conté el resto de la historia, no supe por qué me hacía sentir que podía confiar en ella. Solo le hice jurar que nunca revelaría lo que había escuchado. Así lo hizo, pasara lo que pasara, sus labios permanecerían sellados. Ella trabajaba para mí, y su lealtad era inquebrantable. Mandé misivas a los contactos con los que mantenía mis negocios, y cuando todo estuvo preparado, me senté a escribir una carta a la señorita Collingwood. Por temor a que ni siquiera me hubiese escuchado, entre otras muchas cosas reiteré lo dicho en el estudio, recordándole nuestra cita al alba en las afueras del pueblo. Por nada del mundo estaba dispuesto a perderla y, si tenía que huir a Gretna Green para hacerla mi esposa de manera oficial, así lo haría. Estaba seguro de que, con la agitación de las inminentes carreras junto con lo ocurrido hacía pocas horas atrás, las gentes que ahora habitaban la casa no repararían en sus nervios ni sospecharían de sus intenciones.

Pero no apareció. Horas estuve apostado entre aquellos árboles y matorrales y Anne no acudió. En su lugar, un muchacho, cuya cara no pude distinguir, me dejó una carta, sellada con una lacra vacía. En ella, Anne hacía más que patente su rechazo: ya no quería saber nada más de mí. Había hecho su elección, ese mismo día se prometería a Edmund. Al parecer, había llegado a comprender los beneficios de su unión, y no estaba dispuesta a vivir una vida lejos de Alderley Edge, lejos de The Meadows y su familia, porque sabía que yo no me ataría a esa tierra jamás. Había roto sus promesas. Decía agradecer lo ocurrido, porque eso la había hecho entender que yo no era la elección apropiada. Sin embargo, no quise dar credibilidad a lo que se decía en aquella misiva y, tras un tiempo de reflexión, decidí acudir a mi casa, aun a riesgo de poner en peligro la vida de mi esposa. Pero Edmund no podía ganar, no podía salir victorioso tan fácilmente; ella era mi mujer y yo tenía la obligación de protegerla, de alejarla de ese ser ruin que solo le traería pesares.

Llegué a The Oak Cottage, entré por un lateral como un burdo delincuente para evitar el revuelo, y lo que mis ojos vieron me quemaron hasta la última célula de mi ser. Penetró en mi carne, subió por mis arterias dejando tras de sí venas quemadas, descompuestas y putrefactas, hasta llegar a mi corazón, uno que se paró después de una serie de pulsaciones aceleradas y fulminantes. Me apoyé en el muro de piedra que delimitaba la vivienda y me llevé la mano al pecho, tratando de tomar aire suficiente para rellenar mis pulmones: Anne y Edmund se abrazaban, mientras él inclinaba su rostro y depositaba un beso en su frente. ¿Significaba aquello que...?

—Ya ha tomado una decisión; la más adecuada, por cierto.

Me di la vuelta y enfrenté al señor Collingwood que andaba junto a su pariente con dificultad. Su estado no estaba mejorando, pero aunque no quería disgustarlo, era necesario que supiera la

verdad, solo así llegaría a entender la inmensidad del apego que me unía a su hija.

—Pero ella... —Tomé aire, ¿cómo hacerle comprender quién era Edmund de verdad?—. Usted no lo entiende. Edmund... él es... Usted no lo conoce. Él...

—Se equivoca, lo conozco perfectamente. Además, eso no importa ahora —me cortó Frederick casi sin inmutarse—. Lo que ciertamente es relevante es el futuro de mi hija.

—¡No puedo ni quiero permitirlo!

Ese hombre no tenía ni idea de nada. Mi hermano, ese bastardo, era un ser deplorable, capaz de todo con tal de salirse con la suya. No amaba a Anne como yo, y aunque estaba seguro de que viviría holgadamente y que le concedería todos sus anhelos terrenales, solo lo haría por aparentar. Seguro que a los pocos días se hartaría de ella y comenzaría a visitar a amantes, dando de lado a su mujer. Una que tendría que aguantar sus deslealtades y Anne no se lo merecía. No siendo yo el que bebía los vientos por ella. El que de verdad la trataría como a una reina, porque eso era para mí: la única, para siempre. Me giré con la intención de marchar hacia el jardín y dar por zanjado todo aquel asunto. Anne no caería en aquellas manos.

—¡Ni se le ocurra! ¡Pare de inmediato!

Poco me faltaba para olvidarme del estado enfermizo del señor Collingwood y mandarlo al diablo. El impedimento continuado de mi avance ya me estaba hastiando demasiado y en cualquier instante podía olvidarme de mis preceptos de caballero. Había un riesgo alto si continuaba por ese camino. El resquemor de la sangre en mis manos era una clara advertencia de que estaba a punto de propasar mi límite.

—Señor —advertí, tratando de no alzar la voz y mantener a raya mi ira—, con su permiso, le recuerdo que esta es mi casa y que aquella mujer, que su hija y yo...

—Veo que mis conjeturas no andaban erradas. No obstante, permítame advertirle: detenga su discurso, pues podría arrepentirse más tarde —avisó, apretando los dientes en una mueca de desagrado y cólera.

Levanté la mandíbula, me erguí cuán alto era y me dispuse a revelar la realidad. Ya estaba harto de tanta pantomima.

—Ella es mi esposa.

El semblante del señor Frederick se contrajo en una mueca, como si una bala hubiese impactado en sus tripas, pero poco duró, pues al instante mudó en desafío después de que su pariente apretara su hombro en advertencia. Era obvio que su mente trabajaba rápida y que estaba dispuesto a todo con tal de defender lo que creía que le pertenecía. ¡Ay de aquel que hubiese tenido sus más y sus menos con un señor Collingwood en plena juventud!

—¿Lo es?

—Sí, a los ojos de Dios lo es —confesé con arrogancia.

—Comprendo. Pero no a los ojos del hombre. —Frederick se tomó un instante para tomar aliento y ordenar sus pensamientos y sus propósitos—. Señor De Featherstone, permítame recordarle que esa criatura es mi hija, y que soy yo quien posee la única y última palabra en cuanto a su destino, elección que he hecho ya hace tiempo y que, con lo acontecido la pasada noche, ha tomado fortaleza. Le agradezco su buen carácter y amabilidad al permitirnos

hospedarnos en su casa. ¡Pero si con ello, lo que he conseguido es que usted mancille la honra de mi hija —dijo furioso con el semblante amoratado—, le advierto que estoy dispuesto a llevar este asunto ante las autoridades! ¡No crea que mi estado de salud pueda frenarme! ¿Acaso ha abusado de la inocencia de mi hija? ¿Ha tenido el atrevimiento de seducirla? Dígame, ¡con teste de una vez! —gritó, y tras ello trastabilló y a punto estuvo de caerse. Di un paso para sostenerlo de los hombros y ayudarlo a incorporarse, y aproveché para acortar distancias con la esperanza de que leyera en mis ojos que mi amor por Anne iba más allá de un simple capricho.

—Señor, yo la amo.

El dueño de The Meadows se deshizo de mi agarre de mala manera, poniendo de manifiesto su clara aversión a lo que se estaba desvelando.

—Pero es obvio que ella a usted no —escupió las palabras—. Y si cree que me equivoco, solo tiene que volver a mirar hacia el jardín —dijo con malicia.

Y lo hice, aunque no era mi deseo en realidad. Pero algo tiró de mi mentón hacia el lugar donde Edmund deslizaba un anillo en el dedo de Anne, para luego sellar su compromiso con un beso, ya no en la frente sino en los labios. Aquellos labios que jamás volverían a ser míos.

Entonces, era cierto; el contenido de la carta era real. Anne había quebrantado nuestro vínculo. Se había burlado de mí. Ella era la que había jugado conmigo. ¿Acaso era de ese tipo de mujeres: casquivanas, oportunistas y sueltas? ¿De faldas ligeras mientras aparentaba formalidad y recato?

Tensé la mandíbula y apreté los puños, el golpe era abrumador, como si me hubiera impactado en pleno plexo frontal. Anne se había apoderado de mi corazón, lo había tomado y lo estaba estrujando junto con aquel beso que parecía no tener fin. Aparté la mirada y la posé en los guijarros del suelo.

El señor Collingwood habló suavizando las palabras, volviéndolas mantequilla, como si me comprendiera:

—Señor Humphrey. Si de verdad la ama. Si de verdad tiene sentimientos puros hacia mi hija, déjela, olvídela. Cuando un hombre ama desde el alma debe sacrificarse por su amada siempre. Se trata de dar la vida por alguien sin importar a qué coste. De sacrificar todo cuanto tiene por su bienestar. Dígame, ¿qué ve, señor De Featherstone? ¿Ve infelicidad o regocijo? —De nuevo miré hacia la zona ajardinada, seguían abrazados—. Exacto. Ahora le corresponde a usted retroceder, desocupar el sendero y permitir así que ella avance libremente. Dígame, señor, ¿sería capaz de abandonar a ese amor verdadero por su propio bien? —Hizo una breve pausa—. Señor De Featherstone, he vivido lo suficiente como para tener la certeza de que más pronto que tarde encontrará un afecto profundo en otra damisela. Le aseguro que ha de ocurrir.

Aquellas palabras y preguntas hicieron que retrocediera en el tiempo, a un lugar llamado Cabo Fisterre, a Tareixa, una mujer que leyó las barbas de una ostra y que auguró circunstancias y preguntas que ahora eran contestadas. Se me contrajo el estómago.

—Ciertamente, la amo más que a mi propia vida, pero no creo poder olvidarla —confesé en apenas un susurro mientras bebía de su silueta.

—Lo hará, al igual que hará usted bien en alejarse —el padre de Anne estaba a mi lado, contemplando la escena a través de la hojarasca de las ramas de los árboles que rodeaban mi

hasta ahora hogar—. Nosotros, como bien ha dado a entender, no debemos quedarnos en su casa. Usted tiene todo el derecho a echarnos si le apetece. Si bien le pido un último favor, algo que nos haga alejar a mi hija del escándalo. Si usted, como ha demostrado, es un caballero y ama a mi hija, denos tiempo para recoger nuestros enseres y marcharnos, y luego regrese a su hogar. Prometemos marchar hoy y evitar en lo posible cualquier reencuentro.

Miré hacia el lado de Frederick, incapaz de clavar mis ojos en su semblante. El deseo de correr hacia el jardín y rescatar a Anne, estaba muriendo junto a aquel eterno abrazo que tanto daño me hacía, aquel beso que Anne parecía disfrutar y esas palabras pro venientes del hombre que tenía a mi lado. Tenía que partir, alejarme o, de lo contrario... No sabía lo que podría suceder de lo contrario. Y el rechazo ya estaba ahí, ¿qué más podía hacer?

—Eso no será necesario. Pueden quedarse aquí el tiempo que les plazca. Mi regreso, si llega a ocurrir, será tardío.

El embate del mar contra una de las paredes del navío me devolvió al presente. Un cambio en el ambiente hizo que el capitán y yo cruzáramos las miradas. Aquel era el momento esperado; la tormenta estaba amainando. Los amargos recuerdos debían quedar relegados para otro instante.

—¡Ahora, Chief Blue Jacket! ¡Vamos a derrotar a esa hija de mala madre!

El capitán Johnson salió gritando del camarote y yo lo seguí, todavía con el recuerdo danzando en mi mente, burlándose de mí. Llenándome de la furia necesaria para enfrentar la tormenta y quizá, con suerte, perderme en aquellas aguas oscuras para siempre. Johnson llamaba a los marineros, dando instrucciones a diestro y siniestro que eran repetidas por el primer oficial de mando. Los hombres aseguraron sus cuerpos y anclaron bien sus pies sobrecubierta. El capitán y yo tomamos el timón mientras me permití el lujo de robar un segundo al tiempo para mirar a mi alrededor. Aquellos hombres dependían de mí, al parecer ese día debía alejar a la parca de mi lado. La muerte debía esperar un poco más.

Capítulo 1

Después de su noche de bodas se encontraba Anne en aquella habitación ignorada por todos, con la única luz de una vela que poco le faltaba para extinguirse, la estancia carecía de ventana o puerta alguna, pues esta última se mimetizaba con los adornos de la pared. Era una especie de prisión, un agujero en donde nunca entraba la luz del sol y en el que el fuerte olor a cerrado y a incienso impregnaba el ambiente tornándolo pesado.

Antes de levantarse dejó que sus sentidos se fueran despertando. Bajo la yema de sus dedos y la superficie de su estómago, se arremolinaba una sábana; el peso de su cuerpo descansaba sobre un mullido jergón y a lo lejos creía escuchar el piano, una música lánguida y triste que la hacían entender cuán embotados tenía los oídos.

Estaba cansada más allá de lo que sería capaz de explicar. Fue a levantarse; sin embargo, el dolor lacerante de su espalda hizo que dejara el acto de inmediato.

Las escenas de la noche pasaron frente a sus ojos horrorizados. El recuerdo que, en efecto, jamás olvidaría.

Le dolía la cara, el pelo, brazos y muslos, pero la espalda; eso era otro cantar, uno amargo.

Después de propinarle aquel guantazo que a ella le supo a puñetazo, Edmund la arrastró a ese antro de tortura adornado de varas, látigos, grilletes y aparatos que escapaban a su conocimiento, pero que tenían el aspecto de no ser agradables.

Lo peor: había probado alguno de ellos.

El primer contacto de la vara la había dejado sin respiración. Su piel picó sobresaltada para luego quejarse por la onda expansiva que se iba apoderando de su alrededor.

Sabía que no había usado su fuerza. Tenía el conocimiento suficiente como para comprender que podía ser mucho peor. Que, en todo caso, eso podía considerarse una caricia comparado con lo que podía llegar a pasar, lo que más tarde ocurrió.

Por mucho que lo intentaba no llegaba a recordar cómo había acabado atada de muñecas a una cuerda que colgaba de una de las vigas vistas del techo. Desnuda y perpleja ante esa manera de proceder, temblaba de pies a cabeza. Él lo llamó juegos. Ella infierno.

Mientras daba continuos tragos a la botella que se había llevado con ellos adentro, por su boca habían salido todo tipo de comentarios a la vez que Anne escuchaba cómo tocaba aquí y allí; el sonido del roce de sus dedos sobre los artículos mostrados la hacían temblar tanto, que no podía dejar su cuerpo quieto. Recordó el dolor de sus brazos. Casi no alcanzaba el suelo para apoyar sus pies, solo podía estar de puntillas. Llegó un momento en que pensó que los hombros saldrían disparados de su engranaje.

Y él había seguido paseándose por la habitación, relatando, haciendo promesas sobre un placer nuevo. Uno inigualable.

¿Quién podría gozar de algo semejante cuando es forzado?

Nunca había llegado a siquiera suponer que ese tipo de actos se llevaran a cabo.

Desde luego que no, a excepción de que se llevaran a cabo para infligir torturas.

Y el horror de Anne solo hacía aumentar y aumentar, mientras su boca permanecía muda, imposibilitada, discapacitada ante el terror y la impotencia.

De repente, el roce frío de algo duro que acariciaba su piel comenzó a subir por la planta de sus pies. Miró hacia abajo aterrada, tratando de retorcer su cuerpo para llegar a ver qué era eso. ¿Por cuál de los artilugios se había decidido?

—Quieta —advirtió Edmund. Su voz irreconocible: profunda, oscura; más de lo que solía ser, adornada por suspiros y respiraciones entrecortadas; disfrutaba, vaya si disfrutaba.

No quería, y aunque hubiese querido, tampoco podía hablar. Su cuerpo estaba tan tenso. Sus brazos le dolían tanto. Y esa vergüenza que se acrecentaba a cada segundo que pasaba completamente expuesta a él.

—No puedes moverte, eso solo pondrá en peligro el lugar donde la vara bese tu piel. No tengas miedo —susurró excitado—, te aseguro que llegarás a apreciar su tacto.

Un largo segundo pasó entre su última palabra y el sonido de la vara cortando el aire. Seguidamente, llegó el impacto.

A partir de ese momento los embates de los azotes cayeron sobre su piel tras el aviso de su silbido al cortar el aire. Restallaron sobre sus nalgas, muslos, gemelos y planta de los pies; por suerte, allí no se demoró demasiado.

Estaba exhausta, no sabía decir si había gritado, lo que sí sabía es que estaba dolorida, que ni siquiera había tenido tiempo de digerir lo que estaba pasando. Esos golpes, la vara; era demasiado.

—Supongo que te preguntarás qué es esto que al parecer muerde tu piel como si quisiera devorarla. Es una vara de bambú. Para usar este tipo de... —se tomó un relajado segundo eligiendo las palabras para continuar— instrumentos de placer, se debe ser diestro y conocedor de sus límites. Si quiero que sientas placer lo sentirás, si mi deseo es que experimentes dolor lo harás. Y, mi querida esposa, todavía siento ese resquemor en la verga tras ese mordisco, por lo que después de haber experimentado placer, ahora te infligiré un poco de dolor. Eso sí, entiende que esto es un aviso, tómalo como una lección, porque te aseguro que lo que ocurra aquí esta noche podría llegar a ser mucho peor.

El primero en la espalda, el segundo, el tercero. Sentía como si su piel se estuviese resquebrajando, dejando expuestos sus músculos y huesos. Apretó los dientes, no quería gritar, pero sabía que seguramente lo estaba haciendo. El pulso en sus oídos era tan fuerte que ningún sonido excepto el de la vara cruzando el aire era capaz de escuchar.

Hacía tiempo que había dejado de sentir dolor. Se sentía desvencijada sobre sus pies, tirando de de sus hombros y muñecas. Y, de repente, algo la alzó. Abrió los ojos levemente, al menos eso creyó, estaba tan cansada, tan dolorida a la vez que tan fuera de su cuerpo. Tan sorprendida.

¿Lo había insultado? Pudiera ser.

Creyó recordar que eso lo había enfurecido y que debía dar gracias a su boca y a su rabia por

haber tenido que soportar nuevos golpes.

—Preciosa —dijo Edmund mientras enredaba las piernas laxas de su esposa a su alrededor.

Y la penetró, sin miramiento. Su miembro estaba tan duro y sus empellones eran tan violentos. La estaba fornicando sin siquiera haberla descolgado, todavía maniatada.

Tenía que evadirse, tenía que conseguir que su mente huyera hacia otros pensamientos. Lejos del dolor, de la rabia y de tantas preguntas como se hacía sin parar. Pero estaba ese dolor, ese dolor punzante que, aun habiendo recibido el mayor de los castigos en la espalda, emanaba de uno de sus miembros y excedía a los demás. Como pudo, mientras Edmund dejaba caer sobre ella todo aquel horror sumado a su aliento infestado de vapores alcoholizados y palabras obscenas, en su desesperación buscó con los ojos la procedencia de su malestar.

De vuelta al presente, levantó un poco la cabeza para mirar allí donde el dolor superaba al de su espalda, ese que había creído que era el más perjudicado. Tenía la mano completamente bañada en una sangre coagulada que teñía de un tono oscuro su piel, así como partes de su brazo donde había ido resbalando y algunas motas más que delataban el salpicar de alguna otra zona. La cuerda con la que había estado atada se había clavado en su carne. El muy malnacido había usado una fina soga, de seguro para aumentar el daño. Ya se esperaba cualquier cosa por parte de ese animal que se hacía nombrar sir. ¡Un hijo de mala madre, eso es lo que era! Estaba segura de que, si hubiese seguido castigando sus articulaciones, el lazo se habría incrustado aún más hasta llegar a... mejor no pensar en eso.

El crujir de la madera atrajo su atención hacia la entrada provocando un nuevo mordisco de dolor procedente de su espalda.

—Oh, mi hermosa esposa ha despertado.

Aquella apreciación llegó embotada a los oídos de Anne. No escuchaba del todo bien, seguramente se debiera a sus sentidos distorsionados, aunque eso no le impidió reconocer aquella voz que había estado castigando su cerebro, sus recuerdos, la visión de ella misma durante tantas horas.

No supo cómo pudo ser capaz, pero se puso de pie al instante, tratando de esconderse en algún rincón donde no pudiera verla, mientras sus ojos buscaban algo con lo que poder defenderse. Y a pesar de todo estaba tan cansada, dolorida, maltrecha y humillada.

Después de dejar un candelabro de tres brazos sobre un mueble, el señor De Featherstone se acercó con paso tranquilo. Luego se acomodó en la misma silla donde antes había estado sentado cuando dio por zanjada aquella tortura y se dispuso a disfrutar de las vistas. ¡Sádico!

Desde aquella posición, Edmund comenzó a observarla, repasó su cuerpo de abajo a arriba. Un pellizco extraño contrajo el estómago del varón. Algo raro e incómodo que llamó su atención. Comenzó a sentir algo así como una especie de repulsa, como una resistencia a mirar. Jamás le había ocurrido algo semejante. Él había creado aquella situación, él era el artista de tan diverso espectáculo, ¿qué ocurría entonces?

Se obligó a sí mismo a seguir mirando. A permanecer con un semblante impertérrito, con una voz perfectamente modulada, pues al mirarla por primera vez se le había secado la garganta, cosa que le había obligado a tragar con disimulo. Puede que en esa ocasión su peculiar gusto por el

sexo se le hubiera ido de las manos. Y era cierto, debía de reconocer que se había pasado de tragos, había momentos de la noche que no recordaba con claridad. No recordaba haber deseado infligirle tanto daño, ella era su esposa, la mujer que ahora compartía su apellido y su título, la futura madre de sus hijos; pero allí estaba, en aquel estado tan...

—Pensé que aún estarías dormida. ¿Cómo te encuentras? —preguntó en un tono empalagoso.

Anne contestó con el silencio. Aunque hubiese querido no estaba segura de si le hubiese salido alguna palabra.

—¡Creí haber dejado claro que debías ser rápida en satisfacerme, eso incluye el contestar cuando te pregunte! —gritó enfurecido para seguidamente mostrar un semblante calmado acompañado de un tono suave—. Pero, bueno, por hoy daré el adiestramiento por finalizado —mostró una sonrisa en aquella cara de loco. Trataba por todos los medios apartar de sí aquella extraña sensación de angustia y ¿vergüenza? No, no, eso era del todo imposible. Por un instante, un instante apenas perceptible incluso por él, había sentido la necesidad de socorrerla. Debía retomar su posición predominante. Debía llevar a cabo el rito al que estaba acostumbrado para sentir que gobernaba la vida de su esposa. No podía permitir que creyera por un solo segundo que podía hacer lo que quisiera. Lo haría, sí, siempre y cuando fuesen realizadas a gusto de él, tal y como debía ser—. Acércate. Pero te advierto que no deseo que me toques, deseo que te pares frente a mí. —Anne demoró aquella orden todo lo que pudo. Tenía miedo, pánico a lo que ese desquiciado tuviese ideado para ella. No quería, no podía, y, sin embargo, un solo chasquido de su lengua impaciente provocó que sus pies se movieran por inercia, encogida sobre sí misma. Aterrada—. ¡La verdad es que das asco! Apestas y estás más sucia que el más asqueroso mendigo. Pero la hora del baño ya ha pasado y tú estabas dormida. —Anne pensó que mejor dicho había estado desmayada. Al parecer el dolor sufrido por su cuerpo no llegaba a declinar su mente. En ella la furia, la rabia, las preguntas, la impotencia se abrían paso con uñas y dientes—. Debes entender que al igual que hay normas, hay unos horarios que cumplir. En fin. Tal y como te advertí anoche, este lugar es desconocido por todos excepto por mí y por... —retiró ese pensamiento y continuó con otra cosa—. Humphrey creía que nadie conocía los escondrijos de su casa. ¡Ja, qué ingenuo! Fue así como supe que había algo más que amistad entre vosotros —hizo un gesto de asco—. Todas las casas de los De Featherstone cuentan con habitaciones secretas. —Anne hizo un casi imperceptible movimiento con su cara, la realidad es que no podía hacer más sin que sintiera que un nuevo golpe la azotaba. Por parte de Edmund el recuerdo de Humphrey consiguió que su yo más vengativo e hiriente resurgiera. ¡Gracias al demonio! El pensar que había sido él el que se había apoderado de su castidad lo ponía enfermo—. ¿Qué? ¿Creías que no me había dado cuenta? ¡Maldita ilusa! —Escupió a los pies de su esposa—. No debiste tomarte tantas molestias en agenciarte el tarrito de sangre. Antes de casarme contigo ya sabía que no eras virgen. Lo que sí es cierto es que intentaste engañarme y eso sí que no es fácil de perdonar. Aunque debo reconocer que fuiste bastante inventiva. —A Anne ya le daba igual lo que pensara o supiera, ¿qué más podía hacerle?, aunque el asunto llamó su atención lo dejó a un lado, no tenía fuerzas. Tan solo no entendía por qué a ella—. Humphrey se enfadó mucho cuando lo delaté. Aunque la realidad es que a fin de cuentas tampoco le importó demasiado

¿verdad? Ya viste cómo se marchó, sin mirar atrás. Porque, seamos sinceros: en realidad no te amaba.

Y qué le importaba ya Humphrey. Era obvio: se había marchado. Sus sentidos volvían a agolparse, a enredarse; no encontraba aquel pensamiento que había huido a algún lugar de esa maraña de sucesos, de preguntas, afirmaciones, de odio.

Amaba a Humphrey, pero su cuerpo estaba roto. Odiaba a Edmund, pero su alma había estallado en miles de pedazos de cristal, sería tarea imposible volverlos a unir todos. Se había perdido a sí misma, necesitaba encontrarse, pero, por el momento, solo una pregunta acudía a su boca. Un último esfuerzo, el último resquicio antes de perderse para siempre. Las últimas palabras de Anne Collingwood, hija del señor Frederick Collingwood, la niña feliz que correteaba sola por el bosque con la única compañía de Winnifred, su amiga imaginaria; el último soplo de la muchacha salvaje que clamaba su puesto en el mundo.

—¿Por qué... se casó... conmigo? —preguntó con voz pastosa y rota.

Edmund balanceó levemente la cabeza hacia un lado y levantó una de sus cejas, aquel gesto de loco que quería aflorar se veía interceptado por otro que trataba de ocultar su realidad y así continuó unos segundos, estudiando la cara de su esposa con aquella sonrisa maliciosa en la boca.

—Oh, querida, puedes tutearme, somos matrimonio. Aunque solo en privado. En resumen, podía decirse que por fortuna. Era indispensable poseer aquel terreno. Aunque, ya que en su momento acordamos que la premisa de nuestro matrimonio sería la honestidad, admito que podía haber llegado a un acuerdo con tu padre sin tener que desposarme, pero, por un lado, tendría que haber compartido los beneficios con él y, la realidad, es que soy demasiado codicioso como para siquiera pensarlo y, por otro y más importante, ya no hubiese sido tan divertido. ¡El solo imaginar la cara de Humphrey cuando sepa que eres mía! Eso, querida, no tiene precio. —Se echó para atrás apoyando su espalda en la silla, fue un gesto como si quisiera restar importancia al asunto—. Pero estas razones no son necesarias que las sepas. Lo único importante es que ahora me perteneces. —Chasqueó la lengua, algo que había hecho más de una vez durante su largo monólogo en tanto pasaban las anteriores horas nocturnas. Creyó recordar que antes apenas lo había visto hacerlo, y que cuando lo había hecho se trataban de situaciones violentas e incómodas y, no obstante, ahora parecía una muletilla muy usada bajo el cobijo de su casa.

»Bien, te quedarás...

—Eres... un bastardo... malnacido —interrumpió Anne en un murmullo furioso, tratando de tomar aire entre cada pausa, ahora su mirada fija en la de él.

—Lady De Featherstone, debe usted cuidar ese léxico. En fin, ignoraré ese comentario por su propio bien.

Pasó una mano por su pelo encerado, era obvio que lo que en realidad había deseado era impactar sobre su esposa el coraje que aquellos insultos habían provocado en él. Durante la noche, entre los momentos de lucidez, había llegado a reconocer que su mujer los tenía bien puestos y que poseía una gran imaginación léxica. Se había enfrentado a él, le había plantado cara y había sufrido la furia de aquel minino hasta que finalmente logró atarla. Pensó en

amordazarla, pero decidió que privarse de aquellos insultos, que avivaban más y más las ascuas del cuantioso alcohol en sus venas, era contraproducente en su especial noche de bodas. Ne cesitaba esos insultos; necesitaba reconocer el momento exacto en que había logrado domar a la fiera, aunque no a tal extremo. Sin embargo, había ocurrido y ya no había marcha atrás. Un baronet no podía mostrar debilidad. Necesitaba borrar de Anne las señales de su carácter salvaje, dominarla, y eso solo lo hubo conocido cuando dejó de insultar. Sin embargo, ahí estaba otra vez, los rescoldos de la fierecilla se habían avivado levemente. Mejor así, se dijo, la excusa perfecta para continuar con el adiestramiento, para gozar por más tiempo. Que los demonios lo llevaran si no lograba domesticarla, si no conseguía de ella una sumisión absoluta, una entrega total. Su mayor logro sería que lo mirara como a un dios. Pero todo ello había que aplazarlo para otro momento. La espera solo haría aumentar el goce. Su imaginación estaría activa hasta entonces, recreando lo sucedido y lo que vendría en el futuro.

—A lo que iba —sorbió el exceso de babas que aquellos pensamientos habían agolpado en su boca—; por el momento, este será tu dormitorio; no me dirás que no es una alcoba preciosa —señaló alrededor—. Ah, pero antes. —Se apresuró hacia la esquina, tomó un espejo de cuerpo entero y lo posicionó frente a Anne—. Casi se me olvida, te prometí mostrarte mi arte. Estoy convencido de que tú mejor que nadie sabrás apreciarlo. —Hizo una pausa a la espera de que su esposa ojeara el reflejo—. Mira, ¡ahora! —ordenó provocando en Anne un brinco.

Y así lo hizo. La señora De Featherstone miró. Miró como pudo y no se reconoció. Aquel infierno que tenía enfrente, mezcla de todos los círculos de Dante, no podía ser ella. Aquel trozo de carne no podía tratarse de ella.

Parecía una mujer, al menos su figura así lo delataba. Estaba desnuda, ni rastro había de la bella muchacha que el día anterior esperaba a su futuro marido en el altar. Ni rastro de aquel vestido de tonalidades rosadas, ni del velo, ni siquiera de aquel camisón transparente que nada dejaba a la imaginación. Un cuerpo desnudo, atrozmente profanado, que lucía las huellas de la desdicha, de la ignominia, del más puro defecto humano. Eso era lo que el inefable reflejo mostraba.

Comenzó a temblar más fuerte cuando aquella imagen le devolvió una mirada llena de terror. Su piel estaba salpicada de dispersos hematomas, si la imagen se hubiese quedado ahí todo sería más fácil. Fácil, ¡ja!

Líneas abultadas, que más bien eran alargados verdugones, cruzaban por su piel, no tanto en la parte delantera como en la trasera, de eso estaba segura por las sensaciones que cada una de las marcas mandaban a su cerebro. Porque el corazón, el corazón lo tenía roto en pedazos.

Tenía parte de la cara inflamada, justo donde le había propinado el guantazo. El pómulo hinchado y molestias en su mandíbula, así como el labio partido; no pudo evitar pasar su lengua por la herida. Más arriba mostraba el pelo revuelto, encogido en su longitud gracias a la violencia con que había sido tratado.

No quiso darse la vuelta. Era suficiente mirar su reflejo frontal, sobre todo porque no quería darle el gusto a su marido.

Se sentía como una marioneta que debía obedecer. Y tenía miedo, mucho miedo a ese ser con

el que se había casado.

Sir De Featherstone había comenzado a mantener una lucha interna entre la censura por lo que veía y sus habituales sensaciones placenteras. Se encontraba batallando fuertemente contra la vergüenza, en algún momento había mirado sus manos con repulsa, como preguntándose cómo había sido capaz, pero luego contraatacaban las otras, las que sentían placer al recordar lo vivido. Al sentirse poderosas en su dominio. Al instante, la imagen de su hermano, aquel ser que tanto despreciaba, volvía a su mente. Esto, sumado a la mentira de Anne, hacía que cualquier sensación de deshonor ante sus acciones desapareciera, arrastrada por el torrente placentero al que estaba acostumbrado, ese que le hacía sentir que todo lo tenía bajo control. Él: dueño y señor. Él: abogado y juez, fiscal y jurado.

Así, relegadas esas sensaciones de condena hacia sí mismo al olvido, Edmund comenzó a gozar al ver los gestos de espanto en el rostro desfigurado de Anne, así como su entereza por mantenerse de pie, por acatar sus órdenes pese a su estado. Era algo tan maravilloso, tan celestial. Difícil resultaba explicar lo que esa visión provocaba en él. Había sido una de las noches más apasionantes de su vida. Había dado rienda suelta a sus deseos. Aunque fuese su mujer, había querido engañarlo fingiendo que poseía su virtud. ¡Cuánto gozaba al pensar en lo que sentiría su hermano si supiera lo que había hecho con ella! Pero siempre se había cuidado de que Humphrey desconociera sus gustos de alcoba. Una erección comenzó a reclamar atención en su pernera.

Cómo había gozado al ver la sangre brotar de sus labios. Desde que la vio casi por primera vez, aquel color natural que los hacía parecer pintados lo atrajo, despertando su deseo de descubrir si era auténtico. Por lo que, cuando le partió el labio y vio la sangre brotar, experimentó un placer mayúsculo y una satisfacción enorme.

Y, sin embargo, algo empujaba, algo había en su interior que quería destrozar, suprimir aquellos sentimientos de gozo. Algo había que hacía que quisiera avergonzarse de sí mismo por lo que había perpetrado. Un nudo en su garganta comenzó a amenazarlo con dejarle sin aliento. Una sensación en sus muñecas lo amedrentaba con la llegada de unos temblores nada deseados. Las imágenes volvían a sucederse en su memoria, pero ahora desde aquella nueva perspectiva diferente, la perspectiva del desprecio por sí mismo. Allí estaba ella, expuesta, desvencijada, profanada, y erguida, aguantando sus más que seguros tormentos con estoicismo, dándole una lección de valor y fortaleza.

Y no, no podía permitirse el lujo de cambiar, no quería que aquellas nobles sensaciones lo atraparan y lo ablandaran.

—Bien, dentro de un rato vendrá Alice, tu nueva doncella. Espero que seáis lo suficientemente inteligentes como para no hacer ninguna tontería. Ella te atenderá, y saldrás de aquí cuando yo lo crea conveniente. —Miró la muñeca de su esposa un segundo—. Le diré que traiga lo necesario para *adecentarte*.

—Puede decirlo: para curar mis heridas.

Edmund sonrió de lado y dijo con la mayor frialdad:

—Querida, la próxima vez que tenga que aleccionarte serás tú misma la que cuente los azotes.

Y así dio por zanjada su visita.

Capítulo 2

—¿Mǐ jiǔ?

Humphrey abrió los ojos y asintió como pudo a la ramera que, seguidamente, le sirvió el licor de arroz de color blanquecino, aquel que lo tenía en el umbral del mundo onírico. Pues contenía tal cantidad de alcohol que cada vez que daba un sorbo lo recorría un escalofrío.

El burdel flotante, decorado lujosamente con vidrieras y candelabros, se hallaba en el río de las Perlas, en la costa de Guangdon. Una serie de embarcaciones componían dicho negocio, uno que estaba regentado por Zhèng Yī Sāo, una antigua cortesana que se había convertido en el terror de los mares asiáticos, al liderar a un buen número de piratas. Era una mujer carente de escrúpulos que gobernaba con mano firme y que contaba con poca o nula paciencia. Pero con quien, no obstante, era de sabios estar en buenos términos, para evitar males que luego podía llegar a lamentar.

Por esa misma razón, Humphrey había llegado sano y salvo a la provincia china. El pago de un salvoconducto y el intercambio de información mantenía su mercancía a buen recaudo, al abrigo de su barco y, por ende, a sus hombres a resguardo, divirtiéndo se en las pequeñas embarcaciones colindantes, desde donde llegaban lamentos placenteros que se entremezclaban con el suave susurro del agua al agitarse a su alrededor.

El calor de un cuerpo lo arropó, forzándolo a penetrar a la meretriz *tanka* que balanceaba sus senos frente a su rostro. Y él se dejaba hacer. No gozaba de ello; su cuerpo iba por un camino mientras su mente vagaba por otro. Ya no tenía poder sobre su físico, y aquella prostituta conocía bien cómo encender la pasión de un hombre para ganarse el sustento.

Habían pasado tantas mujeres por su lecho que ya había perdido la cuenta. Al principio lo hacía de manera consciente, tratando de olvidar a Anne, de desprenderse de la vigorizante sensación de su tacto, de su aroma, del suave roce de su cabello en su piel, de su risa y ese rostro joven lleno de vida que una vez fue suyo. Sin embargo, tras entender que ninguna mujer podía arrebatarle el recuerdo, comenzó a dejarse llevar y a incluso imaginar que era Anne quien calentaba sus noches, quien encendía su cuerpo y lo hacía sentir vivo.

Luego volvía la cruda realidad, y con ella ese grito que oprimía su garganta, que silenciaba a base de locuras, de gestas que lo ponían en constante riesgo. No quería vivir, no así.

De un empujón se deshizo de la ramera. Ya no deseaba continuar, quería salir de allí, marchar a otro lugar. Ahogar el recuerdo y la pena en algún otro rincón, lejos de las aguas y su propia tripulación. No era apropiado que lo vieran en ese estado: vulnerable y quebrantado por un simple recuerdo.

Añadió una monedas más a lo acordado con el remero que guiaba el bote entre los juncos, y lo apremió a que lo acercara a tierra. Fue la única manera que encontró de acallar a la mujer que lo

estaba lapidando a insultos en un idioma que conocía a medias, lo suficiente para realizar las compras y ventas, regatear y evitar ser estafado.

Una vez en tierra firme, necesitó tomar unos momentos para recobrar el equilibrio. El alcohol corría alegremente por sus venas y, al menos por el momento, no tenía la intención de disiparse. Comprobó los bolsillos repartidos por su cuerpo para asegurarse de que no le faltaba nada y se puso en marcha, tambaleándose de vez en cuando hasta llegar a la primera taberna que se cruzó en su camino. Un lugar que contaba con habitaciones para pasar la noche.

Al entrar, el ambiente estaba caldeado. Las escasas velas y candelabros concentrados en un solo lugar habían formado una especie de nebulosa sobre los individuos que se sentaban alrededor de las mesas en un silencio sepulcral. Todos mirando a un solo lugar, con los semblantes llenos de expectación.

Humphrey siguió sus miradas hasta un rincón oscuro, e ignorando lo que ocurría, se dirigió hacia la única mesa con una silla vacía. Con un gesto, solicitó permiso a los presentes y tomó asiento. A pesar de sus reticencias, le sirvieron vino caliente, y brindó en silencio. Pasados unos minutos, alguien mandó al mutismo, y si antes no se escuchaba nada, ahora la propia carencia de sonido se volvía incómodo en los oídos.

De repente, el salón quedó en completa oscuridad, alguien había apagado las luces, mientras otras eran encendidas detrás de lo que parecía un trozo de tela de dimensiones considerables. Era una especie de telón de color blanco, ligeramente transparente, que ocultaba lo que se encontraba detrás. La curiosidad de Humphrey se agudizó de inmediato. ¿Qué era aquello por lo que todos los hombres contenían el aliento? Y, ahora que se detenía a observar a su alrededor, ¿dónde estaban las mujeres?

De algún lado de la vasta habitación, comenzaron a llegar las notas de un instrumento de cuerda, seguido de lo que parecía ser una flauta que restallaba en la quietud con melodías largas, dulces y delicadas. Estas hicieron que el vello de su cuerpo se erizara, especialmente al ver cómo, tras el tejido, apareció la sombra de la figura de una mujer. En ese momento, todos los presentes contuvieron el aliento.

Sin embargo, no se abrió el telón como De Featherstone esperaba. En su lugar, continuó echado, resguardando la identidad de la joven que mecía el cuerpo en una danza sutil al ritmo de la música que envolvía el ambiente. Así, transcurrieron un par de minutos y, de repente, una prenda fue a parar a lo desconocido mientras movía sus brazos y sus manos de manera hipnótica. Aquel era uno de los episodios más sensuales que jamás había presenciado. La melodía iba tejiendo una especie de sortilegio en los presentes, todos con la boca abierta y sin pestañear. Las notas iban recorriendo su cuerpo como si fueran la punta de los dedos de una joven explorando el grosor de su piel curtida por el trabajo. A dicha prenda la siguió otra y luego otra, hasta mostrar una silueta desnuda, oculta solo por esa tela que resguardaba su rostro y el tono de su piel. En ese momento, la música murió y las luces se apagaron, dejando todo en penumbra.

Un nuevo recuerdo azotó su mente. ¡Por todos los demonios! Anne volvía para continuar con su tormento. Regresaba con las curvas de su cuerpo recortadas a la luz de la hoguera, con su perfil al alcanzar el clímax, con su aliento sobre su rostro.

Se hizo hueco entre las sillas hasta llegar a la calle. Necesitaba respirar un aire menos viciado y lograr así salir del embrujo al que lo había sometido el espectáculo, en el que no solo su intelecto había despertado. La imagen de esa sombra detrás de la tela volvió a incidir delante de él, transformándose de nuevo en ella. ¿Cómo podría escapar? ¿Qué podía hacer para que su cuerpo y su mente se alejaran de una mujer que ya no debía significar nada para él? ¿Una que había encontrado el amor en su propio hermano y que ahora gozaría de otro cuerpo de varón que no era el suyo?

Una vez más, su garganta comenzó a engrosarse, exigiendo liberar el grito que había estado prisionero durante tanto tiempo en sus cuerdas vocales, sofocado y olvidado. ¿Quién era más cruel? ¿Ellos por haberlo creado? ¿O él por no dejarlo libre?

Con el dolor quebrando su tráquea, dejó sus pies vagar en busca de una salida, de algo que volviera a reprimir ese grito, que lo relegara al olvido. Sus pasos lo llevaron de regreso al mar, a una playa solitaria donde el silencio era más profundo que el abismo. Y sin dudarlo, dejó que el grito saliera. Gritó, tratando de que su alarido fuera más fuerte que el de ese silencio, que acallara sus miedos y temores, que se llevara consigo su pasado y su recuerdo. Que alejara esas palabras que se repetían en su mente.

De sus labios brotó la saliva disparada con violencia, mostrando su desesperación. Y en sus brazos se marcaron las venas al cerrar los puños con violencia.

Y junto al clamor, emergieron las lágrimas que salaron sus mejillas y enturbiaron su mirada. Gritó al horizonte, a la noche, a las estrellas, y reclamó sin palabras volver a ser el que un día fue: un hombre con ganas de vivir, un individuo que sabía dónde quería que le guiaran sus pasos. Que gozaba con la aventura; mientras ahora ante sí, por más que viajara, solo se cernía la oscuridad. Ya los amaneceres habían perdido su interés, nada en ellos sentía vivo. Y todo por una mujer. Volvió a chillar e hincó las rodillas en la arena y rogó con sus manos al horizonte, a ese cielo que no hacía más que caer sobre él. No sabía qué hacer, quizá ese lamento espantaría sus demonios y le devolvería lo que le habían robado.

Se hizo un ovillo en la playa y se dejó llevar, buscando la salvación en el mundo de los sueños. Quizá la noche fuera benévola y el nuevo día trajera consigo la libertad.

El arrastrar de algo sobre la arena enmudeció su arrebato. Recortado por la luz de la noche, pudo distinguir que un poco más allá había una barcaza y que se acercaban unos hombres a su posición. Esperó derrotado hasta que quedaron a poca distancia.

—Vaya, vaya. Cuando mis hombres me dijeron que le vieron marchar hasta aquí, no creí que me encontraría con medio hombre. ¿Es usted, Chief Blue Jacket? ¿O solo es un niño con cuerpo de varón?

Humphrey se limpió las lágrimas, se levantó con tranquilidad y endureció su gesto. En guardia, repasó a los hombres que lo rodeaban: matones de la pirata más temida de oriente. Y al mando ella: Zhèng Shì, que lo miraba arrogante, aunque con un toque de ternura que solo usaba con él.

Lo apremió a que se acercara para resguardarlo entre sus menudos brazos. Así lo hizo, no era conveniente desafiarla, mucho menos negarle un deseo, al menos no ahí ni en ese momento,

carente de un estado de plena conciencia y rodeado por sus hombres: feroces piratas ansiosos por tener una sencilla excusa para pelear.

—Ya, ya. Todo pasará —le dijo con ternura en el oído mientras lo abrazaba, para que los demás no la escucharan—. Reprima sus sentimientos. Ahora.

De Featherstone tomó aire lentamente, llenando sus pulmones del salitre y el oxígeno que había a su alrededor. Zhèng Yī Sāo olía bien, como siempre. A pesar de ser pirata, no descuidaba su aseo y el delicado olor a lavanda impregnaba su cabello.

Se separó, dejando una distancia respetuosa entre él y el grupo, y, completamente recuperado, estudió con cuidado a Zhèng Shì. Como típica mujer asiática, tenía el pelo negro, tan lacio que las trenzas se deshacían, por lo que optaba por llevar un pañuelo bordado o un sombrero de tres picos que, por más que lo usara, nunca envejecía. Asimismo, tenía la habilidad de combinar su *cheongsam* con diferentes prendas corsarias que ensalzaban más su porte autoritario, elevándolo a regio. Sus labios eran gruesos, bien delineados y coloreados, resaltados por una tez pálida y unos pómulos prominentes, así como un diente de oro que relucía a la luz de la luna. Y su mirada, era candorosa a la vez que peligrosa, quizá ese candor era el que llevaba a más de uno a cometer el error de menospreciar su verdadera crueldad.

—A sus pies, mi señora. Es un auténtico placer reencontraros.

—Estoy segura de que así es. La marea me ha traído hasta aquí.

—Bendita sea que la ha puesto en mi camino.

—O a usted en el mío —advirtió con una ceja alzada.

—Por supuesto —afirmó, mostrando la suficiente sumisión como para satisfacerla; sin embargo, permanecía erguido y firme, dejando claro que no se amedrentaba.

Callaron un segundo mientras la mujer lo evaluaba.

—Demos un paseo. A solas —ordenó, advirtiendo al resto que no los siguieran.

Cuando por fin pusieron un poco de distancia, Humphrey le preguntó por su esposo.

—Zheng Yi está ocupado con su tripulación, no regresará pronto —respondió mientras le acariciaba el antebrazo de manera provocativa.

Humphrey la miró y asintió, no podía negarle su capricho. Sería algo inconveniente. Además, no era la primera vez que intimaba con ella, sus encuentros siempre habían sido satisfactorios, un intercambio mutuo que no los comprometía de ninguna manera. Sin embargo, rezaba en silencio cada vez que esto sucedía, con la esperanza de que su marido no los descubriera. Si bien, el código entre sus hombres no les permitía revelar nada de lo que ocurría, ni siquiera a su marido. De lo contrario, su ejecución era llevada a cabo antes siquiera de pedir clemencia.

—Permítame expresar mi admiración por su belleza.

—No esperaba menos de usted. —Se detuvo y, con descaro, pegó su cuerpo al del hombre y abrazó con la mano su entrepierna—. He estado sola por un tiempo y tengo la necesidad de la compañía de un buen hombre en mi lecho. Además —dijo escu driñando sus ojos—, por su estado, deduzco que usted lo necesita más que yo. ¿Qué me dice, le gustaría darse el gusto?

Humphrey titubeó por un breve instante. Desde luego no lo devoraba esa apetencia. Sin embargo:

—Sin duda, mi señora. Nada me complacería más. Aunque, primero necesito asearme.

La mujer sonrió.

—No se preocupe por eso, en mi camarote le ha de esperar un buen baño caliente.

De Featherstone miró hacia atrás.

—¿Sus hombres?

—Oh, como bien conoce, ellos no saben nada. No escuchan, no ven; y sus bocas callan. De lo contrario, sus lenguas podrían servirme de cena. —Zhèng Yī Sāo se acercó a él y repasó sus labios con la punta de la suya—. Además, tenemos que hablar de negocios, ¿o acaso creía que vendría a buscarlo solo por su verga? No se confunda, he bajado a tierra por otras premisas; usted solo se ha puesto en mi camino.

Humphrey negó con la cabeza. Por supuesto que no. La pirata, antaño conocida como Shi Xianggu, no se molestaría en buscarlo si no fuese para su propio beneficio. Y aún así, generalmente habría enviado a uno de sus hombres en su busca, quien lo habría obligado a ir con él, y no de muy buenas maneras.

No hizo falta mediar nada más. Con paso seguro regresaron al bote y remaron de vuelta al barco, que estaba anclado a unas millas náuticas de la costa.

Efectivamente, después de tomar un refrigerio bajo la perdida mirada de un moribundo, quien era usado como diana, y entretenidos con conversaciones ligeras y la típica tensión que acompaña a un barco repleto de hombres con ganas de sangre, les aguardaba un baño caliente en el camarote. Ni cortos ni perezosos ambos se introdujeron en las aguas. Hablaron de trivialidades mientras enjabonaban sus cuerpos, la sensualidad estaba ahí, presente en cada caricia y, pasado un rato, por fin se complacieron. Aunque, para ser honesto, tuvo que hacer un esfuerzo por ignorar lo que estaba ocurriendo en cubierta. Uno, no era asunto suyo. Dos, las leyes bajo el mando de la pirata eran claras; si ese hombre estaba padeciendo ese castigo, era debido a que había cometido alguna fechoría de gran calibre.

Una vez fuera del agua, Humphrey se vistió con las ropas limpias que habían sido colgadas en el respaldo de una silla. No sabía de quién eran, y tampoco pensaba preguntar. Las suyas estaban hechas un bulto dentro de un fardo que había vivido tiempos mejores.

Se sentaron a la mesa a degustar frutas de temporada y *huáng jiŭ*. En realidad, a Humphrey no le apetecía beber más, pero no era adecuado rechazar la invitación. Zhèng Shì estaba frente a él, tapada con una bata de seda estampada con filigranas francesas que él mismo le había regalado hacía tiempo. Al parecer, se había acordado de tan preciado obsequio y quiso complacerlo. Se miraron y sonrieron. Entre ellos la cosa iba así, fácil, no era necesaria la charla. La mujer había ejercido como ramera tiempo atrás y entendía que a los hombres les incomodaban las conversaciones sobre lo hecho si no había vínculo emocional. Además, para ella Humphrey solo era un objeto para solventar sus apetencias.

No eran exactamente amigos, más bien eran conocidos debido a los negocios y la imperiosa necesidad que tenía Humphrey de poder realizarlos con libertad. Esto implicaba mantener su salvoconducto, que a su vez estaba vinculado a satisfacer los deseos carnales de la pirata. Pero mientras ambos mantuvieran la discreción, todo iría bien. Dio un sorbo al licor, un vino semiseco

que bajó por su garganta despertándolo del letargo al que lo había sometido la combinación del agua caliente y su desahogo carnal. Brindó al aire, cogió la mano de la mujer y depositó un beso en la palma.

Ella sonrió complacida. Humphrey siempre le había resultado alguien tierno. Disfrutaba de sus encuentros, un respiro en medio de tantos hombres rudos que buscaban desafiar su autoridad. Sin embargo, con ese extranjero la dinámica era diferente; la trataba con respeto, como una igual o incluso como alguien superior, eso la hacía bajar la guardia. Le gustaba que se mostrara sumiso, a sabiendas del poder que regentaba. A pesar de ello, sabía que se exponía por completo y que él podría vencerla con facilidad usando su fuerza bruta, aunque luego se enfrentara a su tripulación de piratas. Sonrió. Lo había conocido un par de años atrás. Llevaba poco tiempo casada y le gustó ese extranjero que exigió una audiencia con la mujer más poderosa que reinaba en esos mares. Desafió a su marido, relegándolo a un lado como si fuese un don nadie. Por suerte, este se lo tomó a broma y lo llevó hasta ella como un regalo, permitiendo que hiciera con él lo que quisiera. En realidad fue una manera de ponerla a prueba para ver cómo reaccionaba. Y se ganó su salvoconducto, lo hizo mientras le lavaba los pies y le narraba historias sobre magos y brujas. No se puede llevar a equivocación, no se había enamorado de él. Sencillamente, la conquistó el hecho de que fuera un hombre de recursos, sin temor a ponerse de rodillas y lavarle los pies con alegría, sin sumisión, como si fuese una acción como cualquier otra. Y lo más importante, un hombre que le llevaba información de occidente.

Así comenzaron a verse de tarde en tarde, solo cuando él viajaba por sus mares. Hasta que un día llegó, pocos meses atrás, derrotado, distinto, callado, sumiso.

—Es por ella, ¿verdad? —preguntó Zhèng Yī Sāo con comprensión en sus ojos.

Humphrey asintió, sintiendo el peso de la verdad en sus hombros. Con ella no necesitaba fingir. No tenía lugar mentir a Zhèng Yī Sāo, ella era la única que conocía su pasado reciente. La única que conocía todos sus apodos hasta llegar a la matriz, a Humphrey De Featherstone. ¿El porqué? No sabía dar una respuesta.

La mujer miró a través de la ventana, al horizonte. Reflexiva.

—Es increíble el poder que una mujer puede tener sobre un hombre. Si la mayoría de nosotras lo supiera, los hombres estarían perdidos. —Regresó sus ojos a Humphrey mientras, distraída, tomaba un bocado. Y continuó, enfatizando sus palabras con el movimiento de sus cejas—. Se acabaría su soberanía sobre nosotras. Desaparecía su creencia equivocada de ser superior. Se anularía el tenernos relegadas solo a actividades domésticas y, por supuesto, de alcoba; aunque esto último sería una verdadera lástima —sonrió con picardía—. Por suerte, algunas de nosotras somos conscientes de ese poder. Sin embargo, muy pocas sabemos cómo utilizarlo —expresó esto último con una mirada penetrante.

—Y usted es una de ellas.

La pirata asintió mostrando media sonrisa.

—Pero no se lo diga a nadie. Se lo prohíbo. Mi esposo debe seguir creyendo que ostenta el título de soberano gobernador de los piratas del mar de la China Meridional. —Sonrió abiertamente.

Luego se llevó la copa a los labios y degustó el vino mezcla del fermento de mijo. Observó a Humphrey abiertamente, estudiándolo, era obvio que quería llegar a su yo más profundo.

—Deseo comenzar a comerciar con la sal, pero mi marido no está de acuerdo. Dice que no es un negocio rentable. ¿Qué opina?

Por fin se había desvelado la verdadera razón de la presencia de Humphrey en el barco. No era la primera vez que reclamaba su presencia para solicitar su opinión.

—Creo que tiene un gran futuro si sabe cómo llevarlo a cabo.

—Explíquese.

—Entiendo que el negocio de la piratería es sucio, la mayoría de las veces violento —indicó afuera hacia donde todavía colgaría el cuerpo al que estaban cosiendo a puñaladas—, y como hombre que ha llegado a realizar el contrabando, considero que hay otras formas de llevarlo a cabo. Es una mujer osada y valiente, pero su mejor virtud está ahí —apuntó hacia su cabeza—: goza de una inteligencia envidiable.

Por un momento, Shi Xianggu reflexionó sobre cómo había llegado a ser una mujer poderosa. En efecto, había usado su habilidad mental. Cuando ejercía como prostituta se encargó de atraer a hombres influyentes a los que sonsacaba una suculenta información que luego le sirvió, no solo para atraer a su actual esposo, si no para incluso negociar con él y quedarse con el 50 % de sus botines y el mando de la nave roja. La más fuerte y temida. Pero esa misma astucia la hacía rodearse de sabios individuos. Y no dudaba preguntar y pedir consejo siempre que lo necesitaba, todo para su propio beneficio.

—¿Puedo contar con usted si me decido llevarlo a cabo?

—Mi preciada camarada. Para mí los negocios de contrabando ya pasaron a la historia. —El gesto de la mujer se endureció, mostrando que su negativa no le había agradado—. Sin embargo, puedo sugerirle a alguien con quien puede llevar adelante esa empresa y llegar hasta occidente.

Zhèng Shì quedó pensativa unos segundos. Era obvio que estaba organizando sus ideas.

—¿Cuál es su consejo?

—Si me pide mi humilde consejo, le diré que madure bien el concepto, estoy seguro de que llegará a un punto en el que saldrá triunfadora. ¿Me permite ofrecerle uno más? —asintió—. No le diga nada a su marido. Ejerza su paciencia, y su momento llegará cuando menos se lo espere y será solo suyo. En ese instante le diré a mi contacto que la busque.

Por primera vez desde que conocía a Chief Blue Jacket, Shi Xianggu se vio obligada a apartar la mirada. Paciencia. Una virtud que no ejercía desde hacía tiempo, pero que, no obstante, sabía cómo dominarla. El hombre que tenía enfrente siempre había demostrado inteligencia con los negocios, no en vano, había conseguido llegar hasta ella y lograr que lo tratara de una manera relajada, aunque no dudaría en matarlo si así lo necesitara. No obstante, sería una gran pérdida, pues su valía era incuestionable.

Se echó hacia delante, consiguiendo que la luz del candil que había en medio de la mesa alumbrara sus feroces ojos.

—Le reitero mi deseo de que forme parte de mi tripulación.

—¿Y estar vigilando mi espalda para el resto de mi vida? No, gracias, mi señora. Mis pasos

deben llevarme a otro lugar.

Humphrey sonrió de medio lado y esquivó esas pupilas llenas de fuego. No, no podía aceptar y ella lo sabía. Otras veces se lo había propuesto, y de todo lo que le había pedido, eso era lo único que le había negado. Si bien, un código no escrito ni hablado existía entre ellos, no hacer peticiones que escaparan de su mano.

Zhèng Yī Sāo exhaló derrotada, tratando de que no se notara que, una vez más, la negativa le había afectado. Podía matarlo en ese mismo instante. Sin embargo:

—¿Inglaterra?

—No. Bien conoce que no puedo. Además, no encuentro ninguna excusa para regresar. Tampoco sé si lo deseo.

Zhèng Shì volvió a guardar silencio. Sintió un escalofrío y se frotó los brazos mientras admiraba los dibujos que adornaban su propia bata. Su gesto cambió, era como si un relámpago hubiese cruzado su mirada. Algo rumiaba.

Dejó pasar unos segundos y habló.

—¿Conoce a un tal Galton?

—¿Galton? No.

—Por supuesto que sí.

—No, realmente no conozco a nadi... Espere, quizá quiso decir Gurton.

—Sí, eso he dicho.

—Por supuesto, le presento mis disculpas. —No quiso evidenciar su equivocada pronunciación —. Gurton. Él es mi socio en el negocio de la seda. Lo dejé a cargo de todo mientras me ausentaba.

—Lo sé. Al igual que sé que voy a arrepentirme. Pero ya que no quiere quedarse y me aburre obligarle, le diré que ese tal Galton está abusando de su confianza.

De Featherstone arrugó la frente y cambió su gesto a uno de verdadero interés.

—Le reitero mis disculpas, pero confieso que no le comprendo.

La mujer sonrió, soltó el aire de manera estruendosa, evidenciando que sabía algo que lo cambiaria todo. Volvió a apoyarse en el respaldo, transformando su mirada en un témpano de hielo.

—Ha llegado hasta mis oídos que la Compañía Royal Silk, lleva un tiempo comprando seda de calidad cuestionable, pero que, sin embargo, la vende a un precio bastante elevado. —Dejó un segundo en el aire, a la espera de que esas palabras calaran en su interlocutor—. Por otro lado, un tal Galton ha creado la Sociedad Imperial Silk, donde él es el único dueño, y esta sí adquiere seda de alta calidad. Esa que antes compraba la suya.

Humphrey tenía el entrecejo bastante arrugado, un rictus violento había reemplazado al taciturno. Apretó los puños sobre la mesa.

—Bien conoce que la Compañía Royal Silk me pertenece. ¡Ese mal nacido me la está jugando! —dio un fuerte golpe a la mesa.

—Me parece que alguien no se está portando bien, y que ese alguien se está embolsando mucho dinero a su costa —canturreó la pirata mientras jugaba con un cuchillo entre sus dedos, su

semblante: uno sangriento, la mujer bondadosa había desaparecido.

El varón asintió, sus labios temblaban por la furia mientras miraba a la mujer fijamente.

—Con que esas tenemos. ¿Sus fuentes son de confianza?

—¡Hasta la muerte! —rugió—. Ya sabe cómo funciona.

De Featherstone asintió y se quedó pensativo. Esa rata, aquel que le había hecho creer que era su amigo, le estaba dando una puñalada. Ahora comprendía por qué algunos mercaderes le habían estado echando en cara que ya no compraba su género, mientras él les porfiaba que seguro estaban confundidos llegando incluso a discutir. ¡Maldita sabandija!

—¿Cuándo va a partir?

—¡Cuanto antes!

Capítulo 3

Un día o dos habían pasado desde su noche de bodas. Su criada Alice, una muchacha joven, de aspecto enjuto, aunque enérgico, y de la que todavía no había escuchado ni una sola palabra, había ido a llevarle comida.

Tal y como Edmund le había ordenado tampoco ella le había hablado. Temía que pudiera enterarse y ser Alice quien sufriera el peso del brazo de la dudosa justicia de su esposo. ¡Maldito hijo de mala madre!

La muchacha, después de curar sus heridas, se limitaba a estar allí, mirándola mientras comía, luego lo recogía todo y se marchaba. Por la mañana regresaba, volvía a hacer las curas, la ayudaba a asearse, vestirse con un sencillo camisón limpio de algodón y volvía a irse después de reemplazar las velas gastadas y prender una bolita de incienso. ¿Qué pensaría la joven de todo aquello? No recordaba su gesto el día que entró por primera vez y la encontró tumbada sobre su propia inmundicia, hecha un ovillo en el suelo, el único lugar que por su frialdad apaciguaba moderadamente el resquemor de los verdugones y heridas abiertas. Creía haber escuchado alguna interjección aclamando a los ángeles, pero la verdad es que no podía jurarlo. El primer día fue algo así como si no hubiese ocurrido, tan solo el dolor estaba presente, nada más. En el rostro de la criada se podía ver el miedo que tenía al entrar allí. Era obvio que para la doncella estaba siendo un trauma tratar sus heridas. A saber cuáles fueron las palabras usadas por Edmund; de seguro amenazas nada agradables.

Y ella, ella solo conseguía preguntarse una y otra vez ¿por qué? Durante todo ese tiempo había estado en una nube forjada de sorpresa e incomprensión. Sorprendida ante lo vivido, lo ocurrido, haber descubierto que había cerrado un trato con el mismo diablo, su marido. E incomprensión, incomprensión ante esa manera de tratarla, ella había hecho lo que su esposo le había ordenado, no se merecía aquello.

Ese día se encontraba comiendo una sopa de pollo y verduras, cuando Alice, mientras ordenaba la precaria habitación, fue a quitar el camisón mugriento que Anne había usado para tapar el espejo.

—No. Por favor, no quite ese trapo. No me castigue también usted ofreciéndome la posibilidad de mirar mi reflejo, aunque sea sin querer por cualquier movimiento. No creo que pueda soportarlo. —La criada dejó la acción en el aire y miró a Anne incrédula y asustada. Luego bajó rápidamente la mirada hacia el plato de su ama y se quedó quieta con la clara intención de marcharse. A decir verdad, también Anne se había sobresaltado al escuchar su propia voz, la cual se expresaba ronca, gastada.

»La realidad es que no sé muy bien ni por qué o para qué me alimento —dijo de forma monótona—. Desde que me ha ocurrido esto mi apetito ha marchado despavorido junto a la

alegre muchacha que un día fui. En realidad, creo que me alimento por inercia. —La doncella hizo el amago de irse—. No se preocupe, Alice, no tiene por qué hablar conmigo, no le pido una respuesta, no le exijo conocer la tonalidad de su voz. Solo deje que mis pensamientos, mis tormentos, mi dolor, pueda tener un oyente. No le pido que intervenga, su presencia es suficiente para calmar de algún modo mi pesar. Para creer que lo comparto con alguien a quien pueda importarle, deje que construya una mentira por la que sea capaz de sobrellevar toda esta pesadilla. Le suplico que no se vaya. —Rogó. Y, de esa manera, Alice, después de echar un vistazo a la salida, decidió quedarse. Le daba tanta lástima aquella muchacha, ¿cómo negarse a la petición de un alma en pena? Por muy asustada que estuviera no sería una buena cristiana si la dejara desamparada. Poco le pedía, tan solo su presencia—. Dados los hechos, posiblemente, algún día muera aquí y quizá usted pueda hacer conocedora a mi madre de lo que ha ocurrido. ¿Ha preguntado ella por mí? ¿Ha venido siquiera a hacerme una visita? Mi pobre madre pensará que estoy disfrutando de mis primeros días de luna de miel, aunque en realidad sean de hiel. Oh, perdone, le dije que no le haría hablar. —La criada frunció el ceño—. Sí, lo sé, mi esposo le ha prohibido cruzar palabra conmigo, a mí también que hable con usted. Me ha amenazado, ¿sabe? —Miró un momento hacia una de las velas, como en trance; una sonrisa amarga se aposentó en su boca, aún algo hinchada, y comenzó a hablar. Divagaba entre distintos pensamientos, saltando de uno a otro sin concordancia ni concierto, aguantando el dolor que le provocaba gesticular.

»Yo era una muchacha alegre, me gustaba corretear por el bosque, imaginar que había hadas y duendes que vivían en los troncos de los árboles. Me gustaba imaginar que los animales podían hablar y que todo en su mundo era mágico, dulce, perfecto. —Volvió su mirada hacia Alice—. ¿Han florecido ya las margaritas? Qué tonta soy, claro que sí. La iglesia estaba adornada con algunos jarrones de margaritas. —Se quedó callada un segundo—. ¿Qué fue de aquella chiquilla? Nadie podía imaginarse que acabaría así. La realidad es que no sé muy bien qué he hecho para merecer algo tan... —Un recuerdo no tan lejano en el tiempo, aunque sí en la distancia, que casi la hace partirse en dos, vino a su mente—. Ah, sí, ya lo recuerdo, aquello... —carraspeó, decir tantas palabras después de días sin hablar hacía que sus cuerdas vocales se resintieran. Suspiró y tragó el nudo de su garganta. Aquel recuerdo era el único que podía hacerle perder el control, al igual que el único que si se agarraba a él podía hacerla permanecer entera, deseando vivir—. Pero por muy trágicos que fueran esos hechos no creo que nadie se merezca algo así. —Dejó su mirada divagar en la nada—. Podía haber sido feliz. Tampoco pedía tanto, incluso rogué que me dejaran marchar libre, yo sola. Que renegaran de mí ya no suponía algo doloroso. Pero, en fin, mi sino estaba ahí, escrito para mí. Hoy trato de convencerme de que mis circunstancias están dadas por algo, para algo, que quizá deba pasar por todo esto para llegar a un fin; aunque quizá sea mi muerte. Sé que todavía me queda mucho por sufrir, es por eso que no sé por qué sigo alimentándome. —Dejó el plato a un lado—. Por qué no me dejo llevar por la Parca. Creo que hace unos pocos días me hizo una visita, y necia de mí la rechacé. Hoy pienso que si me lleva quizá así todos se vean liberados de amenazas, de responsabilidad y yo pueda volar libre en el mundo de los muertos junto a... —suspiró cansada—. Ah, mejor no recordar, pero se hace tan duro, es tan duro no pensar o recordar, entre estas cuatro nauseabundas paredes

que ocultan su realidad bajo el aroma a incienso, el aroma a cristiandad. ¡Qué cínico y bromista es el demonio! ¿No cree? —De nuevo se hizo el silencio. Se rascó una de las postillas que se disponían irregulares a lo largo de uno de los muchos azotes para luego observar cómo se había incrustado parte de ella en su uña.

»¿En qué momento firmé por esto? Cuán ciega estuve al casarme con ese hombre. ¿Sabe? Mi sed de venganza, el creerme más lista que nadie, todo esto es por mi culpa. Quizá sí que me lo tenga merecido —miró a la criada—. ¿Cree que tengo derecho a sentir lástima por mí misma? ¿Es de bien nacidos pensar que soy la víctima de aquellos que me rodean? Puede que algún día halle las respuestas a estas preguntas.

»¡Usted las ha visto! —dijo con rabia contenida—. ¡Usted las cura desde el primer día! ¡Usted es testigo de lo que me ha hecho y yo me pregunto por qué!

Durante unos segundos solo hubo silencio.

»Tenía una doncella —se pronunció amarga, mirando hacia otro lado, recordando la cara de la señora Fletcher—. Mi preciosa Mary, mi querida amiga. Nuestra relación ya no era la misma. El mundo quería hacernos diferentes por nuestros puestos en él, pero para mí era duro no verla como alguien cercano, alguien a quien quería de verdad. Hablábamos de nuestras cosas, de tarde en tarde, pero lo hacíamos sinceramente. Con ella entendí que las mujeres solo somos trozos de carne con los que negociar, válidos para dar vida, para usarlos como moneda de cambio y, por lo que he podido comprobar en mi propia carne, para descargar los más escabrosos deseos por parte de un degenerado y, encima, permanecer callada. Porque, de lo contrario, esto se convertiría en un escándalo, donde la única culpable sería yo, solo por haber nacido mujer.

Unos ruidos en la habitación contigua hizo que la señorita Anne callara y con un movimiento de cabeza advirtiera del silencio necesario. Así, volvió a tomar el plato y continuó comiendo. Las lágrimas cada vez eran más escasas; a decir verdad, hacía días que ya no lloraba por eso, para qué. Nada conseguía con ellas. Además, tenía muy claro que sobrevendrían muchas más ocasiones en las que conformarían su única compañía, ya fuesen por causa del dolor, del miedo, de la rabia o de su propio victimismo.

Una sola vez había regresado su esposo a verla. Después de unas pocas frases hirientes, escondidas tras un tono dulce, preguntando por su estado de salud y la evidencia de que todo había sido por su culpa, por provocarlo de esa manera, se había marchado; llegando de nuevo hasta ella a los pocos minutos aquellas notas de piano, una vez más lánguidas y tristes. Por suerte, después de esa última visita todavía no había regresado. Por supuesto, Anne lo agradecía, prefería estar mil veces sola que en su compañía y con la incertidumbre de no saber de qué talante estaría en aquella ocasión. De si su volatilidad sería más frágil ese día o, por el contrario, la dejaría en paz. Sin embargo, si Edmund no iba a verla no era por las razones que ella podía llegar a suponer, sino por aquellas sensaciones que habían despertado en él. No quería volver a sentirse cómo lo hizo, no deseaba volver a dudar. No podía permitírselo. El verla allí tirada con todas aquellas marcas. No, no, lo que hizo lo hizo porque él era así, porque amaba hacerlo, ¿cierto? Y la única manera de mantenerse íntegro era verla lo menos posible mientras estuviese encerrada en aquella habitación.

Poco rato había pasado desde que Alice se había marchado, con la cabeza gacha y una punzada de pena y rabia por lo que había hecho aquel malnacido con ella, cuando Anne escuchó unas risas al otro lado de la pared. Le pareció reconocer la voz de Edmund acompañada de una que se expresaba más aguda, la indudable voz de una mujer. Reían y hablaban, aunque sus palabras no llegaban claras a sus oídos.

Sigilosa, fue hacia la pared y posó su oreja. ¿Quién sería aquella miserable alma que se encerraba con un hombre casado en su habitación? Ni que decir tiene, que no eran los celos los que la movían a comportarse así, eso era algo absurdo. Por el contrario, era la pena de pensar que pudiera hacerle lo mismo a aquella otra mujer, aunque se tratara de una posible ramera, pues no entraba en su cabeza que una señorita se prestara a tal despropósito. Con el rostro pegado a la pared, tanteó el muro buscando la mejor posición para que no le causara molestia en su todavía hinchada cara y escuchar más claramente su charla, cuando se encontró con un pequeño objeto metálico del tamaño de un penique in crustado en la pared. Se separó para observarlo y lo tanteó hasta darse cuenta de que era una mirilla. Por un momento meditó si mirar o no. De seguro sir De Featherstone conocía aquel objeto. De seguro lo usaba, ¿y si la sorprendía mirando? Se dijo que era mejor no tantear la suerte y fue a sentarse sobre la manta del suelo.

Las palabras que llegaban hasta ella desde la habitación tornaron en silencio, luego en jadeos y alguna que otra exclamación lujuriosa que en esta ocasión se oía perfectamente, junto al rechinar de la cama por el movimiento. Lo más curioso era la voz de la mujer, a Anne le resultaba conocida. Era familiar, cercana.

Decidió echar una ojeada.

¡Por todos los ángeles que custodian el cielo! ¡Pero qué-qué desatino, qué visión más...! ¡Jamás habría llegado a pensar que ella, que la señorita! No podía ser posible. ¿Cómo? ¿Por qué? ¿Desde cuándo?

El señor Edmund estaba echado en la cama desnudo, mientras la mujer cabalgaba sobre él sin una sola prenda que cubriera su cuerpo, expuesta, retozando, gimiendo, mordiéndose los labios entretanto su esposo pellizcaba sus senos. La señorita Jane Aldridge levantó su mirada hacia el lugar donde Anne los miraba y una sonrisa pobló su cara, la sonrisa de saberse observada, de gozar con ella, pues sus envites aumentaron al igual que su placer. Así continuó fornicando sin descanso, guiando las manos del hombre por su cuerpo, provocándolo para que descargara algún que otro palmetazo sobre su trasero y ella se retorcía de placer en aquel instante.

Anne no daba crédito a lo que sus ojos veían.

Jane se acercó al oído de él y le dijo algo. Edmund sonrió y giró su cabeza hacia el lugar desde donde miraba su esposa. También sonrió, pero siguió a lo suyo. Los gemidos aumentaron, los jadeos se volvieron apremiantes. Fue entonces cuando De Featherstone se deshizo de esa postura, colocó a Jane a cuatro patas, la asió del pelo como si tratara de dominar a una yegua y la penetró por detrás sin miramientos, hasta derramar su semilla en su trasero. Anne, horrorizada, se apartó de la pared y fue a hacerse un ovillo sobre la manta del suelo que había decidido echar allí a fin de sentir la fría superficie. Quería borrar de su cabeza aquello que había visto. No quería

dejarse llevar hacia las preguntas que se agolpaban en su mente. Jane. Jane Aldridge. La señorita Jane Aldridge yaciendo con Edmund De Featherstone. ¿Desde cuándo? ¿Cómo?

Unos minutos después, un chasquido en la puerta la advirtió de que ya no estaba sola y decidió hacerse la dormida, quizá así lograra que el temporal pasara de largo.

—Juraría que estaba mirando —evidenció Jane con tono de burla.

—Yo también lo creo. Sin embargo, —susurró De Featherstone— ahora parece que duerme.

Anne escuchó los pasos que se acercaban, alguien la sacudió ligeramente con un pie descalzo. No sabía muy bien qué hacer, no quería revelar que, efectivamente, estaba despierta, tampoco si estuviese dormida querría despertar, pero ¿y si la cosa se ponía, verdaderamente, dura?

Decidió menearse levemente, para parecer incómoda entre sueños debido a aquel zarandeo.

—Levanta —ordenó con suavidad su marido, aquel que tuvo que espantar el pellizco que le había encogido el estómago al verla acostada en el suelo. No, esta vez no, nada enturbiaría su visita—. Sé que estás despierta. Tu respiración te delata. —Dejó correr unos segundos y seguidamente imperó—: ¡Levanta, lady Anne De Featherstone, quiero presentarte a alguien! —Sintió cómo los pasos se alejaban un par de metros—. Debe perdonar a mi esposa, señorita, no es adecuado andar espiando. Le aseguro que no se volverá a repetir. ¿No es cierto, amada esposa?

—¿Por qué? —preguntó Jane; en su tono se adivinaba una sonrisa—. A mí no me desagrada. Hacía tiempo que no entraba en esta habitación. El olor a incienso me trae buenos recuerdos.

—Espero que no le importe compartirla ahora con mi esposa.

—No. Aunque, si he de ser sincera, me resulta raro a la vez que excitante comprobar que otra persona puede gozar de estos gustos tan peculiares. Jamás habría pensado que la señorita Anne guardara dentro de sí un alma tan pasional.

Edmund miró a Jane con una mueca maligna en su boca, lo que debería ser una sonrisa se quedó en una desagradable mueca mefistofélica. La verdad es que le estaba costando un tanto mantener su habitual proceder. ¿Por qué los demonios lo torturaban de esa manera? Allí estaba, con Jane a su lado, acababan de fornicar, como ya estaban acostumbrados. Gozó al saber que Anne miraba a través de la pared, gozó al pensar lo que ella estaría sintiendo, le había dado placer saber que miraba cómo se apareaba con una mujer que no era ella y que esta disfrutaba por lo que hacían. ¿Por qué ahora su deseo había cambiado? ¿Por qué ahora, por un instante, había deseado que Anne no lo hubiese visto y que Jane no estuviese allí? No, no podía dejar que las cosas cambiaran. Jamás dejaría a Jane alejarse de él. Lo que tenían, lo que compartían era único. No era amor, no se trataba de enamoramiento. Para Edmund, Jane era un instrumento perfecto en sus manos. Hecho para él. Su esposa debía acatar sus órdenes y sus propios sentimientos; aquellos que querían nacer debían morir pronto, reemplazados por lo que él había sido hasta el momento.

—Anne, no hagamos un drama de esto. Todos sabemos que estás despierta y que nos has estado espiando. —Chasqueó la lengua—. La realidad es que este hecho no me enfurece. Lo que sí me puede hacer enfurecer es la falta de educación. —Soltó el aire de forma audible—. Por última vez, ¡levanta para conocer a nuestra nueva amiga!

Anne se armó de valor y fue incorporándose poco a poco. No quería hacerlo, pero tampoco

quería volver a ser maltratada, no en ese momento, ni en esas circunstancias, no estando aún sus heridas frescas.

Una vez de pie, se giró y para sorpresa de todos no escondió su rostro si no que se encaró con ellos de frente, ni siquiera su cuerpo mostraba el exacerbado temblor que se manifestaba en su interior, cosa que agradecía sobremanera. Bastante humillante era estar frente a la amante de su marido, una de sus amigas nada menos, vestida con un roñoso camisón que ni un mendigo querría, y apaleada por el susodicho. Mientras la otra gozaba de los placeres maritales y se mostraba ante ella como la dueña y señora del lugar. Edmund se encontraba al lado de la señorita Aldridge, cubierto por un batín, con su pelo despeinado, aunque era obvio que se lo había intentado recomponer con las manos. Y Jane cerca de la puerta, echada por encima la bata que le había regalado su propia madre cuando preparaba su ajuar, con un rictus dulce que trataba de esconder la impresión que le había causado verla en esa tesitura, magullada y desfigurada. Al parecer su esposo no hacía con Jane las mismas cosas que había hecho con ella. El terror cruzó como un rayo los ojos de la joven Aldridge, era obvio que nunca había llegado tan lejos con su cuerpo.

Así que aquel boquete era visitado por Jane; así que Edmund entretenía alguna que otra noche infligiendo dolor a la muchacha; pero claro, de seguro jamás se habría ensañado de la misma manera. Por sus palabras podía deducir que la hermana de Leonard se prestaba feliz a ese tipo de divertimento, quizá hasta elegía el instrumento antes de ser atada. Pero por sus ojos, se sabía que jamás había sido torturada de esa manera.

—Buenas tardes, señorita Anne. —Su voz sonó algo temblorosa, por lo que tuvo que tragar el nudo que se le había formado en la garganta—. Es un placer volver a verla. Espero que lo que ha visto no sea motivo para perder nuestra bonita amistad.

La hija de la señora Constance Collingwood reprimió las ganas de arrollarla y dejarla marcada con sus uñas. Sin embargo, tan solo apretó los puños a los lados, hecho que le recordó las profundas heridas cubiertas con vendas de sus muñecas, y miró a Edmund de forma altiva. Se le había pedido levantarse, nada más. ¿Cómo, por el amor de Dios, era capaz aquella mujer de tener ese comportamiento de naturalidad e indiferencia hacia una igual en aquel estado?

—Mi querida esposa —posó una mano sobre su hombro, cosa que hizo que Anne se estremeciera *ipso facto*, el miedo mandó una descarga eléctrica por toda su espina dorsal. Edmund sintió cómo se estremecía. Había tenido la necesidad de tocarla, ver de nuevo su rostro. Estaba mejor, menos hinchado, aunque la paleta de colores de los hematomas se había transformado. No, se repitió, debo continuar como si nada. Sir Edmund De Featherstone no era un ser débil. Un buen caballero inglés nunca duda de sus acciones, se dijo—. Le presento a... pero qué digo, si como dice la señorita Jane Aldridge, ya se conocen de antes, son amigas. Qué cabeza la mía. ¿No le das las buenas tardes, lady Anne?

La señora De Featherstone se tomó su tiempo, pues necesitaba aspirar la energía necesaria para contestar. Aquella mano sobre su hombro, la misma que le había hecho tanto daño, aquella frialdad de su piel, que al entrar en contacto, su propia dermis rechazaba. Aquella situación era de locos. Pues nadie en su sano juicio se comportaría de esa manera: amante, esposa, opresor.

¿Hasta dónde podía llegar su crueldad? ¿Y Jane, qué clase de mujer tenía ese comportamiento? ¿Ella, que tanto alardeaba de educación y saber estar? ¿Ella, que se había tomado la licencia en más de una ocasión de enseñarle modales, de guiarla en el arte del decoro? No entendía nada, aunque los cabos sueltos iban acercando sus extremos para comprender todo. Su cerebro trabajaba a destajo, a pesar de su necesidad de dejar para luego o nunca aquella cuestión. Pero los recuerdos, los sucesos, sus anteriores preguntas de aquello que ocurría entre Edmund, Humphrey, Jane y Leonard iban tomando forma.

—Buenas tardes, señorita Jane. —Por fortuna, la voz no la traicionó y se pronunció firme. Edmund, aunque quiso reprimirlo, admiró su entereza, su coraje.

—Supongo que se preguntará qué hago aquí y cómo es posible.

Anne miró a su esposo, luego a la muchacha que tenía enfrente y meneó la cabeza dando a entender que poco le importaba.

—Hable. Nos gustaría escuchar qué piensa —pidió De Featherstone.

Un ruido de voces cercano a la habitación de Edmund hizo que este las dejara a solas.

Su esposa volvió la mirada hacia él, no quería participar en ello, pero su cerebro traicionero recopiló, ordenó y ató los cabos que necesitaba para contestar. Las brumas que un día se superponían evitando que pudiera llegar a entender qué ocurría se disiparon, dejando ante sí una claridad total que la dejó helada.

Edmund ya no se encontraba allí, podía ignorar a la señorita Jane y, tal y como deseaba, no cruzar palabra con ella. Pero algo le hacía tener la necesidad de vomitar cuanto sabía para dejar claro que tan lerda no era y que si se había callado algunas cosas era solo por educación y evitar así poner en evidencia a la hermana de Leonard.

—Supongo, supongo que Humphrey también la abandonó y decidió arrimarse a su otro hermano. —Meneó la cabeza tratando de apartar los mechones que caían sobre su rostro—. En realidad los vi, hace tiempo, en una callejuela del pueblo —se expresó furiosa—. Se daban arrumacos. Más tarde, escuché su pelea con Leonard, aquel día de la excursión, cuando todos acabamos aquí debido a la tormenta. —La señorita Aldridge intentaba no mirar a Anne, su estado físico, aquellas magulladuras, su cara hinchada, era demasiado. Sí, en ocasiones gozaba con aquel peculiar juego erótico. En alguna ocasión Edmund la había azotado. Como aquel día de la excursión, aquel que acababa de nombrar Anne. Cuando quedaron a solas en la cuadra, recordó cómo golpeó con la fusta de su más querido caballo en su trasero. Ella gozaba con aquella picazón, con sentir que después no podía sentarse y si lo hacía su sexo palpitaba al recordar lo sucedido, pues luego siempre se amaban, fornicaban hasta perder el sentido, dejando un regusto en su cuerpo que duraba días. Entretanto, Anne seguía con su perorata—. Su hermano la emplazaba a marchar y dejar de hacer lo que hacía, se lo rogó fehacientemente y usted se negó de manera enérgica, diciendo que amaba a Humphrey. También fui testigo de sus constantes coqueteos. La realidad es que no ocultó demasiado bien sus intenciones. Pero un espíritu libre como el de Humphrey no se puede dominar y de seguro que la abandonó como hizo conmigo.

Pasaron unos pocos segundos calladas, después de los cuales Jane sorprendió a ambas.

—Ja, ja, ja —rio con ganas. Evitando en todo momento mirarla y si lo hacía intentaba esquivar

el rostro de su contrincante—. ¡Qué divertido! Lástima que Edmund no lo haya escuchado. Estoy deseando contárselo, de verdad que no puedo esperar ver su cara cuando se lo diga. Debo de reconocer que su creatividad es maravillosa y que mi empeño ha dado resultado.

Anne frunció el ceño, pues no entendía aquello que decía. ¿Acaso no era obvio? ¿Quizá quería ocultar lo que era más natural después de lo que vivió?

—Veo que le parece raro. —La señorita Aldridge comenzó a juguetear con sus dedos y uñas frente a su vientre mientras que daba algún que otro paso aquí y allá—. En primer lugar, debo de reconocer que a mí también me resulta un poco incómodo que haya conocido mi relación con su esposo de esta manera tan poco *decorosa*. Pero una vez hecho, debe entender que la posesión de una amante es algo natural, sobre todo en la alta sociedad. Por otra parte, he de reconocer que me enfadé bastante con el joven baronet cuando me enteré de que pretendía hacerla su esposa por no sé qué intereses; no quise saber de él. Pero supongo que ya conoce su poder de persuasión y me prometió tantas cosas que quizá lo mejor ha sido que nos haya descubierto. Así podremos llevar una vida más relajada aceptando lo inevitable.

»Bien, volviendo a sus suposiciones, para ser franca hay muchas cosas que me han impresionado. —Comenzó a entretenerse tocando algunos objetos que se iba encontrando a su paso, incluso se llegó a probar unos grilletes así como comprobar la elasticidad de una vara, con tal de evitar mirar hacia la hija del señor Frederick Collingwood y esas vendas manchadas que cubría una de sus muñecas—. La verdad es que no esperaba que nos hubiese sorprendido en aquel callejón, aunque la realidad es que no recuerdo ese día, Edmund es tan pasional, porque debe saber que era Edmund y no Humphrey. Tampoco pude llegar a suponer que nos espiaba a mi hermano y a mí tras una puerta, pero al parecer es un poco chismosa. Tal y como hemos podido comprobar hace un momento, le gusta mirar a través de las paredes. Pero fíjese que todo ello nos ha servido para distraer su atención. No, querida, jamás he tenido nada con Humphrey, con él todo se ha resumido a un inocente flirteo para dar celos a mi Edmund, aunque he de decir que puse bastante empeño y que logré que se sintiera incómodo. A Edmund le disgustaba aquel jueguecito, pero a mí no me importaba, porque no soportaba que quisiera tomarla por esposa; además, las reconciliaciones siempre resultaban sumamente placenteras y excitantes. Por supuesto, el señor Humphrey frenó aquellas distracciones de seducción alegando estar enamorado de otra que, mucho después, supe que era usted. La realidad es que no me incomodó demasiado intentar seducirlo; su parecido con Edmund es francamente fascinante. Aunque, si he de ser honesta, debo confesar que sus constantes historias me aburrían en demasía. Tanto monólogo me desesperaba, pero los aguantaba con tal de sacar de quicio a mi Edmund. —Hizo una pequeña pausa durante la cual recolocó algunos mechones de su cabello.

»Se preguntará cómo puede ser posible mi relación íntima con su esposo. Conocí a Edmund hace mucho tiempo, mi preciada amiga. Llevo con él tantos años que no recuerdo cuándo comenzó todo. Creo que fue durante una exhibición de caballos, mi padre nos llevó a ver unos jamelgos y Leonard, su prometida y yo lo acompañamos, yo era tan solo una niña de dieciséis años. Por otra parte, no creo que llegue usted a comprender lo que nos une a Edmund y a mí; es algo tan profundo y abstracto. Nuestra relación no es algo común, sobrepasa cualquier

matrimonio, noviazgo o lazos parentales; yo pongo mi vida en sus manos, se la ofrezco en pleno conocimiento y aceptación. Es difícil de entender, hay que vivirlo y sentirlo. Respirarlo. ¿Por qué cree que aún no estoy casada? Jamás se separará de mí, aunque se haya casado con usted; y Leonard lo supo, lo descubrió un día, ya no recuerdo cómo, y desde entonces no cesa de atormentarme. Pobre, no quiere comprender que mi vida, pase lo que pase, está junto a sir De Featherstone.

Anne se tomó unos instantes para ordenar y entender toda aquella información. Había vivido una mentira. Un embuste orquestado por Edmund y llevado a cabo por Jane. Una mujer de la que avergonzarse.

—Pobre ilusa —la interrumpió Anne, cansada de tanta palabrería sinsentido—, él nunca la verá como a su esposa, usted siempre será alguien a quien ocultar.

—¿De veras? —preguntó con una de sus cejas levantadas—. Usted es su esposa por ley y por derecho, y yo la amante; mírese y míreme, ¿quién se encuentra en mejor posición?

Se hizo el silencio mientras se mantenían miradas desafiantes. Luego Anne cayó en la cuenta del modo en que le hablaba, de su indiferencia, era como si tuviera delante a una mujer inferior, pero aún la trataba de usted, como si el hecho de mantener su amistad fuese lo más normal del mundo. Estaba rodeada de locos. Había cambiado su libertad por una casa de locos.

—Jane, en algo he de darle la razón. Estamos en desigualdad de posiciones. Mírese. Lleva puesta la bata que me regaló mi madre como parte de mi ajuar. Acaba de yacer con mi marido bajo el techo de la casa de la que se supone soy la dueña. De aquella habitación han llegado hasta mis oídos gemidos de placer, y osa tratarme como amiga, se permite hacerme partícipe de sus sentimientos y enseguida me trata como alguien inferior. Debe de estar loca de atar para comportarse de esa manera.

»Y míreme: confinada a un cuartucho de mala muerte, lleno de artefactos para infligir dolor, vestida con un camisón que no lo usaría ni la cocinera como trapo para limpiar la grasa de las cacerolas, llena de heridas, contusiones y hematomas, producto del extraño placer que oculta mi marido, ese con el que dice usted tener un lazo que nunca seré capaz de entender. Desde luego, debo de darle la razón, jamás podré llegar a comprender qué es aquello que la une a Edmund, pues, por lo que deduzco, usted goza con este tipo de actos, aunque estoy segura de que nunca ha llegado tan lejos con usted —hizo una pausa entretanto buscaba su mirada.

»Jane, ¿no le causa el más mínimo recato verme así? ¿Ha visto mis heridas? ¿Se ha fijado en mi rostro? La he observado, casi no ha sido capaz de mirarme a la cara. Claro que hay diferencia. ¡Cómo, maldita sea, se supone que he de comportarme! ¿Cómo, clamo al infierno, me pide usted que acepte esta situación? ¡Póngase usted en mi pellejo y dígame, ¿cómo lo hago?!

Un silencio pesado que duró un largo minuto se hizo entre ambas. La señorita Aldridge miraba a todos lados menos a Anne. De tarde en tarde paraba sus ojos ante un instrumento de aquellos que había colgados por las paredes. Látigos, mordazas, fustas, cuerdas y la enorme cruz de madera que estaba recostada a un lado.

—Yo —bajó sus ojos al suelo.

—Usted; usted es una ramera —escupió furiosa Anne—. Tendré que vivir con su presencia,

pero no exija mi amistad.

Un relámpago recorrió la mirada de Jane, quien cerraba los puños a los lados de su cuerpo con rabia.

Unos pasos relajados se acercaron, dejando para más tarde la posible respuesta de la señorita Jane.

—Es suficiente. Bien, espero que todo haya quedado claro entre ambas y que desde ahora disfrutéis de vuestra compañía.

—Jamás seré amiga de esa. No puede obligarme, bastante humillante es todo ya.

Edmund miró unos segundos a su mujer y chasqueó la lengua.

—Creo que ya es hora de que se vaya, Jane —pronunció sin mirar a la susodicha, clavadas sus pupilas en Anne, evaluándola. Descubriendo en ella un no sabía muy bien qué, que le hacía sentir algo nuevo. Algo que no entendía. Una especie de orgullo, al caer en la cuenta de que aquella mujer vestida con harapos superaba en mucho a aquella otra que envolvía su cuerpo con satén y puntilla. Una magullada y la otra con la piel inmaculada. Una, a pesar de todo salvaje, y, la otra. sumisa ante sus apetitos, deseosa por cambiar su posición con Anne—. Su caballo la espera. Y usted, lady Anne, es mi deseo que piense en su nueva situación. Volveré pronto —dijo cerrando la puerta tras de sí, huyendo de sus propias percepciones. Provocando que a los pocos minutos las teclas del piano comenzaran a vibrar.

Capítulo 4

Lady Anne De Featherstone echaba de menos los amaneceres de cada nuevo día, aunque no era la primera vez que se veía impedida a gozar de ellos. Sir Edmund no había vuelto a visitarla, cosa que agradecía desde lo más profundo de su corazón. Para su asombro, si le hubiesen dado a elegir, con gran dicha habría renegado a cada alba si le hubiesen prometido que no volvería a tener que soportar su presencia ni de lejos. Aún permanecía encerrada en aquella habitación. Sin embargo, conforme iba recuperándose, aquel cuartucho se le iba haciendo más pequeño; una especie de claustrofobia comenzó a apoderarse de cada una de sus células. No había ventanas, ni tan siquiera una puerta que fuese visible a sus ojos. Cierto era que conocía dónde estaba la salida, que sabía cómo escapar de allí, pero no podía obviar que su marido se lo había prohibido bajo amenazas, por lo que no conseguía hacerse con los arrestos necesarios para huir. Además, todavía no estaba recuperada y, por consecuencia, carecía de la energía necesaria para su huida. Su única vía de escape era aquella mirilla desde donde podía ver la luz que entraba por las ventanas de la otra habitación.

Siendo así, con un invento logró sujetar la compuerta que cegaba la misma, para poder gozar de un pequeño haz de luz que según la hora del día incidía sobre el suelo, logrando así un poco de iluminación natural.

El rayo en ese instante caía de forma celestial, como si Dios le transfiriera un mensaje de paciencia, el mensaje de que no todo estaba perdido. En tal caso, se imbuía en una especie de trance entre las motas de polvo que quedaban suspendidas en el haz de luz, veía cómo se movían serenas, empujadas por alguna corriente de aire casi inexistente e imperceptible por la piel de la muchacha. En ocasiones, trataba de atraparlo, cogiendo en su lugar el aire que llenaba aquel vacío, sintiendo su calor al cubrir aquella pequeña porción de su cuerpo.

De ese modo, se entretenía observando qué ocurría en el cuarto contiguo, los momentos en que las sirvientas limpiaban sus muebles, lámparas o cambiaban las sábanas, echando ojeadas afligidas hacia la pared que mantenía atrapada a su señora, al parecer el secreto de aquel zulo ya no lo era tanto; así como el instante en que se encendía el hogar, segundo en el que sabía a ciencia cierta que el señor dormiría allí aquella noche.

Durante aquellas observaciones, logró escuchar los diálogos entre la señorita Aldridge y su esposo, pues esta pasaba cada vez más tiempo en The Silver Horse House, entregándose a sus pasiones sin descanso. Fue así como se enteró de que su familia, los Aldridge, habían regresado hacía meses a Warrington, junto a Leonard, quien después de haber obtenido todos los votos de los clérigos en aquel entonces, y haber prestado juramento ante el obispo, aún aguardaba la oportunidad de ocupar su futuro hogar y su iglesia de la mano del archidiácono hasta el día de su muerte; ya que, al parecer, este último estaba involucrado en diversos asuntos similares, por lo

que debía aguardar su turno. Sin embargo, se le permitió brindar su servicio a los feligreses en su nueva iglesia y visitar la casa para considerar algunas mejoras mientras esperaba su momento; situación que lo tenía entusias mado, pero sumamente exhausto por el constante ir y venir en el camino, atendiendo las necesidades de su rebaño. Todo este proceso no le impidió ganarse el favor de la señorita Brown, y, después de un par de meses, la sorprendió al dirigirse a su hogar para rendir sus respetos al señor Ernest Brown, padre de la susodicha, y pedir su mano, estableciendo la fecha para la unión en el momento en que contara con un techo bajo el cual pudiera construir su nuevo hogar.

Por su parte, la señorita Jane había logrado establecerse en el pueblo gracias al requerimiento de una rica viuda e ingenua, sobrina lejana de sus padres y dueña de la casa donde se habían hospedado durante las primeras semanas del torneo. Esta viuda, cómoda en la compañía de Jane, afirmaba tolerar su ausencia durante unas horas diarias debido a sus alergias estacionales que la mantenían en casa. Por suerte, esta pariente era permisiva y fácil de convencer, siempre dispuesta a satisfacer los deseos de Jane por temor a perder su agradable compañía. De ese modo, había logrado dar sus paseos en soledad, así nadie sabría dónde gastaba aquellas horas de recreo.

—¿Lady Anne sigue en la habitación del placer? —preguntó Jane una tarde, mientras yacía en el lecho conyugal después de haber fornicado, entretenida jugando con el vello del pecho varonil.

—Así es. ¿Echas de menos sus paredes? —preguntó a su vez Edmund. Acariciaba la espalda de la señorita Aldridge con aire despreocupado. Jamás habría creído Anne que se comportaría de manera tan dulce con otra mujer. Era extraño, después de lo que le había hecho a ella, ver cómo tras ese monstruo podía habitar un ser normal, alguien cariñoso. Si al parecer tenía sentimientos nobles hacia Jane, si tanto comprendían y compartían sus inusuales gustos, por qué no se había casado con ella. ¿Qué importaban una pocas tierras? De seguro que podía haber llegado a un acuerdo con su padre sin tener que desposarse. Algo había en esos hechos que escapaban a su entender.

Jane sonrió y contestó sensual.

—No solo sus paredes, querido. —Depositó un rápido beso sobre su piel y se levantó.

—Ja, ja, ja. Eres imposible. ¿Adónde vas?

La señorita Aldridge se dirigió desnuda hacia la pared desde donde Anne estaba observando. Aproximó su rostro junto al resto de su cuerpo hasta quedar pegada al muro. Comenzó a tratar abarcar la dimensión del mismo con sus manos y brazos, acompañando estos gestos con gemidos sensuales llenos de excitación. Edmund la miraba sin perder ni uno de sus gestos, también excitado, entregado a los movimientos de aquel cuerpo sibilino. Aquel que solo comprendía y aceptaba sus deseos sin dudar.

—Sí, añoro nuestros encuentros —ronroneó—. Necesito sentirme tuya, sentir que te pertenezco.

—Pronto serán tus deseos saciados. Entretanto, ven —se incorporó lo suficiente como para alcanzar la pequeña puerta de una de las mesitas de noche, de donde sacó un par de cuerdas gastadas, mientras Jane lo observaba divertida y entusiasta—. Llevemos a cabo un anticipo.

Jane anduvo hasta la cama con caminar sensual, allí entregó a Edmund sus manos, quien se las

ató detrás. Y así comenzaron a aparearse, de manera lujuriosa, potente. Durante el trayecto, llegó el momento en que Anne sintió náuseas al ver cómo Edmund trataba a Jane, mientras esta recibía sus «caricias» con enloquecido placer. Luego sobrevino el silencio.

Pasó largo tiempo y lady De Featherstone se acercó con temor a la mirilla. Aquel silencio repentino la había puesto en guardia.

Jane se encontraba tumbada sobre la cama, atados pies y manos a los postes de madera de sus extremos. Su marido estaba terminando de ponerse los gemelos de su camisa, echó un último vistazo a su peinado. Luego se acercó a Jane, le dio un beso en uno de sus pezones y salió de allí sin mediar palabra, dejándola atada, desnuda y expuesta a cualquier persona que apareciera por allí. Abandonándola en aquel estado durante horas.

No, tal y como le había dicho en una conversación anterior, jamás llegaría a comprender su relación con Edmund, jamás llegaría a entender qué era aquello que los unía, cuál era su entrega completa como para poner su vida, dignidad y pudor en sus manos con tanta pasión y determinación.

Llegó el momento en que había comenzado a acostumbrarse a esos juegos. Nada tenían que ver con ella, si a la señorita Aldridge gustaba gozar así, no era su problema. Y si ese placer la hacía salir de allí tanto mejor. ¡Que Dios se apiadara de su alma corrompida!

Lejos de estos asuntos, Anne continuó con sus monólogos en presencia de la criada Alice. Necesitaba expulsar lo que escondía, sus sentimientos, sus sensaciones, lo vivido. Fue así como consiguió que la joven se apiadara de ella y comenzara a responder de manera tímida en un principio, para, con el paso de los días, terminar sentándose a su lado, siempre que el señor estuviera lejos de The Silver Horse House. Así, la doncella conoció su verdadera historia, el engaño de Humphrey, el viaje con su tía, aunque nada dijo de aquellos meses; se limitaba a llorar en silencio y a echar de menos algo que abandonó en aquel tiempo. Supo del proceder de sus padres, de la obligación para con ellos, de su sacrificio. Y aquella pena se vio acompañada de la rabia que su historia estaba despertando en la doncella.

—Lady De Featherstone, le prometo que pensaré en cómo ayudarla —tomó las manos de su señora—. Usted no se merece esto. Es injusto. Todos los criados de la casa la apoyan, ven con malos ojos el proceder del señor, pero le temen. Nadie dice nada porque están atemorizados. Cierto es que el señor jamás se ha sobrepasado con ninguno de nosotros, la realidad es que no nece sita de esas artimañas para obtener nuestro favor. Él nos necesita temerosos y con la sensación de deberle algo. Cuanto tenemos se lo debemos a su mano generosa, pues fue astuto y a más de uno nos sacó de un aprieto. A mí, concretamente, de una familia que se aprovechaba de mí. —Hizo una breve pausa recordando, soltó las manos de Anne y comenzó a agarrar sus dedos con nerviosismo sobre su regazo—. Mis padres habían muerto y unos familiares lejanos, de los que nunca antes supe, me acogieron. Pero, para mi desdicha, su intención no era criarme como una más, sino que me usaron como esclava, pues solo un plato de comida diario me daban por mi trabajo, ni siquiera una cama tenía en aquel hueco de la escalera al que me hacinaron. —Levantó los ojos de sus manos y miró a lady De Featherstone con una mezcla de pesar y dulzura.

»Claro que comprendo su pesar. Claro que entiendo su desdicha; yo mejor que nadie puedo

ponerme en su lugar. Es imposible negar que siento empatía por su estado. Difícil es servirla, pero no porque no quiera, sino porque me trae amargos recuerdos —suspiró.

»Debo hacer algo, algo que logre liberarla de estas paredes. —Volvió a juntar sus manos en tanto hablaba con viveza—. Quizá sir De Featherstone sea benevolente y pronto la saque de aquí. —Se dio cuenta de que estaba elevando la voz y, tras mirar a la puerta con temor, continuó hablando en un susurro impetuoso—. Es un desatino que la trate de esta manera, no hay sentido ni razón en ello. Es incomprensible que su amante tenga más privilegios que usted. ¿Qué ha podido hacer usted para merecer trato semejante? Si ni siquiera ha tenido tiempo de acomodar su ropa a su gusto; de organizar al servicio; de dormir en su cama.

Anne se encogió de hombros.

—Lo sé, mi querida Alice, por ahora me conformo con su compañía y sus cálidas manos arropando las mías. —Le dio un breve apretón cariñoso—. No crea que no he reparado en la forma delicada con que ha curado mis heridas. Me hago cargo del sufrimiento que este hecho habrá causado en usted y me disculpo por ello. —Hizo una pausa, momento que aprovechó la tristeza para aposentarse en su gesto—. Pero creo que sé por qué lo ha hecho. Yo soy una muchacha querida y conocida en el pueblo, él iba a ser el baronet de estas tierras y necesitaba que la gente lo mirara con ojos amables. Sé que la vecindad lo respeta y lo temen, pero era necesario un sentimiento de cariño para tenerlos de su lado de corazón. Asimismo, el descubrimiento del yacimiento entre las propiedades de mi padre y las suyas se sumaron a su argumento de desposarme. —Tomó y expulsó el aire—. Por otra parte, durante mis largas horas de soledad he caído en la cuenta de que seguro también estaba el hecho del daño que nuestros esponsales provocarían en Humphrey. —La doncella arrugó el entrecejo sin entender.

»Lo sé —sonrió con pesar—, Humphrey me abandonó, pero la rivalidad entre ambos es mucho más importante que cualquier otra cosa. Hoy por hoy dudo de cualquier forma de actuar. —Bajó los ojos pensativa hablando más para sí que con Alice—. Quizá los acontecimientos no son como me han hecho creer. No sé. —Volvió a suspirar y apenas pronunció en un murmullo—: Todo aquel asunto está rodeado de una espesa bruma de entre la que me veo obligada a deducir, dados los acontecimientos, que mi vida solo puede cambiar *cuando el cielo se caiga*. —Con tranquilidad pasó los dedos por su frente en una mezcla de apaciguarse y apartar esos pensamientos que solo le traían más inquietud. Luego, pasados unos segundos volvió a recomponerse y preguntó más entera:

»Pero, cambiando de tema, ¿han venido mis padres a verme? ¿Sabe si mi padre se encuentra mejor?

—No, señora. El señor Frederick, así se llama, ¿verdad? —con un leve movimiento Anne afirmó—. Tengo entendido que el señor Frederick Collingwood, desgraciadamente, no ha experimentado ningún cambio. Aunque, por fortuna, su dolencia no ha ido a peor. Su madre no ha venido a visitarla —de repente, su gesto sombrío cambió a uno un poco más alegre acompañado de una pequeña sonrisa—, pero sí ha enviado recado con una de sus criadas. Aquí tengo la carta, he conseguido cogerla antes de que la viera sir De Featherstone.

Anne prácticamente se la arrebató de las manos.

—¡Oh, por Dios, Alice, muchas gracias! Espero que su atrevimiento no le cause complicaciones.

Partió el sello con rapidez aguzando su oído hacia la habitación de su esposo, por temor a que pudiera descubrirlas.

Y allí estaba la letra redonda y elegante de su madre. Olió el papel antes de empezar. Olía a la que fue su casa, sus ojos se llenaron de unas lágrimas que consiguió reprimir para poder leer con claridad, aunque no pudo evitar que el papel temblara bajo la sujeción de sus dedos.

Mi querida hija.

Espero que estés mejor, desde que nos encontramos con sir Edmund en misa, andamos muy preocupados por ti.

Según nos contó, estás padeciendo una extraña dolencia contagiosa que provoca que debas estar en casa y no puedas recibir visitas. La misma que ha generado que no podáis viajar a Brighton, tal y como teníais pensado en vuestras primeras semanas de matrimonio. No sabes cuánto lo siento.

Me encantaría poder ir a verte, pero el doctor Palmer, que estuvo ayer en casa, me dijo que a pesar de no ser él el que te está tratando, pues según sir De Featherstone te está viendo un médico de Macclesfield, no sería conveniente ir a verte. Pues, si tal y como dice tu doctor, es contagioso, podríamos poner en riesgo la salud del señor Frederick. La verdad, querida, es que no me agrada meterme en asuntos que no tienen que ver conmigo, pero no entiendo por qué mi yerno no ha solicitado los servicios del señor Palmer. Es un gran médico que te conoce bien, pues te ha tratado desde pequeña. Pero, en fin, supongo que las grandes personalidades como vosotros, podéis permitiros licenciados mejor pagados.

Con respecto a tu padre, el asunto sigue igual. Lo bueno es que no ha empeorado. El señor Palmer teme que su estado siga así para siempre, pero aduce que si es tal y como está ahora podrá vivir muchos años más. Aunque es indispensable que no sufra ningún disgusto, debe llevar un vida con total paz y tranquilidad. Quizá pronto hable con sir Edmund, pues quiere proponerle algo. Pero esto son asuntos de hombres.

Por favor, Anne, si necesitas ayuda solo pídemelo y mandaré allí alguna sirvienta. Soy consciente de que tu número de criados dobla al nuestro, pero también comprendo que agradecerás tener contigo una cara conocida.

Espero que pronto te encuentres tan bien como para recibir correspondencia de tu puño y letra.

Sin más, deseando verte pronto,
Constance Collingwood

Después de sorber algunos fluidos, Anne cogió el trozo de tela que Alice le estaba entregando y, además de limpiar sus lágrimas, se sonó con ganas la nariz.

—Oh, mi pobre padre. Me entristece escuchar que aún está convaleciente. Espero tener pronto buenas noticias. Y mi madre, mi querida madre. —Como si ese abrazo se lo diera a su madre apretó el papel contra su pecho—. Si supiera la verdad. —Levantó la vista hacia su doncella y depositando su mano sobre el brazo de la muchacha se expresó de manera contundente—. Pero no debe decírselo, nadie debe decir nada de esto. Eso solo provocaría que mi padre pueda tener una grave recaída o mucho peor.

—No se preocupe, lady Anne. Nadie dirá nada, sobre todo por temor a sir De Featherstone. —Alice le acercó el plato en el que todavía había algo de puré de patatas y guisantes, junto con restos de cerdo asado y una manzana de color verde claro ya pelada—. Mientras tanto, coma algo más. Cuando antes se recupere, antes podrá salir de aquí. Su semblante ya está casi curado. Las

heridas de sus muñecas tardaran un poco más, pero pronto podrá lucir mangas más cortas. Aunque puede que le quede alguna cicatriz; espero estar equivocada. El resto del cuerpo está sanando bien.

Lady De Featherstone movió la cabeza afirmando entretanto fruncía sus labios. La realidad es que temía preguntar, pero siempre era más necesaria una verdad que vivir en la ignorancia que después pegaría más fuerte causando más dolor.

—¿Y mi espalda?

Alice tragó saliva.

—Su espalda, parece que el emplaste está actuando bien. Apenas ha tenido heridas sangrantes, más bien han sido hematomas. Creo que su cuerpo quedará casi inmaculado.

—Casi.

—Sí, lo lamento.

—Y yo.

* * *

La puerta de aquella pocilga se abrió tras el chasquido. Sir Edmund entró, tan apuesto como siempre, aunque esa belleza fuese el constante rechazo de Anne. Para ella era como el demonio, podrido por dentro y de una belleza que quitaba el aliento por fuera, perfecta para embaucar a sus víctimas. De nuevo sus modales ejemplares lo envolvían, no lo había vuelto a ver de ese talante desde el día de su boda. Su doble personalidad la desconcertaba. Debía mantener sus sentidos atentos, fríos y distantes de aquella serpiente que pretendía envenenar su espíritu.

—Lady Anne, querida esposa —dijo apacible, aunque firme—. Alice me ha comunicado que ya estás prácticamente recuperada de tu dolencia, por lo que es indispensable que salgas a ocupar tu puesto en esta casa. —Dio un par de pasos hacia Anne, aunque no se acercó. La visión de la muchacha, sentada sobre la manta que cubría parte del suelo, vagamente presente mientras jugaba con el fuego de la vela que tenía a su lado, impactó en su cerebro. Sintió la necesidad de lamer la cera y la quemazón que seguro sentiría en la yema de aquellos dedos que se paseaban sobre la llama—. Deseo, de todo corazón, comenzar de cero. Espero que este tiempo te haya servido para entender que no soy tan mal hombre, que podemos llegar a llevarnos bien, siempre y cuando comprendas el porqué de las circunstancias —carraspeó.

»Acércate, dame un beso. —Anne se quedó quieta como una estatua, ni siquiera parpadeaba, era imposible volver a confiar en esa criatura. Sus palabras eran las que usaría un desequilibrado mental—. Vamos —su marido sonrió, aunque aquella sonrisa no llegó a sus ojos, estos eran gélidos, como siempre, advirtiendo de su volatilidad—, no seas tímida. —El chasquido de dolor que provocó la llama en sus dedos por su ahora permanente exposición, hizo que la señora De Featherstone saliera de su sopor y, tras levantarse de forma pausada, fuese hasta él, temerosa. La realidad es que no sabía de dónde sacaba el coraje para acercarse. Se sentía manejada, como aquellas marionetas de esperpento, guiadas por la fuerza y el manejo de otras manos y otros pensamientos. Este le tomó la barbilla y esperó para que fuese ella quien, de puntillas, acercara

su boca. Y así lo hizo, su miedo la obligaba a actuar de esa manera. Juntó sus labios, Edmund pensó que de manera tímida cuando en realidad lo que sentía la muchacha era repugnancia y desconfianza. Los labios del varón eran fríos, tan fríos que quemaban, mientras que los de ella, ahora desprovistos de color ante la situación, estaban calientes, suaves, perfectos para cobijarse en ellos, tumbarse sobre su mullida superficie y dormir mecido por su calidez y por las sensaciones que despertaban a su contacto, como las sábanas de seda más preciadas—. Tus labios son tan cálidos y carnosos. —Prolongó el beso un poco más mientras introducía su lengua en la boca de su mujer y la animaba a hacer lo mismo.

»Antes de salir debes saber que hay unas normas y deberes que cumplir —dijo con voz ronca y suave sobre su boca—. Si todo se lleva a cabo como es debido, no debe repetirse lo de aquella noche. —La agarró de los hombros para acercarla un poco más a su cuerpo. Lo atraía, lo atraía más de lo que era capaz de imaginar. Sir Edmund se sintió blando, por primera vez en su vida se sintió indefenso.

El carácter de Anne hizo que hablara sin pensar, sus pensamientos se habían materializado en su boca, habían usado sus cuerdas vocales sin permiso. Solo esperaba que aquella acción no le pasara factura.

—¿A qué viene ese cambio de parecer con respecto a mí?

Edmund sonrió, aunque de nuevo aquella sonrisa no llegó a sus ojos. No obstante, no hizo ningún amago violento. Se separó un metro de su esposa. No, no debía dejarse llevar por aquellas novedosas sensaciones. ¿Por qué? ¿Por qué en ese momento? Y, ¿cómo? ¿Cómo había podido llegar a pasar *eso*? Después de lo que ocurrió, ya había probado sus labios antes. Cierto era que sabía de la atracción que sentía por Anne, pero creyó que aquello ya había sido zanjado en su noche de bodas. ¿Qué ocurría? Sintió miedo. Miedo ante lo desconocido. Miedo ante la certeza de no tener una respuesta, de no comprender por qué ese cambio. La había visto tan vulnerable y, sin embargo, había sido él el que la había llevado a ese estado. Durante las semanas que había estado en aquella habitación pocas eran las veces que había pensado en ella, tan solo como el objeto para un fin y cuando lo había hecho había sentido vergüenza. Pero cuando entraba a verla se había dado cuenta de que su estado lo cautivaba. Entonces se preguntaba por qué era así, qué lo llevaba a hacer ese tipo de actos. Había creído que ya había aceptado ese lado oscuro que tanto placer le provocaba. Aquella noche había gozado, estaba borracho de alcohol y de emoción. Sabía que deseaba que Anne hiciera algo para tenerlo como excusa y así poder volver a marcar su piel, beber de sus quejas. Había hecho cosas peores de las que no se arrepentía, pero con Anne, con ella algo era diferente. ¿Un arrepentimiento? No, claro que no. Eso era imposible. Nunca podría desprenderse de esa inquietud, nunca podría vivir sin el contacto de la vara entre sus manos, de la visión de una mujer completamente a su merced, ¿verdad?

Con disimulo se miró las manos y un rayo furioso recorrió sus arterias. Debía alejar todos esos sentimientos, debía volver a tomar las riendas de la situación. Debía apelar a ese sir Edmund De Featherstone inquebrantable. Ese caballero al que todo el mundo respetaba, pero, sobre todo,

temía. En consecuencia, una vez más expulsó a aquel ser endeble de su mente y continuó como si nada.

—Veo que sigue vigente la premisa de honestidad. De acuerdo, me parece bien. Incluso justo —chasqueó la lengua—; aunque espero que no me tientes demasiado con preguntas incómodas que puedan perturbarme. No obstante, esta me parece justa.

»Siendo honestidad nuestro pilar matrimonial, no creo que deba andarme con rodeos ni florituras en mi razonamiento. —Abrió un cajón de madera y extrajo un artilugio que resultó ser un falo tallado en madera— . Así que, muy inteligente por tu parte, creo que has aceptado que la señorita Aldridge sea mi amante. En tal caso —dijo repasando la superficie del objeto con un dedo—, debo comunicarte que yaceré con ambas siempre que lo crea conveniente, aunque contigo buscaré hijos, necesarios para un futuro. La verdad es que aún no he gozado de mi esposa como así lo quisiera —devolvió el falo a su lugar—. También es necesario que sepas que he perdonado tu falta, me refiero a casarte conmigo sin ser virgen. Tu deslealtad ya fue saldada. —Con lentitud acarició el rostro de Anne, mientras esta temblaba bajo su tacto atemorizada, aunque sin apartar su mirada—. Todo irá bien mientras me complazcas. No temas, no tiene por qué ser, digamos, impetuoso. Solo complazcámonos. Divirtámonos. —No supo por qué, pero lady Anne creyó entrever un deje vulnerable, algo que, por un instante, por tan solo una milésima de segundo, lo había hecho parecer un ser mundano, débil. De Featherstone carraspeó y, después de recuperar su habitual compostura fría, comenzó a pasear por el ridículo habitáculo, sus manos cruzadas a la espalda, haciendo hincapié en aquello que para él era indiscutible, gesto que acompañó con una mirada penetrante a los ojos de su esposa.

»Guiarás a nuestros criados con mano firme; poco a poco sabrás cómo me gustan las cosas. Imagina que la granja es una maquinaria en donde todos sus engranajes son indispensables y, por lo tanto, es imprescindible que funcionen correctamente y que ninguno falle en su labor. La señora Patience, la cocinera, te comunicará los horarios de comidas; la señora Mildred, nuestra ama de llaves, te pondrá al tanto del resto, que no es poco: días festivos para que los criados puedan atender su vida personal, así como te dirá los eventos en los que somos requeridos y a los que tendrás que asistir con la mejor de las sonrisas, así como con tus mejores galas. A Alice ya la conoces, aunque supongo que a partir de ahora tendréis la oportunidad de conoceros más; solo espero que seas pudorosa y no entables una amistad con ella, nada debe saber de mí, de nosotros. Voy a confiar en ti, por el momento.

»No me dejarás en evidencia jamás, no pondrás en duda mi proceder ni mi palabra. Hablarás cuando se requiera, mientras tanto permanecerás callada, aunque sonriente. —Hizo una pausa teatral, a la espera de que Anne digiriera sus palabras. Luego se acercó y la agarró de los abrazos, de manera suave, pero firme. Recorrió su rostro con la mirada como ya antes había hecho Humphrey, pero a pesar de sus incuestionables similitudes sus ojos eran diferentes, por mucho que en ellos se advirtiera una especie de anhelo dulce, apasionante.

»Te doy una vida sencilla, rodeada de lujo. No te pido que pienses por ti misma, eso déjamelo a mí —sonrió—. ¿No es una suerte tener un marido que te lo dé todo masticado? Ah, no me respondas, cualquier mujer estaría encantada, no vas a ser menos.

»Fíjate en Jane. —Tomó un mechón suelto del cabello de Anne, lo acarició un poco, apreciando su tacto suave, a pesar de una higiene cuestionable, y lo puso tras su oreja—. Por mi parte voy a respetar tu decisión de no ser amigas, solo espero que no arméis ninguna polémica. Eso no sería adecuado. —Chasqueó la lengua y le dio la espalda al recordar a la señorita Aldridge—. Cuando esté en mi compañía te retirarás a tu dormitorio o a la salita que ha de corresponderte.

»No debes ir a visitar a tus padres sin mí, al igual que ellos no deben venir si no estoy yo. Le contarás que has estado enferma y que por eso no has podido recibir visitas ni ir a misa. No dirás ni una palabra de nosotros, tan solo agradecerás nuestra unión y dirás que te sientes bendecida. Espero que seas hábil si no quieres que las cosas se pongan duras para The Meadows y que la salud del señor Collingwood se resienta.

»Y bien —volvió a quedar cara a cara—, creo que ya no queda nada más que decir. Soy consciente de que no hemos hablado demasiado, aunque pienso que no es algo difícil, pues es el modo en que se espera que se comporte una esposa. De lo contrario se consideraría que no está bien educada.

»Ahora ve, Alice te espera en tu dormitorio para darte un buen baño de agua caliente. —Se hizo a un lado dejando la salida libre.

»Ah, se me olvidaba, es indispensable que tomes un baño diario. No permito que sea de otra manera, debes estar siempre limpia y dispuesta.

»Y ten en cuenta que poseo ojos en todos lados. Por tu bien y el de The Meadows, no me traiciones.

Tomó la mano de su esposa y la acompañó hasta la salida. Anne comenzó a andar, en un principio algo dubitativa, no se creía que pudiera salir de allí. Se sintió algo mareada, la luz de la mañana, después de tantos días de oscura reclusión, había incidido en sus ojos, provocándole una molesta punzada en la sien, más una especie de mareo. Sí, llevaría a cabo cada una de las normas que se le había impuesto y cuando Edmund estuviera más confiado se escaparía de aquella lujosa jaula y no volvería a verlo nunca más, aunque eso supusiera esconderse en los confines del mundo.

Capítulo 5

Humphrey exhaló el aliento que parecía haber contenido desde que partieron de China y dio gracias a Dios tras haber rebasado el Cabo de Buena Esperanza sin mayores contratiempos, salvo el encuentro con un par de barcos que los asediaron. Uno de ellos, a la altura del estrecho de Batavia que, por fortuna, se retiró al avistar la bandera que ostentaba el salvoconducto proporcionado por Zhèng Yī Sāo, en busca de una presa más vulnerable. Y otro, al divisar Madagascar, cuando la necesidad de agua potable estaba llegando a ser imperativa. En esa ocasión, solo la pericia del capitán Johnson y su tripulación los salvó de ser abordados.

En efecto, experimentaron momentos de suma tensión. El barco enemigo se mostraba sumamente bien pertrechado, contaba con cañones de largo alcance y, aunque el suyo también estaba armado, solo la ligereza de su calado les permitió escabullirse del asedio, donde las balas de cañón llegaron a salpicar sus rostros de agua salada.

El navío se encontraba prácticamente cargado de mercancía. Después de todo, tuvo el tiento de adquirir seda de la más exquisita calidad. No podía permitir que la reputación de su compañía se viera arruinada después de tantos años de lucha y sacrificio. Por lo que, gracias a los lazos que lo unía a los mercaderes, pudo eliminar esa enemistad que nunca debió haberse producido y adquirió metros de tela que, con toda seguridad, salvarían a su empresa. ¿El precio a pagar? Sería cuantioso, pues tendría que subsanar todo el daño ocasionado por Gurton. ¡Maldito canalla!

Sin embargo, obviando el incidente, su destino ahora era el golfo de Guinea, donde un contacto de su más absoluta confianza debía tener preparado un cargamento de cacao, oro, hierro y marfil. Poco les faltaba para alcanzar la costa, unas cuantas jornadas y podrían bajar a tierra.

El viaje de regreso se había convertido en una carrera contrarreloj que los tenía en vilo. Si antes no consideraba regresar a Inglaterra, al enterarse de lo que ocurría con su Compañía Royal Silk, era necesario acortar considerablemente el número de escalas.

Y, además, no solo tenía que fondear para recoger el cargamento; de igual manera, sus hombres necesitaban poner pie en tierra, desfogar, estar un par de días disgregados para retomar fuerzas. Gracias a la premura con que estaban viajando, el ambiente se había enrarecido, los marineros no conversaban mucho con él, estaban malhumorados, y por más que les había prometido una buena indemnización, su malestar no cesaba de aumentar.

Por fin llegaron a puerto. El día estaba apacible y la provincia de Lagos se presentaba ante ellos majestuosa. Los hombres estaban exultantes y desempañaban sus funciones de manera efectiva para atracar cuanto antes. Así ocurrió: nada más lanzar la cuerda y recoger los últimos cabos y velas, se disgregaron como cucarachas y todo quedó en silencio; al menos dentro del barco. Fuera, los comerciantes vociferaban a pleno pulmón ofreciendo su género, mientras desde las

otras embarcaciones llegaba el sonido del trabajo duro y alguna que otra risa tras un juramento elaborado.

Tras dejar a unos cuantos hombres pendientes del cargamento, el capitán Johnson y Blue Jacket dirigieron sus pasos hacia la oficina del puerto para registrarse. Luego, Humphrey se despidió y fue en busca de su contacto.

Lo encontró en su almacén al final del muelle, inmerso en un debate, bastante subido de tono por cierto, con un hombre de piel oscura que lucía un atuendo sumamente elegante. Vestía una elaborada bata de vistosos colores adornada con cuentas que parecían gemas preciosas. De su cuello pendían collares y en sus manos portaba un abanico y un cetro. Sin embargo, lo que suscitó su curiosidad fue una corona intrincada engastada de piedras preciosas y oro, sobre un tocado igual de llamativo que su bata.

—*Nous parlons d'un chargement de soie en fonction du poids de l'ivoire.*

—*Non, non. Vous voulez me tromper, ce n'est pas la même soie, sa qualité est inférieure!*

De Featherstone se adentró más en el almacén con el cejo fruncido ante tal imagen y elevada conversación, y llamó a su contacto con marcado acento al tratar de hablar su idioma natal: el español.

—¡Señor López!

El hombre se giró, y su boca demudó a una amplia sonrisa, su rostro la viva imagen de la exaltación, como si estuviese asistiendo a un milagro, y se dirigió hacia él para acercarlo a donde estaba apostado tan engalanado caballero, tirando de su brazo mientras hablaba sin cesar.

—¡Bendito sea el cielo, señor Surcaolas! —exclamó en un murmullo con el sudor perlando su frente—. Su llegada es oportuna como un reloj bien afinado.

—Pero ¿ni siquiera un apretón de manos?

—Eso puede esperar —murmuró, tratando de esconder la boca en su hombro—. Le aseguro que ahora nos enfrentamos a un asunto de gran magnitud que requiere solución inmediata.

—*Qui est-ce?*

—Oh, sí, por supuesto —sonrió amablemente al hombre de la corona mientras hacía una reverencia exagerada frente a él—. *Je vous demande pardon, Votre Majesté. Je vous présente Monsieur Surcaolas.* Señor Surcaolas, permítame presentarle al rey Adeyemi de la tribu Awori. —López volvió a cambiar de idioma para susurrar directamente a Humphrey, mientras este se cuadraba y saludaba educadamente con una inclinación de cabeza—. El rey ha venido en persona, esto es algo inaudito, como cabe esperar manda a sus hombres para llevar a cabo los asuntos comerciales. Sin embargo, su presencia aquí no se debe tomar como un honor; al contrario, es una señal de preocupación. El rey exige una compensación porque...

—*Qui est-ce?* —demandó con malos modales el rey.

—¡Oh, por todos los demonios! —murmuró López exasperado, para cambiar a una actitud sumisa y amable de inmediato—. *C'est le propriétaire de la soie.*

—*Qui?!*

El rey alzó sus brazos con brusquedad, y lo que aconteció a continuación ocurrió con rapidez. Un grupo de hombres de piel muy oscura, ataviados con taparrabos y una especie de armadura de

cuero que protegía sus torsos, emergió de un rincón e intentó apresar a Humphrey con violencia, quien, en lugar de quedar pasmado, forcejeó con todas sus fuerzas, lanzando puñetazos a diestro y siniestro. No entendía lo que ocurría. ¿Por qué le estaban dispensando tan intolerable trato? Rey o no rey, no podía tolerar semejante conducta sin una razón contundente. Sin embargo, no estaba dispuesto a dejarse atrapar. Su instinto de supervivencia le instaba a luchar, huir. Correr bien lejos hasta desaparecer. Tiempo habría más adelante para descubrir las razones de tan condenable conducta.

El señor López vociferaba y brincaba alrededor, hablando como podía en todos los idiomas que dominaba, pues los nervios lo tenían fuera de control. Surcaolas asestó un directo a uno de los fornidos hombres que componían tan peculiar grupo. No obstante, otro le propinó una patada en la espalda, haciéndole caer al suelo, donde quedó sin resuello por un instante. De fondo, se escuchaban los bramidos incesantes del rey, demandando que no lo mataran, sino que lo apresaran. Efectivamente, sabía francés, pero el señor López, a sabiendas de que Humphrey hablaba español, siempre optaba por traducirle.

Rodó y se puso de pie, a la espera de la siguiente arremetida. Uno de los hombres se acercó en guardia con una lanza en la mano, quería intimidarlo para someterle, pero Surcaolas no estaba dispuesto a ceder. Con su mirada, a la vez que intentaba no perder de vista a sus contrincantes, buscaba una salida. Del techo pendía un gancho. Saltó sobre una caja y dio un puntapié a una bala de heno que cayó sobre los hombres. Ante el desconcierto, se subió a otra y se suspendió del gancho, consiguiendo que las cadenas oscilaran y lo acercaran hacia una ventana que daba a la calle trasera. Humphrey estaba pletórico, sabía que conseguiría escapar mientras hasta él llegaban los gritos de los hombres que seguían su camino bajo aspavientos, agitando sus lanzas como demonios sedientos de castigo eterno. Alcanzó la ventana, con la mala fortuna de golpearse la mano con una vigueta que sobresalía sin razón de una de las paredes y que provocó su caída sobre un fardo que exhalaba el evocador aroma del cacao. Seguidamente, una serie de golpes le cayeron encima, dejándolo fuera de juego, aunque no inconsciente.

Mientras tanto, López no cesaba en su empeño, gritaba a todos que cesaran esa sin razón, que podía arreglar el malentendido. No obstante, ocurrió lo inesperado. Mientras unos maniataban y amordazaban a un desvalido Humphrey, otros se afanaban en hacerle lo mismo al señor López, quien no opuso resistencia mientras su boca no cesaba de parlotear. Solo enmudeció cuando un trapo se ajustó en la comisura de los labios, momento en que sus ojos mostraron su espanto.

Tras unas instrucciones en un idioma desconocido para Humphrey, los sacaron a la calle sin ofrecer resistencia; uno, porque se encontraba maltrecho y, el otro, porque se había obcecado en protestar. Al presenciar tal estampa, los marineros que deambulaban por el muelle arrugaron el entrecejo y comenzaron a formar un corro de curiosos. No obstante, después de unos segundos, ignoraron la escena, pues había asuntos más importantes que resolver y no había día en que algo semejante sucediera.

Los arrojaron sin contemplaciones sobre un montón de dientes de elefantes y pescado que despedía un hedor insoportable. La carreta estaba tirada por robustos bueyes de tiro, los cuales comenzaron a andar al recibir el primer azote del látigo.

El señor López, con los ojos abiertos de par en par, clavó su mirada en Humphrey mientras vociferaba sin cesar en medio de una confusión total, hasta que un golpe en la cabeza los hizo desplomarse.

Pasado un tiempo por ellos incontable, percibieron que la carreta había cesado su movimiento y que a su alrededor se elevaban varias voces que se comunicaban en ese idioma extranjero incomprensible.

Dos individuos los descendieron con brusquedad y los dejaron tirados sobre la tierra seca. Al momento, fueron rodeados por varones, mujeres y niños que trataban de acercarse lo más que podían, rozándolos apenas con la punta de sus pies, todo ello mientras se entregaban a la risa.

Humphrey, atento, y López, nervioso, miraban alrededor, tratando de asimilar dónde estaban y qué diantres hacían en aquella aldea compuesta por chozas hechas de barro y techumbres inclinadas de hojas de palma tejida. Mientras tanto, el rey y un hombre ataviado con un tocado de colores, una túnica que le llegaba hasta los tobillos, además de collares y una figura esculpida en marfil que sostenía en la mano, intercambiaban algunas palabras. Luego, unos individuos semejantes a guardianes, los obligaron a levantarse y los llevaron, prácticamente a rastras, al interior de una de las chozas que componían el poblado.

Casi sin dar tregua, un par de mujeres entraron, les despojaron de sus ropas y los lavaron. Luego les pusieron unos ásperos taparrabos, hasta que, al finalizar, entró el tipo de la túnica y el rey, y les quitaron las mordazas y cuerdas que apretaban sus muñecas.

Enseguida, López comenzó a hablar en el mismo idioma, dejando a Humphrey y al resto perplejos. Lo hacía sin resuello, tratando de clarificar que aquello era un error, que no debían estar allí.

Sin embargo, con un solo mandato, el rey le ordenó callar e hizo caso omiso de sus posteriores súplicas mientras se dirigía al individuo de la estatua.

—*Ẹ Nso, ọlórí ọpa wa, mo rọ pe mo ti kọ ọ nibi yii nipasẹ nkan to ni ọkanrin yi...*

Un par de minutos estuvieron hablando hasta que el hombre que iba con el rey se inclinó solemnemente y, tras unos momentos de concentración, comenzó a entonar cánticos en un idioma antiguo y sagrado que solo los iniciados comprendían. Sus manos se movían en gestos rítmicos, y sus ojos estaban cerrados mientras se sumergía en una profunda meditación.

Humphrey, aterrado por lo que estaba ocurriendo, se acercó a su amigo y, bajo la atenta mirada de los guerreros que estaban detrás del rey, le pidió que tradujera lo que decían.

—El de la túnica es un Babalawo, el sacerdote de la tribu, se llama Nso, y está pidiendo consejo a los dioses para decidir qué hacer con nosotros —explicó en un susurro sin quitar la vista del grupo.

Mientras el sacerdote continuaba con sus cánticos y gestos, una brisa suave comenzó a soplar a su alrededor, como si los espíritus estuvieran respondiendo a su llamado. La atmósfera se llenó de una energía misteriosa y sobrenatural.

Sin embargo, Humphrey, a diferencia de López, estaba acostumbrado a presenciar rituales similares y no se dejó amilanar. Por lo que continuó hablando en un murmullo.

—López —llamó a su amigo, pero este estaba tan embargado por lo que sus ojos veían que no

reparaba en su requerimiento, por lo que De Featherstone le dio una palmada en la mano para captar su atención—. ¡Eh, López! Creo que primero debe explicarme dónde y por qué estamos aquí, con un taparrabos por vestimenta; por qué nos han golpeado y qué planean hacer con nosotros.

El español afirmó alterado y dubitativo.

—Eeeehhh. Verá, mi señor. Pues... —Intentaba expresarse, pero bajo la presión de lo que estaban viviendo le era harto difícil, por lo que se llevó un nuevo manotazo—. ¡Auch! Debe entender que yo... Bueno, no contaba con que usted... Es necesario que comprenda que cuando usted tomó esa decisión, iba a traer unas consecuencias.

—¿De qué decisión me habla, alma de dios? No tengo la menor idea de lo que pasa. ¿Usted me ha metido en esto?

—¡¿Yo?! En todo caso es usted el que no me avisó del cambio en ese asunto —le recriminó—. Debería haberme informado, y no estaríamos ahora aquí, a merced de lo que un individuo con una túnica de colores y que acaba de arrojar unas caracolas sobre la tierra tenga a bien de hacer con nosotros.

Efectivamente, el tal Nso había sacado un puñado de conchas de colores y las había tirado al suelo. Luego se había acercado para observarlas más de cerca. Momento en el que a Humphrey le entraron las prisas.

—López, vaya al grano, porque le juro que si no averiguo lo que ocurre aquí, voy a ser yo quien acabe con usted.

López, mirando a su amigo con los ojos entrecerrados, reveló:

—La seda. Eso es.

—¿La seda?

—Cuando decidió enviarme el cargamento de seda de menor calidad sin avisarme, yo continué realizando los intercambios, como siempre. Al costo de siempre. Pero aquí, el señor rey de los Awori se ha dado cuenta y, como puede comprobar, no le ha sentado bien. Le ha dicho al sacerdote que le ha estafado y que busca justicia. Así que ya ve, la justicia pende de unas conchas que están esparcidas por el suelo.

—Y esa justicia ¿cuál puede ser?

—Desde latigazos con varas de olivo hasta la muerte.

Humphrey se sentó sobre sus talones. Gurton. ¡El dichoso Gurton tenía mucho por lo que responder!

Sin perder el tiempo, comenzó a hacer gestos a los hombres que tenía frente a sí. Era imperativo ordenar todo aquel sinsentido. Sin embargo, en lugar de una respuesta cooperativa, lo que recibió fue un duro golpe en las entrañas que lo dobló en dos, por parte de uno de los guerreros. No obstante, la voz ominosa del sacerdote captó su atención de inmediato, haciendo que olvidara momentáneamente el golpe y se enfocara en lo que estaba ocurriendo.

—*Ṣugbọn lọ si ọtaa joko lọwọ awọn ọ̀ṣìṣẹ mi ati aari mi nínú nkan yii...*

De Featherstone y López seguían la conversación con la frente arrugada, uno sin entender y el otro porque lo entendía todo.

—*Mo ti gba ipeję, sugbon o kin se ipeję tọ. Kini ipeję to wa ni ọ́?* —preguntó el rey con voz profunda.

—¡Por el amor de dios, López, traduzca, traduzca! —exigió en un susurro sacando a su compañero de su estupor.

—Por supuesto. En resumen, el Babalawo —indicó al sacerdote, quien estaba concentrado— dice que un europeo no puede faltar al respeto al rey de la tribu de los Awori y escapar sin consecuencias.

—¡Demonios, esto no pinta bien! —maldijo De Featherstone y todo quedó en silencio, en tanto los engranajes de su entendimiento comenzaban a moverse, buscando una solución a todo ese desatino.

Después de un momento, el sacerdote abrió los ojos y se dirigió al rey con una expresión seria y solemne.

—*Ọ̀rọ̀sọṣọ̀ ọlórìṣà ti wá gbọdọ wá ní òkè...*

Tras un largo discurso el Babalawo hizo una pausa, permitiendo que la solemnidad de la situación calara aún más en la escena antes de que el rey respondiera.

—*Ẹrọ naa jọba tuntun, ọlórí ọpa...*

Los dos líderes, el rey y el sacerdote, después de asentir con la cabeza, salieron inmediatamente de la choza, dejando atrás a un Humphrey bastante desconcertado y a un López con el rostro desencajado.

—Por el amor de Dios, señor López, ¡¿qué ha pasado?!

—Eeeehhh, mmmm. —Humphrey le dio un codazo para intentar sacarlo de su estupor—. Eh, sí. Debe enfrentarse en un combate a muerte.

—¡¿Qué?!

López comenzó a hablar como un autómata, sin expresión, dejando caer las palabras sin todavía creer cómo había llegado a ocurrir algo semejante.

—Nso dictamina que los dioses se han manifestado y que su juicio es que el europeo debe enfrentarse al mejor hombre en un combate cuerpo a cuerpo utilizando las armas tradicionales. —Humphrey fue a hablar, pero su amigo lo frenó y continuó hablando con el rictus desencajado —. La lucha continuará hasta que uno de los dos muera. Si el europeo tiene razón y es inocente, los dioses lo protegerán. Si es culpable, pagará con su vida por su ofensa ante sus dioses y su tribu.

—¿Cuándo? —preguntó con frialdad.

—Lo desconozco, pero suele ocurrir al ocaso —dijo esto último con un temblor en la voz.

El silencio sobrevoló por la choza durante un tiempo indeterminado en que ni el señor López ni Surcaolas se miraron. Humphrey se sumió en buscar una salida, quizá la ventana, un agujero en el suelo o la puerta. Pero la ventana tenía barrotes de madera y sin una herramienta a mano para serrarlas le era imposible saltar. Lo del agujero en el suelo era prácticamente inviable; se dejaría las uñas en aquellas tierras tan duras como la piedra. Y la puerta. La puerta estaba protegida por dos guerreros de dimensiones considerables.

—¡Maldito Gurton! —exclamó harto de pensar sin hallar resultado.

—¿Gurton?

Humphrey le narró lo que sabía por Zhèng Yī Sāo.

—¡Bastardo!

Una vez más les sobrevino el silencio mientras Humphrey miraba hacia la puerta con intensidad.

—Usted puede encargarse del de la derecha y yo me haré cargo del de la izquierda, los inmovilizamos y, ¡pies, ¿para qué os quiero?!

López miró extrañado a su amigo, como si lo que acabara de decir fuese en un idioma desconocido incluso para él. La desesperación le había afectado profundamente. ¿Cómo iban a salir de allí? La huida se antojaba imposible. Todas esas tierras estaban gobernadas por el pueblo Yoruba, y los Awori eran una subtribu protegida por los primeros.

De acuerdo, al final había reconocido el poblado y se encontraban muy cerca del muelle, en la orilla opuesta para ser más exactos. Y, ¡diablos!, llegados a ese punto, debía admitir que era la primera vez que se le ocurría hacer negocios con el rey Adeyemi, más allá de las transacciones habituales de maíz y aceite de palma. Fue el propio rey el que acudió a él para ofrecerle un trato relacionado con el marfil. Y, para ser fiel a la verdad, no tenía constancia de que los Awori se dedicaran a comerciar con él, es más, lo ponía en duda, tanto como para no preguntar por su procedencia. Las rencillas y enfrentamientos entre tribus y clanes estaban a la orden del día, y era difícil determinar si el marfil había sido saqueado de alguna aldea lejana a la costa.

Miró a Surcaolas, todavía no podía llegar a entender cómo, siendo un avezado comerciante, se había metido en ese enredo. Bueno, el tal Gurton lo había traicionado. ¡Pobre hombre! Se sentía culpable por no haberse dado cuenta de que la seda era de una calidad inferior; de haberlo hecho, nada de eso estaría ocurriendo. Le habría ofrecido al rey una mayor cantidad de metros o quizá un intercambio diferente. Aunque tampoco se le había ocurrido inspeccionar los cajones donde iban embalados los fardos.

Lo malo, es que por más que cavilaba no conseguía concebir una manera de escapar o salir airosos.

—Hasta hace muy poco, veía en la muerte la salvación —declaró De Featherstone de manera introspectiva—. No se puede imaginar la de veces que me he expuesto con tal de que me arrastrara a su mundo, sin éxito. Sin embargo, ahora, a las puertas de que por fin suceda, confieso que no deseo morir. No sé explicarle, algo en mi interior me insta a no ser egoísta, a querer vivir. ¿Cree usted que he enloquecido?

El señor López chasqueó la lengua mientras pellizcaba los granos de arena que cubrían el rústico suelo.

—No lo creo. Desear vivir y hacerlo, es un privilegio. —Se tomó un momento antes de proseguir y miró fijamente a su compañero—. Lo que no alcanzo a comprender es cómo un hombre apuesto como usted, y, si me lo permite, con recursos más que abundantes, puede desear la muerte.

De Featherstone exhaló profundamente por la nariz de manera estruendosa. Si su amigo conociera su verdadera situación, si pudiera entenderla.

—No todo en la vida es el dinero, mi querido amigo. Primero lo desea, y cuando lo posee, descubre que no es suficiente, que lo verdaderamente importante no se adquiere con riquezas. No cuando se ha conocido el amor, ese que nace aquí —se llevó la mano al corazón— y que galopa por todos los tejidos de su cuerpo abrasándolo, para luego traspasar su alma. —Guardó silencio un instante—. Si nunca ha experimentado esto, supongo que encontrará satisfacción en un matrimonio donde una mujer le brinde cuidados y compañía. Y quizá la vida, el tiempo, pueda concederle una especie de amor tranquilo para el resto de sus días. Pero cuando conoce el otro —expresó con pasión—, cuando le impacta como la bala de un cañón, resultará difícil persuadir a su corazón y a su alma de seguir adelante, viviendo, riendo, soñando.

Tras sus palabras, López quedó sumido en sus pensamientos. Conque todo se debía a un mal de amores. Le resultaba difícil imaginar un amor de tal magnitud. Sus propios padres habían contraído un matrimonio concertado, y, para ser honesto, los veía felices, se entendían y compenetraban a la perfección. Siempre había aspirado a llegar a disfrutar de lo mismo. Sin embargo, la pasión con la que se había expresado Surcaolas, lo que había visto en sus ojos era algo de una naturaleza completamente distinta.

—¿Cree usted que yo podría llegar a experimentar un sentimiento tan profundo? ¿Que Dios puede concederme tal regalo?

Humphrey afirmó con la cabeza. Por supuesto que sí. Sus padres no le pondrían impedimentos. Conocía a la familia del señor López, agricultores de un lugar llamado Almería, al sureste de España, una zona de una belleza apabullante por sus contras tes, repleta de hermosas playas y un terreno desértico que lo había hipnotizado. La familia López vivía en la serranía de Cabo de Gata y con ellos hacía negocios agrícolas. Siempre que el bloqueo napoleónico se lo permitía, movía algunos hilos para abastecerse de sus verduras y de sus frutas de sabor delicioso. Así conoció a López, degustando una sandía en un día caluroso de verano, bajo la atenta mirada de su padre, quien le había prometido que no degustaría otra igual. De ese modo comenzó todo, porque era cierto, la sandía estaba deliciosa. Pero, pronto, su hijo, prendado de las historias que contó Surcaolas en aquella única visita, declaró que deseaba trabajar con él y entre los dos urdieron un plan para persuadir al viejo señor José López de expandir su negocio más allá de las tierras andaluzas. Para perplejidad de todos, aceptó. Aun siendo un hombre rudo de campo, tenía la sesera atenta y abierta al progreso y a nuevas oportunidades. Y así fue cómo comenzó todo.

Si bien, ahora estaban allí, a punto de ser ajusticiados por los dioses de una tribu africana. Solo esperaba que López saliera ileso.

¡Qué demonios, y él también!

Preguntó de nuevo a su amigo por qué había pasado todo aquello. La seda. Gurton. ¡Sanguijuela apestosa! Qué ganas tenía de tenerlo frente a frente.

Un revuelo afuera atrajo su atención y, seguidamente, los centinelas apostados junto a la puerta irrumpieron, forzándolos a salir.

La luz incidió en sus ojos, obligándolos a entrecerrarlos. La multitud conformaba un círculo en mitad de la aldea, que, poco a poco, a base de pequeños saltitos iba girando sobre sí, sobrecogiéndolos. El golpe de sus pies sobre el suelo, el raspar de la tierra sobre sus plantas, y

ese sinuoso escapar de clamores, como si la muerte fuese sigilosa a por ellos, acercándose, acechándoles.

A la voz del Babalawo, todos detuvieron su danza y el círculo se abrió en un extremo como las aguas del Nilo debieron hacerlo bajo el mandato del cayado de Moisés. El centro se hallaba despejado, a excepción del monarca Adeyemi, quien ostentaba un tocado más exuberante y una corona que se alzaba al cielo, adornada por los impresionantes y enormes cuernos rizados de un Kudu. Su piel, extremadamente oscura, realzaba su mirada de un blanco aterrador y el iris de sus ojos ambarino, penetraba con fuerza, causando que sus rodillas temblaran.

A base de empujones los obligaron a penetrar en el círculo, uno que se cerró cuando el sacerdote entró tras ellos.

Sus miembros temblaban, ¿cómo diantres habían terminado allí?

El Babalawo comenzó a andar haciendo aspavientos con los brazos, mientras hablaba de manera solemne mirando a la congregación, hasta llegar al lugar donde estaba emplazado el rey y le dejaba caer una pregunta. Humphrey se encontraba en la más absoluta inopia y, aun así, optó por no preguntar a López por temor a represalias. Lo único que llenaba su mente era la búsqueda de una salida, pero el círculo era tan denso que cualquier intento de huida sería inútil y, de conseguirlo, no lograrían llegar más allá de dos míseros metros antes de ser atravesados por una de las lanzas que los guardianes portaban.

Seguidamente, el rey emitió su respuesta y de un lado salió un hombre alto y fornido que le sacaría al propio Humphrey una cabeza. Estaba vestido con un taparrabos, igual al que ellos mismos llevaban, tenía el pelo suelto, apretado en una especie de trenzas que le trajeron al recuerdo a ese tal Maurice que siempre acompañaba a su hermano. A su mente regresó Anne, ¿es que nunca volvería a verla? ¿Perecería en aquel lugar sin volver a declararle su amor? ¿Sin contemplar el verdor de sus ojos?

El sacerdote planteó una pregunta, y López, después de lanzar una mirada compasiva a Surcaolas y tomarse un momento, enderezó su postura y respondió con una sola palabra, un sonido que, aunque Humphrey no comprendió, hizo que se contrajera su estómago.

Los hombres, mujeres y niños que componían el círculo retomaron esos pequeños saltitos, ahora acompañados por un coro de voces que expresaban al unísono un clamor apagado mecido por los tambores que marcaban el ritmo. La desesperación de De Featherstone no podía aumentar más, y le rogó a López que le narrara qué había sucedido, qué se había dicho. De ese modo, con el rostro endurecido y los ojos vidriosos, le contó que el sacerdote había aclamado a los dioses y a su sabiduría, y luego le había preguntado al rey quién sería su guerrero.

—¿Y a usted? ¿Qué le ha preguntado a usted? —preguntó el señor De Featherstone temiéndose lo peor.

—¿Quién de nosotros se enfrenta a la furia de los dioses?

Humphrey le agarró fuerte del antebrazo. No podía ser. ¡La circunstancia se volvía cada vez más irracional!

—¿Y?

El joven señor López giró su rostro y se encaró con Surcaolas, sus ojos acuosos y, no obstante,

decididos.

—Les he respondido que yo lo haré.

—Pero ¿por qué, mi preciado amigo? No puedo ni voy a permitirlo. —Humphrey quedó inmediatamente noqueado. No podía consentir semejante sacrificio. Salió corriendo unos pasos, los suficientes para acercarse, hasta ser rodeado por lanzas que pararon su avance hacia el rey—. ¡Su majestad, rey Adeyemi, por favor, permítame ser yo! ¡Este hombre no sabe lo que dice! Vamos, traduzca lo que digo. —López negaba con la cabeza, ya había tomado su decisión—. ¡No, no, no! ¡Este hombre está loco, eso es, loco! Yo soy su patrón, y por eso mismo, quien debe luchar. ¡Le ordeno que traduzca! —rogó y ordenó a su amigo con el espanto reflejado en su rostro.

El rey preguntó a alguien que tenía tras de sí, esta persona le dijo algo mientras los miraba atentamente. Su majestad aguardó unos segundos y negó con la cabeza, para enseguida indicar con el dedo a Humphrey en tanto decía unas palabras. Los guardianes que tenía detrás lo aprisionaron y De Featherstone se dejó hacer, agradecido porque pudiera haber evitado la lucha a su amigo. Sin embargo, no fue eso lo que ocurrió.

Se lo llevaron al otro extremo, donde lo dispusieron entre ellos de tal manera que no pudiera huir. Para su horror, el rey no había aceptado sus palabras.

El tiempo se agotaba, como el agua fluye libre alrededor del delta de un río, y López lo miró entre agradecido por su intento y aterrorizado por lo que se avecinaba. Una mujer se acercó al contrincante y le entregó un machete enorme y una lanza, además de un escudo. El guerrero, después de deliberar, dejó la lanza en el suelo y optó por el machete y el escudo. Al tiempo, otra se aproximó a López y, tras hacer lo mismo, escupió a sus pies y pronunció algo parecido a «traición» en un patético francés.

—¡Noooooo! —exclamó De Featherstone en un intento desesperado de liberarse.

Los guardianes lo golpearon en las piernas y cayó de rodillas. Su mente trabajaba a destajo, debía haber una forma, un medio que lograra exonerar a su amigo, ese pobre infeliz que, hipnotizado por sus hazañas, quiso unirse a él y dejar su tierra natal, donde ahora sería feliz en aquellas playas de aguas saladas y cristalinas.

¡Maldito fuera Gurton! Él y su imperiosa necesidad de traicionarlo. Si no hubiese sido por la seda.

La seda.

¡La seda!

Se dejó caer al suelo, boca abajo, tan largo como era, lo que provocó que uno de los guardianes clavara la punta de su lanza en su espalda, haciendo brotar un poco de sangre. A pesar del dolor que le causó esta acción, llamó al rey nuevamente. Pasó un segundo y el círculo se detuvo, y la presión de la lanza disminuyó, momento en el cual alzó la cabeza.

—¡Pero ¿qué hace?! —le gritó sin comprender su joven amigo.

Humphrey lo ignoró y fijó sus ojos en el rey, quien le había pedido a la muchacha que tenía detrás que se acercara y así comenzaron a hablar. La muchacha conocía bien el francés y tradujo a los demás lo que el rey y De Featherstone decían.

—Mi rey, su grandísima majestad, si sigue con este violento enfrentamiento estará cometiendo un error.

—¡Acaso insinúa que nuestros dioses se equivocan!

—No, excelencia real, sus dioses son justos y astutos.

El rey apartó la mirada y alzó sus brazos.

—Entonces, que prosiga el ajusticiamiento.

—Le ruego me disculpe, rey sabio. He podido observar que usted es un soberano justo y, como tal, si me permite que me exponga, estoy seguro de que su magnificencia obrará con justicia.

Una vez que la muchacha terminó la traducción, el rey Adeyemi estudió a Humphrey e hizo un gesto con la mano invitándolo a proseguir. Así, De Featherstone se limitó a resumirle la verdad, lo que había ocurrido con Gurton, todo, incluso la traición de haber creado su propia empresa y haberle arrebatado sus contactos en el mundo de la seda.

—Entonces, quiere decir que este hombre creía que estaba negociando con la misma de siempre.

—En efecto, su excelentísima majestad.

El sacerdote le dijo algo al rey al oído. Su majestad Adeyemi asintió y el Babalawo marchó unos pasos bajo el tintineo de sus collares hasta llegar al centro del círculo, donde colocó sobre la arena la figura esculpida que había llevado consigo desde que lo vieron por primera vez. Un solemne silencio se apoderó de todos mientras Nso danzaba alrededor de la estatua entonando un cántico hacia el cielo, acompañado de los tambores que atronaban tan fuerte que retumbaban en sus pechos. Sus palabras resonaron en el aire, cargadas de un poder ancestral que dejó a la audiencia sin aliento. De repente, cesó su baile y con él el rugir de los tambores dejando suspendido en el aire su eco. Luego habló, tras echar una mirada profunda y serena a los presentes, quienes, tras escuchar su declaración, dirigieron sus miradas hacia Humphrey, que todavía permanecía de rodillas. No obstante, en esta ocasión fue López quien tradujo lo dicho.

—Los dioses se han manifestado. No buscan la venganza, sino la armonía restaurada. Por lo tanto, el condenado debe ofrecer un sacrificio de sangre como acto de expiación y purificación. Este sacrificio será un gesto de arrepentimiento y un paso hacia la reconciliación con los dioses y la tribu.

López bajó la mirada a la arena en un gesto de suma tristeza mientras Humphrey asentía y se levantaba pidiendo permiso para moverse. Se acercó hasta la posición de López y le quitó el machete de la mano. Este, preocupado, le preguntó qué hacía, mas solo le respondió el silencio.

De Featherstone marchó hasta el centro del círculo bajo la atenta y curiosa mirada de los presentes, levantó el cuchillo y su otro brazo. El español aguantó la respiración, sabía que sería inútil evitar aquel desenlace. Sin embargo, no esperaba lo que iba a suceder: con un movimiento lento, Surcaolas se hizo un buen corte en el antebrazo y dejó que su sangre cayera sobre la figura que había comprendido que se trataba de una de sus deidades, la cual supuso era la más importante.

El sacerdote hizo un gesto de asentimiento, al parecer había obrado con sabiduría.

Estaban a salvo.

Capítulo 6

Después de un par de semanas más, Anne se recuperó casi por completo. Efectivamente, parecía que le iba a quedar alguna pequeña cicatriz en sus muñecas, pero, según dijo Alice, habían sanado bien; gracias a un remedio a base de acíbar, una planta que le había regalado un pariente al regresar del nuevo mundo.

Durante aquel tiempo, había aprendido cómo funcionaba The Silver Horse House, ya conocía el nombre de todos los sirvientes, incluso el de aquel que un día vio junto a Edmund en el pueblo, un hombre que no le daba buena espina, que cuando lo veía todo el vello de su cuerpo se le erizaba. Su nombre era señor Mauricie. Un hombre de piel extremadamente oscura, le resultaba extraño que no fuera un esclavo, uno, por el carácter de su esposo y dos, porque conocía que en el nuevo mundo aún se daba la esclavitud. Pero este hombre estaba bien alimentado, vestía con buenos ropajes, era alto, considerablemente fornido, de pelo largo apiñado en mechones que simulaban gruesas trenzas y ojos tan oscuros como dos cuevas. Casi no hablaba, y, si lo hacía, solo era a solas con sir Edmund, a ella solo le mostraba un saludo formal y distante con el sombrero que siempre lo acompañaba. Resultaba raro tenerlo por ahí, era como un es pectro que aparecía cuando y donde menos se esperaba, siempre silencioso, siempre sigiloso. Acechante.

Una vez aprendió a, más o menos, ignorar la presencia de ese hombre, le fue más fácil volver a pasar las horas bordando, leyendo y practicando el piano, tal y como su marido le había «sugerido» en una de aquellas conversaciones distendidas que aún impresionaban a Anne por lo antinatural de la situación. No había vuelto a tocar sus pinceles, no estaba preparada para ello. Un halo de tristeza y amargura había encontrado un buen hogar en su aura y sentimientos. Se sentía perdida, no sabía muy bien cómo comportarse o qué sentir con todo aquello. Era tan confuso, irritante, ilógico y abstracto. Su marido se comportaba como si nada, con una familiaridad que sobrepasaba el entendimiento de la mujer, tanto así que se dejaba llevar, la besaba en los momentos de sus idas y venidas, momentos en los que Anne no podía evitar encogerse por el temor a ser maltratada de nuevo. Por otro lado, hablaba con él cuando era requerida para ello, lo acompañaba cuando este así lo pedía, ninguna palabra irritada salía de su boca. Obediencia por encima de todo.

En alguna ocasión lo había descubierto mirándola con aquel fuego en sus ojos, aquel fuego azul, nacido de su frialdad y que abrasaba su penetrante mirada, luego volvía a tornarse hielo, pétrea, inaccesible. Como si estuviese luchando contra algo. Como si el mismo entusiasmo que usaba tratando de acercarse a ella, tratando de hacerla sentir cómoda, lo perturbara. Como si en su interior se estuviese librando una batalla entre el bien y el mal. De ese manera, lo vio fruncir

el ceño más de una vez, como si sus propios actos cariñosos surgieran de forma involuntaria, no poseía el dominio de sí mismo y eso quizá lo desorientaba.

Y así era. Eso era, exactamente, lo que le sucedía. Anne estaba logrando lo que nunca antes había merecido una mujer, que dudara de sus sentimientos, que quisiera cambiar para satisfa cerla. Y sí, efectivamente, se sentía desorientado. En más de una ocasión se había alejado de ella, extrañado ante aquel beso que él mismo había depositado sobre su frente como saludo o aquellas palabras dulces, aunque no directas, que habían brotado de su pecho. Así como la cada vez más acuciante necesidad de quedar a solas, de poder tener para él solo su compañía, asistido por aquel característico aroma; de su respiración ligera, mientras sus dedos manejaban la aguja sobre el tejido; o su voz mientras narraba suavemente los escritos de autores consagrados. Y, luego, estaba su mirada, en ocasiones perdida, embebida en algún recuerdo, había observado algo extraño y quizá podía pasar por el hecho de estar acostumbrándose a su nuevo hogar, pero algo dentro de él le decía que había algo más. ¿Quizá un secreto? ¿O todavía pensaría en su hermano? Imposible.

De algún modo a lady Anne, Edmund le recordaba a Humphrey. Cómo no, si eran gemelos; pero aquellos recuerdos traían consigo sentimientos contrapuestos, el cariño que aún sentía pese a lo vivido, pese a su abandono, la manera en que se fue... jamás podría perdonárselo. Y luego aquella carta, aquellas palabras que como un cobarde no le había dicho a la cara, aquel papel que había dejado en su cama la noche que se fue. ¿Cómo había podido confiar en él? Y, de nuevo, el martirio del recuerdo de aquellos meses de abandono, alejada de todo, sufriendo lo indecible por tener que hacer lo que la obligaron a hacer. Lo sabía, era algo que hacía tiempo tenía digerido: jamás podría liberarse de aquellos meses en los que se suponía que estaba de viaje con tía Grace con la excusa de ser tradición en la familia antes de contraer esponsales, una especie de despedida a la soltería. Y tampoco quería olvidar, era lo único que la mantenía de alguna manera entera, atada al mundo terrenal, el saber que en algún lugar, que en aquel lejano bosque del norte había quedado enterrada parte de ella y que, al contrario, otra parte vivía ajena a su existencia lejos de aquellas tierras. Por ello debía continuar, ser paciente y esperar su oportunidad, ser obediente y complaciente; sumisa. Subordinada a todos, guardando los secretos de unos y de otros, obligada a guardar los suyos propios, aunque no quisiera. Aunque deseara con toda su alma gritarlo a los cuatro vientos y reclamar lo que era suyo. Ninguna mujer debía ser instada a avergonzarse por hacer cosas de mujer, por tener lo que solo las mujeres podían tener.

No había yacido con él, para eso estaba la señorita Jane, quien seguía visitando la granja sin ningún reparo. Por fortuna, no estaba obligada a dialogar con su ya antigua amiga. Sobre todo desde que un día tuvieron un encontronazo nada agradable en la salita, destinada solo para su uso, su cobijo, su territorio, donde se había recluido para leer:

—Mi querida señorita Anne, espero que no le haya importado que use a lady Blue para pasear por la propiedad. Mi caballo llegó exhausto y era necesario que descansara.

Al final lady Blue había pasado a ser su yegua, tenían tanta complicidad que era con el único ser que Anne se sentía segura. Aunque todavía no habían salido a pasear juntas, iba todos los

días a hacerle una visita; su temperamento le transmitía calma y se había convertido en alguien importante para Anne. Si bien, en realidad, se trataba de un animal.

Desde aquel día en el cuartucho no había vuelto a intercambiar palabra con Jane. Para la señora De Featherstone, era bastante incómodo contar con su presencia, no porque se apareara con su marido, eso hasta lo agradecía, estando con ella se olvidaba de su esposa y, de ese modo, se veía liberada de tal obligación. Tan solo recordar su miembro dentro le daban arcadas, luego venía el resto de desagradables recuerdos y su furia bullía en su interior, estrujando sus intestinos, machacando su estómago, su pulso, su razón, junto con el miedo que continuamente la atenazaba entre los dedos de sus pies, detrás de sus orejas, en sus clavículas; en sus muñecas.

Allí se encontraba Jane, sola, había abierto la puerta sin presentarse primero, sin tan siquiera golpear la madera. Le había hablado como si nada, como si la señora de la casa fuese ella, como una amiga. Se estaba quitando los guantes que usaba para tomar las riendas y evitar así estropear sus manos con el cuero, mientras tanto los adornos de su sombrero temblaban con el movimiento.

—¿Disculpe? —preguntó lady Anne atónita, levantando los ojos del libro.

—Decía que espero que no le haya molestado que...

—Oh, ya la he escuchado —la interrumpió severa. No podía imaginar que la señorita Aldridge continuara pensando que podían mantener su amistad. Estaba realmente perpleja.—. Tan solo quería cerciorarme de si era a mí a quien se dirigía.

—Pues claro, mi querida señorita Anne. ¿A quién sino?

Aquello era el colmo del descaro. Allí estaba con su cara de asombro, sonriendo ante la ocurrencia que había tenido. Envuelta en los sonidos que los criados hacían al mover un pesado mueble de ébano que debía instalarse en el estudio.

—No veo a ninguna señorita por aquí. Estoy yo sola en la habitación —dijo arrogante.

—Pero, ah, ya veo —continuó sonriendo; si bien esta vez se mostraba herida.

—Exacto —marcó el libro y lo dejó sobre su regazo. No se levantó ni pensaba hacerlo, lo que tenía que decirle podía hacerlo desde allí mismo. Además, si se levantaba no podría responder sobre sus actos y era indispensable, al menos para ella, mantener de alguna forma la compostura. Marcar el abismo que las diferenciaba—. No sé en qué momento ha creído tener el privilegio de dirigirse a mí. Creo recordar que ya le dejé claro que no lo hiciera, no me interesa su amistad. Sería de locos pensar lo contrario. Aun así, y viendo el poco y mal uso que hace de su intelecto, se lo repito: no deseo su amistad. Espero que no vuelva a dirigirse a mí, y si por cualquier razón de peso se ve obligada a hacerlo confío en que recuerde quién soy, tratándome con el debido respeto. Debe entender que para usted, como para el resto, soy lady Anne De Featherstone. —Aunque a ella misma le pesara, pero si así conseguía herirla haría uso de ello cuantas veces conviniera—. Espero que no vuelva a repetirse algo semejante. No lo olvide.

Con estas palabras fue a sumergirse de nuevo en su lectura después de hacer un gesto con su mano para que se fuera.

—¿De veras? —Jane volvió a llamar su atención con tono mordaz. Se adentró un poco en la sala vistiéndose de nuevo con su traje altanero—. Aún recuerdo el día que compramos aquella

escultura. La de aquella esquina —señaló—. Fue en Middlewich, habían organizado un mercado muy prestigioso. Hacía calor y Edmund me rogó que lo acompañara a elegir algunos ornamentos para su nueva casa. Esta —evidenció con un pase de mano a la vez que Anne reprimía las ganas de levantarse y estampar la escultura contra el suelo—. Conseguí dar esquinazo a mi hermano, el tan, en ocasiones, impertinente Leonard, con el pretexto de que iba a ir a su casa a visitarla.

»Ja. Qué caprichoso es el destino, ¿no cree? —Lady De Featherstone recordó aquella tarde, cuando la tormenta los llevó hasta The Silver Horse House. Mientras aguardaban a que el mal tiempo amainara, Jane elogió la exquisita decoración del lugar. Recordó los comentarios, la irónica forma en que Humphrey se expresó, revelando algo que escapaba al entendimiento del resto, excepto al de Leonard, Jane y Edmund, quien salió en su defensa como un gallo de pelea. Y, como si leyera sus pensamientos, continuó—: Ah, sí. El señor Humphrey presentía algo. No todo, por supuesto, pero notó que algo estaba sucediendo. En ese momento, guardó silencio; como todo un caballero, no deseaba ponerme en evidencia. Pobre infeliz, se dejaba engatusar con cualquier carantoña logrando así confundirlo. Y yo hacía lo que fuera necesario para provocar los celos en mi Edmund y disuadirlo de su intención de casarse con usted. Además de reforzar mi engaño a los ojos de Humphrey, haciéndole creer que estaba interesada en él y alejando así a los demás de nuestro secreto.—Anne agarró con tanta fuerza el libro que se lastimó con sus duras tapas y algunas páginas amenazaron con desprenderse, poniendo en riesgo su integridad—. Hasta que una mañana, quizás la recuerde, usted y el señor Humphrey vinieron de visita a nuestra casa y, después de unos minutos, comenzó a reprenderme por lo bajo. No sé cómo se enteró de lo mío con Edmund. Pude darme cuenta de que usted creyó que simplemente estábamos flirteando. La verdad es que aún me fascina el modo en que mantiene su temple; a pesar de ello, se marchó, dejándome vía libre. Su nobleza me conmueve a la vez que me saca de quicio. —Apretó los guantes de tal modo que, de haberse tratado de un gatito, lo habría hecho pedazos hasta matarlo.

»Cuando Edmund se enteró de cómo su hermano me reprendió, se enfureció enormemente. Imagine lo que pudo llegar a hacer: aquella noche discutieron en The Oak Cottage, tanto así que llegaron a las manos; por lo visto Humphrey quiso censurarlo, exigió a Edmund que se casara conmigo. Según parece, Edmund le ordenó que me dejara en paz, que se olvidara de mí. Qué estúpido, todavía no os entra en la sesera que nadie podrá separarnos jamás, que lo nuestro va mucho más allá de unos simples lazos matrimoniales. No se trata de solo unos meses; llevamos años juntos. —Sus ojos centelleaban, como cuando en la madera de la hoguera quedan vestigios del verdor de la vida y el calor del fuego la hace crepitar y soltar chispas en todas direcciones, dejando su marca dondequiera que caiga el carbón aún ardiente—. Fíjese que mi Edmund incluso logró que Humphrey abandonara su propia casa por mí. Creo recordar que lo amenazó con matarla a usted si no se quitaba de en medio y mantenía la boca callada, pues Edmund conocía la relación que había entre ustedes. Su enamorado fue un tanto hipócrita, ¿no cree? Él ya se estaba beneficiando de sus favores sin estar casados, ¿cómo creía tener derecho a ir reclamando lo que él mismo no pensaba cumplir? —sonrió con malicia. Por dentro, Anne boqueaba como un pez fuera del agua por la falta de oxígeno que todas aquellas revelaciones estaban causando en ella. Sin embargo, aunque en su interior desfallecía, por fuera se mostraba

entera, erguida como los tallos maduros de la flor en su apogeo. Ni tan siquiera la palidez que podía aflorar la estaba traicionando.

»No, «Lady Anne». No se equivoque. Si su marido es capaz de amenazar con matarla por mí, quizá deba recordarle cuál es su posición y cuál la mía. Lo que me une a Edmund está muy por encima de su título de baronetesa —dijo con rabia entre dientes.

La señora De Featherstone volvió a cerrar el libro. Cierto, la declaración la había sorprendido. En aquel tiempo pasado podía haber jurado por la gallardía de su actual esposo. Jamás habría pensado que sería capaz de matarla. Por otro lado, lo que creyó en un primer instante se hizo añicos durante la misma noche de nupcias, aunque ya Humphrey le había explicado que estaba equivocada con sus percepciones, aquel día cuando creyó que estaba flirteando con Jane en sus propias narices. Pero aún así, fue un caballero y nada le reveló acerca de la relación entre Jane y Edmund; con todo, la ocultó para salvaguardar la honra de la señorita Aldridge. Un nuevo descubrimiento que volvía a confundirla con respecto a aquel que la abandonó. ¿Cómo siendo tan caballeroso con Jane se había comportado tan sucio con ella? Sin embargo, no le había pasado desapercibido el comentario de que Edmund lo amenazó con matarla si no desaparecía. Necesitaba aplazar hasta otro momento todos esos sucesos. Necesitaba relegarlos al instante de la soledad para ordenar aquellas declaraciones y sus descubrimientos.

Aspiró profundamente, tratando de evitar que la rabia la consumiera. Se tomó unos segundos para contestar, durante los cuales se entretuvo midiendo la persona de Jane. Los ruidos de los criados se acallaron. Recorrió su cuerpo con tranquilidad hasta que se detuvo en su rostro. El bajo de su vestido estaba lleno de barro, en algunas zonas las arrugas eran prominentes; los surcos de sudor eran más evidentes en la zona de las axilas. Algunos mechones de su cabello habían escapado de su peinado, manteniéndose más o menos lejos de su rostro debido a los alfileres que sujetaban su sombrero. A pesar de llevar un escote tipo reina Ana, algo más elevado en la zona del cuello, se podían intuir algunas zonas más oscuras, precio a pagar por algún momento reciente de pasión. No pudo evitar mostrar un gesto de asco para luego corregirse y exhibir serenidad en sus expresiones y palabras. Hasta incluso manifestarse en alguna ocasión con ironía.

—Su declaración solo hace que se recrudezca aún más mi parecer sobre usted. Y ensalce la de otros a los que no tenía por prudentes. Puede que tenga razón, pero solo para sir De Featherstone, de puertas para fuera puedo hacérselo pasar muy mal, no quiera ponerme a prueba. La gente me reconoce a mí, no a usted.

»Puede que mi marido amenazara con matarme, pero ¿cree que fue por usted o por lo que vengo barruntando pudiera ser por lo que nuestra unión le beneficiaría? Le regalo esa incógnita para que entretenga sus pensamiento de regreso a su casa.

»Por si fuera poca su vanidad, parece que se le olvida lo que es en realidad. Pero como espero sea la última vez que hable con usted, debo tomar el rol de quien le descubra su verdadera naturaleza. Considérelo una buena acción —se acomodó aún más en el asiento.

»Usted. ¡Ja! —rio una sola vez de forma explosiva, ridiculizándola—. Usted es una ramera que no es capaz de vivir libre, atada a un hombre cual placer es infligirle dolor; usted lo acepta

porque algo en su juicio no funciona bien. —La señorita Aldridge comenzó a temblar, los nervios y la furia se estaban apoderando de ella. Sus ojos antes intensos, ahora se mostraban desorbitados; sus labios pasaron del más intenso rubor a una palidez absoluta, comprimiendo su carne en una fina línea de irritación. Fue a hablar, pero con el movimiento de un solo dedo, lady Anne la acalló—. Se hace pasar por señora cuando en realidad está muy lejos de serlo, le aseguro que le tengo más respeto a los cerdos que a su persona. Da asco. Es repugnante. —La amante de Edmund cada vez abría más los ojos, asombrada por lo que con tanta soltura declaraba Anne, mientras esta última, puede que agotada por tanto como tenía que soportar, por primera vez en su vida disfrutaba con el dolor ajeno—. Un ser que solo se merece sufrir, que no se ha dado cuenta de que con su bonita cara y sus buenos modales podía haber conseguido cuanto quisiese, pero no a Edmund, quien la trata como su fulana personal. Que ofrece a cualquiera para cerrar negocios. —Jane arqueó las cejas sorprendida—. ¿Creía que no lo sabía? ¡Ja! Los escuché hablar alguna tarde atrás, cuando le ordenó que debía dar placer a uno de sus amigos para conseguir cerrar un negocio. Pobre estúpida. Y usted piensa que se lo va a recompensar, ¿cómo?, dígamelo. La única recompensa que tendrá será algún azote en su bonito trasero. —Los ojos de la señorita Aldridge comenzaron a llenarse de lágrimas. Su pelo y manos temblaban bajo sus nada agradables impresiones.

Anne chasqueó la lengua tal y como hacía su esposo.

—Usted no se ha visto como la veo yo y como la vería cualquiera si fuese conocedor de su realidad, de lo que esconde tras esos trajes bonitos, tras esas joyas compradas con el valor de la sangre que se derrama de su espalda, producidos por los azotes que mi odiado esposo tiene a bien de infligir cuando le place y a los que usted se presta por sed de poder. Pero no se engañe, ese poder solo es material, nunca llegará a tener poder real.

»Ahora, como diría sir Edmund, vaya a hacer sus quehaceres —hizo un ademán con la mano, expulsándola de allí—. Puede que a mi marido le plazca ver sus lágrimas más que a mí.

En aquel momento la señora Mildred pasaba por allí dando órdenes a los muchachos que habían trasladado el mueble.

—¡Señora Mildred! —llamó Anne apacible—. Comunique a toda la casa que no permitan entrar a esta señora jamás donde esté yo. No toleraré ni una equivocación al respecto.

La señora Mildred hizo una reverencia a su ama y, sin necesidad de pronunciar palabra, indicó a Jane que saliera de la salita.

Así fue cómo dio por zanjado aquel asunto.

Después de bufar como un toro, la señorita Jane marchó de allí, las manos apretadas a los costados y dando pisotones como si de un gigante enfurecido se tratara. Mientras Anne volvía a sumergirse en la lectura y Edmund, con una sonrisa y mirada perpleja, se retiraba de su escondite, desde donde había escuchado todo.

—Querida, ¿puedes acompañarme al estudio?

El semblante de su marido, por increíble que parezca, era amable. Sorprendida, sin mediar palabra, dejó la muchacha el libro sobre el regazo del sillón y siguió las órdenes de su esposo sin rechistar.

Por dentro estallaba, por mucho que se hubiese salido con la suya, lo que había pasado unos minutos atrás la habían desquiciado. Había visto el sufrimiento, la humillación de Jane y eso, confesaba, la había hecho sentirse bien.

Entró en el estudio y tras ella cerró la puerta Edmund, quien con paso firme se acercó a la mesa de los licores y echó un par de vasos de lo que parecía ser whisky. Le entregó uno a Anne y ordenó que se lo bebiera, por supuesto así lo hizo, a pesar de que en un primer momento quiso rechazarlo. El trago rajó su garganta, pero pasados unos segundos le regaló cierta entereza, necesaria para la situación en la que estaba.

—Te preguntarás para qué te he hecho venir. Y la respuesta es bien sencilla —dijo mientras regresaba los pasos hacia la puerta y echaba el pestillo—. Lo he escuchado todo.

A Anne se le erizó todo el vello del cuerpo. Aquello no pintaba bien. No cuando había echado el pestillo para impedir cualquier interrupción. No cuando el tono usado era suave, sedoso, de una modulación exquisita. Cada palabra pronunciada se adhería a su piel, camuflada con destellos de afecto, de promesas de paz y comprensión. Lo que no se apreciaba eran las espinas escondidas en esas palabras, las garras que se escondían bajo ese pelaje suave y mullido. Porque Anne sabía que nada había de real en la calma, que en cualquier momento la suavidad daría paso a los arañazos de aquellas espinas ponzoñosas.

No era capaz de mirar a su marido, prefería mantener la cabeza gacha y esperar y rezar porque el huracán pasara pronto y lejos.

—Si te soy sincero, confieso que tengo sentimientos encontrados. Has hecho uso de tu título, has encontrado tu lugar e impuesto tu clase. Pero quizá con la señorita Jane, no sé, la realidad es que estoy confundido.

Pasaron los segundos en silencio, unos en los que Anne creía escuchar perfectamente cómo funcionaban los engranajes dementes del cerebro de su marido. Esa manera de estar allí sin saber qué era lo que iba a pasar la tenía aterrorizada, tanto así que comenzó a sentir retortijones en sus tripas y una necesidad absoluta de acudir a aliviarse en el excusado.

Edmund se acercó a ella por la espalda, aspiró el aroma de su cuello y tiró levemente del recogido de su cabello.

—Eres una fierecilla, ¿eh? —susurró sobre su oreja para luego dar un lametón desde la base de su cuello hasta la raíz de su pelo—. Te siento Anne, siento tus nervios a flor de piel, preguntándose cuál será mi siguiente paso. Y me enardece, me enciende de tal manera esta situación.

La muchacha estaba asqueada, aterrorizada e impedida. Quería salir de allí, huir, pero sabía que si se movía sería mucho peor, quizá si solo la poseía como creía iba a hacer, sería mejor suplicio que el cuarto donde varas y látigos descansaban.

—Bebe. Bébetelo de un trago.

La orden fue cubierta *ipso facto*. Se bebió el whisky sin casi respirar y con trémulas manos dejó el vaso sobre la mesa. Edmund hizo lo propio y con las manos ya libres comenzó a acariciar el torso de su mujer desde la espalda. Si pudiese haber tenido acceso al semblante de esta, habría visto el asco que le causaba su tacto y leído el miedo en sus ojos.

Tenía ganas de vomitar, su contacto le causaba náuseas y aun así era preferible. Desde luego no se iba a quejar.

—Jane se ha marchado y puede que me alegre. La verdad es que te he tenido bastante abandonada, no he cumplido como esposo, aunque soy consciente de que crees no desear mi compañía, al igual que sé que algún día aceptarás cuánto te gustan mis juegos.

Paseó las manos por sus pechos unos segundos y luego las retiró para comenzar a subir las faldas de Anne con tranquilidad mientras temblaba de pies a cabeza. Siempre pegado, siempre dejando un espacio casi nulo entre ellos.

»Solo una cosa es cierta: has hecho uso de tu título, la situación que nuestro matrimonio te ha regalado, pero todavía no veo claro que sea la forma más adecuada. Puede que necesites un poco de disciplina. Sí, seguramente así comprendas, consigas la iluminación necesaria que te haga entender con quién sí y con quién no, y, sobre todo, que no metas a los sirvientes entre la señorita Jane, tú y yo. —Al llegar casi arriba, impaciente bajó sus pantaloncitos hasta los tobillo, luego metió una de sus manos entre los muslos femeninos y palpó bien la zona de su centro. Con las mismas se llevó la mano a su nariz y aspiró profundamente su olor—. Quizá así entiendas que cualquier asunto concerniente a ella debes tratarlo conmigo y solo conmigo —añadió con voz penetrante, vibrante, de nuevo sobre su oído.

»Posiblemente, pienses que soy duro, pero conozco muy bien que esta es la única forma en la que el aprendizaje es efectivo —añadió antes de que Anne lo interrumpiera entre súplicas.

—Yo, por favor, no volverá a pasar. Lo prometo. La próxima vez acudiré a su buen juicio.

—Y sé que lo harás —dijo acariciando suavemente su trasero expuesto—. Porque la disciplina te ayudará —concluyó, depositando por último un suave y frío beso en su cuello.

Edmund se apartó de su lado, las manos alejadas del cuerpo tembloroso de su esposa quien escuchó cómo abría y cerraba un cajón de a saber dónde. Su aterrorizada curiosidad hizo que viese lo que había cogido: una especie de cinturón de cuero, bastante similar sino igual a un trozo de las riendas de un caballo. Sus ojos se abrieron como platos, todavía con las faldas levantadas queriendo moverse, aunque incapaz. El miedo la tenía anclada al suelo. Quería gritarle, suplicarle, arrodillarse, pero el carácter de su esposo era tan volátil que no sabía cuál de las acciones podían molestarlo más.

—Tranquila. Lo mejor es que te relajes y comiences a disfrutar de este nuevo mundo. No querrás que la cosa pase a mayores, ¿verdad? Ya te lo dije, una vez te entregues, una vez te abras a él, todo serán placeres. Pero hasta ese momento tendremos que trabajar tus actitudes. —Aspiró fuerte por la nariz y dejó salir el aire. La visión del trasero de su esposa esperando la rendición del cuero sobre su piel lo hacían elevarse hasta palpar la divinidad. Notó la forma en que la dureza crecía dentro de su pantalón.

»Ahora, apoya las palmas de las manos sobre la mesa.

—Por favor, Edmund, por favor, lo prometo. Te juro que no volverá a ocurrir —dijo con la voz quebrada casi en llanto a la vez que hacía lo que le había ordenado. Incapaz de desobedecer, aún a sabiendas de lo que se le venía encima.

De Featherstone se acercó a ella rápidamente y con suma delicadeza pasó la yema de sus dedos

por la mejilla de Anne quien se encontraba encogida, tensa como una cuerda a punto de romperse.

—Estoy seguro de eso. —Dejó correr un largo segundo—. Querida, cuanto antes empecemos antes terminaremos. Te aseguro que no será tan malo si tu entrega es completa.

»Haz lo que te digo y en un abrir y cerrar de ojos, con más placer que disgusto, habrá finalizado. —Volvió a alejarse—. Apoya las palmas. Inclínate levemente. Así, muy bien. Y cuenta cada beso que la cinta dé a tu piel.

Cuatro besos cayeron sobre su dermis después de haber hecho crujir el cuero entre sus manos. Cuatro contó. Cuatro picaron y mordieron, haciendo que su piel se abultara. Por suerte no sangraron, para eso ya estaba su alma, abierta en canal, expuesta, humillada.

Y no, no la poseyó. Cuando terminó, ordenó que se marchara con una dulzura jamás antes conocida. Fue él el que le puso bien los pantaloncitos, con cuidado de que el tejido no rozara su piel al subirlo. Él fue quien colocó bien sus faldas y el que le sonrió al levantarse. El que le dio las gracias por el placer concedido mientras depositaba un beso sobre su sudorosa frente. Él quien enjugó sus lágrimas a pesar de que él mismo las había provocado, las hizo brotar mientras ella reprimía insultos, gritos y protestas en cada número vociferado. Ella quien contó cada mordedura. Quien, a pesar de todo, mantuvo la cabeza alta. Sabía, sabía que podía haber sido mucho peor, que se había contenido y que, por loco que parezca, le debía estar agradecida por no haber llegado a más.

Salió de la habitación erguida, ni una sola palabra salió de su boca. Esta era la vida que le había tocado y era necesario hacer revisión de inventario para tratar de buscar una salida que no la hiciera hundirse en ese pozo que cada vez estaba más abierto a su pies.

Edmund quedó solo, mirando la puerta abierta y vacía, escuchando los pasos seguros de su esposa al alejarse y su corazón se contrajo, por un breve segundo, incluso menos que eso, sintió un pellizco de culpa. Contempló las yemas de sus dedos, allí donde habían descansado las lágrimas de ella y sintió la necesidad de sentarse. Miró hacia el frente para encontrar las huellas de las manos que enturbiaban el brillo del ébano de la mesa. Apartó la vista, aquella imagen le quemaba, ardía en sus retinas, ¿dolía?

Con las mismas se levantó, devolvió la cinta de cuero al cajón y salió de la habitación en busca de la serenidad del piano, asustado por el cariz que habían tomado sus ¿pensamientos o sentimientos? No lo sabía, tan solo que le hacían estar incómodo y eso, amigos, no lo podía permitir.

* * *

Con el paso de los días el malestar de su trasero se fue difuminando; por suerte, no había sido algo semejante a lo vivido en la tan temida habitación oscura.

Desde entonces gozaba del mutismo de aquella ramera. Ni siquiera su marido le había vuelto a pedir explicaciones por su crueldad con Jane, supuso que hasta él mismo, en su depravación, llegaba a entender su proceder.

Tampoco había visto a sus padres; y tampoco lo deseaba. Y a pesar de no tener ganas ni de vivir, sí que les había mandado una carta relatándoles la maravillosa dicha que sentía por su nueva posición, con su magnífico y comprensivo marido. Escribió sobre su mejoría, aunque todavía no podía recibir visitas y bla, bla, bla. Todo calumnias, por supuesto. En alguna ocasión había tenido el impulso de tomar pluma y papel y echarles en cara que la obligaron a casarse por aquello, por... En fin, su cabeza siempre volvía a ese pasado que tanto daño le hacía, por su culpa, por sus temores, por haberla usado como lo hicieron. Dios, qué sería de... Luego, recordaba lo enfermo que aún estaba su padre y lo dejaba correr. Aunque su corazón se desangrara, aunque ya estuviese resquebrajado se refrenaba.

Los sirvientes eran amables con ella, ni que decir tiene que Anne los trataba con respeto, tal y como había visto hacer a sus padres desde la niñez. Sin embargo, todo cambiaba cuando sir Edmund estaba presente o rondando por la casa. En aquel momento todo se volvía denso, una tensión nada agradable se palpaba en el ambiente, como cuando la humedad en el aire es tan espesa que toma cuerpo y se hace pesada en los pulmones, gruesa en los orificios de la nariz, los cuales luchan por tomar un aire más ligero, cuando es imposible apartar esas casi inexistentes partículas de agua que se juntan al entrar en contacto con el calor que desprende la piel. Los criados marchaban diligentes aunque taciturnos, expectantes ante la posibilidad de cualquier petición por parte de su amo. No obstante, lady De Featherstone no cambiaba su actitud, cierto era que, como si una infección contagiosa se apoderara de la casa, se sentía pesada, también expectante y poco habladora, pero su actitud para con los sirvientes siempre era educada. Edmund, por su parte, no es que tratara mal a los criados, también era educado, en todo caso correcto, sus maneras eran formales, aunque recias; por supuesto, nadie daba pie a despertar a la bestia. Era evidente que temían ese lado oscuro de sir Edmund De Featherstone. Nadie quería estar en el centro de su diana.

Y Anne tenía que continuar con la vida, su mayor deseo era lograr no ver a su marido. Los momentos más tormentosos eran las comidas, sus continuas exposiciones. No soportaba su voz, su presencia, pero sabía que tenía que ser así. Si se encerraba en su habitación él ordenaría ir a buscarla y la obligaría a estar a su lado con las marcas de nuevas lecciones adornando su piel. ¡Y, por dios, que no quería pasar por aquello ni una vez más! Debía ser dócil, amable dentro de lo que se esperaba de ella, a pesar de saber que le costaba disimular, pensaba que el tiempo le daría la paciencia, el arte de ser quien no era para sobrevivir.

Sobrevivir, qué palabra tan rápida de decir y cuánta amargura guarda dentro.

Con suerte, el tiempo la transformaría, teniendo que enterrar a aquella muchacha alegre que adoraba pasear a solas por el campo.

Aquella mañana, el señor de la casa recibió la tarjeta de visita de sus tíos, los baronets, junto a una breve carta:

Mi querido Edmund:

Espero que esta misiva te encuentre en perfecto estado de salud y que lady Anne se haya adaptado a su nueva y maravillosa vida con alegría.

Como sabes, después de la boda, el baronet tuvo que partir a solventar unas diligencias por la zona de Bolton. Algo relativo a la necesidad de hombres para la contienda declarada tan solo unas semanas atrás por nuestro gran país junto a sus aliados en coalición: Suecia, Rusia, Nápoles y Sicilia. Ya tendréis tiempo de hablar de ello cuando vayamos de visita dentro de una semana.

Espero que contéis con el tiempo suficiente para los preparativos.

Nos hospedaremos allí durante una semana. Estamos deseando veros y poder así compartir largas veladas, lo que deseo con todo corazón para poder conocer más profundamente a mi sobrina.

Podría extenderme más en esta misiva, pero prefiero hablar con vosotros tête a tête.

Un fuerte abrazo,
Lady Susan De Featherstone.

Edmund dejó la correspondencia sobre la mesa y cogió la taza de café humeante del desayuno. Con tranquilidad tomó un sorbo y miró a su esposa sentada a su derecha.

—Los baronets vienen de visita dentro de una semana y se hospedarán al menos otra más —dijo pensativo. Luego se recompuso—. Bien, querida, es mejor que empieces cuanto antes con los preparativos —dejó la taza sobre el platillo—. Debes dar la orden de adecentar y limpiar a fondo los dormitorios del ala sur, que son los más frescos; este calor es insoportable y mi tío sufre de achaques de pecho. Debes ordenar a la señora Mildred que informe a la señora Patience de la buena nueva, para que disponga de los mejores productos y cuente con el tiempo necesario para hacer un menú a la altura de mis tíos. Sir John De Featherstone adora el faisán, el pato, todas las aves en general; mientras que a lady Susan le entusiasman los postres jugosos hechos a base de frutas de temporada —se quedó pensativo una vez más.

»No hay mal que por bien no venga, ¿recuerdas aquella vez que tuve que ir a buscar a mis caballos porque los habían desviado para acudir a filas? —Anne asintió levemente, más centrada en obligarse a comer que otra cosa, aunque Edmund no se dio cuenta y continuó hablando en tanto ojeaba el periódico por encima—. Aquel suceso me hizo pensar que sería ventajoso contar con no pocos caballos de batalla, por lo que comencé a comprar y contamos con un gran número con los que negociar. Apostaría que con los mejores. —Dio un nuevo sorbo a su bebida sin ser consciente de que cada movimiento que hacía ponía en alerta a su esposa, aterrada por si se le ocurría aleccionarla por no comer o, simplemente, no tener la servilleta sobre las rodillas—. Además, en aquella ocasión conseguí importantes contactos. Estoy seguro de que responderán rápido a mi llamada. Esos odiosos franceses pronto verán cuál es el verdadero poder de los británicos. Esta vez no podrán derrotar a nuestros dragones. —Chasqueó la lengua, gesto que hizo dar un respingo a la asustada muchacha; dejó definitivamente el periódico a un lado y se echó hacia delante.

»Si como dicen vienen dentro de siete días, será mejor que parta a resolver unos asuntos referentes a la mina. Debo acercarme al barracón de los hombres; al parecer hay algún que otro conflicto entre unos pocos que pretenden sublevarse. Dicen no sentirse a gusto. El señor Henderson, el capataz, está al límite de su paciencia. Así que me veo obligado a ir a recordarles quién es el que paga su trabajo —volvió en sí de sus divagaciones y miró a su mujer.

»Perdóname, querida, he pensado en voz alta. Será mejor que resuelva este asunto cuanto antes y que tú te pongas con los preparativos —dijo apretándole su agitada mano. El terror en la cara de Anne fue palpable, tanto así que Edmund lo sintió sobre su piel como un latigazo.

Latigazo.

Algo se estaba acumulando en su estómago, en su pecho; algo había que deseaba ser liberado. Una dura roca de dimensiones considerables se había aposentado en su espalda, y lo estaba aplastando sin escrúpulos. ¿Culpabilidad?

Nunca antes había sentido algo semejante, pero fuera lo que fuere estaba hostigándolo. Lo único que sabía es que se revolvía dentro de él cuando Anne contraía su rostro, cuando lo miraba con miedo o bajaba su cabeza por el mismo motivo. Cuando veía sus manos temblar o su cuerpo saltar ante sus movimientos.

No le soltó la mano. Al contrario, la apretó un poco en un gesto de consuelo.

—Yo, lo siento... —Tragó de manera perceptible—. Lo que hice... Yo...

Incapaz de pronunciar una sola palabra más se levantó de la mesa instando a Anne a hacer lo mismo y tras besar la mano de su esposa se fue con el ceño fruncido, dando instrucciones a algún sirviente sobre su partida y la necesidad de ver a su ayudante de cámara mientras el mozo de cuadra ensillaba su caballo.

Después de vestirse con un atuendo más apropiado, Edmund dejó The Silver Horse House con una sensación rara. De un tiempo a esa parte ese sentimiento era casi constante. No entendía por qué compartía con Anne sus decisiones, aquello que lo inquietaba. Se había descubierto mucho más hablador que de costumbre. Él era un hombre de pocas palabras. Solía guardar para sí aquello que lo inquietaba. Los planes de futuro. Lo relativo a sus negocios. Y de un tiempo a esa parte, desde que Anne había entrado a vivir bajo su mismo techo, más específicamente desde que había salido de la habitación del placer y luego la había aleccionado en el estudio, donde él-él... Él le había hecho aquellas cosas, que en ocasiones al recordarlo le resultaba repulsivo, por lo que trataba por todos los medios a su alcance no volver a rememorar; pues, que desde que Anne compartía su misma mesa se sentía más relajado, como si encontrara en ella a una magnífica oyente, una confidente con la que compartir todas esas cuestiones. Alguien inteligente que entendía su posición con respecto a esos temas. Ella, su sola presencia, había hecho querer tener metas. Conseguir realizar proyectos por los que Anne llegara a estar orgullosa de él.

Siempre había pensado que las mujeres debían dedicarse a las tareas del hogar y no tenían necesidad de ir estorbando a los hombres con preguntas innecesarias. Sin embargo, él mismo era el que hablaba, el que la hacía partícipe de esos hechos, aunque la realidad era que ella nunca le contestaba; una parte suya había comenzado a pensar que era natural que no hablase, sobre todo al recordar las marcas de su cuerpo. Solo cuando se paraba a analizarlo era cuando se daba cuenta de lo extraño en sí mismo. Sin saberlo, Anne lo estaba cambiando. ¿Moldeando quizá? Con aquellos ojos verdes de una intensidad inusitada, especial solo en su persona porque eran de ella. ¿Cómo había podido hacerle *aquello*? El mozo de cuadra pululaba a su alrededor. Por suerte no pronunciaba palabra. Era un muchacho eficiente, joven, pero con gran experiencia, se notaba que se había criado entre caballos.

Dio la orden de que le preparasen a Ambassador. No solía montarlo para cabalgar por el campo, era un caballo de carreras, mimado hasta la extenuación, él mismo se llevaría las manos a la cabeza si se enterara de que un colega había hecho semejante locura, pero sentía la imponente necesidad de correr, de volar por el bosque. De dejar atrás aquellos sentimientos que tanto lo desbarataban. No se reconocía y no sabía si podía llegar a ser para bien o para mal. Pero solo pensar que pudiera volver a tocar un solo pelo de la muchacha, de su esposa.

El sentimiento de que lo que había hecho era arte sobre su piel. Ese mismo que lo había acompañado desde que había sido introducido en ese mundo solo abierto a unos pocos escogidos, escoció en sus poros. Comenzó a sentir un cosquilleo en la yema de los dedos. Por su superficie sentía la necesidad de dejar caer la palma sobre la piel suave y femenina de cualquier mujer, pero, y ahí estaba lo chocante, esa piel ya no pertenecía a su esposa. No era sobre ella sobre quien deseaba plasmar su arte. Y eso, eso lo atormentaba y empujaba con más brío la necesidad de enfrentarse, de aclarar por qué, con quién. Intentar dar forma, nombre y sobre todo aceptación.

Con Jane era tan distinto. No quería desprenderse de ella, aunque, para ser sincero, sus encuentros íntimos habían disminuido considerablemente, cosa que aturdía bastante a Jane, quien alegaba que ya no sentía lo mismo por ella. Y pudiera ser que tuviese algo de razón, se sentía feliz por tener que despacharla durante la visita de sus tíos. Obvio que no podía volver a visitarlo hasta que se fueran. Se lo diría aquella misma tarde, así gozaría de unos días a solas con su esposa.

Se aturdió ante este descubrimiento.

No obstante, en esta ocasión, no reprimió estas nuevas sensaciones, las dejó libres para conocer qué era aquello que de verdad deseaba; qué era aquello que tanto lo estaba atormentando al poner su vida del revés. Cuáles eran sus verdaderos pensamientos y sentimientos hacia su esposa. Su prioridad era reconocer lo que sentía y llevar a cabo sus siguientes decisiones. Y qué mejor que ese paseo en donde ni siquiera lo acompañaría Mauricie, que, aunque por una parte quizá le fuera necesario, por otra se sentía aliviado.

Montó en su caballo y salió al trote, acariciando el cuello y la crin de aquella maravillosa bestia. Sentía su musculatura bajo las piernas, el poder que emanaba de cada movimiento, su seguridad. La misma de la que Edmund carecía en aquel instante. Era raro desear quedar a solas con Anne. Ya había vivido con ella durante las semanas que pasó en The Oak Cottage, pero ahora; ahora todo se había transformado. Deseaba saber qué pensaba, que hiciera todo lo contrario de lo que le había pedido. Que volviese a ser aquella muchacha salvaje; no, ya no quería domesticarla.

Aquella nueva revelación lo instó a pedir más del caballo. ¿Cómo en nombre del demonio, habiéndola aleccionado pocos días atrás, podía llegar a cambiar tanto?

Necesitaba conocer a la verdadera mujer, solo esperaba no haberla roto todavía. Cierto que, en ocasiones, a pesar de su esfuerzo, había sentido que Anne reprimía sus ganas de responder. Se mostraba dócil, pero en realidad solo era porque tenía miedo. Miedo a las reacciones de su marido. De él mismo. ¿Cómo podía estar pasando aquello?

La había observado. Andaba por la casa y, aunque su halo era de una suma tristeza y añoranza, por allí por donde pasaba dejaba colores suspendidos en el aire. Su olor característico. En más de una ocasión se había sorprendido vigilándola. Escasas habían sido las veces y ninguna por y para él, pero cuando la había visto sonreír algo había saltado en su pecho. Otras había admirado la manera en que se entretenía arreglando las flores de un jarrón mientras el sol cincelaba su perfil. Y luego estaban esas, esas en las que sentado cerca de ella la escuchaba tocar el piano y absorto en el momento celestial se dejaba llevar por sus gestos apasionados, por la curvatura de su nuca y el movimiento ágil de sus dedos.

Y luego venía el asombro de que a pesar de haber tenido muy claro lo que esperaba de su mujer, alguien hecha para él, sumisa a sus deseos y decisiones, debía recordar que un par de días atrás se había sorprendido a sí mismo fisgoneando entre los cosméticos de lady De Featherstone para saber qué perfume usaba y así encargar a un amigo suyo que se lo trajera con el contrabando. Daba igual que fuese francés. Poco importaba, porque lo único que deseaba es poder verla vestida tan solo con las gotas de ese perfume y yacer con ella. Poder rozar su piel con delicadeza. Probar sus juveniles labios carnosos. Acariciar su largo cabello con la yema de sus dedos y, para finalizar, introducirse en ella, lentamente. Con cariño y parsimonia. Con temple. Grabando en su memoria aquellos nuevos recuerdos que le harían olvidar esos otros que tanto lo martirizaban. Moverse con el vaivén de sus caderas, perdiéndose en cada suave embestida. Quería, era imperante, escuchar sus jadeos placenteros. Conseguir llegar al éxtasis junto a su esposa para luego dormir abrazados. Unidos. Nada de las colas del látigo cortando el aire. Nada de gritos de dolor y jadeos llenos de exceso de saliva aterrorizada. Nada de golpes en la suave y tersa piel. Nada de palabras hirientes que dolían más que la colisión de sus nudillos. Solo caricias, palabras ardorosas y candorosas. Y besos, besos por todo su cuerpo, idolatrando el trozo de carne que adoraría en ese momento.

La había poseído antes. Ahora deseaba complacerla.

Lograr borrar de su mente cuanto le había hecho.

Jamás podría ella entender cuánto le habían dolido el asomo de esas lágrimas al decirle pocos minutos atrás que lo sentía, al reconocer que lo que le había hecho no estaba bien. No había podido añadir nada más porque esas lágrimas habían dicho más que las palabras, estaba rota y no podía soportar que fuera por su culpa.

Por fin lo había hecho. Por fin, había reunido el coraje suficiente para enfrentarse a sus sentimientos, pero nada de eso podía suceder, extraño sería que Anne estuviese predispuesta. No después de cómo comenzó su vida juntos.

Maldito. Maldito su deseo, su perversidad que tanto gozaba con otras. Maldita esa necesidad con la que había nacido. Maldito ese cambio inesperado que tanto lo desestabilizaba. Ni siquiera se había dado cuenta de cuándo había ocurrido. Solo sabía que estaba ahí. Pulsando en su interior. Logrando que sintiera asco de sí mismo al pensar hacerlo con ella.

Espoleó más al caballo. Lo castigó con la fusta pidiéndole más. Jamás habría pensado que llegaría a fustigar al animal, a su Ambassador, de esa manera. Pero necesitaba correr, correr como el viento y dejar atrás todo lo que lo atormentaba, por el momento. Si no ponía fin a todo

aquello pronto, sabía que parte de él se perdería y no percibía muy bien si quería o no. Tan solo que Anne lo hacía ser blando, más consciente de sí mismo como humano, con la imperiosa necesidad de descubrir qué podían llegar a hacer los dos juntos, con la necesidad de redimirse y volver a la senda de la luz. Mientras Jane lo mantenía feroz, como un animal libre, sin freno, perdido en la oscuridad que lo hacía sentirse poderoso. Sin metas que le hicieran alcanzar la plenitud de su alma.

Capítulo 7

Cerca de tres meses habían pasado desde aquella noche maldita y su consecutiva amonestación. Y, aunque pensaba que no le apetecía, por fin podía volver a ver a sus padres.

Ya habían pasado varias jornadas desde su último encuentro truculento, pero desde entonces su esposo no había vuelto a abordarla más allá de hablarle sin parar. Estaba diferente, raro. En alguna ocasión lo había descubierto mirándola, a veces con intensidad, otras con el ceño fruncido. Y, aunque continuaba sin querer saber nada de él a la vez que no podía dejar de temblar en su presencia, esas miradas y ese proceder llamaron su atención; sobre todo esos besos de pasada, por lo general antes de marcharse a resolver sus asuntos y que a ella en la misma medida sorprendían e incomodaban por lo absurdo de la situación. Y sí, en alguna ocasión había pensado en lo que le dijo: «Yo, lo siento... Lo que hice... Yo... », esa especie de disculpa en busca de un perdón que se quedó suspendido en el aire. ¿Debía dar crédito a esa petición muda de absolución?

Sir De Featherstone no había vuelto a hacer referencia a eso; sin embargo, el modo de comportarse podía considerarse respetuoso, un acercamiento a Anne que ella no acababa de compren der y que la hacía tener dudas sobre todo en general. ¿Y no era ese comportamiento mejor que sus lecciones dementes?

Pensaba que nunca podría terminar de conocerlo, con esos altibajos, con esos cambios de humor. ¿Podría algún día llegar a confiar en él?

Y para colmo de asombro, al regresar Edmund de la mina, el día anterior, le había comunicado que mandara recado con algún criado, pues Frederick y Constance, estaban invitados a cenar el día de la llegada de los baronets. Estaba pletórica, llena de energía. Se había metido en las cocinas a preparar el menú con la señora Patience a pesar de la objeción de la señora Mildred, el ama de llaves, quien se ofuscó mucho al imaginar a lady De Featherstone manchada de manteca y gravy y oliendo a especies y humo de los fogones.

Por fortuna, siendo como era la señora de la casa, poco más pudo objetar y, para su asombro, ni siquiera Edmund hizo comentario alguno. Además, al verla con el rostro lleno de harina y amasando lo que llegaría a ser un delicioso pastel frío de carne, se echó a reír, marchando alegremente a las cuadras después de limpiar su mejilla enharinada. Desde allí, como había ido a comentar a su esposa cuando la sorprendió en esa situación en la cocina, iba a echar un vistazo a los caballos de batalla que pastaban libres por la propiedad, para comenzar con los documentos necesarios para su pronta y segura venta.

Fue bastante sorprendente este hecho. En realidad, ambas situaciones. Por un lado, el que fuese a comunicarle a las cocinas su acción a seguir. Y por otro, jamás habría pensado que Edmund no le prohibiera dedicarse a esas labores, totalmente impensables como ocio para la señora de la

casa. Es más, la decisión de Anne de entretenerse con los fogones había nacido de una reacción pasional, en ningún momento había pensado en lo que diría Edmund y en su posibles consecuencias negativas; estaba tan pletórica por la visita de sus padres que no había caído en la cuenta de lo que objetaría su marido. Y, sin embargo, así había sido.

Al principio se había sorprendido, eso había sido obvio. Al verla allí, como una sirvienta más, había sentido la necesidad de desproveerla del delantal, y alejarla de aquella estancia llena de mugre, expulsando luego a los criados por permitir semejante atrocidad. Pero cuando vio su boca sonriente, la alegría que emanaba de sus ojos, incluso cuando lo había mirado a él, todo aquello se desvaneció, dando paso a la ternura, a la alegría por la felicidad ajena, a la dicha por tener una mujer que seguía siendo igual de señora aún con sus manos manchadas de grasa. Aquella sonrisa sería la que abriera, definitivamente, la caja de sentimientos de sir De Featherstone.

Luego Anne llegaría a sorprenderse de que el miedo que normalmente sentía al estar en presencia de su esposo, en aquella ocasión no había asomado su pegajosa nariz y había actuado con toda naturalidad. Como antaño, cuando aún corría libre por el bosque y se metía en más de un lío por su inquietud. Lo que la hacía estremecerse, pues no sabía si todo aquello llegaría a pasarle factura en uno de esos días en que el señor de la casa no era tan complaciente. Quizá debía dar gracias a ese constante espíritu de superación ante los obstáculos.

El día pasó rápido. Inaudito fue no recibir la desagradable visita de la señorita Jane. Cierto era que días atrás la había visto llegar. Pero su entrevista no duró más de diez minutos. Desde su sala de reposo, con las labores de bordado sobre su regazo, pudo ver cómo entró a las cuadras feliz y cómo salió hecha una furia, montó en su caballo y se fue por donde había venido. Pelea de enamorados, se dijo. Y rio amargamente al volver a tener conciencia de su propia desdicha. Todo el júbilo que durante el día la había acompañado se esfumó de repente. De regreso estaban la angustia, la tristeza, la añoranza.

Mandó a preparar su baño. Necesitaba sentir el calor del agua llegar a cada recoveco de su cuerpo; el aroma del jabón de canela que por sorpresa había aparecido entre sus cosméticos; la luz de las velas impactando sobre los objetos mientras proyectaban sombras en los rincones de la habitación. Le era necesario sumergirse en la tina, olvidar dónde estaba, dejar que su mente cabalgara a momentos pasados llenos de alegría e inocencia.

Sir Edmund estaba abajo, haciendo tiempo para el momento de la cena, entretenido en los formularios que debía acabar pronto.

—¿Dónde está lady De Featherstone? —preguntó a la señora Mildred, quien pasaba por allí todavía dando instrucciones a los lacayos y criadas para las tareas del día siguiente.

—Está tomando un baño en sus aposentos, sir De Featherstone.

—Puede retirarse, gracias.

El ama de llaves hizo una reverencia y se fue.

De nuevo Edmund sintió aquel peso en el pecho. Su rostro manchado de harina volvió a ocupar parte de su visión lejana.

—¿Qué estás haciendo conmigo, lady Anne? —dijo cerrando los ojos y presionando con dos dedos el puente de su nariz.

Y no era solo su cuerpo y su rostro los que lo tenían extrañamente cautivo, también la forma de llevar su hogar. No le había pasado inadvertido la manera en que los sirvientes se habían volcado con ella. En pocos días la amaban, sabía que la veneraban más que a él, porque su fidelidad nacía del cariño y del respeto, mientras que con él nacía del respetuoso miedo y de aquello que muchos le debían por haberlos sacado de más de un apuro.

A pesar de lo que le había advertido en un primer momento, Anne estaba muy lejos de dejar de involucrarse en cuestiones del hogar. Llevaba a la señora Mildred de cabeza, en alguna ocasión la había escuchado farfullar cosas como «mi lady no debía molestarse en esta o aquella discusión o materia», lo que conllevaba como respuesta un dulce «soy la señora de la casa y yo decido qué es aquello que me puede interesar o no. Mi querida señora Mildred, no me haga una inútil y trabajemos juntas. El trabajo compartido siempre es más liviano». Con el paso de los días observó cómo el ama de llaves se iba ablandando poco a poco y a pesar de que aún se quejaba, al girar siempre nacía una sonrisa en su boca, delatora del cariño que le estaba tomando a la muchacha. Y era cierto, hasta él mismo había notado una clara diferencia, como si el peso que solía llevar sobre los hombros fuese más ligero desde que su esposa había sujetado las riendas de su hogar.

Guardó los documentos en el cajón y devolvió la pluma a su lugar, después de limpiarla en el papel secante. Luego se dirigió a la escalera y, tras vacilar un segundo, subió. Sus pies lo condujeron hasta su dormitorio. Allí se quedó frente a la puerta que comunicaba su habitación con los aposentos de su esposa. Agarró con firmeza el pomo para abrir la puerta, pero su acción quedó suspendida. Dejó caer su cabeza hacia atrás y cerró los ojos abatido. No había vuelto a yacer con ella desde-desde... bah. Ni siquiera la había vuelto a ver desnuda o insinuado algo más que diera a entender que le urgía llevar a buen término su necesidad.

En efecto, desde el principio de su matrimonio había compartido cama con Jane. Pero jamás, en todo el tiempo que llevaban juntos, se había colado entre ellos ella. Al principio lo sintió como un ente maligno que venía a torturarlo por lo que le había hecho, pero luego, pasados los días, el deseo de que fuese Anne y no Jane de quien recibía placer y a quien sobre todas las cosas se lo diera fue aumentando. Y no, repitió, para nada se veía a sí mismo realizando las acciones que funcionaban con Jane, no. Esta vez le daba vida de una manera muy diferente, donde las caricias, las risas confidentes, los jadeos y la culminación de ambos no dejarían marcas en el cuerpo de nadie, tan solo aquellas que se borra rían después de unos segundos, compuestas del sendero que sus húmedos besos dejarían a su paso.

Se imaginó entrando en el dormitorio, de seguro su mujer estaría aún sumergida en el agua. En el ambiente habría un olor mezcla de la cera de las velas y el aroma a canela, pues él mismo hizo buscar ese jabón, y él mismo también el que lo colocó entre los efectos de baño de Anne. Se imaginó a sí mismo llegando hasta la bañera, donde su visión tendría el regalo del cuerpo desnudo de su mujer, quien lo miraría con cariño y deseo.

De los filos de la tina colgarían telas de lino; su pelo estaría recogido en un moño desenfadado. Tomaría un pequeño paño del mismo tejido y, después de remojarlo y untarlo con el jabón, se entretendría frotando el cuello de la muchacha; luego continuaría hasta sus senos, momento en el

que Anne le regalaría algún gemido placentero. Así, alargaría su descenso, marcando un camino desde el esternón hasta su ombligo y desde allí hasta su centro. Pero no sería aquel su puerto, pues deseoso de abarcar toda su figura proseguiría con suavidad por la tersura de sus piernas hasta llegar a sus pies, donde lavaría cada dedo con verdadera devoción y depositaría un beso en cada falange.

Jadeó ante la dureza de su erección. Los testículos le dolían.

La cuestión era que podía hacer todas esas cosas. Entrar y poseerla con pleno derecho. Pero desconocía cómo llevarlo a cabo sin obtener una negativa, su rechazo sería demasiado duro, aunque merecido.

¿Desde cuándo esa debilidad? Él era sir Edmund De Featherstone, ¡por el amor de Dios!, un ser implacable e imparable. Un hombre que no se doblegaba ante nada ni nadie y menos ante una mujer. Un varón que siempre, siempre dominaba la situación. Su cobijo era controlar todo cuanto acontecía a su alrededor, su mundo anidaba en la distancia para con todos, su frialdad lo mantenía firme ante los acontecimientos. Nunca mostraba sus escasos sentimientos. Llenaba su morral de cada sensación y emoción que pudiera hacerle flaquear, impidiendo que cualquiera de ellos lo hicieran mostrarse débil. Luego la vaciaba en sus encuentros clandestinos como boxeador, con alguna fulana o con Jane; o como aquella noche con Anne.

Soltó el pomo y apoyó su espalda en la puerta. Trató de dominarse, luchó por hacer que su respiración jadeante volviera a la normalidad. Poco a poco lo fue consiguiendo y poco a poco, a su vez, los sonidos al otro lado de la puerta iban llegando con más nitidez, sin poder evitar evocar las imágenes que quizá pertenecieran a esos rumores.

Por consiguiente, el ruido de una puerta lejana y unos livianos pasos lo introdujeron en la escena.

El agua se había movido tímida; posiblemente, su esposa estaría frotando pudiera ser la piel de su brazo.

—Lady Anne, el agua se está enfriando —dijo Alice con delicadeza. Esa había sido la puerta que se había escuchado. Anne, por raro que pareciera, se había estado bañando sin ayuda.

—Lo sé. Pero me agrada su tibieza.

De nuevo, el contenido de la tina se agitó, esta vez quizá enjuagara su pierna.

—Debe pensar en salir, todavía tengo que ayudarla a vestirse. La señora Patience me ha comunicado que falta poco para la cena. Los lacayos ya han arreglado la mesa.

—¿Ya? ¿No sería posible cenar en mi habitación? —rogó Anne.

—Lo dudo, mi lady. No creo que a mi señor le agradara comer solo. Es preciso que lo acompañe.

—¿Y no podría decir que estoy indispuesta? —dijo apesadumbrada.

—Perdone mi impertinencia, lady Anne, pero le ruego que no me pida esas cosas.

—Lo siento —suspiró—. Tiene razón, señorita Alice. Jamás la empujaría a hacer algo que la perjudicara.

Por último, un ruido más potente le hacía saber que su señora había salido de la bañera. La voz de Alice apremiándola a acercarse a la chimenea confirmó su suposición.

Ahora la estaría cubriendo con un gran paño de lino que taparía todo su esplendor. Pero no quería cenar con él. No hacía falta ser muy avispado para deducirlo de su escueta conversación con la criada.

Maldijo para sí y huyó escaleras abajo para salir a respirar un poco de aire fresco.

Llegó abajo y al salir contempló la magnífica noche que hacía a pesar de rondar mediados de septiembre, un mes que ya había traído algo de frío. La luna brillaba, como si después de haber hecho un pacto diabólico hubiese recobrado el brío de la juventud. De entre los ramajes no se percibía ni la más mínima brisa nocturna. Los grillos, delatores de la calidez que envolvía el aire, cantaban risueños en busca de la compañera perfecta que habría de acercárseles para su apareo. Las ranas también entonaban sus poemas y las estrellas eran claras y luminosas en el firmamento.

Una fuerza misteriosa lo armó de valor. Algo en su interior se quebró definitivamente y le descubrió que no, no quería ignorar lo que sentía y que sí, sí haría lo posible por ganarse a Anne. Conseguiría ese trofeo.

Una idea se cruzó en su mente y partió hacia el interior de la casa en busca de la señora Mildred. Cuando Edmund quería algo, siempre lo conseguía y la luna estaba de su lado.

Lady Anne decidió ponerse un vestido liviano de muselina celeste claro. El calor de aquella noche era inaudito y agradable, no necesitaría de guantes o toquilla. Después de recoger su cabello con cintas y florecillas de colores se dispuso a bajar a cenar. La realidad es que no le apetecía lo más mínimo. Pero debía hacerlo, tenía que hacerlo le gustase o no. Aun así decidió no acicalarse demasiado. Él no lo merecía y si había adornado su cabello solo era porque Alice lo hizo sin pedir opinión, aprovechando su abstracción.

Durante el baño había estado pensando en los comentarios que le había hecho Jane y Edmund, cada uno por separado, días atrás. Su facilidad para dejar para una mejor ocasión sus inquietudes la hacían poseer el don de volver a ellas casi cuando quería.

En tal caso, después de pedir a su doncella que la dejara sola, comenzó a entresacar las frases que más necesitaba para componer el puzle que la rodeaba, mientras el calor del agua la iba meciendo. Así, lo primero que entendió fue que Jane hacía años que se veía íntimamente con Edmund. Que Leonard no aprobaba aquella relación por razones obvias y por algo más que concernía solo a él y a su marido, y que supuso algún día llegaría a conocer. Que la señorita Aldridge había flirteado con Humphrey para dar celos a Edmund y para evitar ese matrimonio y que el grupo llegara a descubrir su secreto. Que sir De Featherstone jamás renunciaría a Jane y que se había casado con lady De Featherstone en primera instancia para molestar a su hermano y en segunda, por su dote. Que Humphrey también había descubierto sus encuentros íntimos y que había intentado que todo acabara en buen puerto. Así como que el menor de los sobrinos del baronet la había abandonado puede que empujado por la amenaza que su hermano gemelo le había hecho: aquella que decía ser capaz de matar a Anne si seguía molestándolo y no marchaba de allí pronto.

Lady Anne abrió los ojos de par en par. Esta última revelación causó que se le contrajera el estómago. No, no podía producirse aquella disyuntiva. Imposible. Humphrey se fue. La

abandonó. Se aprovechó de ella, sacó lo que quiso y se marchó. Así de simple. No había nada escondido, nada que la hiciera pensar lo contrario. Los sucesos de aquella horrible noche desde un principio, desde el mismo instante en que estaba siendo partícipe, se mostraban borrosos, irreales, como si ella no hubiese sido una de sus protagonistas. No recordaba ni los gestos, ni las frases hiladas. Solo sabía que él la abandonó después de que Edmund diera a entender que Leonard había descubierto a Humphrey y a Jane en una postura escandalosa, y ante la huida de aquel cobarde que decía amarla por encima de todas las cosas, fue Edmund quien la acogió entre sus brazos para salvaguardarla, para darle cobijo; al menos en aquella ocasión. Jane debía de estar confundida, al menos en lo concerniente al menor de los De Featherstone.

Y aquellas últimas palabras de Humphrey surgieron en su mente evocadas por no sabía qué ser endemoniado: *«Confía en mí. Por siempre, para siempre.»*

De ese modo, ocuparon su visión lejana los recuerdos de sus encuentros clandestinos, sus palabras, sus promesas, los buenos, aunque escasos momentos de felicidad. Se sumergió en ellos y los revivió. Las lágrimas de desconsuelo y apatía rodaron por sus pómulos. Ningún sonido fluía de su llanto. Algunas cosas parecían haberse aclarado; otras, sin embargo, se habían empañado todavía más y aquella confusión seguiría acompañándola.

Alice la sorprendió llorando, pero no hizo ningún comentario al respecto, se limitó a pasar un suave paño por su rostro y continuó como si nada pasara. Era una sirvienta atenta y comprensiva que respetaba los necesitados silencios y tristezas de su señora. En poco tiempo la había conocido tan bien que no era necesario que Anne le pidiera casi nada.

Una vez estuvo vestida decidió abrir el cofre de sus joyas para ponerse unos pendientes de coral azul que completarían su sencillo atuendo. Al tirar Alice de uno de los pequeños cajones, otro se vio arrastrado. La doncella lo empujó, pero se había quedado encajado de tal manera que era imposible. Decidió sacarlo por completo. Ante tal tira y afloja de la criada, Anne se volvió para ver qué sucedía cuando sus ojos se encontraron con el collar que le había regalado Humphrey.

—No lo guarde, Alice. Démelo, por favor.

Lo tomó en sus manos. Reconoció el peso y el tacto de la piedra. Observó el encaje y los adornos dorados que complementaban la joya. Como ya en el pasado, le sucedió un clic inesperado que le hizo entender que el guardapelo se había abierto por la presión de sus dedos en alguna zona del dije, obviamente, el colgante tenía ese defecto. Lo giró, abrió la tapa ceremoniosamente y se descubrió acariciando con la tímida yema de su dedo corazón aquel mechón de pelo que Humphrey le había entregado. Allí seguía, rebelde, rizado, salvaje, hasta insolente, ¿cómo algo tan insignificante podía mostrar mejor el carácter de su dueño? Su boca se mudó a sonrisa. La doncella, demostrando de nuevo su discreción, no hizo comentario alguno, tan solo le preguntó si deseaba ponerse el collar. lady De Featherstone sopesó un segundo su respuesta.

—Sí. Creo que sí. Sí, Alice. Ayúdeme a ponérmelo, por favor.

* * *

Para su sorpresa, el comedor estaba vacío. La mesa no estaba vestida, tal y como la criada le había comunicado. Perpleja, fue conducida hasta un lateral de la casa desde donde se desembocaba al jardín por unas puertas dobles. Allí, rodeada de velas dispersas y plantas aromáticas, se encontraba una mesa maravillosamente engalanada, cubierta por un cenador de forja que curvaba sus tentáculos, formando dibujos llamativos hasta llegar a una cúpula, repleta de ángulos creados con el hierro hasta formar flores de metal imperecederas. La muchacha no pudo evitar evocar una pequeña exclamación de asombro. No se había esperado algo semejante.

—Alice, ¿está segura de que esto no está destinado para la señorita Aldridge? —preguntó insegura.

—No cre...

—No, mi querida esposa —silenció Edmund a la doncella desde las sombras—. Esto es para ti, para nosotros. No debes preocuparte por la señorita Aldridge —expresó, restándole importancia a Jane—. Gracias, señorita Alice, puede retirarse.

»Ah. Por favor, dígale a los lacayos que ya estamos dispuestos.

—Enseguida, sir De Featherstone.

Cuando quedaron a solas se sostuvieron las miradas unos instantes. Anne estaba radiante, más bella que nunca. Obvio era que no se había vestido como otras veces, en esa ocasión se mostraba casi limpia de adornos, exceptuando el collar de su cuello que nunca antes había visto y las cintas y flores de colores de su pelo. Menos era más en Anne, la simpleza material ganaba en riqueza sobre la palidez de su piel y la belleza de su rostro.

También a lady Anne llamó su atención Edmund. Se mostraba algo nervioso, casi tímido, como si temiera meter la pata en cualquier momento. Se había acercado un tanto, alejando su figura de las sombras, iluminadas aquella noche por una luna majestuosa. El ligero temblor de la mano que aguantaba la copa de vino de burdeos delataba sus percepciones. Sus gestos eran cautelosos, aunque sumamente elegantes y educados. Su rostro parecía diferente, quizá esas nuevas sensaciones le aportaban humanidad, bajando al Dios del cielo para humanizarlo en la tierra, lo que le aportaba una belleza varonil exquisita. No obstante, a pesar de lo cauteloso, trataba de que sus movimientos parecieran firmes.

El ambiente era mágico. Los rodeaba una calma inusual para el mes que corría y esa zona de Inglaterra; dada más a cielos encapotados, ligeras lloviznas y frío penetrante.

Mientras venían los lacayos para comenzar con la ceremonia de la cena, Edmund se acercó a la mesa y echó vino en la copa de Anne.

—Creo que no hemos tenido la oportunidad de brindar por nuestro matrimonio bajo el techo de nuestro hogar —entregó la bebida a su esposa. Su gesto se componía en algo así como una sonrisa forzada debido a la expectación—. Hagámoslo ahora. Por nosotros; por ti, mi amada esposa.

Anne reprimió las ganas de contestar, podía repetir tantas frases insidiosas, verbalizadas por su marido, para evitar ese brindis. Podía enumerar tantos hechos que darían al traste con toda aquella parafernalia. Sin embargo, reprimió las ganas, alzó la copa y bebió. Solo esperaba que la

mirada penetrante a la que estaba sometiendo a su esposo fuese suficiente para hacerle entender lo que su boca no expresaba.

Y así fue, Edmund recogió el odio que los ojos de Anne le transferían. Aquella ceja femenina levantada en un arco censurador decía más que cualquier palabra. Pero no diría nada, no esa noche. Tragaría como nunca antes había hecho. No sabía por qué, aunque sí. Ciertamente, sí lo sabía, tragaría por deseo. Porque Anne había conseguido que comenzara a desearla como nunca antes había deseado, al menos él creía que era deseo. Jamás había conocido algo parecido. En realidad nunca se lo había planteado, esos sentimientos estaban fuera de su alcance, pues su vida había girado en torno al logro del éxito, esa había sido su meta; y por ella se había llevado tanto por delante.

Al contrario de lo que pudiera llegar a pensar, el comprensible odio que sentía hacia él era, precisamente, el incentivo que necesitaba para llevar a cabo lo que quería. Y era que su esposa terminara enamorándose de él. Por supuesto, lógicamente, ese hecho era algo inaudito, impensable, después de lo que hizo, pero estaba dispuesto a hacerla olvidar, por eso había decidido empezar de nuevo, cortejarla como es debido, ir moldeándola poco a poco. Satisfacer sus caprichos, colmarla de regalos, convertir su nueva vida en una vida de ensueño. No, no sabía qué había hecho la muchacha con él. Desconocía dónde residía el poder que había conseguido que su mundo se pusiera del revés. Quizá fuera su boca, quizá sus miradas, sus ojos, puede que su melena, o el olor característico que la acompañaba allí por donde pasaba. Pudieran ser sus escuetas palabras, la forma en que trataba a los sirvientes; puede que sus silencios, su mirada nostálgica. O quizá aquello que sabía podía ofrecerle, se había dado cuenta de que juntos podían llegar a ser grandes baronets, rivalizando incluso con sus parientes. Lo intuía, no le había hecho falta escuchar sus argumentos sobre ciertas cuestiones, aquellas que relataba él mismo cuando estaban juntos y que nunca había compartido con nadie, su mirada era suficiente para saber qué le parecía esto o aquello, la forma en que fruncía sus labios, todo delataba si algo le parecía bien o mal. Y él, por raro que pareciera, tomaba en cuenta aquellos gestos como si hubiesen salido por la boca de la mujer como consejos y pensamientos a tener en cuenta.

No, no sabía si era por una, algunas de esas cosas o por todo el conjunto, pero lo había hechizado. De eso estaba seguro. Una vez abierto el cajón de sentimientos ya no deseaba pararlos, todo lo contrario. Necesitaba dejarlos libres y conseguir lo que quería lo antes posible. Nada de rodeos, nada de tiras y aflojas. Su meta era su mujer. Y para tener la posibilidad de llamar su atención debía primero enfrentarse a sus demonios. Aunque todavía no sabía muy bien cómo abordar el asunto. Era indispensable ser cauteloso.

Fue hasta ella y le ofreció el brazo, invitándola a entrelazar el suyo. Escéptica lo tomó, no entraba en sus planes despertar a la bestia. Quería volver a su cama sana y salva y poder ver desde su lecho un nuevo amanecer.

Edmund tomó un sorbo de su copa y la dejó junto a la de Anne, sobre la mesa. Luego miró un momento el rostro de su esposa y sonrió. lady De Featherstone creyó intuir un leve temblor en la comisura de los labios varoniles. Ella misma estaba nerviosa, aunque por muy diferentes

sensaciones. No obstante, se negaba a mostrarlas hacia el exterior. Quería permanecer firme, hermética, inerte, como las estatuas que adornaban el derredor de aquel cenador.

Los lacayos aparecieron portando las viandas bajo cúpulas de plata, pero tras un sencillo gesto del baronet volvieron a entrar en la casa después de una reverencia.

—Ven conmigo, deseo mostrarte algo —dijo con voz ronca, arropando a su vez la mano gélida de Anne que de nuevo descansaba en su brazo.

La condujo hasta una fuente cercana donde el agua rompía tímidamente la paz nocturna. Se trataba de un pequeño estanque presidido en uno de sus bordes por la habitual escultura de corte greco-romano que adornaban las muchas fuentes de personalidades ilustres. La mujer arrodillada, pues de eso se trataba, portaba un cántaro que inclinaba sobre la fuente, derramando así su contenido sobre esta. No era un gran chorro y, sin embargo, su tímida caída hacía que en aquella esplendorosa noche la envolviera un halo de majestuosa intimidad.

—Supongo que habrás leído o escuchado acerca de algunos mitos que rodean a la luna —rompió el silencio y señaló el reflejo de la misma, distorsionado por las ondas de la superficie del manantial—. A mí me fascinan, sobre todo los de la mitología griega.

Anne alzó su mirada hacia el astro. Estaba completa, llena y radiante. Plateada como pocas veces se había visto.

»Varios poetas de la antigüedad cuentan en sus obras mitos acerca de la luna. —Edmund también miraba al cielo, la luz marcaba su perfil, como si acariciara con sus yemas compuestas de polvo de estrellas el bello rostro del joven baronet, quien se expresaba con parsimonia y cierto atisbo de dulce amargura—. Unos hablan de Artemisa, otros de Selena y otros tantos de la propia Afrodita. Unos cuentan que el sol y la luna eran hermanos, otros rivales, pero hay uno que me llama, especialmente, la atención. —El varón cesó un momento su relato y miró a Anne, sonrió al ver que estaba absorta en el cielo, atrapada en la magia plateada que los rodeaba. Conocía lo mucho que le gustaba escuchar a Humphrey, ya antes había sido testigo del asombro de sus ojos, el sonrojo de sus pómulos y la sonrisa de excitante expectación, cuando su hermano relataba acerca de sus muchos viajes. Él, por su parte, era hombre de pocas palabras, preciso y directo en cuanto a aquello que quería decir, pero había entendido que para poder cautivar la atención de Anne debía suavizarse un poco, luchar con las armas del cariño y la paciencia. No era dado a sentir ese tipo de características que hacen endeble al más mezquino dictador, desde luego era un neófito en esas cuestiones, pero, por fortuna, lo que sí poseía era control sobre sí mismo, se le daba bien aparentar y dominarse cuando así lo necesitaba. Se aclaró la garganta y continuó.

»Miles de años atrás, se cuenta que el sol y la luna eran amantes. Su amor era puro, un amor en el que compungían todos los tipos de afecto y pasión, el cual no conocía límites. Se expandía por todo el firmamento, cubría la superficie de la tierra, era aclamado por muchos y puesto en ejemplo como amor verdadero. —Algún tipo de flor había comenzado a impregnar el ambiente con su intenso perfume, Anne aspiró de manera profunda, pero con tranquilidad, hasta llenar por completo sus pulmones, luego dejó salir el aire, consiguiendo que esta acción la relajara un poco. La realidad es que la situación era un tanto peculiar.

»Tan grande era su afecto que llegó a los oídos de la celosa Afrodita, quien, interesada en

demostrar que ni ese amor era tan grande ni tan maravilloso, se propuso evidenciar a todos que el sol y la luna no podían amar como amaban, pues ella era la Diosa de la pasión, el cariño y la belleza; estos dones solo le pertenecían a ella.

»De ese modo, usó todas sus armas de seducción, nadie ni divino ni terrenal podían dominarlas como ella, la victoria estaba asegurada. Así, intentó una y otra vez persuadir a Sol para que abandonara a Luna. Bailes acompañados de liras, flautas y panderetas realizó para él. Besos prohibidos repartió por todos sus miembros. Dejó su cuerpo desnudo expuesto, adornado tan solo por la aureola de su divinidad. Le ofreció riqueza, fama, un puesto en el Olimpo, pero nada había que Sol quisiera más que a su mujer. Lo colmó de vino y miel, hecho que lo enardeció. De esa manera, cansado ante tanta insistencia contestó de una vez: «—Le pido perdón, mi diosa Afrodita, jamás sería capaz de dudar de su belleza por encima de todas las demás, en cielo y tierra no hay hembra más hermosa, de pechos más llenos y figura y rostro supino, y que su amabilidad, bondad y dulzura son excepcionales, no hay ni habrá fémina que se la compare. Pero, apelando a ese mismo amor que mi diosa Afrodita solo posee, es mi deber hacerle conocer que mi corazón le pertenece solo a mi esposa Luna, pues la deseo más que al más bello cuerpo desnudo, más que al oro puro, la fama o la divinidad. Luna es para mí el vino procedente de las más jugosas uvas y la miel que abundante y de dulzura sublime cae del mayor sagrado panal.» — Edmund miró de reojo a su esposa. Anne estaba cautivada en el verbo, enmudecida ante la voz melodiosa de Edmund. Adoraba las historia y se sorprendía al ser testigo del parloteo de su marido. Jamás hubiese podido llegar a imaginar que le gustasen ese tipo de cuentos. No obstante, su escepticismo seguía ahí, haciéndola desconfiar de todo cuanto De Featherstone tenía que decir, hacer u ofrecer. Una tímida y fugaz brisa movió el tejido de su vestido, el cual quedó quieto de inmediato ante su ausencia; sin embargo, Anne se estremeció ante la bajada de temperatura repentina. De Featherstone se deshizo de su chaqueta con premura y envolvió la figura de su esposa con ella, consiguiendo una sonrisa, un sonrojo y una caída de pestañas. El baronet, feliz por despertar la atención de su esposa, continuó.

»Afrodita, humillada y furiosa ante tal desprecio y viendo cómo sus apuestas caían en desgracia, pues el amor que Sol y Luna se profesaban era ciertamente el más puro y verdadero que se había conocido, urdió un castigo por el que, aunque no pudieran dejar de amarse, les fuese imposible tocarse. De ese modo, los separó para siempre, asignando a Sol un carruaje con caballos dorados, que debería guiar durante el día para iluminar la tierra; y a Luna uno plateado, arreado por corceles blancos de crin plata para cabalgar en el firmamento de noche, cubriendo la tierra de tinieblas. En consecuencia, Sol podría salir solo de día y la dulce Luna solo de noche — de forma casi imperceptible desvió la mirada hacia la muchacha quien mostraba su asombro con la apertura de su boca. Sonrió de lado y continuó.

»Por todos es sabido que el dios del trueno no puede deshacer las atrocidades que otros dioses cometen. Sin embargo, Zeus, testigo desde su trono de lo que los celos de Afrodita podían llegar a hacer, después de deliberar encontró una solución. Habló con Sol; desde su magnificencia le hizo entender que había una posibilidad. Tendría que esforzarse al máximo para poder acercarse a Luna, surcar los cielos raudo, cabalgar el aire como si se le fuese la vida en ello; los corceles

eran fieras rápidas, bestias fabulosas se le habían otorgado, pero nada podían hacer sin el buen proceder de su jinete. Sol así lo hizo, rabioso por su agonía, por verse apartado de su amada esposa, castigado por la codicia de una diosa que todo podía tener. Siendo así, cada día, hacía volar su carruaje, instando a los dorados caballos a correr más y más y justo antes de irse, antes de ser relevado por su amada esposa, podía girarse y ver a Luna en el horizonte, corriendo tras él, justo antes de anochecer.

»Lloraba desconsolada Luna. Cansada estaba de huir de su amado. De verlo solo durante el anochecer. Ella no quería, deseaba acariciarlo, profesarle besos, poder susurrar en su oído cuánto lo deseaba. Así, Zeus, conmovido por tanta tristeza, como último recurso les concedió poder converger de tanto en tanto, uniendo al día y la noche en un eclipse, aunque solo fuese por unos pocos minutos, aunque en ocasiones solo pudiesen rozar sus manos.

Sir De Featherstone calló solemne. Los ruidos de la noche volvieron a tomar protagonismo, amplificando su sonido que, travieso, se enredaba en los pliegues del vestido de la mujer, entre sus rizos, en los huecos de los dedos nerviosos de Edmund, bajo el cuello de su camisa, en su corbatín.

El joven aspiró y se giró hacia Anne, soltó suavemente el brazo de su esposa y la tomó de las manos llevándoselas al pecho, en donde un corazón palpitaba enérgicamente, chocando su cuerpo contra la caja torácica.

Tomó un fino mechón de pelo y lo colocó tras la oreja femenina. Luego, con suma delicadeza, acarició con sus nudillos el perfil de su mandíbula. Todo esto sin soltar sus manos. Ella lo miraba, directamente a los ojos. De tarde en tarde, un estremecimiento inseguro recorría su espalda, en sus manos estallaba su reflejo, temerosa de lo que pudiera llegar a hacer.

—Me agrada mucho venir hasta aquí. Aunque te parezca mentira, suelo escapar de todo cuanto me rodea mecido por el sonido de estas aguas. —Ojeó unos instantes la estatua de piedra que gobernaba la fuente. En sus ojos andaba distraída la tristeza—. No sé, puede que quizá piense que así podía ser mi madre —indicó el semblante de la efigie—. Muchas veces he observado su cara en los retratos que mi padre tenía colgados en cada una de las estancias de nuestra residencia cerca de Londres, y encuentro muchas similitudes en sus rostros.

»A veces recuerdo las ocasiones en que mi difunto padre me hablaba de ella. No lo aparentaba, era un hombre recio y distante quizás, pero se notaba que había amado mucho a su esposa, que, si bien había vuelto a contraer matrimonio, aún la veneraba y la echaba en falta. —Calló unos segundos y volvió a fijar sus pupilas en las de Anne, quien, desconcertada, lo miraba fijamente, temblando bajo sus manos, temerosa, desconfiada; envuelta en el aroma que desprendía la chaqueta de su esposo. Mientras los propios ojos del varón penetraban en ella amedrentados, cautelosos, aunque con un cierto toque de ruego.

»Sé que te doy miedo —pronunció mortificado—. Y no puedes hacerte una idea de cuánto lo lamento. Todo cuanto he hecho ha sido lamentable. No merecías ni mereces ser tratada así. —Las lágrimas asomaron a los ojos de la joven de inmediato—. No llores —limpió con sus dedos unas cuantas gotas—, o sí. Supongo que tienes todo el derecho del mundo a mortificarme con tus lágrimas. Castigo dulce sería si se quedara solo en ellas. Pero entiendo que es indispensable que

descargues tu furia contra mí, que tu rabia contenida sea expulsada. Acataré cuanto tengas que decirme, pues mis manos están manchadas del dolor de la inocencia arrebatada —aulló, rabioso consigo mismo—. Necesito que me perdones, que entiendas que aquello que ocurrió, que lo que hice... Aajjj —contrajo su boca en una fina línea—. Mis gustos, mis preferencias. Entiende que estoy acostumbrado a ese tipo de *afecto*, pero contigo... No sé qué me pasa, contigo es diferente, no soy capaz. Yo... Eres mi esposa, yo no debería... Fue producto del alcohol, de una rabia que hoy por hoy no sé de dónde vino, o sí. Quizá fue por Humphrey. Pero no quiero hablar de él. Él ya no está en nuestras vidas. Ahora lo importante eres tú, nosotros. Mi mayor anhelo es comenzar de nuevo, construir un buen matrimonio juntos. Necesito aprender junto a ti lo que es amar de verdad.

»No podría soportar una vida siendo el Sol, intentando acercarme a ti, no poder tocarte, darte consuelo teniéndote tan cerca, mientras huyes de mí. Eso sería un martirio, aunque merecido. —Casi sin rozarla paseó las yemas de sus dedos desde su sien hasta su cuello contemplándola. Luego volvió a unir sus manos con las otras—. Lo sé. Y, no obstante, si es necesario lo haré. Me pasaré la vida esforzándome al máximo para conseguir tu perdón. Corriendo tras de ti en busca de tu cariño, de una caricia que calme mis ansias.

Se hizo un largo silencio durante el cual Anne dejó escapar las lágrimas, libres, necesarias. Esa situación era tan inesperada. En los ojos de Edmund se reflejaba su verdad, la tortura de su realidad. La necesidad de ser perdonado, le decían que podía confiar en él aunque le costara. Sus lazos matrimoniales eran esenciales en todo aquello. Como mujer no podía huir de allí así como así, abandonarlo todo, aunque en un principio sí que se lo había propuesto, incluso hasta ese momento lo había tenido ahí, latente bajo la primera capa de piel, esperando su momento, marchar de allí y vivir huyendo y escondida para siempre. La verdad era que, en realidad, en todo momento había sabido que su huida era un imposible, pero se había aferrado a ella como una tabla de salvación para poder sobrevivir y mantenerse cuerda en esa casa de locos.

—Háblame, dime algo. Aunque si no deseas hablarme también lo entenderé.

De nuevo, otro largo silencio. Entonces Anne abrazando su propio tronco se alejó unos pasos, poniendo distancia entre ambos. Necesitaba pensar.

Volviendo a la calma, después de haber tragado el nudo de llanto que la había estado ahogando, se tomó unos segundos más para hablar. Preferible era volver a empezar en un nuevo intento que vivir bajo el manto del miedo el resto de su vida. No obstante, no podía perdonarlo así como así. Era fundamental que su esposo supiera lo que pensaba, lo que sentía. No estaba dispuesta a darle el placer que le daba Jane, jamás volvería a sentir el mordisco del azote sobre su piel. Sabía que a su marido, a pesar de lo que decía, le apasionaban esos oscuros juegos de desdichados, pero ella no pasaría por eso nunca más.

—Aquello que me hiciste fue algo horrible —dijo indignada. Su rostro y gestos irradiaban cólera y repulsión—. Estuviste a punto de romperme, cerca estuviste de hacerme pedazos. No sé qué razones te empujaron para tratarme así. Ese placer que tú dices sentir haciendo eso. Yo solo buscaba tu cariño —resopló.

»Honestidad nos prometimos y por mi parte la vas a tener. —Imitó las palabras de Edmund e

hizo una pausa armándose de valor. Dejó los brazos caer a los lados algo más segura—. Sí, lo sé, no fui virgen al matrimonio y sí, también quise engañarte. Admito que no fue una maniobra carente de repugnancia. Pero también llegué al enlace con unas ganas locas por aprender a amarte, por encontrar en ti al perfecto compañero de vida, y tú me golpeaste, y gozaste con ello. Puedo asegurarte que, si llego a conocer tus preferencias en cuanto al lecho conyugal, jamás me hubiese planteado enlazarme a ti.

El mordisco de la furia quiso incidir en su piel; no obstante, Edmund logró mantenerse lejos. No debía permitir que esos sentimientos volvieran a dominarle. Tomó y soltó el aire a la búsqueda de esa estabilidad que necesitaba si quería llegar a conseguir su propósito.

—Por favor, perdóname —dijo con voz pastosa, en ella se intuía el nudo de un llanto reprimido, al menos eso le parecía a la muchacha. La vergüenza. El deshonor—. Yo me merezco todo cuanto tengas a bien decirme.

Anne sintió una punzada de lástima hacia ese hombre derrotado. No lo pudo evitar, sus creencias, su educación, sus enseñanzas siempre la habían instado a sentir compasión por el prójimo. Pero, en este caso, el prójimo no debía ser perdonado sin más.

—Te lo mereces, en efecto. —Un escalofrío recorrió su columna. De nuevo cruzó sus brazos para obtener algo más de calor, aunque el escalofrío se debía más bien a los nervios que la recorrían—. Solo espero que jamás vuelvas a intentar ponerme una mano encima. —Volvió a alejarse para regresar sobre sus pasos—. Debes entender que no puedo perdonarte. Que ni quiero ni puedo darte el placer que necesitas.

—No, mi querida esposa. Estoy dispuesto a cambiar. Si es necesario me arrastraré ante ti —se arrodilló ante ella. Ya había tomado una decisión y por mucho que aquellas palabras en realidad llegaran a irritarlo ya no daría marcha atrás. Estaba seguro de que rozaba el trofeo con la yema de sus dedos, tan solo un poco más—. Por el amor de dios. Yo necesito...

—Sir Edmund —levantó una mano instándolo a callar—, como te decía, debes entender que no puedo perdonarte, al menos no tan pronto. Debes demostrar tu arrepentimiento. Supongo que te habrás dado cuenta de que no confío en ti. Pero soy tu esposa y es mi deber volver a intentarlo.

El rostro de Edmund se iluminó dichoso. Ahí estaba; por fin. Tan difícil no había sido. Extrañas impresiones contrapuestas se liaban como una madeja de lana en su pecho. Una vez más decidió apartarlas a un lado, eran demasiados cambios como para lidiar con la suma de otros que lo único que harían era confundirlo más. Lo importante es que ya casi rozaba su trofeo.

—Oh, mi amada lady Anne, solo te pido eso. Lo demás déjalo de mi parte. Prometo que no te arrepentirás. Desde hoy encontrarás en mí a un hombre nuevo, alguien que no te defraudará.

Escéptica, Anne asintió con la cabeza.

Sir De Featherstone se levantó del suelo y se acercó para sellar sus promesas con su primer beso de amor. Anne, más ágil, posó los dedos en los labios de él para impedir que llevara a cabo el gesto.

—¿Y la señorita Aldridge? —un rayo cruzó la mirada de la muchacha.

—¿Jane? Jane no significa nada. —Sir De Featherstone volvió a hacer el amago de juntar sus labios, pero lady De Featherstone volvió a esquivarlo y levantó una ceja inquisitiva y dudosa. —

Ya te lo hice saber antes. No debes preocuparte más por esa mujer —aclaró.

Lady Anne recordó la forma en que huyó de The Silver Horse House a los pocos minutos de llegar.

—¿A eso se debió su pronta y malhumorada marcha?

—En efecto. —Calló de nuevo y recorrió el rostro de Anne. No podía permitir que el fantasma de Jane enturbiara el momento de su comienzo, era necesario un último *sprint* para salir vencedor—. Solo te pido que comiences a creer en mí. Que olvides todo aquello que ha pasado. Las normas, órdenes, el sistema de este hogar, olvídalo todo. Desde hoy pongo mi vida, nuestra casa, mis negocios en tus manos. Deseo conocer tu opinión, salir a cabalgar en tu compañía, quiero conocer este bosque a través de tus ojos. Que seas libre junto a mí.

Anne se quedó perpleja, las palabras de Edmund, su confesión, sus peticiones eran tan contradictorias a lo ya conocido. Estaban casados y, en tal caso, solo tenía una alternativa: la de empezar a confiar por mucho que le costara, la de abrirse a él otra vez. La de intentar amarlo. Como cristiana debía perdonar a aquel que rogaba su perdón, las personas cubiertas del hedor de los ángeles caídos tenían derecho a volver a la luz mediante la expiación de sus pecados y así debía ser.

—No seré yo quien manche mis manos con el pecado de la Ira. Supongo que ya bastante sufrimiento tienes con recordar lo que me hiciste y que tus conversaciones con Dios habrán sido largas y tortuosas en la oscuridad de la noche. Tan solo, si me lo permites, tengo una condición. —Con un gesto Edmund dio a entender que escuchaba—. Que no vuelvas a ver a la señorita Jane. Jamás.

Capítulo 8

Después de su pequeño encontronazo con el rey Adeyemi, debido a la seda y el marfil, el señor López y Humphrey regresaron al día siguiente al puerto, escoltados por algunos guerreros Awori. De Featherstone había sido listo y le había dicho al rey que, ya que su honor había sido puesto en entredicho, le iba a regalar una bala de seda como compensación a su comunidad y como recordatorio de que la justicia siempre prevalecería entre ellos.

Después de prometer al señor López que regresaría más tarde, fue en busca del capitán Johnson. Estaba realmente exhausto, pero era indispensable hacerle saber qué había ocurrido, así como cotejar que todo en el barco continuaba en orden.

Encontró a Johnson bajando por la pasarela de madera de roble, quien al avistarlo en aquel lamentable estado, se acercó a él con premura con el ceño fruncido.

—Chief Blue Jacket, esto sí que es una sorpresa, o no. Usted siempre metiéndose en líos. ¿Qué ha sido esta vez: un lío de faldas, una apuesta o una reyerta por el mal beber?

—Oh, amigo mío, no se lo va a creer, pero le juro que nada que se pueda llegar a imaginar.

De ese modo, le resumió lo acontecido, dejando a un Johnson anonadado, pero no sorprendido. Desde que había conocido a Blue Jacket se había dado cuenta de que siempre andaba metido en problemas y aunque era un buen hombre, quizá desde su último regreso a los mares le había devuelto a uno carente de temores y eso, lo hacía peligroso, no solo a él mismo si no a todos aquellos que viajaban con él.

Le había referido este mismo hecho varias veces y por el momento, había logrado contenerlo, pero no sabía hasta cuándo lograría tenerlo dominado. Sin embargo, algo en él había cambiado, en sus ojos ya no ahondaba esa ferocidad, como si lo ocurrido en la aldea le hubiese hecho mella, calado hondo, haciéndole comprender que no llevaba buen camino.

Mejor así, por él y por todos los demás.

Continuaron charlando mientras se dirigían a un tasca con el objetivo de refrescar sus gaznates y meter algo en sus estómagos. Entretuvieron la comida charlando acerca de lo que supondría no poder contar con el marfil programado. En efecto, con suma delicadeza había rehusado el ofrecimiento del rey, pues conocía bien que las tribus de la costa no comerciaban con él, y seguramente, sería el producto de algún saqueo, por lo que, escarmentado por el último suceso, consiguió convencer a su majestad Adeyemi para que buscara otro comerciante mejor, pues él no contaba con el suficiente cargamento de seda para el pago, aunque esto último fuese una mentira. En un principio, el soberano mostró su desagrado, pero cuando Humphrey le prometió que le regalaría una bala de seda sin esperar nada a cambio, aceptó el trato y nada más se dijo al respecto.

Pidieron una última ronda de cerveza, pues ya era tarde y De Featherstone no podía olvidar que había convenido con el señor López ir a revisar el cargamento del almacén para constatar que todo estuviese bien dispuesto y así, al día siguiente, mandar a unos pocos hombres para que dieran comienzo con el trasiego de bultos. No quería que se le echaran las jornadas encima, además de que en cualquier momento podía cambiar la climatología y, en consecuencia, atarlos a puerto o, peor aún, que los sorprendiera en alta mar. Necesitaba volver a Inglaterra cuanto antes y denunciar a Gurton ante las autoridades.

—¿Capitán Johnson? —se escuchó a lo lejos entre todo el estruendo de la taberna.

El capitán giró la cabeza buscando si era a él a quien llamaban y, en ese caso, quién era y qué quería.

—¡¿Capitán Johnson?! —Johnson se levantó al comprobar que uno de sus hombres empinaba la cabeza buscándolo con desesperación. El hombre de figura ruda abrió los ojos al verlo y se acercó hasta ellos con premura—. ¡Capitán! ¡Chief Blue Jacket! ¡Unos soldados británicos están registrando el barco!

Tras arrojar unas monedas sobre la mesa, partieron de inmediato hacia el navío. Por el camino, apenas intercambiaron palabra, atentos a cuanto el marinero tenía que contarles.

En efecto, unos cuantos soldados británicos habían subido al barco con la orden de revisar el cargamento. Al principio, los pocos marineros que estaban custodiando la bodega del navío se opusieron; sin embargo, los cañones de los fusiles que portaban amenazando sus cabezas los convencieron de que debían dejarlos investigar. Él pudo ir a avisarlos porque se encontraba en el muelle, preparando unos barriles de cerveza que el capitán había ordenado subir a la bodega.

—Habéis hecho lo correcto. No tenemos nada que esconder y los papeles están en orden. Aligeremos nuestros pasos. Es necesario solventar este malentendido de inmediato.

Cuando llegaron a bordo del navío encontraron a los soldados dispuestos en fila mientras apuntaban a sus hombres y les gritaban a pleno pulmón dónde estaba el capitán del barco.

—Aquí estoy, mis señores —se presentó Johnson—. Y ahora, aparten las bocas de sus fusiles de mis hombres. Y no se lleven a equivocación, no es un ruego sino un mandato. No voy a tolerar que unos cuantos soldados borrachos tengan ese trato hacia mi tripulación.

De inmediato, uno de los soldados le apuntó con el arma.

—Cumplimos órdenes, señor.

Humphrey fue a hablar, pero el cañón de otro fusil lo detuvo.

—¿Órdenes de quién y por qué? —preguntó Johnson—. Nuestros documentos están registrados y en orden. Nada han de encontrar fuera de lugar.

—¿Eso cree? Entonces, explíqueme qué hacían esos esclavos en la bodega de su navío.

De la sombras emergieron cinco individuos, dos hombres y dos mujeres, y un muchacho que contaría con diez años a lo sumo. Tenían las cabezas gachas e iban vestidos con una saya que les llegaba a los tobillos, las mujeres temblaban visiblemente y el niño se abrazaba a una de ellas en tanto escondía su rostro bajo el brazo, como un polluelo asustado.

—¡Esas personas no deberían estar aquí! ¡Nosotros no comerciamos con esclavos!

—Eso tendrá que decírselo a mi superior. Por el momento, hasta nueva orden, los esclavos

serán llevados a nuestro cuartel junto con su tripulación.

—Pero, esto.

—Calle, Johnson. Es hora de que sepan la verdad. Yo soy el capitán de este barco y exijo me lleven ante la presencia de su superior de inmediato.

—Vaya, con que embusteros también. Y, dígame, usted es...

—Chief Blue Jacket, señor.

—¿Qué clase de nombre es ese?

—El mío.

—No le creo. Ustedes los marineros, usan unos apodos y otros como quien cambia de medias. Dígame su nombre o no saldrá del barco con vida, o al menos no de cuerpo entero.

—Señor, solo se lo diré una vez, así que abra bien sus oídos. Si no me lleva ante su superior inmediatamente le aseguro que lo lamentará. Y no, no voy a revelarle mi identidad ¿lo entiende? No puedo hacerlo, de esto dependen muchas cuestiones.

El soldado miró con curiosidad a Humphrey, había algo en ese hombre, quizá su manera de moverse, de mirarle, de dirigirse a él, o lo más seguro que todo el conjunto, que le hacía entender que su estatus iba más allá que un simple marinero o capitán de un barco de mercancías. Quizá fuese un espía. El mar era un lugar peculiar donde se entretejían muy diversos tipos de personas, y no quería arriesgarse a meter la pata. Nada perdía llevándose a los dos hombres que se habían presentado como capitanes, lo mejor era dejar el asunto en manos de su superior, él sabría qué hacer y, por su parte, podría olvidarse del asunto y dar por finalizada su ronda, y al fin dormir con tranquilidad en la fonda donde le esperaba una suculenta mujer de pechos exuberantes y rollizas caderas.

Los escoltó hasta el barco que fondeaba a un par de millas náuticas de la costa.

Las cálidas tonalidades del atardecer avivaban y embellecían los colores de aquella imponente fragata de unos 44 cañones, presentándose grandiosa ante ellos conforme se acercaban, el HMS Dolphing era digno de admiración. Con agilidad, subieron la escalerilla hasta llegar a cubierta, lugar donde los esperaban unos cuantos soldados y el hombre que estaba al mando.

—Capitán Collier, estos mercaderes pretendían comercializar con esclavos.

El capitán miraba fijamente a De Featherstone con los ojos entrecerrados.

—Buen trabajo, teniente Wilson. A partir de aquí deje el asunto en mis manos. Más tarde quisiera hablar con usted en privado.

—A sus órdenes, mi capitán.

—El resto sigan a lo suyo, aquí no hay nada más que ver. Dudo que estos infelices quieran saltar por la borda. ¡Ustedes, síganme!

El señor De Featherstone y el capitán Johnson cruzaron las miradas y, tras una interrogación en el rostro del último, siguieron al capitán Collier.

Entraron a un salón, dotado de unas sillas, una mesa, algunas estanterías y una mesa de trabajo, todo adornado con piezas de gran valor.

El capitán cesó su avance al llegar a su mesa y se sentó en el filo, luego pidió a Johnson que cerrara la puerta. Una vez que tuvo a sus nuevos invitados frente a él los observó, hasta fijar los

ojos en Humphrey.

—¿Es de su confianza?

Humphrey calló un instante, miró al señor Johnson, habían pasado tantas cosas juntos y siempre le había respondido de la mejor manera que, llegados a ese punto, sabía que podía confiarle su verdadera identidad.

—Por supuesto.

El capitán Collier evaluó al otro un segundo y de nuevo fijó sus ojos en De Featherstone.

—De todos los hombres que habría esperado que comerciaran con esclavos, usted era último. Dígame, ¿qué haría usted en mi lugar? ¿Cómo cree que debo enfrentar esta inusual situación?

—Capitán Collier, permítame aclararle que no comercio con esclavos. Mis negocios se deben a los productos. Jamás comerciaría con la vida de un ser humano. Esto va más allá de lo que yo mismo sé. Y le aseguro que deseo más que usted llegar al fondo de este asunto.

—Para ser honesto, confieso que pongo en duda que el dueño de un navío, pues así lo creo, y, además, el capitán, ignore lo que sucede en su embarcación. Es curioso, no pueden decirme lo contrario, que comercien con productos y que eviten el de esos pobres infelices. No negarán que es una suculenta tentación. Pero, a pesar de mis reticencias, dígame, señor De Featherstone, ¿cómo es que el sobrino de un muy bien situado baronet, descendiente de duques, con tantas tierras que se pierden en el horizonte, no solo en Inglaterra, sino en el nuevo mundo, y con más poder que un actual duque, pueda siquiera necesitar mejorar su vida con la esclavitud? ¿Acaso usted mismo no posee tierras? Yo apuesto que sí, y que además, teniendo como referente su apellido estoy seguro de que sabrá ganarse el pan. Aunque confieso, que tengo entendido que el baronet tiene un pariente alocado del que se conoce poco o nada. ¿Es usted ese pariente? Por lo que veo, creo afirmar sin temor a equivocarme que sí. No obstante, debido a los lazos que nos atan, que no son pocos, voy a darle un voto de confianza, por lo que le ruego que si lo que dice es cierto, tenga a bien de explicarme la presencia de esos esclavos en su navío. De lo contrario, quizá sepa usted decirme ¿cómo le voy a explicar a su tío, el baronet sir John De Featherstone, que su sobrino mercadea con seres humanos? ¡¿Por el amor de Dios, ha perdido el juicio?!

La tensión que se respiraba en el aire se podía cortar con un cuchillo. Humphrey miró al capitán Johnson en busca de respuestas.

—Lo siento, Chief Blue Jacket, tampoco tengo constancia de quién ni por qué, pero le aseguro que si me dan la oportunidad no pasará de esta noche que averigüe quién de nuestros hombres nos ha puesto en este aprieto.

—¡Debe estar realmente demente si cree por un instante que lo voy a dejar marchar así como así!

—Capitán, comprendo que no confíe en mí, bueno, en nosotros. O no sé. Por lo que le ruego, tenga a bien permitir que unos pocos de sus hombres me acompañen y se cercioren de que no voy a escapar. Además, si alguno de los nuestros nos ha traicionado, como parecer ser, puede que necesite ayuda para enfrentarlo.

Humphrey frunció los labios y afirmó levemente con la cabeza.

—Capitán Collier, por mi apellido le ruego que permita al capitán Johnson llevar a cabo esta

misión. Si lo piensa detenidamente, ha de darse cuenta de que esto incluso le beneficia a usted. Por el nombre de la corona de Inglaterra es necesario destapar quién está jugando sucio. Nuestra tripulación no caerá en la cuenta de que el capitán Johnson va en su busca para delatarlos. Sus hombres pueden permanecer escondidos e intervenir cuando mi colega llegue al fondo del asunto. Pues no solo alguien de mi tripulación nos está traicionando. Eso solo es la punta del iceberg, puede que incluso lleguemos a la raíz de este abominable negocio.

El capitán Collier evaluó la situación mientras tamborileaba con los dedos en el filo de la mesa.

—Tenga en cuenta, señor De Featherstone, que esto solo lo hago por el aprecio que le tengo a su tío, porque me cuesta creer que un hombre de su valía pueda estar emparentado con un sinvergüenza. —El capitán Collier miró ahora al señor Johnson—. De acuerdo, le dejaré a unos hombres, pero le advierto que si intenta engañarme lo coserán a cuchilladas. Quiero este entuerto resuelto al amanecer, ni una hora más. —Luego fue hasta la puerta y vociferó—: ¡Teniente Wilson!

Mientras el capitán Collier daba las instrucciones pertinentes, Johnson se giró hacia la puerta y miró a Humphrey antes de partir.

—Le prometo que su verdadera identidad está a salvo conmigo y que esta noche descubriré a la sabandija que nos ha traicionado.

Tras dar una palmada en su hombro marchó afuera donde ya lo esperaban unos cuantos hombres.

* * *

Ya habían pasado unas horas desde que el capitán Johnson había partido, y aún no llegaban las buenas nuevas.

Humphrey no llegaba a comprender que alguno de su tripulación los hubiera traicionado y no podía evitar hacerse la misma pregunta una y otra vez: ¿sería esa la primera vez?

Consideraba que pagaba bien a la tripulación, mucho mejor que otros mercaderes que, además, podían tratarlos mucho peor. Dentro de las limitaciones que ofrecía el mar, intentaba que se alimentaran bien, además, de procurarles un trato cercano, por lo que aquella traición le dolía mucho más de lo que podía haber llegado a imaginar. Habían pasado tantas cosas juntos. Todos esos meses y años en alta mar hacía que sus relaciones se estrecharan al punto de considerarlos familia. ¿Quién y por qué? No veía la hora de conocer las respuestas.

Tras un frugal refrigerio y una conversación donde no faltó la recriminación por parte del capitán Collier, este le «convidó» a dormir en un camarote donde transportaban la harina, invitación que en realidad se traducía a obligación, pues no faltó un hombre cerca de su puerta para evitar erradas tentaciones.

Poco a poco el sueño le fue venciendo, sus heridas y golpes eran recientes y su cuerpo reclamaba descanso, por lo que se dejó llevar de la mano de Morfeo.

La luz del día incidió en sus ojos al abrirlos de par en par. Ya era la mañana, al parecer su cuerpo sí que necesitaba aquel descanso. Bajo el crujir de sus huesos y el lamento de sus

músculos se levantó y fue hacia la puerta. Al abrir miró hacia un desierto pasillo. El grito de los hombres llegaba desde cubierta y se aventu ró, aún a riesgo de ser amonestado, a salir para saber si el capitán Johnson había conseguido destapar la trama.

Aún no había llegado a subir la escalera cuando su paso fue cortado por un soldado que le comunicó que el capitán Collier lo esperaba en cubierta.

Raudo, subió los pocos escalones que lo separaban del aire de un nuevo día. Al llegar arriba dejó revolotear sus ojos en busca del capitán. Lo encontró mirando hacia el horizonte.

—Buenos días, capitán Collier —dijo, dejando un espacio de un par de pasos entre él y el hombre, como señal de respeto.

—Buenos días, señor De Featherstone.

—Aún a riesgo de parecer impaciente, ¿se sabe algo del capitán Johnson?

—Me hago cargo. Comprendo su sinvivir. En efecto, de madrugada me llegó la noticia de que habían apresado al hombre que había puesto en entredicho su buen apellido. Confieso que el proceder del capitán Johnson me ha agradado, pues ha descubierto al maleante con las manos en la masa y, gracias a su buen proceder hemos descubierto otros barcos en los que también se encontraban otros marineros que tenían el mismo proceder, por lo que gracias a eso, hemos conseguido dar con el cabecilla. En última instancia, debo expresar mi gratitud, señor De Featherstone, ya que gracias a su contribución, hemos logrado un significativo avance. Sin embargo, a sabiendas de lo que va a suponer para usted, le revelo que no era la primera vez que lo hacía.

—¡Sabandija! ¿Quién?

—¿Eso importa?

—Todo importa. Necesito saber quién para hacer mis propias conexiones. ¡¿Es que ya no existen hombres respetables?! —dio un golpe en la barandilla.

—Entiendo su malestar, pero de nada ha de servirle golpear este trozo de madera. Guarde su genio para luchar contra estos malhechores, solo así encontrará consuelo.

Humphrey calló, no podía dar crédito a lo que uno de sus hombres le había hecho.

—Le ruego me diga su nombre.

—Creo que lo llamabais *Sin Lengua*. Bonito apodo, supongo que no hablaba mucho.

—No hablaba mucho y desde que lo contraté quiso hacerse cargo de la bodega. ¡Traidor! Todo encaja. ¿Cómo no me di cuenta antes?

—Le diré por qué. Porque ha confiado ciegamente en sus hombres, al punto de poner su vida en sus manos. No crea que este hecho me ha pasado desapercibido. Es más, lo aplaudo, pero solo sirve cuando los hombres emprenden batallas, cuando la unidad al frente es necesaria para sobrevivir, solo en ese momento te das cuenta de cuán necesario es confiar. Pero usted lo ha dirigido a un lugar erróneo: la mercancía. En este menester no se puede fiar uno de nadie, usted debería saberlo. Me sorprende que sea la primera vez que se aprovechan de usted. Siendo así, le puedo decir que le acompaño en el sentimiento. No obstante, debe pensar que esto le ha de servir como aprendizaje.

Humphrey recordó a Gurton. Sí que lo habían traicionado. Sí que se habían reído de él. Y no

solo Gurton, también ella.

De repente, el viento comenzó a soplar y el barco dio un tirón y comenzó a moverse. De Featherstone miró al frente, al horizonte, Lagos ya no se encontraba donde debiera estar. Dirigió su mirada al otro lado, tampoco, y con extrañeza fijó sus ojos en el capitán Collier con una interrogación en su semblante donde lo daba todo por supuesto y nada a la vez.

—Desde ahora, puede acomodarse en el camarote que se le ha otorgado. Espero no tener quejas, entienda que el resto de la tripulación duerme junta, no me haga pensar que es un desagradecido.

—¿Por qué?

—Porque los hombres valerosos deben estar allí donde se les necesita y usted debe navegar conmigo allá donde su valía será puesta a prueba.

—Pero, señor, yo no soy soldado.

—Desde este momento lo es. ¿Mi consejo? Cuanto antes se haga a la idea, antes dejará de hacerse preguntas.

Capítulo 9

Tras la visita a la fuente y la narración del mito de Sol y Luna, más la declaración de Edmund que sobrepasó las expectativas de Anne, la cena transcurrió con tranquilidad. De Featherstone consiguió arrancar alguna sonrisa de su esposa, aunque a esta todavía le iba a costar mucho olvidar lo ocurrido, pero tenía que seguir adelante, era necesario; además, no podía ser de otra manera, no estaba en su poder renegar de su marido; no estaba en su poder repudiarlo, como sí lo estaba al contrario. Hablaron sobre la granja, aunque también se animó a pedirle opinión acerca del asunto de la mina y esos pocos braceros que lo llevaban de cabeza. Anne, por su parte, quizá animada por el vino, cada vez se sentía más relajada y su ánimo por contribuir al bienestar común iba en aumento.

—Déjeme pensar. Si lo que objetan es no estar a gusto, quizá lo más acertado sería acomodarlos y que se sientan respetados —dijo más para sí que para Edmund—. Sí, eso es —se reafirmó dirigiéndose a su marido. Sus ojos chispeaban animados al obtener por parte de este un respetuoso silencio—. Opino que deberíamos construir unos barracones con habitaciones para no más de cuatro o cinco trabajadores, cerca de la mina y no muy lejos del arroyo para que puedan obtener agua fresca cuando así lo necesiten. Con una cocina para que una nueva cocinera y una ayudante puedan darles de comer algo más decente que los pasteles de carne fría que pueden llevar en su jornada laboral. Así, por la noche podrán comer estofado, cosas calientes que les llene el estómago y aplaquen su ira. Mmmmm. —Se tomó unos instantes para deliberar—. Creo que también sería conveniente que tengan un día libre a la semana para poder descansar, pasear o lo que les venga bien hacer. —Se mordió el labio un momento buscando algo más que sumar—. Asimismo, pienso que sería muy ventajoso que contaran con los útiles necesarios para escribir cartas a sus familiares y que el servicio de correo sea al menos una vez a la semana. —Ahora fue la punta de su dedo índice el que mordió levemente hasta que levantó ambas cejas al encontrar entre sus pensamiento lo que estaba buscando—. Y por último, también pienso que sería correcto que el doctor acuda una vez cada seis meses a hacerles un chequeo general. Tengo entendido que los mineros sufren de malos humores de pecho, por lo que quizá deberían hacer turnos de cuatro horas para salir durante treinta minutos a respirar aire fresco y volver a entrar.

Sir De Featherstone la había escuchado animado y perplejo ante tanta información; desde luego su esposa era un diamante en bruto. Unas sugerencias eran más viables que otras, esas otras eran completamente descabelladas, propias de la ignorancia innata de las mujeres, pero algunas de ellas podía tenerlas en cuenta, pues la realidad es que eran valiosas para persuadir a los trabajadores a continuar con ellos. Ya se le había ocurrido alguna, pero la empatía de su mujer se había adelantado al pensar en el bien ajeno, llevándola a aportar datos interesantes, aunque

chocasen muy mucho en aquel tiempo, donde el trabajador era tratado más como esclavo que como hombre con dignidad.

—Vaya. Es muy interesante. —Se quedó pensativo un minuto, deliberando sobre esas sugerencias—. Necesito tiempo para pensar en todas estas cuestiones —golpeó la mesa con la punta de sus dedos—. No sé si sería seguro tener allí a dos mujeres. Espero tengas a bien disculparme por mi honestidad.

»También debo pensar sobre los chequeos médicos, así como la necesidad de descanso —se tomó unos segundos.

»Desde luego, el asunto de la correspondencia es una gran idea. De seguro estarán contentos con ese incentivo. Al igual que remodelar sus barracones. Aunque será costoso —volvió a guardar silencio—. Bien, te prometo que lo pensaré.

Aquella noche se fueron a dormir cada uno a su aposento. Edmund no hizo el amago de pedir a su esposa que yaciera con él. Solo se limitó a elogiar su belleza bajo la luz de la luna. Tampoco volvieron a hacer referencia a lo sucedido, a aquel suceso desagradable, ambos entendían que, después de la súplica de sir De Featherstone, los únicos que debían actuar eran los hechos. Era imperante pasar página.

Por supuesto, el baronet se quedó con las ganas de satisfacer su apetito carnal, pero por nada del mundo quería echar por tierra el avance conseguido. Le gustó ver a Anne más relajada, un gran paso en su conquista. Aún seguía cohibida, escéptica, pero había sufrido un grato cambio, gracias a sus artes persuasivas. En un par de instantes la vio sonreír al contar aquellos primeros tiempos cuando montando a un caballo nuevo, en una ocasión había caído sobre un manto de estiércol y la de veces que tuvo que lavarse para desprenderse de aquella terrible pestilencia.

Lady Anne se fue a la cama con una sensación rara. Todavía no creía a su marido. Le era muy duro tener, verse obligada a aceptar su ruego. Ella había visto y sentido a la bestia que habitaba en su interior. Y se preguntaba si alguna vez volvería a surgir. Si quizá, no hubiese sido mejor permitir que siguiera viendo a Jane, para que descargara con ella sus necesidades, su furia. ¿Era una mala mujer por pensar en esas cosas, de ese modo? ¿Por pre ferir que otras sufrieran lo que ella no quería y sabía que estaba mal a pesar de la cantidad de mujeres que eran castigadas por sus esposos? ¿Acaso ese hecho no era normal en la sociedad? Cuando te casabas siendo mujer, tu esposo tomaba el rol de marido, padre, hermano; de dueño, y como tal si veía a bien azotar a su esposa por alguna cuestión que en su barómetro disciplinario era algo censurable, lo hacía y listo, su acción no era cuestionada ni siquiera por la propia familia de la mujer. Si el marido se había visto obligado a llegar a esos extremos la culpa únicamente era de su esposa, algo habría hecho para merecerlo.

Miró el collar que la criada había olvidado guardar en el joyero y que reposaba sobre el centro de mesa de croché que adornaba la cómoda junto con un espejo enorme, un jarrón de flores silvestres recogidas aquella misma mañana, un candelabro de dos brazos de plata y un cepillo de pelo junto con un bote de perfume coqueto.

Por un momento, se permitió la osadía de pensar en él.

En Humphrey.

¿Qué sería de él? Seguro estaría en algún rincón del mundo, sentado frente a una hoguera hecha de troncos varados en la arena del mar, que expulsarían llamas azuladas y verdosas debido al salitre, mientras era testigo de alguna danza exótica y bebía algún whisky logrado del contrabando.

A saber.

A su imagen vinieron las letras que componían las frases y pocos párrafos de la carta que dejó en su cama aquella fatídica noche. La rabia burbujeó en sus venas como la ponzoña que corroe cada miembro, volviéndolo al final estéril. Ojalá llegara el día en que al pensar en él esa rabia ya no asomara su nariz, ni ninguna de las otras sensaciones que aún la embargaban. Que, efectivamente, se tornara estéril y ni un solo vello de su cuerpo se erizara al rememorarlo. Que aquel pellizco que sentía en el estómago cuando aún miraba a Edmund recordando así a Humphrey desapareciera de una vez. Porque no podía evitar seguir enamorada, porque a pesar de lo pasado su corazón latía por ese De Featherstone alocado y salvaje, ese que era tan parecido a ella.

Un nuevo recuerdo emergió ante esas debilidades. Aquel viaje que había realizado con su tía antes de contraer nupcias. Aquellos meses de agonía, donde su cuerpo y sensaciones tanto habían cambiado. Se levantó de la cama y fue hasta su armario. Bajo él estaba escondido el pequeño baúl que había usado para transportar algunos de sus artículos menores. Se lo había regalado su tía, una que rompió en carcajadas cuando Anne no supo abrirlo, pues lo había confeccionado un amigo suyo ebanista que le había incluido un mecanismo secreto como cerradura que solo él, tía Grace y Anne deberían conocer. Se arrodilló y tiró de él. Miró un momento hacia la puerta que daba acceso al dormitorio de su marido. Ningún ruido provenía de allí, ¿estaría ya dormido?

Sus manos temblaban, desde que guardó allí aquel recuerdo jamás lo había vuelto a ver ni tocar, ni siquiera oler. Pero esa noche necesitaba, lo necesitaba, para saber que no se había tratado de un mal sueño, porque no podía permitir que muriera en su recuerdo. Porque era parte de ella, lo más bello que jamás había hecho. Fue a abrirlo, pocos centímetros faltaban para ver lo que guardaba su interior, para que de nuevo aquel olor a vida impregnara sus fosas nasales, ¿de verdad sería capaz?

Varios toques en la puerta la alertaron de que su marido deseaba verla.

Rápida, metió el baúl bajo el armario y antes de contestar sin saber qué hacer o cómo comportarse al sorprenderse descubierta, se sentó frente a la cómoda, tomó el cepillo que descansaba junto al bote de perfume y comenzó a cepillarse el cabello.

—Pasa, por favor —dijo como pudo para luego carraspear al escuchar su propia voz distorsionada.

Sir Edmund entró en la estancia con dignidad, si bien algo cohibido. Se quedó bajo el dintel de la puerta con sus manos entrelazadas tras su espalda.

—Disculpa, mi señora. Quería desearte buenas noches, espero no haberte interrumpido.

—No —contestó sin poder evitar echar una rápida ojeada a través del espejo a la caja bajo el ropero—. Estaba cepillándome el pelo antes de acostarme.

—Ah. ¿No lo ha hecho ya Alice?

—Desde luego. Pero me relaja hacerlo.

Con el ceño fruncido se acercó más a su mujer mostrando preocupación. Sobre el camisón llevaba puesta una bata muy liviana con solapas negras y tejido burdeos salpicado de dibujos pequeños, parecidos a filigranas tupidas. Incluso con la ropa de dormir estaba perfectamente apuesto, ningún cabello se encontraba fuera de su peinado, incluso era obvio que se había perfumado para dormir.

—¿Acaso está mi esposa nerviosa por algo? ¿Quizá sean los asuntos de negocios? Si ese es el caso.

—Oh, no —lo interrumpió lady Anne haciendo un amago de sonrisa—. Han sido muchas las sensaciones que hemos vivido esta noche. Yo...

—No debes sentir pesar —se acercó hasta quedar tras la espalda de Anne y apoyó las manos suavemente sobre sus hombros. Anne se tensó bajo su tacto. Estaban a solas, cualquier cosa podía hacer sin testigos, aunque siendo como era el señor de The Silver Horse House, los sirvientes harían la vista gorda a cuantos abusos cometiera. Renovó su ánimo, le había rogado que confiara en él, por lo que lo miró directamente a través del espejo—. Te he prometido que no volverá a suceder.

—Por favor, no hablemos más de ello. —La necesidad por quedar a solas hizo que soltara su cabello y apoyara una de sus manos, levemente temblorosa, sobre la de Edmund—. Ahora solo necesito descansar.

—Muy cierto. Lo mejor será dormir —apretó un poco sus hombros dando más profundidad a su comentario—. Me gustaría que me acompañases a la mina mañana. Deseo que veas por ti misma la situación.

—Estaré encantada —sonrió como pudo al reflejo.

—Perfecto. Buenas noches, mi amada —depositó un beso sobre la coronilla de la muchacha. Su pelo olía a flores, pudiera ser que a las mismas que habían estado adornando su cabello durante la cena.

—Buenas noches.

Al joven baronet no le había pasado inadvertida la mirada de preocupación de Anne, una que fue dirigida hacia su armario. Por mucho que hubiese tratado de disimular estaba agitada, sus ojos bien abiertos la habían delatado, así como la forma nerviosa con que se cepillaba el pelo, junto con las pocas perlas de sudor de su frente donde se reflejaba la luz de las velas.

Aun así, se marchó a dormir, no sin antes apreciar el camino de polvo que se perdía bajo el armario, como si algo hubiese sido arrastrado. No obstante, continuó su camino y no volvió a pensar en ello aquella noche, aunque sí lo dejó bien apuntado en su mente.

* * *

Después del desayuno marcharon a caballo hacia las minas. Por primera vez, Anne volvió a montar a lady Blue. Ambas iban contentas trotando por aquel viejo bosque que maravillaba tanto a la muchacha. Sir De Featherstone se había presentado muy apuesto esa mañana. La ropa de

montar le sentaba francamente bien y el júbilo que se desprendía de su voz y sus gestos lo hacían parecer más joven, alguien con ganas de vivir.

Marcharon a través del bosque, para lady De Featherstone era un poco incómodo ir montada de lado durante los breves trayectos en los que el suelo se volvía algo abrupto, pero sabía que a Edmund no le iba a hacer gracia que cabalgara de otro modo, así que decidió no importunarlo y sufrir el trayecto con valentía. Se entretuvieron apreciando el paisaje, a lo lejos se podía divisar Stormy Point sobre Castle Rock, así como al señor Maurice que los seguía a paso seguro, pero guardando bien las distancias. Sir Edmund le dijo que solo había venido por su seguridad, que no debía temer nada, él era una especie de guardaespaldas que lo acompañaba casi a todos lados. De ese modo, continuaron como si nadie más estuviese allí. Desde luego, para ella era un placer ignorar aquella presencia, seguía sin gustarle nada y prefería hacer como si no existiese.

La mañana se había despertado algo entoldada, lo justo para que el calor sufrido el día anterior pasara a ser algo del pasado, dejando tras de sí un frescor de septiembre agradecido. Así, Anne además de una enagua extra, sumó a su chaqueta de amazona azul noche un pañuelo de encajes para cubrir su cuello, con el añadido de unos guantes negros gruesos y un sombrero de media copa también azul con encajes blancos y varias plumas que se sujetaban al mismo con un broche dorado que mostraba en su centro una piedra preciosa de un intenso verde profundo.

Edmund no podía dejar de mirarla, en ocasiones quedaba tras ella solo para poder gozar de la silueta de su figura, la forma graciosa con que su cuerpo se movía entre los vaivenes del camino. Cierto era que cuanto más profundizaba en la forma en que Anne comprendía el mundo más embelesado quedaba. Aunque para ser honesto muchas de ellas chirriaban en la suya propia. Pero debía callar, no amonestarla, dejarla ir, descubrir cuál era su propio tope antes de refrenar su ánimo. No sería muy adecuado cortar sus alas antes de ser desplegadas. No volvería a cometer el mismo error. Aunque, para ser honesto, debía admitir que el comportamiento de su esposa durante la noche anterior le había dejado un regusto extraño. Muchas veces la había descubierto en su mundo, otras nerviosa, como si ocultara algo. Y sí, antes de marchar hacia la mina y aprovechando la ausencia de Anne quiso averiguar qué significaba aquel reguero de polvo que se perdía bajo el armario de su mujer. Allí descubrió un baúl, pero por más vueltas que le dio no supo abrir. El mecanismo de apertura no estaba a la vista, al parecer se trataba de una de esas cerraduras elaboradas como un rompecabezas que solo su dueño conoce. Pero eso había avivado aún más su curiosidad y su recelo. Algo escondía lady De Featherstone, algo que le causaba nerviosismo y que no deseaba que se conociera. No obstante, por el momento estaba tranquilo, porque lograría abrirlo. Sin embargo, se prometió estar ojo avizor ante cualquier hecho que pudiera servirle para ayudarlo a descubrir lo que barruntaba. Porque cuando sus sentidos le advertían de que algo había, no solían equivocarse.

Es más, recordó cómo pocos minutos después hizo ir a Maurice a su despacho:

—¿Qué sabes sobre el pasado de la señora?

—Solo lo que me ha sido permitido saber, señor.

—Creo que hay más de lo que nos han contado. Más de lo que ella misma está dispuesta a admitir.

—¿Y qué piensa hacer al respecto, señor?

—Descubrir la verdad, cueste lo que cueste. Desde ahora debes abrir bien los ojos y decirme cuanto averigües. Pero tienes que ir con cautela, no quiero que inoportunes a mi esposa. Ya sabes cómo debes proceder.

Por supuesto no le dijo nada acerca del baúl. Debía tener cuidado. Era un hombre de sumo valor para Edmund, por los pocos valores que el propio Maurice poseía. Por suerte sabía cómo manejarlo.

En efecto, quería comenzar de cero con Anne, sobre todo de cada a la inminente visita de los baronets, pero sabía que no podía soportar la idea de un secreto y para comenzar esa nueva vida debía averiguar sobre su pasado. Por el momento, se dijo que disfrutaría de su presente para no meter la pata.

De regreso al momento que vivían, llegaron a la puerta de la mina. Allí presentó su mujer al capataz. Un hombre robusto con algo de tripa, debido de seguro al abuso de la cerveza, pues ya muy de mañana su aliento evidenciaba su gusto por aquel brebaje. Su camisa holgada de algodón estaba amarillenta en ciertas partes de su torso y sus pantalones marrones iban sujetos por unos tirantes negros desgastados. A todo este atuendo se le sumaba una gorrilla negra mal cuidada que no paraba de quitarse para rascar su cabeza. Quizá tuviese piojos, un nuevo asunto a tratar con su marido.

Después de una cuantas frases de cortesía, Anne miró al derredor. Le pareció increíble el avance que había tenido todo desde que Edmund había tomado las riendas de su dote. En unos pocos meses habían conseguido excavar profundo y ya estaba a pleno rendimiento.

—Espero que estés orgullosa de lo que he conseguido. Con esto tenemos un buen futuro asegurado —dijo pegado a su oreja, evitando así ser escuchado por el señor Henderson, el capataz.

—¿Qué extraen de aquí los braceros? —preguntó en general.

—*Eztaen zobe* todo *cobe* y *níquez* —dijo Henderson, evidenciando un acentuado ceceo, fruto de un posible defecto de nacimiento, acompañado de un gesto al parecer característico en él, pues no dejó de mostrarlo casi en ningún momento que estuvieron conversando. Algo así como el frunce de uno de sus ojos, lo que le hacía rodear sus párpados de varias arrugas, mientras mascaba tabaco que escupía de tarde en tarde. Obvio su poco trato con mujeres, de ahí su falta de delicadeza al estar en presencia de una dama, así como su carencia de modales, evidente en su trato con sir De Featherstone, a quien saludó con un extraño «Hey», cuando lo vio, para después esperar que fuera el baronet quien se acercara a él—. *Pedo, afodtunadamente, hemoz encontado* una *galedía* que cuenta con *gandez cantidadez* de *cobadto*. *Pada nozotroz e* una *zuedte, puez dezde e fente ze zuelen pediz cacedolaz, vazoz* y *patoz. Ademáz, ed cobadto,* aun z*iendo* un *metaz pobe, eztá* muy demandado *pod e pezente* boqueo de *eze dezgaciado fancéz* —escupió gran cantidad de saliva marrón.

—Además, de muy bien pagado —añadió Edmund en un susurro cerca del oído de su mujer. Quien rio ante su añadido. Aquella nueva faceta de Sir De Featherstone la agradaba en demasía. Pudiera ser que al final no le fuera tan difícil pasar página. Pudiera ser que de veras su marido se

hubiese arrepentido y que aquello que ocurrió fue algo que, efectivamente, se le había ido de las manos por culpa del alcohol.

—Bueno, ya *ze* puede *imaginad. Nueztoz muchachoz zon hombez fuedtez* con *ganaz* de *tabajaz, po* lo que *ze eztá* dando *baztante* bien.

Lady Anne carraspeó reprimiendo sus ganas de reír. Edmund había estado torturándola con miradas cómplices con las que quería evidenciar la gracia que le hacía su peculiar forma de hablar y aquella mueca perenne arrugando el ojo.

—Mi marido —volvió a toser y alejó los ojos del campo visual donde se hallaba su esposo—. Mi marido me ha hablado acerca de unos altercados.

—Ah, bueno, *ezo* —volvió a escupir— La *vedad, zeñoda, ez* que *ezoz asuntoz ez mejod dejaloz* en *manoz* de *hombez. Zolo nececitan* un poco de mano *duda* e *iz a pazar un zato* en *The Zea Zee Houze* —hizo un gesto obsceno con la cadera— y *máz* ponto que *tade dejadán* de *bedeaz* como *niñaz*.

—Pero... —La señora de Featherstone se sonrojó instantáneamente. Por todos era conocido el negocio que regentaba Madame Rubi en The Tea Tree House.

—Señor Henderson. Quizá deba recordarle con quién está tratando —advirtió Edmund con cara de pocos amigos, para luego ofrecer a su mujer su brazo invitándola a continuar andando después de echar una mirada cómplice hacia el señor Maurice, quien apenas asintió—. Lady Anne, vayamos a la zona del barracón.

Así se marcharon, Anne no pudo evitar mirar hacia atrás donde el capataz todavía la observaba con el ceño fruncido en tanto el señor Maurice se acercaba con tranquilidad a Henderson.

—*Zeñoz* De *Featheztone*, no *ovide mandaz unoz cuantoz badilez máz de ceveza*. Tengo el gaznate *zeco*.

Luego se giró y siguió a lo suyo dando alguna instrucción sin percatarse de que, prácticamente, ya tenía a Maurice encima.

—Disculpe la actuación de Henderson. En ocasiones puede ser un poco apabullante. —Continuó andando—. No debe hablar tan abiertamente —murmuró cuando se alejaban. Como si evitara que le pudiera escuchar el capataz. —Quizá no ha sido buena idea traerla aquí.

—Pero yo creía que usted, que usted me había traído aquí para ver. Yo...

—¡Y así es! —dijo alzando la voz furioso, pero al percatar la rigidez inmediata en el cuerpo de la muchacha enseguida comprendió que debía moderarse—. En fin. Pero solo conmigo debe hablar. Recuerde que estos hombres no están acostumbrados a recibir consejos y mucho menos mandatos de mujeres. Este tipo de gestos solo sirven para ponerme en evidencia. Espero lo comprenda.

—Sí, pero entonces...

Sir Edmund chasqueó la lengua, gesto que sobresaltó a Anne. A su mente regresaron algunas desagradables escenas vividas.

El joven baronet tomó conciencia de su estado y lo achacó a lo que el señor Henderson había dicho sumado a sus modales desaliñados. Estaba enfadado, mucho a decir verdad, pero era

indispensable pasar página y hacer de aquella visita algo productivo y agradable a su esposa. Ya se encargaría Maurice de poner en orden ese asunto.

Se había equivocado al llevarla allí. Por primera vez en su vida no había calculado bien las consecuencias antes de proceder. Solo esperaba, aunque habían comenzado con mal pie, sacar algo bueno de todo ello.

—Entonces, vamos hacia el barracón, allí podremos hablar abiertamente sobre los cambios que anoche me sugirió. Si los hombres se enteran de que una mujer está metiendo sus narices en sus asuntos su enfado irá a mayores.

Siguieron andando un poco más, la situación era un tanto incómoda para ambos. El joven baronet no había caído en la cuenta de que su esposa pudiera tomarse la licencia de hablar tan abiertamente con el capataz, si así lo hubiese hecho la habría aleccionado acerca del asunto. No cabía en su cabeza que una mujer fuera capaz de tomarse esas libertades. En realidad le había molestado. Con aquella acción lo había dejado en evidencia, pero era necesario alcanzar su objetivo, que no era otro que atraerla, lograr que se mostrara relajada frente a sus tíos, por eso creyó que lo mejor era alejarla de allí y de algún modo advertirla de tan inconveniente proceder, así como ignorar la picazón que de inmediato había sentido en su mano por la necesidad de ponerla sobre sus rodillas, levantarle la falda y hacerla entender que su comportamiento no había sido precisamente ejemplar. Para ello debía armarse nuevamente de paciencia, relegar sus instintos más básicos al olvido y tratar con ella de una manera diferente a lo acostumbrado con el resto. Edmund miró de reojo a su esposa y carraspeó. El ceño fruncido de esta le advertía de su incomodidad y de esos pensamientos negativos que la embargaban.

—Lady Anne —rodeó con su mano la que lady Anne apoyaba en su antebrazo mientras ella alejaba su miedo con un gran esfuerzo—. Anoche estuve pensando en cuanto me ha sugerido como cambios a tomar con respecto a los intereses de los mineros y las necesidades de mantenerlos a raya. Sus alborotos son un verdadero dolor de muelas. Algunos han amenazado con marchar a trabajar a las otras minas. Por fortuna, contamos con James Ashton, de Derbyshire. Él es un hombre muy respetado en el gremio; solo por él sé que aún contamos con los braceros. Me fue difícil persuadirlo, pero cuando le dije que contaba con veinte hombres y que la mina estaba sin explotar, no dudó en venir, decía que su deseo era encontrar plomo, que estaba casi seguro de que allí abajo había en cantidad.

»Sin embargo, conforme fueron cavando la presencia de cobalto fue aumentando. Recuerdo que me dijo que no era de extrañar, pues un conocido del gremio le había comentado que ya se habían encontrado varios yacimientos en la mina Mottram St. Andrew.

—Supongo que fue algo así como un golpe de suerte. Me refiero tanto a lo del cobalto como a contar con tan preciado señor Ashton.

—No hay duda de que así ha sido —continuó De Featherstone algo más tranquilo al ver que su mujer se había recuperado. Y así fue, al menos había conseguido distraer sus sensaciones con la exposición—. Los derechos de extracción de cobalto son arrendados por una empresa de Yorkshire, la Tomlinson & Company de la Ferrybridge Pottery, por un alquiler anual de mil libras esterlinas y parece que este alquiler va a tender a subir, pues la demanda es bastante alta y

conforme pasan los días va a más. Este dinero va destinado a mis tíos, los baronets. Creo que este asunto tendré que tratarlo con sir John De Featherstone, quizá pueda llegar a un acuerdo, puesto que si ahora el baronet de estas tierras soy yo pienso que lo justo sería que los frutos de ese alquiler pasaran a pertenecerme. Quizá pueda llegar a un acuerdo si lo persuado con una participación del total.

»En fin, mi suerte es que esta mina me pertenece solo a mí y que soy el que trato directamente con la empresa, le vendo mi producto sin pagar alquiler. Así salgo ganando sin mancharnos las manos.

Lady Anne fue a hacer un comentario acerca del dinero que el tío de Edmund, el baronet sir John, conseguía gracias a unas tierras que ya no le pertenecían, pero viendo que su conocimiento acerca del título heredado y sus acuerdos aún eran casi desconocidos para ella, creyó mejor cerrar la boca y continuar con otro tipo de cuestiones. Si bien aquella forma de hacer referencia a su producto, su mina, etc., la había hecho levantar una ceja suspicaz, pues la mina solo la tenía gracias a su dote.

—¿En qué se utiliza el cobalto? Me parece un precio demasiado alto para un metal menor.

—Oh, pues en la industria de la cerámica y el cristal. De él se consigue ese pigmento azul tan característico.

—¿Puede ser que también se use para blanquear ropa? Algo creí escuchar en el mercado de New Alderley hace algún tiempo.

—En efecto —miró hacia delante—. Ah, casi estamos llegando.

Anduvieron un poco más, durante el trayecto Edmund advertía a Anne de esta o aquella roca que sobresalía de la tierra y su preocupación por que tropezara.

Llegaron al barracón. Anne quiso entrar. En realidad a sir De Featherstone no le agradaba la idea, pero en algo tenía que ceder, sobre todo para evitar que el enojo de su señora aumentara. Ya había aplacado un poco su ánimo, entreteniéndola con su charla, alimentando así sus ganas de aprender.

Cuando entraron, la muchacha quedó pasmada. Lo primero que la saludó fue un horroroso olor nauseabundo. Al parecer las pocas bacinillas que había estaban a rebosar. Catres simples apiñados unos a otros, con un colchoncillo que Anne pudo constatar que estaba relleno de paja más que pasada al levantar la manta del camastro que estaba más cercano a la puerta. El hedor era insoportable. Carecía de ventanas. Un par de chimeneas situadas en cada extremo de la nave estaban apagadas, aunque al parecer sí que las usaban al observar la fina película de ceniza que descansaba sobre las mantas y el suelo; no estaban bien construidas por lo que el humo de seguro estaría suspendido en el aire por la noche. Pasaron unos minutos hasta que se dispuso a dar su opinión de cuanto veía.

—¿Puedo hablar con claridad? —dijo consternada.

—Aún no. Mejor vamos a dar la vuelta. Quiero que vea el alrededor.

Así hicieron. De esa forma llegaron al arroyo que estaba un poco más allá.

—Bien, mi señora.

—La situación de esos hombres es insostenible —comentó con osadía—. Si me lo permites

debo de reconocer que entiendo sus protestas.

—Si he de ser sincero, yo también las entiendo —reconoció—. Mi conflicto real es con el capataz. Mientras él duerme a gusto en aquella cabaña aparte —indicó una choza de madera con ventanas a ambos lados de la puerta, situada algo más alejada del barracón—, los trabajadores se ven recluidos a la inmundicia.

La sorpresa de Anne se vio reflejada en su gesto. Después de lo vivido con Edmund no creía que fuera un hombre tan comprensivo. Más bien lo tenía por un jefe poco tolerante, aunque, a decir verdad, los empleados de The Silver Horse House no se quejaban de su trato, mas sí era cierto que lo temían.

Anne reflexionó unos instantes, tiempo que le concedió su marido para digerir todo lo que había visto. La mujer recordó el modo en que todos los vecinos se desvivían por él, para complacerle, nadie tenía un mal gesto hacia su persona.

Tal que así, rememoró aquella vez que su doncella Alice dijo que el servicio no veía bien que el señor la hubiese maltratado, pero que, a pesar de ello, le eran leales, pues les había ayudado en sus vidas, sacándoles de más de un apuro.

Quizá aún le quedaba mucho más que descubrir por parte de su esposo. Desde el día que lo conoció se había mostrado reservado, recio, distante, frío. Se había acostumbrado a esa forma de ser. Luego, vino aquel percance en su noche de bodas, donde todo lo cosechado se perdió después del huracán de sus golpes y maliciosas palabras alcoholizadas. Para ahora, presentarse un hombre comprensivo con ciertos toques cariñosos. Su frialdad seguía ahí, pero ya no iba dirigida a ella. Ahora estaba suplantada por ese fuego azul nacido del hielo de sus entrañas. Quizá ese glaciar se estaba derritiendo o simplemente era un fuego diferente al que había que acostumbrarse y sobre todo descubrir para aprender a querer.

—Entonces, ¿qué vas a hacer?

—No lo sé. La verdad es que tengo un conflicto. El Señor Henderson es un buen capataz en cuanto a llevar a raya a los trabajadores, pero es muy duro y puede traerme problemas mayores a los de ahora.

—¿Crees que si realiza los cambios sugeridos por mí, la cosa cambiaría?

—Puede que sí. La idea de hacer varios barracones divididos en habitaciones es buena. Aunque si me detengo a pensar en el coste quizá debamos llevarlo a cabo de otra manera. He pensado en la posibilidad de añadir un anexo al ya existente, que a su vez puede ser dividido en dos, y poner literas, así ahorraríamos dinero y tiempo. De tal modo, solo tendríamos que construir una chimenea más en el anexo.

—Con una ventana en cada división para que entre el aire fresco y poder airearla.

—Y quizá un par de letrinas en la parte de atrás.

—Con un pozo negro que ellos mismos limpiarían un par de veces al año.

Marido y mujer se miraron sorprendidos ante la forma tan graciosa en que iban complementando lo dicho por el uno y el otro, creando entre ambos algo que mereciera la pena. Sonrieron.

—Lo de la cocinera y su asistente no me parece tan buena idea. Hay que tener en cuenta que

esos hombres carecen de acompañamiento femenino. Ruego disculpes mi apreciación, pero es la realidad. Eso nos podría traer problemas.

—Quizá un par de hombres puedan hacer la cena. Dedicar la mitad de su jornada a la mina y luego un par de horas a la cocina.

Sir Edmund caviló unos segundos.

—No. No querrían.

—Comprendo. —Ahora fue Anne quien meditó en las posibilidades unos ínfimos instantes—. Entonces, un par de mujeres pueden venir a prepararla y luego marchar antes de que los hombres regresen. Entre ellos se pueden turnar por semanas para repartir la comida. Lo que me hace pensar que sería necesaria una habitación más donde iría la cocina; debe ser suficientemente grande como para albergar el comedor donde deben comer los... ¿cuántos trabajadores son?

—Una veintena.

—Pues para unos veinte hombres. Con una mesa lo suficientemente larga para que se sienten diez en un lado y diez en el otro; sí, con eso será suficiente. Además de un banco de la misma largura donde poder sentarse.

»Por otra parte, esas mismas mujeres pueden ser las que mantengan sus habitaciones más o menos limpias, y las que también laven sus ropas.

—Es decir, que deberíamos buscar un par de empleadas más.

—En efecto.

—Mmmmm. —Edmund se alejó unos pasos, con sus manos agarradas tras su espalda, pensando en todo aquello. El agua del arroyo quedaba a un par de metros de sus botas de montar. El frescor de la superficie alargaba su mano hasta su rostro, despejando así el hedor que había profundizado hasta su mismo cerebro. Tras un minuto giró sobre sí y desandó lo andado—. Creo que podría ser viable. He recordado que conozco a una madre y una hija. La mujer ha quedado viuda recientemente. Es más que posible que quieran el trabajo. La señora Mildred les buscará alojamiento en la granja. —Volvió a respirar, el siguiente punto a tratar ni siquiera merecía ser mencionado, pero entendía que, en ocasiones, la ineptitud de las féminas debía ser rebatida con explicaciones que las hicieran entender que no todo vale y que, a veces, es mejor pensar antes de hablar; por lo que armándose de paciencia continuó desmembrando el asunto.

»En cuanto a las visitas del médico, creo que eso es demasiado. No me opongo a que venga cuando lo necesiten, aunque debes recordar que estamos hablando de hombres, no de débiles mujeres. Además, una visita a los veinte, dos veces al año es demasiado costoso. Lo que me lleva a la sugerencia de descansar cada cuatro horas. —Volvió a hacer un nuevo esfuerzo en fortificar su paciencia.

»La bajada a la mina no es sencilla. Algunos deben andar durante una hora, por lo que me parece muy poco tiempo de trabajo. Si tardan una hora en bajar y otra en salir, solo trabajarían durante dos. Creo que ese asunto debe quedar en manos del capataz. Él mejor que nadie conoce a esos hombres.

—¿Y la cuestión del correo y el día libre? —preguntó animada a pesar del cariz que habían tomado las cosas.

—El día libre ya lo tienen. Y ya he dado la orden para que los abastezcan de los útiles necesarios para la correspondencia.

—Creo que esto será suficiente para aplacar sus humos.

—Eso espero. Siempre y cuando el capataz admita todos los puntos. Al parecer lo del correo no le ha sentado muy bien. Dice que eso distraerá sus ánimos; aunque, al final, haya claudicado.

Anne calló un segundo. Un rayo cruzó su mirada. No entendía cuál era el poder que tenía el tal Henderson sobre su marido. De ese modo, quiso evidenciar su posición.

—Olvidas una cosa, sir Edmund. Tú eres el jefe del capataz, dueño de estas tierras y baronet de de Alderley Edge, ¿no debería acatar tus mandatos?

Y con las mismas comenzó a andar, de regreso en busca de lady Blue. Aquel capataz no le caía nada bien. Su halo negro podía con ella. Era un ser oscuro que nada bueno traía.

Y Edmund, él sabía cuál era la razón que lo ataba a soportar ciertos desaires, aunque a veces respondiera con contundencia esas subidas de tono. Pero Henderson sabía algo, algo que nunca jamás podía salir a la luz. Algo que tiraría por tierra su vida entera. Y solo por eso hacía la vista gorda a su comportamiento.

Capítulo 10

El día pasó rápido en la granja. Después del almuerzo unos jirones de nubes fueron ensombreciendo los árboles y matorrales, desproveyéndolos de cualquier sombra que el sol hubo arrojado en la jornada anterior. También se levantó algo de viento, acompañado de una bajada de temperaturas drástica, no tan intensa como para tener que hacer acopio del abrigo de lana, pero sí lo suficiente como para cerrar ventanas y puertas y así mantener dentro el calor del hogar prendido.

Así pasó la tarde Anne, practicando una nueva partitura que su esposo le recomendó para mejorar la agilidad de sus dedos. Se trataba de uno de los himnos del gran Isaac Watts; por supuesto, no se animó a entonar su canto, su garganta no presumía de contar con ese tipo de don. Era una bonita pieza compuesta para órgano y que ella trataba de acoplar lo mejor que podía a las teclas y cuerdas de su piano. Sus notas, a veces sostenidas, le hicieron recordar las últimas palabras escritas, hacía rato, en una carta a su tía. La cual estaba segura, andaría preocupada por su bienestar. Aunque estaba en lo cierto al pensar que sabía de ella por parte del correo que continuaría intercambiando con su hermana, Constance Collingwood.

Queridísima tía Grace,

Deseo de todo corazón que esta carta os encuentre a usted y al señor Emmerson en perfecto estado de salud.

Hace tiempo que vengo buscando el momento de poder escribirle. Estas semanas han sido de lo más vertiginosas. Supongo que conocerá por mi madre que he estado enferma, una extraña enfermedad ha revuelto mis humores, manteniéndome alejada de todos.

Anne paró unos segundos la escritura, pensando en la clase tan diferente de afección que realmente había padecido. Suspiró profundamente, no podía evitar que su estómago aún se contrajera, lo ocurrido era todavía reciente y le dolía en el alma. Sabía que jamás lograría desprenderse de esos hechos por completo, pero hoy por hoy era necesario seguir adelante y evitar a sus familiares sufrir por algo que ya no tenía remedio y que trataban de solventar Edmund y ella como marido y mujer.

Mojó la punta de la pluma en el tintero y continuó:

Por fortuna, ya estoy recuperada y, por fin, puedo volver a veros y, sobre todo, a escribiros. Ya todo eso pasó y puedo afirmar que me encuentro muy bien de salud y que, gracias a Dios, estoy saliendo a cabalgar. Supongo que puede imaginar lo mucho que he echado de menos mis paseos por el bosque. Volver a oler el verde de sus hojas y ver los ligeros tonos cobrizos que los zorros dejan suspendidos en el aire al huir hacia sus escondrijos, me ha devuelto el ánimo.

Por fin mis padres podrán venir a cenar a casa. Ardo en deseos de poder estrecharlos entre mis brazos y poder comprobar por mí misma el estado de salud de mi padre. Supongo que sabrá que, al parecer, sigue igual y que posiblemente quede así para siempre, padece las dolencias desde hace más de un año como para abrigar la esperanza de que puede haber una mejoría mayor. Me apena mucho su suerte y a veces deseo poder estar en The Meadows para colaborar como pueda. Quizá distraerlo con mi charla o compartiendo con él algún paseo. Pero claro, desafortunadamente, él se cansaría pronto. Aunque, bueno, sí que sería posible sentarme con él en el jardín y admirar nuestro bosque.

De nuevo su mente hizo incisos entre las letras que imprimía sobre el papel. Sí, era cierto, la salud de su padre la preocupaba, y sí, también le hubiese gustado poder cuidar de él. Pero no podía evitar pensar que esa, precisamente, fue una de las causas de mayor peso para transigir en cuanto a aquella decisión que tuvo que tomar durante las vacaciones forzadas que se tomó con su tía un par de meses después del compromiso con Edmund. A cuánto tuvo que sacrificar por el bien de su padre, por su salud, por el bien de The Meadows. Su vida quedó atrás. Deseaba poder preguntar, saber cómo iban las cosas, saber de...

Pero no se atrevía. Prometió no hacerlo. Y, sin embargo...

Limpió la esquina mojada de su ojo y continuó, tal y como le ordenaron debía hacer, apartando aquellos meses de su futuro, alejándose más y más en el tiempo, pero no así del cariño, de saber que parte de ella se quedaba en el pasado y que sabía que jamás podría volver a tener. Que jamás, como así deseaba más que nada en el mundo, podría cuidarlo como quizá, por muy remoto que pareciera por su circunstancia, podía cuidar de su padre.

Volvió a sumergir la pluma en la tinta.

Como decía, están invitados a The Silver Horse House, supongo que mi madre habrá tenido a bien comunicarle que vamos a recibir la agradable visita de los baronets De Featherstone. En realidad estoy impaciente por su llegada, no tuve la oportunidad de departir con ellos cuando los conocí. El día de la boda vinieron con el tiempo justo por causa de sus muchos compromisos y marcha ron igual de rápido para continuar atendiendo sus obligaciones. Esta constante desazón con la amenaza de la gran guerra, algo tan inminente como dice sir Edmund, me tiene algo nerviosa. Espero que algún día acabe todo esto. Me apena pensar en aquellos soldados que pierden la vida en el frente. ¿Vale la pena tanta muerte?

El pensar en la posible contienda con Francia le hizo reavivar su deseo por saber. Era consciente de su promesa, pero de igual manera era consciente de que tenía todo el derecho del mundo a preguntar. Ella lo entregó todo. Sí, en efecto, había sido la que había metido la pata, pero eso no podía obligarla a no sentir. Cosa imposible era dejar ese tipo de sentimientos, lo vivido, atrás.

Al diablo con todo. Una sola pregunta haría, pues sabía que no había mejor persona que su tía para abrigar la posibilidad de una respuesta. La señora Grace Emmerson hizo una promesa y sabía que la estaba llevando a cabo. Su tía no era el tipo de mujer que traicionaba a su familia. Solo debía encontrar la manera de preguntar para no levantar sospechas y que, además, su tía Grace supiera interpretar. Releyó lo hasta ese momento escrito y creyó saber cómo preguntar sin levantar pesquisas.

Tía, una sola pregunta le hago, espero comprenda mi desazón y tenga a bien de responderme. No es mucho lo que le pido, tan solo dos o tres letras referentes a este asunto que si se pone en mi pellejo entenderá, ¿sabe algo del norte¿todo bien en Francia?

Bueno, tía, no quiero entristecerle con este tipo de asuntos. De seguro el señor Emmerson le tiene al tanto sobre estas cuestiones.

Una vez grabadas las palabras sobre la hoja se sintió mejor. Aquella soberbia que en ocasiones bullía en su interior se sintió aplacada. Se lo merecía, después de lo sacrificado tenía derecho a conocer, a saber. Ya que sus manos no volverían a tocar aquel dulce tacto, ni su nariz volvería a oler aquel bálsamo tan puro y tampoco sus oídos volverían a escuchar esos tiernos murmullos, se merecía saber si todo iba bien. Poco pedía para lo mucho que había entregado y estaba segura de que su tía sabría interpretar la pregunta.

Una gota cayó sobre la hoja. Desconcertada fue a secarla deprisa pensando que se trataba del sobrante de tinta que seguro había ido resbalando por la punta de la pluma. Pero no, no era tinta, sino una lágrima, compuesta de agua salina y de todo el dolor que el recordar le provocaba, más el tener que dominarse a cada instante para no salir corriendo y mandar al diablo todo.

Así, después de secar con su manga la humedad que había quedado entretejida en sus pestañas sin llegar a caer, llenó sus pulmones de aire y lo soltó poco a poco, llevándose con él los restos de aquella desazón y continuar así como si nada, o casi. Porque aún sus latidos continuaban brincando violentos. La marea en su interior estaba aún alborotada.

Supongo que se preguntará cómo está siendo mi nueva vida. Los primeros días fueron algo caóticos, pero al final me hice a todo lo que me rodea y ya estoy comenzando a sentirme cómoda.

De forma inconsciente volvió a tomar aire por la nariz y a soltarlo. Su propio cuerpo buscaba una vía de escape a la tormenta que en su interior batallaba. Y tuvo éxito, gracias a Dios lo tuvo, y logró, conforme trataba otros asuntos, encauzar sus pensamientos hacia canales más serenos.

Los sirvientes son amables conmigo, me tratan con respeto, noto que nos estamos tomando cariño, cosa que me agrada, pues no me hacen sentir como una intrusa, sino como la señora de la casa, a quien se le debe respeto, pero a quien también se la quiere. Me enorgullezco de eso, tía Grace. Me complace poder sentirme querida como así lo sentía en The Meadows.

Esta mañana he marchado con sir De Featherstone hacia la mina que, como sabrá, es otro de sus negocios. Es increíble el cambio que se ha producido en aquel lugar. Aún hay asuntos que tratar para que mejore más, pero tiene muy buenas perspectivas.

Suspiró.

Podría estar escribiéndole hojas y más hojas, hasta quedarme sin tinta y sin pluma, de las tantas veces que tendría que afilar su punta, pero ya habrá más ocasiones para la correspondencia. Prometo hablarle de los baronets en mi próxima misiva. La realidad es que me dieron muy buena impresión y sé que no me defraudarán.

Con el deseo de verlos pronto, un afectuoso abrazo de

Lady Anne De Featherstone

—No olvides incluir tu título.

La muchacha dio un brinco al escuchar la voz de Edmund casi pegada a su oreja.

—Oh.

Baronetesa de Alderley Edge

Firmó el escrito con un corazón que golpeaba alterado en su pecho, mandando los ecos de sus golpes a su esternón, su cuello y sus sienes.

¿De dónde había salido su marido? No lo había escuchado entrar en el saloncito, donde ella se recluía normalmente; aquel espacio era solo suyo, y nunca había entrado su esposo en él. Si bien, allí estaba, tras ella, leyendo por encima de su hombro.

Guardó para sí la interjección temerosa que había estado a punto de salir por su boca al pensar que pudiese haber leído la parte en que... la parte donde... la pregunta que tanto esfuerzo le había costado realizar a su tía. Esperaba que no, deseaba con ahínco que no. Eso sería del todo irracional e inapropiado. Las consecuencias podían llegar a ser nefastas.

Pero no, dijo dando un manotazo imaginario a su pánico. Si así lo hiciera tampoco podía saber a qué se refería. No, no. Aunque Edmund lo hubiese leído sería incapaz de comprender. Y si preguntaba, en todo caso, podía inventarse cualquier cosa. Podía decir que estaba preocupada por la guerra, que temía que pudiera llegar hasta Alderley Edge.

Así, se armó de valor y buscando una treta para poder desviar su atención de aquel papel, solucionó vestir su proceder con el traje de gala del coqueteo. Estaba segura de que daría resultado, por mucho que aquella acción todavía la repugnara.

—Gracias por tu corrección, mi querido esposo —dijo con tono dulce mientras doblaba el papel—. La falta de costumbre me hace olvidar que gracias a ti poseo un título nobiliario —metió el escrito en un sobre y tomó el tampón de cera para derretirlo y sellar así su contenido, alejándolo de miradas indiscretas—. Mal es mi proceder si lo olvido.

Observó cómo la cera se derretía cayendo sobre el pliego del sobre como sangre espesa. Luego tomó el sello y lo apretó, dejando impreso en la mancha el escudo de su marido, el que ahora también pertenecía a ella.

Una vez hecho, apartó el envoltorio a un lado y se levantó para enfrentar a su esposo.

Una arruga interrogante atravesaba su frente. Por primera vez, lady Anne se atrevió a tocar su piel. Era necesario apartar a Edmund de cualquier duda con respecto a lo que quizá sí o quizá no había leído. Era crucial alejarlo.

Con un frío dedo delineó aquella arruga que desapareció instantáneamente al verse el baronet sorprendido por aquella acción.

En efecto, lo que había leído lo había extrañado, especialmente al saber de primera mano que casi podía constatar que su mujer guardaba secretos, y el volver a entender que había tenido una vida aparte, de la que no sabía todo, lo ponía enfermo. Tanto como para poner en riesgo la entereza con que estaba llevando el asunto. Además, esa forma de preguntar había sido extraña. ¿Estaría preguntando por Humphrey? Imposible después de lo que creía le había hecho. Todo

aquello que escapaba a su control lo desconcertaba. ¿El norte? ¿Francia? Debía indagar sobre ello. Pero no era momento de preguntar, y mucho menos en aquel instante en que había sentido el tacto de su esposa por primera vez; un arrebato tomado por ella misma. Continuaría indagando con sigilo para no levantar sospechas.

Oh, qué gozo poder sentir el tacto de la yema de su dedo. Frío y agradable. Necesitaba sentirla. Fue como si su cielo hubiese estado atestado de nubes, cargando el ambiente, cubriendo cada hueco con una pesadez que ensombrecía su mundo, haciendo que sus defectos volvieran a despertar, ahora, ya que los tenía dormidos, aunque latentes. Fue como si aquellas nubes desaparecieran empujadas por el simple roce de la yema de uno de sus dedos y en su lugar quedara una bóveda celeste, limpia de imperfecciones, clara, luminosa.

Lady De Featherstone observó que tenía mal puesta una de las solapas de su camisa. Así, testigo del cambio de actitud para bien de su marido, aproximó las manos a su cuello y con delicadeza consiguió arreglar el desperfecto, consciente del tímido roce de su piel contra la garganta varonil.

—Ya está. Ahora es perfecto —dijo sonriendo, mientras lo miraba fijamente a los ojos.

Edmund le devolvió la sonrisa y envalentonado la tomó de los hombros, acercó su rostro y después de unos segundos en los que se entretuvo en admirar la faz femenina, la besó intensamente. Su deseo por ella estaba llegando a los límites de la cordura.

—No sabes lo que significa para mí que me toques —confesó sobre sus labios—. He estado rogando por este momento durante horas. Oh, Anne, te deseo tanto. Pero entiendo que aún es pronto, que todavía es necesario que pase el tiempo, que entiendas que no soy como... que yo...

—Shshshshs. No digas nada —dijo poniendo un dedo sobre sus labios—. No es necesario que pongas palabras a tus sentimientos. Me hago cargo de tu necesidad como hombre y agradezco que respetes la mía haciendo acopio de paciencia. Este hecho dice mucho de ti y de tu sincero arrepentimiento.

Sir De Featherstone volvió a estrecharla entre sus brazos. Su agarre, así como sus besos, fue ganando en intensidad. Dejó a sus manos vagar por las líneas marcadas de su figura, el deseo era ya casi irrefrenable, si continuaba así sería capaz de poseerla allí mismo.

—Mi lady —interrumpió Alice desde la puerta.

—¡Qué! —exclamó De Featherstone furioso ante tan superlativa interrupción después de chasquear la lengua. ¡¿Qué clase de trato era ese, en que la criada tenía la libertad de entrar a una estancia sin antes llamar a la puerta?!

La sirvienta había hablado casi antes de llegar a la estancia, a sabiendas, eso creía, de que lady Anne siempre estaba sola en aquella habitación.

—Le pido mil disculpas, sir De Featherstone. —Sumamente ruborizada, Alice hizo el amago de salir al tomar el picaporte con la intención de huir de allí. Un sudor repentino cubrió su espalda.

—¡Señorita Alice, quédese donde está! —ordenó furioso y se giró sobre sus talones para encarar a la criada. Alice se mordió el labio intranquila y comenzó a restregar las manos nerviosas que agarraban su delantal—. Me parece que se le han olvidado algunos de sus

modales. —Edmund por su parte se mostraba implacable, frío como una glaciar—. Así como quiénes son su señores. He de decirle que me desagrada en demasía la forma en que ha avasallado esta estancia. Lo mínimo que se le pide es llamar antes de entrar. Parece que ha olvidado que es usted una sirvienta. ¡Mi sirvienta!

—Por favor —rogó Anne en un murmullo acariciando la mano de su esposo—, permíteme ser yo quien hable con ella.

—¡Calla! —gritó este mirando a su mujer con severidad. Por suerte se interrumpió a tiempo. El miedo asomaba de nuevo en el rostro de lady Anne, tanto así que incluso dio un paso hacia atrás y se encogió sobre sí misma. Por unos segundos había perdido el dominio de sí mismo. No daba crédito a la forma de actuar de la sirvienta. ¿Acaso se había vuelto tan blando como para que los criados se tomaran ese tipo de licencias: entrando en las habitaciones como dueños? Pero, debía apaciguarse, debía volver a aplacar su temperamento original. Ya habría tiempo de hacer entender a la criada cuál era su posición y cuál tenía que ser su proceder en aquella casa—. Oh, perdóname, mi querida esposa. No era mi intención tratarla así. No debí...

De Featherstone, después de echar una mirada severa a la criada en la que se leía que le echaba la culpa de su terrible proceder con respecto a su mujer, salvó aquel paso distanciado y depositó un beso sobre la frente de su esposa y volvió a abrazarla. El miedo en los ojos de su señora delató el momento en que la herida que poco a poco estaba consiguiendo cerrar se había vuelto a abrir, reactivando la distancia que había conseguido vencer. Era necesaria una actuación rápida para que no se alejara más.

—Señorita Alice, vaya a las cocinas —dijo con aspereza, algo más sosegado de espaldas a la sirvienta mientras aún abrazaba a su mujer, quien temblaba entre sus manos.

—Sí, sir Featherstone. —La doncella fue a salir, pero antes—: Les pido mil disculpas, sir y lady De Featherstone —suplicó con cierta agitación en su voz—. No sé qué me ha pasado por la cabeza. Mi forma de actuar ha sido lamentable —hizo una pausa—. Debo decirles que comprenderé su decisión si creen que lo mejor es despedirme.

Edmund giró el rostro hacia ella. El frío en su semblante era capaz de congelar la habitación.

—Sí, su proceder ha sido lamentable —bufó por la nariz—. Ahora necesito pensar. Esta tarde conocerá cuál es mi decisión.

Y así marchó la criada. Después de despedirse con una inclinación cerró tras de sí, asustada por sí misma y preocupada por su señora.

—Lo lamento —se excusó sobre el pelo de su esposa—. Espero sepas perdonar mi proceder. —Pasaron unos segundos de silencio—. Te ruego tengas a bien decir algo, ya sea bueno o malo.

Anne se zafó de su abrazo y fue hasta una de las paredes. Quedó frente a un cuadro, un paisaje de cacería. El zorro estaba rodeado de perros blancos moteados de negro, agazapado, muerto de miedo mientras un jinete vestido de rojo apuntaba con su fusil, entretanto el resto de los cazadores llegaban montados en sus caballos; altivos, dominantes, poderosos.

Era como una alegoría a la situación de su doncella frente a su marido. Así como la suya propia. Por fortuna, sir Edmund había levantado su veto y ahora como señora de la casa tenía el poder de interceder.

—Entiendo que la forma de actuar de la señorita Alice no ha sido la más adecuada, pero es mi obligación interceder por ella. —Juntó sus manos frente a su vientre, en un movimiento dócil, pero que destilaba seguridad; apacible. La realidad es que no sabía de dónde sacaba las fuerzas, de dónde surgía esa garra para con la vida. Se giró para mirar a su marido—. No deseo perder su compañía, me siento a gusto en su presencia. Comprende que no es fácil para una mujer ponerse en manos de una persona extraña y con ella he conseguido la suficiente confianza como para que mi pudor ya no se vea sobrepasado.

»Por otra parte, entiendo que sea preciso hacerle entender que su comportamiento no ha sido el adecuado. Pero, sir Edmund, mira a tu alrededor —indicó el ruido y ajetreo que llegaba desde los pasillos y habitaciones de la vivienda—, todos los sirvientes están nerviosos ante la llegada de los baronets, la casa está alborotada, bulle porque todo esté perfecto y dispuesto para que tus tíos se encuentren a gusto y puedan contar a sus amigos la agradable estancia que han disfrutado en The Silver Horse House, el hogar de su sobrino favorito, el baronet sir Edmund De Featherstone. Estoy segura de que la señorita Alice, sometida a un trabajo extenuante, pues la señora Mildred ha sumado a sus tareas la de sacar brillo a la plata y lavar las cortinas y manteles de toda la casa, pues que estoy segura de que ni siquiera ha sido consciente de su mal proceder.

Acabó contenta consigo misma por encontrar unas razones de peso para poder disculpar la actitud de la muchacha. Aquella a la que debía tanto, aquella de la que nunca olvidaría esos momentos pasados vividos en el encierro de la habitación que fue testigo de su padecer.

—Mmfmmfm. —Chasqueó la lengua—. Puede que tengas razón, pero aun así es necesario tener una conversación seria con ella. —Meditó unos segundos y luego volvió la atención a su esposa. Lo miraba con los ojos bien abiertos, expectantes aunque seguros. El contraluz incidía sobre su figura dándole un aspecto angelical.

»La señorita Alice no sabe la suerte que tiene de tenerla como su señora —se acercó hasta ella con tranquilidad. No quería espantarla de nuevo—. Solo eso hace que necesite meditar sobre este asunto. Ahora permíteme abrazarte y aplacar la zozobra que te atormenta.

Mientras tocaba el piano recordaba todos estos hechos, sucedidos unas pocas horas atrás. El modo en que Edmund la había abrazado con suavidad, pero con urgencia, lo notó en la tensión de sus hombros y en el ejercicio de contención de su temperamento. Renovó sus promesas, aseguró su buen hacer y la intención de continuar así.

En ese instante estaría solucionando todo el asunto con la señora Mildred y la señorita Alice. Esperaba que, tal y como había solicitado, Alice continuara siendo su doncella, demasiadas cosas había vivido junto a esa muchacha, lo que las unía iba más allá del trabajo servil, eran amigas y así deseaba que continuara siendo. Difícil le sería volver a confiar en otra persona extraña.

Al poco rato entró Edmund en el salón. Anne continuó tocando el piano, no quería mostrarse ansiosa. Sabía que era necesario dar tiempo a su marido para recuperarse. Se sentó a su lado, lady Anne se movió un poco para dejarle espacio y, tras escuchar unos segundos, Featherstone quitó la partitura del atril y en su lugar colocó otra. Su semblante mostraba un rictus severo y gélido. Sus movimientos eran reposados. Luego dio un beso sobre el hombro de su mujer y posó sus manos sobre las teclas después de chasquear la lengua. Estaba obviamente malhumorado.

—Uno de mis más hermosos recuerdos es el día que toqué contigo aquella hermosa partitura de Wolfgang Amadeus Mozart, lo recuerdo como si hubiese sido hoy, *Concierto para dos pianos K488.* Me sentí especialmente bien. Una sensación extraña en mí por lo estresante que, por regla general, es mi vida, como ya sabes y conoces. Los negocios, la granja es algo que, en más ocasiones de las que deseara, puede llegar a sobrepasarme, aunque nunca lo consigan —bufó.

»¿Sería mi esposa tan amable de volver a interpretar juntos una nueva pieza? —Anne afirmó poniendo sus manos sobre las suaves teclas del instrumento. Temía su cercanía, su malhumor sobrepasaba su entereza, pero debía confiar, era necesario.

»Quizá la conozcas. Está compuesta por Charles Burney; es una sonata para piano a cuatro manos. Espero que te guste y, si se nos da bien, es mi deseo ofrecer a los baronets una demostración. —Corrigió su postura para comenzar a tocar.

»Ah, luego me gustaría mostrarte una cosa. Un pequeño detalle que ha llegado durante la mañana. Pero dejemos ahora de charlar y disfrutemos con la música. El perfecto bálsamo que aleja de nosotros la turbación.

Y así comenzaron a hacer vibrar las cuerdas del piano. Era una bonita y compleja pieza, al menos para la destreza de Anne, con pinceladas veraniegas y toques melancólicos que hizo las delicias de la tarde. Por suerte, pocas fueron las ocasiones en que se equivocó. Y disfrutó, al igual que Edmund, quien no paraba de sonreír aun ante los fallos que los dedos de su esposa cometían. Para su perplejidad, pasaron un rato agradable, uno más que sumar a los que últimamente se daban.

Llegó la cena y con ella la hora de dormir y de nuevo cada uno fue a sus aposentos después de darse las buenas noches bajo el dintel de la puerta que conectaba ambas habitaciones.

* * *

Entre sueños, Anne escuchó los murmullos del piano que fueron alejándose mientras Morfeo volvía a traerla a su realidad de velos, brumas, escarcha y fuego. Donde sus deseos se hacían realidad y donde sus pesadillas cobraban vida de tal forma que creía desfallecer en las telas que cubrían su colchón.

Estaba bien entrada la mañana cuando Alice la despertó. Su rictus era serio y distante. Después de un lánguido buenos días nada más agregó, mientras rebuscaba en el armario los ropajes que luciría esa mañana.

Anne respetó su silencio, supuso que después del altercado del día anterior se encontraba demasiado afectada.

La ayudó a asearse y vestirse. Su rostro mostraba ojeras y sus labios así como sus ojos los tenía algo hinchados por el llanto que seguro la acompañó durante la noche, entretanto el resto de la casa dormía. Sus gestos eran pesados y lentos frente a los que normalmente la dotaban de energía y vitalidad. Pasaban los minutos y continuaba sin decir nada, ni tan siquiera miraba a Anne, echaba de menos a aquella muchacha risueña que hablaba sobre el bonito despertar del día y sobre cualquier trastada que habían hecho las ovejas o los perros de la granja.

Fue a ponerle la última prenda que daría por finalizada la ceremonia diaria: el mantoncillo que abrigaría su cuello y su torso, al parecer el amanecer había traído consigo algo más de frío y su cercanía mostró la tristeza que se bañaba en su mirada.

—Alice, ¿qué le ocurre?

La sirvienta hizo un gesto de negación con la cabeza.

—Por el amor de Dios, muchacha, no puede ser por lo de ayer. Está aquí conmigo, así que supongo que mi marido no fue tan duro.

Continuó sin decir nada, afanada en terminar de colocar la tela. En su perfil bajo, Anne pudo intuir que contraía su cara, como si una punzada de dolor cruzara su semblante.

—Bendito sea. Le ordeno que me hable, no debe preocuparse más por su actuación. Ya está todo zanjado.

La criada continuaba con la cabeza gacha, escondiendo su rostro a las palabras de Anne. Esta, que no podía soportar por más tiempo su silencio, la tomó de la barbilla y la obligó a enfrentarla. Dos ojos llenos de lágrimas a punto de saltar como si de un precipicio se tratara y buscaran el suicidio, la miraban tristes, arrepentidos, sin vida.

Anne no pudo evitar abrazarla con fuerza, la criada se encogía entre sus brazos y comenzó a llorar con más violencia.

—Vamos, vamos. Estese tranquila. Comprendo que se sienta decaída. Desde luego por mi parte nada tiene que hacerla sufrir. Comprendo su actuación, la angustia bajo la que está desempeñando sus quehaceres. Ande, no se apure. Usted es una buena muchacha de la que ninguna queja tengo.

Poco a poco Alice se deshizo de su abrazo, al igual que poco a poco fue volviendo a la calma. Así, fue a dar por zanjada aquella charla.

—Gracias, lady Anne.

Giró sobre sí misma, recogió la ropa de cama para llevarla a lavar y luego se encaminó hacia la puerta.

—Alice, no debe temer nada. Le hice entender al señor que me es imposible prescindir de su servicio. Yo le pedí a sir Edmund que no la dejara marchar.

La doncella abrió la puerta y, sin darse la vuelta, se pronunció con voz temblorosa para después salir.

—No debió hacerlo. Hubiese sido mejor dejarme ir.

Capítulo 11

—Oh, no debe preocuparse por su barco, señor Humphrey. El capitán Johnson me dijo que estaba en buenas manos y, la verdad, es que yo le creo.

—Señor, no es mi deseo importunarle, pero creo recordar que fue usted el que me dijo que no había que confiar en los mercaderes.

—Vaya, noto un deje malhumorado. Por esta vez, lo ignoraré, pues créame cuando le digo que le entiendo. Pero, volviendo a lo que me acusa, ciertamente, así es. Y lo sigo manteniendo, los comerciantes son excelentes regatistas que siempre se llevan la mejor parte. Pero, aunque faltando a mi palabra, confieso que ese hombre es muy valioso. No en vano se reveló cuando mis soldados le explicaron que usted no regresaría.

—Me hago cargo. Sin embargo, ha sido a mí a quien ha raptado aun a sabiendas de que no tengo nada que ver con los negocios de esclavos.

—Oh, pobre damisela en apuros. No veo por qué motivo ha de quejarse. A mi parecer, está teniendo un trato bastante favorable.

—Señor, usted me ha encerrado en este barco con la única excusa de mi valía como hombre. Usted y yo sabemos que no tengo madera de soldado. Además, tengo asuntos que resolver en Inglaterra de inmediato. No puedo demorarme mucho más.

—Estoy seguro de que su tío entenderá que me es indispensable y que, además, alabará su entrega a la corona.

—¿Mi entrega a la corona? Yo no...

—Cuidado, señor De Featherstone, cuide su lengua. No quiera acabar sus días en una cárcel mugrienta.

Humphrey exhaló ruidosamente.

—¿Quiere revelarme qué hago aquí? Le repito que no soy soldado.

—En efecto, no lo es. Pero es mercader, y le necesito para una serie de negocios. Me he tomado la libertad de indagar un poco, y he preguntado quién es ese tal Chief Blue Jacket. Lleva usted una vida muy interesante. ¿Por qué esconde su verdadera identidad?

—Primero, debo confesar que no entiendo cómo ha podido usted indagar sobre mí desde este navío. Supongo que estará dotado con virtudes místicas. Y en segundo lugar, reitero lo dicho, se escapa a mi entender cómo ha llegado a saber de mi vida privada.

—Señor De Featherstone, no menosprecie mis recursos. Durante la noche que estábamos cerca de puerto pude averiguar algunas cosas, luego até cabos y, ya ve, al parecer mis influencias y contactos no han errado.

Humphrey miró hacia otro lado. Siempre había sido muy celoso de su vida privada, sobre todo la concerniente a sus negocios. Siempre había preferido usar apodos, para evitar que llegara a

oídos de su familia su realidad. Él solo quería estar lejos, vivir la vida a su manera, solo así podía evitar tener que dar explicaciones. No deseaba que su hermano llegara a saber que, en realidad, su patrimonio era de lo más suculento, pues temía que usara sus influencias para arrebatarle cuanto poseía. Prefería mil veces que creyese que era un don nadie, solo así podía mantener apaciguada a la bestia.

Años atrás hizo una promesa, una que cada día que pasaba pesaba más, como la losa de un ataúd que guarda a un hombre que todavía respira, mientras este lucha por moverla, arañando su superficie hasta desgarrarse las uñas, grita y nadie le escucha y el oxígeno se va consumiendo. ¡Maldita fuera la hora en que la realizó!

Recordó el momento en la entrada del internado, su padre, el señor Richard De Featherstone, estaba junto a él con el semblante serio y reflexivo, habían hablado acerca de lo necesario de su internamiento, lo productivo que sería para él vivir esa experiencia, allí se haría un hombre. Pero Humphrey no estaba tan seguro. En efecto, necesitaba salir de su casa, estar lejos, los muchachos de las otras familias también habían sido internados en diferentes colegios, pero había que ser realista, la única razón por la que él estaba allí era por la esposa de su padre y por su hermano. Sabía que su mujer no soportaba a los hijos del primer matrimonio De Featherstone, pero ¿eso? ¿Acaso no estaba traicionando a su primera esposa? ¿Aquella que había dado su vida, literal, por sus hijos varones?

—Humphrey —su padre lo agarró del hombro cuando fue a marcharse después de una fría despedida—, necesito que entiendas mis razones.

—Padre, no las comprendo, pero acataré sus órdenes, tal y como se espera de un buen hijo.

—Lo has sido sí. Pero entiende mi posición, tu madrastra. No puedo hacerla sufrir más. Ella no está preparada para cuidar de vosotros.

—Pero sí de su hijo.

—Eso es diferente. —El joven Humphrey miró hacia otro lado ocultando su gesto emponzoñado en rabia—. Yo necesito una mujer serena, una que no esté atormentada por sus nervios, y tu hermano y tú sois...

—Un estorbo.

—No, no es eso. Vosotros estáis todo el día peleando.

—Pero usted no lo entiende, no está en casa para saber qué pasa realmente, si se parara a escucharme le aseguro que lo comprendería. Desde que esa señora entró en nuestro hogar todo se convirtió en un infierno. Sus castigos son severos e infundados. Edmund y yo...

—Hijo, ella os alecciona como lo hace con su hijo. Es la única manera en que os puede hacer entrar en razón. No podéis pelear por el resto de vuestra vida, tenéis que parar. Debes hacerme esa promesa, por la memoria de tu madre, ¡dejad de pelear!

El joven muchacho hizo una pausa sopesando su respuesta.

—Padre, por mi parte no habrá más problemas, le doy mi palabra de caballero: prometo evitar disputas con Edmund. Pero le hago una pregunta antes de marchar, ¿nuestra madre haría algo así?

El señor De Featherstone lo miró a los ojos y luego los bajó al suelo.

—Ya me lo temía. Entonces ya tiene su respuesta y creo que por fin puede llegar a comprendernos. Esa señora no es mi madre y nunca lo será. No espere por mi parte que la quiera ni siquiera que la respete. ¡Esa mujer es una bruja!

El Señor De Featherstone le propinó un puñetazo en el estómago.

—Te ordeno que ates tu lengua antes de hablar de mi esposa. Desde ahora te exijo respeto hacia esa mujer. Ciertamente, acabas de abrirme los ojos, pues lo único que veo es que mi esposa tiene razón y que tú eres el peor de los dos.

Y sin mediar ni una palabra más le dio la espalda y se fue.

¡Maldita fuera la hora en que lo prometió! Solo esa razón lo ataba de pies y manos, por esa única razón había evitado tomar partido en tantas cosas. Su palabra le pesaba en el alma. Pero la balanza no era equitativa, pues Edmund se subía sobre él una y otra vez. ¡Malditos lazos de caballero que lo sujetaban a un sinsentido!

—Supongo que se preguntará a qué negocios hago referencia y estoy encantado de desvelarle que me refiero al de la esclavitud. —Las palabras del capitán Collier lo trajeron de regreso al presente. Humphrey arrugó el entrecejo.

—Capitán, ahora sí que es cierto que me deja fuera de juego, pues no comprendo de qué modo puedo serle útil. Usted ha sido testigo de mi ignorancia con respecto a ese negocio. No sé quién se pueda dedicar a esas deshonrosas labores.

El señor Collier fijó sus pupilas en su rostro estudiándolo una vez más, al parecer era una de sus características.

—Me cree necio —Humphrey fue a hablar, pero el capitán lo detuvo con el solo movimiento de su dedo índice—. No pregunto, estoy afirmando. En verdad usted me cree necio. ¿De verdad piensa que he llegado a dar credibilidad a un ápice de lo que ha contado su amigo? ¿Realmente, ha llegado a subestimarme? Siento decirle que no creo una sola palabra, aunque mantengo la mía con respecto al valor de los mercaderes, gentes que se las saben todas. ¿En serio piensa que iba a hacerme creer que desconocía que trasladaba a esclavos? Ni por un solo instante, señor De Featherstone.

—¿Entonces?

—Entonces, le llevo conmigo para usarlo como moneda de cambio. Supongo que siendo quien es valdrá su peso en oro, o en este caso en vidas humanas, que son transportadas de la peor manera en la barriga de una embarcación que a duras penas llegan a puerto y que son subastadas al mejor postor. Por lo que espero conseguir no solo nombres, lugares y fechas, a eso voy a añadirle un barco entero cargado de esclavos. No crea que me conformo con el título de capitán, quiero el reconocimiento de la corona.

—Capitán Collier, a riesgo de parecer repetitivo, le hago saber una vez más, que no tengo la menor noción de ese tipo de negocios y que exijo que me lleve hasta el puerto más cercano o, en su defecto, hasta el navío más cercano para llegar a Inglaterra lo antes posible.

—Eso no va a suceder.

—Si tanta amistad le une a mi tío el baronet sir John, no entiendo por qué la pone riesgo.

—Ay, señor De Featherstone, que yo sepa, a quien llevo en mi barco es a Chief Blue Jacket, o

puede que quizá sea Sorcolas.

—Surcaolas.

—Da lo mismo, ¿se trata de un contrabandista o un mercader? ¿O quizá el espía que le pasa información a Oriente?

—¿Cómo?

—Señor Humphrey, yo lo sé todo. Otra cosa es que no abra la boca. Por lo que le invito a seguir como está, solo así continuará disfrutando de su propio camarote así como de un buen trato. No quiera probar cómo se tratan aquí a los espías y contrabandistas. Ya le dije que posee un historial interesante. Por lo que mejor dejémoslo en: usted me ayuda a mí, y yo cierro mi boca, con la promesa de que será buen chico. Si lo hace, puede que luego haga la vista gorda con respecto a su falta de respeto a la corona. Por otra parte, de su propia decisión deduzco que a usted más que a nadie le interesa guardar el secreto de quién es en realidad. En este barco, seguirá siendo Chief Blue Jacket y nada más. Mis hombres no cuestionarán mis decisiones ni me traicionarán como han hecho los suyos, eso téngalo por seguro. Además, puede estar tranquilo, puesto que antes de partir he movido algunos hilos para hacer llegar una misiva a su tío, en donde queda patente su gran valentía al servicio de su majestad.

Humphrey dejó que aquellas palabras calaran por los poros de su piel hasta ahora impermeable. El tal Collier era un tipo listo que se las sabía todas. Un lobo de mar con muchas tormen tas pasadas y de todas algo aprendido y que lo había engañado, supuso que hasta estar enterado de todo su historial.

No dijo nada más, prefirió regresar a su camarote hasta la hora de la cena. Momento en que fue invitado a acompañar al capitán.

—Señor De Featherstone, he tenido a bien invitarlo a cenar conmigo, considere este gesto como el de una amistad profunda y mi intención de llevar a cabo nuestro trato de la manera más caballerosa posible, siempre que usted me lo permita, claro está.

Escéptico a cuanto el capitán Collier parloteaba, Humphrey tomó asiento y observó cómo le rellenaba su copa de un vino de un intenso rojo, como la sangre fresca recién exprimida, ¿sería esa una advertencia?

Una vez estuvo llena, echaron un brindis al aire y cataron el contenido. Su sabor era afrutado, ligero, tal y como su color sugería.

El señor Collier continuó con la copa en la mano mientras le hacía un nuevo estudio a su acompañante. Una vez estuvo satisfecho apretó la boca y chasqueó los labios.

—Estas uvas debían de estar podridas antes de ser aplastadas. En fin, supongo que se preguntará cómo es que sé tanto sobre su familia.

Hizo una pausa cuando uno de los soldados entró en la estancia con un carrito que portaba varios platillos. A Humphrey se le hizo la boca agua, pues no comía bien desde hacía varios días.

Cuando el soldado salió por la puerta, el capitán hizo un gesto a su acompañante, invitándolo a servirse, y prosiguió con su narración:

—Todo se debe a mi padre y a una serie de acontecimientos que lo llevaron a conocer al suyo, al señor Richard De Featherstone y a su tío, en aquel tiempo conocido como el señor John De

Featherstone. Su padre era joven y deseaba comenzar a traer caballos de otros lugares lejanos a nuestra isla. Por lo que solicitó la ayuda del mío tanto como abogado como por su presencia en los debates y asuntos políticos de la Cámara de los Comunes, pues, al parecer, el señor John De Featherstone estaba encontrando bastantes trabas para llevar a cabo el nuevo negocio. —Humphrey arrugó el entrecejo—. Ah, comprendo, deduzco que desconocía estos pormenores. Supongo que reconocerá que la relación de su padre con su abuelo no era, digamos, idílica. Su abuelo, que Dios lo tenga en su gloria, era un duque que había heredado su título, pero que desconocía cómo mantenerlo indemne. Así, desde el fallecimiento de su bisabuelo, por todos es conocido, que fue dilapidando su herencia. No tenía mano con sus trabajadores, unos que trataban sacar adelante las tierras, pero que ante la fluidez con que su abuelo quemaba lo ganado, contrayendo deudas, estos mismos se sublevaron por temor a quedar en la más absoluta pobreza.

»Entonces fue cuando el señor Richard con ayuda de su hermano John, se encaró con el viejo De Featherstone, incluso hasta llegar a las puertas de su majestad. A pesar de todo, su abuelo todavía podía ejercer su influencia, el apellido De Featherstone era muy respetado después de siglos de servicio a la corona, y movió unos cuantos hilos para impedir que el joven Richard y su hermano pudieran hacer tambalear su pobre mundo.

»El señor John, dio un paso atrás por temor a perderlo todo, él era el primogénito y debía dar ejemplo de cara a la galería, respetando la voluntad de su padre por encima de todo. Sin embargo, no dejó de apoyar a su hermano desde la sombra, y él mismo comenzó a sustraer documentos que ayudarían en esta actividad, pues temía perder las tierras. No obstante, el joven Richard no se dio por vencido y movió cielo y tierra hasta encontrar un abogado que estuviese dispuesto a llevar su caso. Así encontró a mi padre, el señor Francis Collier, quien, después de estudiar el caso y hacer unas cuantas averiguaciones, lo aceptó. No quiero aburrirle con mi verborrea, así que le haré un resumen de lo que aconteció:

»Mi progenitor encargó al suyo que reuniera todas las pruebas posibles para inculpar a su abuelo con el gravamen de desperdicio de herencia. De ese modo, el señor Richard pudo recopilar datos sobre un gasto excesivo en lujos personales e inversiones frívolas dejando de lado el mantenimiento de la finca; además, de contraer deudas que habían comprometido la estabilidad financiera poniendo en riesgo la propiedad misma. Y a esto le sumó su evidente ineficiencia a la hora de gestionar la finca, dando de lado a los beneficios de la propiedad y a la familia, y negarse, además, a que su hijo menor comenzara un nuevo negocio con la intención de reflotar la finca.

»Gracias a la innegable profesionalidad y a la calidad de mi padre como abogado, así como a su influencia en la Cámara de los Comunes, consiguieron que su caso llegara a los tribunales con el titular de proteger los intereses de la herencia y la familia, así como a sus trabajadores; personas, al fin y al cabo, que también dependían de ellos.

»Para sorpresa de todos ganaron el caso. Sobre todo cuando su padre tuvo la astucia de presentar un nuevo método para conseguir que la finca reflotara, y su abuelo, como sabrá, no pudo más que ceder todos sus bienes al señor John De Featherstone, quien no puso objeciones a los negocios que su hermano Richard proponía para bien de todos.

»Por supuesto, como sabrá, algo se perdió por el camino. Como penalización tuvieron que renunciar al título de duques. No obstante, la corona no podía ignorar el servicio prestado y decretó que todo primogénito nacería sir y baronet, por lo que si antes sir John iba a heredar el título de duque, ahora se rebajaría a un simple baronet, una mácula que la familia De Featherstone llevaría para siempre.

»Así que ya ve, nuestro progenitores se conocieron de la manera más intensa, y siempre que podían se intercambiaban misivas, tanto que, de tarde en tarde, su padre venía de visita a Honiton en el condado de Devon donde pernoctaba durante varios días. Asimismo, su tío, el baronet sir John De Featherstone, después de todo lo acontecido, trabó una profunda amistad. Estaba sumamente agradecido, pues gracias al saber hacer de mi padre, había conseguido conservar sus tierras y su influencia, aunque a ojos de la galería su título fuera menor, continuaba disfrutando de una gran influencia. No importaba si delante de su nombre ponía duque o baronet, para el caso, a ojos de los más influyentes lo mismo daba. De Featherstone siempre sería respetado, y mucho más después de las acciones de los hermanos. Al fallecer mi padre, yo continué en relación con su tío, gracias a su influencia y al historial de mi familia, terminé en la marina.

Humphrey inhaló el aire del que parecía no haber hecho uso desde que el capitán Collier comenzó la narración. Dejó caer los hombros y dejó vagar su mirada hacia la nada, recordando el rostro de su padre.

—Veo que no tenía conocimiento del asunto.

—Para ser sincero, algo había escuchado, pero solo una cuarta parte. Realmente, en mi hogar he oído hablar poco de por qué se nos sustrajo el título, las veces que ha salido el asunto a colación, por parte de mi padre solo he escuchado un *tenemos lo que merecemos*. Y la verdad, es que siempre me he preguntado cómo un simple baronet podía ejercer tanta influencia y poder. Pero, bueno, sabiendo ahora la cuestión y la magnitud que lo relaciona a mi familia, por un lado, le agradezco que me haya desvelado este secreto. Por fin, puedo entender por qué mi abuelo vivía apartado en un cottage y nunca quiso recibir visitas. Así como entiendo que sepa de mí, aunque deduzco que lo que le han contado no es bueno, por la visión anticipada que tiene sobre mí.

—Confieso que su padre pocas veces me habló de usted, de quien sí hablaba mucho era de Edmund, de la suerte que había tenido al ser acogido por su tío.

—Edmund.

—Por otro lado, en ocasiones, el baronet De Featherstone traía consigo al joven Edmund. Confieso que nunca me cayó bien, entre él y yo no había ni buena ni mala relación. Era un niño estirado y creído que sabía bien cómo manejar sus cartas. Bien es cierto que su saber estar era encomiable. Fue sir John quien, en una ocasión, se refirió a usted como una pequeña oveja negra a quien aún no daba por perdido.

—Mi fama me precede. Ahora comprendo que haya atado sus propios cabos. Pero déjeme decirle que está completamente equivocado. Y ya que estamos, permítame ser sincero, y que lo que ahora he de revelarle jamás saldrá de estas paredes, por la amistad que une a su familia y a la mía. Sí, me marché de mi hogar, huyendo de mi madrastra, una que nos cosía a varazos, y

gracias a la que hoy la relación entre mi hermano y yo es penosa. Ella nos puso en contra, ejerció su madurez para influirnos y manejar nuestro intelecto. Volvió a Edmund contra mí, le hizo creer que nuestra madre había muerto por mi culpa, pues mi llegada ni se esperaba ni era bienvenida. Le hizo pensar que las amonestaciones que sufría eran gracias a mí, y que si él las sufría era porque no sabía ejercer de hermano mayor, que debía aprender a aleccionarme, que yo era inferior, que no debía estar en el mundo, y era producto de una aberración. Por supuesto, como me revelaba ante esa sarta de mezquindades, me tacharon de rebelde. Mi hermano se distanció y yo preferí olvidarme.

»En efecto, hui y quise renegar de mi apellido, y no tuve otra manera de hacerlo que usando apodos. Me sumergí en el mundo del contrabando de alimentos, más tarde en el de las perlas y así, hasta que conseguí...

—Continúe, por favor.

—No, le ruego me permita guardarme el resto. Solo le diré que construí mi propio negocio legal, la Compañía Royal Silk, que nada tiene que ver con los esclavos. Y que, finalmente, mi padre y el baronet sir John, observando que la supuesta oveja negra se había encarrilado quisieron acogerme de nuevo en la familia y hacer las particiones patrimoniales lo más justas posibles.

—Supongo que eso enfureció a su hermano.

—Puede usted apostar que sí. Sin embargo, a pesar de no dejarme sin nada, él se ha llevado la mayor parte, tal y como le pertenece. Y le aseguro que más me hubiese valido que nuestro padre no me dejara nada.

—¿Eso que oigo al fondo de su voz es rencor o tristeza?

—Permítame también reservarme eso.

El capitán Collier afirmó con la cabeza y continuaron degustando lo poco que les quedaba de comida en silencio. Llegó el turno del brandy y con él:

—Señor Humphrey De Featherstone, confieso que me resulta un hombre enigmático, pero que a su vez me agrada. Tiene buena charla, es usted una buena compañía y confieso que creo que confío en su palabra.

—Entonces, ¿me llevará usted a puerto?

—Lo siento de veras, pero me es imposible devolverle a la costa africana. Vamos tras un barco que lleva tantos esclavos que creo que algunos incluso duermen amarrados en cubierta. La noche en que el capitán Johnson fue a indagar, uno de mis hombres escuchó decir a escondidas al marinero que lo ha traicionado que lo que llevaba en su barco solo era la distracción y que el gran cargamento había partido hacía horas. Sí, señor De Featherstone, ahora lo comprendo, usted solo era el señuelo. Nos había llegado información de que en su barco había esclavos y esperamos su llegada y el momento oportuno de asaltar su barco. Pero, ¡esos alacranes despiadados nos la han jugado a los dos! ¡¿Entiende por qué no puedo dar marcha atrás ni una sola yarda?!

»Había depositado todas mis esperanzas en poder hacer un trueque, o amenazarlos con quitarle la vida a cambio de rescatar a esos pobres infelices. Sin embargo, ahora, si es cierto que usted no

tiene nada que ver con esos bandidos, entonces, amigo mío, nos toca pelear.

* * *

Durante los días que estuvieron persiguiendo el navío, Humphrey entretuvo sus horas realizando trabajos de cubierta mientras acercaba más su relación con el capitán. Su mente lo traicionaba, pues si bien había creído que no quería regresar a Inglaterra, debía ser honesto consigo mismo y declarar que una parte de él se había alegrado al obtener la excusa perfecta para volver y, quizás, de ese modo, ver a Anne.

Era realista, sabía que no iba a tener la oportunidad de cruzar una sola palabra. Estaba seguro de que no querría verlo, y más después de lo que el capitán Collier le reveló durante una de las cenas, donde, gracias a la acuciante ingesta de alcohol, a duras penas se le entendía palabra, y casi no se sostenía en pie, por lo que Humphrey lo ayudó a meterse en el camastro, momento en que Collier, sin ser consciente, le asestó el mayor golpe que había sufrido su corazón.

—El parecido entre ustedes es increíble, son casi como dos gotas de agua. Es que si no fuera porque mi relación con él es prácticamente nula, creería que a quien tengo frente a mí es al joven baronet. —Con torpeza lo cogió de la cara para examinarlo, para luego soltarlo por la imposibilidad de continuar aguantando el peso de sus propios brazos—. Sin embargo, supongo que estará enterado de su situación, su propio tío me la detalló en una de sus cartas. Oh, sí, ya lo creo, sus misivas me sorprenden de vez en cuando y, además, las agradezco, pues me mantiene al corriente de lo que pasa en Inglate rra durante mis cada vez más largas ausencias. ¿Puede llegar a creer que me mareo en tierra? —Se agarró al filo de la cama, como si allí mismo le estuviera ocurriendo—. Sí, en efecto, paso tanto tiempo en alta mar que mi cuerpo se ha habituado a su vaivén. —Soltó una carcajada debido a su propia ocurrencia, que terminó en una serie de toses acompañadas de esputos que terminaron en el suelo—. A lo que iba. Haga el favor de ponerme otra almohada bajo la cabeza. Así, mejor. Por él he sabido que sir Edmund De Featherstone se encuentra felizmente casado. ¿Llegó usted a conocer a la afortunada? —Lo miró de cerca con el cejo enfurruñado, luego volvió a dejarse caer sobre el mullido cojín—. Bueno, que me aspen, ¿llegó siquiera a acudir al enlace?

—En aquella época ya me encontraba en alta mar.

—Por supuesto, usted no puede vivir lejos ni de sus negocios ni del océano. No sabe cuánto le comprendo. Confieso que el HMS Dolphing es mi hogar. En fin. —Había cerrado los ojos. Parecía que se iba a quedar dormido, sin embargo—: En una de sus últimas cartas, el viejo baronet De Featherstone, me relató acerca de la belleza de la muchacha y lo dignamente que representa a la familia y al apellido. Narró algo acerca de que era un matrimonio perfecto, ejemplar. —Brotó un sonido afirmativo desganado de su garganta—. Creo recordar que escribió algo acerca de-de una pronta descendencia, pero mi mente está tan embotada con este vino avinagrado que no logro discernir qué me dijo exactamente. —Humphrey terminó de arroparlo y se puso de pie, por el momento había escuchado bastante y era hora de regresar a su camarote—. Lo confieso, su hermano no me cae bien, pero es de recibo afirmar que es un hombre de gran

valía, ¿no cree? —Masticó varias veces su propia saliva con los ojos cerrados—. Bueno, usted lo conoce mejor que yo.

Y nada más salió de su boca, Humphrey se quedó observándolo unos instantes para cerciorarse de que respiraba, seguidamen te, fue hasta la puerta y le comunicó a uno de los hombres que el capitán necesitaría ser supervisado de tarde en tarde.

Posiblemente, Anne estaría en estado de buena esperanza. ¿Y qué esperaba? Por supuesto que estaría encinta. ¿Por qué se extrañaba? Estaba casada, en su familia la descendencia era imprescindible, algo apremiante, ¿cómo iba a ser ella menos?

Fornicarían cada noche como conejos. Gozarían de sus cuerpos. Del cuerpo de su Anne. Le dio un puñetazo a una de las paredes y se llevó la botella de vino a los labios. En efecto, le había robado una al capitán después de dejarlo bien arropado y esperaba que pronto le sobreviniera un estado de ebriedad tal que no llegara ni a reconocerse.

Las manos de Edmund acariciarían su piel, ¿lo haría como él lo hizo en su momento? ¿Y a Anne se le erizaría el vello de la misma manera que con su contacto?

Seguramente más. Pegó la frente en la pared buscando apoyo, y la golpeó varias veces con la frente. No podía sacársela de la cabeza. Siempre estaba ahí como un veneno que no llegaba a abandonar su cuerpo. Estaba ahí, tan presente que daba miedo. Miró hacia un lado y le pareció ver su silueta enredada en las sombras. ¿Gemiría de la misma manera? ¿Mantendría conversaciones tan agradables que se prolongarían por horas? ¿Le prepararía su periódico junto al desayuno? ¿Reiría por las ocurrencias de su serio hermano?

De nuevo se llevó la botella a los labios y bebió un trago tan largo que al terminar tuvo que recobrar el resuello. Poco quedaba del contenido, la suma de ese junto a lo ya consumido en el camarote del capitán quizá lograría tumbarlo.

Comenzó a sentir un mareo más profundo, sus ojos iban y venían, parecía como si su parpadeo languideciera a cada movimiento. La luz entraba por una gran rendija mostrando una especie de neblina por la humedad, las motas de polvo salían disparadas por la corriente de aire que iba y venía. Le pesaba las piernas.

¿Llegaría a odiar a Anne? Le era necesario hacerlo y, sin embargo, sabía que nunca ocurriría. ¿De verdad quería regresar a Inglaterra? Ahora ya sabía cómo estaban las cosas por allí. ¿Soportaría verla rodeada de los hijos de su hermano? Dio un buen trago y empinó tanto la botella que se derramó un poco por los lados, manchándole el cuello y la pechera.

Parpadeó y su silueta regresó a las sombras. Ahí su perfil. Ahí su boca de labios carnosos. Y sus ojos vivos, dueños de ese verde imposible.

Arrojó con todas sus fuerzas la botella hacia ese mismo lugar, con la intención de espantar la fantasmagoría. Al momento, la alucinación se disipó dejando un lugar desierto y mortecino. Y Humphrey se arrojó allí pidiendo perdón a la nada, sintiendo como si en realidad le hubiese hecho daño. Sus ruegos se convirtieron en declaraciones de amor, sus te quiero solo dejaron de existir cuando el sueño le venció en medio de las lágrimas y un hondo pesar.

* * *

A la mañana siguiente salió de su camarote. Después de pedir unos enseres a uno de los hombres que andaba por allí, había logrado domar los rizos de su cabello y se había aseado, afeitado y cambiado de ropa, y fue al encuentro del capitán Collier, quien lo esperaba sentado a la mesa tan fresco que parecía como si lo que ocurrió la noche anterior nunca hubiese pasado.

—¡Señor De Featherstone, me sorprende verlo tan acicalado!

—En efecto, capitán, ya era hora de retomar las riendas de mi vida.

—¿Significa que ha considerado acompañarme de buena gana?

—Quiero decir, que Inglaterra puede esperar, nada me ata allí y es más importante ayudarle en lo que pueda. Luego, Dios dirá.

—Esto hay que celebrarlo, me agrada que haya tomado esa decisión, confieso que me estaba sintiendo un poco intranquilo al saber que lo estaba reteniendo en contra de su voluntad.

—No ha de preocuparse más. Ahora, mi capitán, explíqueme cómo piensa llevar a cabo el abordaje.

Capítulo 12

Cuando por fin bajó, pudo constatar que su marido no estaba; según le dijo la señora Mildred, al parecer se había marchado temprano hacia la mina. Mientras meditaba acerca del estado y las escasas palabras de su doncella y la manera en que salió de su habitación, desayunó y fue a salir al exterior. Sabía que debía hacer acopio de paciencia con respecto a Alice, pero estaba preocupada, esa manera de proceder no era propia de ella. Sin embargo, era necesario dejar ir el asunto y esperar a que poco a poco las aguas regresaran a su cauce.

A pesar de que el día era aún más frío que el anterior le apetecía ir a pasear por el jardín para respirar un poco de aire fresco. Se llevó un libro y, después de andar un poco, se sentó en uno de los bancos de piedra que se encontraban en el camino de grava que delimitaba los diferentes parterres y dibujos de diseño hipnotizadores de los que el jardinero se vanagloriaba con el resto de los criados. El hermoso canto de un pájaro que canturreaba mientras saltaba a lo largo de la rama de un viejo roble cercano, logró sacarla del mundo imaginario que aquella novela le estaba haciendo vivir como suyo propio. Se trataba de un herrerillo. Era un animal lleno de vida y colores. A lo largo de su librea se mostraban perfectamente delimitados el blanco y el negro, el azul bondi junto al índigo, el verde jade, y el amarillo cetrino junto a otro más intenso. De repente echó en falta los pinceles entre sus manos. Qué bonita pintura saldría de aquella imagen. Las ramas del árbol se entrecruzaban salvajes y los claros oscuros que se sucedían entre las hojas, y el vacío entre ellas hacían de aquel paisaje algo mágico, imaginó que en su base quizá vivirían unos seres diminutos que llevaban su vida ajenos a cuanto los rodeaba.

Lo que restaba de mañana pasó rápido, perdida entre las páginas de aquella historia tan pintoresca que trataba el mundo romántico con tanta destreza.

—El señor la busca, mi lady.

—Ah. Gracias. ¿Dónde se encuentra sir De Featherstone?

—En el saloncito de la señora.

—Gracias, Margaret. Puede retirarse.

Diligente marcó la página que estaba leyendo, justo en el momento de ser interrumpida, con una pequeña ramita que estaba tirada en el suelo y marchó hacia la casa.

Cuando llegó, se encontró a Edmund de espaldas a la puerta e inclinado sobre la mesa.

—Buenos días, sir Edmund. Margaret me ha dicho que requerías mi presencia.

—Por supuesto, lady Anne. Veo que has recordado que hoy llegan los baronets; estás muy hermosa. —La besó en la mejilla interponiéndose entre la mirada de ella y lo que había sobre la mesa—. Hoy he salido temprano hacia la mina y he echado de menos compartir contigo el momento del desayuno.

»Creo que he encontrado la forma de arreglar las desavenencias entre mineros, capataz y su forma de vivir. Pero eso te lo puedo contar luego, frente a una taza de chocolate bien caliente. No sé si recuerdas que ayer te dije que quería mostrarte algo que había llegado, pero terminó el día y no pudo ser. Así que aquí está. —Edmund se apartó a un lado para mostrar a Anne lo que había sobre la mesa—. Espero sea de tu gusto, y que mi conocimiento amateur sobre el tema no me haya hecho elegir unos instrumentos mediocres.

Edmund se expresaba excitado a la vez que amedrentado. Sobre la mesa se encontraban dispuestos un nuevo juego de pinceles muy completo, la mayor gama de acuarelas que jamás había visto y algunos lienzos nuevos de diferentes tamaños, que al tacto afirmaban su gran calidad.

—¿Son de tu agrado; acaso no son de calidad?

—Oh, no. Sí. No. —Anne estaba perpleja a la vez que asombrada—. Oh, perdóname, quiero decir que son magníficos. Jamás había pensado que pudiera existir tan maravillosa diversidad de colores. —Recordó que hacía poco rato había estado mezclando colores en su cabeza hasta dar con el adecuado para crear ese azul tan hermoso que mostraba el herrerillo del jardín—. Por norma tenía que hacer mezclas para conseguir algunos de los tonos que se encuentran aquí. En efecto, esta colección es un sueño hecho realidad.

—Y son para ti. He sido testigo de la pasión que tienes por este arte y también de que posees un don. Recuerdo aquella vez que me enseñaste la colección de tus dibujos, unos paisajes verdaderamente exquisitos. Y me entristece pensar que ya no gozas plasmando ese talento. Por lo que hablé con una amigo versado en el arte de la pintura y le encargué todos estos instrumentos. Bueno, para ser honesto, en realidad le dije que como no era entendido tuviera a bien de mandarme un nuevo juego para mi dulce esposa. Solo le pedí que no faltara detalle.

—Oh, sir Edmund, yo...

—Mi mayor regalo sería saber que volverás a pintar.

Sin pensarlo, nacido de una pasión repentina, Anne se lanzó a los brazos de su esposo, agradeciendo con aquel gesto y unas pocas palabras gentiles la importancia de aquel detalle.

Luego, tal y como una joven muchacha haría, fue a ver mejor lo que había sobre la mesa. Realmente era una colección exquisita. Aquel que fue a comprarla era un gran entendido. No veía el momento de ponerse a pintar. Usar aquellos pinceles de pelo natural, con ellos tendría la oportunidad de conseguir realizar detalles finos sin dejar prácticamente ninguna huella. Llamó su atención la diversidad. En la colección se encontraban pinceles planos, redondos y planos cortados oblicuos, estaba deseosa de poder averiguar para qué servirían, cuál sería su función, qué le permitirían hacer. Ella estaba acostumbrada a sus pinceles de punta redonda, no había conocido otros, ni tan siquiera sabía que pudieran existir. Se encontró con una especie de paletinas de madera de diferentes tamaños, ¿para qué servirían?

De lo que estaba segura es de que todos aquellos instrumentos le permitirían obtener gran versatilidad y flexibilidad. Aprendería tantas cosas, tantas técnicas. Por fin tenía la oportunidad de incrementar sus horizontes.

De repente se sorprendió ilusionada, con unas renovadas ganas de tomar un lienzo virgen, de

salir en busca del momento exacto, de la imagen precisa, para capturarla en el recuerdo de su retina y dibujar, dar forma a lo que allí veía sobre aquel trozo de tela. Y colorear, mezclar colores, licuarlos, difuminarlos, jugar con sombras y luces, dotar de movimiento al viento e intentar que, entre aquel juego de formas, llegara al espectador hasta los olores a verde y fresca hierba, a almendras, a la tierra mojada que se encuentra cerca del manantial, al peculiar olor del verano, incluso aquel con el que solo está cubierto el musgo.

Lady De Featherstone suspiró. Era consciente, por primera vez desde que había llegado a esa casa, de que su marido estaba ganando terreno, no por sus regalos, sino por sus actos. Y le agradaba. No estaba ni creía poder estar prendada nunca de él, pero se conformaba con forjar un bonito y duradero cariño a pesar de lo vivido. No eran tantas las damas que podían llegar a tener aquello, por lo que ya era bastante. Se giró hacia su marido y lo descubrió sonriendo, una sonrisa de esas gozosas, plenas de generosidad por el gozo ajeno.

Se acercó a él. En una mano llevaba agarrados unos pocos pinceles apiñados, por lo que con la que tenía libre acunó la mejilla y el mentón masculino. Fue un gesto íntimo, aquella caricia quería decir tantas cosas. Pero fueron sus ojos, la ternura que en ellos se percibía lo que rompió el corazón de Edmund.

—Te perdono. No por tus regalos. Sino por tu atención. Por el esfuerzo para demostrar que te arrepientes. Por tus miradas llenas de ternura y comprensión. Por tus tímidas caricias expectantes e indecisas. Porque veo cómo lo estás intentando. Porque quiero que nuestra unión prospere. Te perdono.

—Oh, Anne. —Un relámpago cruzó la mira de Edmund. Con una de sus manos cubrió aquella que todavía mecía parte de su rostro. El momento en que sus hombros se relajaron fue patente.

En esta ocasión fue ella quien se colgó de su cuello y aproximó sus labios para finalizar en beso. La unión se alargó en el tiempo. Fue un beso suave, íntimo, ningún hueco de sus bocas quedó por explorar.

—Quizás tú y yo...

Unos golpes en la puerta les hicieron separarse de inmediato. Antes de dar su permiso, el señor de la casa logró cubrir a tiempo la evidencia de su pasión, colocándose tras el respaldo de una próxima silla. El gesto hizo sonreír a Anne. Quien se lo tomó como algo divertido y humano por parte de su marido. El hombre de hielo se estaba derritiendo, mostrando sus facetas terrenales ocultas.

Obvio había sido que aquella intromisión lo había molestado, sobre todo después de intuir que lady Anne iba a proponer algo atrevido, totalmente impensable por parte de una señora, pero que a él enardecía sobremanera. Había cosas que aún le costaba transigir por parte de su esposa, pero aquello, precisamente, era algo a lo que se acostumbraría fácilmente, es más, ansiaba descubrir el deseo, la pasión que Anne escondía en cuanto a asuntos de lecho.

—Pase —dijo con voz firme una vez hubo aplacado su sofoco.

Anne admiró la manera tan efectiva en que su marido lograba dominar sus sentimientos, sus gestos. Ahí estaba otra vez, con la voz templada, pero fría, con ese gesto elegante y altivo que hacía pocos segundos estaban desaparecidos.

Se trataba del mayordomo, el señor Eaton, quien cuando entró saludó a sus señores con gran solemnidad. Era un hombre bajo, excesivamente ancho de hombros para su altura, su anatomía general era parecida a un cuadrado. Moreno, de pelo corto, cara redonda y ancha. Ojos pequeños y castaños, nariz recta y fina, orejas espléndidas y labios estrechos. Parecía como si su desarrollo no hubiese sido el más adecuado, como si la alimentación, puede que de su infancia e incluso de su juventud, hubiese sido deprimente, por lo que no había crecido como debía haberlo hecho. No obstante, aparte de sus destartaladas proporciones, era un hombre eficiente, de voz profunda y autoritaria, y con unas maneras elegantes y siempre acertadas.

—Sir De Featherstone, lady De Featherstone, me acaban de avisar de que los baronets, sir y lady De Featherstone, están a unos pocos minutos de distancia. Supuse que querrían saberlo para estar preparados a su llegada.

—Ha supuesto usted bien, señor Eaton. Por favor, avise a los sirvientes.

—Los criados ya están preparados a lo largo del camino de entrada. Asimismo, la señora Patience ha dispuesto un refrigerio frío en el jardín, presta a que lady De Featherstone de la orden de servir el almuerzo caliente cuando guste.

—Qué maravilla. Estupendo. Gracias, señor Eaton, puede retirarse.

Después de aquello lady Anne hizo venir a Alice para que retocara su cabello. Al llegar, la muchacha saludó a ambos con la cabeza gacha. Sus, sorprendentemente, yertas manos que más parecía que habían estado sumergidas en hielo, temblaban recolocando los rizos de su señora. Estaba como encogida sobre sí misma. Al terminar, Anne palmeó su mano en un gesto de apoyo y la despachó para que retomara su puesto al pie del camino de entrada. Al parecer todavía debían de pasar unos días más para que la joven volviera a ser la que era.

Por su parte, Edmund tomó el bastón que el señor Eaton había traído con antelación y se colocó su sombrero mientras Anne alisaba las solapas de su pechera y arreglaba el nudo del lazo de su corbatín. La dureza del pecho varonil calentó las yemas de sus dedos.

Le parecía extraño su propio modo de proceder, aunque a decir verdad en algún momento debía de ser así; mejor pronto que tarde, así podía comenzar cuanto antes una nueva etapa en la que su única meta era conseguir ser todo lo feliz que pudiera, aún con la enorme piedra de desasosiego que el pasado la haría cargar durante el resto de sus días.

Salieron del domicilio y tomaron sus puestos junto a la puerta de entrada y bajo el porche. Anne se apoyaba en el brazo de su marido. Era una gran estampa. Majestuosa. El camino blindado con los sirvientes a cada lado, sus uniformes recién planchados, las cofias y camisas almidonadas y los zapatos lustrados. Y al fondo, bajo el pórtico de corte grecorromano, los señores de la casa; Anne con un vestido veraniego de color verdoso y cuerpo blanco, salpicado de hojas en un tono verde más oscuro, ceñido a su talle, el cual por supuesto no estaba encorsetado, fiel a lo que ya un día decidió, con un escote cerrado en el cuello que a su vez prote gía con el mantoncillo que su doncella había cubierto cuando se levantó. El bajo del vestido terminaba en unas diminutas ondas que se recogían hacia arriba hasta casi llegar al bajo de su rodilla encumbradas por el adorno de una flor hecha de lazo esmeralda. La chaqueta terminaba en una cola de unos veinte centímetros que le proporcionaba majestuosidad, así como los

pendientes de esmeraldas y el abanico hecho de hueso. Por otro lado, sir Edmund, iba engalanado con su traje de día, compuesto por un pantalón marrón, una botas de media caña negras, una camisa blanca franqueada por un chaleco crema, una chaqueta de terciopelo celeste con botones dorados y un corbatín también crema. Como siempre mostrando un innegable porte regio acompañado de una distinción absoluta.

El carruaje llegó tirado por cuatro caballos, guiados por un hombre que se encontraba sentado junto a una mujer que tenía pinta de doncella. Nada más parar ya se encontraba el mozo de cuadra de The Silver Horse House abriendo la puerta del coche. La ceremonia era digna de reyes. Por primera vez, Anne se sintió orgullosa de ser la señora de la casa.

Una mano enguantada por satén de un color que recordaba al champán asomó por la puerta, seguida de un enorme sombrero negro repleto de plumas y una figura que bajaba los tres peldaños de la escalerilla, apoyada en la mano del mozo de cuadra, quien la sujetaba con delicadeza pero firme. En ese momento, Edmund dio un pequeño tirón al brazo de Anne, animándola a acercarse al carruaje y recibir a la señora, la baronetesa De Featherstone; su nueva tía.

—Bienvenida a The Silver Horse House, lady Susan —dijo Edmund inclinándose.

—Oh, querido, no sé cuántas veces he de decirte que no me gusta que me llames así —respondió la baronetesa mientras bajaba el último peldaño. Su voz era ronca, como si algo afectara sus cuerdas vocales, pero, aun así, era gentil y cariñosa—. Soy tu tía y como tal quiero que te dirijas a mí. Dejemos las formalidades para otras personas que gusten más de este tipo de elogios; y a los extraños. —Tomó su cara entre las manos y lo miró fijamente, inspeccionando cualquier cambio que pudiera haberse dado desde las semanas que llevaba sin verlo. Su comportamiento era como el de una madre que lleva sin ver a su hijo un tiempo—. Entre nosotros, nada de esto deseo escuchar y lo sabes.

Luego sonrió y lo besó en la mejilla. Edmund algo incómodo, aunque feliz por el gesto, se dejó hacer.

Seguidamente, la anciana se volvió hacia Anne y arrugó los ojos debido a su gran sonrisa.

—Ah. Mi querida sobrina —le entregó ambas manos para que las cogiera, en un gesto de mayor cercanía, familiar. Su comportamiento derrochaba energía, se veía que era una mujer vivaz—. Aquí está. No sabe cuánto he deseado que llegaran estos días de esparcimiento junto a vosotros. Estoy deseando poder intimar y así conocernos mejor. —Unos crujidos a su espalda llamó su atención—. Ah, ya baja sir John.

Tras un sombrero de copa negro brillante se escondía el viejo baronet, quien al bajar se quejó de un molesto dolor de espalda.

—Deberían arreglar los caminos, Edmund —tosió, su voz era grave, por lo demás la típica de un hombre entrado en años: áspera y ajada.

—En efecto, baronet De Featherstone —sonrió tras el saludo formal—. La semana pasada mandé esa petición.

—Oh, hijo mío —palmeó la espalda de su sobrino—, el constante traqueteo de estos viajes me tienen la espalda dolorida e inflamada. —Reparó en Anne y una sonrisa gastada se dibujó en su

cara—. Oh, lady Anne, está usted muy hermosa. Veo que mi sobrino la está cuidando bien —tomó la mano de la muchacha para besarla.

La joven sonrió complacida. No sabía por qué, pero los baronets le causaban muy buena impresión, como si se trataran de sus propios familiares de sangre, así como unos abuelitos enérgicos y dicharacheros a los que no les importan el qué dirán, sencillos, sociables y cercanos. Como aquel que ya lo tiene todo hecho y ya no espera nada más que el disfrute de una vida sencilla.

—Gracias y bienvenidos, sir y lady De Featherstone. Espero que todo lo encuentren de su agrado.

—Por supuesto —contestó lady Susan—. Estoy segura de que se habrá tomado muchas molestias para que así sea. En cuanto a eso he de pediros disculpas por haber avisado con tan poco tiempo. Confío en no haber causado muchos inconvenientes.

—Ni mucho menos —dijo Anne—. Me hizo mucha ilusión poder preparar todo para su estancia. Y lo que más me place es que sean sus señorías los primeros en hospedarse en The Silver Horse House, al igual que deseo vengan muchas más ocasiones como esta.

—Oh, sobrina. Espero que no le importe que la llame así. —Anne negó con la cabeza y le entregó una suave sonrisa—. Gracias. Con tal recibimiento, le aseguro que así será. Estaremos encantados y deseosos de venir cuando los negocios y las dichosas cenas y eventos sociales nos lo permitan. ¿No es así, sir De Featherstone?

—En efecto.

—Supongo que vendrán extenuados del viaje —observó lady Anne al intuir las suaves ojeras de sir John—, sus aposentos están listos. La señora Mildred les mostrará el camino.

—Magnífico —apuntó la anciana.

—Edmund, no he podido traer a mi ayuda de cámara. —Sir John hizo un gesto airado con las manos hacia su equipaje—. El muy idiota fue coceado por uno de mis caballos salvajes y se ha partido un brazo. ¿Quién le mandaría ir al cercado cuando estaban ejerciendo la doma? En fin, no sé si este problema podría ser solventado.

—Por supuesto, sir John, el señor Eaton arreglará ese asunto de inmediato. —Miró al mayordomo para darle a entender que en cuanto entraran se pusiera a ello sin demora y lo resolviera enseguida—. Por el momento, tal y como mi esposa ha aconsejado, vayan a sus aposentos a refrescarse, enseguida irá su nuevo ayuda de cámara a prestarle sus servicios. Nosotros les esperaremos en el jardín para disfrutar de un refrigerio frío mientras nos decidimos a tomar el almuerzo.

Así marcharon al interior. La baronetesa agasajó con cumplidos el mobiliario de la casa, así como su decoración y el papel pintado que había visto de pasadas antes de subir hacia su habitación. De ese mismo modo observó, mientras subía la escalera, aquellos que habían sido de su propia elección, admirando el buen uso y el buen gusto en su emplazamiento.

Los jóvenes baronets se dirigieron al jardín y se sirvieron sendas copas de vino entretanto esperaban a sus tíos. Entretuvieron su tiempo hablando sobre el regalo que le había hecho

Edmund a Anne. Esta le comentó acerca del herrerillo que había visto esa misma mañana y la fortuita necesidad que había despertado en ella volver a pintar.

Al poco rato llegaron los ancianos baronets. Se habían cambiado de ropa y habían dejado sus sombreros atrás.

Lady Susan era una mujer delgada, de huesos finos y largos. Su postura, a pesar de su edad, era erguida. Tenía un rostro agraciado, seguro que en su juventud había sido bella; algunas arrugas se marcaban en la comisura de su boca, dotándola de la sensación de querer decir algo a cada instante; así como otras que se apiñaban en el rabillo de sus ojos chispeantes y su amplia frente patricia. Sus modales eran más sencillos que los de su marido, cierto era que sus movimientos para una mujer que rondaba los sesenta largos eran airados y refinados, los cuales acompañaba de la sombrilla que usaba como bastón, pero al hablar movía las manos de forma más mundana y gesticulaba su rostro más de lo normal, lo que le confería un aire de próxima complicidad.

Sir John De Featherstone era un hombre alto, con algo de barriga; sin embargo, era notable que en su juventud tuvo que ser un hombre corpulento, alguien que imponía autoridad nada más entrar en una estancia; aunque la realidad era que aún ocurría. Sus modos también eran en cierto modo sencillos, algo que solo se adquiría con el paso de los años, aunque todavía se podía ver su gallardía bajo la chaqueta de color gris oscuro y unas grandes manos que daban la sensación de torpeza, pero que se movían seguras al abrir la pequeña caja de rapé que había sacado del bolsillo interior. A simple vista su rostro parecía severo, de cara redonda y con algo de papada, mirada vivaracha con bolsas bajo los ojos y labios gruesos con cierta tendencia a la seriedad, pero luego cuando se fijó bien descubrió que era todo lo contrario, su faz se transformó de tal manera que parecía hasta bonachón.

—Sobrino, ¿por fin te has inclinado por el rapé? —preguntó sacando del bolsillo interior de su chaqueta una bonita caja de plata adornada con lo que parecía una piedra preciosa enorme.

—No, sir John. Aún no he sucumbido a sus encantos —se llevó la copa a la boca para tomar un trago.

—En algún momento te darás cuenta de que en ocasiones es más necesario el rapé. Se acercan tiempos tormentosos y estoy seguro de que llegarás a echar mano de mi suministro.

—Si eso sucediera, me complacería tenerlo cerca. —Hizo un gesto de brindis al aire hacia su tío. Luego su semblante mostró un rictus severo—. Esta tensión constante debe llegar pronto a su fin. Poseemos fuertes navíos y un gran armamento. Confío en que nuestros soldados den jaque al Imperio francés de una vez por todas.

—Que no te quepa la menor duda, Edmund. En el norte tengo dispuestos varios destacamentos con la orden de avanzar al sur en cuanto lo disponga. Precisamente, como bien sabes, hemos estado en Manchester. He logrado proveer a nuestro frente con quinientos nuevos hombres, todos jóvenes, con ganas de luchar y sin miedo al enemigo. Estos juntos con los norteños nos darán la victoria.

Con disimulo Anne prestó atención a lo que hablaban, entretanto se llevaba a la boca una almendra tostada. La realidad es que le interesaban todas aquellas nuevas que trataran sobre el norte.

—Es un gran aporte. Supongo que su majestad habrá quedado agradecido. Como ya conoce, estoy sopesando la manera de aportar mi granito de arena. Tenemos que exterminar esa plaga de *come ranas*, despojos indecentes que solo viven para el placer.

Lady Susan echó una mirada cómplice a Anne.

—Bueno, bueno —dijo la anciana tomando un canapé de paté de ganso—. Mi querido esposo, dejemos la charla belicosa para otro momento. No querréis aburrir a estas damas con asuntos de hombres, ¿verdad?

—A mí no me desagrada —intervino la joven baronetesa de pasadas. Mientras hablaba también había tomado un pastelillo de salchicha envuelta en hojaldre. Cualquier información sobre el norte le era necesaria; no obstante, esperaba no levantar sospechas—. Me gusta saber qué sucede fuera de nuestras fronteras.

Se hizo un extraño silencio.

—Ah. Qué curioso —evidenció sir John mientras preparaba las hojas de tabaco—. Me sorprende encontrar a una mujer a quien le interesen esos asuntos.

—Bueno. —Edmund chasqueó la lengua algo molesto con su mujer, por intervenir en cuestiones que no deberían ser de su incumbencia, sobre todo frente a los baronets dejándolo así en evidencia, amén de que le habían hecho recordar aquella parte de la carta que tanta curiosidad le había despertado y que creía haber olvidado. Quizá tomara la vez para investigar y ver si podía descubrir algo, por nimio que fuera—. Ciertamente, también es nuevo para mí ese interés de mi esposa. Desconocía esa faceta suya. —Chasqueó de nuevo la lengua, acto que a Anne provocó que se le erizara el vello—. Pero creo que más bien se debe a que hay algo en Francia que le interesa. ¿No es así, lady Anne? ¿O podría ser en el norte? O, quizá, ¿en el norte de Francia?

—Oh. Yo... —comenzó a hablar la muchacha sonrojada e indecisa. Evidentemente nerviosa.

—¿Algo en Francia? —preguntó con gastado interés el ajado baronet guardando el rapé en su chaqueta para después mirar a la muchacha con calma—. ¿Qué puede haber en Francia que a una muchacha inglesa pueda interesar? Me sorprende, sí. A no ser que se trate de perfumes o moda.

Lady Anne se vio acorralada entre la espada y la pared, a pesar de haber pensado en creía que la excusa perfecta, una vez puesto sobre la mesa se atascaban las palabras en su boca y le era imposible responder, trabándose las letras de tal manera que desembocó en el comienzo de un tartamudeo.

—Oh. Ve-verán. Es que-es que yo...

—Por favor, no incomodéis a mi sobrina —la socorrió lady Susan entrelazando el brazo con el de ella—. He conocido a alguna mujer a quien importan estos sucesos. Estoy segura de que su interés viene dado al miedo que le pueda producir una nueva guerra. —Apretó el antebrazo de Anne como para darle ánimos—. Esta tensión constante con ese maldito *Boney;* ese miserable usurpador universal pone de los nervios a cualquiera. Y esos muchachos que luchan por el bienestar de todos, exponiendo sus vidas para salvaguardar las nuestras. Por todos es sufrida la constante amenaza en nuestras fronteras inglesas que se prolonga sin fin en el tiempo. Y si todavía no tenemos al enemigo ensuciando con su sangre nuestra tierra, solo es debido a que

nuestra nación está construida en una enorme isla y que nuestros navíos son, en efecto, incomparables. Es eso, ¿verdad, sobrina?

Anne afirmó con la cabeza. Su nueva tía le había servido en bandeja una buena razón para resolver el asunto.

No obstante, Edmund la miró de soslayo no muy contento con el tema, el sonrojo de la joven, aquel titubeo le hacían entender que no eran precisamente esas cuestiones las que le interesaban. ¿Se debería a un hombre? No. Sabía que no había tenido la oportunidad de intimar con otros hombres como para que le hubiesen robado el corazón. Ah, pero estaba equivocado. Humphrey. Él había tenido la oportunidad; no obstante, sabía que no se encontraba en Francia, se hallaba más lejos, en las costas de oriente. Por el momento, le estaba siendo sencillo seguir su rastro, por nada del mundo iba a perderlo de vista. Así que no debía ser él. O quizá ella supusiera que así era. ¡Maldita sea! Debía haberla hecho vigilar en aquel largo viaje que realizó con su tía. ¡Ya le pertenecía, el gesto no habría estado fuera de lugar!

Pero aunque había decidido que llegaría al fondo del asunto prefirió continuar como si nada y no estropear la estancia de sus tíos ni su nueva relación con su esposa. Debía tener bastante mano izquierda y pies de plomo para llegar a saber sin espantar a su mujer por mucho que le costara, su esfuerzo estaba suponiendo un gran empeño por su parte. Debía confesar que, llegado el momento, en ese tipo de cuestiones le era ardua la tarea de controlarse.

—Querida, no debes sufrir. Aunque mujer, estoy al tanto de la gloria de nuestro ejército marino. Ni un solo pie francés logrará pisar las arenas de nuestra costa. Pronto, el cadáver de Napoleón se sumergirá en nuestras aguas arrastrado por la tormenta inglesa. —Los hombres arrugaron el entrecejo ante tal comentario mientras la mujer se giraba hacia ellos con semblante relajado—. ¿Veis? Es mejor dejar estos temas para otro momento. —La anciana baronetesa palmeó la mano de la muchacha para tranquilizarla—. Ahora, mi querido Edmund, es mi deseo que nos muestres el jardín, así podremos estirar las piernas después del viaje y ver qué mejoras has realizado durante este tiempo. Cuando volvamos podremos tomar el almuerzo; si lady Anne lo cree oportuno, por supuesto.

—Oh, mi lady —contestó la joven enseguida, le debía un gran agradecimiento a su nueva tía. La había salvado del insistente cuestionario y nada más que por eso era necesaria su inmediata reposición—. Tutéeme, por favor. En efecto, está usted en lo cierto, daré la orden ahora mismo —dijo ojeando brevemente el cielo—. La verdad es que a pesar de haber salido el sol, hace algo de frío y creo que lo mejor será tomar algo caliente e incluso si lo ven adecuado comer dentro; presiento que pronto se ha de levantar aire y estaremos más cómodos bajo techo.

Tras las instrucciones a los sirvientes se internaron en el jardín. Durante casi una hora apreciaron la vegetación y las novedosas ornamentaciones.

Luego regresaron a la casa donde se había dispuesto el almuerzo en el comedor junto con un fuego medio que había caldeado la estancia durante su ausencia.

* * *

El día pasó y con él llegó la visita de los señores Collingwood. Anne los esperó expectante junto a la puerta. Con el permiso de los viejos baronets y su marido, se había ausentado del salón donde se estaban entreteniendo con una partida de naipes. Los nervios la consumían. No veía el momento de ver a sus familiares, de estrecharlos, de oler aquel aroma cítrico característico de su madre junto a aquel otro más cargado, a tabaco y bebida, que envolvía siempre a su padre.

Edmund salió al poco rato a la entrada, justo cuando el coche de sus suegros emprendía el camino hacia su casa. En esta ocasión no hubo la gran ceremonia de por la mañana. En su lugar solo esperaban su llegada el mozo de cuadras, el mayordomo y un lacayo, el cual se encargaría de los abrigos, sombreros y bastones.

La señora Constance saltó prácticamente del coche y, tras una breve inclinación hacia Edmund y Anne, se dirigió a ellos con pomposidad. Patente era la urgencia en sus movimientos.

—Mis queridos baronets: sir Edmund De Featherstone, lady De Featherstone, gracias por la invitación. Nos sentimos muy honrados.

—Oh, madre, no debe andarse con tales cumplidos. Por favor, déjeme que la bese.

—Oh, mi querida niña —se abrazaron de forma cariñosa. Anne no pudo evitar sentir un pellizco en su corazón. Por un momento sintió lástima de sí misma. Si su madre supiera por todo lo que había pasado y que aún no había resuelto por completo.

—Señora Collingwood, nos agrada mucho su visita.

El lacayo mientras tanto ayudó al señor Frederick a bajar del coche. Fue una dura tarea, a Anne sorprendió el estado de su padre. En todo momento le habían asegurado que estaba igual, que no había empeorado. Sin embargo, allí estaba. Podía sostenerse en pie, aunque debía luchar constantemente por mantener su balance. Le habían salido canas y andaba un poco encorvado.

—Sir Edmund De Featherstone, hija mía, qué alegría volver a verles.

Anne sintió una patada en su estómago. Su padre se expresaba con dificultad, a la escasa luz de la entrada le parecía como si un lado de su cara estuviese paralizado. Dejando a su madre a un lado se acercó a él para, con cierto disimulo, poder observarlo más de cerca. En efecto, la mitad de su cuerpo no coordinaba como debiera. Tenía laxos su brazo y pierna izquierda, así como su rostro, el cual caía como relajado, no ese lado de la boca, tampoco aquel ojo tenía expresión. Era obvio que en algún momento del último mes había sufrido una apoplejía. Lo que la extrañaba es que aun así luchara por mantenerse en pie, por parecer normal. Cuánta congoja le causaba su situación.

—Mi querida niña, qué hermosa estás.

Dos lágrimas recorrieron el rostro de la joven. Sin duda, la boca de aquel lado había hecho una mueca extraña al tirar de ella los músculos del lado derecho.

—No llores, Anne. No sientas lástima por mí. Eso me duele más que cualquier otra cosa. Por favor, no me mires como si fuese un lisiado.

—Oh, padre, pero cómo...

—Lady Anne, por favor, los baronets de Cheshire nos esperan —interrumpió Edmund.

—Ah. Sí claro, enseguida. Padre, madre, por favor, entremos al calor de la lumbre. Estoy muy contenta de tenerlos en mi casa; quiero decir, en nuestra casa. Tanto sir Edmund como yo,

agradecemos que aceptaran nuestra invitación.

—Por supuesto, querida —fue hasta ella y la tomó de la mano de manera reconfortante—. Para nosotros es un verdadero honor que cuenten con nuestra humilde compañía para amenizar esta velada. Sir Edmund, permítame comunicarle que tanto el señor Frederick como yo estamos muy agradecidos por el trato tan cuidadoso con que agasaja a nuestra hija. La vemos realmente espléndida, no parece haber estado enferma. —Un rayo de tristeza cubrió fugazmente la mirada de la señora Constance—. Hemos pasado momentos de verdadera angustia pensando en que pudiera pasarle algo malo. Pero, aunque en un principio estaba un poco reticente a los conocimientos del doctor, debo de reconocer que estaba equivocada, y que ha vuelto a demostrarme su buen criterio —sonrió mientras con mano enguantada acariciaba brevemente la mejilla de Anne—. Me alegra haber estado equivocada.

—Oh, madre. —Lady De Featherstone tomó la mano de su madre y la estrechó entre las suyas tratando de mostrar una sonrisa sincera tras los funestos recuerdos que reverberaban en su mente y evitando en todo momento mirar a su marido como así por propia naturaleza se inquietaba—. Por favor, no debemos hablar de ello. Ya todo ha pasado y no quisiera revivir los momentos pasados de aquella extraña enfermedad. Les agradecería si no vuelven a hablar de ella. Los baronets no saben nada al respecto y ahora es innecesario preocuparlos con algo que ya es pasado.

—Bien, creo que tienes razón —afirmó la señora Collingwood, orgullosa por las palabras de su hija—. Sí, te enaltece proteger de ese manera a tus nuevos familiares. Tienes razón, querida. Nada saldrá de nuestra boca. Pero ahora —hizo una pausa y dio unos pasos hacia atrás en busca de un poco más de luz. Arrastró con ella a la muchacha; así, con sus manos enlazadas a las de Anne, las levantó un poco para tener una visión general de su cuerpo—, solo deseo poder verte unos instantes, aquí bajo la luz de este candil. A ver, sí, te veo bien, querida. Pero esto —señaló la cicatriz de su muñeca, la cual le había resultado extraña al incidir la luz en ella.

Anne retiró la mano deprisa.

—No es nada. Entremos, parece que refresca y padre puede coger frío.

Se dirigieron a la sala donde baronets y señores Collingwood se deshicieron en bonitas palabras. Llegó el momento de la cena, corrió el vino, conversaciones sobre el mundo, las lejanas colonias británicas y lo agradable que fue la boda de los jóvenes De Featherstone. Pocas fueron las veces en que el señor Frederick intervino en las conversaciones, aunque, a decir verdad, sí se mantenía muy atento a cuanto se decía, y hacía entender su parecer con efusivas expresiones en sus gestos. Aun así, y con no poco esfuerzo, el padre de Anne elogió el buen hacer de la cocinera y agradeció a su hija por recordar cuál era su plato favorito. Aparte de ordenar los platos preferidos de lady Susan y sir John, Anne también se tomó la libertad de recordar, paso a paso e ingrediente por ingrediente, el plato que a su padre le gustaba, así como el licor que disfrutaba su madre. De algo le había servido pasar tanto tiempo en las cocinas de The Meadows.

Como siempre, terminada la cena fueron a entretener lo que quedaba de velada tocando el piano, jugando a las cartas e incluso contando alguna anécdota. De ese modo, Edmund pidió a Anne tocar aquella pieza a cuatro manos que habían practicado hacía pocos días; fue la delicia de

los invitados, al parecer habían conseguido compenetrarse bien, y gracias a las prácticas que Edmund había aconsejado a su mujer, esta había conseguido interpretar con soltura. Luego las damas decidieron entretener su tiempo junto al fuego, charlando sobre aquel tiempo tan loco a pesar de estar a las puertas del otoño, la dificultad de encontrar nuevos sirvientes en los que confiar y el cambio tan inmenso que preveían iba a sufrir Alderley Edge, sobre todo después de haber vivido aquel apogeo durante el torneo de caballos del año anterior.

Los caballeros habían decidido no ir hacia el salón de los varones y se habían instalado junto a la ventana donde se encontraban un par de sillones y una butaca junto a una mesita auxiliar donde descansaba el juego de whisky sobre una bandeja de plata recién pulida.

Anne intervino poco en la charla, más pendiente en aquello que hablaban los hombres. Así pudo saber que la dichosa gran batalla estaba más cerca de lo que en un principio había creído, que gracias al cielo aquello que deseaba proteger, pero no podía, estaba fuera del alcance de los cañones y bayonetas, pues al parecer el enfrentamiento podía darse por vía marítima y no en tierra, dejando al norte lejos de la contienda. Una vez hubo saciado su curiosidad se dispuso a retomar la charla de su madre y la barone tesa, para poder intervenir de una forma más activa. Sin embargo, hubo algo que llamó su atención y que la alejó de aquella conversación de inmediato. Sir John De Featherstone pronunció el nombre de Humphrey. Habló de él como alguien valiente a la vez que loco. Alguien...

—Es como si mi sobrino menor se hubiese vuelto loco. Estoy seguro de que todos los ingleses estaremos agradecidos a su osadía, pero la realidad es que no me esperaba algo así de él. Siempre ha despreciado todo aquello que estuviese relacionado con asuntos de guerra. Aunque he de reconocer que su valentía hará que nuestro apellido sea honrado.

—Sir John, ya sabe que mi hermano es un poco volátil. Me extraña esto que nos cuenta. ¿Humphrey en batalla? Permítame que dude de la fuente que le ha hecho llegar tan burda mentira.

—Edmund, no puedo más que confiar. Alguien cercano al propio Vicealmirante Horatio Nelson, bajo cuyo mandato está Humphrey, me lo ha hecho saber por correspondencia. ¿Acaso pretendes que ponga en duda la palabra de tan ilustre persona? ¿Acaso piensas que alguien que solo debe pensar en estos momentos en la contienda y que se toma tantas molestias en mandar una misiva a este pobre infeliz para saber de su sobrino, me mentiría de tan vil manera?

—No. Aunque debe usted aceptar que el Vicealmirante es respetable, sí, en su oficio y por su patria, pero su vida personal es más bien turbulenta. No sé si es usted capaz de entender a lo que me refiero.

—En efecto, pero no encuentro en ello más que la necesidad del hombre. Para ser honesto, he de reconocer que la realidad es que, efectivamente, ocupa las charlas en los salones de las grandes ciudades, pero estas solo hacen referencia a su vida privada, que como bien dice la palabra: es privada. Creo conocer bien a mi amigo, y no dudo ni un instante en afirmar que es un gran marino, alguien respetable que, si ha hecho lo que ha hecho, ha sido solo por necesidad. El estar tan lejos de su mujer durante tanto tiempo. Eso llevaría a cometer adulterio a cualquiera, son demasiados años entregados a su patria. Qué menos que su patria lo respete. ¿Que debería

manifestar menos sus deseos? En eso puedo estar de acuerdo. ¿Que debería dejar en la privacidad de su hogar su amorío con la señorita Emma Hamilton y así no poner en evidencia a su esposa, aunque no viva en Inglaterra? También, debo decir que tienes razón. Pero poner en duda su integridad como caballero fiel servidor de la Real marina de su majestad e Inglaterra, eso, sobrino, no lo puedo permitir. Jamás he pillado en un renuncio a tan noble caballero.

—Pero no me negará, su señoría, que es ciertamente extraño que Humphrey se presente voluntario a tal efecto. Si es cierto, como así creo posible por ser, como usted afirma tan efusivamente, el vicealmirante Nelson quien se lo ha confiado, me decanto más a pensar que se ha visto obligado o que lo han obligado.

—No lo creo posible. Según mi fuente, se presentó voluntario ante el vicealmirante hace unas semanas atrás, y desde entonces lleva embarcado en el Navío HMS Victory que comanda el propio Nelson, al frente de incursiones menores y escaramuzas como parte del esfuerzo del bloqueo naval de los puertos franceses en el Mediterráneo.

—De verdad, baronet, que trato de creerle, pero mis investigadores me han asegurado hasta hace tan solo unos días que se encontraba en China, realizando sus negocios con su Compañía Royal Silk, la cual tengo entendido no va muy bien.

—Tus investigadores son unos ineptos. Quizá debas buscar otros que hagan mejor el trabajo. Por el momento me quedo, sin lugar a dudas, con la información obtenida del propio almirante. En resumidas cuentas, lo que me dice me hace pensar que Humphrey, tal y como has convenido, se ha vuelto medio loco. Al parecer, Nelson sugiere de pasadas que ha encontrado en él a un hombre valiente y entregado a la causa, pero que su sed de sangre puede llevarlo a la desgracia. No sé qué le ha podido pasar para llegar a hacer algo así, en él era totalmente impensable. Se dice que entre copas le confesó que la única forma que ve digna para morir es entregándola en armas, al menos así podrá morir pensando que su vida ha servido para algo más que para los negocios.

—Lo único que ha hecho durante estos años es poner a la familia en evidencia —pronunció iracundo—. Bien hará en morir de ese modo. Solo así podremos seguir adelante con la frente bien alta y no con la mácula que supone su modo de vida, viviendo como un nómada prehistórico, un salvaje. Y todo para qué, si al menos estuviera amasando fortuna. Pero no, mis informadores me han dicho que vive como un don nadie, de sobra sé que no ha regresado a su residencia desde hace más de un año, no sé cómo puede haber dejado de lado sus negocios, eso mismo se confirma al saber que está en el Mediterráneo. En fin, nada podemos hacer con respecto a él. Es su decisión y debemos respetarla.

—Te olvidas de una cosa, Edmund. Me sorprende que hables tan fríamente de tu hermano menor —lo reprendió sutilmente—. No olvides que si algo te ocurriera, hoy por hoy sería él el heredero de cuanto posees y poseo. Desde luego no es mi deseo que nuestra fortuna caiga en manos ajenas. Si la corona llega a apoderarse de ella con pleno derecho, nuestra dinastía tiene los días contados, se repartirían nuestras tierras como regalos de cumpleaños a cuantos bastardos tenga a bien de lamer el culo a su majestad.

Edmund chasqueó la lengua, odiaba con toda su alma hablar de Humphrey y más odiaba aún

pensar que pudiera apoderarse de lo que le pertenecía solo a él. Ya bastante tuvo que soportar al repartir las tierras de Alderley Edge con ecuanimidad, cosa que jamás debería haberse dado. Pero era necesario templar sus instintos y bajar el tono de la conversación. No podía permitir que su tío cambiara la forma en que lo miraba, debía continuar siendo el caballero que había sido hasta el momento, alguien respetable de curriculum intachable, tanto en sus ocupaciones, como en sociedad y vida privada.

—Desde luego, no espero que piense que no pueda importarme lo que le ocurra, pero respeto su decisión, eso es todo. Y con respecto a mi muerte, Sir John, creo que se está apresurando demasiado. Por otra parte, espero engendrar a un varón sano y fuerte pronto. Acabo de casarme; ¡por el amor de Dios, deme unos meses para asentar el lecho con mi esposa!

Al escuchar aquello Anne se sonrojó, cosa que trató de disimular bajando la cabeza a su regazo. No quería llamar la atención de las señoras que estaban sentadas junto a ella.

—Bueno, bueno. Dejemos de lado el asunto de Humphrey y la herencia y pasemos a uno de los que me ha traído hasta aquí, aparte de necesitar la distracción de mis sobrinos y el sentirme como en casa. Como ya supondrás no es necesario que mandes los caballos de batalla. Se prevé una contienda por mar, así que no creo que debas molestarte en ese negocio.

—Pero, sir De Featherstone, no cree que sería conveniente negociar para mandar unos cuantos a las costas por si al final el asunto varía y necesitan de ellos. El viaje hasta la costa es arduo por los caminos. Llevar hasta allí cien de mis caballos de batalla supondrá un gran esfuerzo llegado el momento y las prisas. Le recuerdo que sé muy bien de lo que hablo, tenga en cuenta que no hace tanto tuve que sumergirme en la odisea de traer hasta aquí a los míos. ¡Por Dios, aquello fue un infierno! Sin embargo, si lo hacemos ahora, el viaje puede ser menos costoso y agotador. Si unimos mis cien caballos a sus quinientos hombres o a aquellos que han de recorrer los caminos desde el norte, ellos mismos los pueden hacer llegar. Conozco a alguien en el Sur con un terreno amplio donde podrán pastar hasta su requerimiento.

—Pensándolo bien creo que es una gran idea. Sí, acepto. Le diré al capitán.

Anne alejó sus sentidos de la conversación. Humphrey, Humphrey en batalla, en alta mar, arriesgando su vida; pero por qué. Él, por lo poco que lo había conocido, odiaba la batalla. Para él el mundo era un lugar al que cuidar, donde todos eran iguales, independientemente de su cultura, lenguaje y color de su piel. Era extraño, en eso estaba de acuerdo con su marido. Se le contrajo el estómago al pensar que pudiera perder la vida en el frente. A pesar de lo vivido, a pesar de lo que ocurrió, lazos más grandes la unieron a él, ya no se trataba de amor, que por supuesto y como se sabe, aún lo amaba, se trataba de algo más.

Aquellos pensamientos la llevaron a caer en la cuenta de que Edmund estaba al tanto de los movimientos de su hermano, o al menos eso había creído hasta el momento en que el viejo baronet le había dicho la realidad de su ubicación. Pero por qué, no entendía la molestia que se tomaba para vigilar sus movimientos. Era insólito, pues obviamente no se soportaban, él mismo le dijo que no regresara, a qué acusarlo de que no había vuelto a su casa durante más de un año. Quizá quería disimular sus desavenencias frente a su tío, pero no, eso no podía ser, la forma de hablar sobre Humphrey había evidenciado que su relación no iba más allá de la soportable desde

la lejanía. De seguro sus tíos estarían al tanto de su horrible trato. Como aquel que dice, habían adoptado a Edmund años atrás y lo habían criado como un hijo después de la pérdida de James, su propio vástago. Deberían de estar al tanto. Aunque no por ello de acuerdo, tal y como sir John había evidenciado en sus afirmaciones.

—Lady Anne, querida, la noto ausente. Quizá se encuentre indispuesta —afirmó lady Susan acercándole su propio abanico.

—Oh, perdónenme, por favor. Tan solo me he sentido sofocada —tomó el abanico, pero no lo desplegó—. Quizá deba salir a tomar el aire unos minutos.

—Hija, no estés preocupada, esas cosas pasan durante los primeros meses de casada —cruzó una mirada cómplice con la baronetesa.

Anna se sonrojó.

—Yo...

—Oh, no se apure, vaya a tomar algo de aire. Edmund, querido, acompaña a Anne al jardín. Parece que está un poco indispuesta y es menester que se refresque, bien sea con el rocío nocturno.

—Por supuesto. Lady Anne, ¿te encuentras bien?

—Sí. Sí. No se preocupen por mí, por favor —dijo mientras se ponía de pie dispuesta a salir de allí. El aire se había vuelto, en efecto, sofocante. Las paredes de la habitación le daban la sensación de haberse combado al punto de apretar su pecho. Aquellas miradas fijas en ella, cuestionando su estado, haciendo suposiciones—. No era mi intención armar este revuelo. De veras que no es nada. Unos minutos en la puerta del jardín serán suficientes para apaciguar mi estado. Quizá sea el calor de la chimenea. Estos cambios de tiempo en los que un día hace calor y al rato frío me tienen el cuerpo trastornado.

—Vamos, querida. —Con algo de fuerza la tomó del codo para dirigirla hacia la salida—. Enseguida te encontrarás mejor.

Salieron al jardín. Edmund iba algo distraído. La actitud de su esposa había llamado su atención, qué casualidad, le había ocurrido aquello justo cuando habían estado hablando de Humphrey. No podía decirse que sus sentidos, ahora embotados por sus recientes sentimientos, estuvieran dormidos. Aún era capaz de ver más allá de lo que querían mostrar aquellos que lo rodeaban. Siempre se le había dado bien sacar conclusiones de simples gestos e insulsos e inocentes comentarios. De muecas distraídas e involuntarias. Y en este ocasión no iba a ser menos. Que el diablo lo llevara si no estaba en lo cierto.

La noche estaba algo más calmada que el día. Al final no se había complicado como parecía iba a suceder. Una suave brisa movía los rizos que se habían escapado del recogido de la muchacha, como el trigo cuando es mecido por el viento. Sus ojos estaban abiertos de par en par, sorprendidos y tristes. Sus manos volaban nerviosas rascando su cuello, luego su mejilla y vuelta a su cuello. Era obvio que algo la había alterado.

—¿Te encuentras mejor?

—Sí, gracias —sonrió de manera tímida—. No era necesario que me acompañaras y dejaras solos a nuestros invitados —dijo mientras jugaba con un hilo que había escapado del chal que

había atrapado del respaldo de una silla en el último momento antes de salir.

—No te preocupes. No tardaremos en volver y ser tú misma quien los entretenga con alguna partitura.

—Desde luego.

Sir De Featherstone tenía las manos enlazadas a la espalda, su postura quería denotar serenidad; sin embargo, en su mirada se atisbaba algo parecido a una fiera escondida tras los juncos de un manantial, agazapada, a punto de saltar sobre su víctima. Lady Anne debía andar con cuidado.

—Espero que tu malestar no sea debido a la conversación que hemos tenido referente a la guerra. Quizá deberíamos haber marchado al otro salón para evitar importunarlas. A veces los hombres somos impetuosos a la hora de arrojar nuestros argumentos.

—Oh, no. Solo ha sido un golpe de calor.

—Es extraño. El fuego está casi apagado y las ventanas están abiertas. Es más, si me apura creo que más bien hacía fresco en la habitación.

—Es extraño sí, pero es lo que he sentido. Ahora que la brisa de la noche ha rozado mi piel y llenado mis pulmones de aire fresco me voy sintiendo mejor. La verdad es que estaba un poco mareada.

—Honestidad, lady Anne. —Lady De Featherstone se sobresaltó ante aquel tono sólido de advertencia. Su marido la miraba con la cabeza apenas girada hacia ella. Su rictus era severo, una fina línea había ocupado los labios carnosos que precedían a su boca. Un estremecimiento recorrió la espina dorsal que sujetaba su torso dando cabida a sus órganos ahora disueltos; dejando que el aire llenara por completo unos pulmones que en ese momento solo podían contener la mitad de su capacidad. Debía andar con cuidado, se repitió, debía estar atenta y despierta para cualquier giro necesario por los sucesos—. Sinceridad. Soy consciente de que su malestar ha venido de la mano de Humphrey. —La boca del varón se contrajo levemente en una mueca de asco—. En el momento en que has escuchado su nombre tu postura ha cambiado. Debes estar al tanto de que, por naturaleza, nada escapa a mis sentidos. —Ahora la miraba con altivez con una ceja alzada y rictus desafiante—. Además, estamos en mi territorio, conozco cada esquina que me ofrece el poder escuchar mejor al que está sentado en la otra; cada lugar de donde atrapar un reflejo que no debería estar ahí; cada posición que me ofrece una perspectiva de todo mi entorno. —Hizo un ínfima pausa en la que tomó aire y chasqueó la lengua para luego fijar su gélida mirada sobre Anne—; y sí, querida, puedo afirmar que he sido testigo del momento en que te has incorporado a la conversación y del instante en que ha dejado de interesarte, así como aquel que te ha azorado sobremanera. —Apretó los labios en una mueca severa. Si alguien preguntara a Anne, esta no sabría decir si en su gesto podía distinguir la pena o la rabia—. Es una lástima ser conocedor de que aún hoy en día, a sabiendas de lo degenerado que es Humphrey pueda causar ese sofoco en ti. La verdad, no puedo llegar a entender el porqué. Yo pensé que te habías dado cuenta del tipo de hombre que es.

Tras aquellos gestos y palabras, lady De Featherstone decidió seguir con su vida y cesar de detenerse constantemente en el pasado. Qué más daba Humphrey, lo único que debería

importarle era salvar su matrimonio. Estaba comenzando a conocer a Edmund, ya había visto y vivido su peor parte. Esa parte que ahora él mismo rechazaba. Y entendía que los celos nacieran en él, no podía permitir que esos mismos nublasen aquel cambio que se estaba obrando en el carácter de Edmund. Ese hombre que tenía al lado se estaba esforzando. Lo estaba dando todo porque funcionara, por demostrarle que se arrepentía y ella lo estaba traicionando con un pésimo comportamiento. Era necesario armarse de arrestos y darlo todo por su unión. Tal y como los demás habían tomado su camino, ella debía seguir el suyo. No servía de nada lamentarse, no servía de nada vivir con el amargo recuerdo y sapiencia de que aún lo amaba. Sí, aún amaba a Humphrey, pero ese amor debía morir y si no podía asesinarlo al menos tendría que hacer lo posible por olvidarlo.

Giró su cabeza para encararlo, frunció los labios y lo miró fijamente.

—Honestidad. Es cierto, sir Edmund. Uno de los principales pilares en los que se asienta nuestra unión —dijo con seguridad para luego aspirar y soltar el aire con la misma firmeza—. De acuerdo, sí, es cierto. —Miró hacia delante e hizo una breve pausa—. Humphrey ha sido la razón de mi indisposición. Si no te lo he dicho ha sido más bien para no incomodarte.

—Entonces, es cierto. —Anne creyó notar una vibración en el tono de su marido; sin embargo ella continuó impertérrita, era necesario demostrar que no temía y, lo más importante, que nada guardaba.

—Depende de la conclusión a la que quieras llegar.

El baronet volvió a chasquear la lengua, un destello azulado producto de la frialdad en sus ojos cruzó su mirada penetrante.

—Sigues teniendo sentimientos hacia él.

—Sí —contestó tajante—. Aquellos que me hacen odiarlo con toda mi alma. —Poco a poco fue girando su rostro hasta mirarlo fijamente con aquellos ojos esmeralda, tan transparentes que era harto imposible cuestionar lo que revelaban—. Aquellos que hacen que cuando escuche su nombre se me revuelva el estómago. —Tragó saliva—. Un rechazo visceral se apodera de mí y me lleva a estar al punto del desmayo por recordar aquello que me hizo; lo ciega que estuve —dijo esto último en un susurro. Luego, nerviosa giró el rostro hacia el lado opuesto, avergonzada por tener que hablar sobre ello y, para más inri, nada más y nada menos que con su marido—. Yo-yo no quiero volver a escuchar su nombre en mi presencia. Ya bastante hizo con-con...

—Con aprovecharse de su inocencia y robarle su bien más preciado —terminó Edmund enfadado.

De nuevo Anne tomó y soltó el aire. Se sentía algo mareada. Había sido necesaria aquella conversación, después de todo no hay mal que por bien no venga, quizá aquello le hiciera acercar posturas en su empeño de futuro.

—En efecto. —Lo miró—. Para mi deshonra así fue. Espero ahora comprenda mi malestar.

Edmund la observó tan intensamente, que Anne sintió cómo desnudaba sus sentimientos con tan solo aquella mirada. Luego el glaciar que había cubierto sus ojos fue derritiéndose hasta quedar solo una fina película helada. Edmund estaba cambiando. Y lo hacía por ella, o gracias a ella. Eso era algo que todavía tenía que descubrir.

—Lo hago. —Con gesto tierno abrazó las manos de su esposa. Inexistente la furia en su voz, ahora reemplazada por la congoja—. Debo confesar que has logrado confundirme. Quizá sea el fantasma de los celos. No puedo evitar pensar que caiste entre sus brazos. Tan solo la idea de...

—No, por favor, no debes...

—Anne, querida, ¿estás mejor, hija?

De inmediato el baronet se apartó un paso de su esposa y, tras resoplar, recobró la compostura, hastiado por la insolencia de su suegra, ¿acaso no había sido testigo del momento de intimidad?

—¿Señora Constance?

—Tenga a bien de perdonar la intromisión a esta pobre madre preocupada.

—No es necesaria la disculpa. Soy consciente de que querrá disfrutar de unos minutos con lady Anne. Con su permiso.

La señora Collingwood hizo una breve reverencia y Edmund, tras besar la mano de su esposa sumada a una fugaz mirada cómplice, marchó hacia el interior de la casa.

—Veo que ya estás mejor —dijo entrelazando el brazo de su hija.

—Sí. Ha debido de ser el calor de la estancia.

—O quizá otra cosa —apenas rozó el vientre de la muchacha con el dorso de la mano.

Esta, sorprendida, resolvió sonreír tímidamente al gesto y no dar más que hablar del asunto.

Quedaron calladas unos instantes.

—Hija mía, no sabes lo que he sufrido sabiendo que estabas enferma y no poder acudir a velar por ti. Estoy casi segura de que todo debe haberse debido a un desequilibrio entre los humores. Déjame verte, anda —dejó espacio para poder admirarla—. Estás muy hermosa, tu padecimiento no ha dejado huella en tu belleza —afirmó mientras rodeaba las mejillas de Anne con cariño—. Te veo bien, Anne, estoy segura de que estás siendo muy feliz. El señor Collingwood y yo estamos muy contentos por tu suerte. Baronetesa de Alderley Edge nada menos —declaró orgullosa a la vez que bajaba las manos por la forma de sus brazos—. Eres la envidia del pueblo. Pero esto. —Paró el descenso en la cicatriz de su muñeca—. No sé, hija, nunca he visto que se hicieran sangrías en esta zona —dijo rozando con delicadeza la cicatriz de la zona de las muñecas—. Tenía entendido que hay ciertas partes del cuerpo que son muy peligrosas y que podríamos desangrarnos hasta morir sin remedio, y creo estar en lo cierto al afirmar que esta es una de ellas. Hija, perdón por mi impertinencia, pero ese doctor no me da confianza, debería haberte hecho la sangría más arriba.

—Déjelo, madre —cortó seca y apartó las manos de su madre de inmediato ocultando con las suyas la cicatriz—. Como ve estoy bien. El doctor ha sabido hacer su trabajo, pero debo darle la razón, si no quiera Dios volviese a enfermar, no le permitiré tocar esa zona.

—Claro que no, y fíjate qué sangría —con firmeza volvió a tomar la mano de su hija—, ¿acaso no usó sanguijuelas? ¿Es que te hizo un mal corte con un cuchillo desafilado?

—Lo ignoro. Estaba tan debilitada que apenas tenía momentos de lucidez —Anne se pronunciaba con árida parquedad.

—Me mortifica, de veras, no haber podido acudir a tus cuidados. De haberlo hecho esto nunca se hubiere dado.

—No se preocupe —volvió a retirar las manos para cruzar los brazos frente a sí, enrollados a su vez en el mantoncillo—. Usted ya tiene suficiente con estar a cargo del señor Collingwood. Ahora, si no le importa, deseo cambiar de tema. Este me causa desazón.

Ante tal interrupción, que más fue exigencia que ruego, la señora Constance quedó muda durante un par de segundos en donde comprendió que muy mal lo tenía que haber pasado como para no necesitar compartir con una madre su zozobra. Así, convino corresponder con dulzura cambiando de tema.

—Por supuesto. Y bien, cuéntame qué tal te va en tu casa nueva. Veo que te desenvuelves bastante bien con los sirvientes.

—Sí, madre. Ciertamente, son un estupendo grupo de criados. Tal y como le dije en mi correspondencia, los siento como parte mía. Tal y como ocurría en The Meadows.

—Me alegro mucho. —Y en verdad se alegraba al ver que el cambio de tema había agradado a su hija, quien ahora se mostraba sonriente—. Tan solo déjame ofrecerte un consejo: no permitas que se tomen licencias, más vale una colorada que ciento amarilla; tú ya me entiendes.

—Lo sé, por el momento todo se sucede de forma adecuada.

—Ah, hablé con la señora Paddington en la iglesia. —Comenzó a hablar de corrido—: Sé que no quieres saber nada del asunto, pero creo que es conveniente que sepas, para tu tranquilidad, que ese degenerado señor Humphrey no ha vuelto a pisar The Oak Cottage; gracias a Dios está cumpliendo su palabra. Claro está que si lo hiciera no podríamos evitarlo, pues es su casa y ante eso...

—Pare.

—Pero, hija...

—¡Le he dicho que pare! —Ante la mueca de horror de su madre, Anne cerró los ojos buscando centrarse y aplacar su temperamento—. Como bien dice, está al tanto de que no quiero saber nada de ese-de ese... En fin, que no quiero saber nada. No quiero que me inoportune. Yo tengo una vida nueva y ahí se queda. Ya bastante perdí cuando-cuando...

—Oh, hija. Yo...

—Vayamos dentro. Está refrescando y podemos enfriarnos.

Así marcharon al interior, con una señora Collingwood bastante sorprendida y con una lady De Featherstone muy fastidiada ante lo inoportuno de los comentarios. Había deseado ver a sus padres, pero era obvio que cada vez que los viese su pasado volvería a golpearla como un mazazo. Si su madre no cambiaba se vería obligada a espaciar las visitas y, de ese modo, los malos tragos por las nuevas noticias.

Capítulo 13

Humphrey deseaba pisar tierra lo antes posible. La persecución del navío negrero no terminaba de dar su fruto. O el barco había cambiado su dirección o se había perdido en las entrañas del vasto océano.

Su relación con el capitán Collier se había estrechado al punto de considerarlo un buen amigo con quien departir durante las comidas, y quien, por fortuna, no volvió a mencionar a Edmund y su esposa, quizá, a pesar de que había tratado de disimular su malestar cuando trataban el asunto, el capitán se había dado cuenta de su desasosiego y evitaba así pronunciar siquiera su nombre.

Por su parte, el joven De Featherstone procuraba mantenerse entretenido en diferentes labores y diversiones. Para el resto de los hombres continuaba siendo Chief Blue Jacket, había vuelto a usar su chaqueta azul, y debía demostrar que era un mercader y que sabía realizar los trabajos que la vida en alta mar conllevaba. Además, esto le proporcionaba tal distracción que había conseguido que sus recuerdos no lo acosaran demasiado. Sin embargo, las noches eran otro cantar. Durante las primeras horas nocturnas las preguntas se sucedían, todas acompañadas por la evocación del rostro de su amada. No obstante, una especie de rencor había ido formándose en su interior. Se repetía que su amor no había sido real, que lo había usado y traicionado de la manera más vil. Llegados a este punto, se preguntaba qué podía haber hecho en este mundo para merecer revivir cada noche un dolor tan inmenso que sentía cómo lo desgarraba por dentro y mordía sin piedad, envenenando su espíritu. Luchaba porque ese rencor se acrecentara, se apoderara de él, solo así podía llegar a olvidarla. A ella y su aroma, a sus delicadas manos mientras trazaban pinceladas seguras, a la redondez de su hombro y la dureza de sus clavículas.

Esa noche no fue diferente a las demás, pero el peso de la atmósfera de su camarote lo asfixiaba. Era bien entrada la madrugada y se propuso salir a cubierta a respirar aire limpio, quizás así conseguiría despejar la neblina que se revolvía en aquel rincón de su camastro.

En la penumbra del pasillo del barco HMS Dolphin, Humphrey se aventuró fuera de su camarote en busca de un poco de aire fresco. La noche se cernía sobre el océano, y el silencio solo era roto por el murmullo de las delicadas olas contra el casco del barco. La madera crujió bajo sus botas mientras avanzaba con cautela.

Mientras transitaba por el pasillo, un suave murmullo llegó a sus oídos. Se detuvo y escuchó atentamente, tratando de discernir la fuente de la conversación. Siguió el sonido hasta la entrada de la escalera, donde dos sombras se recortaban contra el cielo estrellado. Humphrey no pudo evitar reconocer las voces: el teniente Wilson, un hombre de mayor rango, y un marinero de menor posición que se dedicaba al control del cargamento, del cual desconocía su nombre.

Humphrey se acercó silenciosamente y se quedó en la sombra de la escalera. Los hombres hablaban en voz baja, pero cada palabra llegaba claramente a sus oídos. Discutían la importancia

de mantener el navío lejos de la ruta del que perseguían, un barco negrero cargado con esclavos. El señor Wilson apremiaba al otro marinero a mantenerse firme en su misión, pues la recompensa que recibirían si lograban su cometido era una generosa suma pagada por los comerciantes de esclavos. Además, no podían olvidar que sus cabezas estaban en juego si el asunto salía mal.

Humphrey quedó atónito al escuchar las palabras del teniente Wilson. La traición estaba frente a sus ojos, y el deber lo obligó a tomar una decisión. Resolvió que aquel descubrimiento lo obligaba a contarle al capitán Collier sobre la traición del teniente.

Con sigilo se pegó a la pared de espaldas a la escalera, tratando de pasar desapercibido entre las sombras. No obstante:

—Eh, usted, ¿qué hace merodeando en la oscuridad?

De Featherstone exigió a su cerebro que funcionara con rapidez. De ese modo, apoyó una mano sobre la pared y la otra la llevó con disimulo hacia su entrepierna y comenzó a balancear su cuerpo con la intención de parecer que estaba ebrio y desorientado, con la mirada nublada y una risa torpe que escapaba de sus labios. Luego, se propuso que los efectos del alcohol se notaran en cada movimiento. Con torpeza miró hacia atrás buscando el origen de aquellas palabras y mientras sus piernas le fallaban se pronunció trastabillando su lengua en la complicada tarea de contestar:

—Oh, yo, fuffch. Eeehhh, intentaba llegar a... mfmfmf, la letrinaaa... per-pero mi vejiga ha reventado.

El teniente Wilson hizo un aspaviento con la mano despidiéndose del otro marinero, quien se alejó de allí de inmediato, e indeciso y temeroso de que Humphrey lo hubiera descubierto, descendió las escaleras y bajó los escalones mirando hacia todos lados, cerciorándose de que no había nadie cerca.

—Vaya, vaya. ¿A quién tenemos aquí? Chief Blue Jacket. —Acercó su rostro y lo olió—. Apesta a alcohol.

Humphrey soltó una carcajada explosiva y lacia. Gracias a Dios, había tomado un trago para calentarse antes de salir del camarote.

—Extraño sería lo contrrrrario.

El teniente miró hacia el suelo y le sorprendió no ver ningún charco en los pies de Humphrey.

—¿Seguro que iba hacia la letrina?

—Aaaahhh. —Hizo como que perdía el equilibrio y apoyó la mano que supuestamente había estado sujetando su miembro, en el hombro del señor Wilson, quien, asqueado, se la apartó de inmediato—. Mmmiii teniente. Espere, que ya sale.

—¡Oh, no, por todos los demonios! ¡Reprima sus ganas, hombre de Dios! Vamos, le ayudaré a usar su bacín.

—Aammmiigo mmío, verá usted, es que no lo encuentro —dijo arrastrando las palabras, mientras el teniente Wilson pasaba el brazo por debajo del suyo y cargaba con él hacia su camarote.

—Tranquilo, que seguro está por allí.

Con no poca dificultad, recorrieron el pasillo hasta su habitación. Allí, después de encontrar la bacinilla, Humphrey pudo concentrarse para provocarse las ganas de orinar ante la mirada expectante del teniente Wilson, quien lo observaba no muy convencido de su estado, por lo que tuvo que continuar con la pantomima.

Una vez hubo acabado, se dejó caer en el camastro con brusquedad.

—Grraaciash, teniente, por ayudaaarrrme a mantenerrr intacta mi dig-nidad.

—No ha de preocuparse, señor, en peores nos habremos visto.

—Sí, pero el de mingitar encima de uno mismo es otra cosa.

—Bueno, como usted ha puntuado, el hecho no ha ocurrido, así que puede usted descansar en paz. —El teniente fue a marcharse, pero observó algo extraño en Chief Blue Jacket: se había incorporado demasiado rápido como para estar tan perjudicado por el alcohol. De ese modo, decidió actuar con cautela y, después de pensarlo, un segundo decidió realizar una artimaña para evaluar si la aparente embriaguez de Humphrey era genuina. Aquello no era un juego, y si ese infeliz estaba al tanto de su traición debía aniquilarlo. No le costaría demasiado tirarlo por la borda—. Aunque, pensándolo mejor, creo que le vendrá muy bien una nueva partida de naipes, quizá logre despejarle un poco antes de dormir y evitar así morir a causa de su propio vómito.

Humphrey se echó hacia atrás. Aquel revés era inesperado, pero, después de valorarlo un poco, decidió seguirle la corriente, pues de vez en cuando habían entretenido su tiempo de ocio echando algunas partidas, donde gracias a su maestría había salido ganador y por ello se había agenciado algunos enseres necesarios para la vida en alta mar. Sin embargo, esta vez tendría que perder algunas de sus propiedades si quería llegar a convencer al teniente Wilson de que su estado ebrio era real, y lograr así quitárselo de encima lo antes posible y asegurar su valiosa información. ¡Ese traidor desalmado tendría que vérselas con el capitán y el resto de la tripulación!

—Usted siempre tan atento. Reparta.

Ambos se sentaron y comenzaron a jugar, mientras Humphrey deliberadamente dejaba que el teniente ganara una y otra vez.

El teniente Wilson, satisfecho de haber engañado al supuesto borracho, dejó de preocuparse por la presencia de Humphrey y ascendió nuevamente hacia cubierta. De Featherstone, por su parte, guardó su secreto con cuidado, decidido a informar al capitán Collier en el momento oportuno.

De esa manera, aguardó en su camarote cediendo un tiempo prudencial para que el oficial, satisfecho por sus ganancias, se fuera a dormir. Una vez creyó que ya estaría lejos, se apresuró a salir sintiendo el frío de la noche que comenzaba a calar sus huesos, pero no podía entretenerse y perder el tiempo para tomar ropa de abrigo. La traición que acababa de presenciar lo urgía a actuar sin demora.

Con paso decidido, se dirigió hacia el camarote del capitán Collier para revelarle la conspiración en la que parecían estar involucrados algunos de sus hombres. Sin embargo, al llegar a la puerta nadie contestó, por lo que, extrañado, la abrió y se encontró con una escena desconcertante: el camarote estaba vacío.

La inquietud se apoderó de Humphrey, y para colmo de males, la campana de alerta del barco

comenzó a repicar con insistencia. Un estremecimiento recorrió su espalda mientras se daba cuenta de que algo grave estaba sucediendo. La campana anunciaba peligro, pero en medio de la oscuridad de la noche y la confusión, no sabía exactamente qué amenaza se cernía sobre el navío HMS Dolphing.

Humphrey entendió que no tenía tiempo que perder. Con la campana de alerta resonando en sus oídos, se dirigió hacia el convulso escenario junto con el resto de los hombres, quienes comenzaron a llegar a cubierta con la mirada atenta y los nervios a flor de piel, dispuestos a enfrentarse al enemigo, aun con las legañas cubriendo sus ojos. Logró esquivar a los soldados con rapidez y llegó al puesto de mando del Dolphing, donde los oficiales gritaban y ordenaban en un tremendo caos. Tras un grito proveniente de algún lugar cercano, y que devolvió a los hombres al estado de contención que debían haber manejado, De Featherstone logró encontrar al capitán Collier, quien tomó las riendas de las operaciones con determinación.

—Mi capitán, tengo algo que contarle —trató de hacerse escuchar por encima del ruido.

—¡Ahora no, estamos en medio de una refriega! —contestó el capitán haciéndole caso omiso mientras alargaba el catalejo.

—Le ruego disculpe mi insolencia, capitán Collier, pero no puede ignorar la información que le traigo, es de suma importancia que la tenga en su poder.

Collier volvió a cerrar el catalejo y miró por encima del hombro a De Featherstone.

—Chief Blue Jacket, no me haga perder el tiempo, me ha costado mucho mantener en secreto esta operación, ¡y no voy a permitir que un simple mercader me distraiga de mi objetivo! Haga el favor de ir a cubierta, quizá allí sea de ayuda.

Impotente, Humphrey observó cómo el capitán se daba la vuelta y ponía toda su atención en los oficiales, dando instrucciones sin descanso, mientras se llevaba el catalejo al ojo dando por terminada la conversación. No era el momento de desvelar su secreto, tendría que esperar.

Mientras la tripulación se movía frenéticamente para enfrentar al barco negrero que se aproximaba sigilosamente, el tenso olor a sudor y pólvora llenaba el aire, y los gritos de los oficiales se mezclaban con el retumbar de los cañones disparados como advertencia al enemigo.

Humphrey, a pesar de su deseo de ayudar, se encontraba en un estado de relativa impotencia en medio del tumulto. Preguntó a uno de los oficiales cómo podía contribuir, y este lo apremió a reabastecer las cestas de balas de cañón. Con determinación, se dirigió hacia la bodega en busca de munición, listo para cumplir con su tarea en medio del caos de la cubierta. Todos sus conocidos sabían que no era amante de la guerra, y que solía evitar el enfrentamiento, pero si se cruzaba en su camino tendría que intervenir y hacer lo que mejor pudiera para salir airoso.

Sin embargo, en ese momento, una figura captó su atención. El teniente Wilson, el hombre cuya traición había presenciado un rato antes, estaba en el proceso de liberar la única barcaza a bordo del barco. Humphrey observó con horror cómo él y su compinche, el marinero sin nombre, desataba los nudos de las cuerdas con premura y furia, claramente intentando huir de la inminente confrontación.

Sin dudarlo, De Featherstone se lanzó hacia el teniente, determinado a detenerlo y evitar su escape. Este, al darse cuenta de que su intento de fuga había sido descubierto, se volvió con un

gesto de sorpresa y enojo. La confrontación entre Humphrey y el teniente en el costado del barco se convirtió en un enfrentamiento tenso; sin embargo, con el futuro del HMS Dolphing y la persecución del barco negrero pendiendo en la balanza, nadie se dio cuenta de lo que allí ocurría.

El teniente Wilson se abalanzó sobre Humphrey, quien luchaba valerosamente para impedir que liberaran la barcaza. Wilson, en un intento desesperado, trató en varias ocasiones de arrojar a Humphrey por la borda, mientras su cómplice se esforzaba por desatar los nudos que sostenían la embarcación suspendida en el aire.

Con esfuerzo, el marinero logró liberar la pequeña barca y, con la ayuda de las poleas, la hizo descender lentamente por encima de la barandilla, poniendo su escape a punto. Los puñetazos y empujones hacían que la balanza de la pelea se inclinara de un lado a otro. Parecía que Humphrey estaba ganando terreno, logrando que el oficial malgastara su fuerza intentando tomar su peso para una vez más tratar arrojarlo por la borda, pero entonces, el marinero sin nombre se unió a la refriega, y de un empujón hizo que Humphrey cayera de rodillas. El teniente Wilson culminó con un despiadado puntapié en las costillas de De Featherstone, dejándolo debilitado.

Con el escape del oficial pendiendo de un hilo y la barca descendiendo lentamente, Humphrey se levantó con todas sus fuerzas, lanzando un grito de desafío. Empujó al marinero que peleaba con la cuerda, apartándolo de las poleas y se asomó desesperadamente por la barandilla, gritándole al teniente que no se saldría con la suya.

Wilson, viendo que su huida estaba en peligro, tomó una decisión arriesgada y repentina. Sin pensarlo dos veces, cortó las cuerdas que lo ataban al barco y se dejó caer al mar oscuro y embravecido. Sin dudar un segundo, Humphrey se lanzó tras él en un acto de valentía y determinación. No permitiría que el teniente escapara impune, y estaba dispuesto a enfrentar las aguas traicioneras para lograrlo.

* * *

El Dolphing finalmente logró someter al navío negrero después de un par de horas de enfrentamiento. Con los esclavos a salvo y los prisioneros bajo custodia, el capitán Collier decidió ir a su camarote para brindar por la victoria. Fue entonces cuando echó de menos a Humphrey, con quien durante los últimos días acostumbraba a compartir unas copas antes de ir a dormir. Recordó que De Featherstone quería decirle algo e inquieto, apremió a uno de los soldados para que fuera en su búsqueda.

El tiempo pasó lentamente mientras el soldado estaba ausente, y cuando finalmente regresó, no lo acompañaba el señor Humphrey De Featherstone. En su lugar, estaba uno de los marineros, el encargado de la mercancía. El capitán Collier, sorprendido y preocupado por si la zona de almacenaje había sido dañada durante la contienda, preguntó qué hacía allí.

El hombre le relató una versión alterada de la historia, aprovechando la oportunidad para encubrir su propia traición. Contó cómo Chief Blue Jacket había sido descubierto por el teniente Wilson mientras intentaba huir en la barcaza, que ya estaba casi desatada. Según el relato del

marinero, se desató un enfrentamiento entre Humphrey y el teniente, y ambos cayeron al mar en la refriega.

El capitán Collier quedó atónito al escuchar esta versión de los acontecimientos. No podía dar crédito a lo que estaba ocurriendo. La implicación del sobrino menor de su amigo el baronet en asuntos turbios lo llenó de consternación, y se dio cuenta de que debía meditar profundamente sobre la situación. La incertidumbre y la traición se habían adueñado de su barco, y su deber como capitán lo obligaba a desentrañar la verdad detrás de los eventos en alta mar.

A los pocos días llegaron a puerto sin señales de la barcaza ni de De Featherstone y el teniente, dándoles prácticamente por perdidos. Una complicación con la que el capitán no contaba, pero a la que debía hacer frente, relegando el asunto para días más tarde, cuando estuviese exento de los quehaceres que lo reclamaban a su llegada. Después de pasar un tiempo en puerto, el capitán Collier finalmente logró superar el mareo que le provocaba el estar en tierra firme. Fue trasladado al fortín, donde pudo asearse, disfrutar de una comida y descansar en una cama relativamente cómoda. A lo largo de un par de días, se llevaron a cabo reuniones urgentes para tratar los asuntos relacionados con el barco y la tripulación.

Pasadas esas jornadas, el capitán Collier se encontraba listo para enviar las misivas pertinentes a sus familiares y colegas, y prestar por fin atención al altercado ocurrido con la desaparición del teniente Wilson y el señor De Featherstone. Sin embargo, al buscar su sello personal, se dio cuenta de que lo había olvidado en su camarote privado, a bordo del barco. Inmediatamente, instruyó a uno de los soldados para que fuera a recuperarlo.

El tiempo pasó, y el soldado estuvo ausente más de lo esperado. Cuando regresó venía sudoroso y con el semblante ceniciento.

—Soldado, ¿acaso considera que mis misivas carecen de importancia? —preguntó el capitán Collier con desdén mientras arrebataba el sello de las manos del soldado y se sentaba para comenzar a escribir.

—Por supuesto que no, mi capitán. Sus cartas me causan profundo respeto —respondió sumiso; sin embargo, la angustia que denotaba su gesto llamó la atención del capitán.

—¿Qué ocurre, soldado?

—Hay un revuelo en una de las calles que dan a puerto y eso me ha impedido llegar antes.

—Por el amor de Dios, continúe hablando. ¿Acaso tengo que coger un sacacorchos para soltarle la lengua?

—No será necesario, capitán. Cuando volvía del navío, un grupo de gentes llamó mi atención. Todos se agolpaban en las puertas de la funeraria que está ubicada en una de las calles que llevan al puerto.

—Eso ya me lo ha dicho. Abrevie.

La noticia inusual atrajo la atención del capitán Collier. Le intrigaba saber qué había sucedido en esa calle cercana al puerto que había demorado al soldado y causado un revuelo. Con una mezcla de curiosidad y preocupación, el capitán aguardaba a que el soldado le revelara más detalles sobre el incidente en la funeraria.

—Sí, capitán. Alertado porque pudiera darse una revuelta, un par de soldados que andaban por

allí y yo mismo decidimos ir a poner orden. Sin embargo, conforme nos acercábamos un olor nauseabundo penetró en nuestras fosas nasales. Le juro que era insoportable, todos los presentes se tapaban la nariz y la boca incapaces de soportar el hedor.

—No obstante, todos estaban allí parados. Prosiga de una vez, es una orden.

—Por supuesto, señor. Al acercarnos, los ciudadanos nos dejaron paso y a la vista un cuerpo en descomposición. —El capitán arrugó el entrecejo sorprendido—. A nosotros se acercó un pescador que decía haber descubierto el cadáver en la desembocadura del río. Y de inmediato fui en busca de algunos compañeros para que se hicieran cargo del asunto.

—Hizo usted lo correcto. ¿Cuál ha sido la decisión?

—El oficial al mando ha decidido exponer el cuerpo a las puertas de la funeraria por un corto período de tiempo, solo medio día, debido al insoportable olor que despide.

El capitán notó un titubeo en el soldado.

—¿Qué ocurre? ¡Dios bendito, soldado, si no habla de una vez por todas, esta noche dormirá en el calabozo!

—Le pido disculpas, capitán Collier. Lo que ocurre es que me pareció que el cuerpo pertenece al mercader que nos ha acompañado en la última travesía.

—Chief Blue Jacket —dijo en apenas un susurro.

La noticia sacudió al capitán, y de inmediato ordenó al soldado que lo llevara al lugar donde se encontraba el cuerpo.

Ambos se apresuraron hacia la funeraria. El capitán Collier no quería que el cuerpo fuese enterrado antes de tiempo, dado el calor del día y el hedor que, según el soldado, emanaba del cadáver, lo que podría causar quejas de los vecinos e incluso llevar a la amotinamiento del pueblo. Llegaron a tiempo y el capitán pudo ver el cadáver maltrecho, irreconocible por la acción del agua, las rocas y los peces. Sin embargo, una prenda lo distinguía del resto: la chaqueta azul, una prenda que certificaba que el fallecido era, de hecho, Humphrey De Featherstone.

El capitán ordenó a los soldados llevar al cuerpo a la parte trasera de la funeraria. Necesitaba pensar. ¿Cómo había terminado allí? El sobrino de un baronet, descendiente de duques, con el apellido de una familia respetable y digna. ¿Cómo y por qué había traicionado su propio nombre?

Sin embargo, después de deliberar se dijo a sí mismo que, a pesar de la traición de Humphrey, el capitán Collier no podía evitar sentir un lazo especial con él. Era el sobrino de su amigo el baronet y el hijo del mejor amigo de su padre. No podía dar la espalda a las memorias y lealtades familiares. Por respeto a esos lazos, ordenó que el cuerpo de Humphrey fuera enterrado en el cementerio del pueblo, asegurándose de que recibiera un último adiós digno. Solo él sabría la verdad, allí se enterraba a Chief Blue Jacket, ahora el destino del señor Humphrey De Featherstone pendía de sus manos.

El entierro de Humphrey fue rápido y simple. Llamaron al cura con urgencia, quien pronunció algunas palabras en memoria del difunto. Se encargó una lápida que estaría lista en dos días, y en ella se grabaría la siguiente frase:

“Aquí descansa Chief Blue Jacket, honrado mercader. Descanse en paz, HDF»

Sabía que sus hombres no estarían de acuerdo con ello, y que tampoco entenderían esas iniciales, pero poco le importaba, él era el capitán y su palabra respetada fuese cual fuese.

Una vez se completó el agujero y se cubrió la tumba, el capitán Collier regresó al fortín. Después de una profunda deliberación sobre cómo abordar la situación, decidió escribir a su colega, el vicealmirante Horatio Nelson, quien le debía algunos favores. Era necesario ocultar los eventos recientes y preservar la memoria de Humphrey.

El capitán Collier tenía un plan resultado de su buen manejo antes de partir de las costas africanas: primero, había enaltecido la figura del señor Humphrey De Featherstone como un valiente soldado, y luego la honrarían como un hombre que había perdido la vida en batalla, sirviendo con honor a la corona británica. Era su manera de honrar y mantener intacta la reputación y la memoria de la familia De Featherstone. A pesar de la traición, el respeto por los lazos familiares y la lealtad a sus amigos le impulsaron a tomar esta decisión.

Capítulo 14

Para Anne la noche transcurrió sin más incidentes y los señores Collingwood regresaron a The Meadows satisfechos, encantados por tan magnífica velada.

A la jornada siguiente tenían previsto hacer una visita a las minas. Edmund estaba ilusionado por poder mostrar a sus tíos sus avances, lo que había logrado él solo, enseñarles lo que era capaz de lograr para Alderley Edge: un lugar próspero, un punto referente en el mapa a la vez que su fortuna se engrosaba cada vez más. No obstante, tuvieron que aplazar dicha visita. El anciano baronet se levantó con un fuerte dolor de espalda, por lo que decidieron dilatarla para el día siguiente.

De ese modo, se entretuvieron con otros pasatiempos, como las pinturas de Anne que su madre le había traído la noche anterior en el carruaje y de la que esta solo había tomado tres, las necesarias para, con permiso de su marido, adornar unas pocas paredes.

El entusiasmo de Anne no fue indiferente a los ancianos y quedaron aún más prendados de ella si cabía. Tras discutir el mejor lugar para mostrar los dibujos y hacer que un sirviente los colgara, salieron a dar un paseo por las zonas que tenía la senda más arreglada, nada de andar por el bosque, mucho menos por el camino. Admiraron los árboles frutales que ya la baronetesa había hecho plantar hacía años, se entretuvieron escuchando las viejas historias que habían vivido en su juventud por esos mismos terrenos. Pasó el desayuno, el almuerzo, la hora del té y la cena y todos se dieron las buenas noches, agotados después de un día lleno de anécdotas surgidas en el más relajado y ameno ambiente, donde el joven baronet no cesó en atenciones disimuladas para con su esposa. Hecho que a la nueva baronetesa divertía sobremanera, por realizarlas de tal forma que dejaba entrever no desear que sus tíos pudiesen poner en entredicho su intachable comportamiento.

Desde su conversación del día anterior, su marido había sufrido un nuevo cambio, su seguridad hacia ella, hacia lo que querían construir entre los dos había aumentado. Anne lo notaba como ilusionado, atrevido y algo alocado, aunque siempre dentro de la contención. Solo con ella, algo entre ellos en lo que nadie participaba y de lo que nadie se daba ni siquiera cuenta.

Como cada noche, Anne encontró la bañera dispuesta para recibirla entre sus agradables aguas templadas. Pidió a Alice que le recogiera el cabello, esa jornada no se lo lavaría. Luego la ayudó a desvestirse y echó unas cuantas gotas de aceite perfumado dentro de la tina. Con cuidado de no derramar su contenido, fue poco a poco sumergiendo su cuerpo, levemente erizado por la diferencia de temperatura. Cerró los ojos y después de unos minutos comenzó a caer en una especie de duermevela, mecida por el casi nulo movimiento de las aguas y su olor a las tardías rosas de verano, en tanto se entregaba a la remembranza de aquellas caricias escondidas, sumadas a las palabras insinuantes que su marido le había profesado sobre su oído durante la

jornada, junto a aquellas miradas furtivas llenas de ardor, apasionadas. Como si fueran dos jóvenes enamorados o una pareja de recién casados, ¿y no eran exactamente eso?

Al rato oyó cómo se sumergía el paño con delicadeza y volvía a salir llenando el ambiente del sonido de las gotas que escapaban de su tejido. Estaba tan relajada que no le apetecía abrir los ojos, ni siquiera mantener una conversación con la sirvienta. El paño empapado fue desde su rodilla a los dedos de los pies donde con paciencia y suma tranquilidad fue frotándolos para luego pasar al empeine. Anne arrugó el entrecejo, cierto era que se encontraba en la gloria, pero ese proceder por parte de Alice era extraño. Su sirvienta era dulce, pero enérgica, y aquello rozaba la sensualidad.

Poco a poco abrió los ojos, expectante a lo que sabía bien iba a encontrar. Edmund estaba frente a ella, arrodillado a los pies de la bañera, agarrando el paño con fuerza, tanta que se marcaban las venas de sus manos, y a pesar de eso lo pasaba con suma delicadeza sobre su piel.

La miró. Clavó sus pupilas sobre ella unos instantes para luego volver a fijarlas en su quehacer.

Por una parte se sentía incómoda, esa proximidad. Prácticamente, no habían gozado de esa clase de intimidad y al parecer había llegado el momento. Pero también estaba esa parte romántica, el ambiente, el aroma, la ausencia de Alice, el día tan hermoso que habían pasado. Y Edmund. Edmund con la camisa medio abierta mostrando su pecho marcado, con aquel vello salpicado en el centro y sus clavículas demostrando su hombría. Él y la curva de su mandíbula. Él y la hoguera azulada de su mirada.

Su esposo, ese que con el cabello desordenado era, prácticamente, igual a Humphrey. Aquello la sobresaltó. Hasta el momento no se había dado cuenta de eso. Había estado tan absorta en otras cuestiones que no se había percatado. Bueno, a decir verdad, de manera esporádica sí que a veces se había sobresaltado al ver entrar a su marido, sobre todo aquellas en las que venía de la mina o del campo, donde su físico regresaba exultante, sonrojado por el trabajo, despeinado, despreocupado. Pero ahora ese sentimiento se le había agarrado de tal manera al pecho que no podía evitar que su corazón volviera a dar brincos por creer que a quien sus pupilas miraba era a su amado, ese que debía olvidar más pronto que tarde. Qué difícil le resultaba diferenciarlos. Qué difícil ordenar a sus ojos que dejaran de cegarse, que consiguieran de una vez por todas distinguirlos.

Pasaron unos segundos en donde su cabeza liberó una gran disputa con su alma, ausente desde que él la abandonó. No. No podía permitir una victoria diferente a que ganara la batalla la razón. Debía ser implacable, no podía dejar un resquicio a la duda. Su golpe tenía que ser certero y así lo haría.

Abrió los párpados y observó al hombre que tenía a sus pies, dispuesta a entregarse a él por entero, a fulminar sus dudas, a enterrar todos los recuerdos que la atormentaban e impedían avanzar. Lo miró con descaro. Allí estaba, un caballero con un lado oscuro. Un hombre al que salvar de su otro yo. Un ser divino que sacar de la oscuridad para atraerlo a la luz, como las polillas se acercan a las velas, era necesario que ella brillara. Allí estaba él, acariciando su piel sin tocarla, con una indiscutible determinación en su rostro. ¿Y dónde aquel otro? ¿Dónde estaba ese por el que su corazón se marchitaba?

Volvió a cerrar los ojos.

Por fin cayó en la cuenta. Al fin entendió que la diferencia no radicaba en lo físico sino en el simple hecho de que era Edmund quien estaba con ella, era él quien la agasajaba con sumo placer, despertando su piel, sus sentidos, su vientre, y se dejó llevar. Por fin.

El baronet continuó su labor, cegado en dejar limpio cada rincón, en tanto ella no podía evitar derramar algún jadeo de entre sus labios.

—Sé que le es difícil confiar en mí en todos los aspectos —pronunció su marido de manera pausada y erótica, adornando su verbo con una voz grave llena de deseo contenido—. Pero al igual que estoy trabajando en otros, estoy dispuesto a derrumbar esa barrera que nos separa en el campo de las relaciones íntimas. —Paseó el paño por su espinilla en un camino continuo sin hacer pausa hasta llegar al muslo, en tanto su respiración se volvía más profunda, más varonil, más salvaje, embebiéndose de la forma y del aroma que iba dejando atrás.

»Hay muchas maneras de demostrar pleitesía —hundió levemente el paño haciendo que su mujer abriera levemente las piernas sin ser consciente de ello. Y su miembro comenzó a protestar, erecto, duro, esplendoroso bajo el camisón, atraído por aquella mata de rizos que estaba sumergida a pocos centímetros—. Amor al prójimo. Respeto. Deseo. —Y en tanto proseguía con sus palabras y sus largas pausas que quemaban la piel de Anne y la suya propia fue continuando ese camino, despacio, muy despacio, procurando que sus pieles no se tocaran, que solo el tejido fuera el ganador de la partida. Así consiguió arrancar tímidos gemidos de la boca de su esposa, pero cuando casi llegó a la cúspide de sus piernas realizó un cambio de rumbo dejando a Anne jadeante, excitada y desorientada. Huérfana de esa añorada posesión directa.

»Y de esas formas también se extiende la adoración al cuerpo, esa caja que hospedamos como seres divinos. —Fue poco a poco siguiendo el camino hacia sus costillas que se movían enérgicas, insufladas por el aire que entraba y salía de los pulmones de Anne, tal y como él deseaba entrar y salir de ella.—. Ese cofre compuesto de carne y huesos, hecho para el trabajo, pero también para el gozo. —No sabía en qué momento Edmund había llegado a la cabecera de la tina. Se encontraba tras ella, respirando sobre su cuello, otra vez, logrando que se erizara todo el vello de su cuerpo, ese traidor que deseaba ser penetrado por ese hombre y su miembro. Tenía el brazo alargado hasta sus costillas y desde allí recorrieron la distancia que lo separaba de aquellas montañas que deseaban ser exploradas.

Edmund debía seguir teniendo cuidado de no tocar el cuerpo de su esposa, su intención era que sus pieles no se rozaran en ningún momento, su meta era despertar en ella un deseo desmesurado, que fuera ella quien le suplicara hacerla suya, que fuera Anne quien tomara sus manos, apartara el paño y las depositara sobre su piel, invitándolo a continuar sin nada que se interpusiera entre ellos.

Mucho estaba esforzándose para no tomarla en brazos y poseerla sobre el suelo. Mucho estaba luchando contra los jadeos que querían escapar de su garganta.

Y es que la situación, el tener a Anne completamente expuesta y sabía que a su merced, merecía de todo su autocontrol para no caer en la tentación. Estaba tan excitado como ella, solo que sufría un poco más por no ser correspondido mediante caricias. Sus ojos no solo buscaban lo

evidente, también se detenían en observar el perfil de la señora De Featherstone. La punta de la lengua que salía sugerente de entre sus labios inflamados y que él tanto ansiaba chupar. El gesto apasionado de su cara. El aire apresurado que salía de su garganta, de lo más profundo de su ser, de lo más íntimo. No había nada más personal que aquello que su esposa le estaba regalando.

—El cuerpo del hombre y la mujer cuenta con zonas erógenas infinitamente más sensibles que cualquier otra parte del cuerpo y el buen amante sabe bien dónde se encuentran y cómo estimularlas para llevar a la mujer al éxtasis sin apenas tocarla. Y no, no me refiero a lo que mi señora imagina.

El aliento de su esposo caía sobre ella como puñales apasionados, estaban despertando en Anne una parte que le era completamente desconocida. Quizá no se había dado cuenta, pero Edmund respiraba con profundidad y en cada respiración se le escapaba un casi imperceptible jadeo, si su boca no hubiese estado junto a su oreja jamás lo habría captado, jamás habría tenido la extraña y fascinante necesidad de sentir aquella boca sobre su cuello, de que sus labios succionaran el lóbulo de su oreja, de que su lengua impregnara de saliva su piel. Pero estaba pasando y eso enardecía sobremanera a Anne. Se sentía gustada, se sentía poderosa. Grandes sensaciones estaba despertando De Featherstone en ella.

—Eres tan bella, tan hermosa. De piel marmórea, tersa, llena de vida.

El paño llegó hasta la base de sus senos y Anne, aposentada en primera línea del espectáculo, estaba siendo testigo de cómo sus pezones se endurecían aún más, de cómo su cuerpo respondía a esos roces, su espalda se arqueaba, su vientre se contraía y su pelvis se erguía buscando ser complacida más allá del roce.

Fuera de sí, su mano fue a complacer lo que Edmund no hacía, pero este con un par de advertencias con voz jugosa le negó tal cometido.

—No, querida, necesito que me permitas ser yo quien te haga estallar de placer.

Así comenzó a castigar sus senos, hacía círculos sobre ellos, los amasaba, pero en ningún momento sentía el tacto de piel con piel y ella estaba al borde del delirio porque lo hiciera y aquel castigo se prolongaba en el tiempo, junto a su aliento, sus gemidos, el leve chapoteo del agua; las velas, el olor a rosas y a sexo frustrado. Y su cercanía. Ese calor que nacía de su piel arremolinándose con el suyo propio. Quién fuese calor, quién fuese aire, quién lino, quién los ojos del otro.

Una oleada de sensaciones nuevas y conocidas galopaban acosando su centro. Los labios de su vagina estaban inflamados y calientes y los pezones, a los que ahora prestaba más atención, tan sensibles que hasta la expectación de lograr adivinar cuál de ellos sería atendido en cada ocasión la atormentaba.

El éxtasis estaba a la vuelta de la esquina, su boca abierta, jadeante, sus ojos entrecerrados luchando por no juntar sus párpados para poder seguir viendo qué ocurría y su entrepierna deseosa de atenciones, de caricias, de mimos endemoniados.

De Featherstone tenía que echar mano a todo su autocontrol. Demonios, cuánto la deseaba, pero no debía hacerlo, quería que conociera lo que era capaz de hacer, adónde era capaz de transportarla. Que no solo conocía esa forma de sexo, digamos, diferente, sino también el sexo

del placer hecho para la mayoría, solo que él llevaba ventaja por conocer lo que otros no; él sabía lo que el cuerpo de la mujer podía dar, lo que era capaz de conseguir, hasta dónde podía llegar y exprimirlo sin necesidad de tocarlo.

Quería que supiera que podían pasarlo muy bien en el lecho sin necesidad de recurrir a ciertas tácticas e instrumentos. Lo que quería era que fuera ella quien suplicara la comunión de ambos cuerpos.

Estaba tan desinhibida, tan entregada, que le parecía increíble que fuera su Anne la que estuviera en la bañera a punto de tocar el fuego del infierno. Sus manos se agarraban a la tina con fuerza, le agradaba fantasear con que así agarraría su trasero, su espalda. Así, lo acercaría a ella, pidiéndole más, más fuerte, más profundo.

El fin llegaba, se acercaba. Y él sabía muy bien qué decir para que estallara.

—Te deseo —susurró sobre su oreja entre jadeos—. Te deseo tanto que me duele. Deseo lamer tus pechos, tu ombligo y enterrarme en ti hasta hacernos uno. —Los de ella aumentaron y entrecortaron hasta quedar ahogados en la vivencia del placer—. Y no, no será esta noche cuando te posea.

Entonces estalló. Explotó en su vientre. La sucumbió. Dejando tras de sí el eco de las ondas de la charca del placer vivido conforme pasaban los segundos.

Fue increíble. Como una vivencia mística. Jamás habría imaginado que podía llegar a sentir tal placer sin compartirlo con un hombre, sin un abrazo, sin el miembro en su interior, sin caricias hechas con las manos o la boca. Y, sin embargo, así había sido.

Edmund observaba a su mujer. ¡Demonios, cuánto había sufrido por su propia contención! La erección bajo su camisón lo martirizaba, complicado iba a ser relajarse, lo mejor sería ir a su aposento para autocomplacerse y al fin poder descansar. Los testículos le dolían. Ya casi no era capaz de pensar. Pero antes debía terminar con lo que había empezado.

Esperó a que su esposa se apaciguara, le dio tiempo para que su cuerpo dejara de convulsionarse. Exacto, no era perceptible, pero él sabía muy bien que su interior estaría palpitando y era necesario respetar ese momento, desde luego a él no le importaba, gozaba con aquella visión.

Anne se dejó abrazar. Estaba extasiada, casi no podía ordenar a su cuerpo moverse. Edmund la acomodó entre sus brazos. El cuerpo de la muchacha estaba mojando su camisón, pero tanto daba, aquella visión, la boca femenina inflamada, los ojos cerrados, pero relajados, entregada a él, nada de la típica tensión que siempre rondaba entre ambos cada vez que se encontraban más cerca de lo normal. Nada de ese gesto alerta que acompañaba a Anne cuando él aparecía. En su lugar estaba la entrega, la confianza. Por fin había conseguido derribar el muro.

Con suma delicadeza, sin apartar los ojos del rostro femenino, la llevó hasta la cama, la arropó bajo las sábanas y la miró fijamente mientras le deshacía el recogido improvisado que le había hecho Alice. Un suspiro placentero salió de la garganta de la muchacha. Dejó pasar unos segundos y complacido con el resultado fue a salir de la habitación.

—Un beso.

Edmund miró hacia el lugar desde donde había llegado esa voz entrecortada, esa voz nacida del

deseo, esa voz amante y amada.

Anne lo observaba con una mirada relajada, complacida, y una tímida sonrisa de agradecimiento con cierto punto de timidez que, como no saliera de allí, iba a borrar a base de besos y sexo cuerpo a cuerpo.

Con una sonrisa cautivadora volvió sobre sus pasos y depositó un suave y tímido beso sobre los labios de su mujer. Esta le correspondió, seguido de una bonita sonrisa casi imperceptible. Estaba rendida.

Sin más interrupciones, el joven baronet regresó a su dormitorio donde por fin, haciendo uso de lo que acababa de vivir, pudo aliviar su necesidad.

* * *

La joven baronetesa De Featherstone se desperezó en la cama. Los almohadones estaban desparramados por todos lados y tras mirar a la ventana, todavía con los ojos entrecerrados, certificó que estaba bien entrada la mañana y fue consciente de que se encontraba completamente desnuda bajo las sábanas. Fue entonces cuando recordó lo sucedido. Miró a todos lados y cayó en la cuenta de que Alice no había ido a levantarla, pero que a pesar de ello las cortinas estaban descorridas. Hacía una mañana preciosa ahí fuera.

Un escalofrío recorrió su espalda de abajo a arriba ampliándose a todo su cuerpo cuando en su mente apareció la primera imagen de lo sucedido. Sus pechos turgentes y sus pezones deseando ser adorados por aquel paño. Las venas en las manos de Edmund, la forma de su antebrazo, completamente entregado a ofrecerle placer.

Se incorporó hasta quedar sentada con la precaución de permanecer tapada con la sábana. Desde la esquina, el espejo le devolvió su imagen. Tenía el pelo revuelto, las mejillas arreboladas y un inusitado brillo en los ojos. Sonrió con timidez a la muchacha del espejo y después de que ambas se sonrojaran todavía más, abrazó sus rodillas. Increíble lo que había vivido, no encontraba explicación a su propio descaro; la manera en que se entregó a Edmund.

Aunque, ciertamente, era su marido, ¿no? Pero esa forma de hacer el amor, ni siquiera la había tocado con la yema de sus dedos y eso que su cuerpo había temblado al exigir que su boca lo pidiera, aún lo hacía, pero no era adecuado, ¿o sí?

Todavía era pronto para evitar recordar su primer encuentro, su noche de bodas. Constantemente, debía recordarse que su esposo lo estaba intentando, ella misma era testigo de su empecinamiento. Recordó sus charlas, las atenciones de su marido. Aquella mirada entre furiosa y herida cuando se refirieron a Humphrey. Apostaría a que si aquel que hubiese tratado el asunto hubiese sido el antiguo Edmund, ni siquiera le habría otorgado el derecho a réplica, sencillamente, habría hecho su justicia y a otra cosa.

Pero ese otro hombre, estaba claro que no podía permitir albergar en su interior esas continuas dudas, sabía que entendibles, pero sin un final feliz si no era ella quien dejaba de lado el pasado y seguía por aquella nueva senda que Edmund le había descubierto.

Ahora debía ser ella la que demostrara que confiaba, en caso contrario podía poner en riesgo todo lo avanzado.

Volvió a ser consciente de lo entrada que estaba la mañana. Ya tendría tiempo de pensar en todo ello o mejor dejarlo pasar y continuar. Por el momento era necesario seguir adelante.

Volvió a mirar por la ventana. ¡Dios!, debía tirar del trozo de cinta de tela que tenía junto a la cabecera de la cama que activaría la campana de llamada para que Alice viniera a ayudarla a realizar sus abluciones para luego vestirse. De seguro ya había pasado la hora del desayuno. Edmund podría molestarse, los viejos baro nets habrían preguntado por ella, quizá estarían esperándola. Sin más demora tiró del lazo y de manera apresurada se levantó de la cama para alcanzar la bata que descansaba sobre la silla de su tocador. Unos golpes en la puerta que separaba la habitación de su marido la dejó parada a medio camino.

—Mi querida Anne, ¿está ya despierta?

Se quedó paralizada sintiendo cómo el sonrojo cubría no solo sus mejillas sino todo su cuerpo. Edmund estaba tras la puerta y el pomo se estaba moviendo. Una vergüenza no invitada se apoderó de la muchacha. No había contado con la cosa más natural que le ocurriría al reencontrarse con su esposo después de aquel momento de lujuria. De golpe le vinieron todos los momentos vividos en la bañera, los jadeos, los suspiros, la voz ronca y entrecortada de su marido sobre su oreja; la forma en que había pegado su mejilla sudorosa casi al terminar, fue como una especie de unión, como si ambos hubiesen estallado juntos cuando en realidad no había sido así.

Justo cuando la puerta estaba a punto de abrirse ordenó a sus piernas moverse para alcanzar la bata rápidamente. Estúpido, sí. Pocas horas atrás se había mostrado ante su marido en todo su esplendor, pero aun así.

Edmund abrió la puerta justo en el momento de ver desaparecer la nalga desnuda de su esposa bajo las flores que componían el tejido de la bata. Quedó mudo un segundo. ¿Cómo algo tan simple podía hacer que su mundo cesara el giro? Todavía le costaba reconocerse bajo ese novedoso ser.

Sin decir ni una palabra se acercó a su mujer y, tras impedir que terminara de anudar el cinturón de la prenda, la abrazó por la espalda sorprendiéndola en el acto.

Acercó la nariz a su cabello y aspiró entre los mechones dorados, suaves como los rayos de sol cuando se cuelan por la ventana. Notaba a Anne algo tensa, supuso que quizá se sentiría avergonzada, pero era su esposa y debía comenzar a comprender que ese tipo de situaciones se darían. Con suma delicadeza la llevó frente al espejo. La visión de ambos era realmente cautivadora.

Un ángel negro se cernía sobre la muchacha que resplandecía al incidir la luz temprana sobre su rostro. Luego estaba Anne, cubierta con la prenda que dejaba al descubierto el canal de sus pechos, su ombligo y el vello de su centro cubriendo su tesoro. Las piernas, sus pies. Una auténtica proeza de la naturaleza.

Sus ojos se miraron intensamente a través de la imagen que arrojaba el reflejo. Anne estaba sonrojada, avergonzada, pero dispuesta a no tapar su desnudez. Aquello le gustó. El joven baronet no pudo aplazar por más tiempo su deseo y alentó a sus manos seguras a rozar con

firmeza su piel. El contacto hizo que saltaran chispas. Comenzó a pasear las palmas de sus manos sobre el vientre de la muchacha ejerciendo algo de presión, necesitaba sentirla de tal manera, como si fuera parte de él, un miembro más de su cuerpo. Su piel era cálida, tersa y suave e iba erizándose allí por donde pasaba el contacto, no pudo contener el rugido que salió de su garganta. Anne estaba atenta a todas las sensaciones que, de nuevo, se estaban despertando. La mirada penetrante de su marido, el saberse gustada y deseada de esa manera, no hacían falta las palabras para reconocer lo que él sentía. Y le gustaba, vaya si le gustaba esa sensación de poder sobre él. Sabía que en aquel momento podía pedirle lo que quisiera y lo tendría *ipso facto*. No sabía cómo había podido llegar hasta ahí, pero así era, y no se estaba nada mal. El calor del cuerpo varonil traspasaba el tejido de sus ropajes, aunque en realidad él estaba vestido; no obstante, ella...

—Eres tan hermosa. De una belleza sublime, salvaje. Yo-yo no sé cómo pude...

Anne se giró hasta quedar frente a frente.

—No. Por favor. No te permito volver a recordar aquello. Ya es pasado. Ahora solo disfrutemos del nuevo principio.

De puntillas acercó su boca a la de él y se besaron, lentamente pero con una pasión desmesurada. Edmund la abrazó fuerte en tanto se debatía en acariciar su espalda. Al final se decantó por tomarla en brazos. La cogió de las nalgas y esta rodeó su cintura con ambas piernas. Allí se detuvieron unos instantes, besándose antes de ir al lecho.

Unos golpes en la puerta interrumpió la escena. Alice estaba pidiendo permiso para entrar. Por fortuna, desde que tuvo el desencuentro con Edmund no había vuelto a entrar en una estancia sin llamar antes. Por otro lado, tampoco había vuelto a ser la misma, continuaba manteniendo una relación distante, seria, aunque dulce con Anne.

—Será mejor dejarla pasar —dijo la muchacha sobre la boca de su esposo.

—No. No. —Logró llegar hasta el filo de la cama donde depositó el cuerpo de su mujer con delicadeza aunque con ansias, en tanto continuaba correspondiendo a sus besos—. Ordenaré que se vaya.

—No es adecuado —lo contrarió Anne mientras dejaba que Edmund se posicionara entre sus piernas—, los baronets deben estar aguardando reunirse con nosotros. —Jadeó esas últimas palabras. Estaba realmente enardecida, a punto de la desinhibición completa y no podían llegar a más. Por dios, bajo su techo estaban hospedados los ancianos baronets. No era adecuado, no debían comportarse de manera que pudieran tomarlo como un desprecio—. No sé por qué no se me ha despertado antes —dijo esto último incorporándose brevemente con la intención de ojear la ventana—. Mira, ya está bien entrada la mañana.

Por una milésima de segundo el señor De Featherstone observó lo que le indicaba. El sol estaba bien apostado en la cúspide de un cielo azul limpio de cualquier imperfección. Maldición, la cordura debía prevalecer. Pero solo porque eran los baronets y no otros los que se alojaban en The Silver Horse House, en caso contrario nadie se atrevería a alejarlo de aquel lecho y de los deliciosos atributos de su esposa.

Cerró los ojos y aspiró de forma sonora. Luego los fijó a pocos centímetros de los de lady De

Featherstone.

—Podría maldecir. —Dejó vagar las pupilas alrededor del rostro femenino y apoyó la frente sobre la de su esposa—. Pero tienes razón. Como señores de esta casa, debemos atender a nuestros invitados. —Depositó un suave besó sobre la frente de Anne y se levantó.

La joven baronetesa fue a hacer lo mismo, pero:

—Un momento.

Edmund la ayudó a levantarse y mientras le ataba la lazada de la bata la miró desde su altura. Cuando terminó, un rayo de oscuridad cruzó su mirada y fue a salir de la habitación, pero Anne lo agarró de la mano a tiempo.

—Pronto terminaremos lo comenzado —se llevó la mano de su esposo a un pecho como invitándolo a masajearlo. Edmund abrió los ojos sorprendido y sonrió ante aquel descaro. Luego le dio un beso y salió de la habitación pasando por el lado de Alice sin tan siquiera saludarla.

Capítulo 15

Después de tomar un frugal desayuno salieron hacia la mina. El hecho de haberse entretenido admirando el paisaje y de haber tenido que tomar la senda menos tortuosa provocó que se demoraran más de lo previsto en llegar hasta allí.

Por el camino no volvieron a faltar las miradas cómplices entre los recién casados ni el sonrojo en Anne. Sir John iba amenizando el camino contando batallas de su juventud y, por supuesto, tampoco faltó la referencia a los caballos, amados por toda la familia De Featherstone. Lo llevaban en la sangre, una sangre que bullía galopante por sus venas como lo hace un caballo salvaje por la pradera.

Cuando llegaron, a Anne le sorprendió el hecho de no ver movimiento en los lejanos barracones. Había quedado con Edmund en que los hombres serían hospedados de manera más digna, quizá todo se debía a que todavía era pronto. De seguro estarían concretando los detalles para ver cuál era la forma más adecuada para llevarlo a cabo con el menor de los impactos sobre los trabajadores. Unos trabajadores que en ese instante en su mayoría se encontraban en el interior de la mina, quedando fuera aquellos que se dedicaban a almacenar la mercancía; unos que continua mente los miraban de soslayo, con arrogancia y cierto rechazo, incluso algo desafiantes.

Una vez dejaron a las bestias pastando en zona segura, anduvieron por allí en tanto Edmund explicaba el destino de los diferentes artilugios y metales, así como la historia que lo llevó a buscar allí y no en otro lugar la posibilidad de excavar una mina. Una mina que siendo aún joven y bastante superficial estaba dando bastante rendimiento.

Al parecer, después de haber salido a dar un paseo, bajó del caballo que montaba para dejarlo beber agua en el estanque que estaba un poco más allá, tras los actuales barracones, y decidió dar un paseo para estirar las piernas.

Una vez hubo subsanado su necesidad, se sentó en una piedra, la misma que en ese momento estaba grabada con las iniciales *De Featherstone´s Mine,* algo en lo que Anne no había reparado cuando la visitó por primera vez, a lo que Edmund especificó que era porque, efectivamente, no había estado, había decidido el nombre hacía relativamente poco y esperaba de corazón que le gustara, todos estuvieron de acuerdo en que el nombre era justo lo que debía ser y así continuó con la narración.

—Como decía, estaba sentado en la roca esperando que la bestia se diera por satisfecha cuando un guijarro en el suelo llamó mi atención. Era de un color verdoso con tonos azulados. Lo tomé e inspeccioné. Tal fue mi sorpresa al creer saber de lo que se trataba, que miré a mi alrededor y me di cuenta de que esa zona estaba infestada de minúsculas piedras de similares colores. Sin más dilación guardé el guijarro en mi bolsillo y cabalgué de regreso con la clara intención de llevarlo

a analizar. Debo confesar que largos días estuve esperando una respuesta. Hasta que una mañana fui a la oficina de correos en compañía de la que en aquel instante todavía no era mi mujer —sonrió hacia Anne— y obtuve la afirmación que tanto ansiaba y que estoy seguro no me hará solo rico a mí, sino que, junto con las otras minas, hará de Alderley Edge, Chorley, un lugar de referencia.

A tal despliegue de información los baronets reafirmaron la pronta venida de nuevos vecinos y vaticinaron grandes mercados de referencia a nivel condal y lugar ideal para pasar las vacaciones, pues no a todo el mundo gustaba el mar, siendo muchos los que disfrutaban del aire de las montañas; Peak District no quedaba muy lejos, así que no sería de extrañar que así mismo sucediera. Reiteraron en varias ocasiones lo orgullosos que estaban de su buen criterio así como que no esperaban menos de un hombre como él. Un auténtico De Featherstone, dijeron.

Al poco rato apareció el capataz. Salía de su choza portando en una mano una jarra vacía, masticando sin parar, con su singular camisa llena de churretones, aquella gorrilla mugrienta y cara de pocos amigos. Era obvio que no esperaba visita y mucho menos que la deseara.

Como era de esperar, Henderson, el capataz, fue presentado a los baronets, los cuales fueron tratados de la misma forma despreocupada con que trataba a todo el mundo: con un gruñido indescriptible salido de su garganta a modo de saludo, para luego ir hasta el barril de cerveza que descansaba sobre una mesa de madera ajada, y llenar así la jarra repugnante con que había salido. Luego se giró hacia los visitantes y se apoyó en la mesa dándole un largo trago al contenido. Una suma falta de respeto que Edmund acortó de inmediato; nada de morderse la lengua, nada de desviar la charla para evitar el enfrentamiento, nada de aquello que ocurrió cuando Anne fue allí por primera y única vez.

—Señor Henderson, entenderá que no voy a tolerar una mínima falta de cortesía y respeto hacia los baronets. Espero que sepa corregir su actuación de inmediato, ¿queda claro?

El capataz se puso rojo de cólera en el instante en que cayó en la cuenta de la atención que demandaba su señor. Obviamente, no estaba acostumbrado a aquello. Miró al suelo y escupió los restos de tabaco que había estado masticando; luego, liberado de aquel enrojecimiento, levantó la vista tranquilamente, en una pose relajada, también desafiante y bastante petulante. Paseó su mirada por los allí presentes y luego volvió a fijarla en Edmund para repetir el escupitajo y limpiar los restos de la comisura de su boca con su manga mugrienta.

—No *zé* a qué *ze defiede.* Tengo *pod nodma tatad* a todo el mundo *pod igua. Zi do hicieda* de *oto* modo me *fadtadía* el *dezpeto* a mí y *ezo, ze do azegudo, jamáz* va a *ocudiz.*

—¿Pero habrase visto? —sir John dio un paso adelante.

—Tranquilo, sir De Featherstone. Yo sé bien cómo arreglar esto.

El joven baronet después de entregar a su esposa sus guantes, su sombrero y su chaqueta, se apartó del grupo y comenzó a juguetear con los botones de las mangas de su camisa dejando atrás a una Anne boquiabierta.

—Por dios, Edmund, no vayas a cometer una locura —ordenó la voz rota, pero entera de la vieja dama. Increíble, lady Susan no había movido ni un solo pelo de su cabello al hablar. Estaba

entera, tan solo las llamas de la furia eran patentes en sus pupilas, por lo demás, se comportaba como debía, tal y como una dama requería.

—Tranquila, tía —dijo a su vez Edmund en el mismo tono—. Hace bastante tiempo que deseo hacer esto.

»Te lo advertí, Henderson.

No obstante, sir John se mostraba más desencajado, no como para perder la compostura, pero sí bastante asombrado y furioso. Por fortuna, podía pensar fríamente y puso otro punto de cordura a tal insulto.

—Hijo, déjalo, no merece la pena ensuciarse las manos con semejante engendro. Está borracho, es obvio que no está en sus cabales.

—¡Edmund, por el amor de dios, escucha a tus tíos! —rogó Anne. Una Anne que, aunque intentaba contenerse, sí que se veía mucho más azorada que el resto. Consciente de tal hecho decidió apenas susurrar—: Hazlo por ellos. Hazlo por mí.

—Entiendo que Maudice no *eztá pod* aquí —dijo el capataz mirando relajado alrededor—. De *acuezdo. Déjendlo, pedmitan* que lo haga. *Pada* mí *zedá* un *placed*. Aunque quizá, aquí el joven De *Featheztone, quieda confezad adgo antez* de que lo haga yo.

—¿Confesar? ¿Qué tiene mi sobrino que confesar, maldito bastardo? —Esta vez lady Susan ante el momento tan desagradable que se estaba viviendo y lo mal que lo estaba llevando su esposo, lo agarró del brazo para aplacarlo. Sir John miró un momento a su esposa quien lo miraba con una súplica en los ojos. El anciano resopló y bajó varios puntos su enfado. Era necesario que aquel encuentro no llegara a mal fin, no allí, no con unas damas delante. Todo debía acabar cuanto antes y a ser posible sin que la sangre llegara al río—. Déjalo, Edmund, hay otras maneras mejores para meter en cintura a semejante sabandija. Mejor vámonos, si no puede que al final sea mi puño el que pruebe; y créeme, no le gustará.

Edmund se quedó mirando fijamente a un desafiante Henderson. Desde luego daban ganas de partirle la cara allí mismo, y borrar de un solo golpe certero esa mueca contraída en una sonrisa diabólica. ¿Cómo alguien así podía trabajar para De Featherstone? Anne no podía comprender cómo podía soportar ese trato. Todo aquello le había dado a entender que era su manera de actuar y conociendo a Edmund, no podía dar crédito a que su marido pudiera llegar a aguantar algo semejante. De esa manera resopló, como antes lo había hecho su tío.

—Sí, mejor vámonos —dijo dándose la vuelta para tomar la chaqueta de las manos de Anne y luego añadir mientras se la ponía frente al capataz—: ya tendremos oportunidad de arreglar las cuentas sin público, Henderson.

—Lo que *uzted* diga, *zeñod* De *Featheztone*. Lo que *uzted* diga.

El joven De Featherstone y Henderson se midieron las miradas unos instantes. Luego, lady Susan, tiró suavemente del brazo de su sobrino y comenzaron a alejarse de allí.

Marcharon alrededor de la mina, llegaron al arroyo y regresaron a los caballos dispuestos a volver a su hogar y dejar en el olvido semejante atropello.

No fue una recorrido agradable. Lo que había sido pensado para pasar una mañana entretenida durante la cual Edmund pudiera pavonearse, se convirtió en algo altamente irritante.

De regreso, por mucho que las señoras lo desearon, la conversación se produjo en torno a tan desafortunado encuentro. Sir John estaba muy disgustado, le recriminaba a su sobrino que pudiera tener bajo su mando a tan despreciable ser; no era solo su imagen, que en un momento determinado se podía ignorar, pero los modos para con su patrón eran otra cosa; eso, sumado además, a que era un borracho, maleducado y con una falta de decoro con la casta superior imperdonable.

Edmund se pasó gran parte del camino sin hablar. Estaba sumido en sus pensamientos, y aunque su rictus era serio, no demostraba hasta dónde llegaba la gravedad del improperio. Solo se manifestó en un par de ocasiones donde dejó claro que jamás volvería a ocurrir algo así.

Llegaron a la casa y tomaron un almuerzo ligero, allí, por raro que parezca, se evitó volver a hablar del asunto; quizá lady Susan había advertido a su marido de lo inapropiado del hecho. Comieron admirando el día tan hermoso y relatándole a Anne sobre sus amistades; unas amistades que como baronetesa de Chorley debía conocer más pronto que tarde.

Edmund fue fiel a su saber estar intachable, pero en sus casi inexistentes gestos era notable que ansiaba tener tiempo para solventar el asunto.

Mientras el postre era servido, se levantó y se acercó a uno de los lacayos para susurrarle algo. Luego, regresó a la mesa. Su mirada se había convertido en hielo. La hoguera azulada del ángel vengador había regresado. Anne no pudo evitar que se le encogiera el estómago. No obstante, después de ordenar al tembleque de su pierna que cesara, se giró hacia su nueva tía y la apremió a que le hablara de su hogar, allá en el norte. Lady De Featherstone habiendo hecho habida cuenta del escenario, agradeció que Anne pudiera hacer acopio de esos recursos, haciendo que la velada siguiera su curso relajado, aunque todo se tratara de una farsa. Conocía demasiado bien a su sobrino como para pasar por alto la lucha que estaría conteniendo en su interior.

Pasó un rato y el lacayo volvió a aparecer para susurrarle algo a su amo.

—Bien. ¿Baronets; mi señora? He de ir a arreglar un asunto. No se preocupen por mí, estaré de vuelta en un rato. Entretanto, lady Anne les puede entretener con algo de música. ¿No es cierto, querida?

—Por supuesto.

—Por favor, señor Eaton, hagan que lleven el licor de moras al salón del piano.

—En seguida, sir De Featherstone.

El mayordomo fue a reiterarse.

—Señor Eaton, creo que esta mañana la señora Patience ha preparado unas galletas de almendras deliciosas; por favor, incluya también una bandeja.

—Buena observación, querida. Como ven, tíos, les dejo en buenas manos.

Edmund inclinó la cabeza hacia los presentes y salió de inmediato hacia las cuadras en busca de, supuso Anne, su caballo. Era obvio que su destino eran las minas. De inmediato, los nervios se apoderaron de sus manos. Lady De Featherstone la observó y Anne se las abrazó para evitar despertar en sus nuevos tíos la misma desazón que ella experimentaba. Algo inútil, la verdad.

Sus tíos sabían muy bien qué había ido a hacer.

Marcharon hacia el salón del piano. Allí Anne, tras beberse de un solo trago la copa de licor de

moras que el anciano baronet le había ofrecido, algo inesperado aunque comprensible por parte de una dama, miró a sus tíos con una disculpa en las sombras de sus ojos. Sir John sin mediar palabra acercó la botella al vaso de su sobrina y lo volvió a rellenar. De nuevo lo terminó de una sola vez. Dejó que el líquido calentara sus miembros, hasta llegar a un estado volátil, su cuerpo se había vuelto más ligero, cosa que agradecía, pero no así su preocupación.

Tragó saliva un par de veces y respiró otras tantas. Era necesario volver a tener el dominio sobre sí. Todavía era joven, estaba descubriendo el mundo, y una de las primeras cosas que debía dominar era mantenerse firme y segura, por muy turbias que estuviesen las cosas a su alrededor. Así como lady Susan había demostrado allá en la mina.

Se disculpó ante los baronets y comenzó a buscar entre las partituras una que no fuese muy difícil y que conociera bien. Le vendría bien distraerse y distraerlos. Pero a pesar de que paseaba las hojas frente a ella, no era capaz de enfocarse en ver qué decían. Lady Susan entretenía tales sucesos con un parloteo dulce hacia ellos, nada que necesitara una respuesta. Se dedicó a admirar de nuevo la decoración, el mobiliario y el papel de las paredes, así como el tejido tan magnífico de las cortinas y esos graciosos flecos que adornaban sus filos.

—Aquel jarrón es realmente soberbio; tiene tal forma que no sabría si definirlo como jarrón o escultura. Supongo que ese lo habrás elegido tú, ¿no es así, sobrina?

Anne giró levemente la cabeza.

—¿Cuál, tía?

—Ese de la esquina, el que está sobre aquella pequeña mesa redonda que tienes justo ahí, al lado del piano. Supongo que habrá sido de tu elección. Es hermoso.

A Anne se le revolvió el estómago inmediatamente. Aquel jarrón, ese objeto. No, no había sido elegido por ella sino por otra. Esa ramera que había estado calentando la cama de su marido.

De nuevo tuvo que echar mano de un acopio de entereza, esta vez a pesar de lo mucho que la había molestado, le salió mejor el disimulo.

Carraspeó suavemente.

—Discúlpenme. Tengo molestias en la garganta. No, lady Susan, eso ya estaba aquí cuando llegué.

—Vaya, quién lo diría. No parece un objeto comprado por mi sobrino. Hubiese apostado a que había sido una dama la que hizo tal elección. Sir John, Edmund nunca dejará de sorprendernos, ¿verdad?

—¿Ha elegido ya partitura, lady Anne? Si gusta puedo ayudarla.

—Ya la tengo, sir John, se lo agradezco.

Ni mucho menos. Anne se decidió por la que tenía en la mano sin saber si era complicada o conocida por sus dedos. Necesitaba correr un tupido velo en aquella puntualización que la distrajo del otro asunto sí, pero para mal.

La música comenzó a sonar y así pasaron los minutos. Los baronets admiraron su manera de ejecución y divagaron sobre otras cuestiones. El alcohol fue poco a poco disipándose de la corriente de su flujo sanguíneo.

Acabó una y comenzó otra partitura. Se sumergió de lleno en las notas, en evitar equivocarse,

en hacerlo perfecto, eso fue lo que la salvó de pensar. Debía dejar sus miedos para otro momento.

—¿No estás cansada, sobrina?

Era obvio que la baronetesa deseaba que Anne dejara el piano.

—Un poco. Si lo desean puedo parar.

—Ven, querida, siéntate a mi lado. Parece que debido a la llegada de la noche está refrescando bastante.

—En efecto. Diré a Margaret que venga a encender el fuego y que nos traigan una bebida caliente.

Anne se levantó y fue hasta la chimenea de cuyo lateral colgaba una cinta. Tiró de ella y al poco apareció uno de los lacayos. La joven ordenó que trajeran el té y unas nuevas pastas para acompañarlo, así como un poco de brandy para sir John, a quien agradaba echar un chorrito en la taza.

Por mucho que intentara disimularlo, la muchacha se mostraba nerviosa, no cesaba de mirar por la ventana, se intuía cómo aguzaba el oído tratando de averiguar si aquel ruido proveniente del exterior era Edmund que por fin llegaba. Habían pasado un par de horas y todavía no había señales de él.

—Anne, querida, ¿te ha hablado tu esposo de mi hijo James?

Ante aquella incertidumbre lady Susan decidió contar la historia de su hijo. Un hijo que había muerto en su infancia y al que, por mucho tiempo que pasara, jamás podría olvidar.

—Oh, querida. No hace falta que hablemos de eso ahora —objetó sir John con evidente disgusto.

—Claro que sí. Anne es nuestra sobrina y estoy segura de que James estaría muy contento con ella. Anne tiene que conocer su historia, ¿no te parece, querida?

—Si a los baronets les place, no tengo inconveniente en conocer más sobre él. Edmund alguna vez ha hecho referencia sobre su primo James, pero no me ha contado nada en profundi dad. Aun así sé cuánto lo quería y lo profunda que fue la herida de su pérdida.

—Muy profunda sí, tanto que aún nos sangra.

—Con su permiso, señoras, me retiro al estudio. Espero que a mi sobrino no le importe que haga uso de papel y pluma para escribir una carta.

—Ni mucho menos. Por favor, soy yo la que le ruego que considere esta casa y cuanto hay en ella como suyo.

—Gracias, sobrina. No esperaba menos.

Sir John se levantó no sin quejarse de ese dolor de espalda que de vez en cuando lo castigaba y marchó hacia la otra estancia con la cabeza cabizbaja. En los días que llevaban allí jamás había pensado Anne que aquel hombre de porte casi militar pudiera derrumbarse de esa manera.

—James fue un niño muy buscado, antes de él tuvimos otras pérdidas de críos no natos, así que ya puedes imaginar cuán festiva fue su llegada y cuán amarga su pérdida —dijo esto último echando una última mirada hacia la puerta por donde había salido su esposo. Luego prosiguió con media sonrisa en la cara—. Nunca dio qué hacer, hasta para nacer fue discreto. Fue un

embarazo tranquilo, en él ni las náuseas ni el mal cuerpo tuvieron protagonismo. Todo fue como la seda, asimismo su alumbramiento. Fue limpio, un par de empujones y listo. Ni siquiera lloró.

Lady De Featherstone relató los primeros años de su hijo. Parecía un chico dispuesto, inteligente, ávido por aprender de todo cuanto concernía a los caballos. Estaba realmente enamorado de todos. Hacía travesuras, las típicas de los niños pequeños, pero las reconocía, nunca tuvo miedo en reconocer sus errores.

Anne escuchaba a lady Susan con atención, sonreía ante la descripción de ciertas travesuras que llevaban de cabeza a su institutriz, así como a otros sirvientes, sobre todo al mozo de cuadras, al cual quería mucho, ese que tapaba muchas de sus insolencias.

Por fin la muchacha pudo evadirse, lejos de su actual preocupación fue poco a poco tomando cariño a un pequeño que ni siquiera conocía, y del que su madre hablaba como si estuviera en ese momento jugando en el jardín y que de un momento a otro aparecería por la puerta para hacer las delicias de las mujeres.

—Un día, después de que su padre le mostrara el grabado en roca que hay en el bosque y sus entresijos, le contó la historia del mago de Chorley; doy por hecho que no te es desconocida. El niño quedó prendado de ella y rogó al padre que le comprara una espada. Por supuesto, John le dijo que sí, pero aún era pronto para una de verdad, así que ordenó fabricarle una de madera. Recuerdo su cara al ver aquella espada que para sus ojos fue el mejor regalo jamás dado. No tenía nada de especial, tan solo la silueta de la crin de un caballo en la encrucijada de la empuñadura. Pasaba los días corriendo por el jardín desafiando a todos cuantos nos cruzábamos a su paso.

Lady Susan continuó contando cómo pasó parte de su infancia pegado a aquella espada, llegó el momento en que no sabían dónde empezaba uno y terminaba el otro.

—A veces, bromeábamos comparándolo con sus primos gemelos, Edmund y Humphrey, eso parecía él con su espada.

Un día, estando los pequeños gemelos, Edmund y Humphrey, de visita, mi marido, al venir de regreso de Winslow, decidió acortar camino por mitad del bosque, pues tenía muchas ganas de pasar tiempo con los críos; ya por aquel entonces apreciaba a su sobrino Edmund profundamente. Para cuando llegó a la altura de Brinlow algo llamó su atención. La gorrilla de James estaba tirada de cualquier manera en la boca de una de las minas y comenzó a gritar su nombre. Lo llamó varias veces sin obtener respuesta. Decidió cabalgar como loco hasta la casa con la esperanza de averiguar si es que al chico se le había perdido la gorra. Casi al llegar a la altura de la granja se encontró con Edmund quien tenía los ojos desencajados y temblaba de pies a cabeza. Humphrey no lo acompañaba, pues regresó antes a la granja. Decía tener ganas de estar con lady De Featherstone. Pobres chicos, echaban de menos el amor de una madre.

—Le teníamos prohibido acercarse a las minas, ya sabíamos de otras personas que se habían perdido en ellas. Buscamos por todos lados y James no daba señales de vida por la vivienda ni por los terrenos que todos los sirvientes salieron a registrar. Fue un duro golpe para todos, incluso para Humphrey, pero Edmund, él estuvo afectado por bastante tiempo, se sentía culpable, dijo haberle repetido varias veces a mi James que no se acercara a la mina y que regresaran a

casa, que la historia del mago Merlin era una mentira y que no había guerreros a los que enfrentarse. También dijo algo sobre otro chico, pero no lo conocíamos y supusimos que sería el hijo de un trabajador de los alrededores. No obstante, al preguntar nadie supo dar respuesta de quién era y dimos por imposible poder preguntarle si lo había visto por algún lado.

Lady Susan limpió una lágrima de la esquina de sus ojos y tragó saliva. Pasado un minuto, continuó relatando el nefasto desenlace en el que sir John se encontró al regresar a la mina con algunos mineros que junto a él se introdujeron en el yacimiento, en tanto otros sirvientes inspeccionaban los derredores. Estuvieron buscando durante horas, días, semanas, creyó recordar que incluso meses.

—El paso del tiempo es difuso durante aquellos días. No volvimos a saber de él. Nunca más volví a sentir su calor en mi abrazo. Nunca su voz mientras desafiaba a uno de los sirvientes a un duelo, allá en los jardines.

—Oh, lady Susan, me parte usted el alma. Tuvo que ser realmente duro. Y ahora el recuerdo.

—Lo fue y lo es. Con el paso del tiempo, he aprendido a refugiarme en pequeños consuelos; cosas tontas que hacen que sonría al recordarlo.

—¿Como qué? Si me permite la pregunta.

—Me consuelo al pensar que cuando desapareció llevaba su espada y que con ella se sentiría seguro.

Anne no pudo evitar derramar unas pocas lágrimas. Se imaginó los acontecimientos, el desconsuelo de aquellos padres que no pudieron dar santo entierro a su hijo. Que se quedaron con un vacío enorme y sin un cuerpo yermo al que abrazar como despedida. Sin poder llorar sobre su tumba y llevar flores cada vez que necesitaran recordarlo.

Lady Susan miró a su nueva pariente y reconoció los profundos y nobles sentimientos que poseía.

—No llores, sobrina —dijo dando un par de suaves palmadas sobre la mano de Anne para luego mirar a través de la ventana hablando en general, como ausente—. A veces la vida te pone la zancadilla. A veces hace el amago y la quita dejándote un regusto a casi. En ocasiones te hace sentir que todo va bien, ilusionándote a seguir ese camino. Otras, sin embargo, deja que te estrelles contra el muro de la realidad, asombrándote al pensar cómo ha podido ser capaz de semejante cosa. Cómo ha sido capaz de hacer lo perfecto imperfecto en cuestión de segundos.

»Y así es, asimismo es la vida. Te pone pruebas, te enseña caminos de abundante verde, junto a un desierto que a lo lejos tiene un oasis de tranquilidad.

Lady Susan volvió a mirar a Anne, pero en esta ocasión su mirada era penetrante, en ella se intuía el ansia por hacer que su mensaje quedara bien impregnado en el alma de la muchacha.

»No debes pararte en hechos que escapan a tu control. Debes continuar. Sufrir por lo que debes y luego dejarlo ir. La pérdida de James siempre estará conmigo, pero prefiero quedarme con el recuerdo de su vida y rememorar su risa, su olor, sus besos al despertar y aquellos que me daba antes de dormirse, que vivir con la amargura de su desaparición, por la que ya hice todo lo que podía hacer con resultados no deseados. Siempre lloraré la desaparición de mi hijo, no te queda la menor duda. Al igual que sonreiré al recordar su vida.

Anne dejó pasar un instante, permitiendo que las palabras calaran hacia dentro.

—¿Por eso se fueron a vivir al norte?

—En efecto. Para nosotros era muy duro continuar aquí y decidimos irnos lejos. Supongo que te diste cuenta de la actitud de sir John el otro día cuando fuimos a ir a la mina y objetó sufrir un gran dolor de espalda. El dolor de espalda era real, pero no más que cualquier otro día. Lo que realmente ocurría era que no quería ir, era demasiado doloroso. Luego, ese malnacido del capataz, su comportamiento. Sir John ya iba demasiado afectado como para aquello. Edmund sabía que si había consentido ir, solo era por él. Cuando Edmund se vino a vivir con nosotros fue como un regalo; no suplantó a nuestro hijo, pero sí nos dio la oportunidad de ilusionarnos pensando en que de esa manera habría crecido James.

»Como ya te habrás percatado, es difícil hacer que el baronet regrese a este lugar. Ya viste que nos fuimos pronto de vuestra boda. Para nosotros es muy duro.

»Pero, bueno. Llegados a este punto debo confesar, ahora que estamos aquí, que son los buenos recuerdos los que invaden mi alma y que la presencia de mi hijo está más presente que nunca. El baronet necesita un poco más de tiempo. De algún modo se echa la culpa de todo. Dice que si no hubiese contado esas historias, James aún estaría aquí con nosotros.

—Lo siento, de veras. Es una historia desgarradora.

—Lo es. Pero si te la he contado es para que sepas que una vez hubo un precioso niño llamado James, al cual le habrías gustado mucho. Y que, como en el cuento de aquel caminante que comía altramuces, siempre habrá alguien peor que tú, con unas penu rias más profundas que las tuyas y que de ellos debes aprender para hacerte una mujer fuerte, capaz de cargar sobre su espalda males mayores de lo que se puede creer capaz de soportar.

Anne afirmó con la cabeza.

Si lady Susan supiera, si supiera la realidad que envolvía a su nueva sobrina. Si supiera a lo que tuvo que renunciar.

El relincho de un caballo cerca de la casa llamó su atención. Edmund había regresado.

Los recuerdos y las amarguras quedaron relegadas para otro momento.

Preocupada, Anne fue a salir de la estancia; no obstante, lady Susan se lo impidió, aconsejándole que debía ser el caballero el que cuando viera oportuno viniera hacia ellas.

Anne lo entendió como una advertencia a un saber estar que tenía que ir practicando poco a poco. Y, por otro lado, sabía que esa actitud era la acertada. ¿De qué le serviría a su esposo que ella lo pudiera ver desbaratado? Si, ciertamente, se había marchado sin decir a dónde iba para evitar preocuparlos, cómo iba ella a salir corriendo y sorprenderlo con una imagen inapropiada.

Eso no impidió que su preocupación se acrecentara. Pasaban los minutos y allí nadie aparecía. El sonido de las botas pisando fuerte por el pasillo las alertó de la llegada del caballero.

Entró tranquilo. Llevaba la misma ropa, ni un solo pelo de su cabeza se había movido, tan solo alguna mancha en el bajo de sus pantalones, de seguro debido a algún charco que se habría cruzado en su camino. Se sentó al piano y de memoria tocó una pieza impetuosa que poco a poco fue desembocando en algo mucho más tranquilo, incluso melancólico. Nada se comentó acerca de dónde estuvo, nada se preguntó, todo fluyó de la manera más natural, hablaron de la tarde tan

espléndida, de la carta que había estado escribiendo sir John y de lo deliciosas que estaban aquellas galletas de almendras. Más tarde, después de la cena, Anne los entretuvo leyendo pasajes de una novela de aventuras que le recomendó sir John y que consiguió que por fin se relajara.

Llegada la hora de dar la bienvenida a Morfeo nadie llamó a la puerta del dormitorio de la muchacha, ningún ruido llegó hasta sus oídos proveniente de la habitación contigua, nada que le hiciera intuir que su marido la visitaría para acabar lo comenzado por la mañana. Ninguna explicación de lo ocurrido por la tarde, ningún indicio de que la noche solo acababa de empezar.

Capítulo 16

La novedad llegó al día siguiente cuando, después de acudir a los santos oficios, lady de Featherstone propuso ir al pueblo para pasear y comer algo en la taberna e incluso en vez de eso ir mejor a la residencia de Humphrey. La tentativa cayó inesperada sobre Edmund y Anne. Por un lado, el joven alentó a su tía para que se decantara por la posada, mientras lady Susan cada vez estaba más segura de que la idea de acudir a la casa de Humphrey era la más acertada. Nadie había ido a echar un vistazo a The Oak Cottage desde su marcha y se hacía sumamente necesario que los sirvientes entendieran que, aunque su señor estaba lejos, sus familiares podían presentarse en cualquier momento, eso impediría que se tornaran holgazanes y anduvieran por la propiedad como dueños y señores.

A pesar de que llegó a sus oídos la riña que hubo entre hermanos, sir John estuvo de acuerdo y así se lo hizo saber a Edmund y a su esposa. No debían guardarse rencor. La peleas entre hermanos eran comunes, él mismo había tenido sus discrepancias con el padre de Edmund, el fallecido sir Richard. También habían peleado hasta llegar a las manos, pero aun así, se habían querido y respetado y estaba seguro de que de todo lo que se había aireado la mitad era pura invención de las malas lenguas, por eso nunca le había dado importancia.

Y así fue cómo Anne se sorprendió sentada en la calesa, enfilando el camino de piedras que desembocaba en The Oak Cottage.

A su llegada, no supo cómo, los esperaba el mayordomo, y tras él una asombrada, aunque contenida y recta, señora Fletcher, su querida Mary. La bienvenida no era lo que debía haberse esperado, ya que en una ocasión así donde los baronets hacían una visita, lo adecuado hubiese sido que todo el servicio estuviera en la entrada para presentar sus respetos, pero como la realidad es que su deseo era sorprenderlos nada se pudo objetar.

Acomodaron a los visitantes en el salón principal, donde al poco rato y después de haber servido uno de los mejores vinos de la bodega de The Oak Cottage, comenzó a llegar algún pastel frío de carne, bandejas de fruta y embutidos acompañados de quesos y pan algo pasado. Demasiado se le estaba pidiendo a la cocina, una cocina que solo contaría en ese momento con los justo para alimentar a sus criados.

Anne se encontraba en una especie de ensoñación, se movía de manera mecánica, se dejaba llevar, no se fijaba en las cosas más de lo necesitado, es más lo evitaba, a la vez que sus intervenciones en la charla eran pobres y pronunciadas a media voz. Se sentía sumamente incómoda, no llegaba a entender cómo había sido posible terminar allí, en The Oak Cottage, al que juró no regresar jamás.

¿Cómo había podido su esposo permitir algo semejante?

Edmund, un hombre también incómodo en aquellas dependencias, pero que disimulaba mucho mejor que su esposa. Anne apenas probó bocado, si acaso tomó una uva con un trozo de queso cheddar y el pellizco que le dio a la hogaza de pan, junto a varias copas de vino blanco francés. De eso sí que dio buena cuenta.

—Acabo de recordar que tengo un asunto que arreglar. Lamentándolo mucho debo ausentarme unas horas.

Anne no dijo nada, tan solo miró a Edmund. Su pelo estaba perfectamente encerado excepto por aquel delicado mechón que escapaba de su flequillo. De repente, imágenes pasadas se cruzaron por los límites de la realidad y la ensoñación, una mirada perdida ocupó el derredor de sus ojos. ¡Oh, Humphrey, estaba en el hogar de Humphrey, aquellas paredes de época Tudor que tanto le habían dado y quitado en pocas semanas!

De lejos le llegaban abotargados el tira y afloja de los baronets, de los tres, pero a fin de cuentas nada podían objetar sus tíos si Edmund debía atender los negocios. Ellos mejor que nadie entendían las cuentas que debía rendir su título. Primero la obligación y luego la devoción.

Minutos después de su marcha en la que ni un beso le fue dado, Anne comenzó a volver en sí, era como si todo ese tiempo en la casa hubiese estado en una nube y que solo Edmund era quien la había mantenido aislada de sus verdaderas emociones y sensaciones.

Comenzó a embriagarle una sensación de rechazo, unas náuseas no invitadas empezaron a apretar su garganta, amenazando con derramar el poco contenido de su estómago. Apenas pronunció palabra. Tampoco el alcohol que había ingerido otorgaría a su voz la mejor expresión.

Una vez satisfechos, el mayordomo se ofreció para mostrar a los señores las mejoras que su señor Humphrey había llevado a cabo antes de su marcha.

Anne rehusó, aludiendo no encontrarse bien. Por supuesto, tras una mirada cómplice, la baronetesa la dejó a la atención de Mary, dando por hecho que su indisposición era algo esperado y natural en los primeros meses de casamiento. Por lo que casi o nada insistió para que los acompañara.

Como la tormenta va disolviéndose a su paso, las voces y el *frú frú* de sus ropajes se fueron perdiendo poco a poco en el silencio del pasillo que daba acceso a la parte trasera de la casa.

Miró un momento a Mary, su Mary. Esta le devolvió una mirada tierna, de añoranza y desvelo.

Anne se levantó como pudo, superando el peso que sentía aposentado en su espalda. Todo lo pasado, todo lo padecido desde hacía algo más de un año la sobrevino en segundos. Mary leyó el sufrimiento en su postura, en la forma en que caía aquel rizo sobre su cuello, en la posición adelantada de sus labios y no quiso reprimir por más tiempo la necesidad de acudir a la que un día fue su señora, su amiga. La ayudó a terminar de levantarse y, de repente, se sintió envuelta en los brazos de la hija de Frederick Collingwood.

¿Qué le había pasado? ¿Acaso la maldad de aquel con el que se había casado iba más allá de lo que había supuesto? ¿Es que no quedaba claro después de cómo se había marchado, sin siquiera darle un beso de despedida, no en sus labios pero al menos en su mano?

No pudo pensar en otra cosa, no podía dar cabida a otras razones que esas.

—Oh, Mary. Mi Mary. ¡Cuánto te he echado de menos!

—Y yo a usted, lady De Featherstone.

Eso fue lo único que pudo decir. Quiso decir más, mucho más. Preguntar, indagar sobre aquello que la había llevado a ese estado, pero no podía, no debía, y, no obstante; allí estaba Anne, obviamente embriagada, su mirada aletargada, sus gestos lacios y sus ojos tristes.

—Oh, mi señora, la veo afligida. Entristecida. Yo no sé por qué, pero perdóneme si le pregunto si tiene que ver con aquello que le advertí el día de su boda. Si acaso su esposo...

—Mi esposo —balbuceó debido a la pena y al alcohol.

Con esa lentitud que solo otorga la embriaguez en la sangre, levantó la mirada para justo ver pasar por el patio trasero las figuras de sus nuevos tíos, su nueva familia. Vio a lady Susan, digna, erguida a pesar de lo padecido, ella siempre se presentaba entera, defendien do con uñas y dientes sin necesidad de desatar sus verdaderas emociones. Anne parpadeó con calma, Edmund era como un hijo para esa señora y Anne sabía por lo que estaría pasando su marido. De la misma manera, sosegada arrugó el entrecejo. El hecho de haber terminado allí, sabiendo el odio que le tenía al dueño de aquellas tierras, conociendo lo sucedido entre esas paredes.

De repente cayeron sobre ella esos razonamientos, acuchillándola en su flaqueza, aumentando por el licor que en ese momento se estaba tornando violento. Así se volvió sólida, se irguió y plantó cara a la criada. No podía permitir que por mucho que hubiesen vivido juntas, por mucho que la había querido y había echado de menos, una simple sirvienta se tomara tales licencias. No podía permitir que hiciera ni una sola sugerencia negativa sobre el hombre con el que estaba casada y compartiría el resto de su vida. Algo semejante debía ser subsanado de manera tajante. Debía ser como lady Susan, mantenerse en su sitio y no dejarse caer frente a los sirvientes.

Se separó de ella, tomó y echó el aire con rapidez para hacer acopio de esa compostura que debía mostrar en todo momento. Tragó saliva agriamente y luchó para aguantar el equilibrio con dignidad.

—Señora Fletcher, voy a dar por no escuchado tal comentario. —Volvió a tomar aire, parpadear lo mejor que pudo y tratar de concentrarse para que sus palabras salieran por su boca lo más ordenadas y convincentes posibles, puesto que su lengua estaba empeñada en dejarse llevar por el alcohol—. Tampoco voy a hacer nada al respecto. Haremos como que tal desatino, falta de respeto y licencia no medida, jamás ha ocurrido. Tan solo déjeme recordarle —levantó el dedo índice para dar énfasis a su afirmación sin ser apenas consciente del balanceo que la embriaguez la obligaba a mostrar— que soy lady Anne De Featherstone, esposa de sir Edmund De Featherstone, sobrina de los ancianos baronets y, por consiguiente, familiar de su señor: Humphrey de Featherstone y que... —tragó saliva y continuó tras sorber el exceso de saliva que le hacía más parecer hablar en idioma sibilino— y que con tan solo menear una pestaña se encontraría de patitas en la calle por tan grave ofensa. —Por un momento la mirada sorprendida y perdida del ama de llaves la hizo flaquear, pero enseguida se recompuso tras un casi imperceptible carraspeo y la bajada apresurada de aquel dedo que aún mantenía en el aire—. No le debo explicaciones. La situación entre ambas debe basarse en el cariño que nos hemos tenido. Sí, la he echado de menos, pero recuerde siempre cuál es su lugar en esta casa.

Mary quedó muda ante la primera mirada de advertencia que le ofrecía Anne. No era capaz de

comprender el cambio tan brusco en segundos. Pasó de la calidez en su mirada a una frialdad total en lo que se tarda en hacer un chasquido con los dedos. Bueno, si había de ser sincera, era obvio que la ingesta de aquella tanda de copas de vino y un estómago vacío habían tenido gran parte de culpa, ¿o no? Pero por mucho que se hiciera preguntas sin respuesta, nada podía hacer. En efecto, a fin de cuentas era una sirvienta y como tal no era su cometido hacer preguntas personales ni poner en entredicho, por mucho que conociera a la muchacha. Se había dejado llevar por el momento, por aquella mirada triste, y aquel proceder nunca más iba a suceder.

El ama de llaves bajó la mirada al suelo.

—Le ruego me disculpe.

Anne miró a la sirvienta. La cabeza gacha. Las manos frente a su falda ligeramente agarradas, esperando veredicto.

Sus propias palabras comenzaron a volverse hacia ella como si el eco lanzado chocara contra un espejo y aquel dedo altivo apuntase hacia ella amenazante. Se vio a sí misma arrogante, fría, distante, petulante. El puro reflejo de lo que era su marido. ¿Quién era esa mujer?

Se tambaleó levemente.

Oh, por dios, cómo había podido, cómo había sido capaz de decir todo aquello. ¿De dónde había surgido esa Anne y por qué?

Pero ¿no era eso exactamente lo que debía hacer? ¿Acaso debía permitir que unos simples criados se tomaran ese tipo de licencias?

Miró alrededor buscando unas respuestas que no se encontraban en el exterior sino dentro de ella. De nuevo vio a los baronets a lo lejos, sir John y lady Susan, agasajados por el mayordomo y un lacayo que acercaba un par de finas copas sobre una bandeja, dedujo que de plata, y una doncella que aguantaba la sombrilla de la dama para evitar que su piel fuera dañada por el sol, mientras ella se achicharraba como los chicharrones que había visto hacer a la señora Priscilla, cocinera de The Meadows.

Regresó su mirada al interior de la habitación. Frente a sí. La situación de fuera era lo que se esperaba de ella.

Pero la señora Fletcher, era Mary, su Mary.

Lady De Featherstone se dejó caer en el asiento, apoyó el codo sobre el brazo de la butaca y comenzó a masajear su frente. Sufría un sinfín de conmociones emocionales y no sabía cómo enfrentarlas sin dañar algunas de ellas y estaba segura de que en su estado, bastante perjudicado por cierto, no debía tan siquiera intentarlo.

De pronto, el olor a licor dulce y cítrico, inundó su paladar. Abrió los ojos y vio frente a ella una pequeña copa de cristal finamente labrada sujeta por la mano de Mary. Tal y como había visto hacer afuera, con la salvedad de que cuando levantó los ojos, leyó en los de Mary comprensión, cariño. Ella sabía muy bien por el tormento que estaba pasando. Mary siempre había sido lista, era como la señora Harriet, una digna sucesora de esos dones. Ya antes le había mostrado la realidad de su situación y ahora también, no hacía falta decir nada, porque Mary siempre había tenido claro cuál era su lugar y cómo debía comportarse Anne, mejor que ella misma.

—No contiene alcohol.

Tomó la copa que se le ofrecía, pero antes de que la señora Fletcher retirara su mano por completo Anne la agarró con cuidado y la miró a los ojos.

—Lo siento.

Mary quiso retirar el contacto con suavidad, pero lo que sucedió la sorprendió aún más: Anne la agarró con algo más de fuerza y se acercó la mano a los labios para depositar un beso en la palma.

—Lo siento. Ruego me perdone.

La señora Fletcher se arrodilló junto a ella y arropó la mano de Anne con las suyas.

—Eso no hará falta, jamás podré enfadarme con usted. Lleva razón en cada una de las observaciones que ha hecho. ¿Me da permiso para expresarme con libertad?

—Oh, por supuesto, Mary —evidenció con fastidio ante su propia torpeza.

—Nunca más vuelva a pedir perdón a un sirviente. Usted es la baronetesa de Alderley Edge y soy yo la que de nuevo le pide disculpas; unas que no merezco, por cierto. Pero usted —dio unas palmaditas sobre sus manos—, usted vale más que unas pocas lágrimas o el sentimiento de deber algo a alguien. Usted es una señora más allá de lo que la propia palabra expresa. —La señora Fletcher apretó los labios hasta dejarlos en una fina línea y tras acariciar con suavidad el antebrazo de Anne, se levantó ofreciendo su mano a su señora—. Y ahora, levántese, yérgase y olvide lo que ha ocurrido como yo ya he hecho, lady Anne De Featherstone.

Lady De Featherstone la miró con la boca abierta, dejando que las palabras de la sirvienta ahondaran en ella hasta el hueso en tanto se dejaba ayudar.

—Mary.

Una vez frente a frente, la señora Fletcher dio un paso atrás y cruzó las manos por delante de su mandil.

—Me alegro mucho de verla, lady Anne. Y ahora, si me disculpa, mandaré a Lottie para que le haga compañía. No debe preocuparse, ese licor de mandarina la ayudará a reponerse enseguida.

Mary fue a salir de la habitación; sin embargo, Anne, a sabiendas de que ahora sí que sí su relación debía quedar apartada para siempre, se interpuso en su camino y le dio un nuevo abrazo que a ambas les supo a despedida.

—Gracias, Mary.

Su antigua doncella la correspondió del mismo modo, una abrazo fuerte y escueto que acabó cuando se giró para salir en busca de la criada.

Anne quedó sola de nuevo, enfrentada a sus emociones, a las preguntas que teniendo respuesta prefería no formular y dejar para más tarde. Ojalá Mary nunca hubiese aceptado aquel trabajo, era egoísta sí, pero estaba tan perdida, tan sorprendida por su propia actitud, ese cambio en ella, esa rabia por defender a su esposo y ser tratada como él le recordaba una y otra vez debía ser; así como la anciana baronetesa le había repetido en varias ocasiones. Pero, ¿adónde había ido Edmund? ¿Por qué la había dejado sola a sabiendas de su incomodidad? ¿Conociendo lo que había vivido allí? ¿Sabiendo mejor que nadie lo que había ocurrido con Humphrey?

La criada llegó al par de minutos, pero fue despachada inmediatamente con un escueto

«prefiero estar sola.»

Así Anne dejó libre a sus pies, ahora un poco más seguros aunque no del todo conexos, para caminar por las estancias que le eran tan conocidas, odiadas y amadas a partes casi iguales. Se paró frente a la pintura del dragón sobre el volcán que decoraba una de las paredes de la entrada. Sí, Edmund estaría sufriendo, quería pensar que se había ido a resolver esos supuestos negocios, pero en el fondo sabía que había huido y que la había dejado sola ante sus demonios. Era consciente de que su cuerpo se bamboleaba levemente hacia delante y atrás, muy leve, pero ella lo sentía como si el suelo se moviera junto con las paredes con la intención de desestabilizarla a conciencia. Las fauces del dragón volvieron a llamar su atención, ponzoñosas, sangrientas, violentas. El rictus de su esposo, como siempre, se había mostrado sereno, severo, exactamente lo que se esperaba de él, pero su despedida. No la miró, se fue sin más. Las garras de la bestia estaban clavadas a la montaña con saña, las venas ensartadas, las uñas ennegrecidas, a punto de salir del cuadro para clavarse en su piel. No podía creer que a los baronets les pasara desapercibido ese detalle. Miró a su tío y a su tía, pero a ella, nada.

¡Maldito Edmund! ¿Cómo había podido hacer algo así? Eso solo denotaba que le era imposible ponerse en el lugar de ella. Claro, ella, una mujer.

Y, de pronto, ya no estaba frente al dragón. El chasquido de la flor al hundirse en la pared de madera la trajo de regreso a la realidad. La corriente de aire movió sus cabellos al abrir la puerta del cuarto secreto. Su subconsciente traicionero la había llevado hasta allí.

Sobre el suelo vio su cuerpo entrelazado al de Humphrey; sobre la mesa las cartas de amor que debían abrir en un futuro; la caja de un anillo; el olor a whisky impregnaba el aire; los susurros de amor; la voz melodiosa y profunda de Humphrey le hacía cosquillas sobre su piel desnuda; el tacto de sus dedos descendiendo por su espalda le erizó la piel.

—Te amo. Por siempre, para siempre—dijo echando la mano hacia delante traicionada por esa imaginación que le hacía creer que tan solo un metro la separaba de Humphrey. Porque él estaba allí, porque su olor era tan intenso, tan real que nadie podría admitir lo contrario; porque la miraba, la estaba mirando con esa intensidad, con esa mirada traviesa y salvaje con que siempre lo había hecho; porque el calor de su piel era patente en toda la estancia.

—No sabes lo que me duele escuchar esa confesión.

La voz de Edmund tras su espalda borró de un plumazo aquella ensoñación. Ya no había nada sobre la mesa, tampoco dos cuerpos amándose en el suelo, ni siquiera el cuadro que ella había terminado de pintar estaba allí. En su lugar encontró una estancia vacía, gris, sin vida, triste; como si nada hubiese pasado. Tan solo era patente la manera en que creció en ella la sensación de su piel erizada. Ese miedo que ya había probado y no quería volver a degustar.

Se tomó unos segundos sopesando qué hacer, qué decir. Edmund la había sorprendido en una muy inoportuna tesitura.

—Traicionado. Esa es la contestación a la pregunta que no te atreves a hacer. Me siento traicionado. De todas las formas en que te he imaginado en esta casa, esta era la última. Se suponía que lo odiabas.

Rascando un poco de valor de no sabía dónde, Anne se giró y no sin titubear miró a Edmund.

Estaba dispuesta a aguantar el chaparrón y, además, sabía que se lo merecía. Pero, ¿acaso no había sido él mismo el que la acompañó hasta allí? Cierto, había intentado no hacerlo, pero no puso en ello la mayor resistencia. Él sabía, conocía; no todo, pero suficiente.

Mejor era callar, aguantar lo que viniera y pensar con calma más tarde qué hacer. No era lugar, no era momento para discusiones.

Edmund la miró de arriba a abajo con desprecio, la tomó del brazo y la sacó con brusquedad de la habitación y quedaron en el vano que unía ambas estancias.

—Ahí —dijo entre salivajos señalando la zona donde tiempo atrás había sorprendido a los hermanos peleando—. Ahí te dejó abandonada. Se fue sin mirar atrás. —Volvió a girarla frente a la habitación secreta—. Y ahí, ahí fue donde te desvirgó sin pensar ni un segundo en tu honra y tu futuro. —En ese momento, la volvió frente a él y le cogió la mandíbula con una mano, mientras con la otra ejercía presión sobre su brazo. Miró su rostro con desprecio—. Si no llega a ser por mí, estarías sola, nadie hubiese aceptado a una mujer mancillada. ¡Una que abrió las piernas al primero que se cruzó en su camino!

Sin pensarlo, Anne se echó hacia atrás y, tras coger impulso, le abofeteó la cara con rudeza.

La pareja quedó sorprendida y más o menos por la misma razón: el atrevimiento por parte de la mujer.

Lady De Featherstone no pudo evitar mostrar una mueca de asco hacia su esposo. Cerró los ojos un instante. La embriaguez la había dotado del valor suficiente como para llevar a cabo lo que deseaba. Tenía su merecido. ¿Acaso se le había olvidado quién la había llevado hasta allí?

Volvió a echar mano del valor que el alcohol le proporcionaba, se irguió cuanto daba su talla y miró con pedantería a su esposo.

—Nunca más vuelvas a hablarme así. Yo no pedí venir hasta aquí, como tampoco se me hubiese ocurrido dejarte solo a sabiendas de lo pasado.

Los ojos del varón echaron chispas debatiéndose entre el asombro, la furia y el orgullo. Agarró de nuevo el brazo de la muchacha y la atrajo hacia él, tan cercana, tan pegada que prácticamente habló sobre su boca, derramando aquel aliento furioso sobre ella.

—Los celos me matan, Anne. No sabes las barbaridades que se me pasan por la cabeza. Desde hacerte entrar en esa habitación y forzarte a que de una vez seas mía, hasta marcarte la piel para que siempre tengas presente a quién perteneces.

Unas voces en la puerta llamaron su atención. Los baronets habían regresado. Sin embargo, Anne no se amilanó, al contrario se acercó más, con una mirada desafiante como nunca antes había mostrado, valiente, como jamás se había sentido y dominante de sus actos como nunca.

—No me das miedo, esposo. ¿Olvidas que ya viví en carne propia tu locura? Al parecer casi caigo en tus mentiras. Pero hay algo que sí has hecho —levantó el brazo que le tenía sujeto hasta dejar su muñeca expuesta a la altura de la mirada de Edmund—. ¿Ves esto? Esa es tu marca, la que me recordará de ahora en adelante que nunca cambiarás.

Edmund la dejó ir a regañadientes, aunque en el fondo bastante sorprendido. Por fortuna, los baronets habían pasado de largo y ahora se encontraban en el saloncito de tarde, a la espera de que se les sirviera el té y se decidiera la hora de regreso a The Silver Horse House. Por lo que a

Anne le dio tiempo a refrescarse, gracias a las atenciones que una enmudecida Mary le había aportado. Nada tuvieron que añadir, al parecer la señora Fletcher, además de conocer aspectos del carácter del baronet, había escuchado algo de su conversación mientras esperaba la llegada de lady Susan y sir John en la entrada. Solo hizo falta un gesto, bajar la mirada y estrecharse brevemente las manos; luego, cada una se dedicó a lo suyo.

Tras aquello, Anne se presentó ante los baronets más señora que nunca, más altiva, más certeros sus movimientos y más dulce su voz, incluso en las breves referencias que hacía a su marido.

Todavía había que resolver el asunto, pero para eso había tiempo, todavía quedaban días hasta que sus tíos los abandonaran.

Capítulo 17

La noche casi había comenzado a arropar con su manto las tierras de Chorley cuando llegaron a The Silver Horse House. Por mucho que trataron de disimular, en esta ocasión y como aviso de lo que se avecinaba, fue Edmund quien, a pesar de todo su esfuerzo, no pudo ocultar del todo el malestar hacia su esposa. No le habló mal, se dirigió hacia ella de manera correcta; lo delataba su mirada, su porte, sus gestos que, aunque contenidos, aún continuaban sorprendidos.

Al llegar, tardaron poco en ir a sus dependencias privadas, el día había sido largo, intenso, el viaje de ida y vuelta los había dejado exhaustos, no tanto a los jóvenes como a los entrados en años. Por lo tanto, después de comentar los acontecimientos del día en compañía de Brandy y vino dulce que la señora Fletcher les regaló tras las alabanzas de lady Susan, se dieron las buenas noches y marcharon escaleras arriba.

Anne entró en su habitación acompañada de Alice. La ausencia de la dulzura con que siempre se dirigía a ella llamó la atención de la criada. La ayudó a desvestirse y sumergió a su señora en el agua templada de la bañera en tanto lady Anne no reprimía sus constantes miradas furtivas e intranquilas hacia la puerta que separaba ambas alcobas.

—Alice. Ve a por una de las botellas de vino que hemos traído del pueblo.

Nada más dijo.

Al poco, regresó la sirvienta con lo pedido y la despachó de igual manera. No le apetecía tener compañía, necesitaba pensar, ordenar y tomar decisiones dentro de sus limitaciones. Se quedó con la botella y la copa dentro y la rellenó ojeando nerviosa de tarde en tarde aquella puerta y a pesar de que tuvo la intención de dejar el vino sobre la mesita donde se encontraban los atavíos para su hora del baño, no encontraba el momento. Más que beber dejaba caer por su garganta sin apenas degustar el elixir mientras continuaba mirando de vez en cuando hacia allí.

Una vez hubo saciado aquella sed tras la que buscaba la tranquilidad, la evasión tomó la decisión de sumergirse por entero; seguramente, Alice la reñiría, ya se había lavado el pelo un par de días atrás, pero poco le importaba lo que tuviera que decir. Ya era hora de comenzar a mandar en su casa bajo una libertad que tenía la intención de reclamar con cada gesto y petición. Al menos ya había tomado su primera decisión.

La sensación era placentera: totalmente sumergida, protegida en la tibieza de esas aguas, evadida gracias a la ebriedad que le aportaba la carencia de importancia a cuanto había sucedido e incluso podía suceder. Le resultaba altamente agradable, la reconfortaba ese nuevo descubrimiento conforme tener algo a lo que acudir para olvidar. Su embriaguez iba en aumento.

Todavía sumergida abrió los ojos y miró al techo, esa era la paz que buscaba, el silencio de la madera, el sonido del agua en su hábitat, el brillo del fuego sobre las vigas y nada más. Solo ella, ni su respiración, ni la sequedad de su piel, ni el embotamiento del exterior.

Dejó que pasaran los segundos disfrutando de esa vuelta al vientre materno, de esa protección en las aguas. Se abandonó a la sensación confortable, a la serenidad. No supo cuánto necesitaba aquello hasta que lo llevó a cabo; ¡y que la llevaran los demonios si dejaba marchar esas sensaciones!

Se encogió sobre sí hasta quedar en posición fetal. Cerró los ojos unos instantes para gozar de aquellas nuevas sensaciones.

Comenzaba a faltarle el aire, pero realmente poco le importaba, como ella misma no importaba a nadie. Esa sensación de necesidad por respirar mezclada con la dejadez del cuerpo, de la carne. Esa quemazón en el pecho que iba poco a poco aumentando y a la que no pensaba hacer el menor caso. Sus pulmones reclamaban oxígeno, alimento, pero ella era la que mandaba ahora. Ella iba a ser la que decidiera cuándo ofrecer, cuándo dar. La ligereza del cuerpo fue tomando forma, fue envolviéndola. Abrió los ojos, quería hacer frente a lo que tuviera a bien venir. Ese estado era perfecto, justo lo que necesitaba, ya nada importaba, ya nada la ataba, ni siquiera permitió que se impusiera la convulsión del cuerpo, lo que deseaba lo lograría en paz.

Una sombra cubrió aquel paisaje turbio sobre sus ojos y una mano tiró de ella con fuerza.

—¡¿Has perdido la cordura?!

La pregunta cayó extraña sobre Anne. Llegó a ella remetiéndose entre los jadeos que ella misma iba dando tras lo que fue un momento de pérdida completa, de no querer volver a respirar, aunque sentía el aire frío violar su piel. Tosía, tosía sin parar debatiéndose entre respirar y dejar salir la poca agua que había tragado, al parecer su intención había llegado demasiado lejos. Al parecer su realidad, la de su verdadero yo, era más oscura de lo que había llegado a imaginar.

—¿¡Acaso pretendes quitarte la vida?!

Alice apareció en ese momento frente a ella entregándole una toalla a alguien. La preocupación era patente en su rostro y salió de la estancia cerrando la puerta tras de sí. ¿Quién la había sacado de la bañera?

La fricción sobre su piel la ayudó a ir poco a poco volviendo en sí. Unas manos grandes iban subiendo desde sus pies hacia arriba secando la superficie a su paso con esmero. El recuerdo del pasado aplastó cada centímetro de piel, venas y órganos. Aquellas manos varoniles restregando su helada piel tras una cascada.

Bajó la mirada y tras ese velo que todavía la cubría pudo descubrir que era Edmund quien, arrodillado frente a ella, se afanaba en su labor. El latigazo del rostro de Humphrey cruzó por su mirada. Maldito fuera Edmund que se había empeñado en torturarla de todas las maneras posibles, maldito que ni siquiera la dejaba tomar decisiones sobre su propia vida; sobre su propia muerte.

No dijo nada más. Sus gestos delataban su estado. Estaba furioso, violento, rabioso. Fue subiendo por el cuerpo desnudo sin reparar en lo erótico de la escena surgida de aquella torpeza, de aquel atropello contra su propia vida. Hasta que llegó al cuello y la mirada tan intensa de su esposa lo atrajo como el oso a las larvas que están protegidas por la miel. Durante unos instantes en los que más parecía que el tiempo se detuvo, anclaron sus pupilas unas en las del otro y todo se desató como ninguno de los dos había planeado. Sin esperarlo, sin tan siquiera desearlo.

De Featherstone agarró la mandíbula de su esposa y la atrajo hacia sí para besarla con avidez, con premura y algo de torpeza, en tanto ella, aún con la garganta y los pulmones doloridos, se entregaba de igual manera. Eran torpes los movimientos, aunque certeros, violentos, dados bajo la única meta de saciar sus malos instintos con respecto al contrario.

Con una destreza inusitada, la muchacha logró deshacer la moña del batín del varón que, al caer la prenda al suelo, quedó desnudo *ipso facto* y dio un pequeño salto que Edmund acogió, ayudándola a enredar sus piernas alrededor de su cintura. Su miembro vivo como nunca, bombeaba sangre hinchándolo, alargándolo, logrando mostrarse como nunca antes lo había hecho, chocaba contra las nalgas de su esposa, la cual, enardecida, solo deseaba sentir en su interior semejante espécimen. Sus pensamientos eran oscuros, el deseo era nuevo, impaciente, extremadamente lascivo. Deseaba sentir dolor, al igual que deseaba provocarlo en el cuerpo de su marido. Se había portado mal y solo pensaba castigarlo mediante el sexo, una comunión como nunca antes había imaginado. La unión de la rabia y la venganza.

Como ya en otra ocasión sin término había hecho, la llevó hasta la cama y muy lejos de dejarla recostada suavemente sobre el colchón de lana, la dejó caer con violencia para luego separarle las piernas. De esa misma manera ella se dejó hacer, agradecida por la dureza de los movimientos. Necesitaba sentirse viva, sentir cómo la piel iba abrasando cada rincón de su cuerpo, cada centímetro de su carne.

Totalmente desinhibida, se incorporó levemente antes de que su esposo se clavara en ella. Con agilidad tomó el miembro de Edmund con una mano y comenzó a moverlo arriba y abajo observando el tamaño, la forma y el tacto. Luego, después de haber saciado esa curiosidad, volvió la mirada hacia el hombre, un hombre que se mostraba sorprendido, con las pupilas dilatadas y un hambre voraz que brotaba de cada célula de su cuerpo. Tomó la mandíbula del varón y, como ya antes él había hecho, devoró su boca, pero esta vez con lentitud. Repasó sus labios con la lengua y volvió a introducirla en tanto no cesaba de menear aquel mástil que estaba a punto de estallar. De esa manera, al notar la sequedad que estaba produciendo la fricción de su mano, se llevó la palma a la boca y sacó la lengua para humedecerla, acto que provocó un jadeo demente en De Featherstone. Ya hidratada, logró que aquellos movimientos ascendentes y descendentes ganaran en agilidad en tanto su marido hacía lo propio. Basta ya de paños que habían impedido el tacto de su centro, ahora eran sus dedos los que castigaban aquel botón de lujuria que poco a poco estaba doblegando su tamaño, endureciéndose, provocando en Anne que fuera consciente de su cuerpo más que nunca. Gemidos, jadeos y el chapoteo de la humedad de sus besos y sexos llenaron la estancia de la sinfonía que solo aquel acto de venganza podía dar.

Edmund no retuvo las sensaciones, dejaba escapar jadeos hilarantes sobre la boca de Anne. Lo estaba volviendo loco, como nunca antes nadie había logrado. Y no por no haber gozado de algo semejante; por su cama, y la de otros que había compartido, había cometido actos mucho más depravados e impensables; esa misma tarde, no lejos de la casa de Humphrey, había estado jugando al límite con cierta señorita para sacar de sí la violencia que había tomado asiento en su estómago al llegar a The Oak Cottage, una mujer que, entre beso y beso de la fusta sobre su piel, le había hecho una proposición difícil de ignorar, y a la que regresaría cuando lo creyera

oportuno. Porque, ahora, en ese momento, la voz cantante era la de Anne y eso jamás lo había probado y al diablo con todo si no lo estaba enardeciendo más que ninguna otra cosa.

Lady De Featherstone ya no estaba en sus cabales, se dejaba llevar por su instinto, en esta ocasión la pasión era la que actuaba por encima de todas las cosas. No dejaba ni un resquicio de entrada a los pensamientos, necesitaba estar en ese estado animal, necesitaba descargar cuanto había dejado para más tarde, aquellos pensamientos, sensaciones que tantos meses día tras día había postergado para después, necesitaba que salieran de esa manera, era necesario resarcirse de esa manera.

Y ya no podía más.

Con un movimiento seguro hizo que el varón quedara tumbado bocarriba y ella montada a horcajadas sobre él dejando que el falo se encajara entre los cachetes de su trasero, postergan do el momento, torturándolo, pues el baronet trataba de mover sus caderas a la búsqueda de poder llegar a puerto.

—Y ahora, baronet —dijo sobre su oído—, voy a poseerle. Me la voy a meter bien dentro. Deseo sentirme completa. Deseo que me rompa, al igual que ansío romperle a usted.

Se irguió, así como irguió sus caderas. Volvió a repetir aquel gesto que antes había llevado al delirio a Edmund. Sin apartar ni un segundo la mirada de la de su marido mojó su mano y humedeció los alrededores de la hendidura de su vagina. Tomó aquel falo palpitante donde las venas eran destacables al tacto y se la fue introduciendo poco a poco. Tan lento que parecía no tener fin.

Tuvo que tomarse unos segundos para adaptar su vagina al tamaño de aquel miembro y luego comenzó a moverse, lentamente, muy lentamente, necesitaba sentir cada centímetro que entraba y salía, en tanto el varón la agarraba de las caderas ayudándola en el movimiento y ella se agarraba a sus antebrazos. Sus pechos turgentes se mostraban sabrosos, los labios de su boca inflamados, mientras dejaba escapar jadeo tras jadeo. Poco importaba si los escuchaban, no tenían intención de acallar lo que tanto tiempo habían mantenido enmudecido.

Así, conforme iban pasando los minutos, fueron acelerando el movimiento. El sudor iba recorriendo la parte baja de sus senos, su espina dorsal, la parte de atrás de sus rodillas, el cuello, la nuca.

Edmund no podía dejar pasar más tiempo, se incorporó y tomó el pelo de Anne mientras esta seguía moviéndose, con un tirón hacia atrás la obligó a mostrar su cuello y depositó besos a lo largo de aquella garganta esbelta, fue recorriendo su esternón hasta meterse en la boca uno de sus pezones, siempre tirando de su pelo, siempre tratando de ser él quien tomara el mando. Torturó aquel pezón, lo lamió, succionó y mordió sin piedad mientras amasaba aquel seno voluptuoso con una de sus enormes manos.

Anne se agarró a su espalda. Esa espalda inmensa, musculosa, varonil. Las sensaciones que surgían del tormento de su pecho se dirigían directamente a su centro, colmándola de proyectiles dolorosos, como los rayos que golpean la tierra enfurecidos. Clavó las uñas en la espalda del varón y arañó aquella piel, dejando su señal, brotando de esas heridas la sangre fresca que tanto ansiaba probar. Edmund se quejó, pero no dejó de atender su quehacer, tan solo gruñó y

prosiguió. Aquello le estaba gustando demasiado, había descubierto algo que podía llegar a ser adictivo.

Cuando la joven baronetesa sintió el líquido caliente sobre las yemas de sus dedos recogió parte de aquel fluido y mirando a su marido se lo llevó a la boca y dejó que observara cómo lo capturaba con su lengua para luego besarlo, compartiendo así el sabor de su propia sangre. Ese sabor a hierro que también inundó sus fosas nasales. El olor y sabor de su propia sangre hicieron que casi llegara al orgasmo.

El final estaba cerca, los latidos de ambos corazones desacompasados, cada uno llevaba un ritmo acelerado, pero en diferente sintonía. Anne obligó a Edmund a recostarse en tanto ahora era ella quien ejercía el esfuerzo sin su ayuda. El baronet sintió el escozor de aquellos arañazos de su espalda y su excitación se acrecentó. A punto estaba de estallar, el clímax llegaba raudo, cabalgado por aquella amazona de mirada asesina, por aquella mujer de la que jamás había esperado algo semejante.

Una convulsión más y derramaría su simiente en su interior. Lady De Featherstone veía aquellos cambios en el hombre, los estudiaba, ella había impuesto el cuándo hacía ya rato y justo cuando la sofocación se estaba adueñando del gesto del varón le propinó un guantazo con todas sus ganas con el que logró partirle el labio. Un solo segundo duró la turbación del hombre, porque sus más recónditos deseos clamaban por más y más fuerte.

Seguidamente, se inclinó sobre él todavía moviéndose, todavía fornicándolo, tal y como había sido su intención en todo momento. Porque ella jamás podría hacer el amor con él. Se acercó a su cara, tomó parte de su barbilla y boca con la mano y dijo:

—Jamás vuelvas a torturarme. Ya has probado una ínfima parte de lo que me has hecho. Y da gracias al infierno porque yo sea benévola. —Succionó con fuerza la sangre que brotaba de aquel labio partido provocando una descarga de dolor en De Featherstone. Y seguía moviéndose, torturándolo, dándole en aquel punto sin marcha atrás.

Lejos estaba Edmund de desear que parara, aquello solo había hecho que su semilla retrasara su salida unos segundos. Por todos los demonios, ¿quién era esa mujer? ¿Qué poder estaba usando para domesticarlo de esa manera? Quería más, más duro, más fuerte, más salvaje. Más sometido.

Con unos pocos movimientos lady De Featherstone consiguió lo que había buscado, llegó al clímax y junto a ella el varón al que estaba cabalgando.

Dejó su cuerpo caer sobre el de él, rendida, cansada, extasiada. Con el sabor agridulce de una venganza conseguida bajo la certeza de que jamás llegaría a amarle y de que, desgraciadamente, su vida estaba atada a la de él para siempre.

Pasados unos segundos se levantó sin más ceremonia y al instante sintió cómo aquel líquido caliente bajaba por sus muslos. Cogió la bata que descansaba sobre la silla y tapó su desnudez.

Edmund la miraba todavía jadeante. Extasiado, ensimismado, sorprendido ante lo que acababa de vivir. Al poco se levantó, pasó la lengua sobre su labio partido y miró los restos de sangre y, sin comprender todavía qué opinar al respecto, fue hacia ella. La abrazó por la espalda y acarició el cuerpo de su esposa sobre la tela sedosa floreada.

—Eres toda una caja de sorpresas, querida esposa. Jamás pensé o imaginé algo semejante.

Anne se dejaba hacer aunque su rictus delataba algo bien distinto, cosa que no era patente para Edmund, pues desde su posición era imposible ver su rostro.

Pasaron un par de minutos y la joven baronetesa, asqueada ya de tanto magreo, se deshizo de su abrazo y fue a coger la bata de su esposo del suelo y se la entregó con premura y frialdad.

Este, sin mediar palabra, se la puso desconcertado en tanto iba siendo consciente del gesto asqueado de su esposa.

—Anne, ¿qué te ocurre?

La muchacha dejó pasar unos segundos, respiró fuertemente y lo miró con intensidad, con violencia. La tormenta era patente en sus ojos, pero era una tormenta fría, de desapego, de rechazo, inmutable ante la cara de desconcierto de su marido.

De ese modo, levantó la mano y con suavidad volvió a recoger una gota de sangre que brotaba del labio de Edmund, la observó un instante y aposentando sus ojos en los de él sacó la lengua de manera sugerente y capturó aquella gota con la punta de su lengua.

El joven baronet inmediatamente excitado la agarró con fuerza y volvió a besarla, obligándola a compartir aquel hecho para luego hablar sobre sus labios.

—Ahora tengo la certeza del porqué de mis cambios hacia ti. Jamás había sentido algo semejante. Ahora sé que todo se resume a que sé que me vas a volver loco.

Anne lo miraba, con aquella misma mirada fría con que él siempre la había mirado desde el principio. ¿Habían cambiado los roles?

—Ahora sé que todo se resume a que te necesito, y a que debo tener la certeza de que me perteneces. ¿Acaso has puesto un hechizo sobre mí?

Anne levantó una mano y rodeó el cuello del varón con fuerza, no tanta como para asfixiarlo sino como para que notara que no era débil y que su fuerza residía en algo que no era tangible, como así se había dado cuenta en los últimos minutos. Su fuerza residía en su mente.

Luego, tras deshacerse con suavidad del agarre de su marido, lo rodeó de manera pausada hasta quedar tras él y dejó resbalar la tela de su bata por aquellos hombros anchos, dotados de aquella masculinidad sublime, para quedar frente aquellos arañazos producto de su obra. Paseó la yema de su dedo por el alrededor enrojecido y a continuación, al igual que antes había hecho, se puso levemente de puntillas y lamió con suavidad la largura de uno de ellos. De la garganta de Edmund brotó un quejido apenas perceptible, pero claramente pasional, sexual, sobre todo al ser testigo frente al espejo de pie de cuanto ocurría, embebiendo de su propia imagen, entregado por entero a Anne.

Anne terminó de erguirse sobre la punta de sus pies cuanto pudo, tratando de estar lo más cerca posible del oído de su marido. Ahí fue cuando se percató de que podía anclar sus pupilas a las del reflejo.

—Debo darle la razón en algo: ahora me necesita. Lo sé. Pero debo quitársela en aquello que debe saber. —Hizo una breve pausa y comenzó a dejar vagar sus dedos por la senda que solo tenía un destino—. Usted no necesita saber que le pertenezco, usted lo que necesita y es su deber conocer es que me pertenece. Es mío. Espero que eso lo tenga bien claro.

Por fin llegó a su destino y tras apartar la tela que cubría su cadera rodeó los testículos con la

mano con la suficiente firmeza como para no causar dolor, pero sí para dejarlo quieto, a su merced.

Edmund tragó saliva, producto del efecto que todos aquellos hechos en su conjunto estaban provocando en él: desconcierto, curiosidad, sorpresa, lascivia nunca antes conocida y una necesidad inconmensurable de sumisión.

—Cristalino.

Aquello fue lo único que pudo llegar a decir. Su asombro era tal que no era capaz de pensar más allá de lo que estaba viviendo, del presente, de lo que su esposa le había entregado y aquello que había despertado.

Anne afirmó levemente con la cabeza y se separó de él para ir hasta la puerta que separaba las alcobas, la abrió y con un gesto invitó a su marido a abandonar la estancia. Por aquella noche el juego había llegado a su fin.

Por increíble que parezca, Edmund no pronunció palabra, recolocó la bata sobre sus hombros y la cerró bien alrededor de sus caderas. Erguido cuan alto era, repeinó su pelo con una mano y comenzó a andar hacia allí sin dejar de mirar a su esposa y justo cuando llegó a su altura preguntó en un tono de voz sorprendentemente diferente aunque con ese toque pedante que siempre lo caracterizaba:

—¿Sería mucho pedir un beso de buenas noches?

Anne no dijo nada, solo frunció los labios a la espera de aquel ligero toque y observó cómo su marido se perdía en las sombras de su dormitorio. Acto seguido cerró la puerta y por primera vez echó el pestillo que las separaba.

Sí, desde luego iba y había tomado las riendas de cuanto la rodeaba. Pero, ¡Dios, cuánta repulsión le producía aquel acto de supervivencia!

Capítulo 18:

A la mañana siguiente todos se reunieron para el desayuno. Alice había estado rara al vestir a su ama. Sin embargo, en esta ocasión, Anne ignoró su conducta. Estaba cansada de preocuparse de unos y otros mientras su vida se había convertido en un tormento eterno al que tendría que asistir hasta el final de sus días. Por suerte, durante la noche mientras que en un corto espacio de tiempo las notas del piano habían llegado a su alcoba amortiguadas por paredes y puertas, había puesto en perspectiva lo que tendría que devenir. Se prometió olvidarse del pasado, de aquellos asuntos que había estado postergando una y otra vez para una mejor ocasión. Borrón y cuenta nueva era la mejor opción, se repitió; aquello se estaba convirtiendo en su mantra. Aunque sí era cierto que debía ocultar la mayor de sus inquietudes, aquella, por mucho que lo intentara, era imposible relegarla al pasado; solo cubrirla era factible. Miró las sombras que habitaban bajo el armario, allí, oculto estaba ese diminuto baúl. Sí, lo llevaría incrustado en algún lugar de su conciencia, pero después de valorarlo estaba claro que nunca podría llegar a hacer algo más allá de lo que tía Grace hacía; no en tanto su vida siguiera atada a la de Edmund; o seguía adelante sobreviviendo a su presente o lo que le quedaba era terminar lo que había comenzado la noche anterior, y eso no podía volver a suceder, pues aunque no estuviese en su mano hacer algo más, lo que su tía llevaba a cabo era por petición expresa suya a cambio de su silencio, y si faltaba, ¿qué pasaría si ella faltara? Era preferible aquella penitencia que dejar sin auxilio a...

—Lady De Featherstone, ¿necesita algo más?

Anne regresó al reflejo del espejo, aunque había tenido la mirada clavada en el abismo del armario, las imágenes que habían recogido sus retinas estaban muy lejos, reviviendo unas circunstancias que era mejor dejar pasar.

Observó a la mujer que tenía delante: ojerosa, más que seria, severa, distante, de plante regio, ¿quién era esa nueva Anne?

La respuesta era evidente: lady Anne De Featherstone, esposa de sir Edmund De Featherstone.

Esa mujer que tenía delante era el resultado de la unión que había entre ambos. No podía permitirse volver a caer en la equivocación de confiar, si era necesario seguir adelante tenía que construir a su alrededor una buena coraza donde pudiera refugiarse la antigua señorita Collingwood, la soñadora y alegre hija del señor Frederick de The Meadows.

—Sírveme un poco de vino.

Alice arrugó el entrecejo.

—Señora, ¿me permite sugerirle que espere a la comida?

—No. No te lo permito —sentenció categórica.

Obviamente, la doncella no tardó ni medio segundo en comprender la orden. Rellenó la copa que todavía no había sido lavada desde la noche anterior y se la entregó a su ama.

La muchacha se la bebió en un par de tragos con los que rellenó toda la cavidad de su boca y conminó a la criada que echara lo que quedaba de la botella con movimientos urgentes. Nada de finuras en el porcentaje, quería la copa llena. De nuevo bebió con apremio el contenido.

Con un dedo limpió las comisuras de su boca y, tras un último vistazo a la mujer que tenía enfrente, se giró hacia la puerta. Por el camino llamó su atención la mesa donde sobre una bandeja de plata descansaba un trapo adornado con una cinta de crochet, una copa de vidrio manchada con la figura de su labio y una botella de vino vacía. El cosquilleo del alcohol fue ganando terreno a su malestar, transmutándolo en algo más ligero con lo que cargar.

—A partir de hoy quiero que esa botella esté siempre llena y que junto a ella me espere una copa de cristal.

—Sí, mi señora.

Anne fue a salir de la habitación; no obstante, en un último impulso Alice la tomó del brazo y le hizo esperar. Lady De Featherstone miró extrañada cómo la criada tomaba el tarro de perfume del tocador.

—Ya me he pulverizado.

—Lo sé.

Y seguidamente apremió a su señora a abrir la boca para, después de apretar el globo del dispensador, salpicar su cavidad bucal.

Anne hizo un gesto a camino entre la extrañeza, la comprensión y el sabor que había dejado el perfume en ella. Luego respiró profundamente, miró una vez más a su criada y fue a salir por la puerta. No obstante, antes de dar un paso fuera recordó algo que debía solucionar con celeridad.

Volvió a entrar en la habitación, miró hacia la puerta que separaba ambos dormitorios para cerciorarse de que seguía el pestillo echado, cogió el brazo de su asombrada doncella y la apartó de la puerta principal.

—Antes de bajar a desayunar necesito que hagas algo por mí —dijo en voz baja—. No acepto preguntas, solo pon todos los medios necesarios para que así ocurra. —La doncella afirmó dubitativa a la vez que sentía el aliento perfumado de su señora caer sobre su rostro—. Necesito que mandes al cochero a hacer algo, lo que sea, que recoja cualquier estupidez que se te ocurra. Lo quiero lejos de The Silver Horse House para cuando haya terminado mi desayuno, ¿sabes si Maurice anda cerca?

—No, mi señora. El señor Maurice no está. Sir De Fea...

—No me interesa —acalló a la doncella en tanto hacia un aspaviento con la mano—. Perfecto. Supongo que sabes montar a caballo. —La doncella afirmó con un gesto—. Antes de continuar debes prometerme que lo que te diga ahora nunca, jamás, saldrá de tu boca.

—Lo prometo.

—Necesito creerte, Alice. Necesito que me lo jures con tu vida.

—Lo juro, mi señora, y que el demonio me lleve si falto a mi palabra.

—De acuerdo. Es primordial, qué digo primordial. Es imperante que vayas a donde la Vieja Madre Madge...

—Per...

Anne agarró fuertemente los brazos de la criada.

—No consiento ni un pero, ni nada semejante a un miedo. Lo harás. Debes hacerlo. Alice, hazlo por mí.

La doncella volvió a asentir con la cabeza.

—Lo dicho, debes ir a la choza de la bruja y pedirle que te dé lo que sea necesario para impedir el embarazo.

—Lady Anne.

—¡No seas necia! Hace tiempo que vengo tomando unas hierbas, pero hace una semana que no están donde deberían. ¿Sabes algo sobre eso?

—El señor. Sir De Featherstone me pidió que las tirara el otro día.

—Comprendo. —El muy bastardo hurgaba entre las pertenencias de su esposa, aquello volvió a enfadarla y dio más fuerza a la evidencia de que debía desconfiar de su marido, por más que también era primordial que él no notara nada—. Invéntate algún recado para salir de casa lo antes posible, nadie debe sospechar nada. ¿Crees que podrás?

—Lo dudo. Las doncellas andamos escasas de quehaceres más lejos que la alcoba de nuestra señora o aquello que las rodean.

—Hummm. —Anne miró alrededor pensando qué podría ser aquello que pudiera alejar a la doncella de la residencia y, de repente, lo encontró en el sombrero que estaba colgado del poste que sujetaba el espejo, en vez de dentro de su caja—. Aquí —lo cogió y le arrancó la pluma y tiró del velo que lo adornaba hasta partirlo—. Podrás salir con la excusa de ir al pueblo a comprar un poco de velo y una pluma nueva, este sombrero es el que acompaña a mi traje de amazona que llevaré hoy en nuestro posible paseo. Debes ser rápida al realizar los mandados para que no se sospeche que te demoraste más de la cuenta, monta a la vieja yegua, pero para eso debes pedir permiso antes. Ya verás cómo te las ingenias.

Fue a salir, pero antes:

—Una cosa más: a partir de ahora, por muy repugnante que esté, deberás mezclar mi té de la tarde con esas hierbas, a excepción de los días de manchado; a no ser que la bruja considere oportuno otro modo. Procura que nadie se dé cuenta de eso. A tu regreso no debes comentarme nada. Más allá de este instante nos pueden sorprender en un renuncio y no me lo puedo permitir. Nuestra relación debe ser la correspondiente entre señora y sirvienta, nada más.

—Como usted mande.

Criada y señora fueron a ocupar sus puestos.

El desayuno resultó ser una repetición de los días anteriores y a pesar de que Anne se había figurado que posiblemente se sentiría incómoda, estuvo bastante alejada de esa idea. Edmund se com portó como siempre, ni más ni menos, a excepción de miradas intensas que procuraba hacer llegar a su mujer de tarde en tarde y cuando el resto se encontraba distraído en otras cosas.

Una vez acabaron, marcharon al saloncito de la tarde donde los hombres quisieron continuar con la charla antes de decidir qué harían ese día.

La anciana baronetesa se entretuvo alabando el cuadro que había colgado de la pared. Decía que la luz que aquel día alumbraba la estancia, aunque más iluminada por la tarde, aportaba un

carisma nuevo al dibujo de caza que la muchacha había pintado hacía algunos años. Tuvo que hacerlo, pues Anne no estaba dispuesta a dar charla, a pesar de haber tomado la decisión de seguir el ejemplo de su nueva tía, le era difícil apartar sus pensamientos de su propia decisión; de lo que ello significaba.

Volvió a alabar el dichoso jarrón de la esquina. ¡Maldito objeto del demonio! Una vez más ensalzó el buen gusto, lo colorido, el entramado de su dibujo, la finura.

Unos toques en la puerta y tras ella apareció un lacayo para entregarle una carta a la joven lady De Featherstone. Extrañada se disculpó y se retiró hacia la ventana con la excusa de poder conseguir un poco más de luz para leer la misiva que resultó ser de su tía Grace, cuando en realidad lo que deseaba era un poco más de intimidad. En realidad le hubiese gustado leerla a solas, pero sabía que Edmund se extrañaría y no quería levantar sospechas. A partir de aquel día debía andar con pies de plomo. Ya bastante había conocido a su marido; como bien se dijo esa mañana, entretanto estuviese despierta debía estar ojo avizor con cada acción, decisión y palabra; incluso con aquellas que debía pronunciar y hacer para mantener a su marido en el letargo de aquella especie de ensimismamiento que había conseguido la noche anterior.

Mi querida lady De Featherstone:

Sobrina, debo pedirte disculpas por no haber escrito antes, mi deseo había sido ese, pero el señor Emmerson cogió un enfriamiento y he tenido que estar atendiéndolo día y noche. Por suerte, ya se encuentra mucho mejor y es menester que por fin ponga al día el correo.

Me alegra mucho saber que tu salud ya está recuperada, es un alivio que puedas salir a pasear y hacerte cargo de tu nuevo hogar. Todavía me resulta extraño pensar en ti como baronetesa, aunque no por ello pienso que desmerezcas el título. En fin, es agradable saber que ya puedes hacerte cargo de tus obligaciones.

Ayer recibí correspondencia de tu madre, en la que me describe la noche tan maravillosa que pasaron en The Silver Horse House, la magnífica cena y el licor tan delicioso; añadió que jamás había probado un licor igual, aun siendo el mismo que ella tiene en The Meadows. Supongo que el haber comido en el hogar de su hija tiene algo que ver, además de la compañía tan grata que supuso la de los ancianos baronets.

Supongo que estarás teniendo una semana muy ajetreada, en la que tendrás que entretener a tan predilectas eminencias. Espero que estés amenizando sus veladas con el piano, aunque de esto estoy segura, debido a la pasión que tu esposo siente por tal instrumento.

Confieso que, aunque también conozco poco a los baronets, sí que el señor Emmerson y yo hemos tenido la fortuna de coincidir con ellos en reuniones y eventos aquí en Londres durante estos años y que todo el mundo en general tiene buena opinión de ellos, así que estoy segura de que los días a pesar de ajetreados serán amenos.

Según mi esposo la gran batalla está prácticamente en marcha, la cuerda ya está demasiado tensa, aunque el ambiente en las calles sea distendido, a veces demasiado festivo para mi gusto, reconozco que es necesario para mantener el espíritu altivo de nuestros hombres, así como el de las mujeres y niños que quedan en casa rezando por su pronto regreso indemnes. Cielo, me resulta abrumador poder escribir algo más sobre esto. Mi sobrino, el hijo del hermano mayor de tu tío, ha sido llamado a filas, y a pesar de que nos enorgullece que defienda a su país, ha dejado atrás una pena muy grande, por lo que intento evitar hablar de la contingencia lo más posible y al menos mientras el señor Emmerson esté en casa pueda evadirse de tal preocupación.

Comprendo tu pregunta, entiendo tu preocupación, todo va como debe ir. El norte está en calma. Espero que sea suficiente para tu tranquilidad, ya sabes que no es conveniente hablar más de ello, por lo que te ruego confíes en mí y evitar así a tu tío el malestar al recordar a su sobrino.

Cambiando de tema, me enorgullezco del negocio de la mina, estoy segura de que le espera un futuro prometedor. Es una suerte contar con un hombre como De Featherstone que va a hacer que el pequeño pueblo de Chorley duplique y hasta triplique su tamaño. Solo te pido que no vayas a la mina sola. Te conozco y eres capaz de ir a poner en su sitio tú misma los barracones y ni es lugar ni es trabajo para mujeres. Por otra parte, supongo que ya te habrás dado cuenta de lo que supone ser esposa de tan predilecto caballero y que tu comportamiento debe ser en todo momento intachable.

Presumo que esto último está de más puntualizarlo, pero soy tu tía, te quiero y es mi deber quedarme tranquila diciéndotelo, por más que sepa que eres una muchacha inteligente y bien educada y que, además, tu posición esté por encima de la mía. Espero me comprendas y sepas disculpar mis libertades.

Pasando a otros asuntos más mundanos, os convido a venir a Londres. Dentro de poco habrá una función de teatro de Macbeth seguida de un musical llamado The Quaker. Como amantes de la música y las buenas interpretaciones estoy segura de que os agradará acompañarnos; por no decir que estoy deseando verte y que me agradaría mucho vuestra compañía. Por supuesto estamos de seando ir a verte, pero creo que a falta de un viaje de bodas podéis tomaros unos días en la ciudad, disfrutando de los entretenimientos constantes que os puede ofrecer.

Te pido encarecidamente que transmitas nuestra invitación a tu esposo, al igual que ruego porque acepte nuestra solicitud y que, asimismo, la amplíes a los baronets, estaremos más que encantados de poder gozar de tan distinguida y maravillosa compañía.

Sin más, me despido a la espera de una respuesta, tu tía que tanto te quiere,
Señora Grace Emmerson.

Anne se quedó pensativa unos segundos, repasando mentalmente lo que había leído.

—¿Está bien tu tía? ¿Cómo se llamaba? ¿La señora Emmerson? —preguntó lady Susan desde el otro lado de la habitación, pregunta que impidió que Anne conjeturara sobre lo leído.

—Oh, sí. Sí. Está muy bien. Dice que mi tío ha estado resfriado, pero que ya se encuentra en perfectas condiciones.

—Es una estupenda noticia. Los cambios de temperatura nos hacen sufrir ese tipo de dolencias.

—Sin lugar a dudas —observó el anciano baronet girándose sobre la silla para poder mirar a la muchacha—. ¿Y cuenta algo sobre la guerra? ¿Cómo se está viviendo por allí?

Anne sonrió indecisa.

—Ciertamente, nombra algo sobre que en Londres se intenta mantener un buen carácter y que la gente se mantiene distraída.

—Cómo no —protestó sir John de regreso a su posición inicial—. Los londinenses siempre de juerga, si fuese por ellos la vida sería todo risas y pantomima.

—Querido, debes comprender que las familias necesiten esas distracciones.

La sonrisa de Anne se transformó en sincera al ver la forma en que el viejo protestaba y aprovechó la ocasión que lady Susan le brindaba para continuar.

—Ahora que se habla de distracciones, tía Grace nos ha invitado a pasar allí unos días. Dice que habrá un espectáculo que no podemos desaprovechar.

—¿Espectáculo? Siempre hay espectáculos en Londres.

Edmund se levantó de la silla, se acercó a su esposa y con la mano estirada le hizo entender a su mujer que deseaba echar un vistazo al pliego. Imposible, debía comportarse de manera dócil para no llamar levantar sospechas.

Anne sintió cómo se movía la tierra bajo sus pies. No podía leer la carta, en ella la señora Emmerson hacía referencia a su pregunta, una que ya antes había llamado la atención de su esposo.

En silencio leyó la misiva el joven baronet. Nada hizo indicar a Anne que hubiese llamado su atención. Volvió a entregarle el pliego, su rictus denostaba que estaba dándole vueltas a algo. Fue hasta la mesita del brandy y comenzó a llenar dos copas. El silencio impregnaba a cuantos estaban allí.

—Me ha llamado la atención algo. Algo que ya antes había pensado y dado vueltas en la cabeza. Luego se me pasó, pero creo que es necesario llegar a una solución.

Entregó uno de los vasos a su tío, luego se acercó hasta la ventana donde estaba Anne y miró hacia fuera.

—Sí, es necesario resarcir esa cuestión. No sé cómo he podido permitir algo así.

Miró a su esposa. La muchacha no sabía qué pensar; era obvio que el mensaje de la señora Grace no le había pasado desapercibido. No obstante, se mantuvo hierática, con un gesto marmóreo que no revelaba nada que hiciera al baronet pensar que efectivamente estaba en el camino correcto al darse cuenta de la existencia de un secreto, aun cuando él ya era conocedor de que así era.

—De verdad que no sé cómo he podido. —Bebió del vaso, mostrando el ceño fruncido el tiempo que se tarda en pestañear, luego se giró resuelto a los presentes—. En efecto, la señora Emmerson tiene toda la razón y creo que es conveniente resolver el asunto. A falta de una luna de miel, veo adecuado marchar un tiempo a Londres.

—¡Maravilloso!

—Magnífico, hijo. Es justo lo que debéis hacer, alejaros unas semanas para disfrutar y olvidaros de los problemas. Apoyo la decisión.

—¿Qué te parece, querida?

—Estupendo. Me parece estupendo. —De nuevo aquella sonrisa indecisa tras el momento de tensión—. Será un paréntesis a cuanto ha acontecido.

Comentaron el traslado de la invitación hacia los ancianos, pero estos rehusaron al alegar que debían atender sus asuntos en el Norte, además de ir cerrando otros referentes a la guerra.

Acabada la conversación, lady Susan conminó a Anne para que comenzara a dar las instrucciones necesarias para la partida. La muchacha agradeció poder salir del salón, necesitaba quitarse de encima el temor que en un primer momento la había azotado.

Justo en ese momento llegó Alice para llevar a cabo su interpretación, la señora de la casa le dio las instrucciones oportunas para que fuera al pueblo a comprar velo y pluma y la empujó, a

falta de los servicios del cochero, a que montara a la vieja yegua, quien la llevaría y traería de regreso con paso seguro. Cómo no, por supuesto hubo un intercambio de opiniones en cuanto a aquella innecesaria salida, el arreglo del sombrero podía esperar, ya que partirían a Londres en pocos días, pero Anne fue tajante al decir que ese era uno de sus sombreros favoritos y que, aunque ese día no terminaría usándolo, deseaba llevarlo en su equipaje, pues quería conocer las tierras de su hogar de Londres a fondo y para eso suponía era necesario montar a caballo. De ese modo, se excusó con los presentes y aprovechó para encargar a la criada unos cuantos mandados más y agradeció tener un nuevo pretexto para poder contar con más tiempo. Aunque su doncella estaba fuera, tomó la oportunidad para continuar hacia su dormitorio con la excusa de echar un vistazo a su armario.

Una vez allí se sentó en la cama. Cerró los ojos fuertemente tratando de relajarse, a punto había estado de que la descubrieran, a punto había estado de poner en peligro a...

Desplegó de nuevo la carta y leyó por encima hasta llegar a las pocas frases que hacían referencia al asunto. Después de un par de lecturas, la segunda más tranquila y concienzuda, quedó más tranquila. Su tía había actuado de manera astuta encubriendo la información junto a la preocupación por la guerra. La muy pilla había actuado de manera magistral. En efecto, cualquiera ajeno a la verdad no se daría cuenta de lo que escondían esas palabras.

No podía volver a ocurrir. No podía volver a poner en peligro ese asunto.

Debía guardarlo bajo llave y luego tirarla al abismo para no volver a hablar de ello. Su tía tenía razón, siempre la había tenido. Tenía que ser responsable. Una vez más en ese día, miró el pequeño baúl que había bajo el armario y sintió un nudo en la garganta. Las lágrimas amenazaban con embargarla, el llanto apretaba hacia arriba pretendiendo hundir a su dueño. Y no, no lo podía permitir. Era vital mantenerse entera. Otros golpes en la puerta y una criada que entra.

—Lady De Featherstone, antes de irse Alice, me ha dicho que necesitaría mi ayuda.

—En efecto, ve y dile a algún lacayo que te ayude a disponer los baúles, el señor y yo nos vamos a Londres por tiempo ilimitado.

—¿Quiere que vaya preparando su equipaje?

—No, de eso se encargará la señorita Alice.

El resto del día pasó volando entre idas y venidas con la colaboración de lady Susan, quien se prestó a aconsejarla por su extensa experiencia y largas ausencias de su hogar, mientras el anciano baronet se entretuvo con Edmund después de que este tuviera una entrevista privada con el señor Maurice. Un señor Maurice que partió de inmediato y al que no volvió a ver hasta muchos días después.

Con la llegada de la tarde llegó el té y el de Anne sabía distinto, un poco más amargo, pero soportable, miró hacia fuera, hacia el ocaso: una preocupación menos que atender.

En un par de días se despediría de sus padres y partirían hacia Londres, Alice los acompañaría junto al ayuda de cámara de su esposo y el chófer del carruaje. Una novedad que esperaba pudiera soportar junto a la compañía de su tía, aunque ella se alojara en su nueva casa a las afueras, un edificio que debía conquistar como había conquistado The Silver Horse House.

Capítulo 19

Edmund fue en todo momento atento, comprensivo y paciente. Durante unos días no volvió a gozar de su esposa. Esta lo rechazaba con suavidad diciendo padecer continuos dolores de cabeza, cuando en realidad intentaba retrasar lo más posible el encuentro. Pero era evidente que la paciencia se le iba agotando.

Llevaban varios días en Londres, había visto a los señores Emmerson, quienes habían comido en su casa y habían visitado los terrenos tan desconocidos por ellos como por la propia Anne, quien quedó fascinada por el lago, las tierras, la naturaleza y la enorme mansión que ahora poseía.

A su mente vino la compleja y breve charla que mantuvo Edmund con su tía mientras andaban por las tierras:

—Señora Emmerson, ¿cree que estas tierras puedan compararse a las del norte?

Tía Grace enmudeció un segundo, sorprendida ante tal pregunta.

—Pocas veces he estado en el norte, las justas para ir a visitar a unos buenos amigos. Pero he de decir que el paisaje de este lado de Inglaterra y del norte son ricos en su propia y dispar belleza.

—Oh, disculpe, creía tener entendido que sus viajes al norte son abundantes. ¿Anne, querida, no estuviste con tu tía en tu viaje antes de nuestros esponsales? Quizá puedas dar tu impresión acerca de su belleza natural.

Anne perdió el equilibrio y, sin poder evitarlo, miró a su tía con intensidad mientras esta negaba con la cabeza y con un disimulado gesto la encomiaba a recobrar la compostura.

Carraspeó antes de hablar.

—Sí, pasamos por allí y conocí a sus amistades. Pero no estuvimos demasiado tiempo, puesto que el viaje requería la visita de distintos puntos de Inglaterra. Aunque he de admitir que sus paisajes cuentan con una belleza algo más salvaje que los de esta zona.

De Featherstone quedó pensativo un instante.

—Es curiosa esa tradición. Con sinceridad les digo que jamás había escuchado algo semejante: un viaje por Inglaterra que dure varios meses antes de las nupcias. Es como si la novia fuese a dejar de vivir, recluida en su futuro hogar, y tuviese que disfrutar de todo antes de contraer matrimonio.

—En efecto, sir De Featherstone, es curioso —continuó hablando la señora Emmerson con suma tranquilidad, aunque la tensión de su postura la delatara un poco—. Pero realmente de lo que se trata es de aprendizaje, para luego estar a la altura de su marido y no dejarlo en evidencia frente a su círculo social por desconocimiento.

Suspicaz, Edmund echó una ojeada de soslayo a tía Grace, luego inclinó la cabeza dando por zanjado ese asunto y prosiguió hablando de otros.

Anne no pudo evitar sentirse incómoda, pero una charla íntima con la señora Emmerson la llevó a la calma, al asegurarle que tenía todo controlado, pero que, no obstante, haría sus averiguaciones, tras lo que la conminó a continuar disfrutando de Mayfield y su matrimonio con tranquilidad. Y así lo hizo.

En Mayfield los sirvientes eran mayor en número y su forma de actuar también difería de los de The Silver House. No es que fueran groseros, es que se mantenían distantes, sabían lo que tenían que hacer mucho antes de que abriera la boca, no sería fácil tomarles cariño, aunque tampoco antipatía. Eran una herramienta necesaria para el mantenimiento de semejante coloso, nada más.

Su habitación era el triple de grande que la esperaba en Alderley Edge, y los muebles eran más suntuosos, incluso cuando los del campo ya eran de por sí majestuosos; desde luego, no faltaban detalles ni comodidades.

Mayfield era un lugar agradable para pasar esos días de retiro y festejo, incluso cuando los sirvientes eran igual de estirados. Por un momento, se preguntó por qué Edmund había elegido la vida en el campo, cuando sus posesiones en Londres superaban al doble las de Chorley.

Aquella noche estaban invitados a cenar en la residencia de unos amigos de sir De Featherstone. Amigos de correrías con los cuales también compartía algún que otro negocio de ganadería. Al parecer iba a ser algo informal, algo íntimo, pues no les había dado tiempo a poder organizar un evento mayor.

Anne se arreglaba en su alcoba con la ayuda de Alice. Ese día luciría un vestido nuevo de manga corta, confeccionado hacía varios meses para su luna de miel. La tela era de satén de un intenso carmesí, cubierta con un sobre vestido negro transparente con el que se formaban volantes que convergían en un recogido bajo su pecho y del que colgaban perlas negras y brocados junto con bordados del mismo tono que elevaban la belleza mundana de Anne a algo realmente hermoso. El escote era pronunciado, mucho más que cuando estaba soltera, lo que provocaría que los ojos se dirigieran a esa zona. Lo cubrió con una especie de diminuta capa también de gasa que caía sobre sus hombros hasta la parte baja del pecho y que se cerraba con una lazada que, traviesa, se perdía en el canal de sus senos. En el pelo lucía un recogido bajo del que escapaban rizos ordenados, adornados con una cinta de perlas negras nada exuberante, pero sí la justa para que pudiera lucir un collar al cuello y unos pendientes que sin ser suntuosos sí que llamaban la atención y realzaban la nueva posición de lady Anne De Featherstone. Por último, decidió terminar su vestimenta con unos guantes negros también transparentes, aunque la etiqueta aconsejaba unos blancos, bajo los que lucía su anillo de casada y el correspondiente al conjunto de joyería que lucía esa noche.

El mayordomo de Mayfield, un tal señor Spriddell, dio el aviso de que el carruaje estaba ya listo y a la espera para cuando los señores tuvieran el gusto de ser trasladados. Una bonita forma de decir que iban a llegar tarde. Anne esparció perfume sobre sí y se echó un último vistazo. Entonces fue cuando uno de los dibujos de su vestido llamó su atención y las imágenes de los

ancianos baronets alejándose de su casa vino a su mente junto con una Anne sonriente y la mesa que estaba al lado del piano de The silver Horse House ahora vacía. Volvió a sonreír, tomó aquel trozo del tejido entre sus manos y lo observó más de cerca. No, por suerte en realidad en nada se parecía al dibujo de aquel jarrón, aquel parecido había surgido de la forma en que se arrugaba el tejido en aquella zona.

Estaban despidiéndose en la puerta cuando a la joven De Featherstone se le ocurrió terminar con un suplicio que la había estado hostigando durante toda la semana, qué toda la semana, más bien desde el día en que supo quién lo había puesto allí, quién había sido la caprichosa que lo había comprado y colocado en su hogar.

Como un gesto de cariño que había nacido en la muchacha hacia lady Susan, ordenó que le entregaran aquel jarrón que tanto había alabado durante su estancia con el pretexto de que le gustaría que la recordara cada vez que volviera a su hogar allá en el Norte y supiera cuánto la quería y cuántas ganas tenía de volver a repetir otra semana como la pasada.

Por fin se había deshecho de aquella tortura, por fin había conseguido eliminar la presencia de ella en su casa sin que nadie resultara ofendido. No obstante, al volver a mirar el vestido vio que los pliegues volvían a simular el dibujo y eso la disgustó.

Salió de la habitación seguida de Alice quien portaba un abrigo para que su señora se lo pusiera antes de salir y protegerse así de la húmeda noche.

—Alice —dijo distraída en tanto bajaban la amplia escalera de caro ébano mientras se entretenía en estirar bien los guantes—, a mi regreso no quiero volver a ver este vestido.

—Como mande, mi señora.

Nada más salir la sorprendió ver a Maurice sentado en el pescante, al parecer había regresado de su viaje. Sus días de tranquilidad en cuanto a ese hombre que lo encontraba donde menos lo esperaba y que más parecía vigilarla que salvaguardarla, habían terminado. Su única certeza es que le ponía el vello de punta. Su sola presencia le causaba inestabilidad.

Cuando se acomodó dentro del coche escuchó a su marido murmurarle al señor Maurice un «mañana mismo debe ponerme al día sobre su investigación». Anne quedó extrañada, pero entendía que no todo sabía sobre los negocios de su esposo.

El carruaje partió con un enmudecido Edmund que miraba intensamente a su esposa. A mitad de camino alabó su belleza así como el aroma tan agradable que desprendía, y azuzado por el deseo que sentía por Anne se atrevió a posar su mano sobre la rodilla de la muchacha. Anne sintió náuseas, sabía que en algún momento tenía que cumplir con su deber, pero no podía evitar la repulsa inmediata. Edmund observó con el ceño fruncido su actitud, la manera en que apartó sus piernas, su gesto de sorpresa y repulsa.

Lady De Featherstone también leyó el desconcierto y enfado en el rostro de su marido así como se clavó en ella el chasquido de su lengua disgustada, y no podía permitir que la bestia despertara de nuevo, tenía que hacerlo, era necesario volver a tomar las riendas, volver a dormir al ser salvaje que vivía en él. Tenía el poder, sabía muy bien dónde yacían las armas para mantenerlo sosegado, adormecido.

—Lo siento. Yo, no sé qué me ha pasado. Quizá-quizá sea que no me siento cómoda rodeada

por el cochero y el señor Maurice.

—No debes preocuparte. Ellos solo verán y oirán aquello que yo desee que oigan y vean. Puedes estar tranquila, aquí solo estamos tú y yo.

Confiado, el baronet hincó una rodilla en el suelo del habitáculo y sin apartar la mirada de su asombrada y apocada esposa comenzó a deslizar la mano bajo su vestido en busca de un acercamiento más intenso que aplacara su deseo.

—Esposo, por favor, no debemos. No es adecuado —dijo Anne sin moverse.

Estaba horrorizada, ¿sería capaz de llevar a término semejante disparate?

—Shshshshshsh. Solo serán unos minutos —balbuceó ciego de deseo una vez sintió el calor que emanaba de la cúspide de las piernas de su mujer—. Los suficientes para aplacar este fuego que arde por ti. ¿No te das cuenta de lo que has despertado en mí? Solo tú has sabido manejarme, solo tú has sabido mostrarme el camino —jadeó sobre el pecho de Anne mientras aspiraba profundamente su aroma a través de su vestido.

—Pe-pero, el cochero, Maurice.

—¡Al diablo con ellos! —exclamó desesperado, en tanto agarraba las caderas de la muchacha y tiraba de ella hacia abajo posicionándose entre sus piernas.

Levantó el vestido de una muy sorprendida Anne y se dispuso a sacar su verga de la cárcel que la mantenía secuestrada.

Toc. Toc. Toc.

Un bastón golpeó el techo del carruaje avisando de la llegada a su destino.

—Sir De Feather...

Maurice asomó la cabeza por la ventanilla y enmudeció al descubrir la escena que se mostraba en su interior.

En un principio Edmund fue a reprender al caballero, pero luego se corrigió al sentir el movimiento agitado de su mujer tratando de taparse. Arrugó el entrecejo, como si en ese instante estuviese depositando los pies sobre una realidad diferente a la que había estado expuesto, en consecuencia miró a su esposa con un rictus de disculpa, como si el artífice de todo ello no hubiese sido él mismo.

—Lo lamento. Ruego sepa disculpar mi comportamiento. —Se puso en pie de inmediato chocando así con el techo al mismo tiempo que acomodaba sus ropajes.

En aquel instante Anne quiso echarle en cara que ya se lo había advertido: no era momento ni lugar, pero prefirió callar y llevar a cabo lo que se había propuesto.

Bajó su vestido y volvió a sentarse bien en tanto dejaba pasar unos segundos esperando que la turbación desapareciera.

—Entiendo qué lo ha llevado a esta situación —dijo lo más dignamente posible y tragó saliva —. La culpa es mía por haber desatendido mis obligaciones.

—Es una mujer maravillosa. —Volvió a arrodillarse frente a ella buscando entre las sombras su rostro—. Espero que entienda que esto ha sido producto de mi deseo. Esta pasión...

—No es necesario hablar más sobre ello. Bajemos, no hagamos esperar a sus amigos.

Como estaba acostumbrada a hacer prefirió correr un tupido velo y dejar para otro momento el

deliberar sobre el suceso, ¿de qué iba a servirle cavilar sobre el deseo de su esposo? ¿Y, en todo caso, no debería sentirse halagada por despertar esa pasión en él?

Ni que decir tiene que lady De Featherstone fue la fascinación de aquella noche. Las señoras la rodeaban admirando su belleza y su clase y los hombres alababan la buena elección de su amigo. Corrió el vino y las viandas. Una mesa esplendorosa, encumbrada con un delicioso faisán que parecía estar vivo, era el centro de atención, por lo que los elogios eran manifestados por unos y otros según se fueron sucediendo los distintos platos hacia los señores de la casa, un matrimonio también joven, amigos de Edmund desde la infancia.

Anne se sentó junto a la dueña de la mansión, la señora Margaret Pearce, una muchacha que no tendría más de veinticuatro o veinticinco años y que contaba con dos vástagos varones que decía llevarla de cabeza. Al otro lado, la acompañaba el señor Appleby, un caballero de más o menos la edad de su esposo, al que faltaban un par de dientes y que mostraba una prominente barriga que lo mantenía alejado de su plato, mostrando así las constantes salpicaduras que caían sobre su chaleco, sobre todo a la hora de tomar la sopa.

Durante el desarrollo de la cena, la señora Pearce conversó con Anne sobre la importancia de los hijos y lo mucho que la habían transformado; cómo no, la había animado a pronto quedar encinta: «cuanto antes conozca ese sentimiento, antes entenderá cuál es su lugar en el mundo». Anne no participó demasiado en la conversación, se limitó a afirmar, apuntar alguna cosa y poco más, fue agradable, pero dio la sensación de ser tímida, cosa que agradó a Margaret.

Por otro lado, el señor Jonathan Appleby, se mostró risueño, reía sin parar ante su torpeza por mantener su ropa limpia y estalló en una carcajada mayor cuando Anne le propuso cubrirse con una servilleta: «Un babero, sí señor, un babero. Está usted en lo cierto, ja, ja, ja. A partir de ahora lo exigiré a cualquier lugar donde vaya». Todos los presentes sumaron a la timidez de Anne un cierto grado de resolución agradable. Aunque la realidad era que se estaba atiborrando a vino para poder soportar a esa cotorra que no hacía más que hablar de preñados y críos y a ese otro que escupía sobre su cara y su plato cada vez que abría la boca, lo que llevó a la muchacha a casi no probar bocado.

—Ha llegado a mis oídos —cambió de tema la anfitriona al notar la incomodidad de su invitada—, que han alquilado una vivienda no muy lejos de Chelsea.

Anne la miró extrañada.

—Siento contrariarla, pero creo que esas informaciones son erróneas —dijo la muchacha echando un rápido vistazo interrogativo a su esposo.

—Eso mismo pensé yo cuando me lo contaron: ¿cómo puede pensar en trasladarse cuando cuenta con Mayfield? Su residencia no está tan lejos del barullo y los teatros. Esas tierras son realmente preciosas. El señor Pearce y yo hemos tenido la oportunidad de ir en infinidad de ocasiones, ya sabe, mi esposo es íntimo amigo del suyo y cuando sir De Featherstone viene, siempre lo invita a pasar unos días durante los que disfrutan de la caza.

—Desde luego sería sorprendente trasladarnos a la capital —cortó Edmund tras hacer resonar ese chasquido que precedía siempre al enfado—. Tenga a bien de decir a esos, eehh,

informadores que no metan las narices donde nadie los llama y que si tienden a meterlas en las vidas de otros que al menos aseguren la información.

El salón quedó en silencio unos segundos ante tal severidad pronunciada. No obstante, enseguida el señor Pearce rompió aquel incómodo y extraño momento al invitar a los comensales a probar el delicioso postre, receta traída de la India así como sus ingredientes.

Lady De Featherstone quedó unos minutos extrañada ante lo hablado. Sí, al parecer los chismes eran habituales en cualquier lugar del país, tanto como para llegar al campo. Pero, ¿una vivienda en pleno Londres? Eso sí que era absurdo. En todo caso, lo más raro de todo había sido el comportamiento de su marido, normalmente no habría dado ningún tipo de atención ante cualquier difamación, él estaba por encima de los chismes, y, sin embargo...

Decidió no pensar más en ello. Cierto era que su esposo había quedado con el cejo levemente fruncido después de su intervención, pero enseguida se recompuso y actuaba con total naturalidad. La misma con la que ella tomó una nueva copa de vino sin prestar atención al postre.

Terminada la cena, Edmund descubrió a una embriagada esposa. La tomó del brazo y la llevó hacia uno de los hermosos y amplios balcones del considerable salón de baile, donde hacía rato que tres músicos amenizaban la velada. Era más que obvio que los señores de la casa no habían escatimado en gastos para pavonearse sobre su estatus social.

—Mi querida lady Anne, estás un poco mareada.

Reticente a aguantar ningún tipo de sermón, decidió desviar la conversación. Se acercó a su marido y, acompañando el gesto, lo encaró con una sonrisa pícara, deliberadamente quedó bien pegada a su cuerpo y con una mano recorrió el muslo de su esposo hasta llegar a la ingle. Fijó su mirada traviesa y acuosa en sus ojos y se mordió el labio. Edmund tragó con dificultad, tenía el gaznate seco al sentir aquel roce inesperado y el despertar de lo que dormía en su pernera.

—Lady De Featherstone —susurró sorprendido.

Anne acercó un poco más su rostro al de su acompañante, la diferencia de estatura la obligaba a ponerse de puntillas, pero todo esfuerzo era poco para conseguir desviar cualquier conversación estúpida sobre su forma de actuar, de hablar, de callar y mil cosas más que no estaba dispuesta a soportar. Además, en efecto, la situación la estaba divirtiendo sobremanera y, para ser hones tos, hasta excitando. Había comenzado a darse cuenta de cuánto la enardecía sentir que poseía ese poder.

—No me riñas, esposo —dijo derramando su aliento embriagado sobre sus labios—. No creo estar dando ningún espectáculo. Aunque, si lo deseas, podemos montar uno aquí mismo. —Y subió la palma de su mano hasta cubrir la longitud de la línea de tiro del pantalón, donde algo golpeaba sin parar.

Edmund volvió a mover la nuez de su garganta seca. En su mirada aquel volcán de fuego azulado volvió a arder. Fue algo inmediato.

Dejó pasar unos segundos admirando, calibrando la situación, decidiendo. De repente sintió cómo Anne hacía presión sobre su muy excitado miembro. Apretó la mandíbula. Hasta él llegaban las carcajadas del salón, junto con esa brisa que, traviesa, se colaba entre las telas de su

cuello hasta llegar a la nuca. Un escalofrío recorrió su cuerpo cuando su mujer decidió rodear sus testículos.

La muy pilla lo estaba provocando de tal manera que poco le faltaba para ofrecer a sus amistades la mayor exhibición jamás presenciada. Era obvio que el vino producía en su esposa la desinhibición necesaria como para que se entregara a él sin rodeos, sin tapujos, olvidados los tabúes, aquellos frenos que la mantenían distante; sumergida en un nefasto recuerdo.

Con un dedo, seguido de su mirada lasciva, acarició el mentón de su mujer y bajó por su esbelto cuello hasta llegar al canal de sus apretados senos.

—De Featherstone, ¿dónde diantres?

Edmund apretó los ojos y produjo aquel típico chasquido con su lengua. Era obvio que aquella interrupción lo había molestado, hasta enfurecido. Tomó aire profundamente y abrió sus párpados para encontrarse con una divertida lady De Featherstone.

—Continuaremos con esto más tarde —sentenció entre dientes.

Giró sobre sí y se encontró con el señor Appleton, quien llevaba la peluca mal colocada y que, al acercarse, pudo observar que la punta de su nariz junto con las mejillas estaban bastante enrojecidas y que al andar se tambaleaba levemente.

—Señora, le pido disculpas por mi verbo atrevido, pero necesitamos a su esposo inmediatamente.

—¿Qué puede ser aquello que requiere mi presencia?

—Una partida de póker.

—Oh.

Todavía dueña de sus cabales y consciente de que su esposo iba a desestimar la invitación y así terminar lo que había comenzado, animó a su marido a pasar un rato con los caballeros. Alegó que hacía tiempo que no compartía con sus amigos unos instantes de esparcimiento alejados de sus esposas, y que de paso ella podría estrechar lazos con sus nuevas amistades.

El baronet acompañó a su mujer hasta el salón donde las damas estaban a punto de comenzar una partida de naipes, a la que Anne fue muy bien acogida. Y así marchó, no sin antes echar una última mirada lasciva a aquel escote lleno de promesas.

La bebida continuó rellenando las copas que se vaciaban más rápido de lo decorosamente admitido. Aquella era la única manera en que lady De Featherstone se sentía cómoda junto a esas mujeres. No cesaban de importunarla a base de consejos sobre embarazos, pies hinchados y náuseas matutinas, todo entremezclado con esos pensamientos que la acosaban al darse cuenta de que apenas se reconocía a sí misma; esa manera de comportarse con su esposo, ese atrevimiento, ese calor entre las piernas; tenía que hacerlo, había hecho lo correcto al alejarlo, no habría sido adecuado ese comportamiento en mitad del jardín, qué del jardín, del balcón, aunque su deseo se había quejado de la decisión. Y esas mujeres no paraban de hablar, la cabeza había comenzado a embotársele, si no fuese porque había más licor que sangre en sus venas hacía tiempo que las habría mandado a paseo, pero lo último que pretendía era dar que hablar y no por guardar su título o la cara de su marido, no. Era para no dejar que su lengua les revelara más de lo necesario.

Se concentró en reír, sobre todo cuando la señora Appleton, digna representante de su apellido,

estallaba en unas carcajadas nada femeninas que amenazaban con rasgar los ojales de las tiras del corsé y dejar al aire unos protuberantes senos que saltaban como flanes recién sacados del horno. O cuando la señora Farwell cada vez que volvía del escusado mostraba ese lunar tan gracioso que al principio de la noche estaba en un lado de su boca, al rato se había esfumado de allí para implantarse en el otro y más tarde por arte de magia había sucumbido a los encantos de una mejilla para luego bajar al cuello.

Al rato, la habitación comenzó a girar sobre sí y tras una disculpa volvió a salir con la ayuda de la señora Pierce, pero esta vez fue directa al jardín. Enseguida, Margaret le ofreció un vaso con un tónico que olía a rayos.

—Lady De Featherstone, está usted muy mareada. Tome, esto le aliviará enseguida. Nunca sería capaz de admitirlo en voz alta, pero usted me causa confianza y he de decirle que tengo experiencia en este tipo de situaciones y que este tónico es justo lo que necesita. La hará vomitar y aliviará un poco su estómago.

Anne fue a tomar un sorbo:

»Espere, ¿no estará usted, ya sabe, en cinta?

Lady De Featherstone negó como pudo y fue a tomarse el contenido de un solo trago.

Pero el vaso desapareció de su mano y se encontró dando pequeños sorbos al aire.

La señora Pierce desapareció de su reducido campo de visión y su lugar lo ocupó el rostro de un severo Edmund.

—Así que, finalmente, sí que has dado el espectáculo —a estas palabras siguió el sonido del chasquido de su lengua y una oscuridad silenciosa.

Se había desmayado.

* * *

Un fuerte olor hizo que se levantara de sopetón. Se sentía desubicada, perdida, hasta que sintió los dedos de Edmund sujetando sus manos. Cuando pudo enfocar la mirada se encontró con el rictus severo del joven baronet. Sus labios estaban apretados, su mandíbula tensa y en sus ojos la hoguera que había visto horas atrás se había diluido en un enorme vacío. Le era imposible descifrar qué sentía más allá de dar por hecho que estaba furioso. La cabeza le daba vueltas, el alcohol todavía cabalgaba a sus anchas por sus arterias. Notaba una gran pesadez en su cuerpo y, aun sin tener la menor intención, sabía que si intentaba decir algo iba a ser incapaz de articular palabra.

Vio cómo Edmund apretaba tanto los dientes que los músculos de su mandíbula comenzaron a marcarse, a moverse con un ritmo nervioso a la vez que mandaba a alguien salir de la habitación con un gesto.

Cada vez que parpadeaba era como si entre un movimiento y el otro pasara una eternidad. Ahora observó la manera en que su esposo, aun con la boca cerrada, repasaba sus dientes con la lengua, terminando la acción con ese chasquido que tanto la atormentaba, la advertencia del grado de su enfado.

Anne comenzó a ser más consciente. Repasó el estado en que se encontraba: comenzó a sentir una punzada en la cabeza, si bien muy leve; todavía estaba embriaga, eso era innegable y aunque debería de estar horrorizada por cómo se había comportado, muy al contrario sentía un cosquilleo que la animaba a ser traviesa, a provocar a todo aquel que se cruzara en su camino. Los muebles que componían aquella habitación le eran, aunque todavía extraños, conocidos; estaba en su dormitorio, por lo tanto se encontraba en Mayfield. Con disimulo palpó su cuerpo y supo que solo llevaba puesta una de sus enaguas bajo las mantas de la cama. Un suspiro profundo la hizo mirar hacia un lado para encontrarse con el semblante nada halagüeño de su marido. Estaba despeinado, sin chaqueta ni chaleco ni siquiera corbatín. Llevaba la camisa desabrochada y aquella tensión que había sido obvia con anterioridad se había acrecentado. Pero a pesar de lo que se puedan imaginar no le dio miedo, no se sentía intimidada bajo su mirada vacía. Tenía muy claro que nunca jamás iba a permitir que volviera a suceder, porque ya sabía cómo dominar a la fiera y, por encima de todo y más importante, había caído en la cuenta de cómo ella misma podía llegar a soportarlo y llevarlo a cabo, y en ese momento, en esa situación estaba bien mezclado el cocktail necesario.

Demudó el gesto a uno avergonzado, puso ojillos tiernos y suplicantes y agarró la sábana hasta cubrir su boca.

Edmund arrugó el entrecejo levemente. Se veía tan inocente, tan delicada bajo las sábanas. No debería haber tomado tanto, no debería haberse expuesto de esa manera. Sin embargo, bien era cierto que la señora Margaret aseguró que en ningún momento se expresó de forma indecorosa y que tampoco se mostró impúdicamente; muy al contrario. Aunque nunca lo diría a viva voz para evitar incomodar al resto, le dijo, su saber estar estuvo muy por encima del resto de señoras y que ella solo notó que se encontraba mareada cuando se disculpó para salir al jardín a tomar aire fresco.

La mirada de Anne rezumaba una ternura infinita, una súplica para que no fuese muy duro con ella. En otro momento de su vida, con ese antiguo Edmund que todavía luchaba por resurgir, aquel gesto lo único que haría sería alimentar la necesidad de esa fiera que llevaba dentro, el ansia de carne, de lamentos.

Volvió a completar sus pulmones de aire y lo dejó salir haciendo ruido con la nariz.

—¿Qué voy a hacer contigo?

Para sorpresa de ambos Anne levantó una ceja en un gesto descarado y movió la sábana hasta dejar una de sus piernas desnudas a la vista junto a esa sonrisa traviesa que el alcohol provocaba en ella. Solo la embriaguez la dotaba de ese descaro, al menos con su esposo; solo así se sabía fuerte, dominante.

El joven baronet rio para dentro haciendo que el aire escapara de su nariz como si de un mecanismo de vapor se tratara. Se mordió el labio y su boca provocó un nuevo chasquido, pero esta vez era diferente, un nuevo sonido a los antes escuchados.

—¿Acaso lady De Featherstone quiere distraerme con su embrujo? —dijo alargando una mano para rozar con la yema de su dedo la fina piel de su muslo.

Anne sonrió con picardía, tomó la mano de su esposo y, atrevida, se la llevó al seno mientras se

mordía el labio con descaro.

—Si eso es lo que la baronetesa desea, no soy quién para contradecirla.

Capítulo 20

Pasaron largas y estupendas semanas en Mayfield. Las invitaciones a cenas, picnics, bailes y teatros se sucedían sin parar, así como se había vuelto habitual el cariño de Anne por el vino dulce y otras bebidas espirituosas que hacían que su deber como esposa siempre se cumpliera con agrado y deseo por ambas partes.

Sin embargo, en un principio Edmund tuvo que disimular bastante su desagrado. Al día siguiente de la cena con sus íntimos amigos, los Pierce, fue a dar una vuelta por sus tierras junto a Maurice, quien le constató que, tras su paso por el norte, había dado con una serie de pistas que indicaban que Anne había pasado largos meses allí; que, en realidad, el viaje por diferentes puntos de Inglaterra nunca había sucedido, pero que todavía desconocía la razón y el lugar exacto donde se hospedó junto a su tía. No obstante, tenía replegados a un par de hombres que estaban investigando el asunto y que esperaba tener noticias pronto. Después de esa declaración, el humor de De Featherstone se vio afectado y sus demonios regresaron para despertar en él sus antiguos instintos. Anne por su parte, advirtió el cambio en su marido y prefirió ir con tiento cuando estaba con él. Por lo que Edmund al entender que su esposa pudiera descubrir sus propios pasos, prefirió aparcar el asunto, dejarlo en manos de Maurice y esperar pacientemente a que este le fuera informando y mientras tanto gozar de lo que tenía hasta el momento. Por lo que se arrojó a los brazos del placer que su mujer le proporcionaba. Estaba más que engatusado, bebía los vientos por el buen hacer de esa joven, la única mujer en el mundo que le había hecho entender que aquello que había creído que lo completaba solo se veía superado por ser él el que lo recibía. No podía evitar sonreír al sentir el roce de la camisa sobre los arañazos que su mujer había dejado en su trasero, así como la forma dura en que lo poseía, en que lady De Featherstone lo dominaba. Volvió a recordar el instante en que le ordenó mantener los ojos cerrados y, de repente, el inmenso calor de la cera caliente sobre sus pezones. Jamás de los jamases podía haber dado cabida a algo semejante y, no obstante, allí estaba, con los ojos cerrados mientras la lluvia golpeaba los cristales de la galería que había mandado construir poco después de fallecer su padre. Deliberando acerca de la decisión que debía tomar, una que lo había ido acorralando y que ya no podía evitar por más tiempo. No si quería evitar el escándalo con que lo amenazaba cierta persona. Pero él sabría cómo organizar todo, cómo conseguir que funcionase. Porque lo que era en realidad, lo que necesitaba, ambos mundos debían converger por mucho que a Anne le pesara. Al menos él iría de frente, no con secretos. Además, se encontraba entre la espada y la pared y ya no podía ocultarlo por más tiempo, pues más pronto que tarde sería un secreto a voces.

El aroma del vino precedió su presencia.

Y, de improviso, una copa frente a él.

—He pensado que quizá gustases de una copa de vino caliente especiado antes de retirarte a dormir. La chimenea está encendida, pero, aun así, la heladez se cuela por algún rincón de esta habitación. El frío del pleno otoño está más presente que nunca.

Edmund inclinó la copa hacia su esposa una vez esta tomó asiento en la butaca que había a su lado. Aquella niña asustadiza había desaparecido, dejando en su lugar a una mujer segura de sí misma. Y eso era, por extraño que parezca, lo que más gustaba a Edmund: verla confiada, segura de cuanto la rodeaba. Aquella mirada temerosa había sido reemplazada por otra que era capaz de traspasarlo como una bala. Y esperaba que esa nueva virtud fuera el clavo ardiendo al que, en breve, se agarraría su señora al dar el sí a sus necesidades y a sus nuevas imposiciones.

Sin embargo, se preguntaba si su entrega se debía a ese cambio que le permitía disfrutar de los encuentros carnales con su esposa de una manera totalmente nueva. Inesperada. Él pensaba que sí. Con todo, debía confesar que, aunque aquella sensación de necesidad de dominio se había alejado de su esposa, sí que continuaba su camino cada vez con más fiereza, un camino que estaba bien delimitado en su interior en cuanto a lo que lo rodeaba y del que disfrutaba de vez en cuando, cuando se escapaba a suplir ciertas visitas obligadas, supuestamente de negocios, no muy lejos de allí. Bien sabía él que su yo, ese ego, seguía latiendo en su interior y que solo Anne poseía las herramientas para mantenerlo apaciguado en su presencia. Al menos por el momento. Aunque reconocía que, en su fuero interno, ya no estaba tan seguro de esto último, pues si rebuscaba en su interior debía admitir que si Anne llegado el momento no estaba dispuesta a claudicar, quizá todo aquel espejismo se tambalearía.

Todavía no se habían acostado, las horas nocturnas habían pasado rápido entre risas, bailes y juegos de azar. Deberían de estar desayunando y, no obstante, una copa de vino ocupaba sus manos.

Antes de entrar en la habitación acristalada había decidido mandar a preparar un poco de vino especiado y, a pesar de que tuvo que batallar con uno de las lacayos, consiguió ser ella misma la que cargara con la bandeja sobre la que llevaba el escanciador y las dos copas. El frío le calaba los huesos. Por suerte, el servicio siempre iba un paso por delante y en su butaca la estaba esperando una manta que descansaba sobre el brazo del asiento, lo necesario para conseguir fortalecer el fino tejido de su camisón.

Notaba perfectamente cómo Edmund la observaba y, a sabiendas, se hizo la desentendida parloteando sin parar. Se arrebujó en la manta al acomodarse y, tras dar el primer sorbo caliente, prefirió callar para disfrutar de las diferentes tonalidades que el brebaje le ofrecía. Se perdió en el paisaje que tenía enfrente, en el crepitar de la chimenea que canturreaba desde atrás y en el sonido de las gotas de lluvia que se escurrían por los cristales creando surcos, como si de los meandros de un río se trataran. A lo lejos, el cielo se fue cerrando, creando una oscuridad que avanzaba hasta ellos poco a poco, sin intención de parar, sin intención de dejar que fueran testigos del amanecer que a poco debía de llegar.

El reflejo del fuego en los cristales les advirtió de que la tormenta estaba sobre ellos. Un trueno cercano e inesperado sobresaltó a la muchacha que saltó de la silla saliendo de ese ensueño en el que se había arrebujado hacía rato.

De pronto, una mano se posó en su antebrazo.

—No temas, querida, entre estas paredes nada te ha de pasar.

Anne lo miró unos segundos, rodeó aquella mano con la suya y sonrió.

El escanciador estaba casi vacío y se sentía a gusto y mareada.

Primero llegó la luz que iluminó todo el cielo, seguida de un ramaje de rayos que lo cruzó en todas direcciones, para luego tronar como si el firmamento fuese a caerles encima.

Sin dejar de pasar un segundo más se levantó y se sentó sobre las piernas de su esposo, quien profirió una gran carcajada. Luego la acomodó sobre su fuerte pecho y alisó su pelo.

—Menos mal que te tengo aquí, el frío me estaba haciendo estremecer.

Lady De Featherstone levantó la mirada. Hacía días que las facciones de su marido se mostraban en mayor parte relajadas, hasta dulces podría decirse dentro de sus capacidades. Se lo veía a gusto, casi tranquilo. Le brillaban los ojos, aquellos ojos azules en los que, si de verdad era honesta consigo misma, se presentaba con más regularidad ese vacío. Alguna vez que otra lo había encontrado alterado y ella conociendo lo que podía pasar había evitado acercarse, logrando capotear el vendaval. Estaba segura de que por fin podía cantar victoria en cuanto a saber llevar el carácter de su marido.

Un nuevo resplandor y el arrebujo de Anne fue tal que más parecía querer taparse con el pellejo de Edmund.

De Featherstone tomó la manta de la butaca y la echó por encima de ellos. Comenzó a acomodarla de tal manera que Anne se sintiera segura y la sujetó con firmeza bajo el tejido, haciendo dibujos con la yema de sus dedos sobre la espalda femenina.

—Gracias —dijo la muchacha sobre su pecho.

Pasaron los segundos y las caricias fueron ampliándose hasta llegar a su desnudo muslo. Se miraron y, sin decir palabra, la joven baronetesa se levantó, pasó la manta sobre sus hombros, se levantó el camisón y se sentó a horcajadas sobre Edmund. Los aullidos de la tormenta sofocaron los susurros y los escandalosos lamentos de satisfacción que llegaron después.

* * *

—Sir De Featherstone, tiene visita —dijo el lacayo desde el otro lado de la puerta.

Después de resoplar, contestó que bajaría en unos minutos, se restregó el rostro y miró a su esposa.

—El deber me llama.

—¿Tienes que bajar? —preguntó Anne con la boca pastosa.

—Las primeras luces del alba deben haber pasado de largo hace rato y es menester que me vuelque en atender los asuntos relativos a los negocios. Aunque quisiera que estas semanas se alargaran por la eternidad, mi presencia ya se hace necesaria. Tú quédate rezongando un poco más. Ayer rechacé las invitaciones de los próximos días.

—Ah, estupendo. Confieso que necesito un respiro —declaró mientras se estiraba como un gato.

—Pues debes irte habituando a este tipo de vida. No me extrañaría que a pesar de que haya rehusado algunas invitaciones, no te esperara una sobre la bandeja de entrada, por parte de alguna de las señoras.

—Oh, Dios no lo quiera, no podría soportar otra reunión para jugar a las cartas o tomar el té. De veras necesito ausentarme unos días, aunque no me importaría ir a visitar a tía Grace. Pero, como sabes, ha salido de viaje sin fecha de vuelta, así que tengo la suerte de poder quedar ociosa todo el día —miró un segundo hacia la ventana–. ¿Sabes qué me gustaría?

Edmund la miró interrogativo y sonriente mientras se ponía los calcetines.

»Me agradaría salir a pasear por el bosque, conocer más a fondo estas tierras y quizás pintar algo. Puede que prepare la cesta con los arreos necesarios, algo básico, y salga a respirar aire fresco.

Por un momento, solo por un ínfimo instante Anne pudo ver cómo su marido arrugaba el entrecejo, la idea no le gustaba ni un pelo, pero duró eso, solo un segundo. Luego siguió poniéndose los pantalones que descansaban sobre una silla.

—Me parece bien. Hoy te puede acompañar Maurice.

—¿El señor Maurice?

—El mismo. —Edmund miró el gesto ceñudo de su esposa—. He notado que no te agrada demasiado, pero no debes temer; al contrario, él te protegerá.

Anne se tomó un segundo más de la cuenta en contestar. No estaba segura de cuán honesta podía ser con su marido respecto a ese hombre que más bien era su sombra. No obstante, la unión que de unas semanas a esa parte se había ido formando entre la pareja la animó a tomar el riesgo de ser completamente sincera.

—Ese hombre me pone los pelos de punta.

—No debes preocuparte, Maurice goza de mi total confianza. De todas maneras, debes ir acompañada de una de las doncellas; Maurice andará por allí, no muy lejos, pero lo suficientemente apartado como para no tener que verle la cara.

Ambos rieron y continuaron charlando de tonterías en tanto De Featherstone acababa de arreglarse. Obviamente, no era habitual que lo hiciese solo. En realidad el ayuda de cámara era indispensable; sin embargo, todos sabían que aquel día disfrutaba de la compañía de su esposa en sus aposentos privados, al mismo tiempo que eran conocedores de la poca amabilidad que el baronet presentaba si se daba un paso fuera de las líneas delimitadas, por lo tanto, nadie osó interrumpir en la recámara.

Cuando el caballero marchó, Anne rozó con sus dedos el lugar donde había quedado el rastro de saliva después de despedirse con un beso.

Cuánto habían cambiado. Debía admitir que Edmund se mostraba atento, aunque en ocasiones lo sorprendía observándola pensativo, con ese frío en su mirada que tanto la mortificaba. Luego, del mismo modo desaparecía, regresando ese nuevo De Featherstone que casi todo el tiempo estaba con ella, excepto cuando las obligaciones lo habían hecho marchar a la ciudad. Por suerte no era algo diario sino más bien una vez a la semana, dos a lo sumo, y solo por unas horas, aunque debía volver a reconocer que cuando regresaba se mantenía distante, frío, incluso pedante

y ordinario, se sentaba al piano y tocaba durante largo rato, y poco a poco se iba apaciguando, regresando a él ese inusitado apego, el hielo que lo rodeaba se iba derritiendo hasta quedar un vaho que desaparecía solo al besarla, momento en que Anne volvía a relajarse. Y a pesar de esos momentos que cada vez se repetían más, confesaba que realmente había sido una luna de miel, una que no deseaba que concluyera jamás, al tiempo que rogaba que el Edmund de antaño nunca regresara.

Si bien, dejando de lado sus preocupaciones, sabía que su esposo tenía razón: debían comenzar a atender sus negocios y las salidas debían resumirse a invitaciones meramente comerciales. Sobre todo, se repitió una vez más, porque notaba cómo los nervios de Edmund iban aumentando, presentándose cada vez más ese frío, como había dicho distante, incluso agresivo. Era obvio que algo le ocurría, algo que tenía que ver con los negocios que atendía cada vez que salía. Aun así, confiaba en que su saber hacer lo mantendría apaciguado.

Apartó esos pensamientos que la intimidaban sobremanera y se levantó de la cama, todavía podía remolonear un poco más hasta llamar a la doncella para que la ayudara a vestirse. Se apoyó en uno de los palos de la cama al levantarse para mantener el equilibrio. Sufría un poco de resaca por lo que fue hasta la mesita que había junto a la ventana y se echó un cuarto de vaso de vino. Desde que estaban allí Alice había avanzado bastante en su instrucción y, como el resto de los empleados, se adelantaba a sus necesidades. Apoyó un hombro en la jamba y se dispuso a disfrutar de los tonos afrutados del licor junto a los aromas que desprendía el hermoso jardín que tenía enfrente. Sin embargo, a ella le agradaba más mirar a lo lejos, al bosque, un enjambre de tupidos árboles y pequeñas montañas, sus dominios. Le apetecía cabalgar, correr por las veredas, sortear setos y matorrales y notar el frescor del riachuelo que le mostró su esposo en uno de los primeros días en que le enseñó parte de las tierras. Seguro que eso la ayudaría a disipar los temores sobre que el cruel De Featherstone pudiera regresar de nuevo a su vida.

Volvió a pensar en su marido y en ella, en cuánto habían cambiado las cosas, ¿verdad?

Ellos. Ella.

Ordenó a su mano que dejara de temblar. Porque, porque ya no se sentía cohibida ante su presencia, mucho menos ante su mirada, aquel hombre cruel había desaparecido. Y ella no podía estar más dichosa, afirmó para sí con vehemencia, con unas ganas locas de creer firmemente en esa ratificación. Era cierto, de ahí al enamoramiento había un mundo, pero sí que había aprendido a empezar a apreciar a ese hombre que se esforzaba tanto por complacerla, dentro siempre de esa manera de ser suya: estirada, caballerosa y, a veces, altiva cuando estaba delante de los demás. Sin pensar tocó la cicatriz de su muñeca; hacía días que no lo hacía, y en ese instante, a pesar de lo que se pueda suponer, solo le vino a la cabeza que aquello le recordaría que jamás volvería, que él jamás volvería a ser como antes. Se lo había demostrado, se lo estaba demostrando día a día, veía el esfuerzo que su marido hacía, cómo se sobreponía cuando algo iba mal, cómo conseguía disipar las tinieblas que de tarde en tarde oscurecían su mirada, aunque cada vez estaban más presentes. Y Anne había luchado con tantas fuerzas y ganas porque su matrimonio funcionase que casi se le había olvidado lo ocurrido, prefería aquello que vivir en las sombras del sufrimiento; elegía estar tranquila, dominante. Con Edmund todo se resumía al

poder. El poder. La supremacía entre las sábanas y el buen hacer fuera de ellas. Cuando estaba en la cama se mostraba segura de sí misma, autoritaria, y fuera de ella hacía lo que se esperaba: llevaba las riendas de la casa. Hacía y disponía como se le antojaba que debía ser, aunque todo fuese un papel. Mayfield era un pulmón que trabajaba por sí mismo, ella solo se había acoplado a su funcionamiento, pero sabía muy bien que a Edmund le gustaba verla tratar esos asuntos, así que mejor mantener a la fiera congelada en su iceberg, aunque todo se resumiera a elegir el menú del día y a mandar cambiar las flores de la entrada por otras más de su gusto.

Tal y como había previsto, y a pesar de esa pequeña jaqueca que sufría, se arregló y ordenó a Alice que preparara los arreos justos para salir.

—¿El señor está en el estudio? —preguntó a un lacayo que pasaba por el recibidor a la vez que se ajustaba los guantes.

—En efecto, lady De Featherstone —contestó tras una reverencia.

—Estupendo.

Anne echó a andar hacia allí con la intención de despedirse antes de salir hacia el bosque.

—Con permiso, mi señora. Sir De Featherstone me pidió que no fuese molestado.

—Bueno, no creo que mi visita resulte una molestia. —Fue a reanudar de nuevo su camino.

—Le pido sepa comprender —irrumpió el lacayo con un deje desesperado y algo así como mandatario—. Mi señor ha ordenado que «nadie» irrumpa durante su reunión.

Anne se quedó mirando unos instantes el pasillo donde se encontraba el estudio de su esposo, luego miró al lacayo y decidió hacer caso y no interrumpir aquella reunión. Debía ser un tema muy delicado para pedir algo así. Aunque, en realidad, Edmund siempre había sido muy celoso de sus negocios, a pesar de que, de tarde en tarde, demandara su opinión y, supuso, eso mismo sucedería cuando regresara de su paseo, pues siendo un asunto visiblemente tan importante y delicado, eso mismo era de esperar.

Cabalgó junto a Alice hacia el bosque. Por supuesto, sabía que, desde algún punto de los alrededores, el señor Maurice no le quitaba el ojo de encima, pero prefería ignorarlo a estar pendiente de dónde se encontraba.

Durante el camino apenas intercambiaron palabras, Alice seguía manteniendo la distancia entre señora y sirvienta. Y lady De Featherstone tampoco estaba muy por la labor de obligarla a comportarse de manera diferente, ya lo había vivido con Mary, sabía que era necesario por el bien de la muchacha. Sin embargo, sí que le preguntó si sabía con quién se había reunido su marido en el estudio. Alice algo nerviosa, le dijo que ignoraba tal visita, pero lady De Featherstone que ya la conocía bastante bien, le sugirió que era mejor decirle la verdad. La doncella viéndose acorralada y evitando descubrir lo que sabía, recordó otra conversación que esperaba fuese suficiente para su señora. Le contó acerca de una conversación que había escuchado cuando aquel mismo mediodía pasaba por la puerta de uno de los salones donde sir De Featherstone mantenía una charla susurrada con el señor Maurice. Anne, intrigada por saber qué era lo que había captado la atención de su doncella, la conminó a continuar con el breve relato. Alice le dijo que había captado fragmentos de la conversación entre él y su guardaespaldas. Entre las puertas entreabiertas, escuchó algo así como que el señor Maurice creía

haber descubierto lo que sucedía en el norte, luego se acercó al oído de sir De Featherstone y le dijo algo más.

—Seguidamente, furioso, mi señor arrojó contra la pared la copa que portaba en sus manos. Supongo que lo que le dijo debe ser de suma importancia.

—Y luego, ¿qué hizo después?

—Sir De Featherstone exclamó entre dientes que el problema debía ser subsanado de inmediato al tiempo que el señor Maurice cerraba las puertas del salón. Sé que me vio, pero no me delató. Asustada corrí a su dormitorio para asistirla. Lo siento, señora, eso es todo lo que pude escuchar.

Anne frunció el ceño, tratando de encajar las piezas dispersas de la conversación que le había transmitido la criada. Mientras intentaba comprender el significado detrás de esas palabras fragmentadas, su mente comenzó a dar vueltas con posibles explicaciones, pero ninguna parecía encajar completamente. El norte tenía mucho significado. Quizá todo estaba relacionado con el asunto del envío de los caballos al frente. Negocios. Edmund era sumamente posesivo en relación con esos temas. Sin embargo, no pudo evitar sentir aprensión, pero se dijo que debía olvidar el asunto de inmediato, puesto que Edmund la pondría al día a su regreso.

Un ligero atisbo de comprensión se reflejó en sus ojos antes de que diera las gracias a su doncella y continuaran el camino en silencio.

Pararon cerca del riachuelo, el frescor del agua llegaba en forma de rocío hasta rozar su piel, lo que aumentaba el frío que ya sentía y que su abrigo de lana impedía gobernarla por completo. Dejaron a los caballos pastando y Alice dispuso la manta sobre el terreno y comenzó a sacar de la cesta unas pocas viandas mientras que su señora se entretenía en disponer cómodamente lo necesario para hacer un pequeño cuadro, su esbozo más bien, la base necesaria para luego continuarlo en casa.

Se sentó sobre la manta y apoyó frente a ella el lienzo estirado que esperaba con agrado la llegada de los primeros trazos. Sus manos comenzaron a rasgar la tela con cierta inseguridad. El paisaje elegido cortaba realmente la respiración: los saltos del agua sobre las rocas formaban diminutas cascadas provocando que el agua pura se enredara sobre sí misma creando una espuma hecha de burbujas de oxígeno, la grama se mecía levemente con aquella tímida brisa que mecía el pelo de la joven baronetesa como las espigas de trigo se mecen en los campos cultivados. A lo lejos pudo distinguir unos pocos cervatillos que pastaban plácidamente, camuflados entre el follaje de los árboles y matorrales de espino, y aquellas pocas hojas muertas que flotaban mientras cambiaban el color al absorber la humedad del agua.

Un movimiento cercano llamó su atención. Alice había dispuesto a su lado un plato con unas cuantas galletas saladas y varios trozos de queso maduro. Anne le sonrió y tras juntar ambos ingredientes se los metió en la boca disfrutando del estallido de sabores junto a la apreciación de lo que había pintado hasta el momento.

—Vaya —dijo con la boca llena—, en ocasiones me sumerjo tanto en la labor que no soy consciente de lo que ocurre a mi alrededor. Ni siquiera me he percatado de cuán avanzado llevo el boceto. —Miró la forma en que Alice sonreía.

Era una sonrisa de esas que son sinceras, pero que guardan un cierto grado de tristeza, como si

esa tristeza tuviera más peso que ese momento agradable. En efecto, la vida social tan ajetreada que había disfrutado le había impedido ver el cambio de Alice. Mientras lady Anne observaba cómo la criada le servía una copa de vino, tragó y volvió a meterse más en la boca, el paseo por el campo le había abierto el apetito.

»Come un poco, Alice, está delicioso. Debo admitir que la cocinera de Mayfield es un gran tesoro; sin menospreciar a la de The Silver Horse House, por supuesto.

—Gracias, mi señora.

Anne asintió complacida al tiempo que le daba un sorbo al delicioso elixir. Algo era algo, al menos había sacado tres palabras de la boca de la sirvienta.

Por vez primera vio a lo lejos al señor Maurice. Estaba sentado en una roca. Su tez morena apenas permitía ser divisado en las sombras del bosque, fue su camisa blanca la que lo delató.

—¿Puedes llevar un poco de esto al señor Maurice?

Inmediatamente, la doncella arrugó el entrecejo alarmada mirando en todas direcciones.

—¡Eh! Alice, ¿qué te pasa? Muchacha, tranquila. Más parece que he nombrado al demonio.

La sirvienta clavó una mirada horrorizada en las pupilas de su señora. Le temblaba el labio. Estaba muy nerviosa. Comenzó a restregar sus manos como una demente.

—¿El señor... —tragó saliva con dificultad— Maurice está aquí?

—En efecto, ha venido rezagado para salvaguardar nuestro bienestar.

La respiración de la sirvienta estaba muy acelerada y sus ojos alerta continuaban observando en todas direcciones.

—Muchacha, ¿qué te pasa? Por el amor de Dios, me estás asustando.

Anne insistió un poco y al resolver que nada iba a sacar de la joven decidió continuar con su labor y, por supuesto, no obligarla a acercarse al caballero; todo ello sin dejar de observar lo que ocurría con disimulo.

A partir de aquel momento, la doncella manifestó incesantes muestras de malestar, una incomodidad absoluta la envolvía. Echaba continuas miradas aterradas en todas direcciones y sin que fuese siquiera consciente se sentó más cerca de su señora.

Pasado un rato el tembleque de su cuerpo llegó hasta el de la baronetesa. La mujer se giró sobresaltada para ver qué le ocurría. Maurice se había movido de posición, no estaba cerca, pero sí a la vista, fuera de las sombras.

—No permita que se acerque —rogó Alice en un murmullo sin apartar la mirada del hombre.

Arrugando el entrecejo, miró su señora hacia el hombre de confianza de su marido.

—¿Qué te pasa, Alice?

—Se lo ruego, no me deje a solas con él.

Después de dejar el carboncillo a un lado, Anne se incorporó hasta quedar de rodillas, rodeó con su mano el hombro de la muchacha y con un severo y contundente gesto de la cabeza ordenó al hombre que se apartara de allí. Para su sorpresa así lo hizo, no sin antes enseñar todos sus dientes de marfil a las señoras mediante una sonrisa camino entre gustosa, hiriente, prometedora y de advertencia. Más parecía haber decidido dejar para más tarde la diversión.

Un escaso minuto tardó en desaparecer de su vista tras montar en el caballo.

Al ver que pasados los segundos Alice continuaba con la mirada fija en el lugar donde antes había estado el señor Maurice, Anne zarandeó suavemente los hombros de la muchacha consiguiendo su consecuente sobresalto. La mujer se retorció y alejó unos metros arrastrándose por el terreno repleto de agujas de pino secas, clavados los ojos en Anne, unos ojos entre horrorizados y ausentes, unos que clamaban en silencio la inmediatez de la huida junto con la imposibilidad de dar un solo paso para hacerlo. Se encontraba en shock.

Con sumo cuidado, la baronetesa levantó las manos a modo de mostrarle que nada tenía que temer, que ella no entrañaba peligro.

—Tranquila, Alice. Soy yo: Anne.

La criada volcó un poco la cabeza y arrugó el entrecejo, queriendo reconocer a quién tenía delante.

»Alice, estamos solas. —Con la mayor tranquilidad y delicadeza lady De Featherstone le tendió una mano—. Ven, acércate. No voy a hacerte daño.

Sin quitarle ojo de encima continuó con el escrutinio. Hasta que aquella arruga en su frente bajó a sus ojos y barbilla y comenzó a llorar a la par que salvaba el par de metros que las separaba y se fundía en los brazos de su señora en busca de protección y consuelo.

Largo rato estuvo Anne consolando a la muchacha y poco a poco el llanto de esta fue navegando por cada una de sus fases hasta desembocar en un hipido. Todavía era necesario un poco más de tiempo para lograr sacarle una palabra sin que los lamentos la sobrecogieran.

Con suma gentileza Anne alejó a la sirviente sin apartar el contacto entre sus manos.

—Alice, creo que es necesario que me cuentes el porqué de tu sufrimiento; el porqué de tus palabras.

La muchacha hizo un puchero y bajó la cabeza para esconder sus emociones. Su señora le acarició el pelo.

—Sabes que me puedes decir lo que te preocupa, es necesario que sepa a qué viene ese temor. Si el señor Maurice te ha hecho algo debo saberlo para que sir De Featherstone tome las medidas oportunas.

Alice se incorporó de inmediato, abrazó con fuerza las manos de su señora y de su garganta nació un sincero y sufrido ruego temeroso.

—No, no. Por favor, nada ha de saber mi señor. Prometa que no se lo dirá. Se lo ruego, no puede, no debe.

Ante estas palabras Anne se envalentonó: ella era la baronetesa.

—Por supuesto que puedo y debo. Si el señor Maurice está ejerciendo algún tipo de abuso contra ti debemos tomar cartas en el asunto.

—No, mi señora. No, por Dios. ¡Júreme que no dirá nada!

—No puedo hacer tal cosa, soy tu señora y como tal debo proteger a quien me sirve.

—Lady De Featherstone, si lo hace, lo perderé todo, no tendré a dónde ir —afirmó desesperada.

—Pero, Alice, Maurice sería expulsado.

La sirvienta sonrió tristemente.

—No, mi señora. Ese hombre es intocable.

—¿Cómo que intocable? El baronet no va a permitir cosa semejante bajo su techo.

—Ese hombre es la sombra de su marido, su más alto hombre de confianza. Es intocable e incuestionable y usted, mi señora, en lo más hondo de su corazón también lo sabe.

Lady De Featherstone quedó mirando a la muchacha mientras esta se tapaba la boca por haberse atrevido a hablar de semejante manera. La miraba entretanto pensaba en lo que le había dicho, cavilando en esas afirmaciones hasta entender que en efecto así era, que Maurice nunca iba a ser amonestado por su marido.

Este asunto la había puesto en una delicada tesitura. Pero ahora era diferente, sir Edmund la escucharía, ¿no es cierto?, y así se lo hizo saber a la sirvienta, animándola a que confiara en ella, en ellos: sus patrones.

Alice demudó el gesto en uno lastimero, pero esta vez iba dirigido a la baronetesa, hecho que la extrañó.

—Lady Anne, admiro la manera que tiene de vivir la vida. Constantemente se sobrepone a cuanto la rodea. Admiro cómo dentro de cuánto la acontece sabe dar capotazos y continuar con la cabeza bien alta, como si nada pasara. Las mujeres como usted son las que sobreviven a sus maridos —murmuró esto último para sí.

Después de aquello se aposentó entre ellas un segundo de silencio y desconcierto.

—Eh, gracias. Pero no sé qué tiene que ver esto conmigo más allá de lo que nos une como personas que deben proteger a sus sirvientes.

Por un momento Alice se mostró dubitativa, confusa, pero enseguida se repuso dentro de su malestar.

—¿Qué ha sido eso? —Alice, antes pálida como una muerta, se sonrojó—. Dices que soy una mujer que se sobrepone a cuanto me rodea y que voy con la cabeza bien alta. ¿Hay algo que sí tenga que ver conmigo directamente y que desconozca? —La doncella negó de manera nerviosa con la cabeza gacha a la vez que arrugaba la falda de su vestido entre el movimiento de sus manos inquietas—. ¿Qué sabes? —La muchacha volvió a negar mientras escondía el rostro y Anne la agarraba del brazo—. Dime, ¿qué has visto?

—Deben recoger cuanto antes, se acercan nubes bien cargadas —les advirtió el señor Maurice desde unos metros más allá. Los caballos estaban nerviosos, inquietos, no se habían dado cuenta de la situación.

Enseguida recogieron. Por supuesto, la doncella se dio prisa en su quehacer sin quitar ojo del hombre que las esperaba alejado. Por suerte no las miraba, estaba más pendiente de lo que venía.

—Rápido, casi tenemos la lluvia encima.

Anne, también metió sus instrumentos en las alforjas con rapidez. Montaron y galoparon siguiendo a Maurice, el cual les guiaba el camino a seguir, una vereda que cada vez se volvía más oscura por la misma negrura de las nubes.

Al llegar a Mayfield dejaron los caballos a cargo de un par de lacayos que pasaban por allí y las mujeres, libres ya de la presencia del señor Maurice, entraron diligentes en la mansión.

—Alice, deseo cambiarme de ropa.

Aquella orden era igual a «es hora de saberlo todo». Sin embargo, una vez puso un pie en la escalinata que daba acceso a la primera planta, un lacayo apareció como por arte de magia e informó que sir De Featherstone requería su presencia en el estudio.

Anne echó una mirada de advertencia a Alice. La charla se aplazaba, pero tendría lugar, eso seguro. A ello sumó un apretón en la mano de la muchacha, con ello le infundía valor y le hacía saber que podía contar con ella y que tampoco había olvidado sus lágrimas y temores, un asunto más que debían tratar.

Nada más entrar en el estudio se encontró con un taciturno Edmund. En su mano un vaso de whisky y sobre la mesa otro a medio acabar junto con una botella que había que rellenar y el desorden de unos papeles por el suelo.

—Habéis regresado pronto.

—El señor Maurice nos advirtió de la llegada de un frente húmedo.

En ese momento las gotas comenzaron a golpear los cristales con rabia.

Edmund miró hacia allí. Tenía la mandíbula tensa, expresión ceñuda y había regresado aquel vacío a sus ojos, ese que erizaba el vello de su esposa.

Anne se acercó a él con cautela. La fiera estaba enseñando la patita y había que ir con cuidado, con tiento para lograr que regresara a las sombras, al olvido. ¿Qué había ocurrido en su ausencia? Sabía que lo más sensato era dejar esa pregunta para otro momento y poner en marcha lo único que mantenía al baronet calmado.

Con sumo cuidado le quitó el vaso de las manos y bebió sin apartar la mirada de sus ojos. Al terminar el sorbo, se pasó un dedo por los labios recogiendo los restos del líquido y se lo chupó. Edmund no dijo ni una palabra, la hoguera azul que había comenzado a arder en su mirada era suficiente para saber que la tormenta había estallado en su interior.

Y solo con saber que ese vacío había desaparecido era suficiente tranquilidad para ella.

De Featherstone la miraba desde su altura, altivo, seguro de sí mismo. Después de chasquear la lengua, el caballero paseó con rudeza el dedo gordo sobre los labios femeninos, estaba midiéndola, estudiando la situación, como siempre. Y de pronto aquella mirada salvajemente fría que advirtió a Anne que el dominio que creía tener sobre él se había tambaleado, su poder había fracasado. A partir de ahí el resto sucedió con rapidez. Para sorpresa de la joven, le quitó el vaso de la mano y de un solo trago ingirió el contenido, luego la volvió de espaldas, aspirando el aroma de su cabello mientras comenzaba a pasear sus manos en una acaricia ruda, potente, necesitada. La cercanía de sus cuerpos era tal que más parecían querer fusionarse.

—¿Me provoca, lady De Featherstone? —dijo apretando ferozmente sus senos bajo las palmas —. ¿Me desea? —bajó hasta llegar a su pubis donde hundió su mano sin miramiento sobre las faldas, mientras que con la otra le apretaba fuertemente el trasero, tanto como para hacerle daño.

A la baronetesa toda aquella forma de actuar la tomó por sorpresa. Desde que estaban en Mayfield jamás la había tratado así. Es decir, sus encuentros siempre habían entrañado pasión, pero las muestras «agresivas» siempre iban dirigidas al baronet. Aunque, ¿aquello se podía considerar agresivo?

—Tiemblas bajo mi tacto. Me enciendes, esposa. Y no sabes cuánto necesito descargar toda

esta tensión.

Después de morderla en el cuello, de un solo movimiento empujó a Anne contra la mesa. La obligó a echarse sobre ella dejando su rostro pegado a la madera de ébano donde el vapor acelerado de su boca dispersaba su brillo. Sintió la manera urgente con que levantaba sus faldas y abría sus piernas. Ella no deseaba aquello, no de esa manera, ni en ese lugar. No en esa situación, carente del embrujo del licor sobre su conciencia. Fue a zafarse, pero Edmund no se lo permitió, agarró las manos de la muchacha por detrás de su espalda imposibilitando así cualquier movimiento. Luego, la embistió de una sola estocada, no hubo miramiento en cuanto a la ausencia de la humedad que facilitaba la entrada, tampoco a si le resultaba placentero. Era un encuentro egoísta.

De repente, el aliento malteado sobre su oreja:

—¿Era esto lo que deseabas? ¿Era esto lo que buscabas?

Apretó la mandíbula. Incapaz de responder se centró en entender qué estaba sucediendo y por qué. El golpeteo en su trasero fue aumentando por momentos, al igual que el dolor en sus hombros por tener estirados los brazos de esa manera.

—¿Quieres mi semilla, eh? ¿Deseas que me derrame en tu interior?

La mano que mantenía a las suyas atrapadas tras su espalda desapareció para tirarle del pelo hacia atrás mientras que con la otra agarraba su cadera. Fuerte, muy fuerte. Y los empellones a su vez más violentos junto a esos jadeos que más parecían producidos por una bestia. Luego un par de palmetazos rudos en los glúteos que hicieron que su piel estallara en un ardor insoportable.

Y Anne solo quería que terminara de una vez. Salir de allí y olvidar lo ocurrido. Buscar una explicación más tarde o nunca. Simplemente, olvidar que la bestia estaba despertando y el solo hecho de pensar aquello hizo que se encogiera mientras era violentada por su propio marido. Mientras dejaba caer sobre su trasero esas cachetadas hirientes.

Un par de empujones sumados al rugido de la bestia y se acabó.

Salió de su interior.

Ella se quedó unos segundos más echada sobre la mesa. Las piernas le temblaban y, aunque lo intentaba, era incapaz de pensar.

Se levantó intentando reunir en el proceso toda la dignidad que pudiera conseguir tras lo ocurrido y un poco más que la ayudara a salir de allí cuanto antes.

Colocó bien sus faldas sin mirar a su marido. No era asunto suyo, aquello no debía importarle, debía olvidar lo ocurrido y no se molestaría en avergonzase, aunque ese sentimiento batallaba por embargarla. Se repetía aquello una y otra vez, como si eso fuese lo único que la ayudara a seguir moviéndose en su desconcierto.

Una vez erguida marchó hacia la salida, concentrada en poner un pie delante del otro y así salir de allí lo más dignamente posible. Un metro la separaba del pomo cuando Edmund habló.

—Deberías arreglarte el cabello antes de salir.

Anne giró la cabeza para mirarlo. Estaba apoyado en el respaldo del sofá como si nada, sujetando de nuevo el vaso de whisky, como si lo que acababa de ocurrir jamás hubiese pasado.

Todo tan natural que si no hubiese sido por la advertencia de su peinado habría llegado a delirar sobre que todo habían sido imaginaciones suyas.

Y ella quiso decirle tantas cosas, escupirle tantos reproches. Tacharlo de embustero, de-de... Tanta era su rabia que le impedía abrir la boca.

—Quizá gustes tomar unos pocos tragos. Un brindis por lo ocurrido, en agradecimiento por haber logrado deshacerme de toda esa tensión.

Anne siguió observándolo con aquel gesto de repugnancia en su boca, en sus ojos, en sus pómulos.

—Oh, mi querida esposa. ¿Acaso me dirá la baronetesa que no ha disfrutado?

—¡Eres un cerdo! —masculló.

—¿Por qué, eh? ¿Por hacer uso de lo que poseo? Eres mi esposa. Me perteneces —escupió las palabras embriagadas por el alcohol—. Además, te recuerdo que has sido tú la que me has provocado.

—Yo no-no pensé que... Tú-tú me has...

—Fornicado, querida, lo puedes decir. Hemos fornicado. Y no sabes lo que te agradezco que me hayas permitido llevarlo a cabo. —Hizo un brindis imaginario hacia ella, clavadas aquellas pupilas vacías en su rostro mientras dejaba atrás esas palabras hirientes que bailaban embriagadas en el aliento denso de su esposo.

Por mucho que Anne lo intentaba no conseguía dar explicación a ese cambio súbito. Había sido algo tan radical de un día para otro, del mediodía cuando despertaron a unas horas más tarde. Y sabía, sabía que algo había ocurrido en su ausencia, algo que lo había desquiciado de tal forma como para llegar a perder los papeles de esa manera. ¿Podría su actitud estar vinculada a la conversación que tuvo con Maurice por la mañana? Le costaba mucho digerir que todo se debía al resultado de un mal negocio.

¿Acaso no se había dado cuenta de que solo tenía que ser un poco más tierno para conseguir que ella misma se entregase a él? ¿Acaso no sabía que lo haría solo por la necesidad de mantener al engendro dormido?

Se irguió todo lo que su dignidad daba de sí, aun despeinada, herida su alma, roto aquel corazón que había ido recomponiendo a base de tiras de tela gastada, y dijo con severidad:

—No sé qué es lo que ha pasado, ni cuál es la excusa que te ha llevado a comportarte como un salvaje.

—Claro que lo sabes, una mujer con secretos conoce los de otros. Al igual que a un hombre como yo no se le escapa nada.

Anne abrió los ojos cuanto daban de sí. ¿Qué sugería su esposo? Un secreto. No. Imposible. ¡Su secreto estaba bien guardado! Protegido. Era imposible que él lo hubiera descubierto. Por lo que la mejor conclusión era continuar como si nada, desviando la atención hacia otro lugar. Ya tendría tiempo de hacer sus propias averiguaciones.

—La única cosa que sé, lo único que tengo claro es que no se va a repetir.

—¿Eso crees? —Chasqueó la lengua—. Escúchame bien, querida: eres mi esposa y como tal habrá momentos, situaciones que tendrás que soportar. Ahora más que nunca tengo claro cuál

debe ser mi proceder. Sobre todo ante aquellos que me traicionan y ponen en riesgo cuanto soy.

—¡Estás borracho!

—En efecto. Premio a tu inteligencia. Estoy ebrio, como lo has estado tú durante semanas. ¿Crees que no me he dado cuenta de que solo te entregas a mí de ese modo?

Silencio.

Sin más que añadir Anne se giró y salió de la estancia tras tirar de la peineta y dejar su largo cabello suelto. Desde el pasillo le llegó el murmullo de la sonrisa de su marido. Una sonrisa amarga, ebria, acompañada de: «ella tenía razón».

¡Maldito bastardo!

Subió las escaleras enfurecida. ¿Debía sentirse humillada?

Por más que buscaba en sus sentimientos solo encontraba una enorme furia, la había fornicado, había sido rudo con ella.

Alice pidió permiso para entrar, pero le fue denegado. La joven baronetesa necesitaba estar sola en su alcoba. Había cerrado con llave. No quería escuchar, oír, no quería que la atormentaran con estupideces. Solo quería pensar, entender. ¿Qué había ocurrido? ¿Por qué ese cambio tan brusco en unas pocas horas? ¿Sobre qué secreto hablaba? Debía enviar una carta a su tía para alertarla; sin embargo, le era imposible, pues estaba de viaje. Un viaje del que pronto tendría noticias. Era imperativo desviar su mente, pues aquel asunto ya estaba en buenas manos.

¿Y qué era aquello de «ella tenía razón»? ¿Ella, quién?

Y, no obstante, sabía quién podía ser, pero no quería saberlo ni creerlo.

Frente a la cómoda comenzó a cepillarse el pelo. Vio la marca del mordisco y pasó la yema de sus dedos con cuidado sobre él. ¡Salvaje, hijo de puta! Su furia aumentó y se ensañó con su cabello, uno que también tenía dañadas las raíces. Soltó el cepilló con un golpe seco sobre la mesa y se levantó. El trasero le ardía allí donde habían caído los palmetazos. Nerviosa, quiso deshacerse del vestido que llevaba, cambiarse de ropa, lavar sus partes íntimas, húmedas todavía por la simiente de su esposo.

Como pudo deshizo los lazos, tiró de los botones, desechó las almohadillas y enaguas y por último arrojó los pantaloncillos al suelo tras limpiar el exceso de su vagina. ¡Cabrón!

Con el agua de la palangana y un trozo de paño de lino que había al lado de la jofaina comenzó a restregarse el cuerpo. Estaba tan furiosa que ni siquiera le molestaba la frialdad que le empapaba el cuerpo. Se frotó el cuello hasta hacerse daño, los senos, la cara, el pubis, las piernas, hasta en el pelo se dio y, aun así, se sentía sucia.

Mancillada.

Ahí fue cuando le sobrevino el llanto. Cuando entendió que nunca se libraría de ese monstruo. Que lo vivido hasta ese momento había sido una farsa, un oasis en mitad del desierto.

Y lo peor es que ya lo sabía. Sus cambios, esa mirada de hielo que se había ido presentando cada vez con más frecuencia.

Tiró de la lazada que había al lado de su cama y a los pocos minutos apareció Alice. Anne le abrió la puerta aún desnuda. Tras la primera impresión la doncella no dijo nada, no hacía falta, el estado de su señora sumado a la marca de su cuello y las áreas enrojecidas en sus glúteos lo decía

todo. Deprisa, cubrió su cuerpo con una enagua y luego fue a ponerle la bata; sin embargo, la acción quedó en el aire.

—¿Cuánto queda para la cena?

—Cerca de una hora, mi señora.

—Quiero que me vistas para la cena.

Alice fue al armario y sacó un vestido marrón, aquel que tenía el cuello alto, obviamente su intención era tapar la marca.

—Ese no. Deseo ponerme el vestido gris.

—Con su permiso, el vestido gris es muy escotado. Se le verá...

—Pues que se vea. Yo no debo avergonzarme de lo que hace ese bruto. Que sea él y no yo el que sienta vergüenza. Ah, y quiero un recogido bien alto con el pelo estirado y sin ningún adorno.

Luego le ofreció un baño ligero, pero también fue rechazado.

Aunque a regañadientes, Alice le puso el vestido. Tenía corte grecorromano con mangas de globo muy pequeñas que nacían de un gran escote cuadrado que hacía sobresalir parte de su generoso busto; por detrás, también bajaba hasta media espalda, lo que dejaba al descubierto todo su cuello hasta el filo donde empeza ban sus brazos. Por adorno el tejido tenía incorporado un sobrevestido color crema de encaje y pequeñas moñas bajo el pecho y el borde de las mangas. Para finalizar, Alice fue a ponerle los guantes que Anne rechazó de inmediato, pues ya las mangas eran largas. La sirvienta fue a replicar, de seguro quería reñirla haciéndole ver que era muy inapropiado aparecer así. Pero a Anne le valió un solo gesto de advertencia con la ceja levantada para acallar lo que todavía no se había pronunciado. Quería mostrar sus marcas. Enseñar que su cuerpo gozaba de las marcas del «amor» que su esposo le profesaba.

Luego de rechazar también el perfume y la toquilla, bajó puntualmente la escalera y se dirigió hacia el salón donde la guio uno de los lacayos.

Desde el pasillo se escuchaba una conversación amena, amigable. La verdad era que desconocía que esa noche iban a tener invitados y, por un momento, estuvo tentada de ordenar a Alice que le trajera la toquilla y los guantes. No obstante, el recuerdo de lo ocurrido hizo que cuadrara sus hombros, estirara bien su espalda y continuara con su primera decisión.

El comedor estaba caldeado por el hogar que crepitaba más de lo normal debido de seguro a que la leña estaba un poco mojada, concluyó al entrar.

—Encantada de volver a verte.

Anne giró la cabeza con brusquedad hacia aquella voz.

No. Imposible.

Jane estaba de pie junto a Edmund y un caballero que no había visto antes.

Jane. Jane Aldridge estaba en su casa.

Sus temores habían cobrado sentido.

Capítulo 21

La señorita Jane Aldridge estaba allí plantada, cómodamente de pie, en tanto sostenía un vaso de whisky que había inclinado hacia ella a modo de saludo.

Ese gesto, el vaso, su perfume, le había recordado a aquel otro que había visto medio vacío sobre la mesa del estudio antes de que su marido.

Su cerebro comenzó a unir los cabos sueltos que todo aquel día se habían ido arremolinando alrededor de su cuerpo hasta casi ahogarla en preguntas, ruegos y furia.

Un segundo dedicó Anne a mirar a su esposo de manera interrogante mientras este le devolvía una mirada igualmente interrogativa y censuradora al repasar con descaro las carencias de su atuendo.

Luego, la muchacha regresó la mirada hacia Jane sin tratar de disimular el asco que le producía su presencia y los cabos que poco a poco iba atando.

—Mi querida esposa, supongo que recordarás a la señorita Jane Aldridge.

—Oh, Edmund, claro que me recuerda, no hace tanto tiempo disfrutamos de muchos momentos juntas, como buenas amigas.

Jane entregó el vaso a Edmund para que se lo sostuviera, con tanta familiaridad, como si ella misma fuera la baronetesa, en tanto se acercó a Anne para abrazarla con animosidad, un abrazo que obviamente no fue correspondido. En su lugar, Anne continuaba absorta, perdida ante aquel atropello por parte de Edmund y de esa, esa fulana. Una ramera que de nuevo aparecía en su vida, para en cuestión de horas ponerla boca abajo.

La joven Aldridge continuó comportándose como si nada ocurriera, pasando por alto el desprecio de Anne.

—Y aquí el señor Britton. Lleva en la India más de diez años y ha venido para ampliar su negocio a otras áreas.

—A sus pies señora, su más humilde servidor.

Ni siquiera lo miró, perdida aún en la imagen de Jane frente a ella, como si todavía albergara la esperanza de que todo fuese un mal sueño y que de un momento a otro se desvanecería junto con todo lo ocurrido.

—¿Querida?

Anne miró por fin a su esposo y a su gesto de severa impaciencia. Luego se giró hacia el tal Britton y como pudo le dirigió un tímido saludo con la cabeza a la vez que murmuró un «encantada» apenas audible.

Al segundo, un lacayo los invitó a sentarse en la mesa al anunciar que la cena sería servida en pocos minutos.

Edmund se sentó en una de las cabeceras mientras la otra era ocupada por el otro caballero, así quedaron frente a frente Jane y Anne y esa rivalidad y odio que las había consumido comenzó a vibrar en la habitación.

La conversación no se hizo de rogar. Hablaron, hablaron y hablaron mientras Anne continuaba enmudecida mirando su plato ensimismada, en la forma en que se iba llenando de comida intacta mientras su copa sí que la vaciaba.

El señor Britton le ofreció diálogo en un par de ocasiones con sus consecuentes respuestas volubles y breves. No le salía la voz del cuerpo. La furia estaba ahí, agazapada, intimidada. Toda aquella armadura con la que salió de sus aposentos se había evaporado en segundos, tal el papel es abrasado por el fuego, tal el agua se desvanece bajo las llamas.

¿Por qué le hacía eso su marido? Ellos habían llegado a un acuerdo, hacía ya semanas que habían puesto sobre la mesa lo querido por uno y otro. La joven baronetesa dejó bien claro que para que ella correspondiera en ese matrimonio la figura de Jane Aldridge debía ser borrada por completo.

Las risas de la susodicha llegaban al oído de Anne, rugidos de la hembra que le recuerda al macho lo que le espera si regresa a su lado. El flirteo era más que evidente, uno que se ampliaba al tal Britton. Lady De Featherstone no hacía más que mirar su plato, tenía los ojos fijos en aquellas judías asquerosas que humeaban bajo su nariz. Tenía las manos apretadas, una en la que se clavaba las uñas, la otra rodeando el cuerpo de la copa de vino a riesgo de destrozarlo entre sus dedos.

Y las palabras y modo de ser de la anciana baronetesa revoloteaban en su cabeza a su vez, entre toda esa maraña de sentimientos negativos, entre todo ese bucle de odio hacia su marido y Jane. Ante todo lo que se le planteaba como futuro. Compostura; una baronetesa que podía haber sido duquesa, alguien de su estatus siempre, siempre debía guardar la compostura.

Jane rio ante una tontería de Edmund, ¿cuándo su marido decía tonterías o chascarrillos? La electricidad entre ellos era palpable, algo profundo, de una pasión oscura, algo que tiraba de ellos y solo ellos entendían.

Lo supo, en ese momento fue claro como el agua que había estado tratando de pintar aquel medio día en el bosque: el espectro de Jane siempre estaría bien acomodado en su matrimonio. Y cuando no estuviera presente en espectro lo estaría en carne, en presencia palpable.

—Anne, ¿no tiene usted frío?

Lady De Featherstone la miró con tranquilidad, el cejo arrugado, como si aquello que le había dicho fuera algo inteligible para ella, un idioma desconocido.

Los hoyuelos se marcaban en aquella odiosa cara de fingida inocencia. La señorita Aldridge sabía muy bien dónde dar, qué teclas pulsar para dejarla en evidencia. Miró a Edmund un segundo y luego regresó a posar sus pupilas sobre Jane, pero aquel cervatillo asustado debía salir de allí. Si no pasaba aquella prueba de dominio, Jane siempre tendría ese poder sobre ella y su casa.

Al infierno la compostura. ¿Por qué? ¿Por qué debía ella tragar su dolor mientras Jane era admirada por su poco decoro? Sí, se mostraba recta, sus palabras eran melodía, su risa agradable,

su atuendo apropiado, sus manos reposaban sobre la mesa tal cual debía ser, pero la realidad era otra, bajo aquel ángel se ocultaba una arpía.

Anne sonrió, una sonrisa sin mostrar los dientes, de esas que dejan escapar un poco de aire por la nariz, de esas de autosuficiencia ante lo aburrido, ante lo obvio.

Volvió a mirar brevemente a su marido. Allí estaba él también, midiendo el descaro con el que se había presentado a cenar. Volvió a sonreír y con disimulo se pasó la mano por la marca fresca de su cuello donde inmediatamente Edmund paseó sus ojos, para luego acariciar la muñeca donde se veía la cicatriz que le recordaba su inhumanidad. De Featherstone entrecerró levemente los párpados en una pregunta no verbalizada.

Al segundo Anne se giró hacia el señor Britton y le sonrió.

—Señor Britton, déjeme decirle un par de, digamos, deducciones, afirmaciones o puede que consejos. Por lo escuchado y observado, llego a deducir que tiene usted algún negocio con mi marido; ciertamente, estos le irán bien. Le aseguro que mi esposo es un gran empresario, de cabeza fría, grandes e importantes contactos que lograrán que su negocio en la India prospere de tal manera que le hará bastante rico. Sin embargo, sir De Featherstone no da puntada sin hilo y le puedo asegurar que él ganará mucho más, siempre sin entorpecer lo que le pertenece. Aunque de un tiempo a esta parte he podido constatar que a veces sus promesas caen en sacos rotos. Aquí es donde entra la señorita Jane; sí, ella misma. Es la ramera de mi marido, su amante, y la usa para cerrar algún que otro negocio que requiera el uso de sus cualidades amatorias así como el de su coño.

»¿Que si tengo frío? —rio de manera irónica entre dientes antes de regresar sus pupilas a Jane —. Es usted una mujer muy dada a observar qué falta cometemos los demás. Yo venía a cenar con mi marido, a solas. Estoy en mi casa y entre estas paredes puedo comportarme como me apetezca. Es usted quien se ha metido en mi vida, destrozando lo que podía haber sido algo llevadero. Que si tengo frío. —Anne dejó con furia la servilleta sobre la mesa y se levantó tan sofocada que las patas de la silla chirriaron fuertemente en el suelo—. No se dirija a mí nunca más y mucho menos como Anne. Lo acepte o no, soy la baronetesa lady Anne De Featherstone y si no le queda claro mire los papeles que así lo confirman. Quizá la anciana baronetesa también tenga algo que decir al respecto.

»Que si yo tengo frío, prefiero tener frío que calentar la verga de todo aquel que se presente.

Con orgullo, al menos así lo creyó, salió de la estancia dejando tras de sí a tres personajes bastante estupefactos y se dirigió a la escalera.

De repente, unos pasos amplios y apresurados tras ella la advirtieron de que ya no estaba sola. Aquella enorme mano la agarró del antebrazo haciéndola girar hasta quedar frente a la cara de Edmund, su aliento agitado caía sobre el rostro de la muchacha. El fuego hacía estragos en los ojos del hombre, su gesto severo estaba debatiéndose en duelo con algo más. No obstante, lo que De Featherstone no había esperado era la hoguera que se había encendido por primera vez en los ojos de ella. Sus pupilas echaban chispas. El odio para nada disimulado había demudado aquel hermoso rostro.

Por unos instantes, Anne le mantuvo la mirada, luego bajó los ojos hacia la presión de su mano.

Le hacía daño sí, pero no le daría el gusto de que lo notara.

—¿Crees que esa es la manera en que debe comportarse una baronetesa?

—¿Y tú, sir De featherstone, crees adecuado traer a cenar a tu fulana a mi casa?

Se mantuvieron las miradas unos segundos. Edmund repasó los labios de su esposa con un golpe de pestañas, luego volvió a centrarse en ese fuego que lo quemaba más allá de lo que podía llegar a confesar. Poco a poco fue acercando su rostro, atraído, admirando aquella luz que su esposa irradiaba. Su boca estaba prácticamente pegada a la de ella, pero...

—Ni te atrevas a besarme. No se te ocurra acercarte más a mí si no quieres que te deje en evidencia ante tu invitado. —Anne se soltó de su agarre con brusquedad—. Todavía no entiendo cómo has podido humillarme de esta manera. Has sobrepasado la línea.

—Creo que deberíamos hablar un segundo. Sobre todo cuando la línea la cruzaste tú hace ya algún tiempo.

—¿Hablar? Hablar. Creo que eso debería haber ocurrido esta tarde. Pero no, esta tarde quisiste entretener tu tiempo de otra manera. Además, no entiendo a qué línea te refieres. Ya van dos veces en un día que dejas caer algo sin terminar de decirlo, si tanto quieres saber, ¿por qué no me preguntas directamente? Así nos ahorras a ambos tanta pesadez.

De Featherstone lo valoró un instante, lo justo para volver a la misma conclusión: no debía decir cuánto sabía, solo así podía llevar a cabo su resolución y olvidar el asunto. Tenía que conte nerse y no volver a hacer referencia alguna al secreto que guardaba su esposa.

—Anne, tienes que entender, Jane es... Jane. Yo...

En aquel instante Jane asomó la cabeza por la puerta y apremió a Edmund.

—No hagas esperar a tus invitados.

Edmund levantó la ceja. Era evidente que no le había gustado el rechazo de su esposa, al igual que tampoco le había agradado la interrupción de la señorita Aldridge. Sabía que había perdido mucho con aquel proceder.

Anne continuó observando a su marido sin perder ni un segundo en dirigir sus ojos hacia la ramera que más parecía la dueña de aquella casa.

Edmund chasqueó la lengua después de medir la mirada de su mujer, se giró y dirigió hacia el comedor mientras Anne subía la escalera hasta llegar a su alcoba donde entró y cerró la puerta tras de sí. Se apoyó en la madera abrazándose el cuerpo con sus manos. Temblaba. Temblaba tanto que le castañeaban los dientes. Dentro de ella todo era un gran revoltijo. Odio, humillación, rencor, lástima por sí misma e impotencia. Una gran impotencia que la hacía casi no poder respirar.

Unos suaves golpes en la puerta y la voz de Alice pidiendo permiso para entrar la sacaron levemente del estupor. Agarró la manija, la dejó entrar y ordenó que cerrara con pestillo.

La sirvienta observó un segundo a su ama y comenzó a trabajar a su alrededor, disponiendo todo para mayor comodidad de su señora. Avivó el fuego, deshizo el moño que mantenía al descubierto su cuello, le quitó el vestido y la arropó con un camisón. Luego la metió en la cama, todo ello sin mediar palabra, aunque en realidad su gesto severo lo revelaba todo.

Y en tanto todas estas acciones sucedían a su alrededor, Anne solo podía mirar, mirar hacia una

gran nada. Un peso en el pecho se fue instalando hasta casi no poder coger aire, por lo que su respiración era harto agitada. Se sentía engañada, maltratada, ultrajada, violentada. Y aquella impotencia crecía en su interior y por más que la sirvienta la arropaba, nada hacía que ese frío se esfumara; el castañeteo de dientes era cada vez mayor, su ceño fruncido cada vez más pronunciado y su poco entendimiento cada vez más acusado.

—Respire. Respire, mi señora —la apremió en tanto le entregaba una copa de licor.

Anne miró un momento a Alice, con aquel cejo extraño. La miró unos segundos y se concentró en aquello que le había dicho: respirar. Respirar y beber. Beber y tragar. Tragar y digerir lo que le estaba pasando.

Así lo hizo, durante no supo cuánto tiempo mientras continuaba mirando a Alice, esa doncella que la mantenía anclada a esa realidad, la única verdad que le impedía volverse loca.

¿Cómo había sido posible? ¿En qué momento había bajado tanto la guardia como para no darse cuenta de que su marido jamás iba a cambiar? ¿Cuándo había sido tan incrédula como para considerar que Jane Aldridge desaparecería de su vida con tanta elegancia? ¿Y qué podía hacer? ¿Qué?

Solo era una mujer. Una esposa. Un insignificante insecto dispuesto para engendrar.

—Las... —Su voz sonó ronca, apenas un hilo de voz. Carraspeó tratando de aclarar su garganta —. Las hierbas, aquella poción.

—Todos los días, no debe preocuparse.

Ciertamente, Anne no supo si Alice podía llegar a entender cuán agradable y necesario era ser conocedora de esa puntualización en su vida. Al menos sabía que era imposible estar en estado.

Bajó la cabeza y comenzó a acariciar su propia frente, un gesto que hacía bastante tiempo que no llevaba a cabo. Le aportaba calma, le ayudaba a aclarar sus ideas, pero en este caso poco o nada podía hacer.

—Es imposible, Alice. Mi condición es imposible. No tiene remedio. Solo me queda tragar.

El silencio de la sirvienta llamó la atención de su señora. Así, esta la miró interrogativa tratando de leer algo más. Y sí, había algo más, el frunce de sus labios así lo delataban.

—¿Qué sabes?

—Yo, Lady De Featherstone, yo pensé que usted, que mi señora ya lo sabía.

—¿Saber el qué?

Alice se restregó las manos nerviosa.

—Dímelo, muchacha. ¿No te das cuenta de que solo te tengo a ti?

La sirvienta cerró los párpados haciendo acopio del coraje suficiente para enfrentarse a la verdad: debía abrir los ojos de su señora. Tomó las manos de esta y las abrazó.

—Yo pensé que usted era conocedora de todo cuanto acontecía. El señor... La señorita Aldridge... Ellos nunca-nunca han...

—Ellos nunca han dejado de verse. —Alice afirmó con un gesto—. Y la cornuda es la última en enterarse.

—Lady Anne, yo pensé que usted lo sabía. Yo creí que usted lo llevaba con dignidad.

—Con dignidad. No sé cómo se puede llevar algo así de manera digna. ¡Ese bastardo! —Anne

se levantó con premura y rabia de la cama y se puso la bata que descansaba en una butaca—. Nunca ha dejado de verla. Al menos podía ser cauteloso y no traerla bajo mi propio techo. —Vació la copa de un solo trago y la volvió a rellenar hasta el filo.

—Bueno, en realidad, sí ha habido un tiempo. Al principio de arreglarse con usted, no volvió a verla. Luego, después de unas semanas, o no sé. Al poco de llegar a la ciudad. Cuando ustedes decidieron venir aquí. El segundo día de su llegada, el señor recibió correo y pude ver que la persona que se lo mandaba era esa señorita. La cosa no estaba decidida, pero esa mujer... Esa ramera vino un día en el que mi señora estaba ausente por la invitación de una amiga. A partir de ahí, retomaron sus visitas.

Anne daba vueltas a la habitación, un león enjaulado estaba más tranquilo que ella.

—¿Aquí? ¿Cómo? ¿Cómo es posible?—preguntó derramando parte del licor sobre su camisón.

—Aquí no, mi señora, en la ciudad.

—¿Cuándo? —volvió a dar otro gran sorbo.

—Cuando decía ir a atender sus negocios.

—Unas diez veces. No, más —paró en seco cavilando—. Una vez por semana, en ocasiones dos, creo recordar. Y mientras tanto —volvió a retomar nerviosa las zancadas por el piso—, yo me he tragado el anzuelo como un estúpido pececillo hambriento. ¡Hambriento de sus mentiras!

Con saña estrelló la copa contra la pared. Alice se sobresaltó, pero no se movió de su sitio, mientras observaba cómo su señora en esta ocasión agarraba la botella y empinaba el codo, bebiendo de tal manera que parte del líquido chorreaba por su garganta y empapaba el escote del camisón.

Pasaron los minutos. Minutos en los que la fiera enjaulada no paraba de beber, trago tras trago, en tanto sus pies desgastaban los listones de madera del suelo.

Luego llegó el llanto y una Anne derrotada se dejó caer a mitad del piso. Lloraba, lloraba sin parar, parte culpa del alcohol y de esa pena que no podía ahogar en él.

Y de repente la risa. Unas carcajadas dementes que borboteaban de su garganta.

Para pasar al silencio. Un silencio acompañado de sus ojos enfocados en el techo.

Solo entonces Alice se acercó a ella, se sentó a su lado y como pudo la acurrucó en su regazo. La tarea no fue fácil, estaba lacia, sin vida, solo el parpadeo de sus ojos y el calor de su piel constataban que había vida en aquel cuerpo.

Lady De Featherstone miró a Alice, como pudo enfocó sus pupilas sobre aquel rostro.

—Mi vida es un desastre —masculló de manera casi inteligible.

—Oh, lady Anne. No diga eso.

—Lo es. Y ¿sabes lo peor? Lo peor es que no tengo escapatoria. Lo peor es que me pasaré la vida viviendo en una jaula de oro. Viviendo una gran mentira. Yo-yo era conocedora de que en ocasiones los hombres tienen que entregarse al libertinaje, incluso sabía que podían llegar a obtener los favores de alguna damisela, pero todo bajo un estricto secreto. Sin embargo, ahí abajo está, ¡esa puta! ¡Esa ramera! —gritó hacia la puerta con intención de que la escucharan más allá de esa habitación.

Entre cada verdad que gritaba gracias a su sangre alterada, Alice se esforzaba por calmarla, por

aunque solo fuera acompañarla en esos momentos. Y cuando por fin observó que su señora iba a ser vencida por la sobrecarga de licor, como pudo la metió en la cama y se quedó junto a ella hasta las claras del día.

Capítulo 22

Anne no bajó a desayunar. Su resaca era monumental, eso, añadido al sumo grado de humillación imposibilitaban tener los arrestos necesarios para hacerlo. Todavía no sabía cómo tomar aquello, es decir, por todos era conocido el comportamiento de la mayoría de los hombres. Pero ella no sabía cómo ser capaz de lidiar con algo semejante. Si al menos hubiese continuado haciéndolo a escondidas, de tal modo que fuese un secreto a voces.

Ella no lo amaba.

Una punzada quebró parte de su cerebro por unos instantes. Comenzó a masajearse las sienes con lentitud. Quería poder desechar ese pensamiento, esas imágenes y palabras. Tirarlas a un lado y seguir con su vida como si nada. Pero le era harto imposible. Las palabras se repetían en su cabeza cada vez con más firmeza, y la imagen de Jane Aldridge asomando por la puerta y llamando a su esposo con esa desenvoltura y posesión, eso la mataba.

¿Cómo, por los clavos de Cristo, podía permitir cosa semejante?

Alice llamó a la puerta y, tras un esfuerzo hercúleo, le dio permiso para entrar, más fue un mugido que palabras. Sobre la mesa dejó una bandeja. Luego abrió una sola pata de cortina, la que quedaba más alejada de la cama para impedir incomodar a su señora. Volvió a tomar la bandeja y se sentó al lado de una ojerosa Anne. En sus ojos, lady De Featherstone podía intuir la tristeza que le producía su situación. Alice comenzó a dar de comer a la baronetesa y esta, cual marioneta, se dejó hacer. No tenía ganas de discutir, de pensar, y esas imágenes y palabras no la dejaban en paz. Con un dedo tembloroso indicó la licorera. La sirviente negó levemente, pero al ver que la misma baronetesa se levantaría para cogerla, se la alcanzó.

Un nuevo día bebiendo. Bebiendo y comiendo en la cama, aunque las ingestas de comida eran cada vez menores.

Y así otro y otro logrando que su esposo se impacientara ante su ausencia, al menos eso le decía Alice cuando iba a verla, pero Anne no podía soportar pensar en ir a su encuentro. No cuando un día sí y otro también veía por la ventana la llegada y la ida de Jane Aldridge. No cuando sabía que su marido había sucumbido de nuevo a su pasado.

Hasta que, pocos días después, la doncella le dijo que sir De Featherstone reclamaba su presencia, allá en los campos cultivados, sin aceptar una negativa como intercambio.

Anne quiso negarse, hacer que fuera él el que acudiera a su alcoba, pero después de sopesarlo, cayó en la cuenta de cuán asquerosa le resultaba la imagen de su presencia en aquella estancia.

Como pudo se levantó de la butaca y requirió que Alice la vistiera. No fue fácil, el tembleque de sus manos, el poco afinado equilibrio de su cuerpo la habían obligado a parar de beber si quería montar en su yegua para llegar al prado.

No quería ir, pero estaba atrapada, su sola unión la obligaba a obedecer, aquella era la conclusión de todo: obediencia a su esposo. Obediencia a su voluntad y caprichos, tal y como la habían enseñado desde que tuvo uso de razón. No obstante, dentro de ella vivía esa parte rebelde, esa oscuridad que se rebelaba contra todo aquello, ¿por qué por ser mujer tenía que soportar ese tipo de humillaciones? ¿Por qué por ser mujer e hija, ese objeto que usar como moneda de cambio, había tenido que renunciar a lo más grande que le había pasado en su vida?

No quiso continuar por ese camino de oscuridad, andar por ahí era peligroso. Y sabía muy bien que si antes Edmund no había dado la orden era solo para intentar que ella misma entendiera la situación en la que se encontraba. Encima, debía agradecer tal displicencia hacia su persona.

Con la rojez que solo se haya al acontecer el llanto rodeando sus pestañas, tomó un nuevo o antiguo sorbo de vino, a saber, dada su circunstancia ya no sabía ni dónde estaba de pie, ni si era ayer o mañana, ni si en las horas de luz que se asomaban a través de los filos de las cortinas cerradas se asomaba el ocaso o el crepúsculo; siempre que llegaba el momento se arrojaba con los brazos abiertos a la inconsciencia.

Necesitaba que el alcohol la inundara de fortaleza para alejar aquel pensamiento. Aquella amarga despedida que hacía más de un año le arrancó el corazón. A veces se preguntaba cómo podía seguir caminando adelante sin mirar atrás, ¿cómo pudo hacer lo que hizo? ¿Cómo pudo llevar a cabo lo que la obligaron a hacer?

Un par de tragos y, por fin, consiguió entrar en ese estado de saber lo que se hace, pero manteniendo un desapego general.

Al salir al patio de entrada vio que a un lado la esperaba un pequeño faetón junto al conductor que la llevaría hasta allí. Sin embargo, después de despacharlo logró llegar a las caballerizas y ordenó al mozo de cuadra ensillar a su yegua con premura logrando gran nerviosismo en las manos certeras del muchacho. Una vez hecho, fue a montar a su yegua, pero la presencia inesperada de Alice tras ella impidió que siquiera pusiera un pie en el estribo. Una sola mirada hizo entender a Anne que no estaba en condiciones de cabalgar. Y quiso hacerle caso, una parte de ella sabía que tenía razón, pero algo se impuso y, sin pronunciar ni media palabra, se subió como pudo, dejando tras de sí el alboroto producido entre sirvienta y mozo de cuadra.

Al principio la estabilidad sobre lady Blue era más bien precaria, el montar de lado hacía que peligrara su centro de equilibrio. Unos peñascos a lo lejos la alentaron a detenerse, desmontó y pegó a la bestia en el costado del más alto. Luego, arrastrándose sobre ellos, se subió a la piedra. ¿Qué más daba los posibles desgarrones en su vestimenta, una que le quedaba bastante holgada por cierto? Sin parar de hablar al animal, logró pasar una pierna por lo alto y así quedó sentada a horcajadas, como un hombre. Más estable en el centro de su cuerpo, más viable para no caerse y partirse la crisma. De nuevo el egoísmo de los hombres ante ella, una verdad más que sumar a la larga lista de imposiciones absurdas a las damas.

Con los talones espoleó los flancos de la hembra y pegó su cuerpo al cuello del animal, así se sentía menos mareada, como si fuese parte de aquel cuerpo robusto, poderoso. Saltó un matorral y la sensación de esa ínfima libertad hizo asomar una sonrisa. Continuó cabalgando, pidiéndole más a sus músculos y volvió a saltar, esta vez más alto, esta vez más libre.

Los prados de siembra se divisaron a lo lejos, y de nuevo sintió aquel peso en el pecho que la oprimía. Ver la tierra que daba fruto la hacía ahogarse, la hacía sentir que se acercaba a la soga que la mantenía atada. Aquel viaje solo era un paso más para rodear su cuello un poco más opresivo, solo para facilitarle a su marido apretar más el nudo.

Miró hacia un lado, refrenando con entereza el ímpetu de sus lágrimas, mientras ante ella se extendía un campo yermo, limitado por un cercado que se perdía entre la arboleda. Más allá el horizonte, uno libre de ataduras, de llanto, uno libre de humillaciones.

Podía marcharse, podía intentarlo, alejarse de todo ese desastre de vida que ella misma se había impuesto cuando por rabia le dio el sí. El recuerdo de Humphrey estalló con el impacto de un rayo. Sus palabras, sus mentiras. Hermanos, tal para cual, tan diferentes e iguales. Gemelos, al fin y al cabo.

Tiró de la rienda de la bestia y continuó cabalgando con la rabia asomando a sus dientes apretados. Los campos cultivados se fueron quedando a un lado, desplazados, atrás, pero todavía cercanos. Quiso huir, marcharse y lo estaba haciendo. Una chispa de esperanza comenzó a arder en su corazón. Podía hacerlo, quería y podía.

Y siguió adelante sin mirar atrás, casi tocando la libertad con la punta de los dedos. Y, de repente, una figura en la línea del vallado al que casi había llegado. Una figura sobre un caballo, un hombre de piel oscura y pelo largo repleto de una especie de gruesas trenzas. Serio, seguro. En su gesto un aviso, conciso y directo: *da la vuelta*.

Por el temor que le tenía casi hizo el amago de parar, un solo segundo le bastó para tomar la determinación de continuar, de luchar por lo que realmente deseaba. Ella solo quería irse, marchar, no pedía nada a cambio. Solo deseaba dejar libre a Edmund, que hiciera lo que quisiera pero lejos de ella; de ella, de su piel y de su mente, de su esencia. Porque sabía, sabía que si continuaba a su lado la iba a quebrar y no hablaba solo de su cuerpo.

Tiró de la riendas del caballo con la intención de esquivar a Maurice, este sonrió e instantáneamente su gesto demudó a uno de alerta agradecida. Cuánto le había gustado el desafío. Corrigió el rumbo de su caballo y fue tras ella con la intención de cortarle el paso.

Anne animaba al caballo, más rápido, más lejos, mientras Maurice acortaba la distancia entre ellos. Estaba claro que de seguir así terminaría por darle caza y, sin embargo, paró en seco dejándole el camino libre. Un solo vistazo le hizo ver que aquella sonrisa maliciosa volvía a subir las comisuras de su boca. Pero no se permitió pararse a pensar en eso. Frente a ella se erguía el muro que delimitaba sus tierras con el bosque salvaje envuelto en una casi imperceptible humareda que llegaba arrastrada por la brisa desde los campos de labriego donde los campesinos quemaban la maleza que podría poner en peligro de incendio a los maizales; un salto y sería libre. Bajó la cabeza preparándose para saltar, dando a entender a lady Blue que se preparara también, separó su cuerpo y tras una orden quedó un poco floja permitiendo a la bestia hacer su trabajo con soltura. Sin embargo, a unos escasos pasos de la tapia la yegua paró en seco levantando sus patas delanteras y derribando así a su amazona.

* * *

—¿Se puede hacer algo?

—Lo siento, sir De Featherstone. Hay que esperar.

De tarde en tarde había sentido algún comentario lejano, abotargados llegaban los murmullos a sus oídos. Luego se hacía el silencio, para con sutileza volver a golpearla en el tímpano, y esta acción se repetía, una y otra vez, tal la primavera llegaba e iba dejando paso al verano, luego el otoño e invierno, así su cuerpo pasaba por diferentes temperaturas, y esas voces de tarde en tarde acompañadas por su desgana a hablar, ¡qué sueño tan peculiar! Se repetía y repetía hasta la saciedad.

Le quemaban las sábanas. No. En realidad estaban empapadas. Espera. Puede que no fuesen sábanas, sino el duro suelo helado de enero allá en las tierras escocesas. Volvía a quemar. Acariciaban su piel para torturarla. Escalofríos. Un túnel a lo lejos, oscuridad. Matorrales pinchaban sus brazos. Sensaciones frías y húmedas en su frente. Pesadez. Ligereza.

Tenía el cerebro suelto en su cabeza, al menos eso le provocaba el crujir de la leña dentro de su cráneo. Cada chasquido se hacía insufrible.

Comenzó a volver en sí, por fin el sueño, aunque perezoso, se marchaba. Notaba una pesadez en todo el cuerpo, así como dolor generalizado y una gran punzada en su baja espalda. Se detuvo ahí unos segundos, tratando de entender qué pasaba. Le costaba lo indecible abrir los párpados, siquiera mover los dedos de las manos y qué decir de los pies. Trató de menearlos, pero no podía llegar a encontrar la clave para hacerlo, ¿cómo se movían las piernas?

De nuevo ese vacío volvía a tirar de ella rogándole que regresara a dormir, que se zambullera en el silencio donde la promesa del malestar se disipaba. Donde solo la envolvía una negrura pacífica.

Pero no, había algo más y sabía que tenía que salir de ahí, no podía soltar el hilo de la cordura, ese que la mantenía atada a la vida.

Y luchó, comenzó a agarrarse a ese hilo, se sujetaba fuerte tirando del peso de su cuerpo hacia arriba, hacia la luz que poco a poco iba tomando forma debajo de sus párpados.

Sabía que su gesto se vería contraído por el esfuerzo.

De repente, una mano fría sobre su antebrazo y su nombre pronunciado con suavidad desde lo lejos. Luego unos pasos, el chasquido de la puerta al abrirse y una carrera por el pasillo.

A riesgo de que el cerebro fuera expulsado finalmente de su cabeza, se concentró todo lo que daba de sí en lograr abrir los ojos, se hacía indispensable ver la luz. Al fin sintió sus globos oculares dar vueltas sin parar bajo sus párpados. Le dolían, realmente ardían, pero su empecinamiento iba más allá del dolor. Volvió a tomar aire, nada del otro mundo, solo el que le permitían sus fuerzas, y reanudó su quehacer. Logró pestañear levemente. Parecía tener los párpados pegados y, de repente, con sumo dolor su mano se movió sin tener que ordenárselo. Una victoria que sumar a ese momento. Apenas rozó sus pestañas, mojó un dedo con saliva y volvió a rozar la línea de pelo. Aquel ojo se abrió, dejándola ver una imagen difuminada frente a sí, luego logró abrir el otro, solo una rendija, parpadeó con tranquilidad; se tomó su tiempo, sí. Por lo poco que había sentido hasta el momento, sabía que su estado no estaba para muchas exigencias.

Poco a poco movió la cabeza. Primero a un lado, estaba en su alcoba. Luego al otro, una butaca pegada a su cama y sobre el asiento los aperos del arreglo de un descosido.

Cerró los ojos de nuevo, escocían. Varios pasos diligentes desde el pasillo la conminaron a, perezosa, abrirlos de nuevo. Y, al instante, Edmund bajo el dintel de la puerta, observándola. Se tomó un momento para mirarla, no había entrecejo fruncido, tampoco preocupación, solo vacío. Vacío y aquel frío extravagante que en el pasado lo había precedido. Con paso relajado entró en la habitación, como si aquellos diligentes que había escuchado hubiesen sido malinterpretados. Y de inmediato los volantes de una falda la precedieron: Jane Aldridge. Ella y su bello rostro, modales ejemplares y mirada de suficiencia. Y no pudo, no pudo con eso. Era demasiado. Justo el empuje necesario para tratar de incorporarse.

Anne intentó sentarse, quería mostrar la furia que su presencia le provocaba. Y lo peor, lo peor de todo fue cuando esas mismas manos odiosas fueron a su auxilio, cuando aquel cuerpo femenino y ese olor suyo la envolvieron al arrojarse para ponerle los almohadones de tal forma que pudiera estar algo más elevada.

Lady De Featherstone la miró con rabia mientras se afanaba servicial a acomodarla.

—Fuera —dijo con la voz quebrada, casi inexistente, tras un esfuerzo sobrehumano.

La señorita Jane la miró sorprendida como si fuese testigo de un milagro al tiempo que levantaba sus ojos hacia Edmund, otro en cuyo semblante se mostraba el asombro. Jane regresó sus pupilas a la boca de la que un día le entregó su confianza e hizo el amago de sonreír, aunque en sus ojos despreciables Anne podía leer el coraje que, en realidad, le daba el hecho de mirarla.

—Fuera —repitió temblando, en tanto su cuerpo se apoderaba de la fuerza que buscaba lo que aquel momento le provocaba—. ¡Largo de aquí! —logró pronunciar bien alto, aunque con la voz rota.

Jane se sobresaltó e inmediatamente se retiró y miró a Edmund quien, con un solo movimiento de barbilla, ordenó que se marchara.

Pasaron los minutos, De Featherstone miraba por la ventana, las sombras pedían tener su papel protagonista mientras Anne tenía los ojos clavados en su espalda, ¿cómo había podido suponer que le agradaría ver a esa ramera en su alcoba?

Un escozor entre sus piernas hizo que tomara aire a través de sus dientes siseando por el esfuerzo. De Featherstone se acercó a la cama en un par de largos pasos.

Levantó la mano para tocarla, a su rostro se asomó algo así como un deje de preocupación que se esfumó tras una evidente lucha interna.

—Enseguida vendrán a ayudarte —dijo, escondiendo las manos tras la espalda en tanto se volvía a erguir cuán alto era.

Su esposa lo miró con el gesto contraído de dolor, esperando que la molestia se diluyera un poco. Tras unos segundos de lucha, evidente en su ceño fruncido, Edmund fue a quitar algunos almohadones para que volviera a recostarse, pero ella, tras levantar su trémula mano, se lo impidió, haciendo que el baronet se alejara unos pasos, dilatando así las arrugas de su frente, regresando a él aquel gesto pétreo.

Los segundos volvieron a pasar, así como esa molestia tan profunda. Era un dolor extraño, algo

que se contraía en su interior unido a aquel otro que se expandía en la parte baja de su espalda. Fue entonces cuando se atrevió a tocar entre sus piernas y lo que encontró la desconcertó. Volvió la mirada hacia su marido, miles de preguntas se atropellaban en su rostro, pero solo una era la primera.

—¿Qué-qué es esto? —preguntó mientras miraba su mano excesivamente ensangrentada.

—Oh, magnífico, es maravilloso verla despierta. Verdaderamente, maravilloso.

Sonrojada, Anne escondió la mano de inmediato.

Un hombre de pelo cano, traje de algodón y gesto resuelto, la miraba desde la entrada. Luego se acercó a ella, también con un andar despejado y agarró su muñeca poniendo una de sus yemas sobre una vena, en tanto le tocaba la frente con la palma.

—¿Cómo se encuentra?

Anne miró interrogativa a Edmund, luego a Alice que estaba esperando a los pies de la cama y después hacia ese hombre que la toqueteaba.

—Oh, es cierto, espero sepa disculpar mi manera poco ortodoxa de avasallarla. Después de tantos días de cuidados es como si la conociera de toda la vida. Deduzco que desconoce quién soy. —Apenas levantó la vista hacia el señor de la casa para enseguida regresarla a lady De Featherstone, quien negaba con un breve gesto—. Soy el doctor Claxton. Nos ha tenido usted bastante preocupados.

La muchacha hizo un recorrido por la estancia: Edmund, Alice y ese tal doctor Claxton; a los pies de la cama una mesa con un maletín grueso, uno de médico; sobre la cajonera, al lado de la puerta, una bandeja, en ella creyó distinguir algunos trocitos de tela, tijeras, un bol de porcelana, y un mareo le impidió continuar el escrutinio.

—No debe esforzarse —le aconsejó Claxton mientras empujaba sus hombros hacia atrás.

—¿Y bien, señor Claxton? —preguntó De Featherstone con apenas una fina línea en sus labios junto a unas protuberantes ojeras.

El doctor miró a Edmund con una sonrisa indecisa y dijo:

—Quizá sea mejor hablar en otro lado.

Anne arrugó el entrecejo.

—Yo —carraspeó e inmediatamente Alice se puso en movimiento y le acercó un vaso de agua a sus labios, gesto que la joven baronetesa agradeció. Bebió y volvió a carraspear dejando de lado su dolor de cabeza y continuó—: Doctor, espero tenga a bien decir lo que tenga que decir en mi presencia.

El caballero miró a su esposo interrogativo, pasaron unos segundos en el que el reloj de la estancia tomó protagonismo.

—De acuerdo —consintió De Featherstone, luego de mirar brevemente a su esposa.

—Bien. —Claxton reparó un segundo en Alice que tras un casi inexistente gesto de su marido salió de la estancia, restregándose las manos con fuerza frente a su estómago, con la cabeza gacha y la mirada clavada en el suelo para, cuando fue a cerrar la puerta, echar un vistazo a su señora y hacer un mohín de tristeza antes de desaparecer.

El doctor se colocó bien las gafas que se habían resbalado por el tabique de su nariz, luego

encaró las yemas de los dedos de ambas manos frente a su pecho y se llevó los dedos índices hasta golpear rítmicamente sus labios, obviamente deliberando por dónde era mejor empezar.

—¿Cuánto tiempo llevo en esta cama? —preguntó áspera. Había necesitado romper el silencio, necesitaba enfrentarse a lo que fuera ya, tantos segundos corriendo sin saber lo que ocurría. La tristeza de Alice, el silencio y la frialdad de Edmund, junto a esa preocupación que no quería mostrar.

—¿Qué es lo último que recuerda?

Vio la imagen del muro y de la yegua asustada que la había dejado caer y así lo hizo saber, con sus necesitadas pausas, con continuos sorbos al vaso de agua. Luego calló, esperando que el doctor recogiera el testigo y por fin arrancara a hablar.

—Lady De Featherstone, como bien ha recordado, ha sufrido la caída de un caballo; una caída grave. Cuando llegué, tras la llamada de su marido, había perdido el conocimiento y ha estado así por el periodo de cuatro días en los que hemos temido por su vida.

Anne tragó saliva y miró a Edmund, sus brazos pasados tras la espalda, rictus grave y mandíbula apretada, se notaba la manera en que presionaba una y otra vez los músculos maxilares mientras luchaba por mantener despejada su frente y mirada, una que la observaba sin delatar nada.

—Por favor, prosiga, doctor. —Y para dar más énfasis a su petición la muchacha agarró el brazo del médico con fuerza lastimera y aclaró:—Prosiga y no pare hasta llegar a su recién conclusión.

De ese modo, el señor Claxton dijo lo siguiente: que debido a la caída se había dado un fuerte golpe en la parte trasera de la cabeza y que si en un principio había temido que pudiera sufrir algún tipo de laguna mental ese hecho se había disipado instantáneamente al constatar que recordaba lo sucedido. Que también había sufrido lesiones y golpes en otras partes del cuerpo, la mayoría de origen poco preocupante, excepto por una pisada en la parte baja de la espalda, sufrida por la yegua; hecho asegurado debido a la marca de la herradura sobre su piel.

Después de aquello se hizo de nuevo el silencio, sin conclusiones, solo esa mirada intensa que el doctor había dirigido a Edmund.

Los ojos de lady De Featherstone se movían nerviosos entre los dos varones, testigos de una conversación silenciosa entre ellos, mientras su garganta y entendimiento clamaban a gritos ser calmados por el sosiego que solo le aportaba el alcohol.

Algo iba mal, muy mal. Y no quería dejar pasar ni un segundo más sin saber lo que era.

—Doctor, por favor, continúe, sea lo que sea. Estoy preparada. —Dejó correr un par de segundos y añadió más para sí:— Debo estar preparada.

Claxton fue a hablar, pero Edmund se lo impidió tras fijar la mirada en la cama, examinando a su mujer:

—Doctor, le ruego me deje a solas con mi esposa.

—No, yo quiero saber más, todo.

El baronet ignoró la petición de lady Anne, así como el ruego implícito en su gesto.

—Salga, señor Claxton.

No hubo más que decir, el tono autoritario del antiguo Edmund había dejado claro su deseo. Después de un asentimiento, marchó de la habitación, cerrando la puerta tras de sí.

De Featherstone, quien no había apartado la mirada de Anne, se acercó a la licorera y se sirvió un par de copas que ingirió de un solo trago. Ninguna fue a parar al gaznate de la muchacha, una joven a la que temblaban las manos por el deseo de sentir la tranquilidad del frío cristal del vaso entre sus dedos. Luego, su profunda respiración masculina llenó la habitación; después de exhalar, giró su cuerpo y se acercó con paso seguro hasta quedar al lado de Anne. No se sentó, no hizo el amago de tomarla de la mano, solo la miró, tragó saliva y mojó sus labios como anticipo al comienzo de la confesión, en tanto dejaba los brazos sueltos a los lados de su cuerpo.

—Te encontré tirada boca abajo. Me avisó Maurice, quien en ese momento estaba a lo lejos, tratando de calmar el miedo de la yegua. Tus faldas estaban manchadas de sangre. —Apretó los párpados un momento, contrayendo el rostro en una especie de gesto dolorido, luego lo relajó quedando solo vacío—. Lady Blue se había asustado al oler el humo de una hoguera que había sido prendida cerca de los maizales. Jamás se debe obligar a acercarse un caballo a un lugar con fuego o humo, sobre todo a lady Blue. —Las aletas de su nariz se movieron levemente, era lo más parecido a un ademán colérico. Se estaba aguantando, la represión de sus verdaderas emociones era obvia—. Sobre todo si no son caballos preparados para el bullicio de la batalla, el olor a sangre y a quemado.

Hizo una pausa.

»De la mayoría de las contusiones te repondrás, pero... —Alzó la mano con la clara intención de acariciar el rostro magullado de su esposa, dejando la acción sin acabar, le costaba terminar de revelar la realidad. Anne levantó la mano y acarició el dorso de la de su marido. Lo soportaría, estaba preparada. La garganta de De Featherstone volvió a tragar visiblemente, frunció los labios y, tras apartar los dedos, continuó; odiaba aquella nueva situación—. El pisotón de la yegua puede haber ocasionado lesiones en tus piernas.

Después de un segundo de confusión Anne dejó escapar el aire abruptamente, ese giro era inesperado. No obstante, el baronet no le dio opción a siquiera abrir la boca. Era indispensable desvelar la verdad. Enfrentar el nuevo futuro que se había interpuesto en sus vidas.

—El doctor Claxton dice que no sabremos si podrás andar hasta que la inflamación de la zona vaya bajando. Puede que sí, ya que en un principio dijo que quizá no pudieras siquiera moverte de cuello para abajo, pero después de lo visto...

Anne se mordía el labio. Había clavado sus pupilas suplicantes e interrogantes sobre Edmund. No andar, quizá no volvería a andar.

Se concentró en sus piernas, en sus pies; intentó moverlos, pero le era imposible. El nudo en su garganta se acrecentaba con cada segundo que pasaba, oprimiendo su pecho. Y, aun así, lo intentó de nuevo, obteniendo el mismo resultado. Volvió sus ojos hacia Edmund, cuyo gesto estaba petrificado en la frialdad. La preocupación primaria se había desvanecido; su halo era distante, y ni siquiera un atisbo de lástima cruzaba las líneas de su frente.

—Hay algo más —añadió con voz dura, mirándola desde su altura casi sin pestañear—. No podrás engendrar hijos.

Y, de repente, un peso enorme la aplastó contra el colchón de lana. La empujó hacia abajo. Sus pulmones se habían quedado sin aire. Se mareó, comenzó a parpadear sin parar, mirando a todas partes sin ver nada. El sentido del espacio-tiempo quedó suspendido en el aire; el momento se había detenido, ni siquiera las motas de polvo que jugueteaban en el rayo de luz, que iba muriendo a lo lejos, estaban dispuestas a interrumpir, también confundidas, desorientadas como la muchacha que buscaba una respuesta atrapada en el lecho.

Los engranajes de su mente se movían con rapidez evaluando los sucesos y los hechos. Casi sin pensarlo acarició su vientre. A partir de ese momento no podía volver a tener la opción de decisión, todo era irremediable.

Trató de escudarse en el hecho de que no quería tener hijos, pero así, por la fuerza, sin preverlo.

El cosquilleo de una lágrima cayendo hizo que mirara a Edmund, quería entender, saber por qué, mucho más allá de la respuesta simple: «porque un caballo te ha partido en dos». Quería entender por qué se sentía así, ¿realmente era por no poder tener hijos o más bien porque quizá no volvería a andar?

De repente, Edmund apareció a su lado, con un dedo recogió la lágrima y apoyó el otro brazo sobre la parte contraria de su rostro, quedando así reclinado sobre ella, las caras casi pegadas. La intensidad de esa hoguera azul que la contemplaba ardía más allá de lo entendible y esperado, era un rostro temeroso que nunca antes había irrumpido en ese hombre.

—No pude salvarle —murmuró rápido y abatido—. Aquella sangre brotaba de ti. Mi hijo envuelto en esa masa de...—miró su mano recordando el momento—. Desesperado quise pararla, puse mis manos ahí. Intentando impedir la salida de aquel flujo que olía a hierro y que quemaba mis fosas nasales.—Con esa misma palma acunó el mentón de la muchacha—. Lo intenté, Anne, con todas mis fuerzas. ¡Juro que lo intenté!

—Pero yo, no es posible. Yo no estaba embarazada.

Por un instante Anne pensó que la besaría; sin embargo, aquellos pocos centímetros que Edmund había propasado fueron quedando en el olvido y, finalmente, quedó sentado en el filo del colchón mirando a la nada que tenía frente a sí.

—Todavía intento comprender por qué lo hiciste, qué te llevó a hacerlo. Tú tenías que saberlo. —La miró con intensidad y rabia en la voz—. Te enseñé muchas cosas sobre los caballos; conoces a lady Blue, ella no está preparada para estas situaciones. Le pediste un imposible.

—No es la primera vez que la yegua y yo saltamos juntas, y hasta este momento lo ha hecho sin que le temblara un músculo —la contestación brotó de sus labios sin ser requerida—. Ella solo se asustó del humo. La culpa es mía, en efecto. Cometí una imprudencia.

—Una imprudencia que ahora tenemos que pagar con creces.

El silencio se hizo entre ellos, reemplazado poco a poco por la carga poderosa del glacial que habitaba en el baronet.

—¿Te das cuenta de lo que significa todo esto? ¿Te haces una idea de la situación en la que nos has puesto?

—Yo, lo siento. De veras. Mírame, quizá no pueda volver a caminar.

—¡Ese es el menor de los males!

Lady De Featherstone quedó muda ante tal afirmación. El menor de los males. Ese solo era el menor de los males. Y ya no pudo más, después de todo lo pasado, ya no quiso callar.

—¡El menor de los males dices! ¿Qué hay peor que quizá no volver a pasear por el campo? ¿Qué puede haber peor que depender de alguien en cada momento? ¿Estar para siempre anclada a una silla o la cama? Dime, ¡¿qué puede ser tan horrible como una vida rota nada más empezar?!

—La imposibilidad de comenzarla.

El rostro de Edmund volvió a su estado natural: su piel era como piedra, pulida y sin sentimiento; sus ojos vacíos, eternos, inmutables; y su boca rígida, al igual que su voz, átona y dictatorial.

Ante tal estupidez, la baronetesa frunció el ceño; aquello tenía que ser una broma.

—La imposibilidad de engendrar y, por consiguiente, de dar continuidad a mi linaje, mi apellido, y el título que poseo. —Anne fue a decir algo, se sentía mareada, el cuerpo le temblaba cada vez con más violencia—. Descansa. Es obvio que esta situación no es buena para ti. Ambos necesitamos descansar.

Con el cuerpo pesado, el baronet caminó hacia la salida, pero a mitad de su paso Anne le interrumpió.

—¿Qué hace ella aquí?

No hacía falta ser muy avispado para entender que se refería a Jane Aldridge; si bien De Featherstone continuó su camino sin siquiera voltear la cara.

Capítulo 23

Semanas o días habían pasado desde que le dieran las nuevas.

Fue un tiempo difuso entre las brumas del tormento, el victimismo y el dolor. Por fortuna, el doctor Claxton le había ofrecido un remedio hecho a base de opio, beleño, almizcle y ámbar que tomaba mezclado con vino de Málaga, azafrán, canela y clavo, para amortiguar su sabor amargo. Lo había intentado sí. Había probado tomarlo solo, pero los vómitos no permitían dejar el menjunje dentro, además de sentir un cierto sentimiento de venganza al tomarlo con ese producto español, una venganza contra las fervientes creencias que su marido tenía acerca de que lo inglés era lo único digno de consumir y defender. Fue el mismo Claxton el que sugirió hacerlo de esa manera, dijo que así lo solían hacer aquellos que lo empleaban y, aunque no era adecuado abusar del remedio, sí que sus constantes dolencias físicas y mentales la hacían tener que acudir a su efecto sedante cada vez con más frecuencia.

Por mucho que le costara asimilarlo, el médico lo había confirmado: había perdido a su bebé.

Le costó lo impensable creerlo, pero, según el doctor, podía coincidir en el tiempo y, además, había que sumar que las he morragias mensuales habían estado ausentes, cosa que no había echado en falta por la clase de vida que habían estado llevando.

Lo peor de todo es que sabía fehacientemente que no había sido la caída la que había matado a su bebé, eso solo había aligerado el momento, sino las hierbas que había estado ingiriendo cada tarde.

Aquel dolor se sumó al resto. No amaba a su esposo y no quería quedar embarazada. Ni siquiera le había dado tiempo a encariñarse del retoño que había estado viviendo en su vientre. Pero una criatura inocente no tenía la culpa de tener como padre a un desalmado y a una madre que había estado poniendo medios para evitar ese embarazo. Sin embargo, pasó noches llorando su pérdida, horas resguardada en el abrazo del brebaje del médico. Solo así podía amortiguar la pena y la culpa, relegando esos pensamientos a la oscuridad de su pecho, bien remetidos entre los pliegues que nunca había de abrir, para impedir romperse. Para evitar pensar que era una asesina. Para evitar caer en la tentación de acometer contra su propia vida. No, no podía morir, como ya había sido su deseo no hacía tanto tiempo atrás. Tenía que vivir, aunque cada respiración cayera en desgracia. Era necesario, indispensable para velar por...

No podía, no podía pensar en ello y, no obstante, era la única causa que la mantenía con vida.

Si los demás supieran. Si llegaran a saber qué era aquello que protegía con su desdicha.

Hacía un tiempo indeterminado que había comenzado a sentir un cosquilleo en sus piernas, el cual se generalizaba desde la cintura a los dedos de los pies; el hecho de mearse encima ya no sería un problema, ni para ella ni para las doncellas que se encargaban de cambiar las sábanas de su lecho ante su imposibilidad de moverse con rapidez, bueno, de moverse y punto.

Fue una mañana en que, como cada día, el doctor pellizcó algunas áreas de las piernas sin tener resultado, hasta que le pinchó el dedo gordo del pie con un alfiler. Nunca antes había sentido tanto alivio al sentir dolor, a la vez que tanta desgracia por saber que poco faltaba para tener que enfrentarse a Edmund, a esa vida plagada de angustias y a esa confesión que le había hecho la última vez que hablaron en serio: no podía darle descendencia. Desde entonces, las visitas del baronet habían sido diarias, dos veces al día. Entraba en su dormitorio a primera hora, acompañando al doctor, asistía a su evaluación, preguntaba a su mujer por su estado y marchaba. Al caer la noche regresaba junto a Alice, quien le servía la cena en su cama, volvía a preguntar por su condición, se quedaba allí unos minutos y partía al rato, sin mediar ni una palabra más. Solo una vez cambió su diálogo para decirle que sus padres habían sido informados de lo sucedido y que le habían enviado una carta, dejándola enseguida a solas para que la leyera después de sugerir que ya había enviado a un médico a The Meadows.

Lady De Featherstone arrugó el entrecejo ante tal comentario, las alarmas saltaron a su alrededor, pero antes de preguntar siquiera, su marido había desaparecido. Diligente fue a abrir el pliego; sin embargo, no tuvo que hacer esfuerzos, pues el lacre estaba roto. Su esposo ya había llegado a invadir la poca intimidad que le quedaba.

Mi querida y amada hija:

No te puedes hacer una idea de lo desolada que quedo al conocer el accidente que has sufrido y te aseguro que nada me gustaría más que poder ir yo misma a ofrecerte los cuidados necesarios a todas las horas del día. Si bien tu padre ha tenido una recaída y, como puedes suponer, me es imposible dejarlo solo.

No sabes cuánto sufro al encontrarme entre la espada y la pared, como si rememorara lo ocurrido justo después de contraer nupcias. Sin embargo, no debes alarmarte. La situación del señor Collingwood es sostenible, y lo último que deseamos es que sufras por ello. Aunque, como sabes, al vivir tan aislados, no contamos con las mismas comodidades que si estuviéramos en el pueblo o en una gran ciudad. A pesar de que tu situación es verdaderamente angustiosa, no paso por alto que el entrañable sir De Featherstone nos asegura que el doctor supervisa tu evolución diariamente y que su optimismo se eleva con cada revisión. Y, aun así, se me encoge el estómago al pensar en ti y en esta situación que me tiene las manos atadas. Por lo tanto, tomando una libertad que no se me ha concedido, pero que como madre considero mía, envié correo a tu tía en cuanto supe la noticia. Supongo que, una vez resuelva su viaje, irá para allá a ofrecerte sus cuidados.

Por favor, no renuncies a su visita, hazlo por mí, hija. Necesito conocer cómo te encuentras de su propia mano, solo así quedaré algo más sosegada.

Ahora debo dejarte, trataré mantener correo al menos un par de veces por semana, no es necesario que te esfuerces en responder, comprendo que, en tu situación, sea más una molestia que un desahogo, deja que sea tía Grace quien lo haga.

Con todo mi amor, tu madre que te quiere,
Señora Constance Collingwood

P.D.: tu padre te envía besos y abrazos. No permitas que ese doctor te sangre donde no debe.

Sin nada más que hacer, Anne leyó la carta un par de veces más. No reprimió el deseo de oler las hojas, buscando ese aroma tan peculiar de The Meadows, su verdadero y único hogar. No quería llorar, no por eso. Cierto era que la recaída del señor Frederick la había alarmado, pero nada podía hacer, solo estar pos trada a esa maldita cama y ver cómo pasaba el tiempo con sus más y sus menos, confiando en que ese doctor que había mandado su marido proveyera de nuevos y buenos avances con respecto a las dolencias de su padre. Y no, no podía caer en el mal juicio de pensar en por qué debía de tener cuidado con la posible sangría que le podía realizar Claxton. No si quería resurgir más o menos lúcida de cuánto la rodeaba.

Recordó a tía Grace. A ese viaje del que no había aportado datos. No, su tía aún tardaría en llegar. Su viaje desde Londres al norte era largo y arriesgado, jamás llegaría a tener en sus manos la suficiente riqueza para agradecer a la señora Grace tal proeza. Ella sabía muy bien adónde había ido, una sola mirada por parte de la señora Emmerson había bastado para entender a dónde dirigía sus pasos. Y solo Dios sabía cuánto le había costado callar, silenciar su boca y evitar proponer acompañarla. Porque era ella quien debía ir, ella debía ser la que cabalgara los caminos. Cierto que la misión de tía Grace era llevar enseres y constatar que todo fuera bien, y, aun así, esta maniobra no carecía de riesgos. Sabía que tenía sus contactos que la ayudaban en ciertos menesteres, sobre los que jamás preguntó, y por eso mismo se ponía en riesgo cada vez que viajaba al norte de Inglaterra, donde trataba de pasar desapercibida. Sabía muy bien lo que había ido a hacer, lo sabía a pesar de no haber intercambiado ni una sola palabra al respecto. Y ella, ella no podía evitar dejar volar su imaginación por unos segundos, sentir el traqueteo del coche en su cuerpo, las motas de polvo salpicando su piel y en el horizonte ver la orilla de aquel bosque.

La rabia se clavó en su carne con saña. No merecía esa vida. Aquella equivocación angelical no podía tener ese alto coste, no para ambas partes. Sin embargo, las cosas debían quedar así por ese lado, quizá algún día.

De ese modo, con la esperanza de un futuro bastante lejano e improbable, decidió que no consentiría quedar postrada mucho más y se enfrascó en ejercitar, ejercitar y volver a ejercitar más allá de lo que le había aconsejado el médico. Lograría moverse de allí, lograría volver a andar y si tenía que acudir continuamente al tónico del doctor para soportar sus dolores lo haría. Porque esa era la única manera que tenía de poder huir de esa casa, la única manera de marchar a The Silver Horse House, rogándole a Dios que Edmund decidiera dilatar su estancia en Mayfield por meses sino años. E incluso quizá, con la excusa de cuidar de su padre, ir a The Meadows por un tiempo.

Esa misma tarde llegó correspondencia de tía Grace, en ella le decía que lamentablemente, como sabía, se encontraba de viaje, pero que ya había mandado a organizar todo para su regreso y que más pronto que tarde estaría con ella para no despegarse de su lado. Y, la realidad, era que lady De Featherstone lo prefería, necesitaba pasar aquello sola, necesitaba hacerlo sola y, por inaudito que parezca, esperaba que la llegada de la señora Emmerson se aplazara algunos días más, sintiendo que ella misma recorría los lugares que estaría pisando su tía y... En fin, así se sumió en su proyecto. Le costaba lo indecible mover los dedos de los pies, aunque el dolor físico

no llegaba a ser ni una mínima parte de lo que llegaba a dolerle el alma, un alma que solo encontraba consuelo en el opio y el alcohol. Un alma atormentada por tanta mentira y tanto entregado.

Postrada en una cama. ¡Jamás! No si con esfuerzo podía cambiar su suerte. En pocos días logró mover los dedos de los pies con soltura, lo que la llevó a menear los tobillos en un abrir y cerrar de ojos y de ahí las rodillas y piernas en un tiempo récord. Desde luego, el señor Claxton estaba sumamente fascinado con su pronta y efectiva recuperación. Sin embargo, la conminó a no salir todavía a pasear, la animó a andar por su alcoba y sentarse de vez en cuando; la conmoción de su espalda había sido demasiado grave como para ir por ahí realizando confiadas caminatas.

Así lo hizo. Y así tuvo que ver por la ventana de la habitación la llegada y marcha de Jane Aldridge. Sus movimientos seguros, la manera en que manejaba al servicio. La humillación que sentía hacía que su bilis trepara por las paredes de su garganta, quemando cuanto encontraba a su paso y solo desaparecía cuando conseguía que el preparado se mezclara con el vino, cuando el menjunje galopaba con brío por sus venas. Por más que se preguntaba, no podía encontrar una razón lógica a todo aquello, tan solo que Edmund nunca había cambiado, que todo había sido una gran farsa para conseguir no sabía bien qué, quizá para reírse o. Por fin la gran cantidad de láudano había dilucidado la realidad. Claro, qué necia había sido. Pelea de enamorados, quizás Edmund solo había creado para sí la salvación a su batalla y se había escudado en ella, en hacer creer que Jane era algo del pasado y que su esposa, la novedad, era para él algo más que solo un contrato para un fin.

Pero ahora, ahora ese contrato, aquello para lo que estaba destinada ya nunca sucedería.

Necesitaba salir de allí, sentir el aire en su cara, saber que sus pasos eran seguros, que ni su espalda ni sus piernas la iban a traicionar. Se ahogaba, aquella habitación que hacía poco había considerado su refugio, ahora la sentía como una jaula de oro y horror. El aire estaba viciado, los dibujos del papel pintado de las paredes se burlaban de ella, contrayéndose y desplegándose, queriendo escapar del amarre de esos muros; las telas gruesas que rodeaban su cama amenazaban con ahogarla, con levantar sus dobladillos para enredarse en su cuello. Y en aquel mediodía encapotado huyó de su habitación, recorrió los pasillos y salió al patio de entrada camino de las sendas que la guiarían al bosquecillo. No se molestó en pensar por qué lo hacía, quizá necesitaba robar un poco de aire puro a los árboles, puede que sentir el palpitar de la tierra bajo sus pies y el olor a salvaje de los cuerpos libres que la harían sentir viva; o puede que, a sabiendas de que su marido estaría en las caballerizas, sería más conveniente caminar hacia el lado contrario.

Ignoró a Alice y a cuantos sirvientes se cruzaban en su camino, incluso recurrió a su posición para ordenar silencio y la necesidad de soledad. De ese modo, consiguió salir de la casa y anduvo hacia el camino, el ajetreo diario de los trabajadores se desarrollaba como cada día, nada estaba fuera de lugar; excepto el tronar de un galopar acelerado que se iba acercando con rapidez.

Anne quedó sorprendida al ver entrar con violencia a la bestia, pero más aumentó su asombro al apreciar al jinete cuando, a voz en grito, preguntaba a un lacayo dónde se encontraba el baronet en ese momento.

—¿Sería tan amable de decirme quién lo busca para dar recado?

—No es necesario. Iré yo mismo. ¿Dónde se encuentra?

—Le pido disculpas, per...

El caballero levantó la mirada por inercia, de seguro buscando el lugar donde podía estar y vio a Anne parada, mientras lo observaba desde el otro lado del camino de entrada a Mayfield.

Su porte no era aquel elegante, pulcro y estudiado con el que siempre se presentaba en público, no. Al contrario, mientras la miraba, Anne pudo apreciar su pelo despeinado y su halo agitado, así como sus movimientos rápidos y nerviosos al intentar aguantar el brío del caballo.

El señor Leonard Aldridge en persona, aquel apuesto caballero y amigo. Ese que en nada se parecía a su hermana. Un hombre noble, ejemplar, alguien que a causa de ese despreciable corazón que Anne contenía bajo sus costillas, no supo amar. Todo habría sido tan diferente.

Apartó aquel fugaz pensamiento de su cabeza y, sin obligarse a ello, sonrió después de tantos días, por fin sintió algo de regocijo en su pecho. La sincera respuesta alegre que solo Leonard Aldridge podía provocar en ella. No obstante, su amigo fijó la vista en ella con tal intensidad, con tal necesidad, que ella misma le indicó con un dedo el lugar donde se encontraba el hogar de las bestias. Nunca antes lo había visto tan perturbado y algo en su interior le decía que no debía ser ella quien detuviera su necesidad, por mucho que deseara cruzar unas palabras con un viejo amigo tan querido.

Espoleando al caballo, presuroso marchó en la dirección indicada sin volver la vista atrás, seguido por la propia dama. Algo ocurría, algo estaba pasando, algo que no podía ignorar.

Le dolía la espalda por el esfuerzo al aligerar sus pasos. Su cuerpo, entumecido después de tantos días postrado en cama, se resentía tras cada yarda ganada, pero debía continuar, tenía que saber qué hacía Leonard allí.

Por fin llegó a las cuadras; sin embargo, no entró. En vez de eso buscó un lugar cercano donde poder escuchar la conversación sin ser vista, sabía que si entraba todo quedaría en nada y ya estaba cansada de ser la necia e ignorante Anne que vivía en una nube. Fue hasta la puerta de atrás, la discusión agitada de los hombres se escuchaba lo suficientemente próxima como para presuponer que estaban cerca. Se sentó sobre un pequeño almiar, la paja estaba tan dura que en algunas partes traspasaba el tejido de su vestimenta presionando su carne; sin embargo, prefería esa diminuta molestia, al dolor que sentía en su baja espalda, ahora agradecida por el descanso.

Trató de controlar su respiración, hasta el momento fuerte y alterada por la caminata, necesitaba escuchar todo bien claro y, por supuesto, no ser descubierta. Así, se entregó por completo a oír cuanto acontecía con la firmeza de no interrumpir.

—... debería volver sobre sus pasos y meter esa cabeza santurrona en su iglesia. —Anne sintió el veneno que brotaba de la boca de Edmund. Un veneno que nacía con tranquilidad de sus labios, con esa frialdad que tanto lo caracterizaba—. ¿Se cree con el derecho de venir a darme lecciones? ¿Se cree con la potestad de pedirme explicaciones? ¿En mi propia casa? Permita que me ría.

—¡Diga a este salvaje que me suelte y usted y yo ajustaremos cuentas! —dijo Leonard enfurecido con los dientes apretados.

—El señor Maurice solo está evitando que salga malparado. Es mejor dialogar que llegar a las

manos. No es de caballeros sobrepasarse.

—Dice aquel que ha recorrido cuantos antros de boxeo sucio hay en Londres. Es un perdedor y todo lo que toca lo hace añicos, lo mancha. La única manera que tiene de sentirse bien es refugiándose en la violencia. Nunca será un caballero de verdad.

—Señor Leonard, en verdad es usted cómico, se empeña en hacerme reír. Por todos es sabido que en lo que respecta a usted y a mí, usted ha sido siempre el perdedor. Así que deje de decir soeces en cuanto a posiciones se refiere. Es un segundón en las carreras, en la vida privada, todo cuanto nos rodea. Y no, no es una buena posición, como siempre a rebufo de mi trasero. No sé cómo no se cansa de estar oliendo continuamente mis posaderas.

—¡¿Cómo se atreve?! No siga por ese camino. No creo haberle insultado en ningún momento de mi vida. ¡Suélteme! —se escuchó un forcejeo, calmado casi de inmediato—. Esto es inconcebible. Usted, el sobrino del baronet, debería comportarse de otro modo. Ah, pero claro, no veo a nadie a nuestro alrededor. Excepto este ser cochambroso que hace el trabajo sucio. Ya entiendo, como siempre, solo muestra su verdadera cara cuando se sabe solo. Nada de caballero veo en usted, ¡es un ser despreciable!

—Hable cuanto quiera. Diga lo que quiera. Ciertamente, llevará usted razón en todo lo que dice, pero, como siempre, no hay nadie de testigo que pueda coronar sus palabras para ir a contarlas de oído a oído. Mi reputación quedará intacta y usted continuará siendo el eterno fracasado. Porque eso es: un fracaso.

—No voy a permitir más insultos por su parte. ¡Si sigue usando esos términos me veré obligado a desafiarlo en duelo!

—Insiste usted de nuevo. Parece ser que estoy viviendo un *déjà vu*. A mi memoria viene el recuerdo de una situación similar. El salvador que quiso limpiar la memoria de su prometida y la dignidad de su hermana. ¿Acaso debo recordarle cómo acabó todo?

—Es usted un...

—Mejor déjelo. No se exponga a más desplantes e insultos, haga usted el favor de no hacer el ridículo por más tiempo, insulta a nuestro género. —Se escuchó el movimiento de un par de pasos sobre la tierra—. En fin, como veo que no se va a dar por vencido, me veo obligado a recordarle cómo acabó todo. Así se le refrescará la memoria y dejará de una vez por todas de echarme la culpa de su desdicha. Porque sepa bien que no fui yo quien se arrojó a los brazos de otro. Fue ella. Sí, su prometida. Aquella chiquilla insípida. ¿Cómo se llamaba? Ah, Virginia. Pobre alma de cántaro. No fue culpa mía que se viese deslumbrada por mí. Sí, así me lo dijo una de muchas noches.

—¡Es usted un...! ¡Lo voy a matar!

—Sujételo, señor Maurice, no queremos que el señor Leonard se lastime. Tranquilo, escuche de una vez y abra los ojos. Deje su furia para más tarde. Tendrá oportunidad de acabar con todo si así lo cree conveniente. Pero debe saber, como ya le he desvelado en tantas ocasiones, que fue ella la que, deslumbrada por mí, se echó a mis brazos, yo no la busqué. Bueno, ya que he de ser sincero, tampoco la frené. En un principio ignoraba que fuera su prometida. Luego, en el fulgor

de una relación harto profunda, me hicieron llegar esa información. En un primer momento no le dije nada, más tarde durante un furtivo encuentro.

—Déjelo de una vez. No puedo seguir escuchando. ¡Está mancillando su nombre!

—Mi querido Leonard, de eso ya se encargó usted al descubrir el entuerto. Escúcheme, y juro que jamás volveré a hablar de ella. Como decía, una tarde le descubrí que ya sabía de su relación con usted y, por supuesto, la encomié a defenderse. Ratificó esa realidad, pero objetó no amarle, dijo que su familia la había obligado a ser amable con usted. Me confesó que la obligaron a seducirle, todo debido a su posición. Al parecer su apellido y futuro eran demasiado atractivos para ellos, gente que no tenían dónde colgar el muerto de semejante mujer libertina.

—No doy ningún tipo de credibilidad a esos sucesos. ¡Es un impresentable! No tiene nada de caballero.

—Le juro que todo lo que digo es verdad.

—Sí, de la misma forma en que ha seducido a mi hermana Jane. De la misma manera, en que tiene engañada a la pobre señorita Collingwood. No es más que un miserable.

—Vaya, al parecer bien sabe lo de Jane. Pero eso no resta importancia a que no tuve nada que ver con lo que ocurrió con su prometida, y tampoco con Jane. Ella es... dejémoslo ahí. Además, le recuerdo que la mujer a la que usted se refiere ahora es lady Anne De Featherstone. No lo olvide.

—¡Pero usted estaba allí, tenía las manos manchadas de sangre!

—En efecto, estaba allí. Para evitar que cometiera tal barbarie. Me amenazó diciendo que lo haría si la dejaba y me instó a estar allí para que así lo viera por mis propios ojos. Por supuesto fui, pero con la intención de evitarlo. Aquel ataque de celos no tenía sentido, yo era un hombre libre. Sin embargo, su mano fue más rápida.

—¿Cómo puedo fiarme de su palabra? ¡Es un desalmado que todo lo que toca lo vuelve putrefacto! —afirmó Aldridge con voz apesadumbrada.

—Quizá lo vea así, no voy a ser yo el que le haga cambiar de parecer en cuanto a lo que a mí se refiere. No tengo ni ganas ni tiempo. Pero debe saber la verdad, porque seré muchas cosas pero no un asesino.

—Si se salvó de la horca solo fue por ser el sobrino del baronet De Featherstone. Si hubiese sido al contrario, haría ya bastante tiempo que estaría criando malvas a saber en qué campo santo.

—Eso ayudó, por supuesto. Pero también mi inocencia. Todo el mundo sabía de las correrías de la muchacha menos usted. Dígame, ¿acaso su propia familia no se lo advirtió?

—Yo, ellos...

—Yo, ellos... Todo el mundo conocía lo inapropiado de su comportamiento. Y recuerde que si no llega a ser por mí, seguramente sería usted quien estaría criando malvas. No lo olvide.

—¡Por el amor de Dios, ella llevaba a su hijo en el vientre!

—Suficiente, señor Aldridge. Ciertamente, está poniendo mi paciencia a prueba y le advierto que ya estoy llegando al límite. Virginia era una mujer libertina, a saber de quién era el bastardo que llevaba en su vientre. Quizá hasta fuera suyo.

—¡Hijo de mala perra! —se escuchó un forcejeo—. Es un verdadero demonio, yo jamás la toqué de esa manera.

—Y yo le creo. En fin, estoy harto de escucharle. Dígame a qué ha venido y váyase por donde ha venido.

—Mi hermana, ¿dónde está?

—Ah, Jane. Está en Londres, me sorprende que no sepa de su paradero.

—Debería estar en Alderley Edge, acompañando a nuestra prima, la señora Malcolm. Fue ella la que dio el aviso de su ausencia.

—La señorita Jane siempre ha sido muy rebelde ¿no es cierto? En fin, ya estoy hastiado de este encuentro. Su hermana está en Londres. Si desea echarle una reprimenda vaya allí. Mi mayordomo le dará la dirección; y aléjese de mis dominios.

—¿Seguro? O puede que la tenga retenida en esta casa.

—Señor Aldridge, por su integridad física, le advierto que está pisando suelo pantanoso. No tengo que darle explicaciones y, aun así, le diré que Jane no es un alma que se pueda controlar, es libre de ir y venir cuando desee, no está en mi mano controlar sus movimientos. Y si viene aquí, solo es porque lo demanda. No tengo culpa de que sea ella la que me busque.

—Pero sí está en su mano respetar a su esposa. ¡Al menos eso debería hacerlo!

Una pausa seguida de dos golpes secos llenaron el silencio que se había producido, luego el eco del peso de un cuerpo al caer y un lamento sordo emanando de una garganta abatida.

—Se lo advertí. Déjelo. No se meta en cuestiones matrimoniales que en nada le conciernen. Regrese a su parroquia y aconseje a quien se lo pida. —Otro golpe y un nuevo lamento, seguido de unas pisadas alejándose—. Por deferencia a su hermana puede tomarse unos minutos antes de partir y no regresar jamás, ni aquí ni a The Silver Horse House. Y, por el amor de Dios, hágase el favor de superar el pasado. Más parece una muchacha desdichada que un hombre hecho y derecho.

»Eso sí, espero que cuando el señor Maurice regrese, usted ya se haya ido; de lo contrario, aténgase a las consecuencias.

Lady De Featherstone dejó pasar unos segundos antes de salir de su estupor, asegurándose a su vez de que el matón y su marido estuvieran lejos, para luego, sigilosa, entrar en las caballerizas. Allí encontró a Leonard, sentado contra la madera áspera de la pared. Sus pantalones llenos de paja y polvo, y un golpe en la mandíbula que ya comenzaba a hincharse y amoratarse. Anne se agachó un segundo para inspeccionar su rostro y, una vez constató que no era nada grave, sin decir nada fue hasta una de las cubas de agua y llenó una escudilla que colgaba de la pared. Leonard bebió un poco y se palpó el interior de la mejilla con la lengua. Luego miró entre avergonzado y furioso hacia Anne, a la vez que se agarraba la zona del estómago.

—Yo le ruego que disculpe el altercado. Espero que solo haya escuchado el final.

—En este caso debo rogar su perdón, creo haber escuchado casi todo.

Leonard bajó la mirada, su bochorno era más elevado de lo que podía expresar.

—No debe avergonzarse. —Anne apretó la mandíbula—. Lleva usted razón; en efecto, Edmund es un ser despreciable —imprecó al tiempo que se sentaba sobre unas vigas de madera

que estaban apiñadas contra la pared frente al caballero.

Sorprendido ante esas palabras, levantó la mirada.

—¿Usted? ¿Por qué dice eso?

Anne miraba hacia el lugar por donde había marchado su esposo.

—¿Acaso es necesario preguntar? —suspiró hastiada—. Lo conozco lo suficiente como para saber que es una realidad y que he enlazado mi vida con alguien que solo me ha traído y traerá amarguras. —Hizo una pausa, luego miró a su amigo y soltó sin rodeos—: Pero eso usted ya lo sabe.

—Anne —pronunció su nombre en un ruego.

—Tranquilo; yo... —se expresó monótona—. Solo quiero marcharme de aquí y dejar que mi marido y su hermana hagan lo que deseen fuera de mi vista.

—Lo-lo siento. Lo siento de veras.

—No es culpa suya.

—Y, sin embargo, quizá pude hacer algo. Pude advertirle. Contarle lo que sabía.

Anne arrancó una astilla de las vigas y comenzó a darle vueltas entre las manos, mientras recordaba aquel tiempo en el que el sentimiento de venganza contra Humphrey la había cegado.

—Posiblemente, no le habría dado crédito, así que no debe fustigarse por ello. Ya nada se puede hacer, ¿verdad?

Callaron. Ambos necesitaban sopesar y digerir cuanto se habían confesado. Esto daba pasos más allá en su amistad.

—Bueno, quizá yo... —esperanzado rompió el silencio—. Como clérigo, podría pedir permiso, tratar de anular el matrimonio. Quizá...

Una sonrisa amarga brotó en los labios de la muchacha. Con aquella posibilidad, Leonard le había ahorrado verdaderos quebraderos de cabeza. La verdad y su vida solo tenían un camino posible y manó de sus labios sin vacilar:

—¿Y armar un escándalo semejante? Agradezco su ofrecimiento, pero es imposible. Mis padres también están involucrados, la mina, mis tierras; los ancianos baronets. Mi pobre padre está muy enfermo, no puedo darle ese disgusto. Y conociendo a Edmund, todo esto podría llegar demasiado lejos. Ese hombre es... —por un momento se contuvo, luego se abrió con un «de perdidos al río» no expresado—: Es el demonio encarnado.

—Podríamos intentarlo.

Quedaron en silencio, cada uno sumido en sus pensamientos.

—¿Por qué ha venido a buscar a Jane justo ahora?

—¿De verdad quiere saberlo?

—¿Cree que hay algo a estas alturas que me pueda asombrar? Yo ya lo espero todo —dijo con voz estéril.

Leonard estudió unos instantes a su acompañante. Le resultaba extraño la manera en que Anne se expresaba, incluso se comportaba, tan diferente a la muchacha de inocencia sublime, en la que ahora se apostaba la mirada del fantasma del sufrimiento. De comportamiento vigoroso, ahora lánguido, dejado de todo cuanto aconteciera. De voz melodiosa, risueña, ahora avejentada, ajada,

descompuesta. Aquella muchacha alegre ya no asomaba ni siquiera su nariz, se expresaba sin contención, sin necesidad de aparentar ni medir las palabras. Era obvio, su necesidad solo radicaba en que la realidad tenía que salir a la luz, con toda su crueldad, pasando por la piel el filo de su navaja oxidada.

El movimiento de una caballo en una de las cuadras fue el único sonido que rompió aquel análisis e hizo un gesto afirmativo con la cabeza cuando tomó la decisión.

—Supongo que ya ha escuchado que mi prima nos avisó de su ausencia. Confieso que a la señorita Malcolm le gustan los rumores que circulan en la sociedad, y, como yo, ni sus amigos ni sus parientes son ajenos a este hecho. De ese modo, a ella llegaron habladurías acerca de las continuas visitas de Jane a The Silver Horse House. En un principio, creyó que la amistad que la unía a usted la hacía viajar cada día por esos caminos, sola, dando por maliciosos aquellos chismes. Luego, amigos de la gran ciudad llegaron al pueblo con variados cotilleos acerca de las repetidas visitas que De Featherstone realizaba a una casa que había alquilado en Londres, donde, curiosamente, usted nunca aparecía. La gente comenzó a preguntarse por qué lo había hecho si gozaba de Mayfield. Fue entonces cuando empezaron a ver a Jane entrar y salir con gran soltura. Una cosa llevó a la otra y empezaron a atar cabos.

Por increíble que parezca Anne no se inmutó ante esa realidad. Se sentía vacía, seca, carente de emociones.

—Una casa en Londres. Me extraña que mis tíos no me hayan dicho nada.

—Quizá no sepan nada.

—Comprendo. Estaba todo calculado.

De nuevo, silencio. Unos segundos que lo decían todo. Unos en los que Anne recordó el momento durante aquella lejana cena en que la señora Margaret Pearce comentó algo acerca del alquiler de una casa, y el instante en que Edmund cortó aquella acusación con severidad; así como las veces que De Featherstone había marchado a la capital con la excusa de supuestos negocios; y la manera en que, tras cada visita, su carácter había ido cambian do. La misma Alice ya se lo había contado. Pero el saberlo por la propia boca de Leonard. Si en un principio había deseado con todas sus fuerzas que aquello que la rodeaba no fuera verdad, inventando excusas, colocándose ella misma la venda que la haría continuar, ya era imposible ignorar los hechos, la verdad, pues su marido había llegado tan lejos como para alquilar un piso en pleno Londres para alojar a su amante. Cuestión que estaba en boca de todos.

—No sabe lo mucho que me pesa la situación —dijo afligido—. Esto está mal. Mi hermana nos está haciendo sufrir lo impensable. —Miró un segundo hacia la salida—. Mi padre nunca debió hacer negocios con ese indeseable.

Embargado por la tristeza, Leonard comenzó a hablar poco consciente de lo que decía y así confesó la forma en que Jane y Edmund se conocieron. Parece ser que fue debido al interés que el señor George Aldridge, padre de Jane y Leonard, tenía por los caballos que un tal John De Featherstone poseía. La fama de esos animales se expandía por todo el país. El cruce que estaban realizando a la búsqueda del pura sangre inglés atrajo a su padre, un exmilitar jubilado por una herida de guerra que abastecía al ejército de robustos caballos para la batalla, además de fuertes

mulas de carga. De ese modo, se preocupó por el cruce de una de sus yeguas con uno de los sementales que se criaban aquí, en Mayfield.

—Maldigo el día en que puse un pie en estos terrenos. Maldigo el día en que mi padre nos trajo. Llegamos ilusionados por poder tener la oportunidad de hacer negocios. El hecho de que se nos permitiera comprar los servicios de aquel jamelgo tan conocido, era algo que no podíamos dejar pasar, un verdadero privilegio contando con que el señor De Featherstone había rechazado repetidas ofertas de ese tipo.

Continuó relatando cómo llegaron hasta allí su padre, su hermana Jane y él mismo, acompañado de su prometida, la se ñorita Virginia, aunque aún mantenían su compromiso en secreto por propia petición de la muchacha. Todo fluyó como la seda. Quedaron prendados de las instalaciones, de las bestias y, cómo no, las mujeres quedaron embelesadas del joven heredero Edmund, quien con modales exquisitos los engañó a todos. Y así comenzó el principio del fin.

Virginia quedó completamente embrujada, engañada ante las atenciones de Edmund y mientras que el joven De Featherstone se hacía amigo de Leonard, instándolo a visitarlo a menudo para pedir consejo y montar nuevos ejemplares, Edmund se encargaba de montar a su prometida. Pero cuando Jane tenía la oportunidad de acompañarlos, el flirteo entre el futuro baronet y su hermana era tan evidente que nada hacía pensar que pudiera haber algo entre su prometida y ese desagraciado.

—Todo estaba tapado. Un secreto que hizo que mi futuro se quebrara. Pasó el tiempo y las visitas se fueron distanciando. Edmund ya no requería de mis servicios tan a menudo. Hoy entiendo que justo fue cuando Virginia se trasladó a la residencia de unos parientes no muy lejos de aquí, aunque sí apartada del bullicio y de las miradas curiosas de Londres.

Y de repente, continuó, a Jane se le antojó conseguir un nuevo caballo. Por aquel entonces, a pesar de los esfuerzos del joven Aldridge, la relación entre él y su prometida estaba bastante deteriorada, aunque ya habían anunciado su deseo de casarse públicamente. Y por más que preguntaba a la muchacha, nada salía de su boca. La embargaba una amargura profunda. Estaba distante, pensativa. Hoy en día ya tenía respuesta a ese hecho. Debido al destino caprichoso que juntó el momento en que Virginia le hizo saber a Edmund que estaba encinta, junto al instante en que Jane llegó a Mayfield en busca del nuevo jamelgo. Ahí fue donde Edmund y su hermana comenzaron su juego, después de haber despreciado el estado de la prometida de Leonard.

Virginia fue repudiada por todos: su propia familia y los Aldridge, y solo Leonard continuó manteniéndola. Con el dinero que ganaba en las carreras consiguió alquilar para ella un pequeño cottage, solo un par de habitaciones componían el edificio, e iba a visitarla todas las semanas. Sin embargo, la última visita desembocó en algo impensable. Al llegar se encontró a Edmund, con las manos llenas de sangre, el semblante pétreo, junto al cuerpo de Virginia que moría en agonía con una daga clavada en su vientre.

Leonard tragó con dificultad preparándose para revivir lo sucedido, para rememorar un pasado que le dolía en el alma.

—El olor ferroso de la sangre impregnaba el ambiente hasta viciarlo de tal modo que costaba respirar. Me miró, Anne. Ella me miró, con paz, con sosiego. Sus ojos me decían que por fin

había encontrado la paz. —Frunció el ceño con rabia—. Luego volvió sus ojos enamorados a Edmund mientras este sostenía su cuerpo herido. El odio era palpable en cada uno de los músculos que componían su gesto. Virginia quiso hablar, abrió la boca para hacerlo, pero en su lugar convulsionó. Se ahogaba en su propia sangre, mientras yo la miraba desde los pocos pasos que había conseguido dar hacia ella.

Apoyó los codos sobre sus rodillas y bajó la cabeza para tirar de su pelo enredado en sus dedos.

—Y luego, el silencio —dijo con voz pastosa y pesada. Con dolor—. Nunca antes había sentido ese silencio sepulcral, nada hay más verdadero que eso. Fui a acercarme —estiró el brazo hacia delante queriendo agarrar algo que solo él veía—, a pedir explicaciones; no obstante, caí de rodillas al suelo sobre el charco de sangre que se había formado alrededor de su cuerpo. —Dejó caer el brazo al piso y estrujó un puñado de arena con su mano—. Lloré; lloré sobre su vientre, sobre sus labios, mientras Edmund la seguía sosteniendo en su regazo.

»A lo lejos se escucharon cascos de caballos y Edmund, tras mirarme, me apremió a que me fuera. Me echó de allí colérico.

»Monté en mi caballo y me fui. Hui y ni siquiera sabía por qué lo hacía. Solo lo hice y ya.

Leonard sollozaba en silencio y Anne se sentó a su lado y agarró la mano que aún tiraba de su pelo. Aldridge la miró, la miró tan intensamente, ya no podía parar, tenía que dejar salir todo lo que sabía.

—Luego supe lo de Jane, yo mismo saqué mis propias conclusiones. Se lo hice saber, le conté todo, y, a pesar de la verdad, la muy descarada ni siquiera me lo negó; al contrario, confesó que estaban juntos y restó toda importancia a lo que pasó con Virginia.

»Enfurecido, lo desafié en duelo, pero mi hermana me suplicó anularlo. Dijo que si lo hacía, ella misma rompería sus relaciones con el futuro baronet.

»Pasó el tiempo y, por cosas de la vida, la manera en que Jane se comportaba me hizo creer que lo que había entre ellos había terminado, en efecto. Hasta que llegamos a Alderley Edge. Allí supe que nunca había acabado, que solo se habían organizado mejor y que nos habían intentado despistar a todos haciéndonos creer que por quien Jane bebía los vientos era por Humphrey. ¡Pobre diablo, también trató de persuadirla dándose de bruces con un muro!

Leonard rodeó con fuerza las manos de la muchacha y clavó sus pupilas en las de ella.

—¿Entiende ahora por qué me siento responsable? Debí advertírselo, debí intentar abrirle los ojos. Yo... Toda la culpa es mía. Y ahora, usted, mi amiga, se ve envuelta en este embrollo que solo entienden ellos. Lo mejor que podía haber pasado es que se casaran. Y, si he de ser sincero, todavía no entiendo por qué no lo han hecho. A fin de cuentas, Jane se ha vuelto tan descarada que pasa por encima de nuestros padres y nuestro apellido. Llegados a este punto de desobediencia, no entiendo qué es lo que impidió esa unión. Aunque...

Anne lo interrumpió, eso podía contestarlo, tan segura de la razón como que seguía respirando.

—¿Por tierras, patrimonio y una sed de quererlo todo? Casándose conmigo tenía todo eso, además de una esposa y una amante. La inocente Anne Collingwood había sido criada para someterse a cuanto impusiera su marido. Ahí estaba el negocio perfecto.

—Quizá tenga razón. Pero no puedo evitar repetir que todo es culpa mía. Que si yo no hubiese

retirado el desafío, quizá Edmund, y perdone lo que voy a decir, yacería muerto años atrás. Y si, por otra parte, hubiese dejado que Jane contrajera nupcias, quizá ellos se habrían entendido. Por supuesto, mis familiares nunca supieron que estuve allí, viendo a Edmund manchado de sangre. Ellos solo saben lo que se contó: que Virginia se quitó la vida porque estaba preñada de un desconocido.

—Y así fue.

La reacción fue inmediata. Al escuchar aquella voz proveniente de la puerta, a Anne se le erizó todo el vello de su cuerpo mientras se incorporaba al igual que Leonard. ¿Cómo no iba ella a estar por allí? ¿Cómo no iba Jane Aldridge a ser protagonista de ese momento también? ¿Cómo no iba a estar mirándolos por encima del hombro, pedante como ella sola, mientras hacía entrar a su caballo? Tan sumidos habían estado en la narración que ni siquiera escucharon las pisadas del jamelgo.

—Jane —afirmó Leonard en casi una pregunta.

—Al menos puede decirse que así ocurrió. —Lo ignoró la joven amarrando las riendas de la bestia a uno de los postes—. Las manos de Edmund están limpias. Él no hizo nada. El joven De Featherstone no correspondía a su amor y por eso aquella desgraciada se quitó la vida.

—¡Hermana, tienes que regresar conmigo! —pronunció el caballero con un rugido dando un paso hacia delante.

Solo entonces Jane lo miró directamente; una víbora preparada para atacar.

—No sé qué has venido a hacer aquí. He visto tu caballo y supe que no andarías lejos. ¿Cómo se te ocurre venir a buscarme? Podría decir que me alegro de verte, pero estaría mintiendo.

La perplejidad, el bochorno y la furia se mezclaron en el rostro del caballero.

—¡Eres una degenerada! —afirmó, comenzando a andar con furia hacia ella. Solo el agarre de Anne impidió que siguiera hacia delante—. No sé cómo puedes siquiera presentarte en esta casa, con este descaro.

—¿Lo dices por lady De Featherstone? —indicó hacia ella con un ademán despectivo de barbilla—. Claro que lo dices por ella, por quién si no. Debes saber que soy bienvenida a Mayfiled.

Sin reprimir la necesidad, Anne escupió a los pies de la joven.

—Tú no eres ni serás nunca bienvenida.

—Ah, por supuesto —evidenció con hastío, y sonrió de lado—. Pero lo seré, querida. Vete acostumbrando. Y si aún tienes dudas, lo verás muy pronto. —Jane giró sobre sí, hablando mientras se marchaba—: Leonard, si yo estuviese en tu lugar iría pensando en marcharme. El señor Maurice está a punto de venir hacia aquí.

Capítulo 24

Leonard se había marchado. Y su marcha había dejado en Anne un sentimiento de abandono.

Estaba sola. La única persona amiga que conocía la profundidad de su desgracia, a excepción de Alice y unos pocos más, se había marchado.

Una vez más. Sola en el filo del abismo sin nadie tras ella que pudiera sujetarla si caía. En cambio, al fondo, entre la sombras, se asomaban varias manos que amenazaban con empujarla.

Era difícil sentirse así, la vigilia misma era un tormento que de nuevo acallaba con la ingesta masiva del tónico que conseguía a través del doctor y de, por increíble que parezca, una mano amiga que misteriosamente hacía aparecer el compuesto en el cajón de su mesita de noche, no quería desvariar pensando en quién podría verla tan desgraciada como para sumar contenido a lo recomendado por el señor Claxton. Lady De Featherstone solo entendía que esa era la única manera que tenía a mano para poder evadirse, para permanecer entera. Era honesta consigo misma, no poseía la fuerza mental suficiente como para soportar los desplantes, el murmullo de los criados y el aire que cada vez se espesaba más con el aroma de Jane. Sentía que con cada día que pasaba ganaba terreno, la partida inclinándose a su favor, y Anne no sabía hasta dónde podía llegar, hasta dónde sin poner a cuanto la rodeaba en riesgo.

Pasaron unas cuantas jornadas. Bueno, en realidad, su noción del tiempo era cada vez más compleja. Ese estado de ensoñación constante, libre de ansiedades, hacía que no le importara nada, incluso sus paseos por el bosque se habían ido distanciando, al igual que su hambre, cada vez más ausente. Consideró que su espalda ya estaba lo suficiente recuperada como para no tener que perder tiempo esforzándose más y más, pronto se marcharía. Abandonaría Mayfield. Aunque ese pronto nunca llegaba, ella misma encontraba trabas a la hora de tomar la decisión. En algún momento había llamado a Alice con la intención de ordenar hacer los baúles para el viaje, pero cuando la doncella aparecía ya no recordaba para qué la había hecho venir.

Y una tarde:

—Lady De Featherstone, sir De Featherstone requiere de su presencia en la cena.

—¿Mi esposo? ¿Acaso sabe que existo? —contestó con pereza—. Déjalo, no digas nada, Alice. Solo ve y di a mi marido que estoy indispuesta.

Alice tomó el cepillo de la mesa y miró el reflejo demacrado de Anne en el espejo.

—Mi señora, permítame decirle que es indispensable que baje —comenzó a pasar sus cerdas por el cabello—. Supongo que no lo sabe, pero los ancianos baronets llegarán de un momento a otro.

—Nadie me ha dicho nada. Es bastante extraño que no hayan anunciado su visita antes —contestó aburrida.

—Al parecer, sir John y lady Susan han venido a pasar unos días en Mayfield.

De repente, le devolvió la mirada al espejo. Fue como si al hacer hincapié en sus nombres, Anne hubiese salido de su ensimismamiento.

—Y mis tíos sin llegar —murmuró para sí, fastidiada por ser ella la que tuviera que entretener a lady Susan. Se levantó de inmediato, trastabillando un poco—. Y supongo que la ramera de mi esposo no vendrá.

—En efecto, lady De Featherstone.

Cavilando sobre estos nuevos hechos caminó por la habitación a la vez que jugueteaba con una copa que había tomado distraída del aparador. Las brumas de su mente hacían que esta simple acción se volviera pesada. No conseguía discernir si la visita de los ancianos era apropiada o no, lo único que podía distinguir es que durante esos días Jane Aldridge se mantendría alejada de esa casa.

—De acuerdo —dijo derramando el contenido de la copa sobre la tierra de una maceta que florecía en el alféizar de su ventana—. En ese caso, no podemos hacerlos esperar.

* * *

Evitando momentos incómodos, quedó recluida en su alcoba. Justo cuando el carruaje hizo su aparición por el camino, bajó apresurada. Con el tiento suficiente para no parecer agitada ni sudada, se dirigió directamente a la puerta de entrada donde, presidido por su esposo, los sirvientes ya tenían organizado el pasillo de bienvenida. Anne no dudó cuando se colocó junto a él, tampoco lo miró ni le habló. Estaba seria, esperando que el carruaje parara, y solo cuando la cabeza de lady Susan asomó por la portezuela, dejó que naciera en sus labios un amago de sonrisa. No quería que la anciana, a la que tanto respetaba, se sintiera incómoda. Nacía de ella darle una calurosa bienvenida a pesar de la realidad que rodeaba a Mayfield, a pesar de no saber si sería capaz de ser una buena compañía. Una vez más, el recuerdo de la pronta visita de su tía la animó, quizá, aunque lo dudaba, al siguiente día mandaría tarjeta y podría evadirse de sus labores como baronetesa.

Sin embargo, cuando la anciana puso un pie en tierra, de inmediato los jóvenes baronets supieron que algo no iba bien, hecho que se constató al bajar sir John, pues ambos iban vestidos de riguroso luto y en sus semblantes se mostraba un gesto de tristeza.

Sin más demora, Edmund ordenó preparar el saloncito de invierno, lo que se avecinaba no eran buenas nuevas y era necesario buscar un lugar cómodo y recogido. Al instante, el servicio se puso manos a la obra y la sala quedó preparada con un frugal refrigerio y una chimenea con un gran fuego que debía alejar el frío del crudo invierno y, además, aportar calor a la frialdad de la noticia que al parecer tenían que dar.

Entretanto, se sucedieron los saludos, los abrazos y las quejas sobre el tiempo, dadas con aquel nudo en la garganta que apenas les dejaba salir la voz de sus gaznates.

La puerta se cerró tras ellos y, sin más dilación, el baronet se dirigió a la ventana, buscando un punto de luz que iluminara la carta que había sacado del bolsillo interior de su chaqueta, mientras

lady Susan tomaba asiento al lado de la chimenea, con gesto apesadumbrado, y pedía a Anne que la acompañara, en tanto enlazaba sus manos.

De ese modo, después de aclararse la voz, sir John comenzó a leer la misiva con voz profunda y solemne, mientras Anne esperaba con el corazón en un puño. Sabía que aquellas nuevas atravesarían su alma, algo le advertía de que su mayor sufrimiento estaba por llegar.

—Mi querido amigo, es con profundo pesar que debo comunicarte la trágica noticia de la batalla en la que hemos perdido a un joven valiente. —El baronet hizo una pausa para armarse de coraje y no interrumpir su lectura hasta llegar al final, mientras lady Susan agarraba fuerte las manos de su sobrina, quien miraba al anciano con expectación y temor—. Su nombre será re cordado por siempre como el de un guerrero intrépido que desafió el fragor de la lucha con una valentía inigualable.

»Manteniendo su temple en medio del caos, su aguante, coraje y habilidad en el combate marcaron una diferencia imborrable en nuestro corazón y en la historia. Este valiente partió de este mundo como un verdadero héroe, y su sacrificio ha sido honrado con todos los honores militares a los que tenía derecho. Fue enterrado con la solemnidad que merecía, y la tripulación se reunió en un emotivo servicio fúnebre en su memoria, mientras el himno de la victoria resonó en la brisa marina.

En estos momentos de pesar, quiero que sepa que estoy aquí para ofrecerle mis condolencias más sinceras y mi apoyo inquebrantable a usted, mi buen amigo, y a toda su familia. El joven Humphrey De Featherstone fue excepcional, y su sacrificio no será olvidado.

Con profundo pesar y gratitud por haber compartido la compañía de su valiente sobrino,
Almirante Horatio Nelson

El silencio se adueñó de la sala. Edmund apretaba los puños y la mandíbula mientras mostraba un semblante pétreo. El anciano lo observaba frunciendo los labios en tanto afirmaba levemente, al parecer los hombres se estaban comunicando sin palabras. Lady Susan, por su parte, cerró los ojos para evitar derramar más lágrimas, sin poder reprimir el suspiro sobrecogido que emanaba de su garganta. Y Anne. Anne no sabía qué sentir.

Humphrey muerto en batalla.

Tras los primeros segundos de turbación, la habitación pareció comenzar a moverse. Anne observó cómo Edmund se dirigía hacia su tío y ambos se fundieron en un abrazo. Lady Susan también se levantó después de apretar sus manos y caminó hacia su sobrino para expresarle su pesar. Como era de esperar, el joven baronet no derramó ni una sola lágrima; no obstante, había que admitir que el contorno de sus ojos se había ensombrecido. Al parecer, en la hora de la verdad, en su profundo odio aún se alojaba algo del cariño que un día pudo haber sentido hacia su hermano.

Anne ordenó a sus piernas a andar, a sus manos a moverse, a sus cuerdas vocales a lubricarse y a su cerebro a funcionar independientemente de sus sentimientos que, por el momento, no sabía cuáles eran. Se acercó a su marido y, tras agarrarlo de la mano, le dio el pésame, lo mismo hizo con los ancianos baronets, sin mostrar mayor congoja que la esperada de una cuñada que apenas había tenido relación, además de que había pasado demasiado tiempo sin verlo.

—Con permiso voy a retirarme, pues considero que necesitarán estar a solas y hablar relajados de lo acontecido.

Y, sin esperar respuesta, se marchó tras un saludo solemne.

Subió las escaleras con la intención de llegar a su alcoba, pero sus piernas quisieron que continuara subiendo, más arriba, otra escalera más hasta llegar a la buhardilla. ¿Qué hacía allí? Ni ella misma lo sabía. Sus manos, por momentos más nerviosas, se afanaron en apartar trastos y trapos que levantaron gran cantidad de polvo, como si el fino grano de la nieve cayera a su alrededor arropándola, hasta llegar a una caja de madera, solo entonces sus manos cesaron el laborioso trabajo. Con sumo cuidado, la tomó entre sus brazos y se sentó en el ajado suelo de madera, el cual crujió bajo su peso.

Dejó a sus dedos vagar por la aspereza de su superficie, no sabía lo que buscaba ni por qué estaba allí, pero desde su interior algo le decía que aquel era el momento y el lugar, que justo tenía que estar allí con esa caja.

Con parsimonia la abrió y lo primero que vio fue un caballito tallado en madera, unas manos expertas lo habían elaborado hacía años. Tenía las patas desgastadas, hecho que denostaba que su dueño había jugado mucho con él. Debajo había una peineta de mujer muy elaborada realizada en oro y junto a ella un pañuelo con la inicial H.

Anne pasó la yema de los dedos por el bordado, luego volvió a coger el caballo y la peineta, hasta detenerse una vez más en aquella H que poco a poco le iba desgarrando las entrañas. Le iba haciendo sentir.

El taconeo de un par de pasos le hizo levantar la cabeza. Edmund se alzaba cuan alto era bajo el dintel de la puerta. Las luces y sombras de la buhardilla le daban un aire que caminaba entre un dios destronado y un ángel vengador. El flequillo le caía sobre la frente, despeinado, era obvio que, debido a sus nervios ahora contenidos, se había atusado el pelo con ferocidad. Nada más estaba fuera de lugar, pues hasta sus manos descansaban tranquilas en el interior de los bolsillos de su pantalón.

—El mozo de cuadra nos talló uno a cada uno de nosotros nada más nacer. La peineta era de mi madre y el pañuelo. Mi padre nos contó que mi madre bordó unos cuantos estando embarazada. Ella quería que su primogénito se llamara Humphrey, pero mi padre, fallecida mi madre, y siendo gemelos, decidió que yo me llamaría Edmund, como mi abuelo, por lo que no tengo pañuelos bordados. —Hizo una pausa apretando su mandíbula, pero enseguida se recompuso—. Mis pasos me han traído hasta aquí, veo que los tuyos también.

—Siento mucho tu pérdida, Edmund.

El joven baronet afirmó con la cabeza y dejó pasar unos segundos. Su nuez de Adán se movió al tragar, un nuevo gesto que mostraba el esfuerzo que estaba realizando por no mostrar su verdadero estado. ¿Estaría feliz por la noticia o desgarrado por la pérdida?

—Di a Alice que te busque un nuevo vestido. Desde ahora debemos mostrarnos de luto por un tiempo. Nos guste más o menos, no debemos deshonrar el apellido de la familia y dar que hablar a los trabajadores y el resto de los amigos y vecinos. Estaremos un tiempo sin acudir a fiestas,

solo el estrictamente necesario, y haremos un funeral en honor a Humphrey. Será íntimo; como él no ostentaba el título, no será necesario nada demasiado ceremonioso.

La señora De Featherstone miró el caballo, ¿cuántas veces habría jugado Humphrey con él? Pero Edmund volvió a cortar con su voz los hilos que se iban entretejiendo en el ambiente, espesándolo.

—Supongo que la noticia te habrá tomado por sorpresa, al igual que doy por hecho que te reservarás para ti cualquier tipo de emoción que pueda ponernos en evidencia —aclaró con severidad—. No sería adecuado llorar la pérdida de mi hermano, suponiendo que vuestra relación se redujo a unas cuantas semanas y que solo erais amigos por fuerza mayor.

Anne lo miró con desdén y contestó de manera fría.

—Hace ya mucho que no nos veíamos.

—En efecto, por lo que espero sobriedad, no desconsuelo.

—Puedes estar tranquilo, pues confieso que no sé qué sentir al respecto.

—Bien, no espero menos de una baronetesa que podría haber sido duquesa. —Sus ojos vagaron por la estancia hasta regresar a las manos de Anne donde se encontraba el caballo. Miró a un lado y, al instante, cuadró sus hombros y regresó a él ese aire gélido que lo caracterizaba. Si en algún momento podía haber sentido algo de pena, en ese ya se había esfumado—. A pesar de todo, los ancianos baronets están bien, han tenido tiempo de llorar la pérdida de su sobrino, pues la misiva llegó hace ya muchas jornadas, pero a pesar de saberlo hace tiempo, han esperado hasta ahora para darnos la noticia en persona. Así que hagamos que sus días aquí sean lo más apacibles posible. Es necesario que cuando se vayan, sus penas se hayan sosegado hasta casi desaparecer.

»En fin, no falta mucho para que la cena sea servida. Te recomiendo que te des prisa en cambiarte a algo más apropiado.

—No tardaré.

Edmund afirmó con la cabeza; sin embargo, aguardó un segundo y cuando parecía como si fuese a añadir algo más, se giró sobre sí y desapareció.

Conforme el sonido de los pasos se iba alejando, el silencio iba ocupando su lugar, tornando el ambiente en una especie de masa pesada. Anne cerró los ojos y concentró sus sentidos en su respiración. Notaba cómo el aire salía y entraba de su nariz y la manera en que se volvía más trabajosa la labor más sencilla. Notó los latidos de su corazón punzar en la arteria que circulaba por su sien, lo notó en su barriga, en su pecho. El sonido de su propia respiración dificultosa consiguió que el silencio acallara su estruendo. Notó la bilis luchar por derramarse fuera de la boca de su estómago, era como una especie de puño que empujaba por su esófago, apretando hacia arriba. Incapaz de contener el dolor que se iba acumulando en su pecho, abrió los ojos. Frente a si no había nada. Notó el temblor de sus labios y sus manos, que dolían al clavarse la madera del juguete de madera. Entreabrió su boca para lograr respirar, y el sonido de su resuello llamó su atención. La esquina de sus ojos escocía, y los entrecerró, consiguiendo que sus pupilas solo se concentraran en aquella talla de madera. Empezó a hiperventilar levemente. ¿Qué le ocurría? El nudo de su garganta se estaba haciendo tan grande que un dolor agudo amenazaba con hacerla desmayar. Apretó los dientes, acallando el grito que quería escapar de su interior; sin

embargo, un rugido contenido lograba escapar entre el hueco que había entre ellos. Su alma se estaba rompiendo en mil pedazos, como un cristal que se hace añicos al impactar contra el suelo. Las esquinas de su mundo comenzaron a distorsionarse, tornándolo más pequeño, hasta quedar solo su rostro. Un rostro que no había conseguido olvidar, ni tan siquiera había tenido la fortuna de verse afectado por el paso del tiempo, pues lo tenía presente cada día. ¿Cómo podía olvidarse de él si su marido era la viva imagen de ese hombre que había perecido en batalla? ¿Habría muerto en soledad? ¿Cuáles habían sido sus últimos pensamientos?

¿Había pensado en ella?

Su rostro se contrajo en una mueca de dolor, no físico, iba más allá. Su dolor nacía en sus entrañas, en su alma. Notaba cómo una parte de sí misma iba muriendo conforme la noción de su fallecimiento iba calando en cada célula y las lágrimas mojaban sus mejillas. Se sentía mareada, su cuerpo se agitaba levemente al tratar de que sus sentimientos pasaran desapercibidos al resto de la casa. Llorar para adentro era algo costoso.

Apretó el caballo contra su pecho. Una manera de sentir a Humphrey más cerca. Debía odiarlo, pero su amor era tan grande que, por más que lo había intentado, la realidad es que había fallado en el intento.

Levantó su rostro al cielo, elevando una plegaria en su nombre y preguntando a Dios por qué se lo había llevado. Todavía tenía algo que decirle, había fallecido sin conocer la verdad. Su verdad.

Al fin los sentimientos habían aparecido y la estaban consumiendo sin piedad. ¿Cómo podía vivir en un mundo donde no estuviese él? A pesar de no verse, al perderlo, se había dado cuenta de que el saber que en algún momento la recordaría y rememoraría lo que compartieron, había hecho que pudiera lidiar con su carga de otra manera. Debía de ser honesta consigo misma: la traicionó. Pero el amor que ella sentía era tan esplendoroso que de alguna manera lo perdonó, pues Humphrey le mostró que el amor podía ser bello, aunque solo hubiese existido por su parte. Aunque ella solo hubiese sido como aquel juguete que tenía entre las manos, algo pasajero con lo que entretenerse.

Tragó saliva y respiró profundamente. Debía regresar a su realidad.

Diligente, se limpió las lágrimas con las faldas de su vestido, luego tomó el pañuelo y se lo llevó a los labios, besando la H que tanto había significado para ella. Todavía los unía algo más grande que sobrepasaba su muerte.

Dejó el caballo y la peineta dentro de la caja, la cerró y guardó el pañuelo en su bolsillo.

Tenía que seguir adelante, no podía permitir ponerse en evidencia. En efecto, debía aprender a convivir con la noción de que ya no estaba, y de que tenía que centrarse en su vida, en lo que la rodeaba, en lo que le había tocado pasar.

Humphrey ya no estaba, pero ella seguía respirando y debía seguir haciéndolo por todo lo que en secreto guardaba en su corazón.

Quizá algún día consiguiera olvidarlo, quizá algún día los recuerdos se volverían humo y el humo acabaría disipándose.

* * *

Anne logró dominarse con la ingesta de un poco de tónico. En efecto, debía dar la razón a su marido, consideraba inadecuado dar un espectáculo. Además, durante el tiempo en que Alice la ayudó a cambiarse de ropa, recordó que, por mucho que le doliera, debía admitir que Humphrey se marchó, dejando tras de sí una carta fría donde quedaba patente que se había reído de ella. La dejó en brazos de ese ser ruin que era su esposo y se reafirmó en lo decidido: su prioridad era ella misma.

Con la aplicación de unos polvos, disimuló los estragos de lo acontecido, y una vez estuvo segura de que era capaz de contenerse, bajó a reunirse con los demás, quienes estaban acomodados esperando el momento de la cena. Por supuesto, era de esperar que el fallecimiento del sobrino menor del baronet saliera a colación, pero sir Edmund, haciendo uso de su ingenio, cambió de tema con maestría y la charla desembocó en otros tipos de eventos: a las reuniones que el anciano baronet había acudido y otras frivolidades con que rellenar los silencios incómodos. Porque lo había intentado, y lo había hecho con todas sus fuerzas, pero en ocasiones se venía abajo, sobre todo cuando Edmund se dirigía a ella con total naturalidad, con el mismo cariño con que lo había hecho no hacía tanto tiempo. Estaba confusa, ¿qué ser maligno tenía por compañero, capaz de envolver su verdad en el más precioso de los papeles? Porque obviando lo ocurrido, no podía olvidar el maremágnum en que su realidad andaba inmersa.

Pasó la cena y, tras ella, las baronetesas dejaron a sus maridos charlando sobre la guerra.

A petición de la anciana, fueron hacia la galería para admirar el bosque iluminado por unos haces de luna rabiosos.

Allí, sentadas con una copa de vino de Jerez entre sus manos y unas almendras tostadas que los baronets habían traído de no sabía dónde, comenzaron a charlar. Lady Susan, después de alabar y confesar cuánto le gustaba aquella habitación acristalada, con el tacto que la definía, le preguntó por su estado de salud; cierto es que ya habían tocado el tema durante la cena, pero Anne, sin ganas de abordar ese, cambió la charla a otros asuntos. Si bien ya no tenía escapatoria, era necesario contar lo que había sufrido y tratar de que no se le escapara el motivo que la llevó a querer saltar el muro como una niña alocada o, para ser sinceros, como una loca desquiciada. Además, era importante que tampoco se percibiera en ella la rabia que la corroía por esa realidad y por la reciente noticia.

—Si he de ser sincera, no entiendo por qué lo hiciste. Lo sé, no es de incumbencia, pero ahora eres familia, mi sobrina, y no puedes ir haciendo esa clase de locuras. Recuerda cuál es tu lugar.

—Supongo que no pensé en las consecuencias.

—Cuando mi sobrino nos envió la correspondencia, me apené tanto que apremié a sir De Featherstone a resumir todo lo posible las reuniones y eventos, después de pasar unas semanas de descanso en el Norte, se hacía imperante venir a conocer tu estado de primera mano, luego todo se precipitó al recibir la última misiva del vicealmirante Nelson. Pobre Humphrey, su marcha nos produce una profunda pena. En fin —expresó dando a entender que ya nada podía hacerse por él, centrando su atención en la muchacha—. Prometo que hemos venido lo antes posible y, sin embargo, aquí estás: recuperada, aunque muy delgada.

—Supongo que debo comer más.

—Y que tu talante ya no es tan alegre. Sabido es que has debido pasar unos días muy duros después de todo lo acontecido.

—Supongo que me recuperaré.

Se hizo un silencio incómodo interrumpido por la voz firme de lady Susan.

—Bien, como veo que no voy a sacar más que un puñado de palabras por tu parte, me veo en la obligación de ser yo quien meta el dedo en la llaga. Sé lo que la caída ha provocado, o más bien, sé lo que os ha robado.

—Lady Susan.

—Tranquila, sobrina, ya nada podemos hacer al respecto. Pero coincidirás conmigo en que este contratiempo, aparte de ser inesperado, es un mal innecesario y muy poco bienvenido.

—Tiene usted razón, pero yo no sé qué puedo hacer.

—Tú no, pero yo sí. La desaparición de Humphrey hace que el papel, antes ya importante, de vuestro matrimonio sea lo más importante ahora mismo. Sin otro varón que pueda darnos descendencia masculina, debes entender la importancia de la continuación del linaje De Featherstone.

Anne giró con rapidez su rostro para observar que no solo la determinación había cubierto la voz de la baronetesa, sino también su rostro.

Le devolvía la mirada tranquila, pero con seguridad. Con una claridad en sus ojos apabullante. Anne no dijo nada, nada tenía que aportar, sino esperar a que lady Susan se decidiera a hablar.

—Voy a contarte algo que solo las personas que caben en esta mano saben. Por supuesto te pido silencio, tanto para mi relato como para tener la certeza de que sabrás guardar mi confesión pase lo que pase. Y aunque hoy en día ya no es necesario, agradecería que así lo hicieras. Al menos para honrar su... En fin, no quiero andarme por las ramas.

»Como ya te comenté, tuve muchas dificultades para engendrar. Uno tras otro, los bebés que se iban formando en mi vientre desaparecían tras dolorosos abortos. Pasado el tiempo, el dolor del alma superó al físico y no quise ni pude intentarlo más. No obstante, por el bien del linaje, el apellido y el título era necesario dar un heredero a sir John, por lo que después de un par de años lo volvimos a intentar.

»Sé que te dije que cuando quedé embarazada de Jamie, fui la mujer más feliz del mundo. Al principio, después de tanto como había pasado, mi miedo era palpable en cada una de mis células, pero luego, cuando la barriga iba aumentando, aquel miedo se fue mitigando.

»Sé que te dije que lo sentí, claro y fuerte en el vientre. Que sentí sus patadas, el brío con el que se estaba formando, la manera segura con la que se había acomodado dentro.

»Y lo sentí, lo juro, sentí sus patadas en mi mano, sus movimientos. Viví las náuseas matutinas, los mareos, esa hambre insaciable y caótica. Lo viví. Pero no fue mi vientre el que se había abultado, no fue mi garganta la que ardió tras el vómito, ni mi útero el que se contrajo para conseguir que saliera de mí. No. No fui yo y, sin embargo, así lo sentí y lo siento.

»Sé que es difícil de discernir. Difícil de entender, pero te aseguro que hice lo que tenía que hacer. Jamie era mi hijo, mío y de mi esposo. Un ser perfecto rodeado del amor de sus padres.

»Supongo que te preguntas de qué estoy hablando y, a pesar de todo, creo que lo he dejado

bastante claro. Jamie es el fruto del amor que tanto sir John como yo tenemos por cuanto nos rodea. Fruto de la responsabilidad en cuanto a la corona de Inglaterra. Un fruto que yo ansiaba como madre y que nunca podía haber gozado si no hubiese sido por haber alquilado un vientre.

»No, no pongas esa cara. Fui yo la que puso esa posibilidad sobre la mesa. Entendía la importancia de un hijo, la necesidad de él.

»De ese modo, se lo hice saber a mi esposo. Por supuesto no se negó. Era un negocio del que solo tendrían conocimiento unos pocos que callarían gracias a unos chelines. Elegimos a la mujer, le dimos cobijo y quedó encinta al poco tiempo. Ahí fue cuando se trasladó a mi alcoba, donde viví con ella el largo y precioso proceso de gestación. Por fin tuve la oportunidad de sentir sus primeras patadas y vivir con angustia sus silencios. Por fin pude disfrutar viendo cómo crecía el vientre y se estiraba la piel, así como aquellos pechos se iban llenando para luego darle alimento.

El silencio se prolongó entre las señoras. Lady Susan tuvo el buen hacer de dejar que Anne entendiera el concepto, que fuera ella misma quien llegara a la conclusión necesitada.

La joven se llevó consigo la copa al levantarse. Necesitaba poner distancia, tomar aire, pensar. Se acercó a los cristales del rincón y lanzó la mirada hacia el bosque, hacia la luna. Tenía tantas preguntas, una mezcla de sensaciones desagradables se asentaron en su estómago, pero sobre todo en sus arterias, sentía que le podían estallar en cualquier instante. ¿Cómo podía ser capaz de permitir algo así? ¿Y cómo era capaz la anciana de pensar en eso? ¡Por el amor de Dios, ese mismo día habían dado la noticia del fallecimiento del hermano de su esposo! ¿Es que esa familia carecía de escrúpulos?

—Puedes preguntarme lo que quieras, solo pido que no me juzgues.

Se giró y enfrentó el rostro sereno de la anciana. Se encontraba en una encrucijada, quería preguntar, saber, conocer, pero a la vez sentía que podía llegar a ser malinterpretado, que sería una falta de respeto; y, no obstante, ¿acaso la baronetesa no estaba siendo directa? Cierto era que no le había dicho nada abiertamente y, sin embargo, sí que lo había hecho.

—¿Cómo puede exponer algo así el mismo día que mi esposo conoce la pérdida de un hermano?

—Suponía que en tu cabeza no andarían solo esas otras preguntas que todavía has de hacerme. La experiencia de mis años no me han llevado a equivocación. Con respecto a tu acusación, pues así lo considero y confieso que también lo entiendo, te diré que él mejor que nadie comprenderá mi sugerencia. No debes olvidar que lo crie como mi propio hijo y que sir John y yo le hicimos comprender la importancia de seguir adelante, por mucho que el destino nos ponga la zancadilla. No debes olvidar que yo misma perdí un hijo y que tuve que aprender a vivir con el dolor. El apellido De Featherstone debe continuar, cueste lo que cueste. Somos descendientes de duques y nuestra influencia va mucho más allá que simples baronets, eso solo es un título. Nuestra opinión es muy valorada, no solo por príncipes, sino por los propios reyes. No podemos dejarnos embargar por la pena, a ese respecto solo le debemos conceder un tiempo limitado. Nuestro deber es seguir adelante. Nuestra meta es el futuro, tienes que meterte este concepto bien en la

cabeza, hasta no solo entenderlo, sino hasta llegar a respirarlo, a vivirlo. Eso es lo que se espera de la futura baronetesa lady De Featherstone cuando yo no esté.

Anne observó a la mujer que tenía frente a sí. Era fuerte, su mente estaba cimentada de una manera que quizá nunca llegara a comprender. Y, no obstante, de alguna manera entendía lo que quería decir, por lo que decidió cerrar el capítulo de Humphrey con respecto a lady Susan y continuar con lo que a esta interesaba. De ese modo, tomó aire y con él los arrestos necesarios para llevar a cabo la complicada conversación de la que no había escapatoria posible.

—¿No se sintió traicionada? —preguntó desde las sombras.

—En ningún momento. Recuerda que la idea fue mía.

—Pero, su esposo; él yació con otra mujer, bajo su mismo techo.

—Y en su mismo lecho. No voy a entrar detalles, solo te diré que consentí cada uno de sus encuentros y que, te puedo asegurar, lo hicimos de tal forma como para tener la certeza de que Jamie es nuestro hijo.

Anne quedó muda. De nuevo, la baronetesa tenía el don de revelar todo sin decirlo claramente.

—Yo no puedo. Es superior a mí. El saber que mi marido pueda estar con otra mujer compartiendo intimidad, eso; no, de veras que no. Es impensable.

—¿De veras? Veámoslo de otro modo. El varón es promiscuo por naturaleza.

—Esa es una idea aberrante.

—Esa es la realidad, querida. ¿Serías capaz de poner la mano en el fuego por su inocencia? —Anne calló—. Ya veo. No soy necia, sobrina, sé perfectamente que mi John me ha sido infiel en infinidad de ocasiones. Y, querida, si te soy sincera, yo también he disfrutado de algún que otro affaire, lo cual te recomiendo hacer en cuanto puedas. Solo sé inteligente y elige bien, para luego no arrepentirte. Por supuesto negaré esta afirmación a la vez que te pido prudencia en cuanto a esta certeza.

»Tu inocencia es verdaderamente envidiable, pero ya es hora de que madures y así consigas pasar por esta vida sufriendo lo menos posible. Entretanto, date un capricho de tarde en tarde; te aseguro que mi sobrino lo hará sin que le quede el menor remordimiento. Lo sé, es extraño escucharme hablar así, pero necesario en este caso. La realidad a veces nos golpea fuerte en la boca del estómago, causándonos unas náuseas que solo las atenúa el tiempo y las propias vivencias.

»De acuerdo, no puedes dar crédito a mi sinceridad y, no obstante, sabes que es verdad.

El tic tac del reloj sobre la chimenea tomó protagonismo por unos segundos, haciendo patente la sucesión del tiempo, uno que no se detendría ante nada ni nadie, implacable, frío, verdugo. Su vientre ya no podría engendrar, no había posibilidad de dar marcha atrás, de mover las agujas del reloj y regresar sobre sus pasos para evitar tantas cosas, tantas acciones y decisiones equivocadas. Al igual que Humphrey nunca regresaría; se había ido para siempre.

—Esa mujer, Jane. Jane Aldridge. Ella...

—Es la amante de mi sobrino.

—Usted, ¿usted lo sabe?

—Conozco a la señorita Aldridge desde hace bastante tiempo. Es una buena chica, de buena

familia.

—Odio con todo mi ser a esa mujer.

—Por supuesto, tal y como debe ser.

Aquellas rotundas afirmaciones habían dejado en jaque a Anne. Desconocía la manera en que se esperaba que actuase, desconocía lo que debía decir. Desde luego su carácter lo que le pedía era mandar todo a tomar viento y salir corriendo de aquella sala de tortura.

Claro que la baronetesa lo sabía, claro que conocía las correrías de su sobrino y su relación con Jane. Todo el mundo parecía haberlo sabido menos ella. Si bien, para decir verdad, habían sido sinceros y no habían ocultado su relación, solo la habían pospuesto; eso sí, bajo la mentira de Edmund, quien, por otra parte y para ser honestos, jamás le había confirmado que la dejaría.

¡Santo Dios! Ella misma había caído en la trampa. Ella sola, al querer creer que sería capaz de domesticar a Edmund.

—Estás cansada y yo también. Lo mejor será que nos vayamos a reposar. —Se levantó con gracia y esperó a que Anne llegara hasta ella—. Anne, no quiero que pienses que apruebo la infidelidad, solo me he adaptado a un sistema hipócrita del que ya soy parte. Y sí, conozco la relación que hay entre mi sobrino y esa mujer, pero no pienses ni por un instante que puedo llegar a aprobar que ocupe tu lugar. Tú eres la baronetesa de Chorley, mi sobrina, y eso, querida, jamás cambiará. Como tampoco tú debes permitirlo.

* * *

Los baronets alargaron su estancia por unos pocos días. Se celebró la misa en memoria de Humphrey, salieron a caminar, comieron, charlaron, todo desde el más relajado de los entornos. Gracias al cielo, después de la homilía, las referencias hacia Humphrey iban *in decrescendo*, por lo que los momentos en que Anne podía caer en la tentación de los recuerdos acudía al tónico y se sumergía en el mundo de los sueños. Por otra parte, tampoco volvieron a tocar el asunto de su infertilidad; no obstante, cuando llegó la despedida de buena mañana, lady Susan, al darle un beso en la mejilla, susurró con dulce coacción:

—Ya has perdido un hijo, sabes lo que es sufrir. Querida, cumple con tu deber.

Así se subió al coche con una sonrisa en los labios que no le fue devuelta.

Y justo cuando el carruaje dobló la esquina, desapareciendo así de su vista, se giró de cara a la casa y dijo sin mirar a Edmund:

—Esta tarde parto hacia Alderley Edge.

Y continuó andando sin esperar respuesta. No quería cruzar ni una sola mirada con su esposo, ya bastante había hecho con tener que aguantar sus carantoñas y charlas, desde luego representó un papel magnífico, cosa que no podía decirse de ella. Le costó la vida sonreír, siquiera abrir la boca cuando estaba delante. Solo esperaba que la anciana aquejara su malestar a cuanto acontecía a su alrededor.

Subió deprisa la escalera, todo lo rápido que le permitían sus piernas y, mientras lo hacía, en su cabeza se repetían las últimas palabras de lady Susan: *Cumple con tu deber*, le había dicho. ¿Una

orden? Desde luego que después de lo escuchado podía considerarlo un mandato.

Entró en su habitación y cerró la puerta con intención de no volver a bajar hasta tener los baúles bien dispuestos para su regreso. No pensaba estar en esa casa por más tiempo.

¿Acaso no quieres ser madre? ¿Qué sabía la baronetesa de ser madre? ¡Qué sabía de ella, de su vida!

Tiró del lazo para llamar a Alice.

Poco o nada tardó la doncella en entrar, intercambiar un par de palabras y dar comienzo así a ordenar todo para la partida. Entretanto Anne se refugiaba en los quehaceres, un mano a mano con los sirvientes para partir cuanto antes y no dar tregua a su cerebro a cavilar sobre nada más que su regreso.

La puerta se abrió de par en par sin que nadie llamara a ella con los nudillos. Edmund entró sin mediar palabra, y en un instante, ambos quedaron solos. Los bártulos estaban desordenados alrededor, y el espacio se sentía algo asfixiante, especialmente debido a la mirada gélida del varón. Era evidente que quería actuar, y, aun así, se estaba reprimiendo.

Alargó la mirada un poco más, siempre devuelta por una nerviosa, aunque decidida, Anne. El baronet apartó los ojos primero y fue hacia la ventana con las manos enlazadas a la espalda. Y sí, Anne se sintió victoriosa; puede parecer ridículo, pero así fue. Sintió cómo se inflaba su ego, cómo su confianza crecía y crecía, como nunca antes lo había hecho.

—Entiendo que quieras marcharte —dijo De Featherstone en tono neutro todavía mirando por la ventana.

—Por supuesto —contestó tajante.

—Comprendo que quieras ir a ver a tu padre, cuidar de él.

—En efecto.

—Pero seamos sinceros —se giró para clavar su mirada en ella—. ¿Es por eso? ¿Deseas marcharte por tu padre o solo es la excusa para huir de la realidad?

Aquello tomó por sorpresa a Anne y su confianza se desinfló *ipso facto*. La conocía, aunque a decir verdad, más que conocerla sabía que lo que estaba ocurriendo entre ellos no todo el mundo sería capaz de soportarlo. Sí, en el poco tiempo que llevaban casados había ocurrido de todo. Los altibajos de su marido eran difíciles de aguantar y eludir. Hubo un tiempo no muy lejano en el que había creído que había conseguido aplacarlo, pero todo había sido un espejismo de su deseo porque su relación fuese relativamente normal.

Algunos de los momentos pasados, aquellas crueles lecciones de conducta pasaron frente a sí. Y se encogió sobre sí misma. No podía volver a aquello, no permitiría algo semejante, y tenía que marcharse, huir, sí. Era verdad, estaba huyendo porque no soportaría ningún tipo de humillación más, no soportaría mirar su rostro cada día y ver en él al difunto Humphrey; no si quería preservar algo de sí misma en la vida que le había tocado vivir.

—A mi manera de entender el asunto, estás huyendo. Y lo entiendo, de veras que comprendo que así lo desees, pero es inviable. No permitiré que algo así ocurra. No permitiré que hagas esa clase de menosprecio por mucho que lo quieras maquillar con el pretexto de ir a cuidar de tu

padre. Eres mi esposa, la baronetesa de Chorley y como tal debes demostrar en todo momento entereza, saber estar y unión incondicional con tu esposo y tu título.

—¿Es acaso esta otra de tus lecciones?

Tuvo al baronet encima después de un parpadeo. El cuerpo pegado, la boca a pocos centímetros de la suya.

—¿Te gustaría que así lo fuera?

Anne quedó muda. Podía desafiarlo; había algo en ella que deseaba hacerlo más que cualquier otra cosa, pero no debía seguir por ese camino. Lo único que conseguiría es abrir de nuevo esa puerta que, por el momento, mantenía bien cerrada, a pesar de que el demonio que habitaba en ella había despertado.

Aun así lo encaró. No se permitió bajar la mirada al suelo, lo único que conseguiría es enviar una señal de sumisión y no estaba dispuesta a hacerlo.

—No tengo por qué. —Anne se sobresaltó un poco al escuchar el cambio en el tono, la suavidad con que su marido se expresaba a la vez que se alejaba de ella, eso era peligroso, muy peligroso. Y él se dio cuenta de su escueto gesto—. Tranquila, lo entenderás enseguida. Como digo, no tengo por qué poner sobre la mesa esto que voy a decir. Eres mi esposa y, como tal, creo que sabes bien cuál es tu cometido.

»Voy a ser claro, espero que conciso y directo. No se me da bien andarme por las ramas, además de que lo desprecio *so manera*. Sería decepcionante por mi parte negar que Jane y yo mantenemos el contacto y que, por el momento, no pienso deshacerme de ella. —El asqueo de la joven era evidente—. No pongas esa cara, tendrías que agradecérselo, ella soporta los juegos que tú rehúyes. Lo que tú y yo hemos vivido ha sido agradable, un descubrimiento placentero, pero con Jane todo es tan... No sé, pasional. Eso no quiere decir que el recuerdo a tu lado me sea indiferente, quizá pudiéramos retomar esos encuentros. —Una leve sonrisa de lado asomó a los labios del baronet, como si el recuerdo del reencuen tro con la Aldridge llenara de miel sus pensamientos, a los que se sumaban los de su esposa. Solo entonces fue consciente del gesto asqueado de su mujer. Se recompuso inmediatamente, colgándose de nuevo ese gesto frío y, ¿cómo había dicho?: claro, conciso y directo. Anne cerró la boca, apretó los dientes y se colgó la más fría de las máscaras—. Ya veo. En resumen, lo que se espera de ti es que seas una esposa obediente que haga la vista gorda a ciertas circunstancias, además de llevar a mis hijos en tu vientre, parirlos y criarlos. Como ambos sabemos, esto último no va a ocurrir —continuó indicando el vientre de su esposa, para luego regresar a enlazar sus manos por detrás de la espalda—; dejemos a un lado de quién fue la culpa, aunque ambos sabemos que fue tuya. Lo destacable aquí es que no puedes darme un heredero y que hay que poner remedio. El apellido De Featherstone debe continuar.

—Deduzco que ya tienes la solución y que en esa solución se incluye a Jane —afirmó agriamente al darse cuenta de que no otra sino la anciana baronetesa y su tío habían metido mano en el asunto, hecho que consiguió brotar un odio mordaz contra la otrora querida anciana.

—En efecto, eres muy perspicaz. Me parece una estupidez buscar fuera a quien engendre a nuestros hijos cuando tenemos la solución aquí mismo. Lo sé, es difícil de entender, de...

—Sé por qué y quién lo dices. —Obviamente, se refería a lady Susan, cosa que no llegó a sorprender del todo a De Featherstone.

Ante aquel encuentro demente y esas palabras descabelladas, Anne tuvo que poner en marcha los engranajes de su cabeza, sopesar lo que estaba ocurriendo, lo que se suponía tenía que ocurrir le gustase o no. En tiempo récord puso en una balanza cuanto la rodeaba: las palabras de la anciana baronetesa, la manera tan natural en que Edmund veía cierto tipo de cosas, la forma en que el sexo femenino debía encajar los envites de la vida: siempre con una sonrisa, siempre sumisa. Sumisión.

Y la cuestión es que ella no importaba, sus opiniones, sus pesares nunca serían considerados si el varón no los veía adecuados. Entonces recordó algo que le dijo lady Susan en una de sus muchas charlas: *tú eres la baronetesa de Chorley, mi sobrina, y eso, querida, jamás cambiará. Como tampoco debes permitirlo tú*.

En efecto, a pesar de su realidad, a pesar de saber que sus opciones se resumían a obedecer, lo haría luchando. Haría lo posible para no salir muy mal parada, aunque al final tuviera que tragar que su futuro hijo sería el de Jane Aldridge. Esa arpía que se había cruzado en su vida para arruinarla.

—Todavía no entiendo por qué no le pediste matrimonio a ella, por qué no te impusiste a Leonard y reclamaste a Jane como esposa —le reprochó sin esperar respuesta con un alto deje de odio—. En fin, eso ya no tiene remedio, ¿verdad?

»Lo que sí me interesa es si ella estaría dispuesta a entregarme al hijo que engendrara contigo, si estaría dispuesta a dármelo y nunca más acercarse a él —dijo con una calma imperturbable una vez llegó a sus propias conclusiones—. Porque, esposo, si se me permite, también tengo algo que decir, puntos que tratar y objetivos que cumplir —cogió un bote de tónico de la cómoda y se echó un poco en las manos mientras hablaba—. Como bien dices, y nunca antes lo había visto de esa manera, gracias a ella no sufro tus —lo miró un segundo— desquiciadas caricias en mi espalda, prefiero que sea ella quien soporte o disfrute, según tú, ese tipo de encuentros; me importa bien poco que forniques con ella como si fueseis conejos. Una cosa has de tener clara: no volveremos a yacer nunca más. Nuestra relación se resumirá a un matrimonio soportable, negocios, hogar, sirvientes y eventos; y ahí es donde paramos de contar. Solo pido una cosa con respecto a tus traicioneras relaciones «amorosas» —afiló un tono de advertencia en tanto cesaba de restregar sus manos—: que lo hagáis con discreción. Como baronetesa tengo que mantener el orden y el respeto en nuestra —sonrió y retomó su quehacer— «familia» y si nuestros propios sirvientes entienden que mi marido y su querida me menosprecian, sería de esperar que ellos mismos lo hagan con toda naturalidad, así como nuestras amistades y posibles empresarios que vean que nuestra unión carece de fortaleza.

Unió sus manos por delante con delicadeza, adoptando esa postura femenina que tanto gustaba a los demás por parte de una muchacha bien educada, a la vez que enfrentaba el rostro de un hombre que se mostraba incrédulo a cuanto escuchaba.

»Por otro lado, deseo mantener una charla acerca de todo esto que se me impone con la susodicha Jane Aldridge, será la única vez que hable con ella. Toleraré lo mínimo frente a mí y

cuando dé a luz, ese hijo será amamantado por una ama de cría y Jane jamás se acercará a él. Por lo que vuestros encuentros, tendrán que trasladarse a otro lugar. Me es indiferente si para ello te gastas parte de nuestro patrimonio en alquilar una casa. Aunque espero que se resuma a algo modesto, nada de grandes mansiones.

—Todo esto que exiges es algo a discutir.

—No si del bienestar de tu hijo se trata. Si esa mujer interviene, lo único que hará es confundirlo y supongo que deseas que tu vástago crezca seguro de sí mismo y de sus padres.

Edmund afirmó levemente con la cabeza.

—Bien, a la vista del giro que han dado las circunstancias, creo que lo más sensato es que vuelva a colocar las cosas en su sitio —dijo dando por zanjada la conversación; pero recordando algo añadió—: Por cierto, creo que mis tíos llegarán de un momento a otro, espero que su visita sea tolerada con agrado y que la señorita Jane no aparezca por aquí mientras dure el encuentro.

—Por supuesto —dijo algo descolocado ante lo expuesto—. Pero ¿acaso se hospedarán en Mayfield?

—Posiblemente, sería absurdo estar yendo y viniendo de la capital. Por muy cerca que esté, no deja de ser escabroso.

Sin decir nada más, Anne tiró de la cinta de nuevo y comenzó a desempacar con manos y gestos firmes uno de sus baúles, sin dirigir ni una mirada a su marido.

No le había temblado la voz al hablar, ni siquiera, supuso, había gesticulado de más, al menos a la hora de dejar claras sus puntualizaciones y deseos. Al parecer se le estaban pegando algunas maneras de Edmund. Fue fría, implacable, directa y firme, como el tiempo que se escapaba entre sus dedos. Ya nada sentía por ese hombre, se había dado cuenta de que jamás se habría enamorado de él, pero ahora es que ya no podía ni quererlo, no cariño de años y roce, nada de nada.

Porque, por mucho que le pesara, sí había una verdad irrefutable: se debía a su marido, a sus deseos y mandatos, y si ese era el único modo de mantenerse a salvo de su crueldad, tenía que obedecer. Y lo haría, vaya si lo haría, por mucho que le doliera, por muy humillada que se sintiera lo haría, pero al menos trataría de imponer sus reglas. Unas que esperaba que se cumplieran.

Capítulo 25

—Anne, querida, te noto distraída, ausente.

Tía Grace tenía más razón que un santo. Para Anne era un suplicio estar siquiera presente en la misma estancia que su marido, a pesar de que ella misma había decidido actuar de tal manera que se viera entre ellos una fuerte unión.

Después de aquella charla que había mantenido con su esposo, se había recluido en su alcoba donde, con la ayuda de vino y el remedio que le había confiado el doctor durante su convalecencia después de la caída, trataba de digerir cuanto acontecía a su alrededor.

El giro que debía, bueno, que había dado su vida, era algo bastante difícil de asimilar. Y aunque ella había puesto sus normas, sabía que se movía sobre el filo de una navaja y que cualquier paso en falso podía hacer que esos preceptos que había impuesto revelaran la verdad: que solo se podían considerar peticiones, ya que Edmund con una sola palabra las echaría por tierra y, además, con todo el derecho del que gozaba y del que, por supuesto, Anne carecía.

Era consciente de que la ingesta del remedio cada vez era más necesaria, prefería eso a estar lúcida y soportar las risas de Jane que llegaban hasta su alcoba. Las noches eran un suplicio. Bajo la puerta se colaban los gemidos y susurros de placer que, maliciosos, salían por las rendijas del dormitorio de su marido para colarse en el suyo. Y no importaba, no. De nada había servido cambiarse de habitación, esos murmullos y gritos de placer parecían perseguirla atraídos por su piel enervada, como si ellos mismos fuesen conscientes de cuánto mal le hacían. Y no, no era porque sus celos estuviesen presentes, esa parte ya la había superado, pero la humillación, eso le iba a costar, por mucho que había intentado e intentaba convencerse de que nada pasaba a base de copas de vino cargadas con dosis dobles de opio. Y, no obstante, esas mismas muestras de placer, lograban que no llegara a pensar demasiado en la pérdida de Humphrey.

Trató de no verlos, se recluyó en su habitación durante días que se habían convertido en semanas, a pesar de haber ordenado desear hablar con la Aldridge. Intentó no cruzarse incluso con Edmund. La herida estaba demasiado fresca y debía trabajar en esa constante sombra de humillación para poder hacer frente a cuanto se avecinaba sobre sí. Instigándola. Acosándola. Cerrando más la lazada alrededor de su cuello. Y lo estaba haciendo, sabía que, por el momento, no había impedimentos a su ausencia, pero llegaría el caso en que no tuviese más remedio que salir de su autoreclusión. De aceptar que iba a ser la madre del hijo de esa condenada víbora.

Fue una tarde, poco antes de la cena cuando su temor llamó a la puerta.

—Mi señora, sir De Featherstone me envía a ayudarla a vestirse para la cena.

—¿De veras? —La criada afirmó—. Qué considerado mi esposo, ¿verdad? —Dejó caer lo que quedaba de vino por su garganta, su embriaguez era bastante acuciante—. Preséntale mis disculpas, por favor. No voy a bajar a cenar. Es más, ni siquiera me apetece comer aquí.

—Lady De Featherstone, debe acudir al requerimiento, no creo que el señor acepte una negativa.

—Ja, ja, ja. Qué cómico es mi marido, como si me importara lo más mínimo lo que quiera o acepte. No bajaré y ya no tengo más que decir sobre el asunto. Vete y no me atormentes. Eso sí, antes de desaparecer de mi vista tráeme otra botella de vino y prepárame el remedio.

Haciendo patente su estado ebrio, Anne se levantó de la butaca, vertió lo que quedaba de la botella en su copa y fue hacia la ventana con la intención de olvidarse de todo lo que la rodeaba. Sin embargo:

—Con el debido respeto, mi señora, el señor me advirtió que si usted se negaba pagaría las consecuencias —dijo Alice con voz temblorosa.

—Ah, ¿sí? Pues dile al señor que poco me importa, que estaré aquí esperando.

—Pero, mi señora, él... Sir Edmund...

—Solo ve y díselo —ordenó con apatía sin mirar a la doncella, haciendo un ademán con la mano—, deja el resto en mis manos, poco me importa ya lo que me pueda suceder.

Una pausa y un suspiro procedente de la sirvienta.

—Sir De Featherstone se refiere a mí —dijo Alice en apenas un murmullo temeroso.

Tratando de mantener el equilibrio, lady De Featherstone se giró sobre sí, mostrando su ceño fruncido acompañado de una mirada lánguida que iba y venía.

—No comprendo, ¿qué quieres decir?

Alice hizo acopio de valentía y pronunció con los ojos clavados en su señora:

—Que si usted no baja, seré yo quien se atenga a las consecuencias.

Un prolongado silencio siguió a aquella verdad. Un silencio necesario para que Anne entendiera qué quería decir.

Abrió muchos los ojos al comprender.

—¡Santo cielo! ¡Te ha amenazado a ti!

—No, lady Anne. —Alice se mordió el labio—. La ha amenazado a usted con atacarme a mí.

—¡Oh, bastardo hijo de puta! ¡Malnacido! No se atreverá. —Una vez más se hizo el silencio. —De acuerdo, ayúdame a vestirme. Si es lo que desea, eso tendrá. —Se terminó la copa sin respirar—. Esta noche pasará a la historia.

Una vez preparada para bajar, salió por la puerta maldiciendo.

Las piernas y las manos le temblaban. Podríamos pensar que era debido al miedo que Edmund le había insuflado tiempo atrás, y puede que en parte fuera eso; no obstante, se sentía tan carente de emociones que desechó esa posible realidad. Erguida su espalda, que hasta ese momento estaba encorvada, tomó una bocanada de aire para soltarlo mientras componía una careta gélida en su rostro. Al mismo tiempo, el lacayo abría las puertas del comedor de noche.

Claro que Jane estaba allí, sentada al lado de su marido. Claro que no había nadie más. Y por supuesto que tenía apoyada su mano sobre la del hombre que la miraba airado, en su semblante dibujada una sonrisa forzada, entretanto la inspeccionaba de arriba a abajo con cierto atisbo de preocupación.

Su delgadez era patente, tenía los pómulos muy pronunciados, los ojos algo hundidos en las

cuencas, los pequeños huesos de manos y muñecas estaban realmente marcados y su piel, aunque todavía de un tono bonito, estaba pegada a esos huesos de tal manera que más parecía que de un momento a otro rajarían el fino tejido. Llevaba un vestido que no había visto antes. Era muy atrevido, el escote prácticamente dejaba sus pezones a la vista, y aquella cintura, ya de por sí pequeña, se había transformado en algo minúsculo. Le sorprendió su atrevimiento al presentarse con el pelo suelto, un cabello dorado lleno de bucles graciosos que llegaba hasta sus rodillas, no llevaba ningún adorno en él. Y la realidad es que no hacía falta. Estaba hermosa. A pesar de su físico demacrado y la embriaguez que la rodeaba, su belleza era patente así como su estatus, pues, cuando entró en el comedor, la habitación se sintió completa con su presencia. Había nacido para algo más que ser hija de un granjero venido a bien. Había nacido para el título que ostentaba. Y aquellos ojos, ahora más grandes por su flaqueza, mostraban ese verde que siempre le había llamado la atención, y que, sin embargo, ahora carecían de ese deje salvaje con que siempre lo había mirado.

El estómago se le contrajo y Jane, testigo de lo que se estaba fraguando allí, apretó la mano de su amante para desviar su atención. No obstante:

—Por fin has bajado a acompañarnos —soltó el agarre de su manceba sin miramientos.

De Featherstone se recompuso de inmediato y tomó las riendas de la situación. Se levantó para, cortés, tomar la mano helada de su esposa y llevarla hasta su silla, también a su lado y frente a Jane.

—No sabes lo que te hemos echado de menos.

—Oh, sí, me he percatado del hecho —atajó Anne, arrastrando todavía las palabras debido a su actual embriaguez, cosa que le importaba más bien poco—. Sobre todo porque tus visitas a mi alcoba cesaron hace tiempo —dijo mordaz, aunque la manera de comportarse quería dar a entender que nada le importaba que así fuera.

Edmund levantó una ceja. Con que esas había. Bien, si así estaban las cosas, así las continuaría; a pesar de haberse desper tado en él esa clase de deseo que conocía bien. Ese que era difícil de someter.

Regresó a su asiento.

—Oh, bueno, he estado bastante ocupado —dijo mientras volvía a colocar la servilleta.

—Me hago cargo, supongo que fornicando con esa furcia —respondió su esposa sin casi dejarlo terminar de pronunciar la frase, en tanto se llevaba la copa ya llena a los labios.

Un relámpago cruzó la mirada de su marido ante tal osadía. Parecía ser que a su mujer se le había envalentonado la lengua mientras había estado recluida en su habitación esas semanas. Y eso, para su sorpresa, había enfrentado dos sentimientos en él: la pasión que iba aumentando por momentos al recordar aquellos encuentros que solo Anne tenía el poder de llevar a cabo para someterlo; y la furia que sentía porque se atreviera a hablarle así, sobre todo delante de Jane. Una Jane que, para ser honestos, se dejaba hacer, con la que sentía sumo placer, pero con la que era incapaz de llevar a cabo esos otros juegos que Anne manejaba a la perfección. Si pudiera unir ambas necesidades su vida sería plena en el terreno pasional y familiar. Por el momento, debía continuar con sus pretensiones y a la vez estudiar la situación que se podía dar en un futuro.

—Mi querida esposa —dijo con tono de advertencia, aunque suave—, solo te pido una cosa: mientras dure esta cena, no quiero ni una sola palabra fuera de lugar.

—Entonces no me hables —volvió a cortar su verbo—. Así no tendrás que escucharme maldecir e insultar a quien tiene la osadía de calentar tu cama bajo mi techo. —Apoyó la espalda en la silla y echó los hombros hacia atrás a la vez que, relajada, tomaba una gran bocanada de aire, logrando que sus pechos sobresalieran más. Por una fracción de segundo, lady Anne miró a Jane y se dio cuenta de cuánto le había molestado ese gesto. ¿Ah, sí? Pues que empiece el juego, se dijo—. Solo deja que termine este calvario y pueda regresar a mi habitación. Ni te imaginas lo que me molesta llevar puesto el vestido. Lo único que quiero es tirarme desnuda sobre la cama —atajó melosa, a la vez que paseaba el dedo corazón por el filo de su escote.

El caballero no pudo ni quiso evitar observar el movimiento de aquel dedo sobre la sedosa piel que en sumas ocasiones había degustado y disfrutado no hacía tanto tiempo atrás. Y la actitud de ella era tan inesperada y ardiente.

—De acuerdo, no hables, entretan...

—Antes de silenciar mi lengua quiero hacerte una pregunta. —Con tranquilidad echó su cuerpo hacia delante hasta que sus pechos tocaron el plato—. ¿Cuándo dejaste de sentir ese deseo por mí? —continuó arrastrando las palabras en aquel mismo deje apacible y azucarado—. ¿En qué momento mis besos —acarició sus labios con suma sensualidad—, esa pasión que había entre nosotros, ha dejado de ser suficiente? —Cesó sus caricias y levantó una ceja interrogativa aunque no por ello menos atractiva—. ¿Qué te hizo recurrir a los servicios de esta ramera? —Edmund frunció los labios—. No te sorprendas, supongo que, ya que nos hemos convertido en una gran familia, puedo considerar que aquí, tu puta, puede soportar escuchar estas preguntas.

En ningún momento miró a la Aldridge, habló como si no existiera, haciéndole un gran vacío. La peor de las venganzas.

Jane fue a hablar, pero Edmund la acalló con tan solo una mirada. Luego sobrevinieron unos segundos de silencio en que los comensales, además de medir sus fuerzas, sorbieron de sus copas a la espera de que el señor de la casa diera el siguiente paso. Un señor que tuvo que hacer acopio de entereza para sobreponerse a sus emociones. Anne lo estaba desestabilizando y debía por todos los medios tener la cabeza fría. Pero es que su comportamiento, sus gestos. sus labios; aquel escozor del calor de las velas en sus pezones. aquellos arañazos que desgarraron su piel. la manera en que la joven baronetesa degustó su sangre y ¡oh, por todos los demonios! Anne había pasado su larga melena sobre el hombro, esa misma que había agarrado mientras la cabalgaba.

Chasqueó la lengua, no debía permitirse pensar en esos sucesos. No y no.

—Bien, si así están las cosas, es mejor abordar el asunto y pasar a otra cuestión. Empezando por el punto número uno: no quiero escuchar ni un insulto hacia ninguna de las dos. Os portaréis como dos gatitas mansas. No necesito que os dirijáis la palabra, solo que os toleréis.

Asqueada, Anne miró hacia otro lado, y si bien Jane observaba a Edmund, en su mirada la furia y la devoción echaban un pulso para ver quién ganaba la batalla.

—En efecto, nunca podría haberlo definido de forma más clara: una gran familia. Por todos es sabido que uno de los puntos más importantes de un matrimonio es dar continuidad al linaje, al

apellido, al título. Y que tú, querida esposa, ya no estás en gracia divina .—En la boca de Jane se dibujó una sonrisa maliciosa—. Y ahora, necesito que me escuches y entiendas por qué he tomado la decisión de que bajes a cenar con nosotros. —Anne lo miró de lado a la vez que mojaba sus labios con la lengua. Edmund tragó saliva y, sin darse cuenta, relajó el tono.

»Como baronetesa, es necesario que retomes tu lugar en esta casa. Recuerda que tú misma dijiste que los sirvientes deben tener presente quién manda aquí, respetarte, y creo que el hecho de que te escondas en tu alcoba no hará que esos requisitos se cumplan. Así que —De Featherstone tomó aire tratando de reencontrarse—, desde hoy te prohíbo que continúes con tu encierro.

—¿Qué me pides, esposo? —preguntó con tranquilidad, a su boca asomada media sonrisa, como si todo aquello le hiciera una gracia aburrida y esperada, aunque difícil de creer—. ¿Que consienta cruzarme con tu ramera como si nada pasara? ¿De veras piensas que esta situación es de lo más natural? ¿En serio abrigas la esperanza de encontrarnos bordando juntas mientras mantenemos una bonita charla? —Chasqueó la lengua al finalizar.

—Lo que te ordeno es que retomes tus quehaceres como baronetesa y señora de Mayfield. Entiendo, de veras que lo hago, que pueda ser difícil esta nueva situación, pero solo se dará hasta que Jane dé a luz. Una vez ocurra, como ya he prometido, no tendrás que verla nunca más.

Jane fue a hablar, pero Edmund de nuevo la acalló con el simple gesto de una mano, sin siquiera mirarla, sin prestarle ni la más mínima atención.

Entre las sombras que el alcohol le permitía dilucidar, Anne se tomó su tiempo para pensar cuál sería su siguiente movimiento. Debía poner en una balanza las sugerencias de su esposo. Cierto era que ya lo habían hablado y que la muchacha había sido quien se había saltado las normas que, en su momento, ella misma había impuesto, pero es que no era trabajo sencillo.

Frunció los labios y entrecerró los ojos pensando.

De su garganta floreció una sonrisa amarga. Incrédula.

—Esto no puede ser real —dijo en un murmullo bastante audible, su barbilla apoyada en la mano—. Y, sin embargo, aquí estamos, ¿eh? —Apoyó la mano sobre la mesa. Y comenzó a preguntar, pero preguntar de verdad, con la necesidad de encontrar una respuesta. Tranquila—. ¿Por qué tengo que sentarme a comer con ella? ¿Por qué tengo que compartir una vida en la que esté presente? Bastante tengo ya con que se haya hecho dueña de la alcoba de mi marido. Cada noche escucho sus gemidos desde mi cama. Va por mi casa como si fuese la verdadera lady De Featherstone. Dime, querido esposo, y espero que seas honesto con la contestación, ¿acaso la anciana baronetesa consentiría algo semejante? Reconoce que lo que me pides es un insulto que ninguna mujer en su sano juicio toleraría.

Echó su largo cabello hacia atrás y volvió a apoyar su espalda en el respaldo mientras cruzaba las manos sobre su regazo al tomar una decisión.

—Mi respuesta es no. Y si para que intente cumplir con tus deseos ves conveniente llevar a cabo esas lecciones que tanto te agradan, escúchame bien, esposo —volvió a apoyar los brazos sobre la mesa—: prefiero eso mil veces que cruzarme con tu furcia por los pasillos de mi casa,

aguantando sus desaires y esa manera de tratar a mi marido. Al que tiene que ser mi hombre; y solo mío.

»Así que, Edmund —llamó su atención mientras de nuevo levantaba la mano y, coqueta, apoyaba su barbilla en ella a la vez que alzaba una ceja—, dime ¿qué determinación vas a tomar? ¿Voy desabrochando los lazos de mi vestido para ahorrarte el trabajo?

Nunca lo diría en voz alta, pero el joven baronet había quedado perplejo, perplejo y encantado, seducido de inmediato. Se levantó y, cortés a la vez que firme, tendió una mano hacia su esposa, no aceptaría una negativa.

Después de mirarlo, extrañada la agarró, para dejarse guiar hacia la salida. Jane se levantó arrastrando con furia la silla, pero su acto fue ignorado. Quedó allí sola, con la cara roja debido a verse en la obligación de aguantar su verdadera necesidad, la de gritar, la de exigir un cambio de planes.

Ignoraba las intenciones de su esposo, solo el alcohol que inundaba su sangre le aportaba los arrestos necesarios para continuar hacia el estudio, porque allí se dirigían. No intercambiaron palabras, tan solo alguna mirada aislada durante el camino.

De Featherstone cerró la puerta con el pestillo al entrar y, seguidamente, llenó dos vasos de whisky. Se apoyó en la mesa mientras Anne quedaba de pie frente a él.

—Estás muy delgada y, pese a ello, sigues siendo hermosa.

Anne no dijo nada, aunque dio buena cuenta del whisky: un par de vasos ingirió antes de echarse el tercero. Sea lo que fuere lo que su marido tenía en mente, prefería enfrentarlo no siendo muy consciente, prefería resguardarse una vez más en el alcohol, él y solo él disiparía sus temores, su dolor, tanto físico como emocional. Y, de repente, echó de menos el sabor del láudano.

La realidad es que no estaba en sus cabales, ¿desde cuándo le había importado poco lo que le pudiera suceder? Pero se sentía carente de emociones, despojada de esos lazos sentimentales que normalmente la estarían atormentando. Su única meta era acabar cuanto antes lo que tuviera a bien sobrevenirle. Acabar e ir a guarecerse en el remedio, acunada en los brazos del opio.

—Te echo de menos —suavemente confesó Edmund, con el vaso apoyado en la barbilla.

—¿De veras? Nadie lo diría —El whisky comenzaba a avivar, una vez más, el calor de sus venas, así como a hacerla actuar con lentitud. Lentos sus gestos, lentas sus palabras.

—Eso crees, ¿eh? —preguntó, a la vez que estiró el brazo para agarrarla con suavidad y firmeza y atraerla hacia sí.

La dejó pegada a su cuerpo. En efecto, estaba más delgada de lo que había pensado.

—Tienes que alimentarte —dejó caer su aliento sobre la frente de su esposa.

—No quiero —trató de pronunciar. Sus ojos se le iban. Poco faltaba para el colapso—. Yo solo quiero...

—Tienes que hacerlo. —A sabiendas de que de un momento a otro perdería el conocimiento, tomó la cara de Anne y la sujetó mientras lo encaraba—. Nuestro hijo necesitará una madre sana y fuerte que lo corretee por la casa.

Anne quedó perpleja ante el comentario. La imagen de ella jugando con un crío impactó en las

brumas de su mente. Y la enterneció. Clavó las pupilas en los ojos de su marido. La mano de él recogió una lágrima, la misma que se llevó a los labios. Una lágrima que había nacido sin permiso.

—Más pronto que tarde todo habrá terminado.

—Pero ella seguirá ahí —susurró, sintiéndose cada vez más liviana.

—No debes pensar en eso ahora. Llegado el momento, no tendrás que volver a verla.

—Pero sabré que existe, en tu vida.

—Ella no será parte de nuestra familia.

—Pero sí de tu otra vida.

—Insistes, y lo peor de todo es que no lo entiendes —apuntó Edmund con rabia contenida.

Anne dejó caer la cabeza hacia delante hasta apoyarla en el pecho de De Featherstone.

—Me pides un imposible.

—Lo sé.

—Deja que me vaya —rogó, aún a sabiendas de la negativa.

—No.

—Por favor —insistió cansada—, deja que regrese a The Silver Horse House, deja que pase unas semanas sola.

—No puedo.

La manera de contestar, ese timbre en su voz, llamaron la atención de la muchacha. ¿Sería capaz de conseguir su objetivo? La pregunta consiguió espabilarla un poco. La esperanza se aferró en su espíritu.

Levantó la cara para enfrentarlo, para observar sus gestos.

—Necesito ver a mi padre, necesito pensar. Solo te pido eso. Cuando regreses a casa, mi cabeza estará más despejada.

Edmund no contestó, dejó pasar un largo minuto pensando, sopesando, tomando una decisión. Eso que había dicho: «cuando regreses a casa». A casa, la de ellos.

—¿Prometes alimentarte? —Un rayo de esperanza se reflejó en el iris de la muchacha cuando afirmó—. ¿Prometes que a mi regreso estos problemas habrán acabado?

—Siempre y cuando mantengas tu palabra. Siempre y cuando esa mujer no se pasee por mi casa como lady De Featherstone.

Edmund hizo un gesto de conformidad con la cabeza.

—De acuerdo, te doy mi consentimiento.

Anne abrió los ojos de alegría, en su boca una sonrisa, a la vez que apretaba los brazos del caballero. Este sonrió, no sabía por qué, pero así lo hizo. Pudiera ser que debido a la felicidad que emanaba del cuerpo y los gestos de su esposa. Una vez más ese proceder, su influencia hacían mella en él. Y de repente, la boca de la joven sobre la suya, llena de calor, húmeda, placentera. Sus lenguas enredándose, la fuerza de sus diminutas manos sobre la piel de su cuello, ese leve mordisco en la carne de su boca. Promesas. Promesas que se harían realidad en las próximas horas nocturnas, unas durante las cuales Jane escucharía los gemidos traspasar su puerta hasta aposentarse en el lugar vacío de su lecho.

Capítulo 26

El viaje a Alderley Edge se había hecho eterno. El suelo de los caminos estaba en buenas condiciones, y, aunque disfrutaba de la compañía de tía Grace, fueron sus ansias de llegar las que hicieron que el trayecto se tornara infinito.

En efecto, la señora Emmerson había decidido acompañarla, entreteniendo el recorrido con su charla. A pesar de lo cual, debido a la presencia de su tío, no pudo preguntarle acerca del viaje que había realizado hacía poco y del que, gracias al cielo, había regresado de una pieza, además de alegre, sentimiento que le hizo entender que todo iba de maravilla. Aunque este mismo hecho le hizo volver a recordar a Humphrey. Si hubiera tenido la oportunidad de contarle su verdad.

Tía Grace advirtió de su llegada el día siguiente de que Edmund le concediera su petición. Recordó que aquella mañana se había levantado, además de resacosa, con el cuerpo dolorido. No, su esposo no fue agresivo con ella. Su encuentro, bueno, sus encuentros, se habían basado en lo mismo que habían compartido hasta el momento. Pero había estado despierta y activa gran parte de la noche. Ni que decir tiene que su comportamiento se había dado a una especie de agradecimiento mezclado con alcohol y opio y el sentirse poderosa una vez más. Sin embargo, aquello acabó en el momento de desayunar, cuando la Aldridge se sentó junto a ellos en la mesa. Tuvo que aguantar sus palabras dirigidas a Edmund. Estaba herida, había probado de su propia medicina y no le había sentado bien. Todo aquel embrollo era un verdadero despojo de miseria del que Anne necesitaba escapar cuanto antes.

Llegaron los señores Emmerson y con ellos un soplo de aire fresco. Jane se vio forzada a marchar antes de su llegada. Es fácil imaginar su carácter antes de salir, viéndose desplazada y humillada. Y, aunque la situación debería haber alegrado a la joven baronetesa, muy a su pesar solo sentía que aquel respiro duraría el tiempo que su tía permaneciera en Mayfield. Fue por eso que decidió marchar lo antes posible, no quería volver a ver a Jane, tenía que poner distancia de inmediato.

Mandó arreglar el equipaje. Por fin podía hacerlo con la tranquilidad y certeza de que se iba.

Cuatro días más tarde, a pesar de la alarma de su tía por, según ella, verla tan demacrada y su urgencia porque volviera el médico a visitarla, partieron para Alderley Edge.

Sus tíos marcharon con ella. Uno, por temor a que durante el viaje la salud de Anne pudiera resentirse, y dos, porque deseaban asimismo ir de visita a The Meadows.

La señora Emmerson llegó como un ángel de la guarda para todos.

—Anne, querida, te noto como distraída, ausente.

De nuevo aquella afirmación y una vez más la misma respuesta:

—Pronto estaré bien.

En efecto, contaba con la excusa perfecta para evadir cualquier tipo de conversación referente a su ánimo: el accidente de caballo y todo lo que lo rodeaba, a excepción de que ya no podría engendrar, aquel era un secreto para todos. Gracias a eso, tía Grace hizo poca referencia al fallecimiento del hermano menor de Edmund, lo justo para dar el pésame y poco más. Humphrey no había sido santo de su devoción, perdió mucho cuando la abandonó, por lo que tía Grace sentía la pérdida, pero el dolor no llegaba a su corazón. Pero para Anne era harina de otro costal, todavía no había llorado a Humphrey como sabía en su fuero interno que necesitaba. Todavía tenía que explotar en algún momento. Esa pena cada vez se volvía más extraña y notaba cómo con el paso del tiempo iba ganando milímetros en su corazón, rodeándolo, estrangulándolo.

El traqueteo del camino continuó hasta llegar a sus tierras donde su mayor temor se hizo realidad: The Silver Horse House la inquietaba. Solo la compañía de la hermana de su madre hacía que poco a poco se fuera acomodando en su propia casa. Hasta que se dio cuenta de lo que realmente la disgustaba: el señor Maurice, aquel que su marido había enviado para «protegerla». Aquella mentira cayó sobre ella cuando se montó en el carruaje, antes de que los señores Emmerson tomaran asiento. Maurice se asomó a la ventanilla y le advirtió con voz queda y suave: «Lady De Featherstone, espero que sepa comportarse y no haga ninguna tontería ni durante el camino ni durante su estancia en The Silver Horse House. Tengo ordenado vigilarla y no pienso quitarle el ojo de encima ni un segundo. Y aunque crea que no estoy, no se confunda: siempre estoy acechando. Yo lo sé todo.» Y seguidamente, los señores Emmerson tomaron asiento, advirtiendo el temblor que recorría todo el cuerpo de su sobrina y al que achacaron ser por los nervios del viaje.

Llegó un momento en que la mayor parte del día y algunas noches las pasaba en The Meadows, allí se sentía libre, tanto como para recordar momentos de una juventud no tan lejana y la que, aún así, parecía remota. Se sentía mayor, resquebrajada. Solo el paso de los días y el mimo de sus familiares hizo que comenzara a sentirse viva. Su madre la consentía, ordenaba que le preparan sus platos preferidos, la animaba a salir a tomar el aire, a sentarse en el jardín, a pintar. Y la muchacha llevaba a cabo cada una de las actividades con esmero, no quería pensar en su realidad, en que pronto Edmund regresaría y con él un buen saco andrajoso de problemas. No había dicho nada de lo que había acordado con su esposo, llegado el momento presentaría a su hijo y listo.

Su padre estaba mal, su recaída había sido grave. Ya no podía andar, se pasaba las horas sentado en el sofá que había junto a la ventana y la chimenea, sus reuniones sociales habían acabado, pues, ni quería ir ni que vinieran, decía no desear pasar por esa humillación, a no ser que se tratara de familiares que le generaban un bien absoluto. Solo Anne había conseguido sacarlo a pasear en aquella misma silla de Bath que tiempo atrás había usado su madre. Sus paseos eran silenciosos, disfrutaban de su compañía, con eso era suficiente. Anne no tenía ganas de hablar y a su padre le costaba un mundo pronunciar una sola palabra, pero aun así, estaban a gusto. Le pesaba en el alma ver en lo que se había convertido el robusto señor Frederick Collingwood, aquel hombre trabajador, pendiente de su granja y sus negocios; ahora todo estaba en manos de su madre y del señor Doyle.

Fue tío Emmerson el que propuso dejar en manos de Edmund lo concerniente a los negocios, ¿quién, sino él mimaría cada chelín, cada trato? Anne sería la heredera de todo, por lo tanto, su marido era quien debía tomar las riendas de lo concerniente a The Meadows y así poder estar tranquilos. Por supuesto, la joven no dio su opinión, aunque su gesto tenso era toda una declaración.

Los señores Collingwood acogieron de buena gana la proposición. Con tanta preocupación no habían caído en ese asunto de suma importancia y sabían que sir Edmund estaría más que encantado de tomar las riendas de la granja. Quizá podía aunar ambas propiedades e incluso incluir The Oak Cottage, pues, tras el fallecimiento de Humphrey, esas tierras pasaban a manos de sir Edmund, Constance desde luego quedaría muy tranquila con aquel arreglo. Por orden del señor Frederick, el señor Emmerson tomó pluma y escribió a De Featherstone, según su respuesta comenzarían a arreglar el asunto, llamar a un abogado y preparar el testamento. Solo una cosa pidió el señor Collingwood, lo legaría todo a Anne y solo a ella, a pesar del acuerdo que sus tierras tenían ligado con los De Featherstone, algo en su fuero interno lo apremiaba a arreglarlo de esa manera.

Habían pasado varios meses desde que se alejó de Mayfair, y aquella madrugada Anne se levantó con la sensación de que todo había sido un mal sueño. Después de tanto tiempo sin ver a Edmund, sus problemas se habían alejado lo suficiente como para creer que nunca regresarían. En algún rincón, su corazón seguía sintiendo la congoja de la pérdida de Humphrey, pero ya se había hecho a la idea, dejando pasar de largo el llanto y la honda pena. En ella había renacido esa joven muchacha que correteaba por el campo, agarrada de la mano de su amiga Winnifred, esa amiga imaginaria que tanto le había dado. La casa estaba casi en completo silencio, solo enturbiado por los ronquidos que escapaban de alguna habitación. Sin hacer ruido, tomó un enorme chal de lana y salió a hurtadillas de la que un tiempo atrás había sido su habitación. El amanecer aún no había llegado y quería poder contemplarlo desde el corazón del bosque. Libre como un pajarillo, fresca como las hojas mojadas por el temprano rocío, y segura como el correr de las aguas del río.

El día iba a presentarse soleado y caluroso, ni una nube enturbiaba el cielo de madrugada. Anduvo y caminó, rio y dejó vagar sus pasos sin pensar en nada más que en que pronto amanecería y que estaba expectante por apreciar sus colores. Una roca la invitó a sentarse y el ruido fuerte del agua la rodeó como la más mágica melodía. Se sentía poderosa, enérgica y en paz. Solo eso era importante.

El filo del horizonte comenzó a presentar una secuencia de colores, los mismos que quitaban el aliento a la muchacha cada vez que los veía, y todo sucedió como siempre que tenía la oportunidad de gozar de aquel momento, pero de gozarlo de verdad, desde la más primitiva emoción.

Casi en un abrir y cerrar de ojos el círculo brillante y cegador ya estaba fuera y con él la vida del bosque había despertado, así como la magia del momento se había desvanecido. Fue entonces cuando sus sentidos fueron adaptándose a la realidad y el rugido del agua se tornó ensordecedor, cuando sus ojos vagaron por su alrededor para encontrar que sus pasos la habían guiado hasta la

cascada. Una sacudida de sentimientos comenzaron a apretar en su pecho y los recuerdos nublaron su visión, ahora embargada en lágrimas.

Como en aquella ocasión, volvió a escuchar el crujir de unas ramas. Y todo su talle se tensó ante cada sensación que su cuerpo rememoraba, sabía que era imposible y, en realidad, ni siquiera era capaz de discernir si, se diera la irrealizable ocasión, querría quedar cara a cara.

Primero fue la rama, luego la bruma sobre el suelo que poco a poco se iba disipando y, después, unos lentos pasos de caballo para, finalmente, quedar frente a él: Humphrey.

* * *

Anne. Su querida y amada Anne, allí, frente a él.

Parpadeó con la intención de enfocar mejor y darse cuenta de que no se trataba de una ensoñación, que, en efecto, estaba justo ahí, en carne y hueso, mirándolo con aquellos ojos verdes que tanto había evocado durante esos años, meses, días, minutos y segundos de miseria.

Tenía una necesidad demencial por correr hacia ella, abrazarla y no volver a soltarla nunca más.

Pero debía tener cuidado, a pesar de sus ganas, sus pasos debían ser cautos, esperar a que la primera impresión se fuese disipando, diluyendo, para que lo único que quedara entre ellos fuese la realidad de uno y otro.

Se había prometido a sí mismo no volver a pisar aquellas tierras, no regresar jamás; no, si no estaba con ella. Porque nada de aquello merecía la pena sin Anne. Por otra parte, tampoco quería ponerla en riesgo, sabía que su presencia podía conllevar problemas, pero también quedaba abierta que ella, la que un día fue su mujer, lo odiara tanto como para no querer ni cruzar palabra. Desde luego, no podía olvidar que unas pocas horas bastaron para darle el sí quiero a Edmund.

A pesar de haber estado varios días viajando y sobrecogerle un cansancio considerable, había pasado la noche despierto, luchando contra los recuerdos que herían su alma. Tanto tiempo en el mar, tratando de olvidarla, a la vez que abrazando las evocaciones que conseguían sacarlo del estupor, sumado a la lucha contra tormentas y piratas, contra la propia muerte incluso, para luego volver a ahogarlas en el alcohol una vez superadas, y ahora la tenía ahí, tan cerca.

Había regresado, y no por placer. Hasta él había llegado la información de que era indispensable volver para atender sus negocios textiles. Había dejado todo en manos de un buen amigo que había hecho el trabajo de manera magistral, pero Zhèng Yī Sāo le había hecho saber que ese amigo no lo era tanto y que más bien lo estaba estafando.

Si por él hubiera sido habría tirado todo a las manos del demonio. Todo antes que volver a pisar esas tierras llenas de dolor a la vez que de amor infinito. Pero no solo él se beneficiaba de esos negocios, aunque apenas nadie conocía el alcance de esta empresa, poseía talleres, tenía toda una red de contactos necesarios para los viajes por tierra y mar, costureras, tiendas; muchas familias vivían de la seda y no podía dejarlos tirados en la cuneta. No obstante, antes de volver, había estado indagando, y sus fuentes le habían asegurado que los jóvenes baronets De Featherstone estaban establecidos en Mayfield desde hacía tiempo. Esto le ayudó a decidir pasar

unos días en The Oak Cottage, los justos para hacer investigaciones y saldar cuentas con ese caballero, Gurton, ese «amigo» que no se merecía tal rango, le venía mejor el de sabandija.

Por supuesto, nada más poner un pie en tierra inglesa tuvo que enviar misivas dando a conocer que había resucitado. En efecto, hasta sus oídos había llegado la noticia de su propia expiración con servicios funerarios incluidos y, aunque le hacía relativa gracia el asunto, comprendía el sinsabor que se habrían llevado sus familiares. Y quizá también la señorita, lady Anne.

Sin poder conciliar el sueño había pasado la noche en el cuarto secreto, evocando pasajes allí ocurridos, rememorándola a ella. ¿Regresaría pronto de Mayfield? ¿Llegarían a cruzar sus caminos?

Las noticias corrían rápido por el territorio y estaba seguro de que llegaría a conocer que estaba vivo, tal y como él sabía que todavía no había sido tío.

Salió de la vivienda de madrugada, con la necesidad de ir a la cascada. De estar allí una vez más antes de volver a marcharse. El dolor era demasiado intenso como para volver a establecerse y, por mucho que los baronets estuvieran en Londres, sabía que tenía que arreglar sus asuntos raudo, pues cuando su hermano conociera su regreso podía complicar la vida de Anne, incluso ponerla en peligro. Y ni que decir de la suya propia. Le habían hecho saber que iba a arrendar The Oak Cottage. Claro, él había heredado la finca tras su supuesta desaparición, le había faltado tiempo para pensar qué hacer con todas sus pertenencias, seguro que estaría furioso al conocer que estaba vivo y en la misma isla.

Sin embargo, de regreso al aquí y ahora, en ese momento estaba allí.

Después de hacer un nuevo esfuerzo para asegurarse de que todo aquello era real, volvió a darse cuenta de que la joven baronetesa se encontraba frente a él, parada, callada, con lágrimas que surcaban sus mejillas para perderse en los dibujos del chal de lana que rodeaba su cuello, ese mismo que tapaba lo que parecía ser un camisón. ¡Por todos los demonios, esa mujer era puro deseo! Una ninfa del bosque que traía consigo la luz del día, y que, sin ella pretenderlo, había prendido de nuevo las llamas que casi estaban apagadas, relegadas a tímidas ascuas que poco a poco se habían ido transformando en cenizas. La amaba, la quería, la adoraba. Por mucho que había intentado odiarla, por más que había creído comenzar a nacer rencor en su corazón, ahora, teniéndola frente a sí podía decir que Anne había sido, era y sería todo en su vida.

Sin ser consciente, Humphrey dio un paso y luego otro, acortando la distancia entre ambos, mientras que la muchacha, con los ojos desencajados, daba los mismos hacia atrás, era obvio que deseaba mantener la lejanía. Necesitaba tener ese espacio seguro entre los dos. Entre ella y el fantasma.

—Yo...

Anne levantó una mano temblorosa a modo de pedirle silencio.

Pasó otro minuto más.

—Anne, por favor, háblame —suplicó en un susurro íntimo.

La reacción de la joven fue inesperada. Primero se secó las lágrimas con rabia, la misma que se aposentó en su boca, y luego avanzó hacia él con la idéntica manera imponente, para propinar un buen bofetón al caballero.

Ni siquiera se sorprendió.

De nuevo el silencio, solo acompañado de sus respiraciones entrecortadas y de la mirada de rabia que dolía más que el golpe y esas palabras no pronunciadas.

Estaban tan cerca que el vaho de sus alientos se entremezclaban. Anne olía a primavera, como siempre, a vida.

—¡Estabas muerto! Me sentí vacía y perdida. ¡Sola! Me permití llorarte y enterrarte en el recuerdo, cuando todo lo que debía sentir era un odio atroz. ¡Y ahora estás aquí! —le reprochó, su pecho bajaba y subía con violencia.

—Lo siento, hubo una confusión. Si me permite contarle...

—¡No! No diga nada. —Anne se dio la vuelta, un remolino de emociones la embargaba. ¿El espectro de Humphrey había regresado en aquel amanecer para atormentarla? No, el picor de su mano, tras haberle propinado la cachetada, aún picaba. Humphrey era real.

Dio un paso con la intención de alejarse. Sin embargo, cesó sus intenciones. El señor Humphrey estaba a escasos cinco pies, en cuerpo y alma. Su corazón pegaba fuerte contra su pecho. Quería llorar, deseaba derramar lágrimas por el hombre que había regresado de la propia muerte. Ese hombre a quien deseaba abrazar y besar, impidiendo que se volviera a alejar de su vida. Ese al que tanto tenía que contarle. Y reprocharle.

No, no podía marcharse, muchas eran las razones que le impedían salir corriendo sin mirar atrás. Pero la principal era su dolor. Esa inmensa aflicción que nació la noche en que la abandonó. Debía ser honesta consigo misma y admitir que aún lo amaba, por mucho que debiera odiarlo, y de algún modo lo hacía, pero el amor era más rotundo que lo demás. No obstante, tenía preguntas. Llevaba viviendo con ellas demasiado tiempo. Durante una época había tenido la esperanza de que en algún momento serían contestadas, pero más tarde, con la noticia del fallecimiento de Humphrey, tuvo que convencerse de que ella misma moriría sin hallar las repuestas, pues solo él podía contestarlas.

Sin embargo, estaba ahí, se volvió a repetir. Sus preguntas encontrarían respuestas al fin.

Volvió a girarse para quedar cara a cara. Por mucho que su cuerpo reclamaba tener un acercamiento, por mucho que sus dedos añoraran el calor de su piel y picaran reclamando ser saciados, tenía que ir con cautela. No podía confiar en el hombre que la había abandonado, debía anteponer la razón a la pasión.

—O mejor. Conteste solo a una pregunta: ¡¿por qué?! —le reprochó más que preguntó con las mandíbulas apretadas.

Humphrey sabía bien que ese interrogante no hacía referencia al supuesto final de su existencia, y que tampoco hacía alusión a su presencia allí. Lo que Anne deseaba conocer venía de tiempo atrás y él deseaba con toda su alma replicar a cada una de las cuestiones, porque por fin podía dar a conocer la verdad y, a su vez, realizar otras que lo habían atormentado durante tantas noches de vigilia.

Tomó aire con la intención de aplacar su ánimo, debía mantener la compostura y no aligerar su verbo, pero sus nervios le impedían ordenar sus pensamientos, por lo que se expresó titubeante.

—Anne, tuve que hacerlo, pero yo te esperé —levantó sus manos con la intención de enmarcar

su rostro, ella quiso dejarse llevar, pero no, no era lo correcto, por lo que una sola mirada de advertencia por parte de la mujer dejaron la acción a medio camino.

—¿Me esperaste? ¡Me abandonaste! —espetó.

—Te lo dije, ¿recuerdas? Confía en mí, por siempre, para siempre.

—Lo hice, y tu abandono fue la respuesta.

En la cara de Humphrey se dibujaba la incertidumbre, la impotencia por querer decir tanto y no saber cómo. ¿Cómo podía hacerla entender? ¿Cómo? Que lo que pasó, lo que ocurrió. Fue ella quien no acudió a su encuentro y luego...

—Vaya, vaya. ¿Pero qué tenemos aquí?

La voz del señor Maurice cayó sobre ella como si lascas de hielo estuvieran desgarrando su piel.

Prefería mil veces lidiar con Humphrey a que Maurice fuese testigo de esa casualidad, de ese milagro.

Qué verdad tan grande aquella que le dijo: él siempre estaría cerca.

Inmediatamente, dio la espalda a Humphrey y miró a Maurice, quien los observaba desde lo alto de la cascada. El muy felino había estado siguiéndola desde que salió de The Meadows; el muy letal, seguro, había sido testigo de su encuentro. Era necesario arreglar aquel entuerto.

—Al parecer, el señor De Featherstone ha errado su camino y ya se iba —dijo tajante Anne.

—¿De veras? Lo que me sorprende es su resurrección de entre los muertos.

Aquel comportamiento de tranquilo depredador ponía los pelos de punta a la muchacha.

Cualquier otra en su lugar, desearía que ese criminal pusiera en su sitio al hombre que se había burlado de ella, que la había usado como un orinal mugriento. Pero solo de pensar que pudiera verse en problemas con ese sucio bastardo de Maurice, la ponía enferma.

Sí, era consciente, su estupidez rayaba la demencia, pero no podía evitarlo. A pesar de todo, no deseaba que le hicieran daño. ¡Por todos los ángeles, hasta hacía poco más de unos minutos por todos era conocido que yacía enterrado en tierras lejanas!

Sin embargo, tenía que admitir que la aparición de Maurice había traído consigo amargos recuerdos vividos en su matrimonio, unos que se sumaban a estos otros que todavía habían de llegar.

Lo más sensato era ignorar que estaba allí, en las tierras de Alderley Edge, al igual que era necesario, imperativo, ignorar que su corazón retumbaba en su pecho, desbocado. Tenía que odiarlo con todas sus fuerzas. Tenía que volver en sí, dominarse, recordar todo el daño causado. No obstante, después de todo, ¿el muy cretino y traicionero músculo continuaba enamorado de él? ¿De ese mismo hombre que se había reído de ella?

El sentimiento que florecía en su pecho, que la hacía respirar con rapidez, que ponía sus vellos de punta de una manera que no había sentido por nadie nada más que por él; ese sentimiento que recorría cada una de sus terminaciones nerviosas, que endurecía sus senos y que la hacía vacilar. Tambalearse entre lo correcto y su deseo. Entre lo que debía y no debía sentir, hacer y pensar. Iba a desmayarse. Se sentía desfallecer, y no, por nada del mundo debía presentar flaqueza.

Esos sentimientos, esas sensaciones tenían que ser sofocados, ahogados de inmediato. Como un

día se ahogó el odio que comenzó a nacer y que de igual modo murió.

Tomó una gran bocanada de aire, cerró los ojos y los abrió con decisión y rabia. Estaba vivo y quizá aquella iba a ser la única oportunidad que pudiera llegar a tener en toda su vida para esclarecer su pasado. Luego se giró para quedar cara a Humphrey, e ignoró por completo a Maurice. ¿Qué más le daba, ya que todo se supiera?

—Dices que me pediste que confiara, que lo nuestro era por y para siempre, y, sin embargo, aquí estamos: yo casada con tu hermano, hecha una desgraciada. —Volvió a aspirar aire para sosegarse y se tomó un largo minuto de reflexión. Así, con el paso de los segundos, su rostro demudó a una total serenidad. A pesar de todo, ese hombre que tenía enfrente, tenía todo el derecho del mundo a conocer la verdad. De conocer ese secreto que con tanto mimo atesoraba. Ese que había hecho todo lo posible porque su marido y la mayoría de las personas que la rodeaban desconocieran.

»Hubo un tiempo en que te amé, tanto como una joven puede amar a su primer amor. Hubo un tiempo en que te odié, con todo lo que la palabra me permitía, pero en mí palpitaba algo más elevado que ese sentimiento. Tenía tanto que darte, tanto que ofrecerte. Luego te marchaste, me dejaste en las manos de ese ser despreciable. Sabías de lo que era capaz, de hasta dónde podía llegar y, sin embargo, me arrojaste a sus brazos. —Humphrey fue a hablar, pero ella lo frenó con un gesto—. Durante un tiempo me escudé en ese odio, a la vez que en el amor que sentí a tu lado durante unas pocas semanas. Unas semanas que marcaron mi vida; nuestras vidas. Tenía tantas cosas que contarte que, ahora que te tengo frente a mí, no sé por dónde empezar. —Guardó un silencio breve, volviendo a sopesar su decisión. Su tía había tomado todas las prevenciones necesarias para que nada se supiera, para que nadie sospechara acerca del secreto. Por mucho que dijera, por mucho que diera a conocer, nadie conocería su paradero. Antes se arrancaría la lengua que desvelarlo—. Pero debo hacerlo, intentarlo al menos. Nos unen unos lazos que son más grandes que nosotros mismos. Después de marcharte me di cuenta de que...

—Lady De Featherstone, creo que ya es suficiente. El señor Humphrey ya se iba, pues deje que se vaya.

La muchacha volvió a mirar a Maurice. La animadversión hacia él aumentaba con cada palabra que ese ser pronunciaba. El muy desalmado se comportaba de una manera posesiva, dado de sí mismo, como si fuese un ser superior, superior a ella y a Humphrey.

Aun teniendo la presión de ese criminal, quiso continuar, ignorar que ese ser capaz de cualquier cosa, estaba vigilando cuanto se hacía y decía. Y sabía que todo lo que allí estaba sucediendo pronto sería conocido por su marido. Pero estaba tan exasperada, tan cansada de callar aquella verdad silenciada. No sabía cuándo volvería a ver a Humphrey, ni siquiera si algún día sus caminos volverían a cruzarse, y era necesario que supiera la verdad de ellos, aunque le costara el mayor disgusto de su vida; aunque su espalda acabara hecha jirones de tejido humano.

De todas maneras, tomó la prevención de acercarse un poco más, quizá el ruido de la cascada envolvería el de sus voces.

Pero Humphrey, ante el calor de su cercanía, tomó la iniciativa:

—Tuve que hacerlo —susurró esperanzado. El contacto de las manos masculinas sobre sus

antebrazos despertó sus emociones de inmediato, reanimándolas, haciendo que se sintiera resurgir de una profunda sombra—. En ese momento, durante la riña en el estudio, él me obligó a irme. Yo... —Humphrey miraba a todos lados nervioso, buscando las palabras necesarias que pudieran exculparlo, las que hicieran que ella reaccionara, que lo creyera—. Te esperé al alba, junto al cedro que regenta el comienzo del camino del Sur. ¡La carta!, eso es. La carta que te dejé.

—¿La carta? —La joven escapó de su agarre. Ahora le quemaba de una manera horrible, insoportable. Esas palabras, esa pobre defensa. La verdad volvió a azotarle el alma—. ¿La carta? ¿Ese resumen de palabras dañinas que dejaste en mi cama antes de abandonar tu hogar como un rastrero ladrón? —Humphrey negaba fehaciente a la vez que arrugaba el entrecejo sin entender —. ¿Esa carta donde confesabas que no me amabas, que en resumen, tan solo había sido un juguete? ¡¿Dónde pedías que me olvidara de ti, que rehiciera mi vida, que tú ya me tenías olvidada?! —casi le gritó.

—¿Qué? ¡Eso no es cierto! Jamás escribí cosa semejante. ¡¿Cómo?! No, esto no puede ser posible. Debe de ser una broma de mal gusto. En ella te explicaba lo que Edmund había tramado.

Maurice apareció junto a él, sorprendiéndolos, con un arma apuntando a su cabeza.

—Será mejor que cierre el pico, si no quiere que se lo cierre yo con un solo movimiento de mi dedo.

La señora De Featherstone estaba horrorizada ante la manera en que se estaban sucediendo los hechos. Un arma, ¡por el amor de dios, Maurice no tenía límites! Aquella situación era como revivir la misma que vivió cuando vio a Humphrey por última vez.

No obstante, Humphrey parecía no temer, no darse cuenta de la posición de desventaja en que estaba. Solo tenía ojos para ella.

—¡Anne, por favor, debes creerme! —rogó, intentando alcanzarla con las manos, pero sin atreverse a terminar la acción—. En ella te explicaba por qué me había visto obligado a marchar esa noche. Te pedía que confiaras en mí.

—Se me acaba la paciencia, pobre infeliz. Deje de molestar a la esposa de mi señor.

Como si estuviera espantando una mosca, De Featherstone apartó el arma y continuó como si no estuviese siendo amenazado.

—No, esto no es posible. No dejé esa carta en tu cama. Aunque confieso que sí entré a hurtadillas en tu dormitorio, pero solo fue para darte un beso antes de irme. La carta la dejé en el cuarto del cuadro.

Maurice levantó el arma e intentó dar un golpe a Humphrey; sin embargo, este se revolvió y comenzaron a forcejear. Pero Maurice fue más rápido y, mientras se defendía con una mano, le propinó un puñetazo en el costado a su adversario. Aprovechando el momento de vacilación, le golpeó con la culata en la sien, haciendo que Humphrey cayera al suelo de rodillas.

Este, aún mareado, y sangrando por el pequeño corte que le había provocado, se sostuvo como pudo mientras miraba a Anne con ansiedad.

—Tienes que creerme. Tu padre. Él me vio llegar para buscarte.

La muchacha fue a socorrerlo, pero Maurice le apuntó con el arma y advirtió:

—Lady De Featherstone, o se va usted o me veré en la obligación de olvidarme que este hombre es el hermano de mi patrón y lo mataré aquí mismo, alegando su defensa por querer aprovecharse de una dama.

Anne lo miró, horrorizada. ¿Que haría qué?

—No se atreverá.

—Póngame a prueba —dijo, volviendo a guiar su puntería a la cabeza del joven De Featherstone.

Pero esta vez no fue como la anterior. De un golpe seco, el que un día fue esposo de Anne, consiguió que Maurice tirara el arma al suelo, lo suficiente lejos como para que no pudiera llegar a ella con facilidad. Luego, consiguió derribarlo y se montó encima, aguantando los bruscos movimientos que el matón de su marido asestaba para escapar. No sin resistencia y algún porrazo recibido, De Featherstone consiguió pasar los brazos del fornido varón bajo sus propias piernas; de ese modo, lo dejó casi inhabilitado. Todo sucedía rápido, casi inexistentes las respiraciones entre un movimiento y otro. La larga melena de trenzas de Maurice se meneaba de un lado a otro mientras por su boca escupía maldiciones y juramentos que no auguraban nada bueno.

Humphrey estaba desatado, su rabia rozaba la locura. Estaba cansado de tener que aguantar, de ser pasivo en lo concerniente a su hermano. Venía del mar, de luchar, se había vuelto más fuerte y temerario. ¿Qué más podía perder? ¿Qué más podía defender que su vida? Ya no tenía a Anne, ella se debía a Edmund. El muy hijo de puta le había robado lo que más había querido en su vida, la única persona por la que había deseado cambiar su manera de vivirla. Había leído el rencor en los ojos de la muchacha.

Le asestó un par de puñetazos en pleno rostro. Luego, rodeó el cuello de piel oscura del hombre que tenía bajo su dominio y comenzó a apretar. Apretar y apretar. La sangre de su frente comenzó a escocer en el ojo, pero estaba tan fuera de sí que no le prestó la más mínima atención, sus instintos solo estaban fijos en el hombre que luchaba por liberarse. Bajo su tacto sentía pulsar fuerte las arterias, tendones y músculos. La nuez de Adán subía y bajaba mientras luchaba por sacar las manos de debajo de sus piernas, a la vez que empujaba la cadera con la intención de hacerlo caer. Era como montar un caballo salvaje, pero no sería la primera vez que mataba a alguien. No amaba hacerlo, pero si su vida estaba en peligro, claro que lo haría.

Siguió apretando. En el rostro del hombre, aunque oscuro, se podía distinguir un tono más elevado, el oxígeno era muy escaso. El señor Maurice casi había perdido el conocimiento.

Una voz fue llegando hasta él, se fue acercando más y más, trayéndolo de la oscura marea de odio donde se había metido hasta devolverlo a la superficie.

—¡Suéltalo, Humphrey! —suplicó Anne—. ¡Por el amor de dios, lo vas a matar!

Hasta él llegaron unas cuantas frases más, pero solo el contacto de la diminuta mano sobre su hombro, más el ver que Maurice estaba quieto, consiguió que aflojara su agarre.

—Ya se ha ido —susurró la muchacha.

Sus ojos hicieron contacto con aquellos verdes ahora horrorizados y, sin embargo, tan llenos de seguridad.

Anne le presentó su mano a Humphrey y este la tomó hasta quedar de pie. Sus miradas siempre

conectadas, fijas, buscando lo que un día tuvieron.

De fondo comenzó a escucharse cómo Maurice trataba de tomar la mayor cantidad de aire a pesar de la tos que le impedía conseguirla.

No supieron cuánto tiempo estuvieron así, solo fueron conscientes de lo que ocurría cuando ya era demasiado tarde, cuando la pistola pegada en la espalda de Humphrey, tanto como para traspasarla y clavarse en el cuerpo de Anne, fue amartillada.

Maurice todavía se estaba recuperando, pero había conseguido el ánimo justo como para, aprovechando el reencuentro entre tortolitos, arrastrarse hasta el arma, ponerse de pie y, entre jadeos, acercase a la pareja. Era perro viejo en cuestiones de peleas y sabía muy bien cómo hacerse el muerto para sobrevivir. El siguiente paso a seguir para él era fácil: apuntar y disparar. Pero sabía que no debía hacerlo, que su mejor y más satisfactoria jugada era dar conocimiento a su patrón.

—No se lo volveré a repetir, mi señora —dijo entre jadeos mientras se limpiaba la sangre de su nariz con el dorso de la mano—. Será mejor que se vaya, en sus manos está el destino de este *caballero*.

Descolocado y enfadado consigo mismo por haberse distraído y no cerciorarse antes de que ese hijo de perra estaba muerto, Humphrey hizo el amago de girarse, por lo que consiguió que Maurice disparara tan cerca de Anne como para que a la mujer se le moviera el cabello. Esto fue lo único que consiguió que cesara en su empeño. Sabía que todavía le quedaban balas, que no era necesario volver a cargar el arma, pues usaba un revolver traído del nuevo mundo, un arma letal.

—Quiero ver sus manos —dijo el señor Maurice apretando el arma contra la piel del caballero todavía más.

Humphrey puso las manos a cada lado, a la altura del hombro.

Les sobrevino un silencio tan potente como para acallar al bosque entero. Criminal y señora se sostuvieron las miradas, mientras Anne sopesaba desesperada todas las salidas. Miró a Humphrey, sostuvo esos bonitos ojos durante unos segundos. En su cabeza se repetían las palabras que le había dicho, y no podía evitar poner en duda cuanto la rodeaba. Él la había abandonado. Lo había hecho, nadie podía discutir esa realidad. Ella se casó. Con su hermano, nada menos. Tenía que descubrir si era cierto lo que decía, tenía que hacerlo. Y si lo era-si lo era, volvería a buscarlo, al menos para que conociera el secreto que guardaba. Nada de lo que le había dicho Humphrey coincidía con la carta que ella poseía. No sabía cómo, pero era imperativo descubrir la verdad. Luego estaba eso último que había dicho, que su padre lo había visto llegar cuando fue a buscarla. ¡Dios, ¿sería aquello cierto?!

Maurice la observó unos segundos mientras le enseñaba una maliciosa sonrisa de un blanco inmaculado y dio la impresión de que se preparaba para disparar.

Las pisadas de varios hombres quebraron el silencio. Se trataba de unos mineros que habían pasado la noche, según dijeron y con permiso de la dama presente, en la casa de la señora Rubi, dueña de Tea Tree House; los mismos que, tras observar la escena, se quedaron mirando la escasa ropa que tapaba a Anne.

—Lady De Featherstone, está usted llamando demasiado la atención. Será mejor que se vaya,

no es apropiado que una baronetesa como usted ande por el bosque en paños menores. No sé lo que pueda llegar a opinar sir Edmund.

La escena se había complicado de tal manera que era difícil no hacer caso a las advertencias del señor Maurice.

—Váyase. Ahora es usted quien está poniendo en peligro la situación de este pobre infeliz venido a más. ¿Acaso no se da cuenta?

Anne volvió a mirar alrededor. Los mineros estaban parados, en guardia, observando lo que sucedía: ella en camisón, con el pelo revuelto y una actitud de auténtico temor; y Humphrey siendo apuntado por Maurice, nada menos que el hombre de confianza de su marido. La imagen que se mostraba a la galería daba a entender que De Featherstone había intentado propasarse con ella, que la había asaltado. Aunque resultaba extraño que estuviera en mitad del bosque en paños menores, solo había dos conclusiones posibles: o bien era una mujer de mala reputación, o él se había intentado aprovechar de ella. Sumado a eso, el hecho de que los mineros seguramente habían escuchado el disparo, la confusión estaba servida. Humphrey podía ser acusado y llevado ante la ley.

—De acuerdo —dijo levantando las manos a los lados—, me marcho, pero debe prometerme que este hombre no sufrirá ningún daño, que lo dejará marchar ileso. Al menos no más maltrecho de lo que está.

Todos quedaron expuestos. Los mineros se acercaron un poco más. Uno de ellos, tras haber reconocido quién era, le preguntó a Maurice si necesitaba ayuda. Este negó con la cabeza y aclaró que aquel hombre era el hermano del baronet sir Edmund De Featherstone, el dueño de la mina donde trabajaban, aunque no les dijo que se fueran. Otro, también, tras recordar quién era la mujer, preguntó a lady De Featherstone si se encontraba bien, tampoco ella respondió. Obviamente, su intención era la de asegurarse de que aquel encuentro se saldara de manera correcta. Al ver que ya contaba con el respaldo de los hombres, Maurice bajó el arma.

—No se preocupe, mi señora. Será sir De Featherstone quien se encargue de él. Porque, lady De Featherstone, sir Edmund tiene prevista su llegada esta misma tarde. Él sabrá qué hacer con este *caballero*.

* * *

No supo cómo lo hizo, pero consiguió guiar sus pasos, uno frente al otro sin mirar atrás, uno frente al otro sin pensar. Solo tenía claro que debía poner distancia, evaluar lo dicho y averiguar. Y para eso tenía que ir a The Silver Horse House.

Pero antes debía dirigirse hacia The Meadows.

Cuando entró, se encontró con el ama de llaves y su marido, ya llevaban largo rato despiertos. Habían escuchado cerrarse una puerta y al dar una vuelta por la casa vieron que su dormitorio estaba vacío y estaban preocupados. Por suerte, sus padres no se habían enterado y aún estaban en sus aposentos descansando, ajenos a su correría.

—Ya soy mayorcita para correrías, ¿no creen?

Esa fue la contestación de Anne. Estaba más que harta de que la trataran como a una cría. Con las mismas se dirigió hacia el dormitorio de sus padres. Habían habilitado una habitación en la parte baja de la residencia para facilitar el descanso al señor Frederick. Entró sin llamar a la puerta. La señora Constance estaba sentada al filo de la cama calzándose sus zapatillas, ya era hora de levantarse. Miró a su hija extrañada y se puso un dedo sobre los labios demandándole silencio. Anne negó con la cabeza y fue hasta donde su padre descansaba.

—Padre. Padre. —Esperó un par de segundos a que se despertara mientras su madre rodeaba la cama y tiraba del brazo de Anne, obligándola a salir. No obstante, la joven se zafó de su agarre y volvió a llamar a su padre zarandeándolo levemente.

El señor Collingwood comenzó a despertar, extrañado ante tanta insistencia, y miró a su hija con los ojos entrecerrados.

—¿Qué pa-pasa? —se esforzó al hablar.

—No es necesario que hable solo asienta o niegue con la cabeza, pues solo una pregunta le haré. —Frederick arrugó el entrecejo—. ¿Regresó Humphrey a por mí? —El hombre no entendió la pregunta—. Hace alrededor de dos años en The Oak Cottage, usted vio a Humphrey. Dígame la verdad, ¿usted sabía que volvió a la casa a buscarme?

El señor Collingwood intercambió una mirada con su esposa mientras esta negaba sutilmente con la cabeza. Luego observó a su hija, ya no era aquella niña indefensa, era una mujer, y supuso que a esas alturas podía decirle la verdad, por lo que afirmó con la cabeza. Anne desencajados sus ojos miró a su padre y a su madre.

—¿Tú también lo sabías?

—Anne, todo lo que hicimos fue por ti.

—Ja. Por mí. ¿De veras? —Anne se alejó de la cama, espantada. Asombrada ante lo descubierto—. No fue por mí, porque de haber sido así no me habríais obligado a hacer lo que hice. Al contrario, me habríais animado a seguir adelante protegiéndome, porque eso es lo que hacen unos buenos padres. —Arrugó los labios en un gesto de enfado para continuar hablando con rabia.

»Lo hicisteis por vosotros. Por vuestra posición, por el qué dirán los vecinos y por ambición. Unos buenos padres no habrían permitido que su hija se lanzara a los brazos de un tipo como Edmund De Featherstone.

Ante tales acusaciones el señor Frederick intentó incorporarse mientras en su lengua se enredaban las palabras incapaz de hacerse entender, lo que le enfurecía aún más a la que vez que elevaba su frustración. La señora Constance fue a su auxilio para acercarle un vaso de agua mientras reñía a su hija.

—¡Anne, no sabes lo que dices, mira lo que estás provocando en tu padre!

En efecto, Anne lo miró y vio cómo se retorcía por no poder levantarse ni expresarse como deseaba. Por un momento se sintió mal, pero luego recordó por qué estaba allí y lo que la habían obligado a hacer. Y, por ese día, solo por ese día, se iba a permitir decir lo que quería sin arrepentimientos.

—Yo no estoy provocando nada, solo estáis recogiendo lo que habéis sembrado. Y estoy tan

enfadada y decepcionada que no tengo palabras para expresarlo. ¡Me voy a mi casa y os pido que no vayáis tras de mí! Ya no tenéis poder para mandar sobre mis actos.

Se giró sobre sus talones sin mirar atrás y salió del hogar de los Collingwood con el empuje de la furia guiando su camino. Sus padres lo habían sabido durante todo aquel tiempo: Humphrey regresó a por ella. Sin embargo, había demasiados cabos sueltos, necesitaba recopilar más información. Porque sí, él regresó a buscarla, pero la carta que había dejado no casaba con ese acto. Quizá se arrepintió, pero las palabras allí escritas eran demasiado duras y tajantes.

Fue directa a las caballerizas y tomó prestado uno de los caballos, galopando así hacia su casa.

Al llegar y tras despachar a Alice con una orden severa, fue directa a su dormitorio y después de asegurarse de que contaba con la privacidad necesaria, sacó de debajo del armario aquel pequeño baúl.

Las manos le temblaban, pero se obligó a seguir con su empeño. Su meta era una y debía ser rápida y mantener su mente despejada de cualquier distracción.

Humphrey decía no haber escrito aquella carta, pero sí que le dejó una. Tenía que llegar al fondo del asunto, debía descubrir cuál era la verdad. Y en su mente se repetía esa misma frase que la había estado persiguiendo desde el primer momento en que decidió dar el sí quiero a Edmund: él te abandonó, se rio de ti, se marchó para que te arrojaras a sus brazos. Difícil era dar crédito a cuanto Humphrey defendía.

Aun luchando contra el temblor de sus manos, consiguió hacerse camino entre aquella diminuta mantita que estaba sobre el resto de sus recuerdos. Su olor, ese aroma a pureza, la invadió y, por un instante, sintió cómo se le contraía el estómago y el corazón. Apretó la mandíbula para impedir que le castañetearan los dientes y para eliminar aquel puchero de su barbilla. Secó la esquina de sus ojos para evitar que se le nublara la vista, ese recuerdo, ese que amaba y dolía más que ninguno, debía esperar su momento. Con verdadera reverencia dejó la cobija a un lado y rebuscó en esas pocas pertenencias hasta llegar a la carta.

La releyó. Palabras duras volvieron a ocupar su cabeza y su garganta. El muy sinvergüenza. Quería descolocarla, volver a reírse de ella. Engatusarla, ahora que había regresado.

Recordó sus palabras, eso que le había dicho en el bosque hacía un rato, pero fueron sus ojos, el recuerdo de sus ojos suplicantes, llenos de una verdad absoluta, confusos, impotentes y frustrados, los que le hicieron querer seguir hacia delante, querer llegar al fondo del asunto. Una llama de esperanza había comenzado a arder sin siquiera darse cuenta.

Guiada por no sabía qué, fue hacia el estudio. No sabía qué buscaba ni por dónde empezar, ni siquiera qué hacía allí. Miró la mesa donde se exponía el juego de whisky y recordó la noche en que los hermanos se pelearon, las cosas que se dijeron, lo que hasta sus oídos había llegado. Todo fue tomando forma, la misma Jane se lo dijo: Humphrey quería que su hermano se responsabilizara de la Aldridge, que él había descubierto el entuerto entre ellos, mientras el otro soltaba una sandez tras otra.

Humphrey había dicho que la había estado esperando al alba.

¿Y si todo había sido a causa de Edmund?

Conocía a su esposo lo suficiente como para dar por válida la pregunta y la duda. ¡Maldito

fuera el día en que contrajo matrimonio! ¡Maldita fuera por no haber escuchado las palabras de su querida Mary, cuando la encomió a que huyera!

Quizá debía hablar con ella.

Las imágenes de aquel tiempo invadían su cabeza a destajo, trayendo consigo instantes olvidados. Recordó el papel que le dio Mary minutos antes de casarse, ese que nunca leyó y que olvidó por completo al fondo del baúl que ahora exponía su contenido en su habitación. Rememoró que lo había escondido debajo de todos los enseres y que, de ese modo, lo relegó al olvido.

Fue a subir a su alcoba con la intención de sacarlo a la luz y, por fin, conocer su contenido. Su desesperación por tener una mínima pista de lo que había pasado le insuflaba esperanza.

Sin embargo, no llegó a dar un solo paso cuando de repente, la casa se llenó de ruidos, pasos rápidos y voces altas. Las puertas y ventanas se abrieron y la voz contundente del ama de llaves bajo el dintel de la puerta del estudio le comunicó:

—Lady De Featherstone, sir De Featherstone está a punto de llegar.

Capítulo 27

Poco a poco, Humphrey recobró la conciencia que lo había mantenido en un estado de aturdimiento, una especie de ensueño sin sueños, de imágenes vacías. La oscuridad había sido su abrigo durante un tiempo indeterminado. Se movió con cautela, tratando de buscar una postura que le permitiese estirar las piernas y aliviar el aguijón que se clavaba en su baja espalda, un mordisco que se acrecentaba a medida que recobraba el conocimiento.

Sintió una punzada similar al filo de una pequeña navaja clavándose en la parte posterior de su cuello. De inmediato, llevó la mano al lugar afectado, en busca de alguna herida; no obstante, no encontró rastro alguno de ella.

De repente, sus últimos recuerdos afloraron, la imagen de Anne frente a él en el bosque. Aquel tipo llamado Maurice. Y sus rodillas hincadas en el suelo, frente a Edmund, con las manos firmemente atadas, tan apretadas que cortaban su circulación, y su boca enmudecida gracias a una mordaza que apenas le permitía respirar. Luego, su sonrisa, una gélida sonrisa y una pregunta: «¿Qué haré contigo?»

Una serie de puñetazos, palabras que salían de su boca sin acierto ni concierto. Algo sobre Jamie y los ancianos baronets; sobre el norte y que nunca tenía que haber regresado poniéndolo en un compromiso. No comprendía nada, excepto una sola frase que se grabó a fuego en todo su ser: «Ella nunca te ha olvidado». Seguidamente, un golpe en la base de su cráneo y luego, la nada.

Comenzó a percibir un balanceo, el suelo se mecía debajo de él; se encontraba en un barco. Deseó levantarse, pero en aquel reducido espacio, resultaba una tarea imposible. No obstante, logró sentarse. Una sensación de mareo nubló su visión, mientras la sangre fluía violentamente en su cabeza. Sus sentidos poco a poco se aclimataban al entorno circundante.

El crujido de la madera se hizo patente, el olor a salitre invadió sus fosas nasales. Consideró la idea de gritar, pero sería inútil. Quienquiera que gobernara el barco debía ser consciente de su existencia.

Los barriles que lo aprisionaban emanaban un olor agrio y hacían crujir las cuerdas que los sujetaban con su leve movimiento. Pasos resonaban con fuerza sobre su cabeza, golpeando los listones de madera. Alguien había comenzado a baldear la cubierta, y el olor a enebro, vinagre y pólvora de cañón se volvía cada vez más intenso.

Pasó un rato, un lapso en el que se prohibió a sí mismo pensar en nada. Dejó su mente estéril, de nada servía conjeturar. Sabía muy bien cómo y por quién había terminado allí. Lo único que lo inquietaba era descubrir en qué lugar del vasto mar u océano se encontraba y qué habría sido de ella. Si acaso su encuentro le había traído problemas.

La aproximación de unos pasos fue tomando protagonismo hasta detenerse frente a la puerta, repleta de rendijas por las que se colaba la luz. La silueta de un hombre se recortó al trasluz, mientras Humphrey achicaba sus ojos, heridos por la intensidad de la claridad al abrirse de par en par.

—¡Fijaos, perros mugrientos, el señorito por fin ha despertado! —El hombre exudaba un fuerte olor a sudor, pescado rancio y demás hedores nauseabundos, típicos de semanas, si no meses, sin lavarse. Se acercó a él y de un solo tirón le bajó la mordaza. Humphrey comenzó a mover la mandíbula tratando de desentumecer su piel—. Bienvenido al barco, haragán. Soy el capitán de esta caja repleta de cucarachas. Quizás quiera tener la amabilidad de honrarnos con su presencia. Tengo órdenes estrictas de mantenerlo entretenido, además de lejos de la costa. ¡Cianuro, trae algo de comida para esta rata! ¡Debe mantener la fuerza para trabajar! Bien, señorito, veremos de qué madera está hecho. Hay una apuesta en marcha; yo digo que no durará más de una semana. El resto no dan por usted más de tres días. Como es un nuevo recluta, le permitiré participar. ¿Qué opina?

Fue a hablar, pero entre su estado desorientado y tras pasar tanto tiempo con la mordaza, su gaznate estaba seco, por lo que le sobrevino una serie de toses no invitadas que al capitán divirtieron sobremanera.

—Vaya, parece que en esta ocasión ganarán los otros. Bueno, al menos no gastará mucha comida.

El capitán giró sobre sí para emprender su camino de regreso a dondequiera que fuese su destino.

—Yo digo que terminaré allí —afirmó De Featherstone con la voz quebrada.

El marinero se giró para seguir la dirección donde apuntaba el dedo de Humphrey.

—¿Colgado del palo mayor? Ja, ja, ja.

El nuevo recluta sonrió y negó con la cabeza, insistiendo con el dedo.

—No, capitán, digo allí —señaló el timón del barco.

El marinero prorrumpió una vez más en carcajadas estruendosas mientras se alejaba.

—Ja, ja, ja. Parece que esta travesía se presenta entretenida.

* * *

Un par de jornadas le costó descifrar dónde se encontraba. Los marineros, o más bien, piratas que se dedicaban a emboscar naves para despojarlas de su preciada carga, no le dijeron ni una sola palabra que no fuesen una retahíla de exabruptos y piropos desvergonzados como lenguaje usual.

Decidió mantener su boca silenciada, acatar de manera dócil las órdenes impuestas y estar atento al *modus operandi* de la embarcación. El segundo día, aprovechando que más de la mitad de los navegantes estaban ebrios, decidió arriesgar sus pasos hasta el puesto de mando y así echar un vistazo a los documentos que, con suerte, pudieran estar por ahí. Sigiloso, fue resguardándose en las sombras, aprovechando la ausencia de luna y la tranquilidad de las aguas.

Llegó hasta la escalera que llevaba hacia el timón. Distraído, fue subiendo los peldaños, mirando hacia las estrellas aunque con sus sentidos puestos en lo que lo rodeaba. El timonel había dejado a cargo a un joven muchacho de no más de trece años que se encontraba tirado en el suelo balbuceando, víctima de una gran cantidad de cerveza amarga.

Esquivó el cuerpo y llegó hasta una mesa donde, tal y como esperaba, se encontraba el cuaderno de bitácora que se adhería a esta por el peso de un pisapapeles inusual: el cráneo de algún alma en pena que seguramente había llegado hasta ahí sin invitación. Tal y como él estaba haciendo en ese momento.

Dio un par de pasos más y, tras mirar a los lados y cerciorarse de que nadie lo echaba de menos, se acercó, forzando la vista para ubicarse y lograr discernir dónde diablos estaba.

Con cautela, tomó la cinta de registro y lo abrió por donde indicaba. Forzó la vista para leer la fecha, una semana había pasado desde que vio a Anne. La cólera quiso emerger de inmediato, pero tuvo el tiento de relegarla al olvido, no podía dejarse llevar, era nece sario mantener la calma. Pasó los dedos por encima de las letras, la tinta no era buena y sin un candil se le hacía harto difícil identificar qué ponía. Aun así, persistió; estaba ahí, era el momento. Dudaba de que pudiera llegar a encontrar una nueva oportunidad.

¡Eureka! El último apunte estaba claro; la tinta era nueva, había sido escrita como mucho un par de horas atrás. Si sus cálculos no fallaban, aún quedaba un buen trecho hasta llegar a la dorsal mesoatlántica; estaban solo a tres jornadas de tierra firme. Sin embargo, su dirección no era en línea recta, sino que se movían en transversal, era obvio que se dirigían a las islas británicas. Y no, señor, no pensaba alejarse de tierra ni una legua más.

—Debo conceder que lleva sus promesas hasta el final. Aquí está, en el puesto de mando, tal como anunció en nuestro primer encuentro. Lo que realmente me asombra es que haya tardado tan poco tiempo; creía que se demoraría un poco más.

Humphrey alzó los ojos del papel; el capitán se encontraba apoyado en la barandilla, afanado en afilar un pedazo de madera con un cuchillo de dimensiones superiores a su propio antebrazo, mientras lo observaba con serenidad. Si bien las esquinas de sus ojos denotaban desafío y el esfuerzo por reprimir su enojo, a De Featherstone se le hacía patente. Él mismo había vivido en el mar, se había codeado con toda suerte de hombres, y el individuo que tenía frente a si no lograba sorprenderlo. Para él era como un libro abierto. Sin embargo, optó por jugar la misma carta, mantener la calma, reservar su sorpresa y abrir el juego con una nueva partida; quizá pudiera tener suerte en la siguiente mano.

—Aquí estamos, capitán. Ruego que no olvide mi compromiso, así se hará una mejor idea de cuán en serio me tomo mis promesas. Entiéndame, necesitaba saber dónde diantres estamos, y a falta de información, he decidido saciar la curiosidad por mi propia cuenta. Según veo, nos encaminamos hacia las islas británicas. Comprendo su intención; aquel lugar es perfecto para rellenar la panza de este navío, pero quizá pueda persuadirlo a reconsiderar nuestro rumbo.

—¿Así lo considera? Ciertamente, me cree muy ingenuo. Al igual que usted me ha engañado mostrando una inocencia de la que en la realidad carece. —Se llevó la punta del palo a la boca y, sin apartar los ojos de Humphrey, comenzó a escarbar con ella entre sus dientes—. Me

complace, ¿sabe? Es usted un individuo astuto. —Escarbó un poco más hasta quedar satisfecho —. Pero lamento no poder saciar sus requerimientos. Me han entregado una gran suma de dinero por mantenerlo alejado de la costa y, por lo pagado, deduzco que a usted le resulta imperativo regresar. —Se acercó a Humphrey hasta quedar en el lado opuesto de la mesa y, aparentemente distraído, dejó el cuchillo sobre esta—. No obstante, a pesar de que alabo su inteligencia, esta no es moneda de cambio para mis servicios. Por ende, comprenderá que me veo en la obligación de administrarle un correctivo, de modo que asimile que las normas de este navío son como el Evangelio para un ferviente creyente. Entiéndame usted ahora, debo dar ejemplo o el resto de la tripulación se puede sublevar al pensar que su capitán carece de mano de hierro.

—Tiene usted razón, señor. —Humphrey echó la mano hacia delante, movimiento que puso tenso al capitán, pues creía que iba a coger el cuchillo; no obstante, lo que tomó fue la calavera y comenzó a observarla con aparente interés. Por supuesto, sus movimientos estaban calculados—. Es indispensable demostrar que nadie se le puede subir a las barbas. Mucho menos un tipo como yo: un haragán que acaba de llegar y que no aporta nada en esta sociedad marítima. —Volvió a dejar el cráneo en su lugar—. Sin embargo, observo que usted no es solo una persona mal hablada y de comportamiento censurable. Entiendo que su educación se forjó en una buena familia y que, por ende, sus nociones de negocios van más allá que solo expoliar barcos y demás entretenimientos.

Algo parecido a un rayo cruzó la mirada del hombre, quien en un gesto distraído acercó su mano al mango del machete.

—Lo dicho, es usted un hombre muy astuto. Pero le ruego que no me tome por inepto tratando de usar su labia para embaucarme.

—Al contrario, no se lleve a equivocación. Confieso que hasta el momento se ha ganado mi respeto. Es por ello por lo que deseo dejar claro un par de cuestiones. Como bien dice soy inteligente, pero hay algo que se le escapa: usted no me conoce de nada; y tampoco la persona que me ha puesto a su cargo. Ella cree que sí, pero le aseguro que no tiene ni idea. He recorrido el océano Atlántico más veces de las que puedo recordar, ni que decir el Pacífico. Me he enfrentado a piratas; en efecto, a piratas con mucha menos educación que usted. He sido testigo de tormentas que harían manchar sus pantalones al tipo más pintado. He recorrido la ruta de la seda a caballo. Convivido con indígenas que practican el canibalismo. Y no, no he comido carne humana, pero eso le da pie a cavilar sobre mi sentido de la supervivencia. Como ve, y aunque lo ponga en duda, también soy lobo de mar, Chief Blue Jacket me llaman y los que han...

—¿Chief Blue Jacket?

—En efecto —respondió agudizando más sus sentidos. Al parecer lo había reconocido y no sabía si esa confesión podía conllevarle problemas. No podía olvidar que estaba frente al capitán de un barco pirata y que si lo consideraba oportuno podía desollarlo vivo para luego usar su cuerpo como carnaza.

—Confieso que he oído hablar de usted, no de muy buena manera, pues los que lo hicieron han tratado de tomar prestado su cargamento alguna vez, sin resultado óptimo. Sin embargo, yo he llegado a admirarle, y a preguntarme si sería capaz de escapar de mi «Serpiente marina» —dijo

pensativo mientras acaricia ba la madera de la mesa, dando a entender que así se llamaba el barco—. Vaya, fíjese, dos capitanes frente a frente.

Se midieron las miradas por unos segundos, durante los cuales Humphrey se tensó, al no saber discernir qué nuevo movimiento haría el capitán. Y de repente:

—¡Grumete! —le dio un puntapié al muchacho que todavía balbuceaba en el suelo—. ¡Eh, tú, sabandija! ¡Si no quieres que te haga la espalda jirones, ve y dile a Cianuro que me sirva la cena en mi camarote! ¡Ahora!

El muchacho salió de su estupor *ipso facto* como si en vez de cerveza hubiese estado bebiendo agua de manantial.

—Sí, mi capitán. —Voló sobre las escaleras y se perdió en las sombras de la cubierta.

—Por cierto, ya que ha tenido el gusto de presentarse, le diré que soy el Capitán Ambrose Blackwood. Espero que usted también haya escuchado hablar sobre mí, de lo contrario quedaría muy defraudado.

Humphrey lo miró con los ojos como platos.

—Por supuesto que he oído hablar de usted, es bastante temido y respetado.

Blackwood asintió agradado e indicó a De Featherstone la escalera, invitándolo a bajar. Por su parte, tomó el machete y lo siguió tranquilamente hasta llegar a la puerta de su camarote.

Claro que había oído hablar de él, sobre todo de su sentido de la justicia, de sus ajustamientos disciplinarios y de su caridad para con los más desfavorecidos. Aquel hombre era un pirata peculiar, al menos eso le había parecido, pero ahora al conocerlo podía corroborar que así era: una mezcla de pirata y caballero honrado. Alguien a quien, si era astuto, debía temer y medir bien sus palabras antes de hablar.

—Mientras esperamos la comida, cuénteme cómo ha terminado en mi barco con las instrucciones claras de nunca regresar.

Como buen narrador, Humphrey mantuvo a Blackwood entretenido, hasta el momento en que el tal Cianuro les llevó la cena. Por supuesto, nada de lo que le dijo era verdad, se inventó una historia creíble que lo alejaba de su familia y de su amada, no le convenía revelar su verdadero nombre ni su parentesco. Así, el capitán Ambrose le contó que uno de sus hombres lo trajo a bordo junto a una gran suma de dinero y las órdenes de mantenerlo drogado hasta encontrarse en alta mar. Humphrey sabía perfectamente que las órdenes procedían de Edmund y que quien lo llevó hasta ese marinero fue Maurice.

—Conque todo es debido a un lío de faldas y a una apuesta errada.

—En efecto, aquella noche la mala suerte fue mi despiadada compañía.

Se hizo el silencio, uno en el que De Featherstone se dedicó a observar los platos que adornaban la mesa.

—Puede usted comer con tranquilidad. El apodo de Cianuro es solo porque sabe realmente mal, no porque esté envenenada. Ja, ja, ja.

Ambos rieron, pero al poco sus risas se tornaron en un nuevo silencio acompañado solo por el roce del tenedor sobre el plato de latón. Existía tensión entre ellos. En cualquier momento la

mecha encendida haría estallar el cañón. Por el momento, era mejor relajar el ambiente y estrechar un poco los lazos en tanto medían sus personalidades.

Seguidamente, Blackwood pidió a Humphrey que le contara sobre su experiencia con los caníbales, aquello lo había dejado realmente sorprendido, y así amenizaron la cena hasta llegar al momento del brandy.

—Debo alabar su buen gusto, capitán. Reconozco que han sido pocas las ocasiones en que he tenido el privilegio de degustar tan preciado elixir.

—Desde luego, este lo es. Recuerdo que lo tomamos prestado de un barco galo, *cognac* lo denominan. ¿Aprecia su toque suave y afrutado? —Humphrey asintió paladeando un segundo más de la cuenta.

De nuevo el silencio los envolvió. Uno interrumpido por lo que ya se esperaba.

—Bien, Chief Blue Jacket —chasqueó la lengua y apoyó la espalda en la silla, sus ojos fijos en el rostro del sobrino del baronet—. Llegados a este punto, quiero dejar claro que no me he tragado su historia. Estoy seguro de que su situación es mucho más complicada. Pero no seré yo quien lo haga confesar. A mí solo me interesa una cosa.

—Dinero.

—Oro.

Humphrey afirmó lentamente. Y su cabeza comenzó a funcionar rápidamente.

—Necesito que me lleve a la costa más cercana, poco más le pediré, y a cambio le daré un cofre con oro, gemas y especias.

—¿Un cofre?

—Sí, nada más le puedo ofrecer, y aún así, considero que es un buen pago. Me aventuro a señalar que está muy por encima de lo que ha cobrado por mí.

El capitán echó un vistazo a su cuaderno de bitácora. Paseó la punta de un cuchillo por las tres últimas páginas y dijo:

—Burdeos, es lo máximo que puedo hacer por usted.

—Brest, y en vez de un cofre le entregaré un baúl que además de lo ya mencionado, contendrá vino, licores y seda de la mejor calidad, tan lleno que costará echarle el cerrojo.

—Mfmfmfmfm.

—En Burdeos no puedo conseguirle nada.

El capitán se acomodó en la silla pensativo. Dio un nuevo sorbo al brandy y observó su contenido al trasluz de una vela, mientras Humphrey lo miraba atento, todas sus esperanzas puestas en su contestación.

—Trato hecho. Brest. Pero mucho me temo que me será imposible llevarlo hasta puerto. Unos asuntos *delicados*, me hacen imposible acercarme a la costa.

—Comprendo.

—Algunos de mis hombres le acompañaran a tierra y será usted el que encuentre el modo de hacerme llegar el baúl. Ni que decir tiene que sus acompañantes llevarán la orden de matarle si no cumple con lo prometido.

—Creo que le he demostrado que lo que prometo lo cumplo —dijo apuntando hacia el lugar

donde debía hallarse el puesto de mando.

Blackwood asintió divertido, aunque con un gesto de advertencia en la mirada.

—Eso está por ver. Espero que no me defraude. Y no solo por haber depositado mi confianza en usted, si no que mi creencia en la buena aptitud del ser humano se encuentra en unos niveles nefastos, me gustaría pensar que usted será capaz de suplantar esa sensación de amargura.

Con un gesto, Humphrey pidió permiso al señor Ambrose para tomar la botella y rellenar los vasos. Una vez llenos, levantó el suyo invitando al capitán a emularlo.

—Por la buena aptitud humana y las promesas.

Entrechocaron los cristales y dieron un sorbo degustando una vez más el contenido ámbar dorado tirando a caoba.

—Por la promesas que se hacen realidad.

—Sin ánimo de abusar de su buena voluntad, una le pido a cambio, capitán.

Blackwood levantó una ceja y asintió extrañado, aunque complacido, por lo que aquello significaba. Para Humphrey no era solo un pirata, si no un hombre capaz de dar su palabra: un caballero.

—Prométame que no indagará sobre mí más allá de Chief Blue Jacket y que nunca revelará nuestro trato ni que me dejó en tierra, lo mismo pasará con sus hombres. A cambio, yo haré lo mismo; para mí, aun sabiendo que hay algo más, siempre será el capitán Ambrose Blackwood, un pirata canalla y despiadado.

—Esas son varias promesas.

—Unas que llevan a una sola.

El señor Ambrose levantó el vaso y lo entrechocó una vez más. El trato estaba cerrado, así como sus labios. Mientras tanto, a lo lejos, el cielo tronó, advirtiendo que la travesía no iba a ser fácil.

Capítulo 28

Una nueva humillación, afirmó para sí cuando vio a Jane Aldridge bajar del carruaje.

Sabía que vendría, tenía claro que no se iría hasta que diera a luz, y para eso primero tenía que quedar encinta, pero aunque lo había sabido desde el primer momento en que quedaron de acuerdo, el vivirlo era muy diferente. Estaba allí, parada, con aquel gesto de suficiencia, emponzoñando el paisaje, sus tierras. Y tenía que aguantar como fuera. Ser fuerte.

Cuando el ama de llaves avisó de la llegada de su esposo, no pudo evitar que se le contrajera el estómago y las náuseas hicieran acto de presencia. Un nuevo giro en su vida y aquel no era el mejor día para enfrentarlo. Sin embargo, dispuesta a encararlo de la mejor manera, subió a su dormitorio apremiando a Alice para que la ayudara a vestirse, mientras echaba miradas de soslayo al baúl abierto. Luego bajó al pie de la escalera que daba acceso a la mansión e irguió su espalda. Ella era la baronetesa de aquellos dominios e iba a dejar clara su posición.

Jane la saludó, hizo una reverencia ante ella, como nunca antes lo había hecho. Al parecer venía aleccionada sobre su manera de actuar y hablar hacia la baronetesa. Anne se quedó extrañada y la ignoró. Su marido pasó por delante de Jane y se acercó a su esposa para depositar un suave beso en la mejilla. Y Anne no lo pudo aguantar, las palabras salieron de su boca a borbotones.

—¿Has tenido que traerla en el mismo carruaje?

Edmund soltó el aire sobre su oreja con furia; no obstante, sonrió.

—Vayamos dentro, querida —le dijo—. Estoy cansado y me gustaría reposar.

Ni esas palabras eran propias de él, ni ese gesto tampoco.

—Solo espero que se instale lejos de mis aposentos.

A pesar del día claro, se avecinaba una tormenta compleja en el horizonte de la vida de Anne.

Marcharon dentro y entretanto esperaban las viandas de un tardío desayuno, la Aldridge quiso entablar conversación acerca del estado de las carreteras, de las posadas en las que se habían hospedado durante el viaje y del bonito paisaje del que siempre había gozado el condado de Chorley.

Edmund nada habló, dedicó su tiempo a observar a Anne, y esta ni pudo ni quiso disimular su hartazgo, y la inmensa animadversión que sentía por ambos. Así, se levantó y marchó a su habitación y gracias a Dios, porque pudo volver a meter el cajón bajo el armario. Sin embargo, al escuchar unos pasos que se acercaban diligentes a su alcoba, se vio obligada a, con disimulo, tomar asiento en el banco y comenzar a cepillar su pelo con suavidad.

—Te veo más recuperada —afirmó su esposo entrando sin pedir permiso—. Es obvio que el aire de estas tierras te sienta de maravilla.

Enseguida lady De Featherstone se puso en guardia, pero no pudo reprimir exponer su rabia.

—Se debe más bien a los cuidados de mi madre —comenzó a cepillarse con saña—. Aunque si he de ser sincera...

—Eso siempre, querida —la interrumpió con una pequeña sonrisa en la comisura de sus labios.

—Si he de ser sincera —prosiguió enfadada—, tengo muy claro a qué es debido, y la razón no es otra que el hecho de que habéis estado lejos todos estos meses, porque no he tenido que aguantar el maremágnum de problemas que traéis con vosotros.

Edmund la observó unos segundos. Con delicadeza le quitó el cepillo de las manos y comenzó a hacerlo él mismo, con suavidad, con parsimonia.

—Es una pena que me hayas recibido así. Creo recordar que tu promesa fue la de tener cualquier conflicto saldado a mi regreso—. Anne apretó los labios en una fina línea. Edmund siguió cepillando su largo cabello sin parar—. Jane está encinta —declaró como de pasadas, ignorando el gesto de sorpresa de su esposa—. Tiene tres faltas. Así que ya queda poco para que se vaya de aquí. —Sir De Featherstone observó fijamente los ojos que le devolvían la mirada desde el reflejo del espejo, seguidamente, agarró el pelo en una cola firme y lo echó hacia un lado para depositar un beso en la base de su cuello—. Pronto habrá acabado.

Intercambiaron miradas por unos segundos más, luego Edmund le entregó una carta, se giró hacia la puerta y comenzó a andar, dando por zanjado el asunto.

Su mujer leyó el remite extrañada, era de la baronetesa lady Susan. Levantó la mirada hacia su esposo, cualquiera habría dejado que se fuera, que saliera de su habitación y quedar a solas para pensar y recrearse en que pronto su némesis se habría marchado para nunca volver, pero las palabras, esas en ocasiones traicioneras y en otras vendettas le pesaban en la boca, en el estómago, en cada gota de sangre que corría por su cuerpo. Y así, sin sopesarlo, dejó que salieran, les dio la libertad de la que ella carecía.

—¿Quieres saber por qué intenté saltar el muro? —quieta lo observó a través del espejo—. No era el alcohol el que me había cegado. Todo lo contrario, me dio los arrestos necesarios para, por una vez en la vida, ser lo suficientemente valiente como para escapar, para huir de esta miserable vida que, más allá de comodidades, solo me ofrece amarguras. Y te puedo asegurar que sería más que feliz viviendo en una choza, con la certeza de que soy realmente amada y respetada.

Edmund chasqueó la lengua y levantó la ceja desafiante.

—¿Por mi hermano?

Anne sonrió con amargura.

—Te equivocas. Por mí. Y te aseguro que aún no he descartado la idea.

Después de aquello, Anne ignoró a su esposo y continuó cepillando su cabello.

Un relámpago cruzó la mirada de su marido y salió de la habitación sin cerrar la puerta.

*** * ***

El día se había hecho eterno. Solo escuchar el timbre de voz de la Aldridge la ponía enferma. Saber que ya estaba encinta, lejos de relajarla, hacía que sus demonios la atrajeran, la poseyeran. ¿Cómo, por el amor al cielo, podía caber en cabeza cuerda que podía llegar a ser la madre de esa

criatura? ¿En qué sano juicio podía caber la posibilidad de que iba a criar felizmente a ese bebé como suyo propio?

Sus ojos miraron la carta que había sobre la cajonera. Con manos ágiles rompió la lacra. Era obvio que lady Susan la había enviado a Mayfield, creyendo que aún estaba allí.

Mi querida sobrina:

Deseo que esta carta te encuentre en perfecto estado de salud y que ya estés más recuperada del fatídico accidente, en cuanto a cuestiones anímicas se refiere.

En la última misiva que me envió mi sobrino, pude conocer algunos detalles superficiales acerca del arreglo al que desea llegar, pero del cual aún no estás muy convencida. Es por eso que, por extraño que parezca, Edmund ha tenido el buen juicio de pedir mi ayuda. Sí, él conoce la historia de mi querido y amado Jamie.

En resumidas cuentas, me he tomado la libertad de decirte lo que pienso y darte algunos consejos que puedan seros de ayuda. Espero que sepas perdonar mi entrometimiento. Desde luego no es mi intención hacerte sentir mal, todo lo contrario.

Te pido que seas práctica y pienses que lo mejor para todos es que sea la tal señorita Jane Aldridge quien engendre a tu hijo. Sé que mis palabras pueden hacerte dudar de mí y de lo que te rodea, pero no seas mojigata y piensa un poco. Te convido a que recuerdes lo que te conté sobre mi propia experiencia.

Sobrina, entiendo que es arduo trabajo digerir cuanto te confesé, pero aquello que pasó fue un detalle sin importancia, pues viví el embarazo como mío propio y quise y quiero a Jamie como si hubiera nacido de mí.

No sé cuáles son los planes de Edmund; deduzco que decidirá contar con esa chica para arreglar el entuerto. Y, querida, yo lo veo de esta forma: debes dar gracias porque llegue a decidir que sea Jane, una amiga de los dos.

Como supongo muy bien recordarás, tuve que contentarme con una sirvienta contratada para tal propósito, de sangre y cuna inferiores a las nuestras. Después de eso, amamantó a mi bebé y cuando terminó la despedimos, eso mismo podríais hacer con Jane.

Mi querida Anne, comprendo que es harto difícil, es un esfuerzo mayor el que debes realizar, sobre todo mental, pero, repito, mejor con ella que con otras, esto te lo digo por propia experiencia. Más vale así, que puedes tener control sobre ello. Esto debe hacerte mejorar, ayudarte a salir del pozo y tomar las riendas de tu casa.

Anne, he criado a mi sobrino como si de un hijo se tratara, desde luego así lo siento, y, en esta ocasión, te escribo más como tu suegra que como tu tía. He reconocido que vuestra intimidad pende de un hilo y solo te digo que si no puedes calentar la cama de tu esposo, siempre puedes calentar la de otros, piensa que más vale vivir con dinero, despreocupada, con un título y un reconocimiento. El amor es secundario y, si me aprietas, puede llegar a estar en último lugar.

Edmund solo desea ser respetado al igual que lo respeten. Si llevas a cabo esto, te dejará tranquila, tanto como para poder ganar terreno en otros asuntos.

Eres inteligente, estoy más que segura de que encontrarás la manera de conseguir tu lugar sin necesidad de amarlo de una forma romántica ni pasional. El amor puede surgir con el tiempo y no tiene por qué ser en la cama, también puede ser un amor fraternal que haga que vuestra relación sea la más enviada por el resto.

Piensa bien cuál va a ser tu decisión, pues de ella depende el apellido De Featherstone.

Con todo mi cariño,

Baronetesa lady Susan De Featherstone

Realmente Anne había quedado sobrepasada tanto como para no querer pensar en ello. ¿De veras? ¿La baronetesa se había tomado la libertad de escribir todo aquello? ¿Una mujer como ella, tan distinguida, tan capaz, tan respetada? ¿Esa mujer le sugería que conviviera con la furcia de su marido, que acogiera a esa criatura como suya propia? ¿Que aceptara las infidelidades de su esposo y que ella misma se animara a llevarlas a cabo? Aquello era tan irracional, estaba tan fuera de lugar que no fue hasta ese momento que se había dado cuenta de que no había acudido al remedio desde que llegó a Alderley Edge.

Dejó la carta hecha un bola sobre la cómoda y llamó a su doncella. Después de vestirse, ordenó a Alice que le subiera un par de botellas de vino y que le prepara el elixir para poder alejarse de todo lo que la rodeaba.

El primer trago sucedió lento, mientras observaba cómo aquel pliego repleto de oraciones que la animaban a realizar un desatino tras otro, ardía en el hogar de su chimenea.

* * *

Había pasado el día en sus aposentos. No sabía ni quería saber qué estaba ocurriendo allí abajo. Y aunque Edmund había requerido de su presencia antes de marchar a no sabía dónde, alegó sufrir un terrible dolor de cabeza. Por fortuna, no la obligó a aparecer, estaba segura de que la dejaría en paz, al menos hasta el día siguiente.

Siguió bebiendo, ahogando los problemas de su miserable vida en el opio y en el alcohol. En algún momento se quedó dormida o perdió el conocimiento, nunca llegaría a saberlo. Abrió los ojos, estaba en la cama, arropada y con solo la fina capa de un camisón cubriendo su cuerpo. Obviamente, Alice la había cambiado en algún momento del día o de la noche. Miró alrededor, las cortinas estaban echadas, pero las velas y el silencio de la casa sugerían que la noche estaba muy avanzada.

Con mareo y un fuerte dolor de cabeza se sentó y apoyó en las almohadas, no quería hacer ruido. Posiblemente no, pero pudiera ser que su marido estuviese durmiendo en el dormitorio contiguo, incluso que Jane lo acompañara.

Suspiró. No sabía cómo podía llegar a hacerlo. Cómo podía llegar a dominarse para soportar lo que le había tocado vivir. Su grado de sumisión no era tan elevado. La presencia de esa mujer, el carácter y los gustos de su esposo, ese futuro como madre de un bebé nacido del fruto de la infidelidad de su marido, nada menos que con ella, la Aldridge. ¿Quién podía llegar a soportar semejante vida?

Fue a colocar bien una de las almohadas y el brillo sobre los goznes del pequeño baúl que la esperaba bajo el armario llamó su atención.

Arrugó el entrecejo, jamás en todo el tiempo que llevaba allí, los goznes habían brillado de esa manera, era como si alguien los hubiese limpiado o manipulado, pues antes estaban empañados por el polvo y el óxido. ¿Qué podía significar?

Giró su cabeza y fijó sus ojos en el pestillo de la puerta que separaba ambas estancias, estaba cerrado. Luego, tratando de equilibrar su estado ebrio, se levantó lentamente, con el tiento de no hacer ruido. ¿Por qué la llamaba esa caja? ¿Qué quería de ella? El dormitorio se fue transformando en algo místico que la envolvía, atrayéndola hacia el equipaje que aguardaba su llegada.

Con sumo cuidado tiró del cajón y poniendo las manos sobre los diferentes puntos de apertura y tratando de amortiguar el ruido, lo abrió. Los enseres invadieron su ser de sensaciones bellas, aunque melancólicas. Miró hacia el lugar donde, en la mañana, había escondido la supuesta carta de Humphrey y regresó los ojos al contenido del embalaje. ¿Qué buscaba? Lo que ella buscaba era un momento ya pasado, algo etéreo, algo falso o real; buscaba aquel instante que lo cambiaría todo.

Entonces fue cuando rememoró el recuerdo que la había sacudido horas atrás: Mary y el pliego que le dio a escondidas el día de sus esponsales. ¿Sería esa la clave? ¿Acaso Mary le había dejado por escrito, viéndose impedida a revelar la verdad, dónde podía encontrar aquella carta que Humphrey afirmaba que existía?

Se tomó un segundo para reflexionar: si aquella carta existía, su mundo, su realidad, sus miedos, la furia y el odio, todo se desvanecería, reavivando el amor y la pasión. Entendería, por fin, que su corazón, aquel órgano que había reivindicado una y otra vez amar hasta lo indecible a Humphrey De Featherstone, tenía razón, siempre la había tenido. Los entresijos de su mente y su realidad habían camuflado lo que su alma gritaba hasta quedar sin voz, hasta desvanecer sus sentidos. Pero incansable, incluso arrastrándose entre el lodo mugriento de su rabia, seguía intentando hacerle entender que no debía mirar desde la perspectiva de la frialdad, sino desde los ojos y el tacto del amor vivido. ¡Ay, si aquella carta hubiese sido real! Y, aun así, la imagen del sello de cera que se partió para abrirla permanecía: aquel tampón era de Humphrey y llevaba sus iniciales. Ella misma lo había usado para sellar los votos de su matrimonio clandestino.

Aspiró hondo, aposentó bien las caderas sobre sus talones y volvió al mirar el interior del cajón comenzando a sacar todo el contenido, fija su mente en su objetivo. Sin embargo, nada halló. Frustrada, se levantó y tomó de nuevo la vieja correspondencia que acusaba a Humphrey. Algo en su fuero interno le advertía de que había más, que no podía desfallecer.

Fue a acuclillarse mientras devolvía a su vez el contenido del baúl a su lugar, cuando vio que de entre las hojas de un libro que había guardado como recuerdo de su infancia en aquel baúl, caía un sobre.

Su corazón comenzó a martillear fuertemente en su pecho. Las manos, aunque firmes en su empeño, temblaban ante la posibilidad de que fuera, de que realmente existiera...

Cogió el papel y se lo llevó a su pecho, resollando ante la multitud de sentimientos que se agolpaban en su garganta. Necesitaba de un instante para tragar aquel nudo que no la dejaba casi respirar. Todavía no sabía si...

Con parsimonia se levantó y puso el pliego sobre la mesa. No había nada escrito en él. Lo abrió y encontró dos papeles, uno mal doblado y sin ninguna marca. No obstante, cuando le dio la vuelta al otro, del mismo modo le dio un vuelco su corazón, allí estaba el sello roto del señor

Humphrey De Featherstone. Volvió a respirar deprisa, no podía evitar aquel efecto. Cerró sus ojos, y sintió más que nunca el tacto del papel bajo sus manos. Cuando hizo acopio de algo de coraje, desplegó el primer papel. La letra era rudimentaria y gozaba de bastantes faltas de ortografía; sin embargo, pudo leerlo con claridad. Era de Mary, quien le decía que había encontrado el otro pliego tirado en el suelo del estudio justo cuando sir Edmund salía de allí con otro bien doblado y lacrado en su mano. Además, le rogaba su perdón por haberlo leído, pero apelaba a su bondad, por habérselo hecho llegar, porque era de suma importancia que conociera su contenido. Con el corazón en un puño, cogió la otra misiva y, tras desplegarla, se dispuso a leer su nuevo hallazgo. Ante ella se dibujaron la forma de unas letras diferentes a las que se mostraban en la otra carta, aquella que creía había sido escrita por el sobrino menor de los baronets.

A su mente regresaron las últimas palabras escuchadas aquel día en el despacho de The Oak Cottage, aquel día en que los hermanos se enfrentaron. Las últimas que le dedicó Humphrey antes de desaparecer para siempre. Antes de abandonarla.

—*Confía en mí. Por siempre, para siempre.*

Y al parecer así debió hacerlo. Qué necia fue al no llevarlo a cabo.

Estaba escrita con premura, las letras se alargaban en algunos momentos y se redondeaban y achicaban en otros, denotando la particularidad del momento:

Mi amada esposa, no puedo permitir que puedas llegar a pensar ni tan solo un segundo que pueda ser capaz de abandonarte. Mi retirada se ha debido más bien al temor de que Edmund, como así me lo ha hecho saber muy bien, sea capaz de hacerte daño. Comprendo tu situación, así como lo que puedes estar pensando.

No puedo negar que, en un primer momento, he podido llegar a pensar que lo mejor sería alejarme, pero no porque quiero sino porque debo. Una vez, una mujer me hizo una pregunta, puede que ya te haya contado algo al respecto, han sido pocos días juntos, pero los acontecimientos me los hacen sentir como algo lejano, aunque muy vívido y abundante en anécdotas. Fue durante los días en que estuve en el cabo de Fisterre. Aquella mujer que me cuidó, me descifró los entresijos de la perla que logré capturar, sus creencias, lo oculto que creí verazmente al encontrarte. Sí, es esa perla que te regalé en forma de collar. Aquella señora me dijo que aquella piedra semipreciosa estaba ligada al amor; pero no a un amor fraternal, tampoco al amor mundano, ni siquiera al amor a uno mismo o a Dios. Se trata del amor más puro que se pueda imaginar. Me dijo que, sin embargo, debía andar con cuidado porque ese amor podía transformarme en un ser egoísta capaz de querer retenerlo a toda costa. Eso solo me haría ser un ser débil, alguien que en realidad no es capaz de vivir ese amor plenamente. De lo que realmente se trata es de dar la vida por alguien sin importar a qué costa. De desear vivir todas las madrugadas del mundo con mi amada. Y por si esto fuera poco, me dijo algo más en lo que he estado pensando muy a menudo y en lo que caí en la cuenta justo durante los momentos de conflicto con Edmund, estando tú allí presente y en peligro. Me preguntó si yo sería capaz de abandonar con mentiras a ese amor verdadero por su propio bien, si sería capaz de sacrificar todos esos amaneceres por el bienestar de esa persona, de mi amada, aun sabiendo que yo sería infeliz por el resto de mis días.

Las respuestas vinieron a mí rápidas y sin dudas, en el mismo momento en que Edmund apuntó con el cañón de su rifle a tu cabeza. Por supuesto que sería capaz de marchar para siempre si sabía que con ello evitaba que sufrieras algún daño, aunque fuese bajo mentiras, aunque creyeras todos los embustes que

Edmund te pudiera decir sobre mí. Sé cómo es él; sé que llenará tu cabeza de falsedades. Sé que te diría que no te amo, que me aproveché de ti. Pero eso jamás, que se te quite de la cabeza si ya han envenenado tu mente y si no, quedas advertida. Yo jamás dejaré de amarte, después de encontrarte no puedo dejarte ir de mi lado. Estamos casados, para mí nuestra unión es sagrada, aunque en el intercambio de promesas solo estuviésemos tú y yo presentes, para mí no ha habido nada más sagrado en toda mi vida.

Es por ello que, aunque me haya alejado con la intención de protegerte, no puedo dejarte en manos de mi hermano y su lengua envenenada. En todo caso, fui yo el que descubrió sus ardides, es él quien se está aprovechando de una joven muchacha a la cual no pondré nombre para salvaguardar su honra.

No puedo ni quiero abandonarte, no deseo alejarme. Solo quiero ser feliz junto a ti. ¿Me convierte esto en ese ser egoísta capaz de querer retenerte a toda costa? ¿Y no eres tú mi mujer, la única persona por quien daría mi vida sin importar el precio a pagar?

Escápate conmigo, Anne. Como debimos hacerlo, marchando a Bethnal Green para hacer oficial nuestra sagrada unión. Me arrepiento de no haberlo llevado a cabo. Por favor, ven conmigo. Te esperaré junto al cedro que hay en el camino del Sur poco antes del amanecer. Lleva contigo solo lo estrictamente indispensable; ven andando, para evitar despertar al mozo de cuadra; los dos podemos ir montados en mi caballo hasta el punto de refresco que ya tendré arreglado.

Anne, ven, conoces mi situación, conmigo no te faltará de nada. En tus manos pongo mi alma y mi corazón. No necesito de hogares, pues mi hogar ahora eres tú. Si me faltas, nunca más tendré un techo seguro bajo el que reposar y sentirme abrigado, pues tu amor es la hoguera que abriga mi cuerpo y tu cuerpo el refugio que ansía mi alma.

Ven conmigo, mi querida esposa, y descubramos juntos todos los amaneceres del mundo.
Humphrey De Featherstone

Anne vio cómo caían sus lágrimas sobre el papel. Allí estaban las palabras de Humphrey, una declaración de amor eterno y la petición de su compañía. Maldito. ¡Maldito Edmund De Featherstone que la había engañado! ¿Cómo había podido poner en duda el amor y la certeza de Humphrey, sabiendo cómo era Edmund, su comportamiento, habiendo comprobado por sí misma la oscuridad que vivía en él? Ahora todo estaba claro. Los embustes habían surgido impactantes, aunque, en su interior, siempre había sabido que esperados. Y sus padres lo habían sabido siempre y permitieron que...

Humphrey, su amado, él seguía amándola, de lo contrario por qué estaba allí y cuál era la razón de haber puesto en riesgo su vida solo por darle una explicación. Y ella, ella le había gritado y rechazado y acusado de mentiras. Se marcharía, ahora sí se alejaría, tomaría su capa y huiría de allí. Ya estaba cansada, había entregado todo por su familia, por el qué dirán y por Edmund. Dobló la carta y depositó un beso sobre su superficie dispuesta a cumplir con lo pactado consigo misma.

—Mi querida esposa, la he echado de menos durante la cena.

Sorprendida, Anne escondió presurosa y torpe el pliego tras su espalda, mientras se ponía de pie.

Sir Edmund estaba bajo el dintel de la puerta que daba al pasillo. Qué necia había sido al no comprobar si esa puerta también estaba cerrada. Se veía a leguas que su esposo estaba bajo los

efectos del alcohol. Le brillaban los ojos, tenía los dientes tintados por el consumo de vino tinto.

Con pasos lentos se acercó a ella y depositó un beso sobre sus labios mientras lady Anne se dejaba hacer, todavía sorprendida por su aparición; sin embargo, no se lo devolvió.

Sir De Featherstone se alejó extrañado y miró alrededor, el pequeño baúl que a esas alturas no le era del todo desconocido, estaba abierto en el suelo y su contenido desparramado por todos lados. ¡Al fin se descubría lo que guardaba en su interior!

—¿Qué es esto? —Se agachó y cogió la mantita para inspeccionarla. Luego se giró hacia ella con una sonrisa maliciosa en los labios. Más parecía una serpiente a punto de atacar a su presa —. Oh, amada esposa, está preparando el ajuar del bebé. Ya sabía yo que al final se ilusionaría. —Se acercó a ella y le pasó un brazo por la cintura, atrayéndola hacia sí, desparramando su aliento embriagado sobre su rostro. Pero había algo raro en él, era como si estuviese actuando, forzando su sonrisa y su bondadoso gesto. Daba miedo—. Seremos muy felices, una familia envidiada por todo el condado. Nuestro hijo será un ni... ¿Y esto? —Le arrebató la carta de las manos—. ¿Qué esconde aquí, mujer traviesa?

La joven baronetesa ni se inmutó, pues, a esas alturas, deseaba que lo viera, que lo leyera y que supiera que lo sabía todo.

Desplegó la carta, la leyó por encima y se la devolvió. Y, de repente, la careta se cayó de su cara mostrando sus verdaderas emociones: furia, odio y una frialdad que era capaz de congelar el propio infierno.

—No sé cómo ha ocurrido, pero ahí está. Supongo que algo habrá tenido que ver tu paseo por el campo y la noticia que conocí al poco de llegar. Esa de que mi despreciable hermano está en el pueblo.

Anne fue a decir algo, pero Edmund fue más rápido y rodeó su cuello fuertemente con una mano, si apretaba un poco más podría partírselo, de eso estaba segura. Comenzó a respirar con dificultad mientras Edmund iba apretando poco a poco. Luego la soltó y ella comenzó a jadear en busca de aire.

De Featherstone la miró de arriba a abajo con un asco absoluto. Odiaba que se hubiera visto con Humphrey, pero se había casado con una furcia, ¿qué esperaba? Durante un tiempo le abrió su coraza, había tratado de cambiar por ella y a esta le había bastado un segundo para traicionarlo. Después de hablar con Maurice de un par de cuestiones referentes a, precisamente, su desleal esposa y Humphrey, había marchado hasta su alcoba, con la clara intención de dejar bien claro que le pertenecía. Para colmo, el contenido de la caja expuesto le hizo recordar otro fraude más; sin embargo, ese ya estaba siendo subsanado, pues no podía permitir un escándalo de tal magnitud que tiraría por tierra la reputación, el estatus, su imagen respetable y su moral, además de plantear preguntas sobre la sucesión, los derechos de herencia y la legitimidad de su futuro heredero; por no hablar de la mácula sobre el apellido De Featherstone. Para más *inri* lo volvió a golpear la nueva traición, una que, además, sabía que sucedería. Lo supo en el momento en que llegó a Mayfield la correspondencia de los ancianos baronets donde se le hacía saber que, para alegría de todos, Humphrey estaba vivo, y que todo se debía a una equivocación.

Lady Anne dio un par de zancadas con la intención de escapar de allí, pues lo que había leído

en la mirada de su marido le había causado un gran temor.

—Quieta. No irás a ningún lado. No me conoces, Anne. Pero a partir de ahora sí que lo harás. He sido demasiado indulgente, tragado situaciones y comentarios que jamás habría creído que llegara a hacer. ¡Me has humillado! Has intentado ablandarme y casi lo consigues. Menos mal que no soy fiera que pueda domesticar ser viviente. Y ahora que has logrado despertar a la bestia, conocerás de primera mano que lo que viviste aquella noche, se quedará en un simple juego de niños comparado a lo que vivirás a partir de ahora.

»¡Jamás olvidarás el encuentro con Humphrey! Dele las gracias a mi hermano por su sufrimiento, pues solo por él usted pagará. Ah, y una última cosa antes de acallarla para siempre: él también sufrirá, pues está esperando mi llegada, a la que le ha de seguir mi sentencia; junto con la desaparición de aquello que usted y su tía han mantenido oculto en el norte. ¿Creía que no me enteraría? Nada escapa a mi control, querida.

Capítulo 29

No supo cómo pudo lograr huir, pero allí iba por mitad de los prados, vestida con tan solo su enagua, hacía un frío atroz. Notaba la hierba mojada bajo la rapidez de sus pies. Corría todo lo que podía, escuchando el resuello que salía de su garganta. No podía dar más de sí, estaba muy deteriorada y, con todo, tenía que hacer más, dar más, correr más rápido, respirar más profundo, mirar más intensamente dónde daba sus zancadas. Todavía le quedaba algo de aquella droga corriendo por sus venas, pero nada que le impidiera darse cuenta del agujero donde había estado metida. A su mente acudían imágenes fugaces de su tormento. Y aquel brebaje continuamente en su vaso. Ni un momento de lucidez acudía a su cabeza, su realidad cegada por el opio.

Tras el paso de los días, su sed fue más exigente y la necesidad la llevó a bebérselo sin respirar, sin saber que aquel gesto sería su perdición. No recordó cuándo fue el momento de su humillación total, cuándo fue que suplicó por comida, ni siquiera cuándo comenzó a reírse de sí misma.

Moneda de cambio, moneda cambio, le dijo alguien alguna vez en el pasado. ¿Quién? Ya no lo recordaba, pero la sentencia estaba ahí mientras sus marido gozaba con Jane Aldridge.

De tarde en tarde, una cara amiga asomaba por su campo de visión. En su mente se agolpaban las breves palabras que podía captar, salpicadas, creando un sinsentido. Luego la abandonaban a su delirio y solo aparecían para vestirla, para ponerle aquellas vestiduras que tanto la incomodaban.

Degradada en su propia casa. Humillada. Vejada una y otra vez mientras la dependencia a aquel brebaje se iba haciendo más necesaria, más acuciante. Hacía todo lo que fuera con tal de poder beberlo.

Pero un día, el brebaje no llegó y eso la desesperó. Creyó recordar que fue por algo que hizo, algo que no estuvo bien y ese fue su castigo. Pasó otro día y tampoco hubo rastro de opio, agua o comida. Sus sentidos comenzaron a agudizarse, a amplificarse de tal forma que cualquier sonido por mínimo que fuese lo sentía como si ocurriera dentro de su tímpano, retumbando en las paredes hasta hacerlo brillar de tal manera que se iba corriendo a una esquina, escudándose bajo cojines y mantas mientras gritaba sin parar. Luego llegó la noche y por mucho que la asustara llamar la atención del ser perverso que tenía como marido, se acercó a la puerta de aquella habitación, invisible en el exterior, sin ventanas, sin luz. De repente, se le ocurrió echar una ojeada por la mirilla. Quizá, quizá Edmund se había marchado, puede que se hubiese ausentado por algunos días. No sabía si era de día o de noche, solo si miraba podía disipar algunas nimias dudas. Pasaron las horas y así lo hizo y se encontró con una habitación en penumbra y sin presencia humana, ni su marido ni Jane estaban por allí.

Pudiera ser, pudiera ser que, si lograba salir, encontrara por allí un vaso con algún resto que pudiera relajarla y lograr así dormir.

Con el camisón empapado por su propio sudor, salió hacia el dormitorio de su esposo, apartó el tapiz que colgaba de la pared y se encontró dentro de la otra habitación. Efectivamente, era noche cerrada. Tarde, por lo que pudo constatar ante la ausencia de ruidos por parte de los sirvientes.

Sus ojos nerviosos, ahora más prominentes por la hambruna que de tarde en tarde pasaba, registraron los muebles en busca de la droga.

Fue entonces cuando la puerta se abrió, lejos de asustarse se quedó allí parada, daba igual lo que sir De Featherstone quisiera hacer con ella con tal de que le suministrara lo que ansiaba más que nada en el mundo. Pero no se trataba del baronet. Para su mala fortuna, pensó, no era aquel ser único en el mundo que tenía en su mano el poder de aplacar su desesperación.

Era Alice. Esa que aparecía de vez en cuando para vestirla y perfumarla con aquel perfume que en un primer momento le había parecido barato, semejante al incienso que se quemaba sin cesar en aquel zulo tapado ahora por el tapiz donde perros y cazadores daban caza a un mísero cervatillo, el cual ahora parecía que temblaba bajo la luz trémula que aportaba la única vela que llevaba en la mano la criada.

—Oh, lady Anne, ¿qué hace aquí fuera? Bueno, mejor así, venía a ver cómo estaba. Ya no podía esperar por más tiempo pensando en los dos días que está sin llevarse ni tan siquiera algo de líquido al estómago.

—No se preocupe por mí. He salido en busca del vaso, pero no hay. Quizá, quizá usted pueda darme. ¿Sabe dónde lo guarda mi marido? —El sonido de su propia voz rasgada le resultó extraña. Se expresaba pastosa, sin vida y algo nerviosa, así como si arrastrara las palabras, distraída.

—Yo no, mi señora. Pero, ¡por todos los ángeles, ¿cómo puede usted querer eso?! ¿No se da cuenta de lo que esa cosa provoca en usted? Hace días que está encerrada en ese cuartucho, a merced de sir Edmund.

—Pero, ¿no sabe dónde conseguirlo? Alguien debe saber; quizá la señora Priscilla; sí, ella ha de saber.

—No puede ir hasta ella. Los sirvientes no deben saber que ha estado usted fuera. El baronet ha dispuesto que si alguien la ve fuera de su reclusión se lo haga saber de inmediato, bajo amenaza de ser despedido, incluso de ser denunciado a las autoridades, lo que llevaría a un escándalo y terminaría en la cárcel por a saber qué triquiñuela inventada por el señor. ¿No lo entiende?

—Yo... Lo único que sé es que necesito esa bebida amarga. ¿Acaso no lo entiende usted? No ve que sin ella mi sufrimiento es aún mayor. Al menos bajo sus efectos, el desconsuelo de mi vida en más llevadero. ¿Acaso usted querría estar en sus cabales mientras su marido la humilla una y otra vez? ¿Acaso usted sería feliz mientras soporta palabras, gestos y acciones hirientes bajo el techo que solo debería dispensarle alegrías?

—¡Oh, mi señora! ¡No sabe el tiempo que llevo deseando encontrar el momento! No me importa lo que me pase, pero para eso mismo venía. No solo para proveerla de agua y de algo de

comida. Sir Edmund no está. Es su oportunidad. ¿No lo ve? Ahora es su momento. Debe marcharse. Huir. Todavía está a tiempo. Es necesario que ponga distancia. Todos están dormidos, solo yo he permanecido despierta para poder venir a advertirla. Si no lo he hecho antes, ha sido porque la señorita Jane Aldridge requirió de mi presencia en su nueva residencia para ayudarla con su baúles de ropa. Se ha mudado junto al señor, allí donde puede obtener las visitas del médico con más facilidad. Llegué esta mañana, pero no me atrevía a venir sin ser descubierta. El señor dejó su cuidado a cargo de un muchacho que solo tenía instrucciones de venir a verla a partir de mañana.

—Pero...

—Lady Anne, mírese en el espejo.

Con apenas fuerzas físicas y mentales, así lo hizo. El espejo, aquel que daba el reflejo de una manera real y fehaciente, ante él nada podía ocultarse. Estaba demacrada. Sus pómulos, las cuencas de los ojos, sus dientes, eran prominentes; había adelgazado bastante. Los huesos de los hombros, la curvatura de sus clavículas se marcaban bajo el fino tejido de la enagua descolorida de lino viejo. Tenía el cabello ensortijado. Se miró las manos. Estaban secas, agrietadas en la juntura de los dedos y estos eran delgados, eran notables cada una de las falanges, incluso la muñeca podía ser rodeada completamente por la mano de un niño de seis o siete años. Y sus piernas, estas eran dos espigas endebles donde las rodillas sobresalían de manera aterradora.

—Por Dios santo.

—Exacto. Debe irse, señora. Ahora no es momento para las lamentaciones. Ahora es momento para huir, para poner muchas millas de distancia. Todos duermen. Es aún noche cerrada. Los caminos están vacíos. Huya. ¡Váyase!

—Pero no puedo, yo debo quedarme aquí con mi marido. Él no me dejará ir. Usted no lo conoce. No sabe de qué es capaz. Yo no debo hacerlo —dijo restregándose las manos, haciendo un tic con los ojos y mirando al suelo mientras se balanceaba, en un movimiento demente, como si realmente hubiese perdido la razón.

—Claro que lo sé. Yo misma lo probé de su propia mano. Aquella vez, cuando los sorprendí en su estancia. Después de aprehenderme frente a la señora Mildred, por la noche vino a buscarme a mi dormitorio y me obligó a marchar con él por propia voluntad al zulo donde usted misma vive recluida. Allí, allí... Allí me azotó y luego, ese malnacido de Maurice me forzó. Usted se preguntará por qué no claudiqué. Varias son las circunstancias. La primera es no tener dónde refugiarme, sin familia ni dinero, usted me dirá. Y la segunda... La segunda por usted, no me vi capaz de dejarla sola. Y la verdad es que ya no se ha vuelto a repetir.

La doncella suspiró, aquellos recuerdos eran amargos, pero, por fortuna, logró superarlos; tan solo era necesario un com portamiento ejemplar para tener aplacado el carácter de su amo. Aunque pudiera ser que el hecho de tener dominada a Anne y gozar de sus peculiares deseos junto a la señorita Aldridge, también sumaran para conseguir que la ignorara.

Aparte de este inciso, cayó en la cuenta de que cada segundo perdido acercaba a su señora más a la perdición. Era su única oportunidad. Fue entonces cuando recordó lo que había traído consigo de camino a la habitación.

Así, puso frente a Anne un pequeño tejido. Anne lo reconoció enseguida. Acercó sus manos trémulas hasta la tela, aunque indecisa, no quería mancillar el objeto. Al percatarse de su indecisión, Alice tomó la mano de su señora y depositó sobre ella el tejido.

—No sé el significado que este trozo de tela puede tener para usted. Lo que sí sé es que es algo muy preciado. Solo dos objetos he visto que para usted son sagrados: esa colchita y lo que he envuelto con ella. He venido con la esperanza de lograr que entienda que debe irse; he llegado hasta aquí poniendo en riesgo mi vida, porque no es justo lo que está viviendo y porque este es el momento en que debe decidir. ¿Quiere vivir, Anne, o quiere seguir muriendo en vida? ¿No lo hará siquiera por sus seres queridos? ¿Acaso no hay nadie que la pueda necesitar?

Anne se llevó la tela a la nariz, aunque el sentido del olfato estaba un poco embotado, pero no lo suficiente como para que le impidiera reconocer el olor que lo impregnaba. Después de tanto tiempo, el aroma a vida seguía latiendo en cada nudo de los hilos que componían su totalidad. Sintió algo duro entre sus pliegues. Con suma delicadeza y reverencia infinita fue deshaciendo sus pliegues hasta dar con el collar que le regaló Humphrey. Aquello era demasiado. Qué razón tenía Alice, nada había en el mundo más importante que aquellos dos objetos.

Miró a la sirvienta, sus preguntas y atenciones al haber sido tan considerada de pararse a pensar que no quisiera dejar atrás esos recuerdos, la habían conmovido. Ni ella misma los había recordado, había sido más importante el brebaje, el elixir había ocupado toda su mente, sus sentidos y necesidades, nada más importaba que ver el vaso siempre lleno.

Pero aquel olor de la tela y el peso y suavidad de la piedra, habían conseguido que, por un instante, recordara quién era, cuál había sido su vida. Cómo había amado su libertad y quién podía necesitarla realmente. Debía partir, acudir a su encuentro, protegerlo de los envites de la vida. Ya bastante hizo con verse forzada a abandonarlo, ya hizo suficiente al claudicar por los deseos de los demás. Ya había regalado bastante; ahora tenía que ser su momento, se lo merecía.

—¿Y adónde iré?

—Cualquier lugar será mejor que este. Lo importante es que nadie lo sepa. Así el secreto se mantendrá firme.

—¿Y usted?

—Nada me pasará. El muchacho que debía estar haciendo guardia en la puerta se ha emborrachado de tal manera que ha dejado caer sus huesos junto a la criada Margaret. Ya le he advertido que todos duermen, yo misma estoy dormida. ¿No lo entiende? Solo debe importarle usted.

—Pero cómo voy a irme así, yo debo... ¿Y los perros?

—Que los ángeles nos asistan. ¡Debe marchar ahora! Así como está; huya. Los perros están encerrados. Dentro de tres horas los volveré a sacar, no serán capaces de oler su rastro entonces, pues en pocos minutos comenzará a llover. No puedo hacer nada más por usted. Esto es todo cuanto puedo ofrecerle. Si no aprovecha el momento, vivirá así por el resto de su vida. ¿Es esto lo que desea? Dígame, ¿realmente desea vivir encerrada sin ver la luz del sol? Una vez, usted me dijo que solo sería libre *cuando el cielo se caiga*, y le aseguro que la tormenta que se avecina así lo parecerá. —Anne observó un instante a la criada. Su entereza, su seguridad, de alguna manera

se le estaba contagiando. Solo necesitaba un empuje más para terminar de tomar la decisión—. ¡Desgraciada, huya! Váyase. ¡Ahora!

Así fue cómo salió de la habitación. Sola, a oscuras. Palpando a tientas las paredes de los pasillos. Trastabillando en los escalones. Apretando contra su cuerpo el diminuto hatillo que tanto significaba para ella. Tratando de hacer el menor ruido posible, la ausencia de zapatos por suerte la ayudaba bastante. Ni siquiera le había dado las gracias a Alice.

Y así se encontró corriendo, resollando a cada paso. El rocío de la noche empapaba su cuerpo. Temblaba. Al menos sus sentidos estaban volviendo a la vida. El zumbido en sus oídos se había ido apagando, transformándose en el sentir compacto y amortiguado de su carrera. Le dolía todo el cuerpo, estaba floja. El olor de la noche la cubrió por completo, allí estaba la hierba fresca con sus tonalidades verdes representadas en su mente, allá el frío de la noche haciéndose patente en el vaho que salía de su boca y en el vello erizado que cubría su cuerpo, con esas tonalidades azules repletas de oxígeno limpio; y, por otro lado lado, el olor a tierra, perezoso y reconfortante; olor a libertad.

De alguna manera rio, y su risa, pese a su temor, fue tornándose vigorosa. A lo lejos fue tomando forma la casa: The Meadows, aquel que fue su primer y único hogar verdadero y que ahora después de haberlo sentido odiado en ocasiones por lo que sus padres la obligaron a hacer, se le representaba como su tabla de salvación en esa tormenta de olas de dientes afilados y resaca potente que la hacía caerse cada dos por tres ante la debilidad de sus pies y piernas.

No muy lejos escuchó a unos perros ladrar, ¿sería que Alice finalmente había sido sorprendida y ya habían comenzado a buscarla y, por ende, los perros la estaban olfateando? Su temor se reavivó aún más. Miraba hacia atrás de manera constante, y cuando se volvía, agachaba la cabeza para tratar de que su paso fuese más largo. Comenzó a llover, quizá eso pudiera despistar a las bestias. De todas maneras, sin querer tentar a la suerte, apretó el paso. Uno que se volvía cada vez más pesado debido a los charcos y al lodo que se formaba bajo sus pies, la lluvia comenzó a ser más fuerte, bajaba del cielo con coraje. Anne la sentía recorrer su cuerpo. Sus pies y manos estaban helados, así como la punta de su nariz. El pelo lo tenía empapado y pegado al cuerpo como aquella enagua que ahora de poco servía para tapar sus vergüenzas.

El ladrido de los perros era cada vez más próximo, tanto así que en su imaginación sentía su aliento tras ella, así como el ruido de las dentelladas dadas al aire. Tenía miedo, el terror recorría sus nervios, pronto desfallecería, aquel miedo podía más que la poca energía que le quedaba. Levantó la cabeza, para su sorpresa unos pocos metros la separaban del cobertizo de los caballos.

No sabía por qué se había escondido allí. Según lo que le había dicho Alice, había deducido que no veía a sus padres desde hacía demasiados días. Tampoco es que estos se hubiesen preocupado por ella. ¿Dónde habían estado todo ese tiempo? ¿Qué sería de su padre?

Junto a la cerca se hallaban los perros de los Collingwood. Aquellos habían sido los ladridos, seguramente estos habían sentido su presencia. Pudiera ser que Alice no hubiese sido sorprendida y que aún tuviera tiempo de alejarse más.

Rebasó la cerca como pudo, dejó que los animales la olieran unos instantes, cuando estos saltaron, lamieron y se relajaron, reanudó su marcha hacia los establos. Unos minutos antes no

sabía qué podía hacer, por suerte ya lo había decidido. Tomaría su caballo y huiría hacia-hacia... Aún no lo sabía. Lo importante, como le había dicho Alice, era poner distancia de por medio. Cualquier lugar sería mejor que la jaula donde había estado metida.

Entró en las caballerizas. Los animales estaban un poco nerviosos debido a la tormenta. Su caballo no estaba donde debiera, no se fiaba de montar a otro, pero si tardaba un poco más en encontrarlo se conformaría con cualquiera.

—¡Eh, tú, quieto, miserable ladronzuelo!

Anne paró *ipso facto*, de espaldas a su interlocutor y aunque le costaba lo indecible por su apariencia que sabía no era apropiada, fue girándose poco a poco con las manos en alto hasta quedar frente al señor Cuthbert Doyle, el marido de la señora Harriet, el cual sostenía una escopeta con la que apuntaba hacia su cabeza.

—¿Lady De Featherstone?

—No me llame así, señor Doyle.

Cuthbert bajó el arma al instante.

—Por Dios, muchacha, ¿qué le ha ocurrido?

En ese momento Anne se sintió desfallecer. El saberse casi a salvo con alguien que sabía la quería bien, hizo que se sintiera más floja, casi al punto del colapso. Aunque su vergüenza le impidiera plantar cara al buen sirviente y desear huir de allí de inmediato.

—No pregunte, mi buen Cuthbert. No quiera saber —se pronunció cansada, mientras sentía los surcos de agua helada que bajaban desde su pelo y recorrían su espalda y pechos—. Tan solo le diré que debo huir de Edmund. Él es un ser malvado, depravado. Yo tengo que marcharme. ¿Querría usted ayudarme?

—Por supuesto, baronetesa. Dígame, ¿qué he de hacer?

—Solo déjeme llevarme un caballo y prométame que jamás dirá que me ha visto.

—Enseguida, pero no cree que la señora Constance, que su madre debería...

—No. No, si en algo me estima, nadie debe saber que he estado aquí. Cuantas menos personas sepan que he huido menos probabilidades habrá de que me encuentre.

—Pero, lady Anne. No está usted en condiciones de cabalgar, sus ropas, su anatomía. ¿Qué le ha hecho?

—Nada bueno, mi querido Cuthbert. Pero, como le digo, es mejor que no lo sepa. Despreocúpese por mi estado y apariencia. Solo dígame qué caballo puedo montar. Mejor, qué jamelgo puedo llevarme sin levantar sospechas. ¿Sabe de alguno?

—Sí. Por supuesto, precisamente, puede llevarse a Lucky, es el mío. Nadie lo echará de menos excepto yo.

—¿Posee usted un caballo?

—En efecto. Es aquel de la esquina. Pero, por favor, permítame esperar unos minutos. Deje que vaya a mi cabaña a coger una capa y quizá un vestido de la señora Harriet, no le quedará perfecto, pero al menos tapará su figura. ¿Querría ser tan amable de esperar, por favor, lady Anne?

—De acuerdo. Esperaré no más de cinco minutos, pero antes de marchar prométame que no

dará la voz de aviso de mi llegada, haga usted el favor, mi querido Doyle. Hágalo por...

—¡Anne! ¿Eres tú?

—¡Madre! ¿Qué hace usted? ¿Cómo se ha...? ¿Por dios, qué hace levantada?

—¿Todas esas preguntas me haces? Después de todo lo ocurrido. Después de tu comportamiento tan... ¡¿qué haces aquí a estas horas, en ese estado, en paños menores?! ¿Y tu marido?

—Me he escapado.

—¿Escapado? No comprendo. Pero déjame mirarte. ¿Qué te ha ocurrido? Sir Edmund me ha estado enviando cartas argumentando que estabas bien. El no verte durante tantos días, después de que te negaras a nuestras invitaciones y visitas. ¡Y ahora tienes el descaro de presentarte aquí en esta noche cerrada, en paños menores, tan demacrada! ¡Para mí ya estabas muerta! ¡Lo que hiciste no tiene perdón! Tu padre, él, por tu culpa. ¡Señor Doyle, mande a avisar al baronet De Featherstone de que su mujer está aquí!

—Madre. ¡Por favor, no diga nada, se lo suplico! ¡Él no debe, no puede saber que he estado aquí! ¡Es imperante que desconozca mi visita! ¡Yo debo huir, debo marchar sin dejar rastro!

Las súplicas de su hija confundieron y extrañaron a la señora Constance. Esa manera desesperada de hablar, su físico.

—¿Qué sucede, Anne? De qué cosas tan extrañas estás hablando.

—Iré a recoger lo que le he dicho, lady Anne. —dijo Cuthbert.

Anne aprovechó el momento de desconcierto de su madre para revelarle sus verdaderas circunstancias.

—Madre, es muy complicado, pero intentaré resumirlo en los pocos minutos que me quedaré aquí, pues le aseguro que debo marcharme y así lo haré.

Anne le contó todo desde el primer día de casada. La señora Constance no daba crédito a cuanto escuchaba, aunque poco a poco comenzó a atar cabos. Eso, sumado al aspecto tan demacrado de la muchacha, le dio respuesta a tantos días aciagos. Esos en los que había estado viviendo una mentira que aumentaba su agonía al creer que su hija se había enfadado tanto con ellos al enterarse de que sabían que Humphrey volvió a buscarla cuando supuestamente la abandonó. Una actitud harto exagerada al suponer que había renegado de sus padres por esa circunstancia. Y ahora estaba allí, demacrada, delgada, desesperada y asustada, mientras ellos, mientras Frederick...

—Lo siento. Siento de veras no haber confiado en usted antes, pero pensé que quizá me obligaría a seguir con él, por lo que decidí callar, luego vino aquel brebaje. De estos días solo conservo flashes de memoria, instantes de cordura silenciados con un nuevo sorbo, apagados para siempre. No quiera saber más, madre. ¡Se lo suplico, no me haga hablar más! ¡Le pido que me deje ir, con la promesa de que esta visita se irá a la tumba con usted!

—Mi querida niña, es tan triste todo. ¡Se me parte el alma al pensar cuánto has tenido que padecer para protegernos a tu padre y a mí! Te prometo que nada diré ni yo ni Cuthbert. ¿Cómo puedo compensarte por tanto mal, mi precioso ángel? ¡¿Cómo?!

—Recordándome tal cual era antes de marchar de esta casa, de mi hogar. Sonriente, soñadora,

traviesa. Viva. Recordando mis risas que quedaban suspendidas como un eco lejano en los pasillos y las escaleras de la casa. Echando de menos mis trastadas y enfurruñamientos. Recuérdeme feliz, madre.

—¡Oh, mi querida hija!

Ambas se fundieron en un fuerte abrazo, sus lágrimas entremezcladas. En algún momento, Anne preguntó por su padre, la señora Constance hizo un gesto de dolor y profunda tristeza, pero enseguida se recompuso y sonrió brevemente.

—El señor Collingwood está mucho mejor. Él-él descansa plácidamente.

—No le diga nada, se lo suplico. No soportaría que sufriera y empeorara por mí. Prefiero mil veces el repudio.

—No te angusties, hija mía. Estoy segura de que él se alegraría de saber que tienes el valor de huir de ese-de ese... ¡No sé cómo lo haré, pero te juro que esto no quedará impune! ¡Sir De Featherstone debe pagar por lo que te ha hecho padecer!

—Madre, no diga nada. No haga nada que me delate, debe usted aguantar y seguir tratando a Edmund como hasta ahora. Frente a él debe aparecer muy enfadada conmigo, por mi forma de actuar. Es necesario que usted también me repudie.

—Pero, Anne, yo...

—¡Prométamelo!

Constance observó un instante a su hija y tomó una decisión, por mucho que esta le doliese.

—Está bien, así lo haré. Pero, al menos, dime, ¿dónde te han de llevar tus pasos?

—Al norte, en su búsqueda.

—Junto a Madame Geraldine.

Constance comprendió cuáles eran sus pretensiones y quiso continuar hablando, pero en ese instante llegó Cuthbert con la capa, el vestido y algo más que portaba bajo un brazo. Enseguida comenzó a vestirse mientras el señor Doyle ensillaba el caballo hablándole con calma, se estaba despidiendo, le dolía pensar el sacrificio que se estaba viendo obligado a hacer.

Nada hablaron madre e hija durante el poco tiempo que tardó en vestirse, tan solo la ayudó. La señora Collingwood se sorprendió al coger el trozo de tela junto con el collar. La pena se hizo más profunda en su rostro. Anne se dio cuenta y afirmó levemente con la cabeza para luego continuar con su quehacer, no debía perder ni un solo segundo. Constance se recompuso y observó los trozos de piel que quedaban al descubierto. Cuando por último tiró de las mangas de un vestido que le quedaba holgado, la mujer mayor tomó las muñecas de su hija y depositó un beso en la cicatriz. Enseguida apremió a Cuthbert para que fuera hacia el estudio y, tras unas instrucciones, le trajera una carta. Una vez se hubo marchado, le entregó a Anne el collar envuelto de nuevo con el tejido. Lady De Featherstone guardó con sumo cuidado el bulto en las alforjas del caballo y se giró hacia su madre. Esta se acercó a su hija y le palpó con timidez el vientre diciendo a media voz:

—Lo siento, hija mía. Lo siento de veras. Aquello que te obligamos a hacer fue algo imperdonable —una lágrima resbaló por el semblante de la impertérrita mujer.

—Madre.

La señora Collingwood la cortó con apremio, recuperándose. Debía tener fortaleza, mostrarse segura, para transmitir a su hija esa misma seguridad.

—Es necesario que sepas la verdad. Hace ya unos meses tu tía me dijo que se había visto obligada a enviarlos a Francia.

—¿Cómo?

—Calla y escucha con atención. Ya no están en el norte, están en Francia. Se tuvieron que marchar porque tía Grace descubrió que los estaba buscando ese hombre que siempre acompaña a tu esposo y que cada vez que lo veo se me pone la piel de gallina.

—Pero...

—Ahora todo encaja, no fuimos capaces de esconder la verdad: tu marido nos ha descubierto.

Con lágrimas en los ojos Anne asintió con la cabeza y miró hacia el caballo que todavía estaba dentro de la cuadra, esperando para ser montado.

Fue hacia él. Le temblaban las piernas, se enfrentaba al mundo sola y no sabía si podía llegar a tener la fuerza suficiente para terminar lo que había empezado, para encontrar su libertad.

—Espera, hija mía.

La señora Constance la sujetó suavemente por el brazo haciendo que parara su avance. Se quitó su anillo de casada junto a una fina gargantilla de oro de la cual colgaba un brillante en forma de lágrima. El anillo de casada había sido regalo de su padre, el señor Frederick, y la gargantilla, según su madre le había contado hacía bastante tiempo, había sido regalo de su abuela, la madre de su madre, a la cual a su vez se lo había regalado la suya y así dos o tres generaciones atrás.

En ese momento el señor Cuthbert regresó y fue a sacar a la bestia mientras madre e hija seguían hablando.

—Toma, esto te servirá para venderlo y conseguir algo de dinero.

—No. No puedo aceptarlo.

—¿Cómo que no, mi pequeña? Tómalo, vamos. Es imprescindible que obtengas algo de dinero. No sabes los obstáculos que puedas encontrar por el camino.

Anne miró a Cuthbert, este asintió y dijo mientras le entregaba la carta a la señora Collingwood:

—Tiene razón, lady Anne. Si necesita dormir en una posada y comida, le hará falta efectivo.

—Pero esto es demasiado. Son joyas, más allá de su valor meramente económico —dijo regresando la mirada hacia su madre.

—Ninguna joya tiene valor si no se pueden usar para sobrepasar dificultades. De qué sirve una joya en un joyero cuando su dueño pasa penurias. Esta iba a ser parte de tu herencia, por lo tanto, te corresponde. Estoy segura de que tu padre y tu abuela bendecirán este gesto. —Anne abrió la mano y su madre dejó caer sobre su palma los objetos, luego se los metió en el bolsillo secreto de su vestido. No convenía ponérselos si iba a ir cabalgando en mitad de la noche ella sola, hacia un lejano destino y por senderos desconocidos—. Ah, una cosa más. Toma. —Constance le entregó una estampa de la virgen María que guardaba cerca de su corazón. Estaba escrita por detrás, pero la urgencia hizo que no llegara a leer la inscripción. Nunca antes la había visto Anne, la religión

de sus padres no contemplaba esas creencias, ¿cómo que...? Pero no era momento de ese tipo de preguntas, solo la tomó y se la guardó en el pecho.

—Dirígete hacia el sur. Cerca de Dover hay un convento llamado la Abadía de St. Radigund. Cuando llegues pregunta por la hermana Josephine. Una vez la veas, muéstrale esta estampa, ella sabrá que vas de parte mía, luego pide refugio. Junto a ella podéis llegar a urdir un plan para mantenerte escondida mientras decidís cómo puedes cruzar el canal de la mancha.

»Ah, y lo más importante. Guarda a buen recaudo esta carta. Es de tía Grace, en ella encontrarás el lugar donde Madame Geraldine ha sido trasladada.

Anne besó las manos de su madre y le dio un nuevo abrazo. Luego se giró hacia Cuthbert, el cual también la abrazó. Con ayuda del mayordomo se subió al caballo a horcajadas, era una buena bestia, robusta, fuerte, de esas que no eran tan rápidas, pero caminaban mucho más que otros caballos veloces, estaba segura de que sería capaz de cubrir bastantes millas sin tener que bajarse a descansar.

—En las alforjas podrá encontrar agua y comida suficiente para dos días, tres si consigue estirarlas un poco, no es mucho, pero al menos tendrá para empezar. He metido algunas zanahorias para Lucky. Son sus favoritas. —Calló un instante mientras acariciaba la grupa del jamelgo y prosiguió—. También encontrará un saquito con algo de dinero.

—Pero, señor.

—No, lady Anne. No piense que se trata de una fortuna. Nada ha de decir sobre ello. Ah, y tome —le pasó un hatillo por su cabeza a modo de bandolera—. Aquí encontrará alguna cosa que pueda necesitar. Los caminos son traicioneros, pero usted es una muchacha de carácter fuerte. Reencuéntrese.

—Gracias.

Una vez arriba, el señor Doyle le entregó un par de guantes y unos manguitos de lana que Anne, agradecida, se colocó rápidamente, mientras este la sorprendía de nuevo cubriendo sus pies con unas medias de lana bien gruesa y unos zapatos una media talla más grande que la suya, pero que reconfortaban en demasía; era obvio que la señora Harriet estaba al tanto de cuanto acontecía. Agradecida, le sonrió, mientras este se inclinaba de manera solemne presentándole sus respetos. Anne reconoció el gesto y se irguió en el caballo.

El mayordomo abrió la puerta trasera de las cuadras. Aquella quedaba lejos de la vista del camino, por lo que Anne dedujo que, en efecto, lo mejor sería atravesar el bosque.

El hombre tomó las riendas cerca del bocado del animal y lo dirigió hacia la salida. La señora Collingwood iba detrás con rictus severo, su tristeza se palpaba en el aire. Anne se giró hacia ella antes de partir, agradecida por cuanto, con una pocas palabras, le había dicho, además que gracias a su rápida intervención se pudo resolver el punto de llegada, al menos esa parte quedaba solucionada.

—Anne —tocó el pie de la muchacha—. Espero que algún día sepas perdonarnos.

Anne asintió con la cabeza, el enorme nudo que oprimía su garganta le impedía pronunciar palabra.

—Siento que ante esta situación no pueda hacer nada más por ti.

Anne se agachó un poco y rozó con su mano la cara de su madre en una caricia fraternal eterna. Era su madre, la única que había conocido y que seguro no volvería a ver nunca más. Para bien o mal, era la que le había dado el regalo de la vida y, por Dios, que marcharía lejos para vivirla.

Volvió a incorporarse en la silla, miró un segundo hacia la ventana donde dormía su padre, ¿volvería alguna vez a pasear junto a él? Cubrió su cabeza con la capucha, acomodó sus piernas preparadas para azuzar al caballo y comenzar a trotar. Poco tiempo había estado allí, el suficiente para verse perdido, por lo que debía aligerar en poner tierra de por medio cuanto antes. Con un breve toque alentó al caballo a dar los primeros pasos.

—Te quiero, hija mía.

Lady Anne no fue capaz de girarse, eran demasiadas emociones, si lo hacía sería capaz de desmontar y arrebujarse de nuevo en el abrazo cálido y protector de su madre, pero no podía ser, tenía que correr. Así, espoleó al caballo, el cual saltó alarmado y corrió hacia la oscuridad de los árboles, dejando atrás las lágrimas de la muchacha, a un mayordomo compungido y a una madre destrozada.

—¿Sabe algo?

—¿De su padre? —El señor Doyle asintió —. Es obvio que no, al parecer ese hijo de mala perra nos mintió y no le hizo llegar la noticia de que mi Frederick falleció días atrás, así como que ella se había negado a acudir al entierro. Y ahora, sabiendo todas esas mentiras, para qué, ya bastante carga lleva a su espalda, una que nosotros mismos, sus progenitores, nos encargamos de sobrepasar. Es mejor así, señor Cuthbert. Créame, es mejor así.

—Por supuesto, señora.

El marido de Harriet, ante la zozobra que consumía a su señora, se tomó la licencia de abrazarla para darle consuelo y así quedaron mecidos por el frío nocturno, viendo cómo Anne se alejaba, cómo luchaba por una vida que le fuera más agradecida.

* * *

Anne comenzó a cabalgar con brío, estaba cansada, pero la adrenalina la mantenía erguida. De vez en cuando, la asaltaban flashes sobre el tiempo que había estado viviendo entre tinieblas. Pero con la facilidad que aún la caracterizaba los apartaba a un lado, solo esperaba continuar disfrutando de esa virtud durante mucho más tiempo.

Los árboles, ramajes, arbustos y animales se sucedían ante ella con rapidez. Como ya había pensado, aquella bestia era un buen obsequio. El terreno abrupto no suponía obstáculos para ella; saltaba pequeños riscos, traspasaba los ríos de aguas que, aunque poco profundas, sí eran salvajes e impetuosas, con brío, y esquivaba los troncos de los árboles y las hondonadas como un felino. No era tan rápida como los caballos que su diabólico marido tenía en sus caballerizas. Al menos sus animales tenían mejor alma que él.

Pasaron las horas y con ellas fue aclarando el día. Jamás había disfrutado del despertar de la naturaleza a la intemperie tras pausarse la tormenta, quizá fuera uno de los mejores momentos de su vida a pesar de sus circunstancias.

Aminoró el paso del caballo hasta llegar a la base de un pequeño montículo. Apretó los costados del animal, el cual sudaba y jadeaba algo cansado después de tantas horas corriendo, y lo acercó a la grieta que se abría en la roca, desde donde emanaba suficiente agua para mantener lleno el hueco que se había creado debajo, y que luego, a su vez, permitía que fluyera hasta el río que se escuchaba un poco más allá. Aunque no quisiera, debía dar un descanso al jamelgo, dejar que bebiera agua fresca y comiera algo de hierba. Así, lo dejó amarrado con las riendas lo suficientemente largas como para que pudiera pastar y beber agua mientras ella subía el montículo, aun con piernas temblorosas e inseguras debido a su propia debilidad tras semanas de escasa alimentación y la fatiga de la carrera. Por suerte, la subida había sido fácil y breve.

Salió de entre los árboles de alrededor, quedando por encima de sus copas. No era muy alto, pero sí lo suficiente como para que casi nada se interpusiera en su camino en un radio de unas pocas millas. El frescor del alba rozó sus pómulos, y la brisa de la mañana movió su pelo, ahora fuera de la capucha de su capa. El frío calaba sus huesos, a pesar de que su ropa no se había empapado demasiado gracias a su capa. Y aunque esta también hacía rato que se había secado al viento de su carrera, el frío aún penetraba hasta lo más profundo.

Miró hacia el firmamento, donde un cielo que iba desde el azul oscuro hasta el más claro estaba cubierto de nubes densas que amenazaban con una nueva descarga impetuosa. En la línea del horizonte, los tonos anaranjados comenzaron a desdibujarse, mezclados con rojos intensos y oscuros como la sangre cuajada. Parecía como si en esa área se estuviera extendiendo un gran incendio, intensificándose con cada segundo que pasaba. Mientras tanto, los azules oscuros se aclaraban hasta llegar al índigo, y los rojos se transformaban en amarillo a medida que el sol se ocultaba tras las nubes. El azul del cielo fue reemplazado por un aumento en la nubosidad y el viento.

Las lágrimas resbalaban por las mejillas de la joven, mientras el frío, que había aumentado, se filtraba entre los pliegues que el viento creaba al mover la capa. Comenzó a sentir náuseas, y el vello de su cuerpo se erizó de una manera extraña, sin estar segura de si se debía al frío o a otra causa. Además, experimentaba un dolor abdominal que supuso sería debido al hambre, aunque en realidad no sentía apetito alguno.

Tras limpiar su cara con el tejido de la capa, se arrebujó bien en ella y comenzó el descenso. Era increíble, pero durante aquellos breves instantes no había pensado en nada y, sin embargo, las lágrimas habían estado allí. No sabía ni a qué ni a quién lloraba, pero ahora no sabía muy bien qué sentir.

Cuando llegó abajo, se encontró al caballo justo donde lo había dejado. Estaba comiendo hierba. Tomó un trozo de trapo que encontró en las alforjas y secó el sudor del animal mientras hablaba con él. Era un caballo hermoso. Ahora, a la luz temprana del día comenzó a darse cuenta de su belleza salvaje. Tenía similitudes con la raza Quarter Horse, pero algo había que también le recordaba al caballo Andaluz. Antes de convivir con Edmund, si es que a eso se le podía llamar así, apenas sabía nada sobre esas grandiosas bestias, pero después de su instrucción había adquirido algún conocimiento sobre ellas, al menos lo suficiente para distinguir entre una raza y otra, aunque el baronet prefiriera sus Thoroughbreds. Seguramente, del Quarter Horse había

heredado su aguante y velocidad, así como una estatura mediana tirando a baja y unos potentes cuartos traseros que seguro le permitían realizar arranques, giros y frenadas muy rápidas. Mientras que del caballo Andaluz, apostaría que había heredado ese porte elegante que recorría toda su anatomía, desde luego, allí parado, parecía majestuoso. Si no fuese por su estado, estaba segura de que sentiría deseos de pintarlo. Aquel animal se hacía notar. Tenía el cuerpo musculado y junto con la crin y la cola de una largura y abundancia imposibles, le aportaban ese aire de querer pasear con él para que todo el mundo apreciara sus andares. Su cuerpo estaba cubierto de un pelaje color tordo, también característicos en esa raza.

Después de limpiarle el sudor, se acercó a la cabeza del animal y comenzó a masajear su frente, la quijada y su mentón.

—¿Sabes? Creo recordar que el señor Doyle te ha llamado Lucky. Deseo que, tal y como dice tu nombre, nos traigas suerte. Esperaremos un poco más y retomaremos el viaje. Solo deseo que no me odies por darte este trasiego. Pero tú me entiendes ¿verdad? Dicen que los animales tienen un sexto sentido, que son capaces de sentir lo que sienten los humanos. —Anne suspiró y juntó la mejilla con la del animal—. Espero que algún día sepas perdonarme. —El caballo movió la cabeza de tal modo que a Anne le había parecido una afirmación.

Fue hasta las alforjas y cogió una zanahoria; el señor Doyle le había dicho que adoraba comer esa verdura. Con tranquilidad la puso frente a la boca del animal mientras continuaba acariciándolo. Este la degustó con cierto respeto, hasta en eso era elegante. Debía hacer que regresara con su amo, aunque todavía no sabía cómo.

Sus propias tripas se contrajeron en un fuerte retortijón. Tras mirar de nuevo en los sacos, cogió la botella de cuero y un paño doblado que, por el olor, creyó que contenía galletas de avena.

Así, se sentó a tomar algo frugal. No quería abusar de la comida, sabía que debía estirarla cuanto más mejor. Pronto, si no había ocurrido ya, Edmund, o quizá los sirvientes, habrían salido en su busca. Era necesario mantener la distancia.

Bebió el agua; el pellejo de la botella era maleable en sus manos. Comió dos galletas; eso debería bastar hasta la siguiente parada. De todas maneras, casi se había obligado a tragar esos pocos bocados; la sensación de náuseas estaba aumentando por momentos. Luego, pasados unos minutos, se calmó un poco. De ese modo, con el estómago menos ruidoso, aunque algo mareada, volvió a rellenar la botella con el agua que brotaba de la roca y guardó los artículos en la alforja, donde encontró un pequeño saquito con monedas que tintinearon al sacarlo, la realidad es que pesaba bastante. Decidió esconderlo entre sus senos. Cuán agradecida estaba a Cuthbert.

La repentina sacudida recorrió su cuerpo, temblores no invitados ni esperados que lo atravesaron de pies a cabeza. Ahí estaba otra vez, creía haber olvidado esa necesidad, pero no, ahí estaba. Se encogió sobre sí misma y lloró por necesitar como agua de mayo aquel maldito brebaje que había tomado cada día durante los últimos meses, a excepción del tiempo que se acomodó en The Meadows. Pero cuando regresó a The Silver Horse House y Edmund la encerró en el cuartucho, suministrándole el tónico que la hacía vivir en un mundo onírico, ajena a cuanto ocurría en su realidad, la necesidad de aquella bebida opiácea se volvió imperativa. Su cuerpo se

lo imploraba. Cada poro de su piel ansiaba volver a perderse entre la bruma placentera que le proporcionaba el elixir. Miró hacia atrás, quizá todavía no se había dado cuenta de su ausencia; el muchacho que debía ir a darle de comer no tenía por qué haber ido tan temprano. Y llevaría consigo también el elixir. Si se daba prisa, quizá pudiera entrar de nuevo en la casa sin ser vista. Quizá si imploraba perdón por su atrevimiento.

El relincho del caballo la sacó del trance. El cuerpo de la muchacha temblaba, su vista se desenfocaba por momentos. No. No debía volver, ¿en qué estaba pensando?

Fue hasta la fuente para, con manos temblorosas, echar agua sobre su rostro, nuca y muñecas. Fue entonces cuando se fijó en las cicatriz que rodeaba parte de una de ellas.

Cuando el agua dejó de enviar ondas hacia fuera, se percató de su rostro. Otra vez aquella visión: aquella muchacha de pómulos prominentes y ojos hundidos, esos ojos verdes de tristeza profunda. Sería complicado volver a sanar su espíritu. Ya lo había hecho antes, cuando regresó del norte de Inglaterra en aquel viaje apresurado junto a su tía Grace, cuando... Con lágrimas en los ojos supo que debía intentarlo. Debía encontrar la libertad e ir a su encuentro. Solo aquello daría paz a su alma. Ojalá el Todopoderoso tuviera a bien perdonar sus más oscuras faltas. Y, así, con la boca contraída en una mueca de rabia y la voz quebrada por la emoción, dijo a aquella mujer que la miraba hundida en el agua:

—Sé que estás cansada. Sé que lo has pasado mal y que las cicatrices de tu cuerpo te recordarán cada día lo padecido. —Una lágrima producto de la pena y la ira cayó desde su ojo al manantial, produciendo de nuevo unas diminutas ondas que recorrieron la superficie hasta perderse—. Sé que no es ni va a ser fácil. Al igual que sé que tu día aún está por llegar. —Aspiró por la nariz y espiró por la boca profundamente, recogiendo con aquel gesto el coraje que le hacía falta y continuó hablando con ímpetu—. ¡Ahora, ahora te necesito fuerte y luchadora, porque frágil no me sirves! —Contempló un poco más su reflejo a la espera de una frugal señal que le mostrara algo de determinación. Allí estaba, aquella ceja levantada y aquellos labios firmes. Se levantó y fue hacia el caballo, tomó las riendas y, apoyándose en una roca, montó. Luego se acercó a su oreja y, tras una caricia superficial, le susurró—: Hora de partir, muchacho. Hora de dejar atrás el pasado.

Y en aquella temprana mañana, Anne y Humphrey contemplaron el amanecer desde diferentes puntos del mapa, mientras el cielo de una inusitada oscuridad se les caía encima. Uno desde la borda del barco y la otra a lomos de su caballo. Ambos con el brillo de la esperanza en los ojos, pues sabían que después de la tempestad siempre llega la calma.

Epílogo

Más de dos años atrás,
en el norte de Inglaterra

Aquel dolor tan inmenso no me dejaba respirar. El malestar en la parte baja de mi espalda palpitaba haciéndome muy difícil permanecer entera. Recorría cada fibra de mi cuerpo, cada célula de mi ser. Galopaba por mis venas mientras mi vientre se volvía a contraer dejándome sin respiración. Una duda comenzó a brotar del estupor de mis órganos vitales, la duda de que pudiera o no salir con vida. La mujer que asistía mi agonía me daba ánimos, su tranquilidad lejos de aquietarme me ponía bastante nerviosa, ¿acaso no veía el trance, el dolor por el que estaba pasando?

Lo odiaba. Lo odiaba con toda mi alma por haberme hecho aquello, por haber huido dejándome en aquel estado de miseria. ¡Maldito Humphrey!

Mi alma estaba rota, mi cuerpo desmadejado en aquel catre de poca monta.

Odiaba aquel lugar, testigo de unas lágrimas que jamás hubieron de acontecer. Odiaba aquel bosque perdido de la mano de dios. Ese emplazamiento en el norte al que fui relegada como si fuese escoria.

Una nueva sacudida, otra vez aquella rigidez que me partía la espalda en dos, que hacía que mis riñones agonizaran por su envite, ni tan siquiera se me permitía gritar, ni tan siquiera podía expulsar ese horror por mi garganta. Todo debía ser silenciado, todo debía ser ocultado. La vergüenza, la deshonra, incluso la penitencia.

Paños de agua fresca para mi frente, vasos de madera, sábanas revueltas y ensangrentadas, ventanas cerradas que me prohibían ver hasta la luz del día. Velas medio gastadas, el crepitar de una hoguera que parecía reprocharme lo sucedido, nada me permitía pasar página, nadie entendía lo hecho, el porqué de esa situación. Las promesas.

Igual que el dolor del latigazo se iba poco a poco alejando, sin esperarlo volvía con fuerte brío, con una intensidad jamás conocida ni imaginada por mí. Aquella era mi condena, aquellos momentos los adecuados para implantar justicia, para recordarme lo que nunca iba a volver a tener, esa era su vil despedida. Pero para mí aún quedaba más, mayor aún era mi sufrimiento, no quedaba solo en lo físico, ese se podía soportar; el pensar que mi gran posibilidad sería la de no sobrevivir. Ni siquiera había podido despedirme. La realidad era que, en todo caso, lo prefería, si moría todo acabaría ahí. El sufrimiento, el dolor, la pena, aquel dedo acusador, aquel índice de mano huesuda y uña ponzoñosa que me perseguiría por el resto de mi vida. Más valía no sobrevivir. Ninguno de los dos deberíamos ver la luz de un nuevo día. Ninguno de los dos debería caer en la desgracia del repudio.

Los músculos volvían a encogerse, las contracciones navegaban hacia mí en oleadas cada vez más intensas, más potentes, recorrían mi vientre de lado a lado y se extendían al resto del cuerpo como la resaca de la marejada; como las ondas que provoca la roca al caer al lago.

—*Petite fille, fais chauffer plus d'eau et apporte-moi ces draps propres. Mets-les près d'ici, sur cette chaise.*

Aquella mujer que me había acompañado durante todos esos meses, que había cuidado de mí y que me había dado el cariño que me había hecho falta y que tanto había echado de menos, se encontraba frente a mí, bien anclada a los pies del camastro, sin separar la mirada de su labor. Podía ver su semblante, antes sereno, ahora contraído en una mueca de concentración y quizá preocupación. ¿Algo no iba bien? ¿O era todo así de angustioso siempre?

La hija de la partera limpió de nuevo el sudor de mi frente, un sudor frío y pegajoso, los mechones de mi pelo revuelto estaban adheridos a mi piel. Mi imagen debía ser bastante patética, a merced de aquella mujer y aquella niña. Completamente, dependiente. Expuesta a lo que quisieran hacer conmigo. Jamás me había sentido tan frágil. Nunca había tenido la dependencia absoluta en alguien.

—*Eh bien, ma fille,* ahora tendrás que empezar el trabajo duro, a mi voz debes apretar, pero solo cuando yo te lo ordene, *d'accord?*

Su voz se pronunciaba templada, como siempre serena, con aquel acento francés tan característico cuando se esforzaba en hablar mi idioma; recordándome que solo ella me había acunado en sus brazos cuando la pena se hacía insoportable, cuando la angustia apretaba en mi garganta provocando un nudo que era incapaz de tragar. Cuando el aire apenas llegaba a mis pulmones por la ansiedad de un futuro incierto, por sentirme sola, por sentirme despreciada. Aquella extraña siempre había estado ahí, para cobijarme bajo unas palabras al principio irreconocibles para mí, y que la necesidad había logrado que entendiera tan bien; para arroparme en aquellos brazos fornidos por el duro trabajo, por la necesidad de la supervivencia. Y por fin encontré la tranquilidad que necesitaba, la confianza en que podía conseguirlo, con ella junto a mí lo lleva ría a cabo. Porque el deseo de mi propia muerte, como ella ya me había dicho, se debía a mi cobardía y yo no era una cobarde, yo me enfrentaba a todo y a todos, como así lo había demostrado. Pero podía vivir, podía ser feliz allí, en el norte de Inglaterra, quizá eso sí se nos pudiera conceder, aunque también se me hubiese prohibido; los contratos, los acuerdos, las palabras podían marchar con el viento, podían ser olvidadas. Quizá había alguna posibilidad para evitar mi casamiento con Edmund. Quizá si conociera mi realidad, él mismo anularía los contratos ya firmados.

Podía llegar a apreciar la luz de aquel horizonte.

Aquella parte de mí, que nacía de mí, quería abrirse camino al exterior y supe que tal y como Madame Geraldine me había dicho, era hora de trabajar para que todo saliera bien, para que mi criatura saliera a ver el mundo, aquel nuevo mundo donde el cariño y la esperanza serían nuestra bandera.

Así brotó de mí un nuevo dolor, la sensación de un resquemor primero que se iba tornando en un vivo fuego dentro de mis entrañas.

—Ahora, empuja; *poussez, poussez*.

Y así lo hice, y en aquel empujón me reservé las ganas de gritar, también me lo habían prohibido. ¿Pero qué era de aquellos que me lo arrebataron, dónde estaban? ¿Acaso se habían quedado a velar por mí, por nuestro bienestar?

—*Très bien.* Ahora necesito otro, pero esta vez *plus fort et plus long*. Empuja, empuja, empuja. *Poussez, poussez, plus, plus, plus.*

Y aquel volcán tomaba más vida, se volvía más violento, más agresivo. Más vivo. Abrasando cada milímetro de mi carne.

—*Fille, apporte-moi cela et sors...*

—*Mais maman, j'ai peut-être besoin de...*

—*Pas cette fois, petite fille. Allez, maintenant.*

Los ojos de la hija de la partera estaban desencajados, fue a salir de la habitación sin añadir nada más, no hacía falta, era suficiente con mirar su semblante para entender que algo no iba bien. Tal como su madre le había ordenado, salió de la habitación después de haber dado el instrumento que la mujer le había pedido, y echando una última ojeada a mi rostro antes de cerrar la puerta tras de sí, se marchó. Era obvio que lo que sus pupilas enfocaron era un rostro que no debía de mostrarse precisamente afable en ese momento.

Un dolor lacerante nació en alguna parte de mi centro y junto a él el grito que ya no quería ni podía guardar más en mi interior, acompañado de la saliva que el propio sufrimiento había engendrado y con la cual salpiqué los derredores de mi boca y el cuello de mi camisón. Si apretaba más los dientes terminarían por resquebrajarse. Un brillo plateado llamó mi atención procedente del cuchillo que la partera aguantaba con una mano ensangrentada, mientras que con la otra tomaba una toalla limpia del montón que la niña había puesto sobre la silla, dejando caer el cuchillo para ganar algo más de habilidad. Vi cómo metía el trapo entre mis piernas y presionaba allí, provocándome un nuevo grito, esta vez más violento que el anterior. Por suerte, ella no me pedía que callara, tan solo que reservara fuerzas, pues aún quedaba la mitad del trabajo por hacer.

—Ahora irá todo mejor. Será fácil, mientras me escuche. *Poussez, ma fille, poussez de toutes vos forces.*

Y así lo hice. Empujé, empujé con todo lo que tenía dentro de mí. Empujé con mis músculos, con mi estómago, con mi cabeza, con mis venas. Puse mi vida en ello, regalé mi vida a ese nuevo ser, la puse en sus diminutas manos para que hiciera con ella lo que quisiera.

Lo noté, a pesar de estar muy perjudicada ahí abajo, a pesar de la carnicería, lo noté salir hacia el mundo. Nació de mí.

Caí desmadejada sobre el colchón de heno que componía las partes de mi camastro, pero pasaban los segundos y no escuchaba nada. Aun agotada, como pude me incorporé, no pude dejar de buscarlo entre los brazos de la mujer. Ella se afanaba entre mis piernas, el camisón que llevaba no me permitía ver más allá de su tejido, tapaba parte de lo que me rodeaba.

La mujer no dejaba de mover sus manos, afanada en algo, persistente, su rostro iba demudando en un gesto de espanto, su mirada vagaba de la mía al bebé.

—Déjeme verlo, ¿qué ocurre? ¡Déjeme tomar a mi bebé! —le ordené.

Y ella seguía, continuaba moviendo sus manos. Vi cómo mojaba la punta de un trapo en agua y la guiaba a la zona donde se suponía que estaba la criatura. Pero no pasaba nada, no me entregaba a mi hijo.

—¿Qué pasa? Dígamelo. ¡Por el amor de dios, tenga piedad de mí! ¡Muéstremelo!

Pasaron algunos segundos más y el bebé no se escuchaba. La partera me miró con lágrimas en los ojos y mi hijo ahora entre sus brazos, liado en una toalla ensangrentada.

—*Je suis désolé, le bébé...* ha nacido muerto.

La oscuridad se cernió sobre mí, me llevó en aquel mismo instante; mi vida se paró, mi corazón dejó de latir, mi cuerpo cesó de buscar la salvación. Ahora sí que nada tenía sentido. Al parecer lo deseado con tanta urgencia se había cumplido en parte, por mi culpa mi hijo había muerto. ¿Por qué Dios había sido tan injusto? ¿Por qué se había llevado a mi bebé y no a mí? ¡Por qué!

—Déjame verlo. Debes estar equivocada. ¡Deme a mi hijo!

Me lo acercó, pude atisbar su carita. Su piel era de color ceniza, sus ojitos estaban cerrados y sus manitas apretadas a cada lado de su precioso rostro. Estaba muerto sí, no respiraba, era obvio, pero yo no era capaz de digerir eso, necesitaba tomarlo, sentirlo cerca de mí, quizá así pudiera comprender que nada podía hacer, o quizá conseguiría que viviera. Sí, con el calor de mi cuerpo, con mis dulces palabras, con el arrullo de mi aliento, sí. Y justo cuando lo tomé en brazos y percibí la frialdad mortal de su cuerpo, un nuevo dolor más agresivo aún que lo pasado, me hizo casi perder el conocimiento, dejando atrás la luz de la vida pasada. De ella solo me llevaría el amargor de los recuerdos y un nuevo pensamiento, más injusto que todo lo ocurrido, la certeza de que era mejor así, nacer muerto que vivir una vida de escasez, una vida carente del cariño de tu madre. Sin embargo, algo me trajo de nuevo hacia la luz terrenal, algo que no pude ignorar: el llanto de un bebé sano y fuerte que reclamaba su lugar en el mundo.

Nota de la autora

Una vez más, mi investigación me ha llevado a descubrir nuevos lugares y acontecimientos, trascendiendo incluso los límites de la isla de Inglaterra. En este viaje, he explorado diversas culturas y enfrentado nuevos desafíos que han enriquecido mi experiencia de manera única. Por ello, deseo expresar mi profundo agradecimiento a los personajes, tanto reales como ficticios, que me han acompañado en esta travesía, dotando mis relatos de voces, aromas y colores que han facilitado mi labor.

Cuando el cielo se caiga es una historia dura, un recorrido lleno de complejidades que solo aquellos que comprendan el mundo de la mujer en esa época podrán apreciar en su totalidad. En una era donde los matrimonios por amor eran una rareza, la unión conyugal se convertía más en una transacción que en un acto de afecto, siendo la necesidad económica de la mujer su principal motor. Esta novela, aunque ficticia, da voz a esas mujeres que lucharon por su libertad y respeto. A través de sus páginas, pretendo mostrar el sufrimiento al que estaban sometidas y cómo se veían atrapadas en matrimonios impuestos por la sociedad, sus familias y sus propias circunstancias, en un mundo regido por estrictas normas y expectativas sociales.

Aprovecho esta ocasión para rendir homenaje a aquellas valientes mujeres que alzaron la voz y exigieron sus derechos, allanando el camino para las generaciones futuras. Sin su lucha incansable, no estaríamos disfrutando de las libertades que hoy nos son tan preciadas. Prometo seguir su legado y continuar la lucha por la igualdad, comprendiendo que esta no radica en dominar al sexo opuesto, sino en alcanzar una equidad real.

Me disculpo por la crudeza de algunos pasajes de la novela; aunque difícil de abordar, consideré necesario mostrar la realidad de aquella época para transmitir fielmente los sentimientos de quienes fueron esclavos de sus propias vidas.

Por otro lado, deseo destacar algunos lugares y personajes que, aunque fugazmente mencionados en la narrativa, fueron piezas reales en el escenario histórico de la época:

- El burdel flotante de Tanka en la costa de Guangdong.
- Zhèng Yī Sāo, también conocida como Ching Shih o Zheng Yi Sao, una temida líder pirata china.
- La tribu Awori, subgrupo de los Yoruba y habitantes de Lagos.
- El capitán Collier, oficial naval británico reconocido por su papel en la lucha contra el comercio de esclavos.
- James Ashton, el minero que descubrió el codiciado cobalto allá por las tierras de Chorley, sacrificando incluso su salario en su explotación.
- La mina Mottram St. Andrew, ubicada en Mottram St. Andrew, Cheshire, Inglaterra.

- La empresa cerámica británica Tomlinson & Company de la Ferrybridge Pottery en West Yorkshire, Inglaterra.
- Charles Burney, destacado músico, musicólogo y escritor británico del siglo XVIII.
- Francis Collier, padre del capitán Collier y miembro de la Cámara de los Comunes.
- Boney, también conocido como Napoleón Bonaparte, emperador de Francia a principios del siglo XIX.
- El vicealmirante Horatio Nelson, uno de los comandantes navales más influyentes de la historia británica.
- Emma Hamilton, conocida por su relación amorosa con el vicealmirante Horatio Nelson.
- El navío HMS Victory, uno de los buques de guerra más venerados en la historia naval británica.
- La Paz de Amiens, breve período de calma en el conflicto que precedió al reinicio de las hostilidades entre Gran Bretaña y Francia, marcando una nueva fase en las Guerras Napoleónicas.

Agradezco profundamente a quienes me han acompañado en esta travesía literaria. Sin vosotros, nada de esto sería posible. Vuestras palabras de aliento y apoyo son mi mayor inspiración. Os invito a seguir explorando el universo que he creado en la última parte de esta trilogía, donde nuevos desafíos y emociones esperan ser descubiertos.

¡Gracias de todo corazón!

Agradecimientos

Mi más sincero agradecimiento a los lectores que me siguen apoyando en cada nueva entrega; vosotros lográis que escriba con entusiasmo.

A mis familiares allá en la tierra de Almería, su apoyo constante es un soplo de aire fresco; en muchas ocasiones me sorprenden sin saberlo. Os quiero.

A mi núcleo familiar por ser los primeros en interesarse en cada nuevo proyecto y en su fin; vuestras sonrisas orgullosas son un pellizco de alegría en mi corazón.

A mis amistades por respetar mis ausencias y nuestras charlas eternas; reconozco que mi pasión puede resultar abrumadora, gracias por vuestra paciencia.

A mi lectora cero, nunca te estaré suficientemente agradecida.

A mi Community Manager por enseñarme cada día algo importante e interesante sobre las redes sociales literarias.

A mis compañeras de WhatsApp, he aprendido más durante estos meses con vosotras que en más de diez años en este mundillo.

Pero, en esta ocasión, no quiero dejar de dar las gracias a mi perro Pepe, mi precioso Shar Pei, quien me ha acompañado en las últimas páginas de esta novela, acostado a mis pies, ofreciéndome calor. Pepe, te marchaste después de poner el punto y aparte de esta historia, te fuiste y dejaste un vacío repleto de bonitos recuerdos. Siempre estarás con nosotros. Te quiero.

Gracias.

No te pierdas la conclusión de esta historia
en *Horizonte de fuego y promesas*. ¡Nos leemos!

Índice

Prefacio 9
Capítulo 1 23
Capítulo 2 37
Capítulo 3 53
Capítulo 4 71
Capítulo 5 87
Capítulo 6 107
Capítulo 7 133
Capítulo 8 159
Capítulo 9 171
Capítulo 10 191
Capítulo 11 207
Capítulo 12 225
Capítulo 13 259
Capítulo 14 273
Capítulo 15 289
Capítulo 16 307
Capítulo 17 321
Capítulo 18: 333
Capítulo 19 347
Capítulo 20 363
Capítulo 21 389
Capítulo 22 401
Capítulo 23 419
Capítulo 24 443
Capítulo 25 469
Capítulo 26 483
Capítulo 27 509
Capítulo 28 521
Capítulo 29 537
Epílogo 561
Nota de la autora 569

Agradecimientos 573